AMÉRICA RODAS

UNA PERFECTA CONFUSIÓN

COSMO EDITORIAL

UNA PERFECTA CONFUSIÓN

AMÉRICA RODAS

Para los que no se sienten suficientes; para los que no se atreven a soñar por miedo a fracasar; para los que estén pasando un mal momento y para todos los que necesiten un abrazo, espero que este libro se sienta como uno. Esto es por y para ustedes, siempre.

Me gusta creer que existen las almas gemelas, pero no estoy de acuerdo con lo que algunos dicen de ellas.

Hay miles de leyendas que cuentan que estas solían ser un alma que se fragmentó en dos y que a partir de entonces ambas partes tienen la necesidad de buscar a su otra mitad para sentirse completas. No obstante, no creo que deba ser así, ni mucho menos sentirse de ese modo.

Creo que las almas gemelas son como las series de libros; cada libro es algo autoconclusivo, por sí mismo tiene una gran historia que contar y no necesita de más para estar completo, sin embargo, en el mismo mundo en el que se relata el libro también se relata otro, puedes leerlos de forma independiente, pero al leerlos juntos es como si pudieses entender y aprender cosas diferentes, además, cuando los unes, todo cobra un significado distinto, como si pudieses ver ambos libros desde una nueva perspectiva.

Las almas gemelas son parecidas, cada una cuenta una historia propia y no necesitan de otra persona para estar completas; y, de igual manera, no deben por qué traer consigo alguna clase de vacío que aparecerá si una de ellas se marcha, al contrario, deben sumarte más, no restarte.

Tú no eres la mitad sin mí y yo tampoco. Tú estás completo contigo mismo al igual que yo lo estoy conmigo.

Las almas gemelas, entonces, no son aquellas que te completan, son las que te complementan. Y al mirarte puedo decir con toda la seguridad del mundo que yo ya he encontrado a la mía.

Fragmento de «Para ti, algún día».

01: Me declaro a mi crush (sale mal)

—¿Verdad o reto?

Atrapo mi labio inferior con mis dientes al ver que la botella apunta a mi dirección y que, por consiguiente, Jean acaba de lanzarme esa pregunta. Levanto la mirada hacia él y lo encuentro con la vista fija en mí, tiene un pequeño brillo de diversión en sus ojos cafés, las cejas rubias arqueadas y una sonrisa divertida en su rostro. El imbécil está disfrutando esto, y yo, por otro lado, quiero que la tierra me trague y no me escupa nunca.

Sabía que no debí haber aceptado jugar.

Sabía que debí haber fingido que estaba ocupado.

Sabía que cuando Jean abrió la boca debí haber huido.

Joder, lo sabía e incluso así acepté.

No me gusta jugar verdad o reto porque sé que es el momento en donde te atacan por todos lados, exponiéndote y obligándote a hacer cosas demasiado estúpidas. Puedo jugar cualquier otro tipo de juego sin problema, sin embargo, aquellos que buscan humillarte en público son un rotundo no para mí. O lo eran hace quince minutos, antes de que Jean me convenciera con un par de palabras.

Estaba bastante bien jugando *Candy Crush* en mi celular en la hora libre que tenemos, pero, como siempre, Jean termina involucrándome en situaciones que no me gustan. Solo bastó decirme que Heather, la chica por la que tengo un *crush* desde hace meses, iba a jugar para aceptar sin pensarlo dos veces. Es más que obvio que no uso la cabeza cuando se trata de ella, mejor dicho, nunca la uso, mis calificaciones y el hecho de que estoy a nada de reprobar matemáticas son una prueba de ello. Solo tengo la cabeza de adorno.

Giro para ver a los demás y no me sorprendo al observar que también tienen su atención puesta en mí. Colocamos las sillas del salón en círculo de tal forma que todos podamos vernos. Mis ojos recorren a cada uno de mis amigos y compañeros y se detienen en Heather, quien está esperando mi respuesta. Suelto un suspiro. Ella es de otro grupo, pero compartimos las clases de Historia y Física, y por casualidad —solo por casualidad, lo prometo— son las únicas clases que no me pierdo por nada en el mundo. Es por ello que ella y algunas personas de su grupo están aquí; el maestro de Historia no vino, así que tenemos la hora libre, aunque en este instante prefiero llamarle «la hora de mi muerte».

Hemos hablado un par de veces —o lo más cercano a hablar— y

por eso sabe de mi existencia. No suelo ser una persona tímida, no obstante, cuando ella está cerca no sé qué decir, entro en crisis. Debe creer que soy un rarito por sudar y tartamudear cuando hablamos.

Heather es todo lo contrario a mí, es linda, tiene los ojos azules más bellos del mundo, el cabello azabache y una sonrisa preciosa, además, es inteligente, divertida y amable. Bueno, no es que yo no sea divertido o inteligente, lo soy… o al menos divertido, pero Heather está en otro nivel. Ella cree en los horóscopos, por si acaso me encargué de buscar que su signo y el mío fueran compatibles y muy a mi pesar descubrí que no, por suerte siempre puedo cambiar de conversación cuando pregunte por mi signo, qué vergüenza decirle que soy géminis.

Jean chasquea su dedo frente a mí haciendo que salga de mis pensamientos. Trago saliva y pienso mi respuesta durante un instante. Cualquier opción que tome me va a perjudicar, aún más si consideramos que a mi mejor amigo le gusta joderme.

—Verdad.

Juego con mis dedos después de soltar eso. Él sonríe con malicia y puedo imaginar la clase de pregunta que hará. En definitiva, debí seguir jugando *Candy Crush* en lugar de haber aceptado.

—¿Es cierto que no te duchas?

«Maldito sea el momento en el que te conocí, Jean Miller, ojalá que una mosca caiga en tu botella de agua cuando estés bebiendo, y mejor aún, que sea una mosca verde».

Me pongo tenso porque sé que Heather me está observando, ni siquiera me importa que los demás estén oyendo, la única persona a la que no quiero causar una mala impresión es a ella. Blanqueo los ojos ante la pregunta de Jean. Al menos no me ha hecho decir el nombre de la persona que me gusta o cosas por el estilo, eso hubiera sido muchísimo peor.

—¿Cuántas veces tengo que decirte que ver anime no significa no ducharse?

Contraataco, cansado. Estoy harto de que saque el tema una y otra vez.

—Eso no responde mi pregunta. —Se cruza de brazos.

—Sí me ducho... —Me quedo callado durante algunos segundos hasta que se me escapa decir—: A veces. —Los demás se quedan en silencio por un rato y me doy cuenta de la estupidez que acabo de decir. Mierda—. Es decir, sí, me ducho, como todos, pero hay días en los que no…, ¡pero no porque me guste el anime!

Mis mejillas se tiñen de carmesí en tanto Heather se ríe. A esto me refería cuando dije que jugar verdad o reto te expone y te hace decir cosas estúpidas. Y no solo es culpa del juego, también es mía por ser tan tonto como para meter la pata en lugar de decir algo más *decente*.

Te odio juego del demonio. No puedo creer que haya dicho algo como eso, ahora creerá que no me ducho y a pesar de que eso no sea del todo una mentira no tiene por qué saberlo. Al menos la situación le ha causado gracia, eso es un gran avance. Aunque el avance se va a la mierda si lo comparamos con el hecho de que ella cree que soy un sucio.

«Dios, elimíname o ilumíname».

—Con razón algo huele mal, ¿cuándo fue la última vez que te bañaste? ¿El año pasado? —se burla Oliver, mi segundo mejor amigo. Sus ojos verdes me miran con mofa, a lo que yo le saco el dedo corazón. Son unos tontos.

No digo nada más porque una de mis compañeras gira la botella haciendo que mi confesión quede en el pasado. Para mi fortuna esta vez apunta a Mary, otra de mis amigas.

—¿Verdad o reto? —Jean hace los honores de preguntar y ella sonríe.

—Verdad.

—¿Es cierto que te gusta Edward?

«Uh. Uh. Chismecito».

La miramos con atención en espera de una respuesta.

—¿El homofóbico? —cuestiona con horror y junta sus cejas oscuras —. Para nada.

—Pero es muy guapo.

Alguien que no logro reconocer lo menciona, y aunque queramos negarlo sabemos que tiene razón. Edward es alto, demasiado, es moreno, sus ojos son verdes y el cabello lo tiene teñido de blanco, además, también es inteligente, siempre saca las mejores puntuaciones en los exámenes. Sí, sería la clase de chico que hace babear a todo el instituto si no fuese por un pequeño detalle: el año pasado golpeó a uno de tercero por ser gay. Desde entonces su atractivo no sirve de nada y a pesar de que está en nuestro grupo nadie de nosotros le habla. ¿Por qué hablar con alguien que le hizo daño a un pobre chico solo porque no respetaba su orientación sexual? Supongo que la mayoría piensa lo mismo.

—Y homofóbico, eso le quita todo el atractivo.

Karla, la última que conforma mi pequeño grupo de amigos, lo agrega y todos asentimos de acuerdo con ella.

Una vez más, giran la botella, y como si la vida me odiase, se detiene frente a mí de nuevo. *Jodeer*.

En esta ocasión Mary se gira a mí para preguntar y me relajo al saber que no será Jean el que intentará avergonzarme más. Acomoda sus rizos castaños detrás de su oreja a la vez que se remueve en su asiento.

—¿Verdad o reto?

—Verdad.

—¿Te sigue gustando la misma chica?

Muerdo mi labio inferior con fuerza mientras maldigo en mis adentros, había olvidado que ella se había dado cuenta que me gusta Heather sin que yo se lo mencionara. No soy muy bueno disimulando.

Los compañeros de Heather (e incluso ella) me ven intrigados. Podría mentir, pero Jean está escuchando, él sabe la verdad, por lo que no puedo hacerlo. Paso saliva por mi garganta y evito la mirada de Heather a toda costa.

—Sí.

Confieso y acto seguido me levanto para girar la botella otra vez y así evitar ser atacado con miles de preguntas que no estoy seguro de querer responder. Para mi mala suerte, la botella se detiene frente a mí por segunda vez consecutiva. En mi cabeza solo puedo imaginar a la vida gritándome «¡JA, JA!» como Nelson de *Los Simpson*. Ojalá mi fortuna fuese así de buena para hacerme millonario y no solo para humillarme. Estoy comenzando a creer que la botella tiene una clase de imán o algo así porque no puede ser posible que apuntase a mi dirección tres veces en una misma ronda y en menos de seis minutos. En serio que la vida disfruta de verme humillado.

—¿Verdad o reto? —vuelve a preguntar Mary, pero esta vez con un tono juguetón.

Si elijo verdad hay una gran posibilidad de que me haga decir el nombre de la chica que me gusta solo para molestarme, y no estoy preparado para eso. Prefiero que me dé algún reto, no importa cuán vergonzoso sea, eso es mil veces mejor que admitir en público que Heather me gusta.

Dudo antes de soltar:

—Reto.

Grave error. No debí haber dicho eso. Ella sonríe de oreja a oreja.

—Declárate a la chica que te gusta antes de que acabe el día.

Esto tiene que ser una broma, una muy mala broma.

Me paralizo en mi lugar esperando que Mary se ría y me suelte el verdadero reto, sin embargo, eso nunca sucede. Antes de poder negarme la campana suena indicando que ya es hora del almuerzo. Todos comienzan a levantarse y mi corazón no deja de latir con fuerza al saber que tengo que declararme hoy. No lo he hecho en meses, ¿cómo se supone que lo haré en menos de un día si no puedo ni hablarle sin decir estupideces? Olviden lo que dije, no prefiero los retos, ¡los odio desde ahora!

¿Qué se supone que tengo que hacer? ¿Qué se hace en estos casos? No sé nada sobre declaraciones, nunca lo he hecho en las pocas relaciones amorosas que he tenido a lo largo de mis cortos diecisiete años. Soy un asco en el amor, por eso mis relaciones terminan pronto.

Sin duda, debí haberme negado a jugar. Agh, no importa cuánto me arrepienta, ya es demasiado tarde.

Los nervios me atacan de repente y el pulso se me acelera. Busco a Jean con la mirada porque por él estoy en esta situación, pero cuando nuestras miradas se cruzan solo me alza el pulgar, como si me dijese «tú puedes». Aprieto la mandíbula. ¡Estoy en aprietos por su maldita culpa! ¡Lo menos que puede hacer es ayudarme!

Me levanto de mi lugar con prisa y me acerco a Jean para tomarlo por los hombros. Lo sujeto con fuerza a fin de que no se escape y me deje solo. Él frunce el ceño por mi acción.

—Tú no vas a ningún lado, me metiste en esto, ahora dime qué voy a hacer. ¡No puedo decirle que me gusta! ¡Ayúdame! —digo tan rápido que espero que él haya podido oírme con claridad.

Él chasquea la lengua y aleja mis manos de sus hombros.

—Tranquilo, mira, tómalo como una señal de la vida, has tardado meses en acercarte a ella, este es tu momento para hacerlo —menciona despreocupado y mantengo mi expresión nerviosa—. Relájate, aplica la regla del cinco, si no te va a importar en cinco años, no dejes que esto te atormente cinco minutos —intenta animarme, pero eso no me ayuda en absoluto. Suspira—. Okey, lo haremos ahora en el receso, te invito el almuerzo hoy, iré por nuestras comidas y regresaré a ayudarte, ¿está bien?

Lo veo con recelo, él jamás me invita el almuerzo. Escudriño su rostro para ver si hay algo que me diga «es una trampa, iré por el almuerzo, pero no voy a regresar, te dejaré solo y ves qué haces, cagada, adiós».

—¿Cuál es el truco? —inquiero, desconfiado.

—¿De qué truco hablas? ¿No puedo ser amable? —Lleva su mano a su pecho, ofendido. Levanto una ceja. Ambos sabemos que no lo es a menos que se sienta presionado. Se ríe al ver que no le creo nada—. Vale, me siento un poco culpable por haberte insistido a jugar, solo por eso no te cobraré el favor.

Ruedo los ojos. ¿Cuál favor? ¿Ayudarme en la situación en la que él mismo me metió?

Relajo mi expresión y asiento solo porque tendré el almuerzo gratis. Sus palabras no son muy reconfortantes para mí, pero al menos no estaré solo en lo que podría ser uno de los días más importantes o traumáticos de mi vida, el día que seré rechazado o el día que Heather dirá que siente lo mismo por mí. La verdad, apuesto a que será lo primero.

Jean me da unas suaves palmadas en el hombro y gira sobre sus talones para salir del salón e ir a la cafetería. Mientras lo espero decido pensar en cómo se supone que tengo que decirle a Heather lo que siento. No voy a hablar con ella de frente porque seguro voy a

cagarme de los nervios, eso es un hecho. ¿Hay alguna otra manera en la que pueda hacerlo y no termine con la dignidad en el suelo? No se me ocurre nada. Tal vez deba hacer lo que cualquier otra persona haría: buscar la información en internet.

Resignado, saco mi celular del bolsillo y voy directo al buscador de Google para escribir:

Formas de decirle a mi crush que me gusta sin que crea que soy raro o que termine llamando a la policía @Yahoo!

Cuando carga abro la primera página que aparece, esta me muestra una lista de algunas ideas que podría hacer. La primera opción que sale es escribir una carta. Arrugo la nariz. No sé ni hacer mi tarea, mucho menos sé redactar una carta. Además, mi mala ortografía va a terminar por asustarla.

Sigo leyendo las demás opciones y entre más leo, más quiero golpear mi rostro contra la pared, todas las posibles formas de declararme terminan con flores o globos y no soy la clase de chico cursi que le gusta hacer esas cosas. Descarto todas esas opciones al segundo. La única que no parece acabar con mi dignidad y que tampoco recurre a cosas vergonzosas es la carta.

Muy a mi pesar, termino yendo a mi pupitre para tomar un bolígrafo y abrir mi libreta. Cuando lo hago, arranco unas cuantas hojas. Respiro hondo y mordisqueo mi bolígrafo unos segundos en busca de inspiración. La acción no es para nada útil; no se me ocurre qué escribir. ¿Debería empezar diciéndole que me parece linda o voy directo al grano? ¿Le digo por qué me gusta o me ahorro las explicaciones? Un puñado de ideas merodea por mi cabeza, pero ninguna me convence lo suficiente. Golpeo el bolígrafo repetidas veces contra mi mesa.

Esto es un asco.

No logro hacer que mis pensamientos se pongan de acuerdo entre ellos, por lo que, al final, creo que debería dejar de darle tantas vueltas y que lo mejor será escribir algo corto y directo.

Con esa idea en mi cabeza, escribo sobre la hoja:

Tú. Yo. Salir. ¿Aceptas?

Vale, eso fue demasiaaado corto y directo. Quiero reírme de la ridiculez que escribí. He sonado como Tarzán. No quiero asustarla, pero tampoco quiero que crea que soy un chico de las cavernas, sé que mi intelecto es parecido a uno, sin embargo, no tengo que ser demasiado obvio.

Frunzo mi ceño y arrugo la hoja con mi mano. Sí, eso fue muy ridículo. Golpeo mi mano contra mi cabeza, frustrado. Está bien, trataré de ser menos cavernícola y hablaré más sobre lo que siento. Sin estar muy convencido lo vuelvo a intentar.

El amor que siento por ti brilla más que la intensidad de mil

soles, ¿te apetece la idea de que formemos parte de la vida del otro?

No, muy intenso y formal.

Tomo la hoja y la hago bolita, guardándola en mi bolsillo para tirarla después. Suspiro y escribo en otra hoja:

Hola nena, ¿quieres ser mi baby?

Dios, parece una declaración proveniente de alguna telenovela. Qué horror. Estoy comenzando a creer que también debería googlear esto o de lo contrario terminaré quedándome sin hojas, no obstante, no pienso rendirme tan fácil. Sé que puedo hacerlo. Tomo una bocanada de aire antes de escribir.

Sal conmigo, por favor, te pago.

Me va a bloquear.

De acuerdo, escribir notas de romance es una de las cosas que no sabía que no podía hacer. Soy muy ridículo. Ya sé qué no voy a agregar a mi curriculum. Cansado de toda esta situación, solo escribo de nuevo lo primero que se me viene a la cabeza:

Me gustas, ¿puedo ser tu novio?

Siento que es la más decente de todas las confesiones que he escrito y probablemente de las que escribiré si no me detengo ahora, así que sin pensarlo más firmo la nota con mi nombre y apellido: Andy O'Connell.

Le doy una última mirada y, antes de que pueda arrepentirme, doblo la hoja por la mitad. Listo, si ignoro el hecho de que mis últimas neuronas se quemaron al pensar qué escribir, esto no era tan difícil como creía.

Debería esperar a Jean, pero presiento que dirá que es una acción muy cobarde de mi parte o algo así, él es más del tipo directo y sin pelos en la lengua, yo no. Lo mejor será actuar antes de que venga y me convenza de decir las cosas cara a cara. Me preparo para lo que voy a hacer: tomo aire repetidas veces, palmeo mi rostro y me digo que todo saldrá bien. Una vez que termino, guardo la hoja en mi bolsillo y salgo del aula dispuesto a ir a su casillero para poner la nota.

Sin embargo, me detengo en seco a mitad del pasillo porque tengo un pequeño problema.

¿Cuál es su casillero?

Sé que está frente al baño de hombres porque el mío está a un lado, pero no estoy seguro del número. Jamás le he prestado atención a esos detalles porque en cuanto ella aparece en mi campo de visión solo pueden suceder dos cosas: o me quedo como un idiota viéndola o salgo corriendo.

Si mi memoria no me falla, debe ser de los primeros, como el tres o el cuatro. ¿Cuál de ellos es? Creo que es el tres. Sí, tiene que ser el tres porque está demasiado cerca de los baños.

Sin dudar más sobre cuál es su casillero, camino con prisa hacia allí y agradezco que no esté muy lejos, está en el segundo piso. Ignoro a las personas de mi alrededor hasta que llego a la escalera y comienzo a subir los escalones de dos en dos. Cuando termino de subir siento un gran hueco en el estómago y mis manos comienzan a sudar porque sé que estoy a nada de confesar mis sentimientos. Respiro de nuevo para armarme de valor. No es momento de arrepentimientos.

Veo hacia todos lados para notar si ella está cerca y, al ver que no, me acerco hacia el área donde se ubica su casillero. Como había dicho, está frente al baño de chicos, no tengo tan mala memoria. Gracias al cielo no hay nadie cerca y los pocos que se encuentran por ahí están en su mundo sin prestar atención a lo demás. Bien, este es mi momento.

Voy hacia el casillero número tres, el de ella, y comienzo a introducir la nota en la pequeña apertura. De pronto, siento que la respiración se me entrecorta por los nervios, ¿en verdad tengo que hacer esto? Es solo un juego después de todo, no sabrán si lo he cumplido e incluso si lo supieran no pueden obligarme a hacerlo.

No suelto el pedazo de papel todavía porque la duda empieza a crecer en mi interior. Si lo veo desde el lado positivo tal vez esta es la excusa que necesito para declararme por fin, pero si lo veo desde el lado negativo esta es la invitación al posible funeral de mi vida amorosa. Esto es más complicado de lo que parece, es como si tuviese a dos mini Andy en mis hombros, uno que me dice que deje de ser un cobarde y otro que me dice que no sea tonto y que no haga esta estupidez.

Cierro los ojos un momento tratando de poner mis pensamientos en orden. Vale, ya estoy aquí, es ahora o nunca. Nada malo podría suceder, solo es una confesión, no una propuesta de matrimonio. Puedo hacerlo, no es nada del otro mundo ni tampoco me pasará algo por hacerlo.

Abro los ojos de nueva cuenta y, luego de que una repentina ola de valor hiciera acto de presencia en mi cuerpo, termino de introducir la hoja de papel en la taquilla hasta que ya no la veo. *Lo hice.* Sonrío, aliviado, y festejo en mi interior por haberlo conseguido. Después de esto no sé cómo la miraré a la cara sin ponerme rojo. No, no tengo que pensar en eso, lo hecho, hecho está, y pensar en lo que sucederá después no va a cambiar en absoluto lo que hice.

Me declaré a mi *crush* y ya no hay vuelta atrás.

La campana suena y todos mis intentos por mantener la calma se van por un caño, ella va a venir y verá la nota, sabrá todo lo que he estado sintiendo en secreto. Los nervios me atacan otra vez y tengo que palmear mi rostro de nuevo para obligarme a estar tranquilo y a reaccionar. Es momento de actuar, no de desmayarme. Me alejo de

forma considerable para que no note mi presencia cuando venga, y con las manos temblorosas tomo un libro que está sobre uno de los casilleros para fingir que leo.

Observo a todos los que pasan y, sin llamar la atención, busco a Heather con la mirada. No debe tardar en llegar, y saber ello solo aumenta los latidos de mi corazón. Va a leer mi confesión y sabré su respuesta respecto a mis sentimientos. No sé si llorar o enterrar mi cabeza en el suelo. Tal vez deba llorar mientras entierro la cabeza en el piso. O enterrar mi cabeza y llorar ahí dentro, cualquier opción es válida mientras mi cabeza esté en el suelo.

Una corriente eléctrica recorre mi cuerpo cuando la veo subiendo las escaleras. Las manos me sudan y existe una pequeña probabilidad de que el culo también. De acuerdo, solo fingiré que estoy leyendo y veré lo que hace. Si tira la hoja a la basura será un rechazo total, si sonríe o algo así lo tomaré como una buena señal.

Heather se acerca a los casilleros y sonrío como un bobo. ¡Está a nada de leer mi confesión, me muero!

Sin embargo, algo malo sucede. Algo *muy* malo. Mi buena intuición, la que trataba de decirme que estaba haciendo mal en declararme, me abofetea mientras se ríe de mí en tanto presencia la secuencia de imágenes que tenemos delante. Puedo imaginarme esta escena como los animes que veo, en donde todo le sale mal al protagonista y una nube con relámpagos y lluvia lo cubre solo a él. En este caso, la nube me cubre a mí.

Mi sonrisa se esfuma de inmediato al ver que no abre la taquilla número tres, el sitio donde dejé la nota, ella abre la que está al lado, la cuatro. Mierda, mierda, mierda, ¡y más mierda!

No. Puede. Ser. ¿A quién demonios me declaré?

«Señor, nunca te pido nada, pero te prometo que si la declaración que escribí termina en buenas manos voy a estudiar más, te lo juro por mi gallo Juan», rezo en mi interior, desesperado. Esto se me salió de las manos, no soy muy creyente, pero cuando estoy en apuros recuerdo hasta el padre nuestro.

Está bien, no pasa nada, fue un pequeño error, le pasa a cualquiera, solo me queda esperar a que la dueña del casillero tres llegue. Le explicaré que fue un malentendido y todo estará bien. Todos cometemos errores.

Las cosas no pueden salir peor.

Esperen, me retracto, ¿ese que va hacia la taquilla tres es Edward? Puedo reconocer su espalda ancha y su cabello teñido desde aquí. Maldita sea, de todas las personas que pudieron haber sido las dueñas de ese maldito casillero justo tenía que ser él. La vida me odia, ya no necesito más pruebas para afirmarlo.

Maldición.

Edward abre su casillero y la nota que escribí cae al suelo. Él se agacha a recogerla, la lee y voltea a ver a todos lados. Sé que este es mi momento de correr, pero mis piernas no se mueven, estoy muy anonadado como para hacer algo.

«Muévete, corre, camina, gatea, arrástrate, haz lo que quieras, ¡pero muévete!».

Y, entonces, sus ojos verdes, esos que me gritan que se vienen serios problemas, se topan con los míos. Trago saliva.

Acabo de declararme.

A un chico.

Y no soy gay.

Y él es homofóbico.

Mierda.

02: Finge ser mi novio

—Sabes que no puedes estar mucho tiempo aquí, O'Connell.

El maestro Irán me recuerda con una tonada cargada de advertencia desde su escritorio, y no me queda más que hundirme en mi asiento de mala gana. He sido lo suficientemente inteligente —y cobarde— para salir corriendo en cuanto Edward y yo cruzamos miradas. Desde entonces he estado ocultándome en el aula del club del periódico y estoy esperando a que las clases terminen para poder ir por mi mochila a mi casillero y largarme lo más pronto posible. Aunque, por Irán, supongo que no podré estar aquí más tiempo.

Y eso me alarma; necesito un lugar para seguir escondiéndome hasta la hora de la salida. Después de todo, no soy capaz de entrar a clases y enfrentar a Edward, sé que quiere darme la paliza de mi vida luego de leer esa absurda declaración, y yo, por supuesto, quiero vivir un poco más.

—Solo unos minutos más —suplico, juntando las palmas de mis manos como si estuviese rezando. Él aparta la vista de su portátil y me lanza una mirada suspicaz debajo de sus grandes anteojos.

—¿Cuántos?

«Toda la vida, si no es mucha molestia», quiero decir, pero me contengo. Apenas permitió que me quedara un rato, y solo porque casi me echo a llorar.

Carraspeo.

—Tal vez… hasta el final de las clases. Son unos… —guardo silencio, pensando en cuántos minutos son, no obstante, no puedo hacer cálculos en mi cabeza y menos en estas circunstancias. Muerdo mi labio, soy malísimo para los números—… muchos minutos —contesto al final.

Mi respuesta no parece agradarle para nada, ya que junta sus cejas gruesas de tal modo que casi simulan una uniceja. Trago duro y juego con los dedos de mis manos.

—¿No quieres que te traiga un café, también? —interroga, sarcástico.

—Por favor, y sin leche.

Esbozo una sonrisa nerviosa que hace que él entorne los ojos. Sé que hay confianza entre los dos, sin embargo, a veces olvido que dentro de la escuela sigue siendo mi maestro y no el novio de mamá.

—Le diré a tu mamá que no entraste a clases —avisa, y palidezco.

«No, joder, mi mamá no. Que lo sepa todo el mundo menos mi

mamá, hasta Dios si quiere, pero mi madre no».

—¡No! —me apresuro a responder. Irán alza una de sus cejas. Suspiro—. Mire, ella está muy estresada por el trabajo. No queremos que se estrese más, ¿verdad?

Pese a que suena que estoy tratando de manipularlo, no es mi intención. Mamá ha tenido muchas cosas en su cabeza desde que renunció a su trabajo, no necesita que yo sea una más de sus preocupaciones, mucho menos cuando es algo sin importancia.

Él entrecierra sus ojos marrones, pensativo. ¡Bam!, di justo donde puedo tenerlo a mi favor.

—Diez minutos más, te quedas otro minuto más y le digo —se limita a responder, y regresa su atención al portátil.

Frunzo el ceño, es muy poco tiempo. Aun así, sonrío a medias.

—Gracias.

Ni siquiera responde a mi agradecimiento, solo se mantiene tecleando. El sonido de sus dedos contra las teclas me pone más ansioso, me hubiese gustado haber traído mis audífonos, aunque, conociendo a Irán, me los habría quitado porque «las reglas dicen que nadie debe oír música en las aulas», es demasiado estricto. Irán es el maestro de Literatura, otra de las asignaturas en las que también me va fatal, pero que aún apruebo con la nota mínima. Ha estado saliendo con mi mamá desde inicios de este año y pese a que los primeros meses eran incómodos ahora estoy bastante acostumbrado. Ambos ya hasta hicieron planes para Navidad y, Dios, todavía estamos en octubre. Sé que en una semana iniciamos noviembre, pero ¿no es demasiado pronto para planear cosas como «Navidad con tus padres y año nuevo con los míos»?

Veo hacia el reloj de mi muñeca, faltan dos horas para poder marcharme a casa, por lo que los diez minutos no bastarán, necesito más tiempo y dudo que el maestro quiera dármelo. Paso ambas manos por mi rostro, frustrado. A este paso terminaré encontrándome con Edward más temprano de lo que creí.

No tengo las suficientes agallas para ver a Edward a la cara, me siento asustado. Si golpeó al chico solo porque es gay, ¿qué va a hacerme a mí por haberle dicho que me gusta?

Tal vez estoy exagerando y solo recibiré una leve golpiza, si tengo suerte solo perderé uno o dos dientes, tal vez la nariz rota o, si el universo me quiere mucho, solo un ojo morado. Maldición, ¿se supone que eso es reconfortante? Porque solo hice que me asustara más.

¿Y si compro un boleto para México? Ahí no tendré que verlo nunca más, no sé hablar español, y sí, Sunderland, mi hogar, está a miles de kilómetros, pero eso solo lo hace aún mejor. Agh, debo resignarme, no importa cuánto quiera desaparecer de la faz de la tierra, no me queda de otra más que aceptar mi destino: ser golpeado.

Echo la cabeza hacia atrás y suelto un gran quejido que llama la atención de Irán.

—¿Vas a decirme qué pasó? —Se acomoda los anteojos y dudo unos segundos.

Estoy demasiado avergonzado como para decirle que me confundí de casillero y que terminé declarándome a Edward, además, no le tengo tanta confianza como para contarle algo como eso. Aunque si le cuento lo más importante tal vez deje que me quede. No pierdo nada en intentarlo.

—Todo empezó desde que nací —empiezo, tratando de buscar las palabras correctas. Arrugo la nariz, eso no se escuchó nada bien—. Vale no, empezó cuando tenía catorce años. ¿Alguna vez recibió una de esas cadenas malditas en Facebook? —Su expresión desconcertada me dice que no entiende lo que digo. Me remuevo en mi lugar y aclaro mi voz para decir con voz aguda—: «Hola, soy Miren Amiano y morí en un accidente entre un camión y un auto y quiero estar en el recuerdo de todos. Envía esta cadena a diez personas en diez minutos y tendrás mucha suerte; si lo cortas tendrás mala suerte y tiraré de tus pies a las tres de la mañana».

Irán me ve como si hubiese perdido la cordura. No puedo creer que no haya entendido la referencia. ¿Nunca usó Facebook en esas épocas donde todos creíamos que *Hello Kitty* significaba «hola demonio» en japonés y compartíamos cadenas para no quedar malditos? ¡No se ve tan viejo como para que no lo reconozca!

—No sé de qué hablas —se sincera—, y aun si te entendiera, ¿qué tiene que ver eso con lo que te sucedió?

Respiro hondo. «Oh, tiene que ver, y mucho».

—Solo tenía nueve amigos en Facebook en ese tiempo, y dos de ellos eran cuentas falsas que creé para darle me gusta a mis publicaciones. Gracias a mi inexistente vida social no cumplí con las indicaciones del mensaje y pese a que no me asustaron en la madrugada, la otra parte del mensaje sí se cumplió; mi mala suerte, desde entonces, es monumental —dramatizo, llevando una mano a mi frente. Él continúa mirándome con extrañeza. Inhalo y dejo el papel de dramático—. Hice una estupidez en el receso, Miren Amiano arruinó mi vida.

Espero que eso sea más que suficiente para explicar que estoy maldito y que algo muy malo me sucedió. Supongo que sí he sido convincente, desde mi punto de vista fui muy claro.

—Un nombre bastante extraño y una historia un poco interesante —menciona, y ladea la cabeza—. Pero ¿qué es lo que quieres decir?

Contengo las ganas que tengo de suspirar. Tal parece que mi explicación no fue buena. Entiendo que he sonando muy ridículo, pero en estos momentos prefiero sonar de ese modo y echarle la

responsabilidad de mis actos a un mensaje maldito de hace tres años antes que admitir que el único culpable de mis desgracias soy yo.

—Me metí en problemas con Edward, el chico de mi curso —resumo todo en esa simple oración. Y, como si eso no bastara para explicar el porqué de mis nervios, agrego—: Va a matarme con sus grandes brazos.

Me estremezco de solo imaginar sus manos en mi cuello, ahorcándome.

Tengo una buena razón para estar así de asustado. Todo sucedió el año pasado, no sé qué fue lo que pasó con exactitud, solo sé que la persona que recibió una golpiza por Edward fue enviada al hospital. Edward no fue expulsado gracias a sus padres, quienes le pagaron una pequeña cantidad de dinero al director y a los padres del chico. Y cuando digo una pequeña cantidad en realidad quiero decir que fue un montón. La víctima, además, recibió una rinoplastia gratis y estuvo ausente varias semanas.

Viéndolo de ese modo, ser golpeado por Edward no suena mal, podría dejarme golpear por un poco de dinero, una rinoplastia gratis y vacaciones... Esperen, no, es broma, quiero vivir un poco más, aún tengo muchos animes que ver, gracias.

—Edward Rumsfeld —el maestro pronuncia el nombre de mi posible agresor con una extraña familiaridad y luego asiente con la cabeza, como si lo conociese—. Es excelente en mi asignatura.

Blanqueo los ojos. ¿A quién le importa si es bueno en Literatura cuando puede arrancarme el cuello con sus manos? Oh claro, va a recitar a Shakespeare cuando me ahorque. Dirá, entre jadeos: «Oh Andy, matarte o no matarte, esa es la cuestión».

¿Sí es de Shakespeare esa frase? ¿O es de Einstein? ¡Agh, ese no es el punto!

—¿Está de mi lado o del de él? ¡Va a asesinarme! —exclamo moviendo las manos con exageración—. Deje que me quede más tiempo aquí, por favor.

Niega con su cabeza, tajante, y cierra su portátil.

—Tengo una clase en cinco minutos —me avisa y comienza a guardar sus cosas en su maletín negro—. No puedo dejarte aquí.

—Voy a barrer, a limpiar, lo que sea, pero deje que me quede —pido por tercera vez, mandando mi dignidad a la basura. Al ver que no dará el brazo a torcer, me levanto de mi lugar y me acerco a él enseguida—. Mire, seré una planta, no me muevo, no hablo, solo vivo.

Me quedo inmóvil, con los brazos pegados a cada lado de mi cuerpo, haciendo mi mejor actuación de planta. Trato de no pestañear para darle más realismo y cuando una ráfaga de aire frío entra por la ventana me inclino hacia la derecha, como si el viento me hubiese movido. Incluso dándolo todo en mi actuación, el señor Irán continúa

ignorándome a la vez que termina de guardar sus cosas. Resoplo.

—No va a pasarte nada, Andy —asegura y pasa una de sus manos por su negra cabellera—. Aclara las cosas con Rumsfeld. No es un mal tipo —trata de animarme, pero no funciona. «Claro, como a él no van a golpearlo hasta morir»—. Andando.

Lleva sus manos hacia su bolsillo y alza una pequeña llave dándome a entender que debo salir. Lloriqueo y me dirijo hacia la puerta arrastrando mis pies a regañadientes. Este es el momento en donde comienzo a rezar por mi vida y en donde empiezo a prometerle a Dios cosas que tal vez no cumpla a cambio de que me deje vivir más tiempo. Ni siquiera me importa morir, lo que me preocupa es *cómo* voy a morir. Por supuesto que no quiero terminar en un ataúd a causa de golpes. ¡Será doloroso!

Antes de poner un pie fuera, giro sobre mis talones y veo a Irán directo a la cara.

—Si no asisto mañana a clases ya sabrá por qué y vivirá con eso toda su vida, y aunque trate de ayudarme será tarde, ¡porque estaré en una batalla de baile con Hitler en el infierno! —exagero, a lo que él hace un ademán con sus manos, restándole importancia.

Hago un mohín con los labios al no recibir la respuesta que quería. Bueno, al menos lo intenté. ¿En verdad no le importa que uno de los bravucones de la escuela me golpee? ¿O es parte de su plan para deshacerse de mí? Si salgo de esta, me aseguraré de recordárselo cada vez que nos veamos.

El maestro Irán se despide de mí con un asentimiento de cabeza y, de forma interna, me despido de mi vida porque ahora estoy expuesto a que el chico peliblanco me golpee y acabe con mi existencia de una.

Me quedo fuera del aula viendo cómo se marcha la única persona que podría evitar que algo me suceda y lloriqueo. Adiós a mi esperanza de seguir vivo. Irán ha dicho que no es un mal tipo y quiero confiar en sus palabras, pero él no sabe todo lo que dicen de Edward, si lo supiera sabría que dejarme fuera del salón es una mala idea.

Volteo a ver a ambos lados del pasillo para asegurarme de que Edward no esté cerca y, al encontrar el sitio casi vacío, me apresuro a caminar sin destino. Ir a mi aula no es una opción, las razones son más que obvias. Podría mentir para asistir a la enfermería, pero terminarían llamando a mamá, y eso es lo menos que quiero; si ella viene corro el riesgo de que se entere de que no he estado asistiendo a todas las clases y que tampoco he entregado algunas tareas. No quiero eso.

El único lugar seguro que se me ocurre es la cafetería. Ahí siempre hay personas, como todos tenemos horarios distintos, algunos se quedan en la cafetería esperando a que su clase comience. Además, Edward no iría ahí a molestarme, no es un imbécil como para darme

una golpiza frente a muchas personas que pueden acusarlo. O eso es lo quiero creer.

Bien, ya encontré mi segunda *guarida*.

Me dirijo hacia la cafetería echando un vistazo a todos lados en tanto voy avanzando, como si fuese algún ladrón que no quiere ser encontrado, lo menos que necesito en este momento es encontrarme con Edward en el pasillo, el sitio indicado para hacerme mierda. La campana suena dándole la bienvenida a la siguiente clase y el estómago se me encoge de la preocupación. Debo apresurarme.

Todo esto me parece demasiado surrealista. Solo tenía que declararme, ¿por qué todo me salió mal? Puedo excusarme diciendo que era demasiada presión para un idiota como yo que no distingue la diferencia entre «jalar» y «empujar» en los supermercados, pero si hubiese esperado a Jean ahora no estaría lamentándome, así que no hay excusas, fui un tonto que creyó que podía hacer las cosas por su cuenta.

Dato curioso: no pude hacerlo por mi cuenta.

Segundo dato curioso: sí necesitaba la ayuda de alguien.

Tercer dato curioso: ayúdenme, esto no es un dato curioso, es un llamado de auxilio, me van a matar, ayuda.

Mi celular vibra en mi pantalón y me sobresalto, estoy tan asustado que hasta algo pequeño como eso ha parado mi corazón por un momento. Me detengo y, por pura curiosidad, lo tomo desde mi bolsillo y enciendo la pantalla. En la bandeja de notificaciones tengo un montón de mensajes del grupo que tengo con mis amigos, todos ellos preguntándose dónde estoy y haciendo teorías sobre mi paradero.

Karlaa

Se quedó dormido en el baño, no tengo pruebas, pero tampoco dudas

Oliver uwu

Seguro se cagó después de declararse y no quiere que lo olamos JSJSJJS

Mary

Andyyyy, no tenías que declararte si no querías, era un reto absurdo, perdooooon, entra a clases :(

¿Y me lo dice ahora? ¿Después de que arruiné mi vida amorosa y mi propia existencia? ¿Es en serio?

Ruedo los ojos y pienso un instante en responderles, pero al final no lo hago. No puedo decirles lo que pasó ni dónde estoy, ¡van a reírse de mí una semana entera! Y maldición, los entiendo a la perfección, yo también me reiría de esto si no estuviese tan asustado.

De repente, alguien me toma del hombro y suelto un pequeño grito de horror a la par que doy un respingo.

«Padre nuestro que estás en el cielo...».

—Soy yo, respira, ¿estás bien? —Me relajo al escuchar la voz de Jean y volteo a verlo con cara de pocos amigos. ¿Que si estoy bien? Acabo de gritar, ¿cree que estoy bien?

Antes de que pueda lanzarle comentarios sarcásticos, él comienza a atacarme con preguntas.

—¿Dónde estabas? ¿Por qué no me esperaste? ¿No pudiste responder los mensajes? Te busqué en cada descanso, no respondías los mensajes del grupo de WhatsApp ni mis llamadas, juraría que te habías desmayado en medio del pasillo y que el conserje te confundió con basura llevándote al basurero. —Me mira con un poco de preocupación a pesar de su última broma.

Golpeo su hombro con mi puño, pero sonrío, nervioso. Haciendo de lado su mala broma, quién diría que el malévolo cucarachón se preocuparía por mí.

Escucharlo decir eso en voz alta hace que sienta que he sido un total dramático por mi forma de actuar. Y tal vez lo estoy siendo, no obstante, nada ni nadie podrá disipar el miedo que siento por Edward. Carraspeo y pienso lo que voy a decir. No creo que decirle lo que pasó sea una buena idea, sé que si se lo digo tal vez pueda ayudarme, pero también sé que se va a reír de mí, él va a joderme con eso el resto de mi vida, al igual que lo haría el otro trío de idiotas que tengo por amigos.

Decido mentirle.

—No me sentía bien, ya sabes, eso de declararme a Heather me hizo sentir mal, entré en pánico, vomité y fui a descansar a la enfermería.

La mentira sale de mi boca como si estuviese contándole sobre la novela de las cinco. Tomo mi rostro entre mis manos y me lamento para que me crea. Jean no hace más preguntas, solo pone su mano en mi espalda y me da suaves palmadas, comprensivo.

—Creí que te habías declarado. ¿No has visto lo que hay en tu casillero?

Frunzo mi ceño sin saber de lo que está hablando. No fui a mi casillero porque tenía miedo de encontrarme con Edward...

Joder, Edward. Puta madre, ¿qué hizo? ¿Qué cosas puso en mi casillero?

Doy la vuelta, con prisa. Ni siquiera escucho lo que sea que Jean me dice, ahora lo único que quiero es ver lo que pasó. Camino con rapidez para poder llegar a mi casillero lo más pronto posible, en el camino empujo a algunas personas, pero estoy tan preocupado que no me detengo a pedir disculpas. Mi pulso está a todo lo que da y los nervios comienzan a apoderarse de mí. Imagino que debió haber escrito palabras ofensivas o posibles amenazas. Me estoy muriendo

por dentro de solo pensarlo.

Por cada paso que doy el miedo que siento aumenta. La cabeza comienza a dolerme y los latidos de mi corazón no dejan de acelerarse. Todo comenzó a irme mal desde la mañana y fue mi culpa. Mi estupidez me metió en esto y ya no sé cómo salir.

Estúpido Miren Amiano y su estúpido mensaje maldito.

Cuando llego a las escaleras las subo con prisa y casi me caigo por eso, si Edward no me mata, mi estupidez lo hará por él. Debo intentar calmarme si quiero salir vivo de esto. Tomo una bocanada de aire y trato de relajarme, no es una tarea sencilla considerando que hay miles de escenarios en mi cabeza en este momento. Lo peor es que en todos esos escenarios termino en el suelo, golpeado.

«No quiero ser golpeado…».

«No quiero ser golpeado…».

«Por Dios, que me escupa en la boca si quiere, pero que no me golpee…».

Una vez que estoy cerca de mi casillero puedo observar lo que Jean decía, y la mandíbula casi se me cae de la impresión.

No había notas ofensivas.

Ni tampoco amenazas de muerte.

Había tres pequeñas rosas que parecían ser arrancadas del jardín de la escuela.

¿Qué mierda…?

Las personas a mi alrededor comienzan a cuchichear y sin ser discretas me señalan a mí y a mi casillero adornado de flores. Siento mis mejillas arder de la vergüenza y me siento demasiado humillado. ¿Esto es una broma? ¿Se está burlando de mí? ¿Es su forma de decir «te voy a matar»? ¿Son flores para mi funeral o algo por el estilo?

Sea la respuesta que sea, no quiero averiguarlo. Giro mi cuerpo para irme antes de que él venga y me encuentre, pero cuando doy la vuelta Edward está caminando hacia mi dirección, como si hubiese estado cerca para esperar por mí.

Y me mira con demasiada seriedad.

Bueno, fue un gusto haber vivido mucho tiempo. Espero que mis amigos se comuniquen conmigo a través de la ouija.

Veo pasar mi vida frente a mis ojos como en esas películas donde el protagonista está a punto de morir. Mi boca se queda seca y mis piernas comienzan a flaquear del miedo, a lo *Bambi*. Paso saliva por mi garganta y, pese a que me estoy meando, comienzo a pensar en varias maneras para salir de esto. Lo primero que se me ocurre es fingir desmayarme, pero seamos realistas, incluso si me desmayara él podría golpearme. ¡Mierda!

Edward alza su mano una vez que está frente a mí y me encojo al pensar que va a golpearme, sin embargo, él solo peina los mechones

de cabello que le caen por la frente.

—¿Podemos hablar? —me pregunta, y abro los ojos de par en par. Jesús, María y José y todos los animalitos del pesebre, *qué voz*—. Claro, si puedes y quieres.

Me mira avergonzado y no puedo creer que ponga esa cara y que me esté hablando como si nada. ¿Quién es él y por qué no me está ahorcando en este momento?

Quiero decirle que no, pero aún tengo miedo de que esto sea una trampa y al final sí termine haciéndome mierda. Volteo a ver si hay algún maestro cerca que pueda ayudarme, no obstante, lo único que encuentro es la mirada de las demás personas sobre nosotros, en especial sobre Edward. No lo ven de una buena manera. Cierto, tiene esa mala fama. No puedo dejar que me vean con él, creerán que yo también soy homofóbico, y lo menos que necesito en este momento es que me involucren con un chico con su fama.

Me quito el suéter y lo pongo en mi cabeza para cubrirme y evitar que los demás vean que estoy hablándole. Una vez puesto, tomo a Edward del brazo y lo arrastro conmigo hacia el baño, que es el lugar más cercano para poder hablar.

Entramos a los sanitarios y le doy la espalda a Edward. Echo un vistazo al sitio a fin de asegurarme de que estamos solos. Suelto un suspiro pesado al comprobar que solo somos los dos, y no sé si eso es bueno o malo. Siento la mirada de Edward sobre mi nuca y me sorprende que él no me haya hecho algo todavía. ¿Esta es la parte en la que me toma desprevenido y me ahorca por detrás mientras recita a Shakespeare?

Paso saliva por mi garganta y le echo el pestillo a la puerta para que nadie más entre.

—¿Tan pronto? ¿Y aquí? ¿No necesitamos una cita primero? —menciona de repente con un tono que no logro reconocer y hundo mis cejas porque no comprendo lo que quiere decir.

¿De qué está hablando?

¿Se refiere a…? Ay no, *padre-celestial-ayúdame-y-líbrame-de-todo-mal.*

—¡No es lo que parece!

Volteo a verlo y él ya está quitándose el suéter.

«Diosito ya llévame».

—¡¿Qué se supone que estás haciendo?! —grito, exasperado.

—¿Quitarme el suéter porque hace calor? —me responde sin comprender mis gritos, y mi rostro se pone aún más rojo porque fui yo el que estaba malentendiendo todo.

Necesito ducharme con agua bendita.

Paso una mano por mi rostro, frustrado. El miedo que sentía aún no se ha disipado, sin embargo, estoy más tranquilo de lo que creí que

iba a estar. Ambos nos mantenemos callados y no sé qué decir o hacer. Se supone que él me tendría que golpear, pero no ha hecho ni un solo movimiento ni el intento por hacerlo, está… demasiado normal. ¿Esa es una buena o una pésima señal?

Al contrario de lo que supuse que iba a hacerme, él puso flores en mi casillero, *flo-res*, nunca en mi vida había recibido algo como eso y mucho menos habría predicho que la primera persona en dármelas sería él. No lo comprendo, ¿por qué lo hizo? ¿Por qué no me está dando la golpiza de mi vida? ¿Está esperando alguna invitación para hacerlo?

Todo esto es demasiado confuso.

Suelto otro suspiro y como él no dice nada prefiero hacerlo yo.

—Mira, si es por la nota, puedo darte una explicación —comienzo a aclarar, nervioso—. Sucede que yo no quería declararme —él frunce el ceño y aprieta la mandíbula con fuerza. Su expresión es para cagarse del miedo. Trago saliva y decido mentirle un poco para que no me mate—... o sea, no quería declararme porque sé que eres mucho para mí. Tú eres muy guapo, perfecto y maravilloso y yo soy una caca, no me baño, tengo problemas emocionales y me obsesiono con animes, no soy un buen partido, lo siento, acepto ser rechazado, mi corazón dolerá toda la vida, pero aceptaré esta derrota.

Digo cada palabra como si fuese el más dolido de todas las personas. Llevo mi mano hacia mi pecho y finjo lloriquear para darle vergüenza y para que me deje en paz de una buena vez.

No sé en qué momento de mi vida creí que eso era una buena idea.

Spoiler: no fue una buena idea.

—Sí, acepto, puedes ser mi novio.

Él comenta igual de serio y juro que puedo oír a Miren Amiano riéndose de mí y de mis desgracias.

¿Quéééééé? ¿Escuché bien?

Espérenme, el cerebro se me desconfiguró.

Mierda y más mierda, la cagué más. Se supone que diría que no, porque a él no le van estas cosas, ¿verdad?

—Alto, ¿tú no eras homofóbico? —le pregunto sin poder ocultar la sorpresa en mi voz.

—¿Y tú hetero?

Touché.

—Lo soy.

—Pero confesaste sentir algo por mí.

Cruza sus brazos y hunde una de sus cejas, desconcertado.

«Oh, créeme, yo también estoy confundido».

—Y tengo una explicación —me apresuro a decir para remediar lo que hice—. Te cuento, mira, sí, eres guapo, inteligente y tus brazos son grandes —toco su brazo con mi mano y noto que sí tiene unos

brazos enormes—. Guau, ¿haces ejercicio? ¿Me pasas tu rutina? —digo emocionado, y me doy cuenta de que estoy saliéndome del tema. Lo suelto con rapidez—. Pero no me gustas, me gustan las mujeres, soy hetero, cien por ciento, respiro heterosexualidad, como heterosexualidad, cago heterosexualidad. Hubo una confusión, yo soy estúpido, demasiado, y cuan...

—Lo sé —me interrumpe—. Sé que no te gusto, babeas por Heather cada que la ves.

Ahora es mi turno de hundir una de mis cejas.

—¿Qué?

—No es nada personal, y sé que esto sonará raro, pero soy muy observador. —Rasca su nuca, apenado, y ahora sí que le tengo más miedo, es un *acosador*—. Nadie me habla, así que paso el tiempo observando a los demás, es divertido ver cómo tratas de hablar con ella.

¿Divertido? ¿Soy un payaso o algo así para él? ¿Qué le pasa?

—Entonces, si ya lo sabes, ¿por qué aceptaste que fuera tu novio? —Arrugo la nariz—. O sea, sabes que fue una confusión, pero ¿qué fue eso de las flores y toda esta escena? ¿Pensabas utilizarme para burlarte de mí y entretenerte?

Sí, se está burlando de mí. Lo mejor será huir. No soy el entretenimiento de nadie, solo de la vida, pero ese es otro asunto.

Edward mira sus zapatos, como si le costara contar lo que sea que va a decir.

—No eres gay.

Afirma y frunzo mi ceño. Bueno, eso es obvio, ¿no?

—Ujum.

Asiento con mi cabeza.

—Pero ¿podrías serlo? —me pide, y no le doy oportunidad de seguir porque ya estoy tomando la perilla del baño para huir. Él es mucho más rápido y me toma de los hombros para que no me vaya, y yo solo maldigo en mi interior por no haberme ido antes—. No te vayas, escúchame por favor, no me refería a eso, sino a que finjas serlo. Necesito tu ayuda.

¿Mi ayuda? ¿Para qué? No, ni hablar, gracias, no quiero.

—¿Ayudarte? ¿A ti? Debes estas bromean…

—Todo el mundo cree que soy homofóbico, pero fue un malentendido —menciona de forma atropellada, interrumpiéndome. Pestañeo, ¿qué?—. Nadie quiso escucharme, eres la primera persona que quiere oírme. Por favor —suplica, desesperado. Veo en sus ojos verdes una pequeña esperanza, como si deseara que me quede.

¿Lo que sucedió fue un malentendido? No sé si creerle, es decir, no tengo por qué hacerlo, es la primera vez que hablo con él, ni siquiera lo conozco, pero si lo que dice es cierto entonces significa que todos

estos meses ha sido juzgado de una mala manera sin tener el apoyo de nadie. Aun si no somos amigos, algo dentro de mí se remueve.

Respiro hondo.

—Lo lamento, pero no puedo ayudarte. Las personas creerán que también soy homofóbico si me ven contigo. No te lo tomes a mal, pero mi vida está bien tal como está, no quiero meterme en problemas —me disculpo sin poder mirarlo a los ojos, sé que necesita ayuda, pero yo no soy el indicado.

—No te pido que estés conmigo o que salgas a desmentir, lo intenté y no funcionó. Por favor, solo escúchame —insiste y mi corazón de pollo me dice que es lo menos que puedo hacer. Él suelta su agarre de mis hombros, esta es la oportunidad que necesitaba para irme, pero no lo hago. Quedarme es una pésima idea, como todo lo que vengo haciendo desde temprano.

—¿Entonces? ¿Cómo te ayudaría? —inquiero, mirándolo a la cara. Edward esboza una sonrisa de oreja a oreja y yo quiero matarme por seguirle el rollo.

Él se queda callado unos segundos y, cuando creía que las cosas no podían ir de mal en peor, dice:

—Sal conmigo, por favor, finge ser mi novio.

«Más vale que digan de aquí huyó que aquí murió».

Pongo una expresión horrorizada e imagino que debo ser bastante obvio, ya que Edward se apresura a explicar lo que sea que trae entre manos.

—Si las personas ven que salgo con un chico tal vez podrán olvidar el malentendido, por favor.

Lo veo incrédulo, qué idea más estúpida.

—Esa es una pésima idea, ¿crees que olvidarán lo que pasó solo porque de repente comenzaste a salir con un chico? Las personas no son tontas, solo creerán que eras un idiota que no aceptaba su propia orientación y que se desquitó con alguien más, no sentirán empatía ni te justificarán. ¿Sabes lo que dirán de mí? Dios, no, lo siento, simplemente no. Pídele a alguien más que sea tu novio. Ni siquiera te conozco como para hacerlo.

Doy la vuelta y tomo la perilla.

—¡Te pagaré!

Menciona abrumado, y me río sin gracia por su sugerencia.

—¿Qué clase de persona crees que soy para venderme? —pregunto, molesto—. Bueno, sí soy esa clase de persona, pero, ahora no.

Abro la puerta, decidido a irme, sin embargo, él dice algo que hace que me quede.

—Te ayudaré con Heather.

Si lo que quería era llamar mi atención, lo logró.

—¿Cómo se supone que me ayudarás?

Volteo a verlo, tratando de no mostrar mucho interés.

—No lo sé, pero sé mucho sobre relaciones —asiente con su cabeza, y no sé si está tratando de convencerme a mí o a él. Bufo—. Puedes irte, declararte correctamente y ser rechazado, o aceptar, recibir mis consejos y gustarle a Heather. Será temporal, no duraremos demasiado, será un «ganar-ganar». Por favor —suplica de nuevo, y esta vez soy inmune a sus palabras.

—Claro genio, porque le gustaré si se entera de que soy gay. —Entorno los ojos.

—La bisexualidad existe al igual que otras orientaciones sexuales —agrega, y acto seguido se acerca a mí—. Mira, podemos estar juntos unas semanas, que las personas se den cuenta que en realidad no soy lo que creen que soy, y en ese tiempo te ayudaré con ella, hablaré del increíble novio que eres y, además, puedo ayudarte con tus calificaciones y te pagaré. ¿Qué dices? —Me sonríe sin mostrar los dientes y me odio por creer que es una buena idea.

Después de todo, voy a ganar más de lo que puedo perder.

Lo pienso unos segundos. Sé que fácilmente podía negarme y seguir con mi vida, pero más allá del dinero, de Heather y de mis calificaciones, él me daba un poco de pena. No lo conozco ni quiero hacerlo, pero odio sentirme mal por él y por lo que tuvo que atravesar solo y, sí, sé que no es mi responsabilidad ayudarlo porque ni siquiera es mi amigo, pero aun así... Maldición, no puedo creer que en serio estoy considerando esto. Es una completa estupidez.

Edward sigue viéndome como si fuese alguna clase de divinidad, él de verdad cree que voy a aceptar. Muerdo mi labio inferior e ignoro todas las advertencias que mi cabeza me está mandando. Cuando creía que ya no la podía cagar más, lo hago.

—Bajo mis condiciones —acepto, inseguro, y su rostro se ilumina al oírme—. Y que sepas que solo lo hago por el dinero y Heather.

Él asiente con efusividad y me abraza con tanta fuerza que siento que va a romperme. Edward se separa de mí sin quitar su estúpida sonrisa.

—Seré el mejor novio falso de todos, lo prometo, no te arrepentirás.

No digo nada, solo lo empujo y salgo huyendo de allí.

Qué. He. Hecho.

03: El acuerdo

En esta vida (aunque yo prefería llamarle tortura infinita) existen dos tipos de personas:

Las que la cagan y arreglan sus problemas.

Y las que la cagan y la embarran más.

Yo, obviamente, pertenezco a la segunda clase: los que se meten en problemas y en lugar de solucionarlos terminan metiéndose en cinco más.

Ahora, por ejemplo, causé que un problema pequeño se convirtiese en uno muchísimo más grande, como una bola de nieve en una avalancha que va aumentando de tamaño con cada vuelta que da. Lo peor de todo es que pude haber solucionado las cosas, pero hice todo lo contrario. Tenía que haberle explicado a Edward la situación y, en su lugar, acepté ser su novio falso dentro de un posible «acuerdo» en el que ambos nos veríamos beneficiados.

¿Cómo pasé del «tengo miedo, Edward va a ahorcarme» al «tengo que fingir que Edward me ahorca y que me gusta que lo haga»?

Sé la respuesta: soy un imbécil. El rey de los imbéciles.

La alarma suena por toda mi habitación dándome los malditos buenos días. Tomo la almohada y la coloco encima de mi rostro para evitar seguir oyendo esa odiosa melodía, sin embargo, continúo escuchándola a la perfección. Es la típica música estridente que amenaza con romperte los tímpanos, aún no sé por qué sigo teniéndola como alarma. Me remuevo entre las sábanas y, cómo no va a apagarse hasta que yo la detenga, abro los ojos con irritación.

Busco mi celular a tientas con mi mano y doy con él a un lado de mi cabeza. Lo tomo y no tardo en apagar la alarma. Intento volver a dormir, pero ya no puedo, una vez que despierto nada hace que concilie el sueño. Me quejo en voz alta y bostezo, somnoliento.

No pude pegar un ojo en toda la noche porque en mis sueños —que más bien eran pesadillas— imaginaba a Edward pidiéndome que fuese su novio. Ese maldito escenario estuvo repitiéndose en mi cabeza al menos tres veces en la madrugada, como algún tipo de autocastigo.

En este momento me gustaría creer que todo lo que ha pasado en las últimas veinticuatro horas es parte de un horrible sueño, pero, al retirar la almohada de mi rostro, mi mirada da justo con las rosas que dejé en mi escritorio; las rosas que Edward colocó en mi casillero.

Eso me recuerda la cruda realidad: no ha sido un sueño. Fue real.

Más que real.

Acepté ser el novio falso de Edward.

«Estoy jodido».

Sin mucho ánimo, me levanto con dificultad de la cama y voy directo al clóset para sacar el uniforme de la escuela y mis zapatos. Una vez que lo tomo, me cambio la ropa deseando que caiga un meteorito o que haya un apocalipsis zombi para no ir a la escuela. No quiero ver a Edward y recordar que he aceptado algo tan ridículo como salir juntos.

No puedo imaginarme estar de novio con él. No cuando solo pienso que es un chico y que en cualquier momento puede salir su verdadera personalidad a patearme las pocas pompis que tengo. Tuve mucha suerte de que se portara amable conmigo y no como el cretino que todos decían, pero eso no significa que sea una persona simpática.

Aún puedo arreglar las cosas y retirar lo que dije, no obstante, no voy a mentir, la ayuda que Edward me ofrece tanto en mis calificaciones como con Heather suena bastante tentadora. Sin olvidar que recibiré dinero. ¿Cómo puedo negarme a eso? ¡Tengo todo en bandeja de plata!

Lo único que necesito es aguantar el tiempo que estemos juntos, que, si todo va tal como dijo él, solo serán pocas semanas. Creo que puedo con eso. Aunque todavía hay muchas cosas que quiero pensar.

Cuando estoy vestido, voy al baño para lavarme la cara. Enciendo la luz y al verme al espejo me quiero poner una bolsa encima. Mi rostro parece de muerto. Estoy demasiado pálido y eso resalta mis pecas y las enormes ojeras de hace ya varios días, además mi cabello castaño es un desastre, no me sorprendería si encuentro una cucaracha muerta ahí. Me veo fatal, parece que acabo de pelearme con un mapache por un pedazo de pan y que, para el colmo, perdí.

Suelto un suspiro y cepillo mis dientes con rapidez, al finalizar salgo del baño para ir al primer piso y ver a mi mamá. Gracias al cielo Irán no le notificó que no entré a clases, si lo hubiese hecho ahora mismo no viviría para contarlo. No pienso decirle nada de lo que ha pasado, han sido días llenos de estrés para ella, no necesita que yo le dé más, y por cosas insignificantes que puedo arreglar por mi cuenta.

Bajo las escaleras y la veo sentada en el comedor que está en la cocina. Hay varios periódicos sobre la mesa y la mayoría de ellos tienen una sección resaltada con marcador amarillo. Hago una mueca. Ha estado buscando empleo desde que dejó su antiguo trabajo, no han sido días fáciles, aun así, lo hemos sabido sobrellevar. La he ayudado buscando información en internet, pero ninguno de los puestos disponibles está relacionado con lo que mamá desempeña. Espero que podamos encontrar algo pronto.

Voy directo hacia la cafetera y tomo un vaso que está en el costado

de esta, sirvo un poco de café y, con cuidado, se lo llevo a mamá. Ella, quien al parecer ni siquiera se había percatado de mi presencia, ve confundida el recipiente y luego sonríe.

—¿Encontraste algo? —pregunto refiriéndome al trabajo y me siento sobre la mesa, encima de un par de periódicos. La acción no le gusta a Mariel (mi madre), ya que arruga la frente.

—Aún no —suspira, y levanta la mirada de la mesa para verme a los ojos. Sus rulos castaños también están hechos un lío y las prominentes ojeras me dicen que tampoco ha dormido bien. Tal parece que estamos en una competencia para ver quién está peor—. ¿Cómo estás?

«Bien, solo dormí pocas horas porque estuve soñando que un chico de un metro y ochenta y tanto me suplicaba ser su novio con mariachi de fondo, ya sabes, cosas que le pasan a cualquier joven idiota como yo» quiero decir, pero en su lugar digo:

—Bien. De maravilla. Todo está perfecto.

Ella le da un sorbo a su bebida.

—Me alegra que estés de maravilla, aunque no hayas entrado a clases ayer —recrimina, dándome la mirada más asesina de todas.

Mi boca se abre sobremanera formando una gran «O». Balbuceo unos segundos sin poder creer que se ha enterado de mi pequeña ausencia.

—¿Qué? ¿Cómo sabes? ¿Quién te…?

Me callo al instante. El rostro del señor Irán viene a mi cabeza de golpe, como cuando Josh de *Drake y Josh* pensaba en Megan después de que ella le hiciera algo malo. De hecho, puedo imaginar mi situación como una escena de esa serie: el ambiente misterioso, cargado de duda respecto a mi delatador y, entonces, al saber quién es mi verdugo, digo su nombre con la misma intensidad en la que Josh decía el nombre de su hermanastra: «Irán».

Viejo chismoso. ¡Teníamos un acuerdo!

—Dijo que no te diría —refunfuño.

—Andy —pronuncia mi nombre con un tono molesto—. Hizo bien en decirme, tenía que —sale a su defensiva y, en cierto punto, tiene razón. Es mi maestro, claro que iba a decirle. Ya sé a quién nunca le pediré ayuda de nuevo—. Acabamos de hablar. —Señala el teléfono que está pegado a la pared y no me queda más que prepararme para lo que se viene—. ¿Por qué no entraste a clases?

Sus ojos cafés escudriñan mi rostro, parece que está buscando alguna señal que me delate sin tener que abrir la boca, pero dudo mucho que viéndome los mocos pueda encontrar algo. Desvío la mirada y la mantengo en la canasta de frutas que está en la encimera. Las bananas tienen un par de manchas negras que simulan un rostro si pones tu imaginación a volar. Puedo imaginarlas gritándome que

mienta. O tal vez es mi subconsciente que quiere verme vivo al final del día.

—No me sentía bien —intento engañarla, y si las bananas pudiesen hablar estarían festejando por mis palabras—. Tuve problemas con… —enmudezco un segundo en tanto pienso en una buena excusa—… las trompas de Falopio o algo así.

Y la peor mentira del año es para… ¡mí! ¿Quién hubiese predicho tal desenlace?

Mariel enarca una de sus cejas.

—Estás mintiéndome. —Me señala con uno de sus dedos y niego en automático. ¿Fui demasiado obvio?—. Ni siquiera tienes idea de lo que son las trompas de Falopio, Andy. Y tus orejas están rojas, me estás mintiendo. —Sus ojos están puestos en mis orejas. Joder—. Ya dime, ¿qué te pasó?

Había olvidado que me conoce como la palma de su mano y que mis mentiras carecen de credibilidad cuando se trata de la *Reina-de-las-no-mentiras*. Resoplo hacia arriba causando que un par de mechones que cuelgan de mi frente se muevan.

—Tuve problemas con un chico que me dobla el tamaño —le cuento la versión corta—. Estaba asustado, Irán dejó que fuera así, ¿puedes creerlo?

—¿Te hacen *bullying*? —inquiere preocupada y niego. Ella achica sus ojos en mi dirección, sin creer en mis palabras—. Iré a hablar con el director personalmente, no voy a permitir que algo malo te suceda.

Mi corazón se acelera.

—¿Qué? ¡No! —digo casi de inmediato y me bajo de la mesa—. Mamá, te estoy diciendo la verdad, créeme, el único *bullying* que recibo es por ser géminis y eso es culpa tuya, ¿no pudiste esperarte un mes más para que naciera? —le echo en cara para que se olvide de la loca idea de hablar con el director.

—Te recuerdo que fuiste tú el que quería salir antes, prematuro. No es mi culpa que seas un impaciente —bufa, creyendo en mis palabras—. No tiene nada de malo ser géminis, estás vivo y sano y eso es lo único que importa.

Enfoca su atención en los periódicos de nuevo y doy un pequeño festejo interno al ver que se olvidó de la idea de ir a la escuela y hablar con el director.

—Estoy vivo y ese es el problema, yo ni siquiera pedí nacer —contraataco, y me mira con un poco de enfado. Sonrío nervioso—... pero estoy agradecido con el universo, mamá, te amo, gracias por darme la vida, aunque fuera contra mi voluntad. Soy la mayor bendición que pudiste tener, no te importó arruinar tu existencia con mi presencia, soy la alegría de tu oscura vida, el error que volverías a cometer, el accidente que...

—¡Ya entendí! —me interrumpe y da otro sorbo a su café—. Si no te hacen *bullying*, ¿qué pasó? Y quiero oír la verdad.

Chasqueo la lengua. Va a reírse de mí.

—Me declaré a un chico…

Me callo al ver que casi tira el café encima de los periódicos. La dejé perpleja.

—¿Eres gay? —farfulla.

No puedo descifrar lo que está pasando por su cabeza, sin embargo, por la manera tan dura en la que frunce su ceño, puedo decir que tiene muchas preguntas.

Tomo aire.

—No lo soy mamá. —Ella asiente, sin hacer más preguntas al respecto, hasta que suelto—: Pero mi novio sí. O eso creo. No lo sé.

Escucho cómo se atraganta con su saliva y no puedo evitar reír bajito por su reacción, no obstante, esa pequeña risa no dura mucho porque guardo silencio en cuanto caigo en cuenta de lo escalofriante que suena decir en voz alta que tengo novio. Nunca en mi vida creí que usaría esas palabras.

Novio, con una «o» al final.

Con. Una. O.

La O de *Omaigash*, arruiné mi vida.

Pestañea repetidas veces y se levanta de su lugar para estar a mi altura, o casi a esta porque le saco una cabeza encima.

—Perdón, fui muy directa, lo siento, sabes que no me meto en tu vida ni nada y tampoco quiero sonar como una mamá chismosa, pero…

—Pero eres una mamá chismosa.

La interrumpo y ella me lanza lo primero que su mano toma, gracias a los dioses es un trapo.

—Solo me preocupo por ti —contraataca—. Primero, no entras a clases, luego dices que te metiste en problemas con un chico y ahora que tienes novio y nunca me habías hablado de él. Es normal que sienta curiosidad, creo que me he perdido de muchas cosas y solo quiero saber más de mi hijo y de las personas con las que se relaciona, me preocupo. No me importa tu sexualidad ni nada de eso —se calla unos segundos—, pero un «oye mamá hay un chico que me gusta» o un «hay una chica que me llama la atención» hubiera sido bueno para el corazón de tu mamá. Aunque también es culpa mía por haber… uhm, ¿supuesto tus gustos? No lo sé, pero, bueno… gracias por decirme, tienes mi apoyo siempre.

Pone su mano sobre mi hombro de forma empática y reprimo una sonrisa. Si la situación hubiese sido real, habría estado feliz. Me alegra que ella piense de ese modo, es decir, no que piense que me gusten los chicos ni nada de eso, sino que me brinde su apoyo, aunque no lo

necesito. Estoy seguro de que los chicos no son lo mío.

—Tengo que explicarte —intento arreglar lo que no pude terminar de explicar—, no es lo que crees, te lo juro.

Mi mamá no me deja continuar porque toma mis manos con las suyas de inmediato.

—Por favor, confía en mí, no tienes que dar excusas, te lo dije, tienes mi apoyo, tu sexualidad es lo de menos, así que tenme más confianza —habla de una manera tan dulce que no puedo creer que sea la misma persona que me lanza su sandalia cuando no quiero lavar los platos—. Háblame de tu novio, ¿quién es el pobre desdichado que te tiene que aguantar? —Sonríe y yo ruedo los ojos, sí, ella sí es mi mamá—. ¿Desde cuándo tú y él se conocen?

—Parece que fue ayer —contesto sincero, pero por la expresión de ternura en su rostro supongo que no me creyó.

—Awww —chilla emocionada.

—En serio fue ayer —insisto, y su expresión cambia radicalmente por una seria.

—Andy, ¿estás bromeando? —inquiere comenzando a molestarse. Niego con la cabeza y ella bufa por lo bajo—. ¿Es el chico peligroso del que me hablaste? ¿Te obligó a hacer algo que no querías?

Vuelvo a negar repetidas veces. No sé nada de Edward, pero de algo que estoy casi seguro es de que mi gallo Juan es más peligroso que él. Y hablo en serio. Juan puede arrancarte los ojos mientras duermes si se lo propone.

—Edward puede parecer peligroso, pero tú me das más miedo que él —respondo al instante sin pensarlo—. Y no, mamá, no me obligó a hacer nada, yo acepté, bueno, mi corazón de pollo aceptó por mí, mi cerebro se fue de fiesta y dejó las decisiones duras a un corazón manipulable y sensible. —Su mirada sobreprotectora pasó a una confusa en cuestión de segundos, así que decido aclararle la situación —. Si te lo digo, prométeme que no te vas a reír.

Ella asiente no muy segura y comienzo a contarle lo que pasó en los casilleros y lo que pasó en el baño. Conforme le voy contando lo que sucedió, Mariel hace un esfuerzo sobrehumano para no reírse, pero cuando digo que terminé aceptando la propuesta de Edward, mi progenitora no se aguanta y se echa a reír. Le doy una mala mirada.

Necesito otra mamá. La mía me hace *bullying*, se ríe de mis desgracias y, para rematar, es virgo.

—Lo siento, lo siento, pero ¿confundirte de casillero? —Muerde su labio tratando de no volver a reír. Sí, sé que doy risa, pero al menos podría fingir que no. Entrecierro los ojos en su dirección—. Antes de que me eches la culpa, esa parte la sacaste de tu papá, a mí ni me mires, aunque fumé al inicio del embarazo porque no sabía de tu existencia, ¿crees que tuvo que ver en algo?

—Lo único que sé es que se me hará tarde si sigo escuchándote —blanqueo los ojos y camino hacia la sala de estar para tomar la mochila que dejé en el sillón la noche pasada.

Escucho sus pasos detrás de mí seguidos de una suave risa.

—Gracias por confiar en mí y por ayudar al chico —suelta luego de que su risa cesa—. Si te sientes incómodo, no dudes en terminar todo de raíz, primero estás tú —sonrío, dando la vuelta para encararla. Ella también me está sonriendo—. Y aunque tu historia es muy linda, no puedes faltar a clases, Andy, que sea la primera y última vez. Hablaremos bien cuando regreses. —Mi sonrisa se esfuma. Claro que no iba a dejarlo pasar. Mariel me tiende una pequeña bolsa de papel Kraft y un billete—. Tu almuerzo y dinero, pasa a comprar comida para Juan de regreso.

Asiento y lo tomo. Veo el billete y solo puedo pensar en la persona que se lo ha dado.

—Mamá, ¿alguna llamada de papá?

Se tensa.

—Ha estado ocupado con el trabajo, pero cuando llame te diré.

Vuelvo a asentir. Sé que debe estarlo. La última vez que lo vi fue hace un par de meses atrás porque se mudó a mi ciudad con su esposa e hijastra para estar más cerca de mí. Aunque no lo parece. Me llamaba más cuando vivía en Mánchester. Si no va a visitarme no debió haberse mudado aquí, a Sunderland, en primer lugar. Inglaterra no es un país grande en comparación con otros países, pero siempre he sentido que mi papá está a miles de kilómetros de mí, incluso ahora que vivimos en la misma ciudad.

—Ya sabía. —Me encojo de hombros y luego sonrío—. Nos vemos.

—No te declares a otro chico hoy, donjuán.

Se mofa de mí y suelto aire por mis fosas nasales. Iba a defenderme, pero, conociéndome y conociendo mi nivel de estupidez, hoy hasta podría terminar casándome.

(…)

Edward es lo primero que veo al acercarme a mi casillero, está apoyado en él, con los ojos puestos sobre su teléfono, el cabello le cae por la frente y tiene el uniforme impecable: la playera blanca está debajo del saco azul, al igual que una corbata roja con un nudo perfecto. La diferencia entre ambos es radical, yo ni siquiera tengo la corbata puesta porque no sé atarla, y de igual forma parece que he sido revolcado contra el pasto gracias al desastre que es estar en medio de un montón de personas en el autobús.

Aprieto los dientes y retiro los audífonos de mis oídos. ¿Qué hace ahí? Sé que no habíamos quedado en nada, pero tampoco le dije que iniciaríamos hoy, es decir, no, es demasiado pronto, necesito más tiempo para asimilarlo, ¡no puedo fingir ser su novio de la noche a la

mañana! Es… muy rápido. Necesito tiempo para desmayarme siquiera.

Giro a ver a todos lados y sonrío a quienes están ahí, ellos me ignoran debido a que mantienen su vista en Edward y en mi casillero. Son demasiado obvios. Me aproximo con prisa hacia su dirección y lo tomo del brazo con un poco de brusquedad para que me vea.

Él se sobresalta por la repentina acción.

—¡¿Qué haces aquí?! —mascullo de forma hostil. Me ve confundido, por lo que lo tomo de la corbata del uniforme para que se agache a mi altura y pueda oírme. Edward abre sus ojos de par en par —. ¡No puedes esperarme en el casillero! —espeto, y al mirar la sorpresa en su rostro noto que estoy siendo grosero. Lo suelto, apenado. Aclaro mi garganta—. Lo siento, sé que dije que iba a ayudarte, pero necesito unos días, no puedo solo aceptar y salir de un día para el otro. Tengo que prepararme. Dame tiempo para asimilarlo.

A pesar de que he sido maleducado, curva sus labios en una sonrisa ladina, haciendo que un lindo hoyuelo se asome en su mejilla.

—Tómate todo el tiempo del mundo —menciona, comprensivo—. Perdón por esperarte, no sabía. —Muerde su labio. La culpa en su voz hace que me sienta mal por haberme portado de ese modo. Debo dejar de estar tan a la defensiva con él.

—Perdón si fue grosero… Solo… Yo… Uhm.

Asiente, sonriendo de nuevo.

—Lo entiendo, en verdad, tómate tu tiempo. No tengo problema en esperarte, sé que no debe ser sencillo.

Alza sus manos, restándole interés, como si quisiera darme a entender que no le importa lo que he hecho. Viéndolo a él y luego a mí parece que los papeles se han intercambiado. Yo soy la persona cretina e intimidante y Edward alguien amigable y simpático. No, los papeles no se intercambiaron, desde un inicio hemos sido así, sobre todo yo, por ser alguien que juzga antes de tiempo. El idiota resulté ser yo.

Le regreso la sonrisa y observo de reojo a los demás, sí que hay un par mirándonos. Los nervios se me suben a la cabeza. Aun así, no me aparto.

—Hoy. Después de clases. En el baño.

Mi respuesta suena casi como la de una contestadora debido a que no quiero que alguien más nos escuche. Me mira ceñudo.

—¿Qué haremos en el baño? —cuestiona con recelo, y esto me recuerda a lo que pasó entre los dos ayer, cuando sugirió que necesitábamos una cita primero.

Siento que mi rostro se consume en calor por la vergüenza. ¿Qué tiene en la cabeza?

—¡Hablar, obvio! ¡¿Qué más podríamos hacer en un baño los dos

solos?!

—Bueno…

—¡No quiero saber, cállate!

Suelta un «oh» y se ríe entre dientes. Sin poder evitarlo, la situación me da un poco de gracia y además su risa me contagia, por lo que también me río. Okey, Edward no es *taaaan* malo como creí que podría ser. Creo que estuve exagerando mucho.

Él me da una última sonrisa.

—Entonces nos vemos en el baño —se despide, poniendo su mano sobre mi hombro cuando pasa a mi lado.

—Para hablar —agrego. Edward ladea su cabeza a mi dirección y sonríe. Siento una punzada en el pecho.

—Sí, para hablar.

Me suelta y camina por el pasillo hacia nuestro salón. Lo veo bajar las escaleras y, sin saber por qué, sonrío. Las personas que están ahí se quedan mirándome y eso me pone en alerta. Abro mi casillero y saco mis cosas con prisa. Tenía a Edward en un mal concepto, sé que no lo conozco, pero no parece ser ni un imbécil que te trata mal ni mucho menos un idiota irrespetuoso ni ninguna de las tantas cosas que dicen de él, hasta ahora. Por si acaso, iré con cuidado.

El día transcurre bastante rápido, entre bromas con mis amigos y una que otra mirada a Edward, quien solo se la pasa con los audífonos puestos cuando cada clase finaliza. Para la última clase, Literatura, he dejado de prestar atención porque tengo mis ojos puestos en la lista con puntos a favor y en contra de salir con Edward. Le he dicho que sí iba a fingir, pero, ya que aún puedo arrepentirme, necesito una lista de pros y contras.

En la lista tengo los siguientes puntos:

Razones para SÍ salir con Edward:

1. ***Me ayudará a salir con Heather.***
2. ***Me ayudará con mis calificaciones.***
3. ***EL DINERO.***
4. ***Es guapo (si me verán saliendo con alguien, al menos será alguien lindo).***
5. ***Parece ser simpático.***
6. ***Parece ser amable.***

Razones para NO salir con Edward:

1. ***No lo conozco.***
2. ***Su reputación puede afectarme.***
3. ***Ya no tengo más razones, solo quiero llenar otro punto, como mínimo.***
4. ***¿Ser así de guapo es legal?***

5. ***¿Observar a los demás por aburrimiento debe ser una red flag?***

Taché el punto número cuatro de ambas listas porque en cuanto los releí creí que era una estupidez. Sí, él es lindo, bastante, me atrevo a decir, yo soy una caca en comparación, pero no era un punto que debía poner, si es guapo o no es irrelevante, a quién le importa si es atractivo si puede ser una mala persona. Hago una mueca con los labios al observar que tengo más puntos a favor que en contra. Esperaba que haciendo la lista pudiese ver que me conviene no relacionarme con él, sin embargo, el resultado está más claro que el agua.

—O'Connell —escucho que Irán me llama por mi apellido y doy un respingo en mi asiento. Levanto la mirada de la hoja y lo encuentro observándome con una de sus cejas hundidas. Todos en la clase clavan sus ojos en mí. Trago saliva—. ¿Algo que quieras compartir con la clase?

«Sí, que usted es un chismoso por haberle contado a mamá que falté a clases».

—Yo…

—¿Prestabas atención? —inquiere y, pese a que sé que no, asiento de forma exagerada—. ¿De quién hablábamos hace un segundo?

Maldigo por dentro. Él debe saber más que nadie que no he estado prestando atención, me conoce, y supongo que precisamente por ello está siendo un espartano conmigo. Relamo mis labios, pensando en qué decir, veo de reojo a mis amigos en busca de ayuda, pero ellos lucen igual de confundidos que yo. Estoy acabado.

—Edgar Allan Poe.

La voz de Edward se escucha por toda el aula y un enorme silencio se hace presente después de eso. Me sorprendo por sus palabras y creo que no soy el único, él no es de los que hablan en clase, así que escucharlo hablar es como un milagro divino, pero lo que me sorprende aún más es que ha decidido ayudarme. Edward, de entre todas las personas, ha hablado para que yo no quede como un idiota frente a la clase. ¿Por qué lo hizo?

Irán parpadea, igual de perplejo que todos, y voltea a verlo.

—Gracias, Rumsfeld —le sonríe sin mostrar los dientes y después me señala con el libro que tiene en sus manos—, pero hablaba con O'Connell.

Mis ojos se mantienen en Edward, quien solo asiente al maestro y luego, siendo bastante obvio, ya que es de los que se sientan hasta el frente y yo hasta atrás, gira a verme. Al descubrir que yo también lo estoy viendo, me sonríe. Se me corta la respiración y siento que mis mejillas se calientan un poco.

Intento darle una sonrisa como agradecimiento, no obstante, Irán no deja pasar que he estado distraído toda su clase y se acerca a pasos veloces a mi pupitre. Toma la hoja en la que estaba escribiendo sin darme oportunidad de guardarla y la lee para sí mismo. Mierda.

Me hundo en mi asiento mientras que veo cómo sus ojos viajan por la hoja. Su mirada desconcertada es obvia y sus cejas fruncidas hacen que no tarde en avergonzarme porque las palabras que hay en la hoja son bastante comprometedoras y ridículas. ¿Por qué tiene que leerlo? ¡Agh!

Vuelve a dejar la hoja sobre mi mesabanco.

—Presta atención —se limita a decir, y regresa hacia su escritorio.

Cubro mi rostro con mis manos, más que avergonzado y humillado. No volveré a ver a Irán de la misma manera. No solo basta con que mamá sepa que me he declarado a un chico, sino ahora también Irán. Ya está, mi mala suerte no puede ser peor. Para la próxima vez que reciba una cadena maldita en Facebook me aseguraré de cumplirla, no quiero que otro Miren Amiano me haga la vida imposible.

Hago caso a las indicaciones del maestro y trato de prestar atención al resto de su clase, lo cual se me dificulta porque no dejo de pensar en que Edward ha participado por primera vez en la clase y para ayudarme. Sin querer, mis labios se curvan formando una sonrisa que borro luego de ser consciente de esa acción. Que él haya sido amable no significa nada, sí, me ayudó, algo que ni siquiera mis amigos hicieron, pero es una acción normal, no algo de lo que deba emocionarme.

Una vez que la clase termina, espero a que Edward salga primero del aula y acto seguido le digo a mis amigos que debo ir al baño y que los alcanzaré después. Ellos no hacen preguntas y aprovecho eso para apresurarme, no quiero que me vean junto a él. Camino con rapidez, siguiendo los pasos de Edward, no estoy demasiado alejado, pero tampoco tan cerca para que las personas puedan decir que nos relacionamos.

Él ingresa primero al baño y, para que no sea sospechoso, espero unos cuantos minutos. Tomo una bocanada de aire y le doy vuelta a la perilla para entrar. El chico peliblanco está frente al espejo, peinándose el cabello con sus dedos. Cuando cierro la puerta detrás de mí, se vuelve en mi dirección y sonríe. Vale, al parecer le gusta sonreír mucho.

—Hola.

—Hola.

Le respondo y luego de eso nos quedamos en un silencio incómodo. No sé si es porque todo esto es demasiado nuevo para los dos o si es por el hecho que sucedió ayer: tenemos (o debemos tener) una

relación, y eso, para dos chicos que apenas han hablado una vez en su vida, es un poco complicado. Sin contar que el baño tampoco es un excelente lugar para entablar una conversación. Deberíamos, a partir de ahora, ver en qué lugares encontrarnos. El baño es más del tipo de lugar en el que dos personas tienen encuentros casuales y no para discutir sobre una relación falsa. Creo que puedo entender de dónde salen sus bromas.

Edward carraspea.

—Solo quería decirte que en verdad respeto que quieras tomarte tu tiempo, no tengo problemas con eso —baja la voz con cada palabra que dice, viéndome atento. Relame sus labios y agrega—: Y también quería asegurarme de si quieres seguir con esto. No tienes que hacerlo si no te sientes cómodo.

Se escucha preocupado, como si de verdad le importara lo que yo siento. La forma en la que habla ahora no concuerda con la perspectiva en la que yo lo tenía. Sigue sorprendiéndome cada vez y haciendo que quiera lavar mi boca con jabón por todo lo que dije y pensé de él. Sonrío por sus palabras, es lindo que tome en cuenta mi comodidad.

Esta es la oportunidad que necesitaba para decirle que no estoy del todo seguro, sin embargo, con lo que ha pasado hoy y con lo poco que conozco de él, sé que no hay nada que perder ni temer.

—Lo estoy, no te preocupes.

Él suspira aliviado.

—Me alegra oír eso. —Traga saliva—. También dijiste que sería bajo tus condiciones, así que me acoplaré a ellas. ¿Cuáles son?

Oh sí, eso. Había olvidado que había dicho que pondría condiciones para salir. Tenía tantas cosas en la cabeza que dejé pasar ese detalle. Me quedo pensando en mi respuesta un momento. ¿Qué condiciones puedo poner en una relación falsa? Es la primera vez que hago esto, no tengo ni la más mínima idea. Me gustaría googlear esto, pero la última vez que lo hice terminé metiéndome en este gran embrollo.

Edward saca su celular de su bolsillo y veo que abre «notas», parece que va a escribir lo que diga. Paso una mano por mi cabello.

—Solo estaremos cuatro semanas, no más. —Es lo primero que se me ocurre—. Tampoco quiero muchas… demostraciones afectuosas —me cuesta pronunciar eso sin sentir vergüenza—, tomarte de la mano será lo único que haré —aviso, y él asiente—. Y bueno, la verdad es que no quiero el dinero —digo, por último. Lo quiero, pero no me sentiré bien al aceptarlo—. Ah, y todo eso será solo en la escuela. Es todo.

Él lee en voz baja lo que le he dicho y luego alza su mirada.

—Cuatro semanas, no demostraciones afectuosas, no dinero y todo

en la escuela, ¿algo más? —pregunta después de resumir lo que he dicho. Niego con la cabeza. No tengo nada que agregar por el momento—. ¿Cuándo te parece iniciar?

¿En veinte años, tal vez? ¿Treinta? ¿Cincuenta? ¿Cuándo estemos viejos o en nuestros respectivos ataúdes?

—Lo que queda de esta semana hasta el jueves de la próxima, es decir, el viernes —le pido luego de pensarlo, estamos a miércoles, así que comenzaríamos a salir en poco más de una semana—. Estamos en finales y no creo estar listo, necesito pasar los exámenes y si salgo contigo lo menos en lo que pensaré será en estudiar, estaré demasiado abrumado —explico. Sé que suena como otra de las tantas excusas que doy, pero esta vez va en serio. Necesito aprobar o pasaré las vacaciones de invierno en clases extracurriculares—. Además, quiero conocerte un poco más.

Esto último lo pronuncio en voz baja porque me apena pedírselo. Algo tan sencillo como fingir salir con alguien debería bastar con solo eso, fingir, no tener que conocernos de verdad. Sin embargo, si voy a arriesgar mi vida social (la poca que tengo), al menos quiero saber con quién voy a arruinarla.

—Finales —murmura casi audible—. Podemos iniciar ayudándote a estudiar —parece decir más para él que para mí. Una sonrisa se curva en sus labios—. Si quieres podemos vernos saliendo de clases mañana y la próxima semana. Así te ayudaré y podrás sentirte menos incómodo conmigo.

—¿Algo así como mi tutor?

—Si quieres llamarlo así. —Mantiene su sonrisa.

—Me gusta —articulo y le devuelvo la sonrisa—. Espero que tengas mucha paciencia porque soy un asco en casi todo. Apenas sé el nombre de las asignaturas.

Rezongo.

—Soy paciente, creo que todo lo que lleva tiempo es mucho mejor que todo lo que se hace de forma apresurada —farfulla, viéndome directamente a los ojos—. Y bueno… uhm… Gracias —dice de pronto, y no lo comprendo hasta que sigue— por aceptar, sé que te pedí algo muy loco y cualquier otra persona hubiera creído que me falta un tornillo y no hubiera aceptado, pero tú lo hiciste, me sentí muy feliz, y no quiero abrumarte ni nada de eso, solo quiero decirte que estoy muy agradecido, sé que sonará feo, pero me alegra que te hayas confundido de casillero.

Habla con torpeza, y sin darme cuenta mi sonrisa se ha ampliado como la de un tonto. Si soy sincero, yo sí me arrepiento de haberme confundido de casillero, pero al escucharlo hablar tan animado creo que haberme confundido no fue algo taaaan malo.

Lo digo porque va a ayudarme con Heather y con mis

calificaciones. Por eso.

Y solo por eso. Lo juro.

Balbuceo un instante porque me tomó por sorpresa.

—No es nada. También me salvaste de Irán. Muchas gracias —me sincero. Como no sé qué más decir, rasco mi cuello—. ¿Nos vemos mañana en la tarde?

—¿En el baño de nuevo? —pregunta con mofa. Ruedo los ojos.

—No pienso estudiar sobre cosas matemáticas y demás en el baño, Rumsfeld —advierto con diversión.

—El baño es muy… inspirador, puedes sorprenderte de la cantidad de cosas que puedes aprender aquí. —Ese tono juguetón en su voz continúa—. Y yo soy tu tutor, puedo hacer que aprendas lo que sea sin importar el lugar —dice, el engreído. Me río sin refutar, ya que sus buenas calificaciones hablan por sí solas.

—Bueno, *tutor*, que sepas que puedes enseñarme lo que sea en el lugar que quieras, pero el baño no. No quiero que metas mi cabeza en el inodoro cuando notes que no soy de los que aprenden rápido.

—Te lo dije, soy paciente —contraataca y acomoda su cabello—. No importa cuánto tiempo tardes, te esperaré.

Hay un brillo en su mirada que no sé descifrar, y eso me pone nervioso. Paso saliva por mi garganta y abro y cierro la boca porque no sé qué responder. Sus palabras me han dejado desorientado. Él se percata de ello y suelta una risa nasal.

—Nos vemos luego, Andy.

Se despide de mí y ni siquiera soy capaz de formular algo. Nunca creí que iba a quedarme sin palabras y que iba a ponerme nervioso por él, sí imaginé un montón de escenarios, pero ninguno como este. Y no me gusta.

Espero a que salga del baño y me acerco al lavabo para echar un poco de agua sobre mi rostro para aclarar mis pensamientos. Está hecho. Es más que oficial, seremos novios falsos apenas termine la semana.

04: Iniciemos esto

—¿Por qué ves las series dobladas, tonta? —Escucho la voz irritada de Jean—. Es mejor verlas en el idioma original.

—¿Porque no soy buena leyendo subtítulos? —le responde Karla, con un tono de obviedad—. Tengo que leer las cosas con calma o me pierdo, y como los subtítulos duran poco en la pantalla, prefiero ver el doblaje. No critiques mi forma de ver series, tonto.

—Tienes que ser lo suficientemente tonta como para no poder leer los subtítulos, no es nada del otro mundo —refuta el rubio seguido de un quejido. Supongo que Karla lo ha golpeado.

No sé de qué están hablando y tampoco me interesa saberlo, tengo mi atención puesta en la pantalla de mi celular, mientras leo la información que encontré en una página online. Sé que dije que no volvería a buscar nada en Google, no obstante, no sabía dónde resolver mis dudas. Pensé en preguntarle a mamá, ya que sabe de mi extraña relación con Edward, pero sé que habrían sido los minutos más incómodos de mi existencia y preferí ahorrarme la tortura mental y emocional.

Además, no era nada que mi querido amigo Google no pudiese resolver, tenía todo bajo control, o casi todo si ignoramos que he estado navegando por más de quince minutos en internet. Mi largo historial se resumía en la siguiente pregunta: «¿Cómo ser un buen novio falso?».

Desde la conversación de ayer en el baño con Edward he estado buscando mucha información sobre cómo llevar la relación. Él quiere cumplir con su parte del trato, la parte en la que me ayuda con mis calificaciones, y yo también quiero estar un poco más inmerso en la desastrosa situación en la que hemos acabado, y para ello debo saber cómo ser una buena pareja en primer lugar. Tengo experiencia, he salido con un par de chicas antes, el problema es que todas mis relaciones amorosas terminan apenas inician.

Soy un pésimo novio, me canso de las personas y ellas de mí, no respondo los mensajes, solo me la paso jugando en mi celular y viendo anime, no soy detallista y apenas recuerdo fechas importantes. ¿Cómo se supone que tengo que fingir ser el novio de alguien cuando ni siquiera sé ser un novio real?

Hace mucho que no ligo con alguien, ¿aún se dice *«te amodoro»*? Espero que sí, porque mi nulo conocimiento de coqueteo se basa en esa frase.

La última vez que tuve una relación seria fue hace tanto que estoy a nada de que me salgan telarañas en el corazón y en otra parte. Si me hubiese declarado a Heather no tendría que preocuparme de esto, porque es un asunto diferente, ¡estamos hablando de Heather! Con ella podría ser el mejor novio así tuviese que meterme en algún curso en línea. Pero todo cambia cuando hablamos de Edward. No me gusta ni un poco, ¿cómo podría fingir estar enamorado de él? No puedo, y ese es el motivo por el que terminé en Google.

Aunque no ha sido de mucha ayuda, porque todos los consejos que he leído son o demasiado cursis o demasiado… subidos de tono. Alguien dígale a Google que deje de estar *horny*. Ni yo llego a ese nivel.

—¿Tú qué piensas, Andy?

Pestañeo en tanto escucho mi nombre salir de los labios de Karla. Ella tiene sus ojos negros en mí y recarga su mentón en su mano que está apoyada contra la mesa de la pizzería. Volteo a ver a Jean, él también está esperando una respuesta, y yo no tengo ni la menor idea de lo que debo decir. Perdí el hilo de la conversación hace mucho. ¿De qué hablaban?

Tomo un poco del refresco que he comprado mientras trato de recordar cuál era el último tema de conversación que estaban teniendo. Ambos han estado conversando desde que Oliver, mi amigo alto de ojos verdes, y Mary, la morena castaña, fueron a ordenar nuestra pizza. La fila está inmensa, nada nuevo en Streets, el local siempre está repleto de personas y la razón es obvia, cocinan las mejores pizzas de todo The Bridges, el centro comercial más grande de nuestra ciudad. Saliendo de la escuela decidieron arrastrarme a este lugar, y por primera vez yo también quise venir, sobre todo porque necesitaba un cambio de aires, por ello no inventé ninguna excusa para quitármelos de encima.

Mi rostro debe reflejar la confusión que siento en el momento, ya que Jean se ríe.

—Los animes que miras, ¿cómo los ves? —pregunta, y mis cejas se arquean por sí solas. En verdad que no comprendo. ¿Se supone que tengo que decir que lo veo con los ojos o algo así?

—¿Te gusta doblada u original? —inquiere Karla al ver que ni con la pregunta de Jean he podido comprender lo que están hablando. Toso, ¿cómo?

—¿Qué cosa me gusta doblada? —cuestiono casi de inmediato. ¿Han visto lo que estaba buscando en Google y por eso han dicho eso?

—Los animes —contesta Jean, y muerdo mi mejilla interna para evitar reír. No puedo creer que he malpensado algo como eso. Para mi fortuna, he sido el único en hacerlo—. ¿Te gusta verlos en su idioma original o prefieres el doblaje?

—Oh, bueno, me gusta verlos en su idioma original —un pequeño festejo de Jean se hace presente en la mesa hasta que continúo—, pero hay doblajes muy buenos que prefiero verlos así que con subtítulos — se escucha otro festejo, pero esta vez de parte de Karla.

—Los doblajes son buenos, te lo dije —Karla le saca la lengua a Jean, a lo que él entorna los ojos.

Antes de que inicie la tercera guerra mundial en nuestra mesa por una posible discusión entre qué es mejor, las series dobladas o las series en su idioma original, Oliver y Mary por fin regresan del mostrador con las pizzas que hemos pedido. Podríamos decir que es injusto que ellos tuviesen que hacer fila, pero en el «piedra, papel o tijera» ellos perdieron. Que hayan ido por los pedidos es lo más justo del mundo, no lo digo yo, lo dice el juego.

—De pepperoni para las señoritas y Andy —Oli deja la bandeja con la pizza en mi costado y se vuelve hacia donde está Jean con una pequeña bandeja—, y hawaiana para ti, bonito.

Jean ni siquiera se inmuta por el apodo que Oliver le ha puesto. Ya está bastante acostumbrado. Estamos, mejor dicho. Coquetea con todo lo que se mueve, me sorprende que siga soltero con toda la coquetería barata que se carga.

—¿Cuándo dejarás de llamarme así? —gruñe y clava su codo en el estómago de Oli, sacándole un poco de aire—. Eres insoportable.

—Sus cursilerías para otro día, gracias. —Mary toma asiento al lado de Karla, peina sus rizos y hace una mueca de asco al ver la bandeja de Jean—. Las pizzas con piña deberían ser un delito, qué horror.

Y *bam*, acaba de estallar otra guerra en la mesa. Lo que ha dicho Mary solo ha sido gasolina para que el fuego dentro de Jean se encendiera. Él jamás será de los que van a quedarse callados o de los que creerán que su opinión está mal. Defiende su punto como si estuviese peleando en un juzgado. Oliver y yo solo compartimos una mirada de «se vieneee», y cuando el rubio abre la boca inicia un nuevo debate. Lo peor, es que esto es diferente a discutir con Karla, ella no se lo toma en serio, en cambio Mary, ella sí que lo hace. Ambos podrían discutir sobre por qué la pizza debe o no llevar piña por horas, y jamás pararían.

Regreso mi atención al celular, no quiero ser parte de su pelea pese a que estoy del lado de Mary. ¿A quién demonios se le ocurrió ponerle una fruta a las pizzas? Sí, debería ser un delito.

La discusión empieza y trato de ignorar todo lo que dicen. Hago bastante bien entreteniéndome en las tonterías que encuentro en Google, hasta que, de repente, a mi celular le comienzan a llover notificaciones provenientes de Instagram. Junto mis cejas y no tardo en entrar a la aplicación para ver lo que sucede, casi nunca tengo

notificaciones más que de comentarios en donde me etiquetan para sorteos, por lo que es raro tener demasiadas en cuestión de segundos.

La aplicación carga un instante, y abro los ojos al ver el «RumsfeldEdward_ comenzó a seguirte» seguido de varios «le gustó tu foto» en mi bandeja de notificaciones. Hoy no hablamos en la escuela debido a que en la última hora tuvimos examen sorpresa en biología y él se marchó antes, un examen en que, por cierto, me fue fatal. Como no había forma de comunicarnos, esperaba hablarle el lunes, pero jamás pasó por mi cabeza buscarlo en redes sociales. El cerebro de él sí funciona al parecer. Facilitó las cosas. Como he dicho, la diferencia entre los dos es gigantesca.

Me alegra que me haya encontrado en Instagram, sin embargo, creo que fue una mala idea haber dejado mi cuenta pública, todas mis publicaciones son sobre anime y fotos mías haciendo el ridículo, solo unas cuantas son de mis amigos y de alguna salida, pero en su mayoría son fotos de anime. Qué vergüenza, ¿qué va a decir de mí? No es que me importe lo que llegue a pensar o algo así, puff, pero a comparación de mí, él va a salir con un friki; yo, por otro lado, saldré con alguien que tiene una reputación arruinada, no obstante, cuando las chicas no hablan de eso, hablan sobre su aura misteriosa y sobre lo atractivo que es.

Diciéndolo de esa forma parece que él es el que me está haciendo el favor a mí.

Sí, salir conmigo va a arruinarle más la reputación. Pobrecito.

Por pura curiosidad, y solo por pura curiosidad, entro a su perfil de Instagram, por desgracia su cuenta es privada. De todos modos, él solo tiene una publicación, cien seguidores y sigue a cincuenta personas.

Vaya, tengo más seguidores que él, quién lo diría, ahora me siento bien con mis humildes trescientos seguidores. Aunque me lo suponía, en la escuela lo tienen tachado de homofóbico, si lo sigues en alguna red social es terminar con tu vida social. Me pregunto qué pasará con mi casi nula vida social ahora que saldré con él. Confío en que mis amigos seguirán estando de mi parte. Todavía no pienso decirles nada, y no sé si vaya a hacerlo en el transcurso de la semana. La verdad es que prefiero que se enteren el mismo día en el que empecemos a fingir, principalmente porque no quiero que me atosiguen con preguntas.

Como el curioso que soy, sigo revisando su perfil. En su biografía solo hay un emoji de girasol y la frase «trata a las personas con amabilidad» escrita en cursiva. Le doy a seguir y no pasa ni un segundo cuando la notificación de «Edward ha aceptado tu solicitud» aparece en la pantalla. Guau, eso fue rápido.

Salgo de su perfil y estoy a punto de cerrar la aplicación, pero las ganas de saber qué es lo que publica me hace ojitos. Lo pienso unos

segundos y regreso a su cuenta. Ahora ya me sale la publicación y sus historias destacadas. Dudo antes de seguir, porque no debía importarme lo que publica, pero mis dedos ya están tocando la publicación para verla. Es una foto de él con el cabello rubio y con un perrito café en sus piernas. Está sonriéndole a la cámara, marcando uno de sus hoyuelos. No recuerdo que fuera rubio, aunque en general no sé ni recuerdo muchas cosas de él. Me pregunto por qué se pintó el cabello, no digo que se vea mal, el maldito podía verse bien hasta calvo, pero se veía guapo con el cabello rubio.

Veo hacia mis amigos y me aparto un poco para que no noten que estoy viendo el perfil de Instagram de Edward. Ellos están en su pequeña discusión, de la cual me mantengo al margen. Lo he dicho, no quiero meterme en sus asuntos.

Como no están prestándome atención, continúo en mi pequeña misión de *solo-reviso-por-curiosidad*. La foto que tiene con su mascota me da ternura, así que le doy «me gusta». No tiene nada de malo regresarle el me gusta, ¿verdad? Él lo hizo con mis casi doscientas fotos. A comparación de mí, a él sí se le notó que no había entrado a mi perfil solo por curiosidad.

Luego de eso, entro a sus historias destacadas, esperaba encontrarme con cosas divertidas o fotos de él, pero solo habla de libros y de música. No entiendo ni la mitad de sus historias, en especial porque no me gusta leer, apenas toco los libros de la escuela. Y digo «apenas» porque los libros deben de estar arrumbados en alguna parte de mi habitación.

Ahora ya me siento como un acosador por revisar sus historias destacadas, pero apuesto a que él hizo lo mismo conmigo. Además, si vamos a salir, me gustaría saber qué clase de persona es mi «novio».

Con lo poco que vi puedo afirmar que en definitiva él es el que debe sentirse avergonzado de salir conmigo. Su poca buena reputación se irá al caño cuando las personas nos vean juntos. En mi defensa, yo solo trataba de ayudarlo, no de hundirlo más. La intención es lo que cuenta.

De repente, mi celular vibra de nuevo, pero esta vez son las notificaciones de WhatsApp y de un número desconocido. Ni siquiera me detengo a ver el número cuando ya estoy entrando al chat para ver quién me está hablando.

Número desconocido

¡Hola! ¿Cómo estás? ¿Llegaste bien a tu casa? Espero que estés bien. Cuídate, te hablaba para preguntarte si te parece bien que nos veamos hoy a las cinco en la biblioteca del centro para empezar a estudiar para los exámenes. ��

Lo olvidé, soy Edward, este es mi número.

Escribiste tu número en un comentario de tu última publicación de Instagram, espero no molestarte.

Pero si te estoy molestando puedo eliminar tu número...

Hablando de eso, deberías fijarte donde pones tu número.

No te digo qué hacer, es una sugerencia. Hay mucha gente peligrosa allá afuera.

¿Estoy hablando mucho? Perdón, ¡¡nos vemos!!

Me tomo unos segundos para leer todo y sonrío al celular sin poder evitarlo. Edward es tan amable que parece fuera de este mundo. Sin duda no es la clase de persona que los demás dicen que es. No puedo creer que estuve asustado de él, ahora la idea me parece ridícula. Decido agregar su número a mis contactos y, una vez que termino de hacerlo, veo la hora, son las cuatro, me da tiempo. Le respondo al instante.

El mejor jaegerista

Holaaa me parec1ienen

*Biem**

*BEN**

AAH

*BIEN**

El del casillero #3

:)

¿Qué se supone que se responde a esa carita? ¿Un «jajaja»? ¿Un sticker? ¿Otra carita sonriente? No tengo ni la más remota idea, ¿internet tendrá respuesta para esto? No pienso googlearlo, ya no quiero leer más consejos absurdos, por lo tanto, escribo un «nos vemos» que borro enseguida. Intento formular otra respuesta, pero hay un enorme silencio en la mesa que me hace levantar la mirada hacia mis amigos. Ellos están viéndome, al parecer han dejado de discutir y yo soy el nuevo tema de la mesa.

—¿Por qué me miran así? —interrogo. Todos regresan la vista a sus pizzas. El único que no aparta la mirada es Jean, quien alza y baja sus cejas.

—Tenías una sonrisa de bobo —canturrea, y escondo mi celular bajo la mesa por inercia—. ¿Hablabas con Heather?

¿Por qué creería que estoy hablando con ella? De todas maneras, prefiero que crea eso a que crea que estoy mensajeando con alguien más.

—No, ni siquiera soy capaz de darle me gusta a sus publicaciones, ¿cómo voy a mandarle mensaje?

Él asiente y se mete la rebanada de pizza a la boca, olvidándose del tema.

—Tengo partido mañana, ¿van?

Jean es uno de los jugadores estrella del equipo de básquetbol de nuestro instituto, se llaman a sí mismos «lobos» y siempre llegan a finales. Son buenos en lo que hacen, he tenido la oportunidad de verlos unas cuantas veces y aunque no entienda nada me emociono de igual forma. El trío de idiotas se anota a su partido, pero yo me tomo unos segundos para pensarlo. Si me veo con Edward hoy hay una gran probabilidad de que mañana también, y no quiero comprometerme si ya tengo cosas que hacer.

—No puedo —niego, y antes de que pregunte por qué no puedo, explico—, estamos en finales y si repruebo no tendré vacaciones de invierno, tengo que estudiar.

Esas últimas palabras suenan fuera de este mundo al salir de mi boca, y no soy el único que lo cree, los demás me ven entre una mezcla de sorpresa y confusión. Creo que si no fuese porque Edward me dijo que va a ayudarme yo tampoco habría tomado en serio los exámenes. Sé que no importa cuánto estudie o quién me ayude, mis calificaciones son un asco. Prefiero no esforzarme, así la caída no será dolorosa. Pero vamos, hablamos de Edward, tal vez en esta ocasión sí valga la pena poner un poco de esfuerzo.

—Puedo ayudarte a estudiar después del partido —ofrece su ayuda. Esbozo una sonrisa.

—No hace falta, mi mamá me consiguió un tutor.

Me crecerá la nariz como Pinocho si continúo mintiendo de esta manera.

—¿Un tutor? —inquiere, metiéndose otra rebanada de pizza en la boca.

—Sip —remarco la «p»—, de hecho, tenemos que vernos hoy a las cinco.

—Me eres infiel, qué dolor —Oli se mete en nuestra conversación y lleva su mano hacia su pecho.

—Exclamó el infiel número uno. —Karla limpia su mejilla con la servilleta y ve de forma acusatoria a mi amigo—. Si tuvieras novia apuesto a que le pondrías el cuerno hasta con Edward.

Me pongo nervioso en cuanto mencionan el nombre de mi próximo novio falso.

—¿Por qué no? —Se encoge de hombros—. Es guapo —el par de chicas lo ve como si tuviese un tercer ojo en la cabeza—. No juzgo, además hay que admitir cuando alguien es guapo —se excusa y pone sus ojos en Jean—, como Jean. Actitud de mierda, pero miren ese bonito rostro.

Lo señala con sus dos manos, a lo que el susodicho se limita a ignorarlo.

—Hablando de Edward —Jean dirige sus ojos a mí—, ¿qué tienes

que ver con él?

El corazón me da un vuelco. ¿Cómo que «qué tengo que ver con él»? ¿Sabe del acuerdo que tenemos? ¿Cómo lo sabe? ¿Quién le dijo?

—¿Yo? —Asiente y trago duro—. Nada de nada, por supuesto, ¿por qué dices?

Fuerzo una sonrisa que espero que no me haya delatado.

—Te salvó de Irán ayer —musita, y mis músculos se destensan al oírlo. Vale, ha sido por eso y no por algo más—. Eso estuvo rarísimo.

—Solo fue amable —digo en su defensa y en la mía.

—¿Él? —Karla pregunta llena de incredulidad—. ¿Amable? Por favor, golpeó a un chico. Es todo menos amable.

Los demás asienten, y eso, por alguna razón, me molesta.

—No sabemos si es verdad —contradigo, molesto. Eso causa que más de un par de ojos se sorprenda. Mi corazón se acelera por lo obvio que estoy siendo. Intento calmarme—. Solo creo que no debemos juzgarlo, ninguno sabe lo que pasó en realidad —excuso mi repentina actitud y veo hacia el reloj en mi muñeca—. Se me hace tarde para mis clases, llevaré mis rebanadas de pizza.

Me levanto del lugar y tomo varias servilletas para envolver mi parte de la pizza que pagamos entre todos. Guardo todo en mi mochila y, luego de despedirme, camino fuera del establecimiento. He sido un poco obvio respecto a lo molesto que fue escucharlos hablar así de Edward, y espero de todo corazón que eso no me haya delatado frente a todos. Aún no sé si el rumor es real o si todo ha sido inventado, pero al menos a mí me parece un buen chico incapaz de hacer algo como eso. No sé si es porque confío bastante rápido en las personas o si se debe a que las pocas interacciones que hemos tenido han sido demasiado gratas.

No puedo decir que el chico que ha salvado mi culo de Irán y que me ha regalado flores es un homofóbico, si los rumores fuesen ciertos, yo no estaría tomando el autobús para verlo en la biblioteca, estaría tomando un autobús al cielo. ¿Qué clase de homofóbico ayudaría al chico que se le declaró? No tiene ni puto sentido.

Edward no debe ser esa clase de chico.

No tardo más de treinta minutos en llegar a la biblioteca del centro de la ciudad, hubiese llegado un poco más temprano si no fuera por el tráfico. Al entrar noto que todo está en silencio, algo lógico en una biblioteca según las caricaturas. Son pocas las veces en las que vengo aquí, así que desconozco el «ambiente bibliotecario». La señora de la entrada me hace anotar mi nombre y hora de entrada en uno de los papeles que tiene, lo hago y sonrío al observar el nombre de Edward una casilla sobre la mía. Ya está aquí.

Camino con lentitud pasando por algunos estantes de libros y mesas ocupadas por algunas personas, mis ojos recorren el espacioso

lugar en busca de mi tutor y se detienen en un chico que está completamente vestido de negro, playera negra, saco negro, pantalones negros, gorra negra, lentes negros, ¡todo negro!

Cuando el chico se acomoda la gorra puedo notar los cabellos blancos que sobresalen de ella. Una sonrisa se dibuja en mis labios. Es Edward. ¿Qué hace vestido así?

«¿Es mi funeral y no me enteré?».

Me apresuro a llegar a su mesa y me siento a su lado causando que él despegue la vista del celular para ponerla sobre mí. Me da una rápida mirada de arriba abajo y sonríe.

—¿Piensas asaltar una tienda o por qué vas vestido así? —curioseo.

—Creí que sería más cómodo para ti si voy así —explica—. Por si alguien de la escuela decide venir a estudiar, aunque lo dudo.

—No hacía falta tanto —le regreso la sonrisa—, pero gracias. —Él asiente, guardando su celular en su bolsillo. Toma su mochila del respaldo de la silla para colocarla sobre la mesa. Eso me recuerda que debo disculparme de nuevo—. Perdón si no te hablo en la escuela. Solo… necesito adaptarme.

—Lo entiendo, no hace falta que te disculpes de nuevo, tranquilo —se vuelve hacia mí, con una gran hoja en sus manos. Lo veo ceñudo —. Hice un horario de las asignaturas en las que tenemos exámenes, el martes iniciamos con Geografía y Literatura, miércoles con Historia y jueves Matemáticas y Física —explica cada punto que hay en la hoja —. Pensaba que podríamos iniciar con las del martes hoy, el fin de semana continuamos y vemos las del miércoles, y lo que queda de la semana con Matemáticas y Física. —El orden que tiene sobre la situación me marea un poco, pero termino asintiendo, acto seguido, saca varias hojas grapadas de su mochila—. Le he sacado una copia a mis apuntes de cada asignatura, así será más fácil para ti.

Elevo la barbilla y le doy un vistazo rápido a sus apuntes, estos están escritos con una letra preciosa y con pocos adornos. Todo lo que él ha hecho por mí me parece surreal, se tomó demasiado en serio su papel de tutor. Es increíble.

—Hiciste un horario y fotocopiaste tus apuntes, guau —murmuro sin despegar los ojos de las hojas—. Eres muy inteligente.

—No es para tanto —se ríe y lo miro. Sus mejillas están un poco coloradas—. Ah, lo olvidaba, mis apuntes están separados por cosas que los maestros dicen, notas personales y resúmenes de los libros. Si hay algo que no comprendas, dímelo. Nos toca ver Geografía y Literatura. ¿Iniciamos ya?

Asiento con una sonrisa.

—Gracias Edward. Esto… supera lo que creía.

—Lo que sea para ayudarte —sonríe.

Después de eso él comienza a explicarme algunas cosas que no entiendo de Geografía y me da un par de consejos para que pueda memorizar algunos términos que se me complican. Nos pasamos una hora y media en ello, hasta que mi cerebro está a punto de colapsar por toda la nueva información. He aprendido más hoy que en todo el curso. No sé qué es lo que Edward quiere estudiar en la universidad, pero tiene bastante potencial para ser maestro.

—¿Podemos tomar un descanso? —pregunto seguido de un lamento. Azoto mi cabeza con lentitud en la mesa para que note mi desesperación. Lo escucho hablar sobre demografía una vez más y me mato.

Edward se compadece de mi pobre situación y asiente.

—Diez minutos. Pondré la alarma.

—¿Alarma? —le pregunto, desconcertado.

—Consejo de un estudiante que se distrae demasiado —empieza, sacando su celular—, estudia, pero los descansos son importantes, el problema es que a veces nos tomamos más tiempo descansando que estudiando —bromea, y la descripción me ha quedado a la perfección, mis horas de estudio se resumían en cinco minutos de decir que tengo que estudiar y en descansar cinco horas—. Ponte límites.

—Tú en verdad eres bueno —silbo, sin creer que sea tan ordenado y meticuloso.

—Un poco.

¿«Un poco»? Por favor, ¡él es más que «un poco»!

—No seas modesto, eres muuuy bueno —halago, emocionado—. Tú y yo somos diferentes. No eres de los que se confunden de casillero y terminan declarándose a la persona equivocada.

Edward se echa a reír cubriendo su boca con el dorso de su mano.

—Si hubiese sido tú me habría ido por el camino lento —responde aún riendo—. No lo sé, habría inventado una excusa para estar juntos y pasar tiempo a su lado, demostrarle que no soy la clase de personas que dicen y respetar su espacio, obviamente —su voz se apaga un momento—, tal vez le habría ayudado a pasar sus exámenes.

Claro, porque ese tipo de cosas solo les funciona a los chicos como él.

—Eso me serviría si fuera inteligente —refunfuño—, pero no lo soy. Apesto en la escuela y en la vida. Por algo terminé metiendo la nota en tu casillero.

—Salud por eso —alza su libreta simulando que es una copa. Ruedo los ojos y me río—. Hablando de casilleros confusos, creí que necesitábamos ajustar algunas cosas para, ya sabes, la relación falsa. —Hace una pausa—. Por ejemplo, necesitamos alguna historia falsa, somos novios y eso, ¿qué diremos cuando nos pregunten cómo nos hicimos novios?

Tiene razón, si nos llegan a preguntar y damos respuestas diferentes las personas sabrán que estamos fingiendo. Además, no podemos decir la verdad, no puedo imaginarme diciéndole a los demás que me confundí de casillero. Seré el hazmerreír de todos. Y ser el payaso con mis amigos está bien, pero ¿ser el payaso de cientos de personas? No gracias, ni hablar, siguiente pregunta.

Me quedo callado pensando en alguna posible excusa.

—¿Quién es tu artista o banda favorito?

—Harry Styles, ¿por qué? —inquiere, confundido.

—Bueno, a partir de ahora te gusta The Neighbourhood y nos conocimos en el baño hace unos meses mientras yo tarareaba una canción de ellos. Si preguntan, soy tímido y no quería hacer pública nuestra relación hasta que casi muero ahogado por un pedazo de pan y vi pasar mi vida frente a mis ojos.

Se ríe por mi tonta mentira y su risa es tan contagiosa que me uno a él.

—¿Por qué no podemos decir que era una canción de Harry Styles?

—Porque no escucho sus canciones —digo con obviedad—, y antes de que me digas que tú no escuchas a The Neighbourhood, esa será tu tarea.

—¿Por qué yo? —cuestiona, arqueando una de sus cejas.

—¿Quién le pidió a quién ser su novio? —contraataco.

—Tú, ¿te recuerdo lo que decía la nota? —bromea, y me siento avergonzado al escucharlo decir eso.

—No hablaba de eso. —Frunzo mis labios reprimiendo las ganas que tengo de seguir peleando. Al final termino accediendo a su sugerencia—. Está bien, ¿qué canción se supone que tarareaba?

Lo que obtengo de él es silencio y una expresión pensativa.

—*Girl crush* —responde luego de unos segundos.

Girl, ¿qué?

—Si me sangran los oídos, te termino, primer y último aviso —lo amenazo y vuelve a reír.

—Me ofende que digas que tus oídos pueden sangrar con Harry Styles. ¡Estamos hablando de una leyenda!

—Nunca he oído sus canciones.

A Edward casi se le salen los ojos de la impresión.

—¿Estás bromeando? —Su voz no es hostil, pero se nota la incredulidad. Niego con la cabeza—. Te falta buena música —concluye, y ahora es mi turno de ofenderme.

Inflo las mejillas. ¿Se está metiendo con mi buen gusto musical?

—¿Perdón?

—¿Louis Tomlinson? ¿Taylor Swift? ¿Coldplay? —menciona el nombre de los que supongo deben ser sus artistas favoritos para probar su punto.

—Tampoco he escuchado sus canciones, pero eso no significa que no tenga buen gusto musical.

—Lo dudo —me reta.

—The Neighbourhood, Mother, Arctic Monkeys —enumero mis bandas favoritas con mis dedos—. No puedes decir que no tengo buen gusto —me defiendo, cruzándome de brazos.

—Falta que te guste alguien para que diga que tienes buen gusto.

—¿Quién?

Guarda silencio un instante, hasta que sonríe.

—Harry Styles —propone y aprieto los labios—. No puedes ir por la vida sin escuchar sus canciones. Tienes que hacerlo, tu tarea será escuchar sus canciones antes del viernes.

—Eres muy insistente.

—Y convincente.

—No lo creo.

—¿Cómo explicas que estemos saliendo? —Su sonrisa crece. Blanqueo los ojos.

—Y engreído, para rematar —menciono con diversión—. ¿Cuál es tu signo?

—Acuario, ¿y…? —su pregunta queda incompleta debido a que la alarma que ha programado comienza a sonar. Toma su celular de mala gana—. Hora de continuar.

Asiente y seguimos repasando los temas durante dos horas más. El cielo no tardó en oscurecer, por lo que tuvimos que dejarlo hasta ahí. Aunque Edward me ofreció llevarme a casa, me negué. No quería a Mariel atacándome con preguntas.

Esa tarde descubrí tres cosas sobre él:

Edward no es tan malo como las personas lo pintaban, es amable, inteligente, divertido (y un poco engreído).

Segundo, le gusta Harry Styles y los libros.

Y tercero, su signo y el mío son compatibles.

Los siguientes días transcurren de la misma manera: en la escuela finjo no conocerlo, pero saliendo nos reunimos en la biblioteca. Esa habitación llena de libros de alguna manera se convirtió en *nuestro* sitio durante la semana, no solo por el tiempo que compartimos ahí, sino porque, conforme fueron pasando los días, comienzo a sentirme más cómodo a su lado y presiento que él también. Sus bromas y forma de ser provocaron que esté en confianza, además, los mensajes que nos enviamos en WhatsApp también ayudaron. Aún hay un montón de cosas que no pude preguntar debido a que él también tenía cosas que hacer y solo nos veíamos una hora y media, aun así, el tiempo de estudio fue más que suficiente para que cualquier duda que tuviera respecto a él se disipara. No es una mala persona.

Entonces, el día más esperado llega.

La semana de exámenes finaliza, lo que da paso a que nuestro acuerdo comience. Es viernes por la mañana y ya quiero que el día termine. Pese a que iniciamos noviembre y estamos en la temporada más ventosa del año, no siento nada de frío, y eso es extraño, debería de sentirlo, principalmente porque no he tomado el gorro de lana que mi mamá dejó sobre la mesa. No sé si la preocupación me ha bloqueado los sentidos o si estoy tan inquieto por lo que sucederá que mi cuerpo apenas reacciona a nuestro desastroso clima, lo único que sé es que estoy nervioso. Muy nervioso.

Las piernas me tiemblan en tanto me detengo frente al instituto, nunca había llegado tan temprano a la escuela, ni siquiera en la época de exámenes. Hoy es el día, ayer en la noche quedamos en vernos temprano para comenzar la relación falsa. No pude dormir toda la noche.

Cuando camino hacia la entrada lo veo a él, de espaldas. Lleva el uniforme bien acomodado y su mochila cuelga de su hombro. Luego me veo a mí y veo que las calcetas que uso son de diferente color, estaba tan ansioso que ni siquiera me percaté de ello. Sí, Edward va a sentir una gran vergüenza al decir que soy su novio.

Él se da la vuelta y, cuando me ve, me saluda con su mano. Me apresuro a alcanzarlo.

—¿Qué se supone que debemos hacer? Nunca he tenido una relación seria —le digo apenas llego a su lado. No quería demostrar que estaba nervioso, pero mi voz quebrada me delató.

Edward solo me mira y me da una sonrisa para que me tranquilice.

—Dame tu mano.

Dudo unos segundos, pero hago lo que me pide. Él entrelaza nuestros dedos y siento que me voy a desfallecer con esa simple acción. Sabía lo que pasaría hoy, pero hacerlo ya era otro nivel. Edward espera a que me calme y aprieta con fuerza mi mano, como si dijese «tranquilo, estoy contigo». Intento calmar los latidos de mi corazón y, una vez que estoy lo suficientemente calmado, comenzamos a caminar con un par de miradas puestas sobre nosotros.

Respiro hondo. Bien, iniciemos esto.

05: Girl Crush

No sabía qué tanto había metido la pata hasta que estaba caminando por los pasillos de la escuela con mi mano entrelazada a la del chico con mala reputación. Si me lo preguntan, jamás creí que iba a estar de este modo, siempre creí que la persona a la cual sostendría su mano sería Heather, no sé en qué momento de la vida terminé agarrándosela a Edward.

«Agarrándosela» suena mal. Lo corrijo, es «agarrándole la mano». No otra cosa, no voy a agarrarle algo además de las manos de todas formas, es decir... Uh, en qué estoy pensando.

Respiro un par de veces mientras me repito que nadie está prestándonos atención e intento mantener la vista en el suelo para no ver el rostro de los demás, pero con tan solo alzar la mirada por unos segundos todo lo que me digo se desvanece con rapidez. No importa cuánto trate de convencerme de lo contrario, todo el mundo está observándonos, y no de una buena manera, están tan sorprendidos que no pueden ni ocultarlo.

Antes no me había detenido a pensar en el impacto que esto tendría, se me hizo fácil creer que sería algo a lo que los demás no le darían importancia, no obstante, no fue así. Y pensándolo bien creo que puedo entender por qué están así de sorprendidos. Edward, el chico al que decidieron llamar homofóbico, el que había golpeado a un estudiante por ser gay, el de mal temperamento y todas las malas descripciones que decidieron ponerle, está caminando de la mano con otro chico.

Boom.

Truenos.

Relámpagos.

El canto de Juan.

Y los gritos internos y lloriqueos de un bebé que en realidad soy yo porque tengo miedo. No me gusta la atención.

Sin embargo, no estoy arrepentido de mi decisión, sobre todo porque he podido conocerlo durante esta semana y sé de antemano que todo lo que dicen de él no es cierto, no es grosero, ni maleducado, o un bravucón. Si puedo ayudarlo, aunque sea un poco, lo haré. Él ya cumplió con una parte del trato, ahora es mi turno de darle la mano… literalmente.

Escucho cómo comienzan a murmurar y a señalarnos sin tomarse la molestia de disimular. Bajo la vista de nuevo sin ser capaz de

sostenerle la mirada a los demás y contemplo el suelo.

«Miren, qué linda basura, se parece a mí, ¿eso que está ahí es un condón? Oh, Jesús santísimo, estos jóvenes de ahora que no levantan sus desechos y… Ah no, es una bolsa».

Intento ignorar las palabras de los demás, pero me es imposible hacerlo cuando no dejan de lanzar gritos de sorpresa y estupideces como: «¿No se supone que es homofóbico?», «¿Quién es el chico que lo acompaña?», «Hipócritas», «Closetero de mierda», «Tan guapo que es, debió conseguirse a alguien más lindo».

Gente estúpida que no hace más que abrir la boca cuando nadie les ha pedido su puta opinión. Aunque no voy a negarlo, las palabras que van dirigidas hacia mí sí me afectan un poco.

Miro a Edward por el rabillo del ojo para ver cómo se encuentra con todas las reacciones y comentarios ofensivos, pero él tiene una expresión calmada y una pequeña sonrisa en su rostro, se ve muy tranquilo y por la forma en la que mira a todos puedo decir que esto es su forma de decir «jódanse». La verdad no lo entiendo, ¿cómo es que puede estar tan tranquilo cuando todos están insultándolo en la cara?

Si no se siente nervioso, yo lo estoy por los dos, eso es obvio. Sin embargo, sigue siendo extraño que no haya un poco de nervios o de pánico en él. No obstante, no puedo culparlo, el pobre pasó por esto los primeros meses del año, cuando el rumor de que había mandado a un chico al hospital comenzó a esparcirse. No puedo ni imaginarme vivir con este sentimiento todos los días. Debió haber sido duro para él.

No me toquen, me entró un «quiero regresar al pasado y haber defendido a Edward cuando todos lo juzgaron» en el ojo.

Él me descubre viéndolo y bajo la mirada otra vez, apenado y sintiéndome más nervioso de lo que ya estaba. En los últimos días me di cuenta de que sus ojos sobre mí me resultan un poco intimidantes, y no de una mala manera, todo lo contrario, no puedo mantenerle la mirada porque la forma en la que me ve me pone ansioso.

—Es una pena que bajes la cabeza —masculla de repente, y hundo mi ceja, confundido ante sus palabras—. Te ves lindo sonrojado.

Y boom, eso fue más que suficiente para hacer que los latidos de mi corazón aumentaran el ritmo. Mi sorpresa se prolonga hasta que puedo salir de mi anonadamiento, y lo siguiente que siento es el calor crecer en mis mejillas.

«Espera, ¿qué? ¿Puedes repetir lo que dijiste? Es que creo que no ducharme ya está afectando mis oídos y me parece que oí decirte que me veo lindo sonrojado, pero no dijiste eso, ¿cierto?, porque, ya sabes, no somos novios de verdad, así que no tienes que decirme esas palabras que no sé cómo responder, voy a entrar en un estado de

pánico, ayuda» quise decirle, pero me contuve porque lo escuché a la perfección y no quiero que lo repita de nuevo. No voy a aguantar escucharlo decir eso de nuevo.

Decir que lo que dijo me sorprendió es poco a comparación de cómo me siento. Fue demasiado repentino. ¿Podría, no sé, avisarme diez minutos antes que va a decirme algo lindo? O, mejor aún, ¿podría no decir esa clase de cosas?

Me aclaro la voz y volteo a verlo.

¿Qué se supone que debo decir? ¿«Gracias, ya lo sabía»? ¿«Por supuesto, soy lindo cuando me ducho, y hoy sí lo hice»? ¿«Tú también eres lindo, pásame los consejos para lucir así de guapo sin siquiera intentarlo»? ¿«*Te-ha-mordido-un-perro*»?

—Perdóname por ser un cobarde y no poder dar la cara —le respondo en lugar de todas las estupideces que pasaban por mi cabeza. Edward solo regresa la mirada al frente.

—Dejaste de temblar —menciona, aliviado.

Dejo de fruncir el ceño y hago una mueca al darme cuenta de que tiene razón. Cierto, no me había fijado en ese detalle. Sin embargo, como si su respuesta me recordara que estaba nervioso por las palabras de los demás, mis manos tiemblan levemente.

Aprieta su mano contra la mía, con fuerza, no tanta como para lastimarme, pero sí la suficiente como para darme ánimos con esa simple acción.

Apuesto que él hubiera amado que alguien sostuviera su mano cuando todos hablaban mal y lo insultaban, debió estar tan asustado y nervioso, peor que como estoy yo. La diferencia del Edward de ese entonces es que ahora sí tiene a alguien que lo tome de la mano.

También aprieto el agarre, sintiendo que mis manos han dejado de temblar. Él se sorprende unos segundos por lo que hice y, luego de unos segundos, curva sus labios en una sonrisa.

Mi corazón late con prisa, como si hubiera corrido algún maratón. Me hace feliz saber que ni él ni yo estaremos en la misma situación que tuvo que pasar hace unos meses, porque al menos en esta desastrosa situación nos tenemos el uno al otro, y porque también puedo apostar que mis amigos van a apoyar toda esta locura y solo tal vez puedan darle una oportunidad a Edward.

Doy un respiro hondo de nuevo y regreso mi vista al suelo, me toma un instante agarrar valentía y mirar al frente. Las palabras de mi mamá esta mañana después de contarle lo que sucedería hoy están grabadas en mi cabeza. «Alza la cabeza, no estás haciendo nada malo». Y le creo. Son ellos los que hacen algo malo al estar de chismosos y juzgones. Yo no.

Por primera vez en el tiempo que vamos caminando les muestro la cara y no bajo la cabeza. No tengo nada de qué avergonzarme ni por

qué sentirme nervioso.

Estamos a nada de llegar al salón y el corazón se me desboca al pensar que veré a mis amigos de esta forma. Podía darle la cara a un montón de desconocidos, pero estamos hablando de mis amigos. Sé que al inicio no se lo tomarán bien, no por el hecho de que esté saliendo con un chico, sino por *quién*.

También sé que el cuarteto de bobos se quedará confundido al ver que estoy saliendo con la misma persona a la que tanto juzgué por su «homofobia» en algunas ocasiones. Supongo que no tardarán en atar cabos y unir por qué Edward me ayudó con Irán y por qué yo lo defendí en la pizzería. Eso, de una u otra manera, le daba más credibilidad a esta falsa relación.

Edward abre la puerta del salón y todo mi cuerpo se pone en alerta, mi corazón parece haberse detenido y por inercia le suelto la mano. Él gira la cabeza para verme y puedo notar una expresión confundida en su rostro. Evito su mirada y solo veo hacia mis zapatos, como el cobarde que soy.

Solo necesito un poco de tiempo, sé que lo tuve en todo el trayecto y toda la semana, pero una cosa es agarrarle la mano frente a todo el mundo y otra muy diferente es hacerlo frente a mis amigos y mis compañeros.

El sudor cae por mi frente y la barbilla me tiembla. Aprieto los labios para dejar de hacerlo, sin embargo, no funciona.

Estoy asustado.

—Andy...

Él pronuncia mi nombre con un poco de preocupación y solo inhalo y exhalo repetidas veces. Paso saliva por mi garganta seca y, sin pensarlo más, vuelvo a tomar su mano.

—No me sueltes.

Le digo por lo bajo para que solo él pueda oírme.

—Nunca lo haría.

Aprieta mi mano.

Su agarre es cálido y bastante acogedor, y aunque suene extraño, me transmite un poco de paz. A pesar de ello, todo parece sobrepasarme, el qué dirán, las miradas que recibimos, las consecuencias que traerá esta catástrofe. Y, entonces, los recuerdos de él ayudándome y teniéndome paciencia estos días en la biblioteca, los recuerdos de las conversaciones en WhatsApp, las miradas que compartimos durante toda la semana en las clases, vienen a mi cabeza y me dan el impulso suficiente para poder devolverle el favor, me dan justo lo necesario para poder afrontar todo lo que se viene.

Él me echa un vistazo, como si estuviese asegurándose de mi condición, y le sonrío sin mostrar los dientes para indicar que todo está bien. Parece que no, y tampoco creo estarlo, no obstante, no voy

a retroceder ahora, ni nunca.

Decido contar hasta tres para entrar al salón y armarme de valor para no desmayarme en ese mismo instante.

«Uno…».

«Dos…».

«Tres…».

Y entramos al salón.

Todas las personas que parecían estar en su burbuja dejan de estarlo y voltean a vernos de inmediato. Visualizo a mis amigos hasta el fondo del salón, ellos están platicando, hasta que escucharon que todo el salón quedó en silencio y voltearon a ver por qué. Al único al que puedo ver sin sentir que me asfixio es a Jean, al cual, de igual forma, parece que el corazón se le ha detenido.

Sus ojos se conectan con los míos, luego baja su mirada a mi mano entrelazada con la de Edward y acto seguido la alza de nuevo hacia mi rostro. Una mezcla de desconcierto y de horror está estampada en su rostro. Si fuese otro momento me habría reído muchísimo de esto.

El salón está en un completo silencio incómodo que me da ganas de huir.

Hasta las cucarachas de la esquina están en silencio.

Bueno, no es como si las cucarachas hagan mucho ruido, pero si pudiesen hacerlo apuesto que también se habrían quedado en silencio. En modo *drama on, tráiganme frituras que esta mierda se prendió*.

Se supone que ahora debo darle una sonrisa de despedida e irme a mi pupitre, eso fue lo que acordamos la noche pasada, pero lo que pasó a continuación fue el verdadero «boom». Él alza mi mano, frente a todos, sin importarle que esto no estuviese en lo que habíamos pactado por mensaje, y la besa sin apartar sus malditos ojos verdes de los míos.

Ni siquiera me da tiempo para poner una expresión confusa en mi rostro ni para procesar lo que está saliendo, solo me quedó ahí, paralizado.

«Atención a todas las unidades, llamado de emergencia del sistema 911, hombre moribundo con aparente ataque cardíaco, necesitamos asistencia de inmediato en el área. Repito, hombre moribundo con aparente ataque cardiaco. Esto no es una broma, el pobre se está muriendo, auxilio, ayuda, socorro, Dios, Alá, Popocatépetl».

Siento mi rostro enrojecer a la par que una corriente eléctrica me recorre de la cabeza a los pies. Esto no estaba en los planes, lo repetí muchas veces esta mañana para no arruinarlo. El acuerdo era sencillo, era ir a la escuela, tomarlo de la mano, no ir a los casilleros (porque soy muy llorón como para cruzar media escuela) e ir directamente al salón, entrar al aula y cada uno a sus lugares. En ninguna parte del plan estaba la parte de «Edward besará tu mano como el maldito

príncipe que es mientras que a ti te da un ataque al corazón porque no sabes qué hacer ni qué decir, pero oye, al menos te lavaste las manos antes de salir de casa, porque de lo contrario al pobre le daría una tremenda infección estomacal».

En el salón escucho gritos ahogados y un par de murmullos. Aparto mi mano de su agarre y solo le doy una mirada cargada de *¿qué fue eso?*, pero él solo me da una sonrisa inocente.

«Deja de sonreír que mi corazón no puede con tanto, gracias».

Voy directo hacia mi silla, sin dirigirle la mirada y sin detenerme a ver a mis demás compañeros. Para mi mala fortuna, ahora viene lo peor: mis amigos.

Ellos se sientan cerca de mí, por lo que será inevitable no hablarles de todo esto. Había decidido que iba a contarles lo que realmente pasó, pero luego de pensarlo toda la noche creo que esperaré sus reacciones primero, no quiero que por andar de boca suelta ellos terminen diciendo que mi relación con Edward es falsa y que echen a perder esto. Edward está entusiasmado con la idea de hacer que los demás pasen de largo lo que «le hizo» al chico y no quiero ser yo el que estropee su oportunidad de demostrarles que él no es el malo de la historia.

Una vez llego a mi lugar, mis amigos se amontonan alrededor de mí y comienzan a bombardearme con preguntas que no sé cómo responder.

—¿Qué demonios fue eso? ¿Desde cuándo te gusta Edward? ¿Desde cuándo están saliendo? ¿Por qué no nos dijiste? ¿Qué hay de Heather? —pregunta Jean con evidente sorpresa. Mantengo mi vista en la paleta de mi mesabanco para no ver sus expresiones.

—¿El homofóbico? ¿En serio? —lanza Mary, puedo reconocer un poco de molestia en su forma de hablar.

—Noo, Andy, ¿dónde te sentaste? —bromea Oliver, sin importarle la situación. Sonrío.

Y para terminar con el bombardeo, Karla, con emoción, dice:

—¡Vivan los novios!

La miro, riéndome, y los demás no tardan en voltear a verla como si hubiese perdido la cordura. Ella solo peina su lacio cabello y se encoge de hombros.

—Pues son novios, ¿qué otra cosa debería decirles? —Esta última vuelve a hablar, justificando su respuesta. Mi sonrisa se ensancha, al menos a dos de mis amigos no les importa los demás detalles.

Mary chasquea la lengua, ignorando las palabras de la pelinegra.

—¿Tengo que repetir que es el homofóbico que golpeó a un chico? —inquiere sin ocultar el tono hostil de su voz—. Todos lo vieron, lo dejó en el hospital, joder Andy, sabía que eras tonto, pero no tanto. Tienes que terminar con él, un chico como Edward no debe ser bueno.

—No sabes si él lo hizo o si solo fue un malentendido, tampoco lo conoces para hablar de él —lo defiendo, alzando la voz debido a la molestia que me provoca escucharla decir esas cosas sin que lo conozca.

—¿Y tú sí? —Arquea una de sus cejas de forma sarcástica hasta que cae en cuenta de que es mi novio—. Pues claro que sí, si hasta salen. —Bufa—. No vengas llorando después, Andy. —Ella solo rueda los ojos y regresa a su lugar sin estar satisfecha con mis palabras. Karla me da una pequeña sonrisa seguida de un «yo voy a hablarle» y va detrás de Mary.

Frunzo mi ceño por su mala reacción. ¿Por qué se lo ha tomado personal? Sé que Edward trae consigo un sinfín de rumores negativos, pero su comportamiento me parece exagerado, es mi amiga, no mi madre. Sabía que no todos iban a tomárselo de buena manera, y ahora es que me felicito por haber usado mi cerebro por primera vez y haber decidido esperar por sus reacciones para ver a quién sí debo contarle lo que pasó. Está más que claro que a Mary no le diré nada. Y la verdad es que creo que lo mejor que puedo hacer es fingir con mis amigos también.

—A ti te gusta Heather, no Edward. —Jean me recuerda, y antes de que pueda responder, Oliver ya está hablando.

—Tengo un chiste mejor —comenta, como si hubiese estado pensando en mejorar su broma desde la última vez que habló—. Noo, Andy, ¿dónde te sentaste? Seguro fue en la serpiente de Woody, o ¿debería decir de Edward?

Entorno los ojos y estoy a punto de responderle, pero mi celular comienza a vibrar. Ignoro lo que sea que mis amigos están diciendo y veo las notificaciones. En ellas me topo con una de un mensaje de WhatsApp de mi novio falso. No dudo en abrirlo.

El del casillero #3

¿Está todo bien?, ¿quieres que vaya para allá?

Se me olvidaba, perdón por el beso imprevisto, debí habértelo comentado antes, lo siento muchísimo. Lo que hice estuvo mal, no sé por qué lo hice en primer lugar, perdóname. Si no lo haces, lo entenderé, tienes razones para estar molesto.

Sonrío, él no deja de ser él ni en los mensajes. Para ser sinceros, el beso no me molestó, solo que fue inesperado. Demasiado inesperado. Si hubiese sido en otro lado sí que me habría enfadado y habría botado todo a la basura.

Dirijo mi mirada hacia su pupitre y encuentro que él ya está mirándome. Edward tiene las cejas juntas, se ve preocupado. Le hago ademán con mi mano restándole importancia. No hay nada de lo que deba preocuparse, no estoy furioso.

El mejor jaegerista

Todo está bien, no te preocupes, mis amigos solo están… sorprendidos

Y tampoco te preocupes por el beso, avísame la próxima vez, que casi me muero

La campana suena, indicando que ya es hora de la primera clase. El maestro Barry, el que nos imparte la asignatura de Física, entra al segundo y tanto Oliver como Jean dejan de decir lo que sea que estaban diciendo y regresan a sus respectivos lugares, no sin antes echarme una última mirada que finjo no notar. Guardo mi celular en mi pantalón y saco mi libreta y bolígrafos. El profesor es un señor de unos cuarenta años y sus clases siempre me dan sueño. Él siempre habla demasiado bajo y sin ánimos. No sé quién tiene más ganas de que la clase finalice, si él o yo.

Sin poder evitarlo, suelto un suspiro pesado, esta mañana no resultó como creí que terminaría, pero al menos no fue un caos total, sé que será cuestión de tiempo para que me acostumbre a esto, después de todo solo serán cuatro semanas, tres si contamos la semana de exámenes, espero que no vaya a alargarse más, fui demasiado claro al decirle que solo será ese tiempo, ni más, y mejor si es menos. Creo que son las semanas suficientes para que él pueda demostrarle a los demás que no es tan malo como los rumores dicen. A mí me lo demostró en solo una semana, sé que las otras personas se darán cuenta de su amabilidad.

El celular ha vuelto a vibrar en mi bolsillo y recuerdo que estaba escribiéndome con Edward antes de que el maestro llegara. Él no parece ser la clase de persona que usa el celular cuando hay clases, ni tampoco de los que no les importa hacerlo frente a los maestros, pero viendo al profesor Barry me doy cuenta de que él está dándonos la espalda porque está escribiendo algo en el pizarrón.

Saco mi teléfono y abro la aplicación con rapidez.

El del casillero #3

Si no quieres seguir con esto voy a entenderlo…

Esbozo una pequeña sonrisa. De verdad está muy preocupado por el pequeño beso.

El mejor jaegerista

QUIERO seguir con esto, viste sus caras?? JSJSJSJ

Aparte dos de mis amigos son virgos, con lo que me encanta molestarlos, es que los virgos son tan molestos

Escribo lo último para quitarle peso a sus palabras y para que no se

sienta mal por lo que pasó con lo del beso. El maestro da algunas instrucciones así que regresa su atención a nosotros. Supongo que Edward no me responderá hasta que el señor Barry se dé la vuelta de nuevo. Y así es, él espera que el maestro vuelva a escribir en el pizarrón para mandarme un mensaje. Mi celular no vibra porque ya estaba en su chat esperando una respuesta.

El del casillero #3
Mi abuela es virgo.

«Ay no, la abuelita».

Ahora me siento horrible por haber dicho que los de virgo son molestos, pero yo no sabía que su abuelita lo era, si hubiese sabido no habría escrito eso. Quiero meter mi cabeza en la tierra ahora mismo.

El mejor jaegerista
Ay
Era chiste
Amo las vergas
*LOS VIRGOS**
*LOS DE VIRGO****
MIS MENSAJES LUEGO DE DECIR QUE ME GUSTA LA VERGA NO SE VAN NOPUEDESER
TE JURO QUE NO ME GUSTA
O sea, no es como que lo haya probado
IGUAL NO QUIERO SJWSJ
HOLA DIOS SOY YO DE NUEVO
Mevoyamorirdelavergüenza

No pueden decir que no estoy maldito por un mensaje de Facebook después de lo que acaba de pasar. Es obvio que lo estoy. No sé si yo soy demasiado estúpido o si la vida me odia demasiado, pero solo los primeros cuatro mensajes se han enviado de forma correcta, los demás se quedaron cargando, seguro por la pésima señal o porque soy la diversión de todo el maldito mundo. Me golpeo contra la mesa de mi pupitre. Algunos de mis compañeros voltean a verme como si tuviese un demonio dentro y solo les sonrío para que no crean que he perdido la cabeza, aunque yo sí lo creo.

Escribí tan rápido y solo mirando pocas veces porque el maestro estaba viéndonos de nuevo que terminé causando una catástrofe en WhatsApp. Dios mío, ¿qué tanto te costaba darme más cerebro? No puede ser que me haya confundido de palabras, es que, lo del casillero es pasable porque no tenía ni idea de cuál era el de Heather, pero ¿decirle que me gustan las vergas?

El del casillero #3

:)

¿Qué clase de fetiche tiene con mandarme caritas sonrientes? Debí suponer que esa sería su respuesta, al menos no ha dicho algo más, porque si hubiera mencionado algo relacionado al vergonzoso mensaje me hubiera colgado con las agujetas de mis tenis, lo juro. No respondo su mensaje porque estoy tan avergonzado como para hacerlo, por primera vez en la vida decido prestar atención a la clase del maestro Barry, pero mi celular vuelve a vibrar y volteo a ver a Edward por inercia. Él siente que lo veo y señala mi celular con su dedo, acto seguido, sonríe.

«Pero ya deja de sonreírme, bobo, piensa un poco en mi corazón».

Con un poco de nervios, reviso mi celular y siento mi rostro arder al leer su mensaje.

El del casillero #3
No mentía cuando te decía que te ves lindo sonrojado.
¿Después de clase quieres ir al campo conmigo?
Hay algo que quiero mostrarte.

El primer pensamiento que tengo es que va a mostrarme su virgo. Pero con «e» en lugar de «i» y «a» en lugar de, bueno, no tengo que explicarlo, se entiende con facilidad y, además, estoy tan avergonzado por mis pensamientos que no soy capaz de completar la palabra sin sentir que el mundo está leyendo lo que pasa por mi cabeza.

El diablo debe estar preparando mi cama ahora que he pensado en el «virgo» de Edward, es decir, no en su... *eso*, sino en que *eso* es lo que puede mostrarme en el campo. No es que sea un pervertido ni nada por el estilo, solo que el último mensaje que envié habla de *eso* y luego él sale con un «tengo algo que mostrarte», ¿cómo demonios quiere que no le encuentre doble sentido a sus palabras si todo apunta a que me mostrará algo... vergonzoso?

Necesito terapia.

No, necesito ir a misa.

No, necesito ir a terapia con Dios.

Volviendo a los mensajes, ¿qué es eso de decirme lindo de nuevo? No estoy acostumbrado a recibir halagos, y mucho menos viniendo de él. Se siente extraño y sé que debería acostumbrarme porque fingiremos ser novios, no obstante, no tiene que comportarse de esa manera cuando nadie nos está viendo. No es necesario que finja.

Pienso unos segundos en mi respuesta porque no quiero seguir siendo el que se humilla o el que se avergüenza, pero todo lo que se me ocurre son chistes sin sentido que hacen que quede como un idiota. Él sigue en línea, probablemente espera que le conteste o está hablando con alguien más. Volteo a verlo y Edward tiene la cabeza

agachada, mirando hacia lo que supongo debe ser su celular. Suelto un suspiro, le estoy dando muchas vueltas a un simple mensaje, solo debo responderle como siempre; después de todo, no puedo humillarme más de lo que ya lo he hecho. Regreso mi mirada al teléfono.

El mejor jaegerista
Necesitas ir al oftalmólogo, no soy lindo
Yyyyyyy
te lo deben decir seguido, pero también eres guapo, broo lol
Y yep, muéstrame lo que sea que vayas a mostrarme

Oh santísima madre de los estúpidos, ¿por qué le he dicho «bro»? ¿No podía solo decirle que estaba guapo y ya? Qué ridículo me he visto.

Salgo del chat sin estar seguro de haber escrito una buena respuesta, y antes de que bloquee mi celular la notificación de un mensaje ya está apareciendo en mi pantalla. Sin pensarlo abro la notificación creyendo que es un mensaje de Edward, pero el corazón se me detiene al ver que en realidad es Jean. No estoy listo para hablar con él.

Jean mi peor pesadilla
Tenemos que hablar urgentemente

El mejor jaegerista
No me digas, estás embarazado :0
Omaigash, te dije que usaras protección y que dejaras de hacerlo cada semana con desconocidos, entiendo tus necesidades, pero deja descansar a tu pobre cola, pobrecita
Seré tío, felicidades, ¿de quién es?

Escucho que él carraspea a mi lado y apuesto que si no fuera porque estamos en clase ya me hubiese mandado al cielo de un cabezazo. No me atrevo a voltear a verlo porque es más que obvio que me está asesinando con la mirada, no tengo la culpa de que no tenga sentido del humor en situaciones bastante serias.

Jean mi peor pesadilla
Hablo en serio, Andy, cuando acabe la clase espérame

Hundo mis cejas. De acuerdo, en verdad debe ser algo urgente como para no responderme con otra broma que usualmente haría. Evaluando la situación, creo que puedo hacerme una idea de por qué está tan serio, sin embargo, no me da tiempo de preguntarle porque el mensaje de cierto peliblanco aparece en la pantalla de mi celular y sin

darme cuenta ya estoy entrando a su chat.

El del casillero #3
Deberías creerlo, porque lo eres. :)
Y gracias, ¿bro?
¡Te espero afuera!

Tengo muchas cosas que decir respecto a sus mensajes, lo primero es que hemos pasado de llamarnos por nuestros nombres a llamarnos *bro* en privado y *novios* en público, en este punto ni siquiera sé cuál es nuestra relación.

Lo segundo es que mi autoestima nunca había estado tan alta como hoy, y lo digo de verdad, que alguien te diga que eres lindo hace que el ego te crezca, pero que alguien guapo te lo diga hace que sientas que eres un dios y que eres demasiado para este mundo. Aunque, ¿guapo y lindo es lo mismo? ¿O qué quiere decir con «lindo»? ¿Lindo no es algo adorable y tierno? Porque no soy eso. A nadie le gusta ser llamado tierno, suena como si no fueras lo suficientemente guapo como para llamarte de ese modo. Yo lo he llamado guapo, ¿por qué no me ha llamado de esa forma también? ¿Soy lindo, pero no tanto para ser llamado guapo?

Suelto un suspiro mientras le respondo a Edward y luego bloqueo mi celular. Los siguientes treinta minutos de clase soy yo pensando en qué es lo que mi novio falso quiere mostrarme, la posible conversación con Jean y también soy yo tratando de no quedarme dormido, sobre todo porque la voz del maestro parece ser de esas voces relajantes que usan en esos vídeos de YouTube para ayudarte a dormir.

Cuando la campana suena siento que Dios me ha salvado de casi derramar toda mi baba sobre mi mesa y de causar una posible inundación. Ahora tenemos quince minutos libres, siempre los tenemos después de cada clase, es el tiempo perfecto para ir a tu casillero por algo que olvidaste, ir al baño, hacer cualquier otra cosa o, en mi caso, ver el virgo de tu novio. Ay, eso no sonó como creía que iba a sonar.

Guardo mis cosas a paso de tortuga y volteo a ver a mis amigos, pero el único que se ha quedado es Jean, no veo rastro de Mary, Karla y Oliver, supongo que la primera aún debe estar molesta, la segunda debe estar con ella, y Oliver... bueno él es Oliver, siempre es de los que sale corriendo al baño porque bebe mucha agua en cada clase. Jean me está dando la espalda y aprovecho eso para huir de la habitación, no quiero que me haga un montón de preguntas que no sabré cómo responder. En la puerta visualizo a Edward cruzado de brazos y con la mirada fija en la ventana de enfrente.

Apresuro el paso para acercarme a él y jalarlo antes de que Jean se dé cuenta de que estoy huyendo de él, pero ni siquiera puedo decirle

algo porque alguien ya está tomándome del brazo. «Lo intenté».

—Perdón que te lo robe, pero necesito hablar con él —Jean le dice a Edward, y este último abre los ojos de par en par, sorprendido, como si no creyera que le estuviera dirigiendo la palabra.

Edward es más alto que ambos, por lo que tiene que bajar la mirada para poder ver a Jean. Viéndolo así, sí parece alguien intimidante, creo que su aspecto fue una de las principales razones por las que todo el mundo creía que él había golpeado al chico.

Se aclara la voz.

—Yo no tengo problema con eso, y aun si lo tuviera, no importa, deberías preguntarle a Andy primero si quiere hablar contigo, lo que él sienta sí debería importarte, es con él con quien quieres hablar después de todo, no conmigo —me echa una pequeña mirada de reojo y le sonrío.

Jean solo lo ve en plan «quién no quiere hablar conmigo».

Me vuelvo hacia Edward antes de que Jean le suelte un comentario sarcástico u ofensivo.

—Está bien, no me llevará más de cinco minutos, ¿te alcanzo en el campo?

Sin estar muy convencido, Edward asiente y le da una sonrisa a Jean, este último le devuelve el gesto y cuando gira su cabeza a mi dirección cambia esa expresión a una de pocos amigos.

—¿Estás enfadado? —le pregunto solo para molestarlo más.

—No, para nada, mi cara de felicidad es así —grazna—. Obviamente lo estoy, Andy.

Bajo la mirada.

—Mira, no me importa con quién salgas, tú puedes salir con el mismo conserje y a mí me daría igual. —Se calla y lleva una mano a su barbilla analizando sus palabras—. Ese es un mal ejemplo, el conserje tiene cincuenta y tú diecisiete, llamaría a la policía. La cosa es que esto es... extraño, hace poco hablabas de lo mucho que te gustaba Heather y ahora sales con Edward. ¿No confías en mí? ¿Hice algo malo? ¿Creíste que diría algo malo y por eso mentías cuando decías que te gustaba Heather porque en realidad te gustaba un chico? Sé que no soy el mejor amigo del mundo, a veces soy egoísta, directo y juro que si afirmas lo que digo te parto las pelotas en dos. Solo quiero saber si hice algo malo.

Jean se rasca la nuca y suelta el agarre que tiene en mi mano. No esperaba que me dijera eso. Esperaba otra cosa, insultos por allá, un poco de «Andy, ese chico no te conviene» o en el peor de los casos un «ya no quiero ser amigo de alguien que sale con un chico como él», pero jamás pasó por mi cabeza que se sintiera culpable o que sintiera que no le tengo confianza. Sonrío levemente.

—Bueno, si iniciamos desde que te conocí…

—¿Sabes qué? Mejor no me respondas, estoy bien creyendo que soy el mejor amigo de todos los tiempos, así que cierra la puta boca antes de que pongas nuestra amistad en peligro O'Connell —me amenaza llamándome por mi apellido paterno y bufo.

Me tranquiliza saber que no está molesto por las razones que creía, esto me confirma que, aunque sea un estúpido y sea el culpable de todas mis desgracias porque siempre apoya cada tontería que hago o me anima a hacerlas con él, es un ¿buen amigo?, ¿uno no muy hijo de puta?

Siempre he confiado en él, y esta vez no sería la excepción.

—No estamos saliendo —confieso, y él me mira confundido.

Me preparo para escucharlo reírse y termino contándole todo, pero la versión corta, ya saben, tipo: primer acto, yo, idiota, me confundí de casillero y me declaré al homofóbico. Segundo acto, yo, aún más idiota, intenté aclarar la situación, pero él me da flores y le digo que me gusta. Tercer acto, yo, todavía más idiota, acepté ser su novio porque él quiere arreglar su reputación, pero el pobre no sabía que soy un friki y se la arruiné más. ¿Cómo se llamó la obra?

Jean solo me escucha con atención y al final de mi relato ni siquiera se ríe como lo hizo mi mamá, solo se queda callado con una expresión llena de sorpresa. «Ay, pobre, se le salió el cerebro».

—No puedes decirle a nadie —le advierto después de unos segundos de completo silencio—. No creo poder decirle a los demás, son un poco…

—Chismosos —completa por mí, saliendo de su estupefacción.

Murmuro un suave sí y volvemos a quedarnos en silencio. Supongo que es mucho para procesar. O está aguantándose la risa. No lo sé, pero es extraño que justo él, el que se ríe de todas mis estupideces, se mantenga callado en una situación así.

—Gracias por decirme —me sonríe, y siento que todo mi cuerpo se relaja después de escucharlo decir eso—. Y si te llega a gustar de verdad, puedes confiar en mí. Soy bueno para los consejos de amor.

¿Escuchó mi versión de las cosas? ¿Cómo puede decir «si te llega a gustar de verdad» después de saber que me gusta Heather? Por Dios, la sola idea de imaginar que algo así pueda pasar hace que quiera cortarme la garganta con un fideo.

—Tu último consejo de amor hizo que terminara declarándome a un chico y ahora salgo con él —le recuerdo.

—Bueno, pero ¿estás soltero? No, ¿verdad? —me pregunta, y le doy una mirada asesina por jugar con eso. Jean se echa a reír—. Ahí tienes, mis consejos sirven muy bien. —Sonríe con satisfacción y luego carraspea—. Deberías presentárnoslo, sé que Mary es algo, uh, pero si has confiado en él debe ser porque lo conoces bien y porque sabes que todo fue un malentendido.

Ay, ¿cómo le digo que no sé cómo se dieron las cosas?

—En realidad no tengo ni idea de lo que pasó con el otro chico.

Jean me ve como si yo fuese estúpido.

—¿Tu segundo nombre no es tonto de casualidad? —Pone los ojos en blanco—. Un día de estos te van a estafar. —Asiento de acuerdo con él porque ya lo hicieron en realidad, dos veces. Jean mira hacia la puerta y frunce su ceño, por inercia sigo su mirada, pero no encuentro nada—. Luego hablamos de esto. —Toma sus cosas con prisa—. De nada por el favor de tener a alguien que te escuche, luego te lo cobro.

Pero si ha sido él el que se ha ofrecido a escucharme...

Ni siquiera me deja responderle porque él sale del salón con rapidez. No sé qué mosca le ha picado, pero luego de haber hablado con Jean estoy más tranquilo. Como se lo había dicho a Edward, estaba preocupado por lo que mis amigos podían pensar, sin embargo, se lo han tomado bastante bien. A excepción de Mary, todo fue un éxito.

Camino con prisa hacia el campo sintiendo todas las miradas sobre mí, a este punto ya deberían saber quién soy, eso sonó un poco narcisista, pero es la verdad, apuesto que Edward y yo somos el chisme del año, los que nos vieron esta mañana debieron haber corrido la voz con sus amigos y sus amigos con otras personas y así sucesivamente, no me sorprendería saber que hasta los maestros lo saben. Me preocuparía por Irán si no fuese porque mamá le contó, ella cree que no sé, pero la oí hablando por teléfono hace un par de días.

Mantengo la cabeza alzada y los ignoro, no tienen el poder sobre mí.

Cuando me acerco al pequeño campo, puedo ver a algunas personas ahí, pero mis ojos se detienen en la figura de Edward sobre el pasto, él está apoyando su ancha espalda en uno de los árboles, tiene los audífonos puestos y los ojos cerrados de tal manera que parece que está durmiendo. Me apresuro a llegar a su lado y golpeo su pierna con mi pie haciendo que él abra sus ojos y, debido a que el sol está apuntando a su rostro, sus ojos verdes se ven más brillantes.

—¿Eres alguna clase de *fuckboy* y por eso te gusta esta aura misteriosa? —le pregunto para llamar su atención. Ha sido una broma, pero la verdad es que a simple vista parece que es el típico chico solitario, rebelde y contestón, algo irónico porque él es todo lo opuesto, su aspecto es el de un *badboy*, pero su forma de ser es la de un ángel.

—¿*Fuck* qué? —inquiere quitándose los audífonos.

—Nada, olvídalo —le digo y él se ríe—. ¿Todo salió como esperabas?

Le pregunto refiriéndome a las reacciones de las personas. Sé que la mayoría no fueron buenas, pero si vemos el lado positivo al menos

no lo ofendieron de forma directa. Eso hubiese sido horrible, y no sé si hubiese sido tan valiente como para defenderlo, no tengo que repetir que soy un cobarde llorón, pero, por si no ha quedado claro, soy un cobarde llorón.

—Esperaba algo peor. —Chasquea la lengua y el estómago se me revuelve al escucharlo decir eso.

No debería esperar algo peor, nadie debería hacerlo.

Exclamó el pesimista que siempre espera lo peor.

—¿Qué es lo que ibas a mostrarme? —cambio el rumbo de la conversación porque no quiero hacerlo sentir triste o hacer que recuerde cosas deprimentes del pasado.

Eleva las comisuras de sus labios en una pequeña sonrisa.

—¿Escuchaste *Girl crush*? —me responde y frunzo el ceño. ¿Qué tiene que ver eso con lo que tenía que mostrarme?

Y, peor aún, ¿cómo le digo que he olvidado escuchar la canción y que cuando estuve escuchando algo de su discografía me dormí?

—Sí, por supuesto —miento—. El violín de fondo estaba muy lindo. —Muerdo mi labio y él arquea una de sus cejas sin entender de lo que estoy hablando. Vale, al parecer no había ningún violín en la canción. Me resigno—. No la escuché, pero tengo algo que decir en mi defensa, me olvidé —sincero—. Escuché un par de sus canciones, pero no llegué a *Girl Crush* porque me quedé dormido.

Esta vez soy honesto. Hace dos días traté de oír sus canciones, lo juro, pero estaba más para allá que para acá y caí rendido ante el sueño.

—Me siento ofendido, ¿estás diciendo que mi artista favorito te dio sueño? —ataca divertido, y quiero que la tierra me traga por eso, es decir, no me dio sueño, eran las tres de la mañana, era obvio que iba a quedarme dormido—. ¿Ves? Tienes mal gusto musical.

Recuerda la última pequeña pelea que tuvimos el primer día de estudio en la biblioteca y me quiero dar un golpe en la cabeza por seguir con eso. ¡Tengo buen gusto musical!

Inflo las mejillas.

—Puedes meterte hasta con mi mascota, pero no con mi buen gusto en la música.

—¿Tienes una mascota? ¿Qué animal es? —curiosea con emoción.

—Un gallo. —Rasco mi cuello.

Vivir en la zona costera de Inglaterra significaba estar rodeado de todo tipo de aves, como las gaviotas o los ostreros, pero en definitiva no de gallos. O al menos no era la especie que más predominaba en mi pequeña ciudad, por lo que no es para nada normal tener animales de granja en tu casa. Aunque apuesto que en cualquier lugar sería lo mismo.

—¿Tienes un gallo? —pregunta, sorprendido.

—No es la mascota más usual del mundo, pero sí, al inicio iba a ser la cena. —Me ve horrorizado y se pone blanco, ay, ¿la cagué de nuevo? Finjo toser—. O sea, no la cena, es una expresión para decir que iba a ser el que nos dé suerte para que la cena nunca falte en nuestro hogar, mi familia y yo formamos parte de una religión no muy conocida y creemos que los animales que madrugan son los que están más cerca de Dios, entonces tener un animal así significa que tendrás comida todo el año, por eso es bueno regalar aves cuando vas a las casas de las personas que acabas de conocer, es un símbolo de hermandad y de unión en el que deseas prosperidad.

Me río, nervioso. Si supiera que mi mamá reza cuando se acuerda y yo cuando necesito ayuda. Perdónanos Dios.

Si me pagaran por cada mentira que sale de mi boca a este punto ya sería millonario.

—¿Qué religión es? —en su voz demuestra el interés y quiero matarme.

«Mierda».

—La religión jaegerista —digo lo primero que se me ocurre—. De hecho, tenemos un ave que representa nuestra religión, es Eren, nuestro señor. Él se sacrificó por el mundo. Nuestra religión es muy parecida a la católica, solo que... viene de Japón. Hay una biblia antigua que se llama *Shingeki no Kyojin*, significa... «que tu amor sea titánico».

Miro al cielo como si estuviese muy agradecido con la vida, pero por dentro solo estoy sintiendo vergüenza de mí porque no paro de decir estupideces. Veo a Edward de reojo y él solo me mira impresionado, como si le acabara de contar algo muy interesante.

Solo le estoy hablando de un anime, si él llega a enterarse seguro creerá que me estaba burlando de él, y es todo lo contrario, solo quería quedar bien.

—Pero eso no es tan impresionante como las canciones de Harry. —Vuelvo a cambiar de tema para que no me ataque con preguntas de una religión que acabo de inventar—. Sus canciones son inolvidables, más la de... o la de... pero mi favorita es...

Me callo al no saber qué canción decir. Para mi fortuna, Edward no se lo tomó a mal, solo se echa a reír. Y a estas alturas hasta las hormigas deben estar riéndose también.

—Sabía que no lo hiciste, tranquilo. —Lleva sus manos hacia su estómago, sin poder dejar de reír. Sonrío por eso, al menos he alivianado el ambiente. Una vez que él deja de reír, me devuelve la sonrisa y dice—: ¿Quieres oír la canción?

Aunque eso me hace ilusión —sobre todo por la forma animada en la que lo ha preguntado—, necesito hacerle una pregunta antes.

—¿Eso es lo que querías mostrarme?

—Parece que no es lo que esperabas.

Su sonrisa baja de a poco y entro en pánico al pensar que lo he herido. Niego con la cabeza repetidas veces.

—La idea me gusta, solo es que creía que ibas a mostrarme tu ver...

Verga. Me callo al instante, estuve a nada de cagarla en grande. Gracias Dios por hacer que me diera cuenta de la estupidez que iba a decir.

—¿Mi ver...? —cuestiona.

—Tu verruga —completo la frase con otra estupidez—. Oí que tienes una verruga enorme en la espalda y, dije yo, me va a mostrar su verrugón.

Auxilio, las tonterías salen de mi boca sin pensarlas, necesito ayuda urgentemente, ¿habrá algún doctor que atienda a los imbéciles? Estoy hablando en serio.

—No tengo ninguna verruga.

—Claro que no, eres perfecto, no debes tener ni granos.

Pienso, pero por su sonrisa puedo darme cuenta de que lo he dicho en voz alta. «Ay».

—¿Crees que soy perfecto? —Eleva una de sus cejas.

—Como todos, ya sabes. —Me encojo de hombros para no darle mucha importancia.

—Todos creen que soy un imbécil, nadie piensa que soy perfecto.

Pero, hombre, por favor, todos en el fondo piensan que eres un dios. Lo sé a la perfección porque lo he escuchado en varias ocasiones. Todos en público dicen que es un cabrón, pero en conversaciones privadas (no tan privadas porque he oído algunas) dicen que es guapo.

—Yo sí creo que lo eres —mi boca se vuelve a mover por sí sola y le respondo casi al instante. Edward junta sus cejas sin creer que lo he estado halagando—. Yo sí creo que eres un imbécil —intento corregir el halago porque no quería sonar como un lamebotas, pero terminé cagándola más. Aclaro mi garganta—. Como todos, nadie es perfecto, todos somos imbéciles, algunos menos que otros, pero es la misma mierda. Eres un imbécil amable y buena persona.

Le sonrío mostrando los dientes y me pregunto con demasiada seriedad cómo es que aún tengo dignidad después de todas las estupideces que he dicho en el día.

—Ser un imbécil amable es mejor que ser solo un imbécil. Es el mejor cumplido que me han dicho, gracias. —Me vuelve a dar una sonrisa y me siento aliviado al saber que se lo ha tomado bien—. Entonces, ¿quieres oír *Girl Crush*? Es mi *cover* y canción favorita, así que por nuestra relación espero que te guste.

Edward palmea el pasto para que me siente a su lado, dudo unos segundos, pero al final cedo y me siento junto a él, nuestros hombros se rozan por un instante, lo cual hace que me aleje un poco. Tomo uno

de sus audífonos y espero unos segundos hasta que la canción invade mi oído. Lo primero que escucho es el sonido de una guitarra de fondo, es algo lenta, pero creo que no es de esas que te hacen dormir, al contrario, es de las que te relajan y te dan una sensación de paz. La voz del cantante favorito de Edward no tarda en aparecer, es ronca y al mismo tiempo dulce, me gusta, no es lo que suelo escuchar, pero siempre nos pueden gustar cosas nuevas.

Volteo a ver a Edward y él tiene los ojos cerrados disfrutando de la canción, es su favorita después de todo. Me tomo unos segundos para observarlo, ya que es la primera vez que estoy así de cerca de él. No me había dado cuenta de lo largas y espesas que son sus pestañas ni de lo fina que es su nariz, y tampoco de que su mandíbula estaba tan marcada. De cerca se ve más atractivo, como una de esas esculturas que ponen en los museos de arte.

¿Es su atractivo lo que me hace creer cada vez más que es un buen sujeto? Para nada, eso es lo de menos. Son sus pequeñas acciones las que me hacen querer confiar en él y las que me hacen querer acercarme, no tenemos mucho en común, pero podríamos ser buenos amigos, después de todo, si estaremos juntos durante las próximas semanas al menos podríamos intimar.

Me regaño a mí mismo cuando caigo en cuenta de que no estaba prestando atención a la música por estar mirándolo, si le pusiera alguna de mis canciones favoritas me gustaría que pusiera atención. Decido imitar su acción y también cierro los ojos, escuchando el resto de la canción. Sonará extraño, pero al cerrar los ojos hace que disfrute aún más de la música, por algo él también lo hace.

A medida que pasa la canción siento como si solo estuviésemos los dos en el campo, como si las demás personas no existiesen o no importasen, y una extraña sensación de nostalgia llena mi pecho, no sé si es la letra, la forma en la que canta el chico, o porque soy muy sensible, o una mezcla de las tres cosas, pero tengo ganas de llorar y, como si mi subconsciente me odiara, la escena de Edward besando mi mano se repite en mi cabeza como un disco rayado y abro los ojos, sorprendido.

Entonces, la canción finaliza.

—¿Qué te pareció? —Se voltea hacia mi dirección, emocionado.

«No escuché ni la mitad porque estaba viendo que no tienes ningún grano, tu piel es perfecta, ¿qué comes?».

—Me gustó —digo sincero, y sí, soy sincero, porque lo que oí me gustó—, el ritmo es muy relajante, solo que no entiendo el mensaje de la canción, ¿se supone que él tiene un *crush* y su *crush* quiere a alguien más? —Como no responde, añado—: ¿Por qué querías mostrarme la canción?

Él se mantiene callado un instante mientras piensa en su respuesta.

—Te veías muy nervioso y preocupado por todo lo que pasó, solo quería ayudarte a estar mejor. —Se encoge de hombros y acto seguido me da una sonrisa ladina. Me pregunto cómo es que no le duelen las mejillas de tanto sonreír, sin duda no es de este mundo.

Estoy a punto de agradecerle, sin embargo, veo pasar frente a nosotros a alguien que me resulta conocido. Pongo mi atención en la persona y me doy cuenta de que es Heather, puedo reconocerla de inmediato, su largo cabello y sus grandes ojos azules son fáciles de reconocer. Ella está cerca de nosotros y todos mis sentidos se apagan, me pongo en modo idiota automático.

Solo la sigo con la mirada, y ella debió sentirlo porque voltea a verme, mi rostro se pone rojo y, aunque pensaba en agachar la cabeza, le sostuve la mirada, por primera vez. Heather me sonríe amable y regresa su vista a sus amigos. Siento que mi corazón va a estallar de felicidad. No. Puede. Ser. ¿Me sonrió? Sí, me sonrió, ella acaba de sonreírme, no puede ser. Y yo solo me mantuve como idiota, debí haberle sonreído también, ¿fui muy estúpido? Sí, lo fui. Creerá que soy un maleducado.

Incluso estando nervioso y sintiéndome un tonto por no haberle regresado el saludo, tengo que apretar los labios para no soltar un gritito de emoción.

—Necesitas mucha ayuda con ella —me había olvidado de que Edward estaba a mi lado hasta que escuché su voz—. Tengo una idea. —Edward llama mi atención antes de que pueda dar un paso. Aún avergonzado, volteo a verlo, él está rojo y hay unas pequeñas gotas de sudor cayendo por su frente, el sol está a todo lo que da. Incluso así, sigue viéndose bien—. Tú me ayudaste mucho hoy y no quiero sonar grosero o algo, pero creo que todavía te falta un poco para poder acercarte a ella siendo tú y no el chico nervioso de hace unos minutos. ¿Te parece si nos reunimos mañana por la tarde? Así podré ayudarte para que le gustes a Heather.

Se levanta del suelo y comienza a quitarse el suéter por el calor que hace. Sigo todas sus acciones con la mirada.

—Sí, para que le guste a Heather —repito sus palabras y veo que Edward se arremanga la camisa haciendo que sus grandes brazos se marquen a través de esta.

—¿En tu casa?

Mantengo mi vista en sus brazos y él me descubre viéndolo, así que bajo la mirada, avergonzado. ¿Por qué estaba viendo sus brazos en primer lugar?

—¿Qué cosa? —pregunto sin entender.

—Lo de Heather —me recuerda de nuevo con un tono divertido, y a este punto me he olvidado de lo que estábamos hablando.

—Ah, sí, yo… —Me pongo nervioso, sin saber qué decir—, bueno,

lo hablamos en la tarde, olvidé que tenía que... bueno. Adiós, nos vemos en clase.

Me despido y salgo huyendo de allí. Otra vez.

¿Por qué me puse tan nervioso?

Me gusta relacionar a las personas con música porque creo que las melodías y lo que me hacen sentir dicen más que las palabras...

La señora que vivía al lado de mi casa, por ejemplo, era rock pesado debido a que era muy ruidosa. No había día que no estuviese gritándole a su gato porque este se escapaba cada mañana por la ventana.

Mis padres eran un remix de alguna canción de jazz y electrónica porque eran demasiado inestables. Un día podían ser las personas más tranquilas y amables de todo el mundo y al siguiente podían ser las más insoportables y odiosas.

Mi terapeuta tenía que ser sí o sí la canción chillona que ponen en el elevador, la que se supone que te tiene que ayudar a relajarte en la espera de llegar a tu piso, pero que te ponía los pelos de punta, y a pesar de que al inicio era tranquilizador, se volvió tan cotidiano que comenzaba a ser fastidioso.

Y tú…

Dios, cuando escucho tu nombre solo puedo pensar en mi canción favorita.

Eres la melodía que no deja de sonar en mi cabeza, aunque trate de pensar en otra cosa. La canción que jamás me cansa, así suene mil veces en mis auriculares. La letra pegadiza que canto a todo pulmón y en todos lados, incluso en la ducha.

Conocerte fue descubrir un género musical diferente al que suelo escuchar, pero que al final me terminó gustando.

Y yo, por otro lado, era la canción que nadie se atrevía a componer. Porque todos son cobardes y temen componer sobre alguien tan complicado como yo. Soy una canción que aún no existe, porque, al igual que los compositores, soy un cobarde.

Un cobarde que no se atreve a decirte lo que siente. Y que jamás se atreverá.

Fragmento de «Para ti, algún día».

06: El señor de las aves te bendiga

Anoche me dormí escuchando las canciones del artista favorito de Edward y descubrí que Harry Styles puede hacerte sentir como si fueses un dios inalcanzable y luego como si acabaras de divorciarte de tu tercera pareja en solo dos canciones.

Y esas descripciones quedan a la perfección con lo que sentí ayer. El primer día siendo el novio de Edward fue sentirse como alguien famoso por tantas miradas y al mismo tiempo como alguien que hizo algo tan malo que lo han cancelado en Twitter, no me sorprendería encontrarme con hashtags como «Andy-cancelado», «Andy-is-over-party», «Andy-a-dónde-tan-hetero» o «Andy-quiero-a-tu-novio».

Obviamente es broma, las personas de mi escuela ni siquiera deben conocer mi nombre. Lo más probable es que me conocen por «el chico que sale con Edward» o «el chico sin dignidad que sale con el homofóbico» y para mí mejor, no necesito que personas odiosas sepan cómo me llamo.

Además, ser conocido por salir con él no suena tan malo, pudo ser peor, por ejemplo, pude ser conocido por «el segundo chico al que Edward mandó al hospital». Jesús, María y José, estoy bien así, las personas me ven mal, pero al menos no me ven con lástima, aunque pudieron verme con envidia por la rinoplastia gratis que traería la paliza.

—Se veían muy tiernos —Karla comenta con una voz tan empalagosa que hace que quiera ponerme tapones en los oídos.

Estamos en una videollamada mientras termino de arreglar mi casa. Ayer no me dijeron nada sobre Edward más que en la mañana cuando nos vieron, supongo que mi expresión consternada causó que quisieran ir con cuidado conmigo y que no quisieran tocar el tema hasta que estuviese bien. Además, en el receso estuve encerrado en el aula haciendo una tarea que había olvidado y Edward me ayudó, por ello tampoco tuvieron oportunidad de bombardearme siquiera.

—Creo que tenemos diferentes definiciones de ternura —Oli replica.

—Cállate —sisea la pelinegra y luego carraspea—. Ahora me siento mal por haber hablado de él, ya entiendo por qué te enojaste ese día en la pizzería. Lo siento mucho —se disculpa, apenada. Me vuelvo hacia mi celular, ya que estaba limpiando el mueble, y lo tomo con mis manos para verles la cara a través del dispositivo.

Sonrío mostrando los dientes.

—Perdón. —De forma sorprendente, Oliver también se disculpa. Pasa una de sus manos por su cabello y por primera vez lo veo bastante serio en algo—. Aunque tú deberías disculparte conmigo por serme infiel.

Okey, hablé demasiado pronto. Suelto una risa nasal. Estaba preocupado por nada.

—Los dejo —Mary, quien todo este rato se mantuvo en silencio, nos avisa. La veo incómoda desde ayer. Quisiera preguntarle por qué, pero no me animo.

Los tres asentimos y nos despedimos de ella.

—¿Cuándo nos lo presentas? —inquiere mi amiga.

—Sí, quiero conocer al *gato rompe-hogares* —Oliver continúa con su broma. Blanqueo los ojos.

—Cuando no me hagan pasar pena, o sea, nunca.

Juego con ellos, volviendo a poner mi vista en el mueble que estaba limpiando antes de tomar el teléfono.

—Qué malo —se queja Karla—. Sé que Oliver da pena, pero ¿yo?

—Tú eres mi mayor preocupación —la molesto causando que Oliver suelte una gran carcajada y que ella me grite hasta de lo que me voy a morir. Me uno a la risa de Oli y luego de ver la hora, llevo mi dedo hacia el icono de «colgar»—. Voy a colgar, tengo que apurarme.

El par de bobos se despide y doy por terminada la llamada. Hablar con ellos me ayudó un montón a mantener la cabeza fría. Edward viene a casa hoy y eso me pone ansioso. Pese a que no hablamos en la hora de la salida, sí lo hicimos por mensajes. Cuando las clases finalizaron, mi novio falso se fue solo, sin un adiós, sin un «salgamos juntos para que vean que somos novios», sin un mensaje diciendo «gracias por aceptar ser mi novio Andy, eres el mejor» ni nada por el estilo.

Alguien dígale que no está cumpliendo su parte de ser un buen novio falso. No sé por qué ni siquiera se despidió, creía que estábamos avanzando y que ya éramos amigos o lo más cercano a ser amigos, y más allá de eso, irse sin decir nada no va con él. Sin embargo, también debo darle algo de mérito, gracias a que no estuvo conmigo la mayoría de las personas no me reconocieron y no llamé la atención.

Al menos lo más duro ya ha pasado. Solo es cuestión de tiempo para que me acostumbre a esta relación falsa, son solo tres semanas después de todo, no puede ser tan difícil fingir estar enamorado de alguien.

Quito el polvo del mueble con el trapo y toso un poco porque todo ha dado en mi rostro. Maldigo en voz baja un instante y espero que mi mamá no me haya escuchado porque de lo contrario creería que estoy enojado por limpiar y me daría una cátedra de dos horas de «no puedo

pedirte que me ayudes porque al segundo te estás quejando, pero si tú me pidieras un favor yo lo haría sin problemas».

Es virgo, por algo no soy fan de ese signo. En primer lugar, mi mamá y su extraño afán de ser perfeccionista y, en segundo lugar, mi autocorrector y su afán de humillarme frente a Edward.

La razón por la que estoy limpiando de forma exhaustiva no es porque siempre hacemos esto. Sí, limpio la casa, pero solo lo básico como barrer o trapear, no limpio cada rincón como si viniera alguien a calificar qué tan limpios somos, no obstante, me he puesto de acuerdo con el dueño de la mayoría de los últimos problemas que he tenido para que me ayude con Heather, según él es muy bueno con esta clase de cosas así que me echará la mano, sin olvidar que también es parte del trato. Se lo conté a mi mamá esta mañana y apenas se lo mencioné me puso a limpiar cada habitación.

—¿Me repites por qué estamos haciendo esto? —le pregunto desde la sala de estar. Conozco la respuesta a la perfección, pero nunca está de más que se escuche a sí misma para que sepa que es tiene una fuerte obsesión con la limpieza.

Puedo oír el extraño sonido del cepillo contra el suelo del baño y ruedo los ojos. No puedo creer que esté lavando el baño solo por la visita de Edward, no vendrá la reina Isabel, pero mi mamá se lo ha tomado muy en serio. Necesita que alguien le diga que las visitas no vendrán a juzgar su hogar, si nunca le ha importado que las personas juzguen sus decisiones o su forma de criarme, ¿por qué le importaría lo que digan de la casa? Al parecer, que hablen mal de ella no es un delito, pero que ni se les ocurra hablar de la suciedad de la casa que les corta el cuello en dos.

—Andy, te lo he dicho muchas veces —el tono molesto en su voz es más que evidente—, si viene alguno de tus amigos me tienes que avisar dos días antes, no el mismo día que viene, ¿quieres que me dé un infarto al ver cómo mira el desorden que hay? —Ella asoma su cabeza por la puerta del baño y aprieto los labios para no responder con algo divertido.

Ya podía sentir el cepillo estampado en mi cara o en mi culo si bromeaba con ella.

—Mariel, te lo he dicho muchas veces —uso sus mismas palabras —, mis amigos vienen a verme a mí no a la suciedad del piso ni que tengo mis bóxeres sucios tirados por toda mi habitación. —Al final termino contestándole con desgana y me escondo detrás del sillón por si se le ocurre lanzarme algo—. ¿Podrías dejar de ser tan perfeccionista por una vez en tu vida? Vendrá un amigo, no Dios, tranquila.

La escucho resoplar y para mi fortuna vuelve a poner su atención en el suelo del baño, porque ese molesto sonido se hace presente de

nuevo. Lo peor que puedes decirle a un virgo es que no sea perfeccionista, y la forma tan ruda en la que comenzó a fregar el piso me lo comprueba.

—¿Y tú podrías dejar de ser tan desordenado por, al menos, toda la vida? Vendrá tu novio falso, no solo un «amigo», quiero dar una buena impresión como suegra falsa.

Casi me atraganto al oírla decir eso. Casi.

No le deseo a nadie tener una mamá virgo, ni a la persona que más odio en este mundo: yo. Muy a mi pesar, yo sí tengo una mamá así.

—Nosotros podemos vivir en el basurero y Edward dirá que es un lindo hogar —menciono despreocupado sin apartar la vista de todo el polvo que hay en el mueble—. Por Dios, ni siquiera es algo mío, no tienes que dar una buena impresión. Ni siquiera cuando Jean vino a la casa por primera vez te pusiste así.

Tomo uno de los cientos de retratos que hay encima del empolvado mueble y lo limpio con el pequeño trapo mientras le echo un vistazo. En la foto está mi mamá, mi papá y yo de bebé en un parque. Mi mamá siempre ha sido fan de documentar toda nuestra vida, por lo que hay demasiadas fotos. En la mayoría de ellas solo somos nosotros dos, después de todo siempre ha sido así: ella y yo. No digo que Alek, mi padre, haya estado ausente, solo estuvo… lejos, ellos jamás se casaron, pero los primeros cinco años me criaron juntos, sin embargo, cuando el amor acaba y el trabajo te llama, las cosas se complican. Mi papá tuvo que mudarse de ciudad y ahí se casó con su compañera de trabajo que también tenía una hija un año más grande que yo. Hace poco se mudó de nuevo a nuestra ciudad, mi hermanastra debe odiarme por eso, pero no tengo la culpa de ser el hijo favorito.

—Pero Jean no era tu novio falso —contraataca regresándome a la realidad. Segundos después añade confundida—: ¿O lo era? ¿Tú y Jean eran novios de verdad y has contratado al otro chico como novio falso para darle celos, pero al final sí te gustó y ahora estás en un dilema amoroso y te gustan los dos?

Alguien que le diga que pare, se creó un *drama* ella sola. Últimamente ha visto demasiadas novelas turcas, eso puede explicar de dónde se ha inventado una novela dramática nivel supremo.

Su sugerencia me provoca arcadas, ¿cómo puede pensar que entre Jean y yo podía existir algo así? Por Dios, estamos hablando de Jean, el que diría algo sarcástico u ofensivo de mí hasta en mi funeral. Es mi amigo, qué horror imaginarlo de otra forma, y me da aún más asco que mi mamá haya pensado por un segundo que yo pueda salir con Jean.

—Mamá, no soy gay —le aclaro por segunda vez—. Y Jean no era mi novio, ni Edward. ¿Cuántas veces tengo que repetirte que solo estoy haciéndole un favor?

No puedo creer que esté dudando de la explicación que le di hace unos días y que de verdad crea que me gusta un chico. En verdad necesito cambiar de mamá.

Dejo la fotografía en su lugar y tomo otra para limpiarla también. Miro todos los retratos que tengo que limpiar y de solo verlos me da flojera. Por mi bien, vuelvo a dejar la foto en su sitio, y si mi mamá pregunta le diré que los he limpiado todos, no parece, pero si continúo limpiando Edward vendrá y yo nunca terminaré.

Me echo en el sillón, saco mi celular, le bajo todo el volumen para que mi mamá no note que estoy descansando y entro a Facebook.

—Aún tengo mis dudas, discúlpame, pero Irán dijo que estaban tomados de la mano. ¡De la mano!

La emoción es notable, y su confesión hace que quiera golpearme contra la pared. No puedo creer que Irán le contara con lujo de detalle lo que sucedió. Lo repito, viejo chismoso.

—¡Es parte de la actuación!

—No importa, sea o no sea tu novio, nadie posará un pie en esta casa hasta que esté limpia —sentencia.

—Te lo repito, nuestra relación no es real, es para que limpie su reputación y a cambio él vendrá a ayudarme con mis tareas, es lo justo, ambos nos ayudamos mutuamente.

He dicho que vendría a ayudarme con las tareas en lugar de decirle que viene ayudarme con Heather, no se lo he contado porque si ella se entera de que hay una chica que me gusta va a humillarme en cualquier momento. Y no soportaría que me humille frente a Heather. Si me humilla frente a cualquier persona como mis amigos o Edward no me importaría, pero estamos hablando de Heather, y ella no es cualquier persona, es la chica de mis sueños.

—Tu papá y yo decíamos eso y mírate, aquí estás. La tarea cumplirá dieciocho el próximo año.

Chasqueo la lengua, no necesito que me repitan por novena vez en el día que fui el calor del momento de dos personas hormonales que no sirvieron ni para coger. Bajo por las noticias de mi inicio de Facebook y reacciono con «me divierte» a todas las publicaciones que veo, aunque no me den risa.

—Ustedes eran precoces e inmaduros, y se gustaban, nosotros no, porque es falso, f-a-l-s-o.

Deletreo la palabra y suelto un pequeño suspiro, agotado. No sé qué más tengo que decirle para asegurarle que entre ambos no hay nada. Al parecer las mamás tienen algún sentido que las hace dudar de todo, pero en esta ocasión no tiene por qué hacerlo, he sido muy claro respecto a la relación que tengo Edward.

Amigos no somos, o no del todo, ¿*bros*?, podría ser. Aunque suena ridículo. Mejor dicho, somos dos personas que se ayudan de forma

mutua. Eso es, somos colegas, compañeros, cómplices, no sé. Lo dejamos en «cómplices de un acuerdo».

El timbre suena de repente y ambos nos ponemos en alerta, dejo el celular a un lado y mi mamá deja de lavar el baño, creo que está pensando lo mismo que yo porque no esperamos a nadie hoy, solo a Edward, pero se supone que él vendrá en una hora, no ahora. Le mandé mi ubicación en la mañana y quedamos de vernos a las tres, no a las dos de la tarde. Por favor, díganme que no es de esos obsesionados con la puntualidad que llegan una hora antes de lo previsto, que soy capaz de no abrirle la puerta hasta que sea la hora. No puedo con las personas puntuales, son unos verdaderos lunáticos del tiempo.

—Dijiste que vendría en una hora —menciona mi mamá, y asiento de forma involuntaria. No puede verme, pero se volvió una costumbre.

—Sí, él me dijo que a las tres.

Mi mamá sale del baño con el cabello hecho un desastre y con su ropa manchada de sabrá Dios qué y se acerca a mí, preocupada. Aunque no pueda ver mi rostro, sé que yo también estoy como ella. La casa se ve hermosa, le doy un diez, pero yo me veo como alguien que no tiene ganas de vivir, y sí lo soy, pero me gustaría verme más decente, no quiero que me encuentre con mi playera rota, mis shorts deslavados y una sandalia de distinto color porque no encontré su par y, por Dios, no hablemos de mi olor. Parece que no me he duchado en un año, es una combinación extraña entre sudor, suciedad, polvo y jabón de trastes.

No puede verme así, qué horror. Seguro que él debe estar presentable y debe oler a brillos, flores y esas mierdas. Qué vergüenza ser yo ahora mismo.

Me levanto como un resorte sintiendo que todo mi cuerpo se tensa bajo mi ropa. No se supone que él deba estar aquí, ¿qué pensará al verme? ¿Que soy un flojo al que no le gusta ducharse? ¿Que los rumores de que no me ducho son ciertos? Uh, espero que no haya oído esos rumores, sería aún más vergonzoso. Cuando estoy frente a la puerta me tomo unos segundos para agarrar valentía y olfateo mi ropa para verificar que no estoy tan mal, pero el olor a sudor inunda toda mi nariz haciendo que haga un gesto de asco. Dios, qué pena doy.

Abro la puerta y no sé si es para mi fortuna o para mi desgracia, pero encuentro a Jean del otro lado. No ha leído mis mensajes de WhatsApp ni tampoco se unió a nuestra videollamada porque tenía entrenamiento en el gimnasio, así que me saca de orbita verlo aquí.

Él ni siquiera espera a que abra la puerta en su totalidad porque ya está entrando como Pedro por su casa. Cierro la puerta detrás de nosotros, confundido, ¿qué se supone que hace aquí?

—¿Qué haces aquí? —pregunto, caminando hacia él.

Jean me sonríe sin gracia.

—También estoy feliz de verte, ya sabes, mi pasatiempo favorito es entrar a las casas de las personas, es un fetiche raro, me pone, como a ti te pone las personas que se duchan —dice con sarcasmo—. Obviamente vine a verte idio... —Se calla cuando ve a mi mamá—. Vine a ver a mi mejor amigo —se corrige—. Hola señora M. Traje comida.

Levanta su mano señalando una pequeña bolsa negra y mi mamá no tarda en sonreírle con dulzura. A los ojos de ella, él es un amigo ejemplar, a los míos, el peor de todos.

—Tú siempre siendo un amor, déjalo en la mesa, gracias.

Ti siimpri siindi in imir.

Jean deja lo que ha traído sobre la mesa y, apenas mi mamá se da la vuelta, lo tomo del brazo y lo arrastro conmigo hacia la cocina.

—Tienes que irte. —Sueno un poco grosero, pero Edward vendrá en cualquier momento y no solo debo arreglarme, sino que no quiero que Jean vea a Edward.

No pensaba decirle del trato que tengo con mi novio falso, si no se burló de que me confundí de casillero se burlará de que le estoy pidiendo consejos de amor a uno de los chicos que aparenta no tener mucha experiencia.

—¿Tienes visita? ¿Quién aparte de mí vendría a verte?

Entrecierra sus ojos, buscando que algo de mi cara me delate, y como no soy el mejor ocultando cosas, bajo la mirada.

Con esa simple acción él termina atando cabos.

—No me jodas, viene tu novio —susurra sorprendido—. Estoy dudando sobre si me has mentido y si están saliendo en realidad. ¿Están saliendo de verdad?

No sé cuántas veces he rodado los ojos hoy, pero lo vuelvo a hacer. Si continúo de esta forma mis ojos se saldrán de su lugar, sin embargo, la situación lo amerita. ¿Por qué nadie me cree cuando digo que solo estoy haciéndole un favor y que no me gusta?

Es obvio que no me gusta, ni siquiera debería explicarlo.

Como no quiero discutir esto con él ni con nadie porque sé a la perfección lo que hay y lo que no hay entre Edward y yo, apunto la puerta con mi dedo.

—Necesito que te vayas, todavía tengo que ducharme y...

—¿Tú? ¿Ducharte? ¿En serio? —me corta al instante, incrédulo, y luego se echa a reír como si hubiese contado el mejor de los chistes—. Milagro divino, esto no pasa todos los días. Edward debe ser el chico más afortunado del mundo, te vas a bañar por él, si eso no es amor no sé qué sea. —Lleva su mano hacia su pecho fingiendo sentir ternura y cuento hasta tres para no echarlo a patadas.

—No bromeo. —Mantengo mi expresión seria para que vea que no

estoy jugando, a lo que él me mira dolido.

—¿Me estás corriendo de tu casa luego de haber tomado un autobús para poder llegar? —inquiere herido—. No puedo creerlo Andy, he viajado...

—Te pagaré.

Él cambia su expresión de enfado por una feliz.

—... bueno, pero hay excepciones en la vida, no todos los días viene tu novio, es entendible. —Asiente repetidas veces mientras camina hacia la puerta sin dejar de verme—. Igual solo iba a decirte que tuvieras cuidado con él, no sabes casi nada de Edward, al menos pregúntale sobre el malentendido, no seas un idiota que sale con el primer tonto que le da lástima. Sea cual sea la razón por la que aceptaste, asegúrate de haberlo hecho por una buena causa. —Me da una mirada llena de advertencia, y ahora yo me siento mal por correrlo de casa—. Con esto, ya van tres favores, se te están juntando Andy.

Sonríe de oreja a oreja de forma diabólica y la culpa que sentía hace unos instantes por pedirle que se vaya de mi casa disminuye hasta quedar en cero. No puedo sentirme mal por hacer que se vaya cuando él me ha hecho lo mismo. Así es nuestra amistad.

Jean se despide de mi mamá y luego de eso cierra la puerta.

Siento que los músculos de mi cuerpo se relajan y no espero más tiempo para salir corriendo hacia mi habitación y meterme a duchar. En esta ocasión Jean fue el que estaba del otro lado de la puerta, pero Edward no tardará en ser el siguiente. La broma de no bañarme es divertida cuando es conmigo y, en algunas ocasiones, con mis amigos, pero no es divertido que venga alguien a tu casa y te encuentre sucio y apestoso.

Cuando entro a la ducha me apresuro a quitarme toda la ropa y a lavar cada parte de mi cuerpo, no es como si Edward vaya a revisar si me he bañado bien o no, pero prefiero oler bien hasta en el culo. Una vez que termino, me cambio por una ropa más decente: un suéter negro largo con una imagen de mi anime favorito y unos pantalones negros. Ordeno mi cabello en distintos peinados, no obstante, todos se me ven fatales, por lo que solo lo dejo tal como estaba al inicio, me echo un poco de desodorante y perfume, y listo. No sé por qué le estoy dando tanta importancia a cómo me veo, Edward puede verme hasta en bóxer y no creo que piense algo malo de mi aspecto. Aunque ese es un horrible ejemplo.

Miro el reloj que está en la pared y me siento más tranquilo de estar media hora listo, no hubiese soportado que Edward me viera como si un carro me hubiera pasado encima, sobre todo cuando él se puede ver como el chico guapo que me atropelló. Salgo de mi habitación y cuando bajo las primeras escaleras escucho la voz de mi

mamá con la de alguien más. Oh no.

Brinco las escaleras de dos en dos para bajar más rápido y casi tropiezo cuando reconozco la voz de la otra persona. Podía estar muerto, pero el tono ronco con el que Edward pronuncia las palabras podría hasta revivirme.

Edward sí terminó siendo la clase de chico que llega mucho más temprano que la hora acordada. Al menos no vino una hora antes, porque me hubiera encontrado en condiciones un poco traumáticas.

—Buenas tardes —lo escucho decir tan amable como siempre—. No sabía dónde conseguir una gallina, entonces hice una. Respeto mucho su religión, amo a los animales, así que amo la manera en la que ustedes respetan su vida.

«Oh. Por. Dios».

Díganme que no es en serio. Díganme que no está hablando frente a mi mamá de la religión que inventé y de la cual ya ni recuerdo. Digo muchas estupideces en el día, ¿cómo podría acordarme de todas?

—¿Religión? —pregunta mi mamá sin comprender nada de lo que Edward le está diciendo, y ahí es cuando la presión me baja. Mierda, la maldita religión inventada de las cabras. ¿O eran tortugas?

Antes de que descubran mi pequeña mentira, camino con prisa para llegar a la entrada y me meto en su conversación.

—Sí, mamá, nuestra religión. —Fuerzo una pequeña sonrisa para que ella note que debe seguirme la corriente. Ni siquiera me atrevo a ver a Edward porque apuesto que la cagaré si lo hago.

La mirada confundida de mi mamá pasa a una de «¿y sigues mintiendo, pinocho?», pero al final imita mi acción y le sonríe a Edward.

—Ah, sí, sí, el señor de las aves te bendiga hijo. —Se inclina un poco, haciendo una reverencia, y frunzo mis labios para no echarme a reír—. Pasa, estás en tu casa, hermano.

Lo invita a pasar y cuando Edward pone un pie en mi casa casi se me cae la mandíbula. Cuando las chicas dicen que él es apuesto no lo dicen solo porque se ve bien con el uniforme, también lo dicen porque se ve más que bien con ropa casual. Él tiene una playera de cuello alto de color negro, un saco gris largo que le llega un poco más abajo de las rodillas y unos pantalones color arena. Sus manos están dentro de sus bolsillos, dándole un toque más misterioso, y su cabello no está peinado como usualmente lo está en la escuela, en esta ocasión lo tiene desordenado, y solo puedo decir lo siguiente: ¿cómo es que hay personas de mi edad que se ven tan bien y cómo es que hay personas como yo que nos vemos tan... tan yo? No sé si sentir envidia o más envidia.

Edward me echa una mirada de arriba abajo durante unos segundos hasta que sus ojos se detienen en mi rostro y me da una

pequeña sonrisa ladina.

«Ayuda, me acaba de mirar y sonreír como si yo fuese atractivo, ayuda, aló, policía».

Me quedo petrificado en mi lugar, y si no es porque mi mamá carraspea ni siquiera recuerdo que está con nosotros. Regreso la mirada hacia ella para no seguir viendo a Edward.

—Mamá, te presento a Edward; él es mi... —me callo mientras pienso en cómo llamarlo. ¿Cómo se supone que llame a nuestra no relación?—... Uhm, amigo, novio falso, ya sabes.

Ella también lo analiza unos segundos, y no quiero ser Edward en estos momentos, porque la mirada que mi mamá le da es aterrorizante. Es la mirada de «¿eres un narcotraficante que intenta venderle cosas a mi hijo o eres la víctima de mi hijo?».

Trato de golpearla disimuladamente en el brazo para que deje de mirarlo de ese modo, pero luego Mariel le regala una sonrisa amplia que es incluso más terrorífica que su mirada.

—¿Cómo es que alguien tan guapo sale con mi hijo? —inquiere, emocionada—. ¡Qué lindo eres! Se parece a uno de esos chicos que tienes pegados en tu habitación, ¿verdad Andy?

Dios, mamá, ¿cómo se te ocurre mencionar que tengo pegado a un chico parecido a Edward en mi pared? No me exhibas de esa forma.

—Es Victor Nikiforov, de un anime, mamá —aclaro sin dejar de sentirme avergonzado—. Y gracias, mi autoestima está en el suelo ahora. —Arrugo la frente y mi mamá se ríe porque sabe que no es cierto, ella es de las pocas que, o me hace *bullying,* o me miente diciendo que soy lindo.

Todo es risas hasta que Edward se atreve a decir:

—No creo que haya alguien más lindo que Andy. Yo soy el que se pregunta cómo es que su hijo sale conmigo.

Mi mamá se queda con la boca abierta.

Yo me quedo en modo «no hay sistema».

A Juan seguro se le cayeron las plumas de la impresión.

Y Edward mantiene esa sonrisa de chico lindo sin darse cuenta del impacto que han tenido sus palabras.

Dios, si él sigue comportándose de esa manera las personas en serio creerán que le gusto y que tenemos algo real.

Nos quedamos en un pequeño silencio incómodo, o al menos incómodo de mi parte, porque Edward se ve como si no hubiera dicho nada y mi mamá aún está procesando lo que acaba de oír. Me obligo a mí mismo a no perder la cordura y, no sé cómo, pero el Andy anfitrión toma posesión de mi cuerpo y le hace una seña a Edward para que pase a la sala de estar. Él le vuelve a sonreír a mi mamá y hace caso a mis indicaciones sin decir nada.

Cuando estoy a punto de seguirlo, mi mamá me toma del brazo.

—Andy, ¿seguro que es una relación falsa? —pregunta sin siquiera intentar ser menos directa—. Si tienes algo que decirme...

—Mamá, te juro que es falso —la interrumpo de inmediato—. Solo que me olvidé mencionarle que tú ya sabes, tal vez es eso, no sé, a veces le pica un mosquito y dice ese tipo de cosas, así es él.

Rasco mi nuca y mi mamá sigue sin quitar esa mirada cargada de duda. Inflo las mejillas, ¿de verdad va a dudar de mí y de mis palabras ahora?

—¿Y qué religión tenemos ahora? —bromea cambiando de tema al notar mi incomodidad, y quiero matarme por eso. Nueva broma que me perseguirá por el resto de la vida.

—Solo sígueme la corriente si pregunta, veré tus novelas turcas contigo —no sé por qué le he mencionado lo último si ella iba a aceptar sin necesidad de ofrecerle nada a cambio. Ahora he cavado mi propia tumba. Permiso, iré a esconderme debajo de un puente.

Ella sonríe como el gato de *Alicia en el país de las maravillas*.

—Estaré arriba —avisa y asiento.

La veo subir las escaleras y tomo unos respiros antes de ir hacia la sala con Edward. Me pone un poco tenso que tengamos que practicar lo de Heather, no creo estar preparado para lo que sea que me ponga a hacer, lo único de lo que estoy seguro es de que serán los minutos más incómodos de mi vida.

Una vez que me siento listo, voy hacia la sala. Él está sentado en uno de los sillones, aún tiene sus manos dentro de los bolsillos del saco y mantiene su mirada en el suelo, haciendo que su cabello se vea todavía más desordenado. Edward parece escuchar mis pasos porque alza la cabeza hacia mi dirección y me da una mirada muy intensa que me pone los pelos de punta.

Aclaro mi garganta.

—No necesitas decir el tipo de cosas que dijiste —intento buscar un tema de conversación—, mi mamá sabe que nuestra relación es falsa, no tienes que fingir.

Me acerco al sillón que está frente a él y tomo asiento.

—No estaba fingiendo.

Niega, así sin más. Si hubiera estado bebiendo agua o alguna otra bebida seguro la escupía y me salía hasta por la nariz.

—Qué gracioso eres. —Me río sin saber qué decirle, pero como él no lo hace, me callo. Esto es un *poco-bastante* incómodo—. ¿Quieres algo de beber?

—Por favor —acepta y vuelvo a ponerme de pie, pero antes de que dé un paso él vuelve a hablar—. No sabía qué tipo de ave traer —comenta apenado, y no sé de qué habla hasta que saca una pequeña figura de manera de una gallina de su bolsillo—. Como mencionaste que tenías un gallo decidí traerte una gallina, no sabía dónde

encontrar una a esa hora, así que la hice yo mismo, espero que sea suficiente.

En sus ojos puedo ver que realmente está angustiado por «ser suficiente» y el corazón se me encoge. ¿Dijo que la hizo él mismo? ¿Se puede ser más amable y dulce? ¿De verdad se atrevió a hacerla? Dios, ¿por qué haces personas tan buenas como él y haces personas tan malas como yo? Literalmente le he mentido y él se ha acordado de mis palabras y hasta la hizo él mismo. Me va a dar diabetes de lo lindo que es.

—Gracias Edward, es hermoso, a Juan le gustará tener compañía. —Sonrío mostrando los dientes y su expresión nerviosa cambia a una más calmada.

Guardo la figura de madera en la bolsa de mi suéter y me disculpo un momento con él para ir hacia la cocina y servirle algo de beber. No me sirvo algo a mí porque seguro me hago pis de los nervios, ya estoy bastante nervioso como para hacer que el agua termine por joderme. Tomo el vaso de jugo y se lo llevo, a lo que él lo recibe rozando nuestras manos.

Aparto la mía con rapidez una vez que ha agarrado el vaso.

—Perdón por dejarte así en la escuela —se disculpa y no comprendo sus palabras. Parece que entiende la expresión de mi rostro, porque se explica—: No me despedí ni te esperé porque creí que sería mejor si no te veían conmigo, fue duro al inicio, ¿no?

Niego con la cabeza, mintiendo otra vez. Me sentí asfixiado, pero sabía desde el inicio lo que podía pasar, no lo razoné hasta que estaba agarrándole la mano frente a todos, sin embargo, sabía que las cosas no serían bonitas, no es culpa de él.

—Solo es cuestión de tiempo para que me acostumbre. Así que no tengo problema con que nos vean juntos, ese es el punto de esta relación —le recuerdo.

Edward escudriña mi rostro en busca de algo que le diga que no estoy bien con esto y, a diferencia de las otras veces, ahora sí que le sostengo la mirada.

—¿Te parece si iniciamos ya? —pregunta, cauteloso. Doy un asentimiento con la cabeza que hace que continúe—. Háblame como si fuera Heather.

Parpadeo. ¿Qué haga qué?

—¿Qué?

—Que me hables como si fuera Heather —repite—. Vine para ayudarte con ella, ¿lo olvidaste?

Él coloca su pierna encima de la otra, apoya su codo sobre su muslo y recarga su mentón con su mano. Me regala una mirada cargada de diversión. Ahora es cuando recuerdo lo mucho que le entretiene observar a las personas, supongo que en este momento soy

su mayor entretenimiento. Ugh.

—No, solo... es repentino. ¿Ahora?

Asiente y no sé qué decir.

No puedo imaginármelo como Heather ni porque me esfuerce. Son diferentes en todo sentido, él es alto y ella es más pequeña, él tiene ojos verdes y Heather ojos azules, él no me gusta y ella sí. No puedo engañar a mi cabeza e imaginármelo de diferente manera.

Aunque sí tienen algo en común: ambos tienen una personalidad muy parecida. Los dos son amables y te tratan de linda manera, aunque no te conozcan. De hecho, lo que hizo que me gustara Heather fue su amabilidad. Omitiendo eso, ambos son distintos, es imposible imaginarme a Edward como Heather, sin embargo, puedo intentarlo. Inhalo con fuerza.

—Hola —digo, sintiéndome nervioso porque Edward no deja de verme.

«Piensa que tiene ojos azules».

«Piensa que tiene ojos azules».

Me repito, pero sigo sin sacar de mi cabeza un par de ojos verdes. Esto es más difícil de lo que creí.

—Hola —responde con una sonrisa.

Y me quedo petrificado.

No sé qué más hacer. Soy consciente de que, la mayor parte del tiempo, soy alguien que improvisa bien, nunca he tenido problemas para mentir o fingir, pero todas esas improvisaciones son estupideces, estupideces que me salen de forma natural, no pensándolas de más. Paso saliva por mi garganta mientras miro cómo Edward se relame los labios. Desvío la mirada hacia otro lado.

—¿Y qué más? —me anima a seguir—. Intenta con una pregunta, así tendrás su atención.

Murmuro un «sí», aún sin poder sostenerle la mirada. Esto es demasiado vergonzoso.

—Hola, ¿ya comiste? —formulo la pregunta con lo primero que se me viene a la cabeza y siento que no ha sido la mejor forma de empezar una conversación—. No digo que lo necesites o que comes mucho, estás bien así, o sea, puedes comer lo que quieras cuando quieras y en la cantidad que quieras, ¿quieres comerme? No, espera, ¿quieres comer conmigo? —Mis mejillas no tardan en tornarse rojas. Soy un asco en esto.

Él se aclara la garganta repetidas veces, como si no quisiera reírse de mí.

—Eso ha sido un buen primer intento —me miente de forma descarada. Suelto un suspiro, cansado. Esto no está funcionando—. Inténtalo de nuevo.

—¡¿De nuevo?! —pregunto con los ojos más que abiertos a la vez

que regreso mi vista a él—. No, por favor, esto es una tortura. No voy a hacer esto otra vez, no quiero —me quejo.

Estoy comportándome de manera infantil, lo sé, el problema es que no puedo fingir con Edward, mucho menos cuando su sola presencia me pone a temblar de los nervios. Y, más allá de eso, la sola situación es incómoda y vergonzosa.

—¿Por qué es complicado? —curiosea, elevando una de sus cejas.

—Porque eres tú —suelto, tenso—. No puedo verte como Heather, es un poco… No lo sé. Me da vergüenza.

—¿Quieres que nos conozcamos un poco? —sugiere, y no comprendo la relación que hay entre su sugerencia y lo que estoy sintiendo—. Tal vez te sientes así porque aún no confías en mí.

—Por favor —accedo, sintiendo mi cuerpo más relajado.

—Tú pregunta y yo respondo.

—¿Cuándo es tu cumpleaños? —le pregunto lo más básico.

—Treinta de enero —responde—. ¿Y el tuyo?

—Diecinueve de junio. ¿Integrantes de tu familia?

—Mis papás y un perro. ¿Tú? —asiento sin querer sonar como un acosador y decir «sí, lo he visto en tu Instagram, qué perro tan lindo, lo amo».

—Mis papás, una hermanastra, una madrastra y un gallo. —«La familia más disfuncional del planeta», pienso—. ¿Qué quieres estudiar en la universidad?

Él piensa en su respuesta unos segundos y dentro de mí ya sé qué es lo que va a responder.

—Algo que tenga que ver con letras. Quiero ser escritor —sonrío al oírlo, sabía que eso es lo que iba a decir—. Me gusta leer, pero también quiero escribir mis propios libros. ¿Qué hay de ti?

Me mira interesado y aquí es donde me siento mal. No tengo mi vida planeada después de graduarme, no hay nada que me guste ni nada en lo que sea bueno.

—No lo sé, si soy sincero no pienso llegar tan lejos. —Me encojo de hombros sin darle tanta importancia—. ¿Qué tipo de libros escribirías?

—De romance.

Su respuesta fue casi inmediata.

—Un escritor de romance —murmuro para mí mismo—. Me gusta, tienes pinta de ser la clase de persona que escribiría eso —lo halago sin tratar que suene como uno y Edward sonríe un poco—. ¿Ya has escrito algo? ¿Puedo leer?

No me gusta leer, ni siquiera sé por qué me he ofrecido si no soy capaz de leer ni las instrucciones de algún juego, sin embargo, saber que a mi alrededor hay un escritor me motiva a hacerlo. De verdad me gustaría saber qué es lo que escribe Edward. Él puede escribir sobre

matemáticas y yo lo leería. O haría el intento.

—No es tan bueno —menciona apenado y baja la cabeza—. Aún me da algo de vergüenza mostrarle a los demás lo que escribo, perdón.

Frunzo mi ceño al oírlo, ¿vergüenza? Vergüenza no ducharse y gritarlo a todo el mundo, ¿por qué se siente avergonzado de hacer algo tan lindo como escribir? Yo no conecto ni dos neuronas cuando intento hacerlo.

—No deberías sentir pena por escribir, deberías sentirte orgulloso, escribir no es algo sencillo, necesitas tener mucha imaginación y mucha pasión para hacer eso —lo animo esperando que mis palabras hagan algo de efecto en él, y por la gran sonrisa que me da puedo decir que ha sido un éxito—. Cuando termines de escribir tu libro me gustaría leerlo, no soy fanático de los libros, pero podría intentarlo. Así que ya tienes un lector, si matas a alguien nuestra relación se termina, es una amenaza, *Eduardo* —bromeo—, y si ya no estamos juntos no me importa, hago que me pidas ser tu novio de nuevo solo para terminarte.

Mi amenaza le saca una gran carcajada que me hace sonreír. Me alegra que mis estupideces lo hagan reír, aunque sea un poco.

—Voy a tenerlo en cuenta.

Mi sonrisa se ensancha.

—Deberías entrar al club del periódico —aconsejo, recordando a Irán.

—Me gustaría —se sincera y hace una mueca—, pero las inscripciones fueron hace meses. Dudo que el maestro me dé una oportunidad ahora.

«No si tienes como novio al «hijastro» de Irán».

A excepciones de situaciones desesperantes como mi casi-muerte, jamás he sido la clase de persona que le pide algo al novio de su mamá, mucho menos si consideramos que es mi maestro. Es un pacto que hice conmigo mismo, no voy a pedirle nada a la persona que podría reprocharme de ello si llega a terminar con mi madre, además, no quiero ser una molestia que puede interponerse en su relación. A pesar de regirme por esa lógica, supongo que nunca está de más poder romperla. Podría hacerlo por Edward.

—Ya lo veremos —contesto.

—¿De acuerdo? —menciona, confundido. Se acomoda en su siento y bebo un poco del agua que le di—. Es mi turno de preguntar —avisa y asiento para que lance la pregunta—. ¿Por qué te gusta Heather?

Parpadeo un par de veces para digerir lo que ha preguntado. Esperaba cualquier tipo de pregunta, pero no pensé que justo él haría esa pregunta.

Pienso en mi respuesta por un momento.

—Porque es la chica más amable y dulce del mundo —contesto.

Recuerdo la primera vez que nos conocimos y no puedo evitar sonreír por ese pensamiento—. No lo sé, es muy amable, demasiado, te sorprendería lo bondadosa que puede ser. Tiene una sonrisa hermosa y sus ojos son los más bonitos que he visto en mi vida. Me gusta de verdad, ella es perfecta.

Si hay una palabra que pueda definir a Heather es perfección. Ella es lo más cercano a eso y no exagero. Es increíble. Cuando la veo el corazón se me desboca y todo mi cuerpo deja de funcionar, me gustaría tener un poco más de confianza en mí mismo para poder acercarme a ella sin ser un idiota y poder avanzar. La última vez que lo intenté terminé declarándome a la persona equivocada, espero que esta vez, con los consejos de Edward, pueda hacerlo de forma correcta.

Él solo se mantiene callado y con la mirada en sus zapatos.

Como no sé qué más decir, le pregunto lo mismo, pero de diferente manera.

—¿Y a ti te gusta alguien?

Parece que mi pregunta le ha afectado porque abre sus ojos sobremanera. Uy, al parecer sí puede haber alguien, ahora tengo curiosidad de saber quién es.

—No. Supongo que el amor no es para todos.

Lo veo jugar con los dedos de sus manos tal como yo lo hago cuando me pongo un poco nervioso y decido animarlo a hablar, tal vez todavía no siente tanta confianza como para confesar esa clase de cosas.

—Debe haber alguien —menciono, animado—. ¿No hay una persona que te haga sentir como bobo y que haga que tu corazón vaya a toda prisa cuando la ves?

Al fin consigo que levante la cabeza y que me mire.

—Probablemente, no lo sé. —Muerde su labio inferior y yo alzo una de mis cejas sin poder creer que no sepa si le gusta o no esa persona.

—¿Cómo es que escribes romance pero no sabes si te gusta una persona? —intento no sonar incrédulo, pero el tono de mi voz me ha delatado.

Edward me da una sonrisa forzada.

—Escribo sobre romances trágicos.

—Oh. —Arrugo la nariz, sin saber qué significa eso con exactitud —. ¿Como amores no correspondidos?

Agacha la mirada otra vez.

—Sí, como amores no correspondidos.

Lo veo pasar saliva y ahora me siento mal por haberle preguntado si le gusta alguien. Dios, ahora esto se ha puesto muy incómodo, sé que la cago cada vez que respiro, pero no sabía que podía ser un tema

delicado para él. Miro hacia el techo en busca de algún tema de conversación que pueda romper el hielo de este momento, no obstante, mi cabeza se ha puesto en blanco y no se me ocurre nada.

—¿Qué sabes de las citas? —me pregunta de la nada y hundo mis cejas.

—Nunca he ido a una.

Volteo a verlo y me encuentro con que Edward ya estaba viéndome. Su expresión se ve más relajada y parece que el momento incómodo ya pasó. Es un alivio, de lo contrario no habría sabido cómo seguir manejando la situación.

—Tengamos una después de clases el lunes, ¿te parece bien iniciar con eso? —sugiere y me quedo estupefacto al escuchar su propuesta.

Espera, ¿una cita? ¿Como novios de verdad? ¿Salir de verdad? ¿Él y yo?

—¿Una cita?

Asiente.

—Sí, una falsa, ¿cómo piensas invitarla a una cita si nunca has tenido una?

Tiene un punto. Él es mejor de lo que creí en esto de las relaciones.

—Entonces tengamos una cita falsa. —Le sonrío y Edward me devuelve el gesto.

Nuestras miradas se conectan y, como si sus ojos fuesen alguna clase de imán, no puedo apartar mis ojos de los suyos, no cuando me mira de esa forma. Lamo mis labios al sentirlos secos y Edward baja su vista a ellos haciendo que sienta una presión extraña en el pecho. Él abre la boca para decir algo, pero en eso, su celular vibra.

Miro hacia otro lado, ignorando por completo lo que acaba de pasar. ¿Por qué miró mis labios y por qué me gustó que lo hiciera?

—Lo siento, era mi papá, me tengo que ir —anuncia tomando sus cosas, y me levanto para acompañarlo a la puerta—. ¿Entonces tenemos una cita?

Pregunta con un poco de emoción y asiento tratando de ocultar una sonrisa. Se levanta de su lugar y ambos caminamos hacia la puerta principal sin decir más.

—Te llamo más tarde —le aviso cuando ya está del otro lado de la puerta.

—Estaré esperando. —Sonríe—. Tenemos una cita, no lo olvides, te lo recordaré a cada rato, ¡y no es broma!

Me río porque ya puedo imaginarlo enviándome mensajes a cada hora. Me despido de él y, cuando Edward se va, cierro la puerta. Llevo mi mano al bolsillo de mi suéter y junto las cejas al sentir algo áspero. Saco lo que sea que tenga esa textura y me doy cuenta de que he dejado ahí la figura de madera que ha hecho Edward. Es la primera vez que me regalan algo y que me invitan a una cita, sé que es falsa y

también que el regalo es casi obligado porque me he inventado una religión, pero ambas cosas me parecen tiernas y hacen que sienta una calidez en el pecho. Sin darme cuenta le estoy sonriendo al regalo que me dio Edward.

—Relación falsa le dicen ahora —menciona mi mamá pasando a mi lado y borro mi sonrisa de inmediato.

Es obvio que es falso.

07: Edward Cullen no me claves los colmillos

—Imagina que hay un amable pajarito que te pide que seas su novio, pero tú estás enamorado de una hermosa gallinita, pero eres idiota y no eres bueno para acercarte a ella así que aceptas ser el novio del pajarito con la condición de que él te ayudará a conquistar a la gallinita. ¿Del uno al diez, qué tan estúpido fuiste al aceptar esa propuesta y por qué diez?

Juan solo mueve su cabeza de lado a lado y me ve como si estuviese loco. Y la verdad es que yo también creo que lo estoy, después de todo no es tan normal hablarle de tus problemas amorosos a un gallo y tampoco lo es esperar a que él te dé una respuesta. En mi defensa no sé a quién más contarle de mis problemas, mi mamá y Jean no cuentan, ellos dirían algo que haga que me arrepienta de haberles preguntado, así que solo me queda Juan, y eso es bueno porque él no puede hablar y decirme que soy un idiota.

Punto para mí.

Aunque lo anterior es una verdad que hasta las cucarachas deben saber, eso es obvio. No me sorprendería que mi estupidez sea el tema de conversación de cualquier animal todas las mañanas, imagino a las ratas reuniéndose en el basurero para chismosear sobre mí, algo tipo:

Rata uno: ¿Ya te enteraste de la estupidez que hizo Andy?

Rata dos: ¿Cuál de todas sus estupideces? Ese tonto no aprende.

Rata uno: El imbécil se confundió de casillero y se declaró al homofóbico y por querer solucionar las cosas ahora tiene novio.

Rata dos: Ándale, por andar descalzo.

Me río con ese estúpido pensamiento, cualquier persona que me viera dudaría de mi salud mental. Si Juan pudiera hablar también diría algo parecido, algo como «en primer lugar, yo no necesito ayuda de un pajarito para conseguir una gallina, ellas vienen a mí con solo respirar, y, en segundo lugar, estás lo que le sigue de estúpido. Por favor, sáquenme de aquí, estoy parpadeando por ayuda, prefiero ser un caldo que seguir escuchándolo, auxilio, sigo parpadeando».

No sé si los gallos puedan parpadear, y eso es lo de menos, mi ejemplo se entiende, tampoco tengo pruebas de que diría algo así, pero apuesto todo a que él diría eso, en especial la parte en la que me insulta. Si él pudiera me diría hasta la causa de mi muerte que casualmente sería por su pico en mi yugular por todas las veces que

me olvidé de darle de comer, y ahora que lo analizo bien, soy un pésimo dueño. ¿Cómo podría recordar que tengo que alimentar a alguien más si apenas recuerdo que yo tengo que alimentarme? Para la fortuna de Juan (y la mía), Mariel siempre le da de comer porque sabe que soy olvidadizo.

Solo por hoy he venido a darle de comer, y eso porque me puse una alarma, si no lo hubiera hecho probablemente lo hubiera olvidado. Menos mal que no me olvidé de poner la bendita alarma.

—Tienes razón, yo también creo que fui muy tonto al aceptar.

Tomo el silencio de Juan como una afirmación y suelto un suspiro por lo ridículo que estoy siendo ahora mismo al hablar con mi gallo. Cierro la pequeña puerta de madera de su casa y camino hacia a la mía, él vive en el patio trasero, no hay espacio para tenerlo dentro, pero es un gallo consentido, vive en mejores condiciones que yo, eso es seguro. Aún me pregunto cómo es que mi mamá no me ha sacado de mi habitación para dársela a Juan, porque, entre los dos, sé que su favorito no soy yo.

Una vez que estoy dentro, tomo la mochila que dejé en la sala y también agarro mi celular. Le echo un vistazo a la pantalla y me topo con dos mensajes de Edward, el primero dice: «Cita hoy, no lo olvides».

Una pequeña sonrisa se me escapa. ¿Cómo iba a olvidarlo si estuvo recordándomelo todo el domingo? Cuando dijo que iba a recordarlo a cada hora no creí que fuera en serio, creía que estaba bromeando, pero la palabra «broma» parece no estar en su vocabulario.

De todas maneras, debí suponerlo porque él dijo que no era broma, pero ¿cómo iba a saber que no decía de broma el «no era broma»? Soy estúpido, tienen que ser más claros conmigo, que no capto a la primera, ni a la segunda, ni a la tercera ni… bueno, nunca.

El segundo mensaje hace mención de que ya está fuera de mi casa seguido de la carita feliz que siempre pone. Edward me preguntó ayer en la noche si estoy de acuerdo con que me recoja para ir juntos a la escuela y acepté. La oportunidad de dejar de estar atrapado entre un montón de gente en el autobús estuvo frente a mis narices y la tomé sin dudar.

Salgo de la casa, no sin antes asegurarme de que la he cerrado con llave. Mamá ha salido temprano porque —redoble de tambores— tiene una entrevista de trabajo. Después de buscar durante tantos días, pudo encontrar una vacante disponible en el nuevo restaurante que han inaugurado hace pocas semanas. Nunca la había visto tan emocionada desde el día que dejó su antiguo trabajo y la razón es obvia, trabajaba muchas horas y no le pagaban lo suficiente, ella no estudió gastronomía mientras cuidaba a un Andy en pañales para que le pagaran una miseria. Es por ello por lo que estoy feliz de que haya

encontrado un puesto libre, espero que sí lo consiga.

Cuando estoy afuera veo el auto de Edward aparcado frente a mi casa, está apoyado en este mientras mira su celular, todos los mechones de cabello caen por su frente y, a diferencia de otros días, no lleva la corbata, por lo que los primeros botones de su camisa no están abotonados.

Él alza la mirada hacia mi dirección y esboza una sonrisa cuando me ve.

¿Cómo hace para verse bien tan temprano? Creo que es una pregunta que me hago a menudo, pero de verdad quiero saber cómo lo hace, ¿sus papás lo hicieron con mucho amor? Si es así, los míos debieron haberse odiado.

Edward luce como uno de esos tipos que ves en la calle y dices «guau, ¿te escapaste de TikTok?». Yo, por otro lado, soy de los que ves y dices «guau, ¿te escapaste del cementerio?». Tengo cara de muerto, de uno que estaba muy feliz en la tumba hasta que le dijeron que tenía que vivir de nuevo.

Le devuelvo la sonrisa, aunque ha sido más una mueca. Es demasiado temprano para intentar ser amable cuando lo único que quiero es regresar a la comodidad de mi cama y dormir todo el día.

Me acerco al auto y Edward da la vuelta para poder entrar, no sé si debo pedirle permiso para ingresar o algo así, hace mucho que no me subo al auto de algún conocido, todos mis amigos no usan, así que no sé si hay algún protocolo como las etiquetas de educación en la mesa. ¿Se supone que debo tocar la puerta y esperar a que me abra? ¿O solo abrir y ya? Por Dios, solo es subirme a su auto, no voy a subirme encima de él ni nada por el estilo, no sé por qué le doy tantas vueltas.

Al final termino abriendo la puerta del copiloto y gracias al cielo esta está abierta, así que lo tomo como un «he dejado abierto para que entres, no necesitas pedirme permiso, es más, te regalo mi auto si me lo pides». Lo he pensado escuchando la voz de Edward porque él diría algo como eso, es una *masita*.

—Gracias por llevarme a la escuela. —Es lo primero que digo apenas entro. No sé sobre etiquetas de cómo comportarme en el auto de otra persona, pero no necesito saberlas para saber que debo agradecerle.

¿O primero debí decirle buenos días? Ay, esto es tan frustrante.

Veo que se pone el cinturón de seguridad y como no quiero quedar como un irresponsable ciudadano que no valora su vida ni la de los demás imito su acción.

—Paso cerca de aquí, así que no hay problema. —Su voz suena más animada de lo normal, eso es bueno. Él olfatea un poco y arruga la nariz, no entiendo qué hay de malo hasta que dice—: Huele a... ¿pájaro?

El maldito de Juan. Por un demonio, lo que faltaba.

¿Los gallos huelen a algo?

Giro la cabeza hacia la ventana para que no note que me siento avergonzado, aunque si ve mis orejas verá que estoy apenado. Juan, su casa y su comida han dejado su olor en toda mi ropa, sabía que era una mala idea entrar con el uniforme, ahora huelo a lo que sea que huelen las aves. Edward va a creer que no me baño, no puede ser.

«Piensa, Andy, di algo, muérete, no sé, pero haz algo». Me regaño mientras pongo mi cerebro a trabajar para responderle.

—En nuestra religión solemos frotarnos con las aves antes de salir para tener buena suerte —le explico para que no crea que soy cochino solo porque sí—. Es como un amuleto, ya sabes, entre más hueles a gallo más posibilidades tienes de tener un buen día, lo dice en la biblia jaegerista, capítulo uno, versículo tres.

Me quedo en silencio porque no soporto lo ridículo que me veo al decir eso, es decir, ¿por qué no solo cambié de conversación o le dije que le he dado de comer a mi gallo? Me gusta hacerme quedar en ridículo frente a él y frente a todo el mundo, no es tan difícil usar la cabeza, pero yo me complico la existencia entera, necesito pensar en mejores excusas y dejar de inventar cosas de una religión inexistente o me tomarán por loco un día de estos.

—¿Y la pluma para qué es? —Siento cómo él toma algo de mi suéter y quiero meter la cabeza en alguna parte para dejar de quedar en ridículo cuando veo la pluma café. Nunca entro a la casa de Juan, pero justo hoy, justo el día en el que Edward me lleva a la escuela, tuve que hacerlo. Odio esto.

Muerdo mi mejilla interna para contener otra de las tantas mentiras que se me ocurren. Suficiente vergüenza ajena como para seguir.

—Debió haberse quedado en mi ropa después de hacer… lo que hice —doy la respuesta más lógica que hay en mi cabeza—, no lo sé.

Trato de restarle interés, a lo que él asiente con la cabeza, como si quisiera decirme que entiende a la perfección de lo que le hablo cuando en realidad no sabe nada. Lo sé porque eso es lo mismo que hago en clases de Matemáticas. En plan, asiento mientras veo el pizarrón y así los demás creerán que he captado y que soy demasiado inteligente cuando por dentro digo, «ya veo, no entiendo nada».

El auto comienza a moverse dándome a entender que ya ha arrancado. Me acomodo en el asiento y veo hacia mis manos, sin articular alguna palabra más. Me he avergonzado lo suficiente como para seguir haciéndolo. Valoro lo poco que me queda de dignidad.

El silencio que hay me resulta un poco incómodo, sobre todo porque nunca me ha gustado ir en el autobús sin escuchar música, es una parte fundamental para iniciar mi día de la mejor manera, pero

creo que sería grosero de mi parte si saco los audífonos y hago como si no estuviera conmigo. Decido imaginar que una canción está sonando, pero mi imaginación no es suficiente. Frunzo mis labios.

—¿Quieres poner algo de música? —me pregunta viéndome de reojo, y no puedo creer que haya adivinado mis pensamientos. Oh, Dios, ¿y si él es capaz de leer los pensamientos? ¿Sabrá que lo he llamado guapo en varias ocasiones? Espero que no.

Le sonrío en grande, agradecido, y no dudo en sacar mi celular de mi bolsillo para conectarlo a la bocina de su auto. Busco mi *playlist* favorita en Spotify y la reproduzco. Una de las canciones de The Neighbourhood comienza a sonar y tarareo en bajito mientras veo por la ventana.

—*Pretty boy*.

Menciona de la nada y me paralizo. «¿A quién le dice «chico bonito»? ¿Otra vez le andan picando mosquitos?».

—¿Qué?

Giro la cabeza para poder verlo a la cara.

—El nombre de la canción —aclara, y ahora me siento como un estúpido al no haber captado—. Escuché sus canciones porque quería saber cómo es tu música favorita.

Edward mantiene la vista en el camino y yo la mantengo en él. Cambio mi expresión confusa por una más incrédula, ¿se ha escuchado las canciones de mi grupo favorito? Y, aparte de eso, ¿sabe cómo se llaman? Yo todavía no distingo las canciones de su cantante favorito, y eso que las escuché hace poco, además, él no tenía que oír mi música.

—Mientras te tenga a ti voy a estar bien. —Sonríe, moviendo su cabeza suavemente al ritmo de la música, y yo me quedo boquiabierto por lo que acaba de decir—. La letra es linda, me gusta.

«Ah sí, la letra».

Toso un poco y me acomodo en mi lugar.

—Espero que te haya salido luz en los oídos luego de escuchar sus canciones —juego con él, aunque no ha sido una broma del todo, de verdad espero que le haya gustado, porque de lo contrario voy a terminar con esto. No puedo salir con alguien a quien no le gusta mi música.

—Hay mejores bandas. —Chasquea la lengua y casi se me salen los ojos al escucharlo decir esa barbaridad. Edward aprovecha que estamos en semáforo rojo y voltea a verme para reírse de mi expresión —. Es broma, fue mi venganza por dormirte con las canciones de Harry Styles, en realidad amé sus canciones, a diferencia de alguien yo sí las escuché.

Me lo echa en cara y bufo.

—Te lo dejo pasar, pero vuelves a hablar de The Neighbourhood

de esa forma y secuestro a tu perro —lo amenazo, tratando de mantener mi rostro serio, pero es imposible hacerlo cuando Edward se está riendo.

—No sabes donde vivo. —Me saca la lengua y me sorprendo un instante por esa acción, aunque no voy a negar me alegra que él comience a tener un poco más de confianza conmigo.

—Entonces te seguiré hasta tu casa y secuestraré a toda tu familia.

—Mientras no sea mi perro no me importa.

Estoy a punto de responderle, no obstante, el carro atrás de nosotros nos toca el claxon y nos suelta un par de groserías que, Dios bendito, ni mi mamá ebria se atreve a decir. Ambos nos quedamos confundidos hasta que vemos que el semáforo ya está en verde, ninguno de los dos lo había notado porque estábamos viéndonos. Sin poder evitarlo, nos echamos a reír.

Edward sigue conduciendo mientras que yo solo me concentro en las canciones, soy como el «DJ del auto». La siguiente canción que se pone es un *opening* de uno de mis animes favoritos y la cambio de inmediato porque no quiero parecer un rarito, es algo que también hago con mis amigos, ya que ellos siempre me dicen que las cambie. Sé que mis canciones pueden ser un poco extrañas, por eso solo las escucho cuando estoy en mi casa, es como mi gusto culposo.

—Si te gusta no lo cambies. —Él llama mi atención y junto mis cejas porque no comprendo lo que dice, lo ha dicho tan de repente y yo estaba metido en mis pensamientos.

Parpadeo un par de veces y analizo el contexto hasta que sus palabras comienzan a tener sentido y el asombro comienza a notarse en mi rostro. ¿No le importa que escuche ese tipo de canciones? ¿En serio?

Frunzo mis labios reteniendo una sonrisa y regreso la canción.

Lo miro de reojo esperando que haga algún gesto de horror para así cambiar la canción, pero para mi sorpresa él no lo hace, solo mueve su cabeza a la par de la música, como lo hizo la primera vez. Sinceramente jamás esperé que él disfrutara de mis canciones o que fingiera disfrutarlas. Me hace feliz que pueda ser yo sin tener que retenerme, me siento cómodo a su lado, en especial porque Edward se asegura de que yo lo esté.

Los dos nos mantenemos callados en todo el camino, solo disfrutando de mis canciones raras hasta que llegamos a nuestro destino. Cuando llegamos al estacionamiento de la escuela me repito un montón de veces que todo saldrá mejor que el viernes, ya todos deben saber que Edward sale con un chico, así que ahora nadie puede vernos sorprendidos, tal vez con horror sí, pero las miradas serán menos que las del primer día. Aunque ha pasado poco más de una semana desde que acepté ser su novio, apenas vamos cuatro días

siendo novios públicamente. No estoy del todo seguro de cómo van a reaccionar esta vez, solo espero que las nalgas no me tiemblen.

Bajamos del auto y las personas que se encontraban en el estacionamiento se nos quedan viendo, por alguna razón me siento como Bella de Crepúsculo cuando baja del auto de Edward Cullen, solo le faltan los lentes de sol a Edward y a mí me falta ser mujer, y una bonita, para que la escena sea igual, no me sorprendería si él me dice que es vampiro o algo así, es más, sería un verdadero *plot twist.* Es irónico que mi Edward se llame como ese Edward. Cuando digo «mi Edward» me refiero al Edward de este mundo, solo para aclarar.

—Solo ignóralos —Edward murmura en mi oído y la piel se me eriza por eso, ¿en qué momento llegó a mi lado?

Edward Cullen le dicen. Espero que no me clave los colmillos.

Asiento a sus palabras y él toma mi mano con la suya para comenzar a caminar juntos. Respiro unas cuantas veces tratando de calmar los latidos de mi corazón, creo que podrían pasar cincuenta años y jamás me acostumbraré a que Edward tome mi mano.

A diferencia del viernes, esta vez las personas tratan de disimular un poco la forma en la que nos miran, lo cual hace que me relaje, sabía que solo necesitan tiempo para acostumbrarse, en un par de semanas ellos ya no recordarán lo que se supone que hizo Edward y hablarán de lo lindo que es, o eso espero, porque al final de todo eso es lo que pretendemos hacer con este falso noviazgo.

Vamos directo a nuestros casilleros ignorando a todo el mundo, aunque es un poco difícil. No voy a mentir, me gustaba cuando nadie me conocía, pero esto no es tan malo, quiero decir, al menos estoy haciendo algo bueno por alguien por primera vez en mi vida, si con esto no entro al cielo, me mato. Cuando llegamos, yo voy hacia mi casillero y Edward hacia el suyo, hacia ese maldito casillero del demonio que hizo que terminara de esta forma: con un novio falso al que no pude ignorar su propuesta.

Saco las libretas de mis primeras tres clases y algunos lapiceros para poder anotar. Cierro el casillero, dándome la vuelta para poder irnos, pero Edward todavía está sacando un par de cosas. Me apoyo en mi casillero para esperarlo y, en eso, mi celular vibra repetidas veces. Hundo una de mis cejas.

Jean mi peor pesadilla

TÚ SALIENDO DEL AUTO DE EDWARD???? ES CIERTO LO QUE DICEN???

Y a todo esto, invita a Edward a comer con nosotros, quiero conocer a tu novio, no vamos a incomodarlo, lo juro, solo hablaremos de cosas vergonzosas de ti para que vea que eligió un mal novio, ya sabes, lo usual, lo que cualquier persona hace con el novio de uno de sus mejores amigos

Has bloqueado este contacto

Ruedo los ojos después de bloquearlo de WhatsApp. No necesita decirme que va a avergonzarme, sé que lo va a hacer aun si no invito a Edward a nuestra mesa. Aunque tiene razón, creo que es momento de presentarlo a mis amigos. Solo espero que no digan nada que pueda incomodarlo.

Levanto la mirada hacia Edward y veo que él ya tiene sus cosas en su mano y que está esperándome. Guardo mi celular y camino hacia su dirección para dirigirnos a la primera clase. Entonces, recuerdo la propuesta de Jean y carraspeo.

—Mis amigos quieren que comas con nosotros en el almuerzo, quieren conocerte. —Le menciono lo que Jean me dijo y veo que muerde su labio, dudoso. Supongo que no socializar durante todo un año debió traerle problemas para relacionarse con los demás, y lo comprendo—. Y yo también quiero que estés con nosotros, ellos no son malas personas, te aseguro que te caerán bien y te prometo que si dicen o hacen algo que te incomode yo seré el primero en abandonar la mesa. Pero si no quieres ir no te preocupes, no voy a presionarte, podemos comer solos los dos.

Intento animarlo para que sepa que mis amigos no van a lastimarlo y al mismo tiempo le doy la opción de rechazar la invitación si así lo quiere, no estoy seguro si he usado las palabras correctas porque siempre lo arruino cuando hablo, pero esta vez he tratado de ser un poco más como él y no tan como yo, no quiero que se sienta presionado a aceptar, pero también me gustaría que intentara a hablar con mis amigos, es un pequeño paso para que su vida vuelva a ser lo que era antes del malentendido.

La sonrisa que crece en su rostro me afirma que sí ha funcionado y siento un gran alivio cuando lo veo asentir con la cabeza. A él le falta mucho para poder hablar con los demás con la naturalidad con la que me habla a mí, pero que haya decidido dar este paso es más que suficiente.

Las primeras dos clases me las paso ignorando los intentos de Jean por hablarme, pero es un poco difícil porque las clases han sido tan aburridas que no tengo con quién distraerme. No entiendo cómo es que las personas aman entrar a clases, es muy aburrido, yo no puedo y no puedo imaginarme estudiando en la universidad, y menos cuando no sé qué es lo que voy a estudiar ni qué es lo que quiero ser. Todavía tengo algunos meses para decidirlo, así que no voy a meterme presión, no hasta que ya tenga solo un mes.

Cuando la tercera clase inicia decido desbloquear a Jean y me paso la hora entera hablando con él, al final quedamos que ellos irán a apartar una mesa en la cafetería mientras yo espero a Edward, Jean

también comprende que no debe ser sencillo para él ir a un lugar lleno de personas y que tampoco debe ser fácil convivir con ellas luego de un año de haber estado solo, así que hemos decidido darle algo de tiempo, si Edward cambia de opinión vamos a respetar su decisión.

Quiero dar un grito de satisfacción cuando la campana suena anunciando que la hora del almuerzo ha comenzado. Volteo a ver a Edward para ver si ya está listo, pero lo veo un poco decaído, tal vez se está arrepintiendo de haber aceptado. Me recuerda un poco a mí cuando no tenía amigos, por algo puedo entenderlo.

Tomo todas mis cosas y me aproximo a él para darle mi apoyo tal como me hubiera gustado que lo hicieran conmigo.

—¿Listo? —le pregunto, aguantando las ganas que tengo de poner mi mano sobre su espalda para animarlo.

Él respira hondo y me ve a los ojos.

—Mientras te tenga a ti voy a estar bien —repite en voz baja la letra de la canción de esta mañana e ignoro la presión extraña en mi pecho.

«El mosquito que siempre le pica está potente hoy».

Solo asiento con una pequeña sonrisa y espero a que él termine de guardar sus cosas. Una vez que tiene todo en sus manos, doy la vuelta para salir del aula, pero él me detiene.

—Si los demás me ven con tus amigos probablemente vayan a mirarlos mal, no quiero incomodarlos. —Baja la cabeza con vergüenza —. Tal vez sea mejor que vaya al campo, he estado bien ahí solo.

Trago saliva sintiéndome mal por sus palabras, no puedo imaginarme todo lo que ha tenido que pasar para que crea que está mejor solo.

—¿Crees que mis amigos tienen pinta de que les importa lo que los demás digan? —inquiero—. Si fuera así ya me hubieran dejado de hablar, lo juro.

Él se ríe de mi mal chiste y le tiendo mi mano para que la tome. Me ve un poco confundido porque es la primera vez que soy yo el que decide dar el primer paso, y de igual manera yo también me siento sorprendido por ello. Al final la termina tomando.

Salir del salón y caminar por los pasillos no es tan grave como ir a la cafetería, así que puedo entender su miedo. Por los pasillos una o dos personas estarán viéndote, pero en la cafetería hay un montón de personas, es el lugar donde la mayoría se reúne a comer, por lo que esto no se compara con ir allá, es como entrar a la boca del lobo, todos pueden verte y juzgarte con sus amigos sin tener ni un ápice de vergüenza. Al entrar en dicho sitio tenemos la fortuna de que todo el mundo está en sus asuntos, por lo que ni siquiera voltean a vernos. Siento como si el aire vuelve a mis pulmones. Veo la expresión de alivio de Edward por el rabillo de mi ojo y puedo decir que también

siente un peso menos.

Visualizo a mis amigos en una de las mesas del fondo y camino hacia allá sin soltar la mano de Edward. Solo espero que él se la pase bien y que mis amigos no digan nada que pueda avergonzarme.

Tomo asiento al lado de Jean y Edward se sienta frente a mí, al lado de Karla. La mesa se queda en completo silencio una vez que estamos ahí y pongo a mi cerebro a trabajar para poder decir algo que rompa este horrible mutismo, se me ocurren un par de malas bromas, pero ni siquiera es necesario porque Edward está tomando la iniciativa.

—Gracias por invitarme a comer —dice tan firme que ni siquiera puedo creer que minutos atrás estaba dudando de venir, y les da una sonrisa amigable.

Otra diferencia entre ambos es que yo no sé ocultar mi nerviosismo ni tampoco sé hacer amigos y él nació para esto. Para no bajar la cabeza ni para que la voz le tiemble.

Todos le regresan la sonrisa a excepción de Mary, quien hace una mueca de disgusto. Lo que sea que esté teniendo contra mi relación con Edward debe parar ya, sé que no le agrada, pero no por eso debería portarse de esa manera con él. Ella siente mi molesta mirada y solo se limita a regresar su vista a su plato.

—¡No tienes nada que agradecer! —Karla es la primera en hablarle, y lo hace con bastante afabilidad y entusiasmo.

En mis adentros, le agradezco por ser simpática con él y por darle una oportunidad. Me alegra que no solo se haya disculpado conmigo por la forma en la que se refirió a él, sino que también, en sus acciones, está demostrando que en verdad está arrepentida.

—Queríamos conocerte desde el viernes —Oliver comenta, y puedo imaginar la clase de tontería que dirá—. Quería saber quién es la persona que me bajó el novio.

La forma tan seria en la que ha dicho eso hace que hasta yo crea que en verdad hemos tenido una relación. Edward se vuelve hacia mí, tiene los ojos abiertos como platos y la boca abierta.

—¿No-novio? —me pregunta y comienzo a negar con mi cabeza para que no se crea esa estupidez—. ¿Tenías novio y no me dijiste?

—Ignóralo, está jugando. El idiota no ha tenido ni un solo novio en su vida —Jean explica, salvándome el trasero—. Aparté sus comidas, ya sabes que luego no queda nada, no sabía qué pedirte, pero te traje un sándwich y agua, ¿eso está bien? —se dirige a Edward y este asiente.

Ahora Jean parece como alguien amable, pero apuesto que va a agregar esto a la lista de favores que le debo.

—¿Cuánto te deb...?

—No es nada, hombre, tu novio ya me pagó por esto, así que no te

preocupes, ¿cierto Andy? —Jean me sonríe mostrando los dientes.

«¿Le pagué?».

Ay no, eso significa que tengo que pagárselo. Trato de no rodar los ojos y asiento con efusividad, como si no estuviese maldiciéndolo en mi cabeza.

Luego de eso, el ambiente se relaja más y comienzan a hablar de algo que no comprendo porque me paso los siguientes diez minutos mirando a Edward para ver si está bien. Si él llega a sentirse mal voy a sentirme culpable de haberlo invitado.

—¿Cómo es que te gustó Andy? —Escucho que Karla menciona mi nombre y regreso mi atención hacia ellos para ver a quién le está hablando—, ¿por qué nunca dijeron nada?

Está mirando a Edward y quiero hacerme bolita ahora mismo. «Por favor que no diga nada raro, por favor que no diga algo raro, por favor que no diga nada raro».

—Andy aún no estaba seguro de decirlo, así que lo esperé —Edward contesta y le da un trago a la bebida que Jean compró. Me siento tranquilo al oír su respuesta, es justo lo que acordamos—. Y no sé cómo responder la primera pregunta, él es muy divertido, amable, tierno, es muy lindo, amo sus pecas y su sonrisa. —Se detiene un momento y yo quiero esconderme en algún lado por todas las cosas vergonzosas que dijo—. Pero lo que hizo que me enamorara de él y lo que sigue haciendo que esté perdidamente enamorado es su manera de alumbrar todo a su alrededor, es como una pequeña luz en la oscuridad, él es así con todos.

Bebo todo lo que hay en mi botella para convencer a mi cerebro de que todo lo que ha dicho Edward es falso por lo que no tengo que creer que soy todo lo dijo, sé con claridad que no soy esa persona.

Jean voltea a verme con la misma expresión que mi mamá puso cuando Edward dijo que yo era lindo. Es una situación similar, pero con diferentes personas. Ya puedo imaginar el bombardeo de preguntas que tendré en la tarde. Mierda.

Oliver está en su mundo comiendo sus papitas, así que dudo mucho que haya puesto atención a lo que Edward ha dicho, y eso me alegra, no necesito que dos personas me bombardeen a preguntas. Mary sigue igual de callada y Karla, bueno, está chillando.

—¡Soy fan de su relación! —exclama eufórica—. Son tan lindos, les pago la luna de miel.

Edward se ríe de su comentario y Jean la golpea con la botella del refresco que estaba bebiendo.

—No le hagas caso, es la rarita del grupo —le explica a Edward y escucho a Karla bufar—, casi siempre la ignoramos, te recomiendo que también lo hagas o comenzará a hablarte de por qué los personajes literarios son mejor que las personas reales.

—¡Porque lo son! —contraataca tomando la última papita de Oliver y se la lanza a Jean. Oliver solo frunce sus cejas cafés.

—Y por eso sigues soltera —Jean la molesta de nuevo.

Hace tiempo creí que ambos se gustaban, pero ahora no pienso lo mismo, solo se molestan mutuamente y se toleran lo suficiente.

—Sigo soltera porque no hay un chico pelinegro, sarcástico, de metro ochenta en mi vida que me ahorque.

—¿Ves? Está rarita —le repite a Edward—. Salió defectuosa o algo, no te juntes con ella o te hará leer todos sus li...

—A mí también me gusta leer —Edward interrumpe a Jean y a Karla se le iluminan los ojos.

—Pero tú eres genial y ella no, leer es increíble —se corrige Jean —. Mi más sentido pésame, sales con un chico que no lee ni su tarea.

Abro la boca para defenderme, pero Karla toma el brazo de Edward con fuerza y me quedo con las palabras en la boca al ver eso.

—Hay muchos libros que podemos leer, ¿te has leído *Heartstopper*? ¿*Rojo, blanco y sangre azul*? ¿*Un beso bajo la lluvia*? ¿No? Deberías leerlos, son buenísimos —sugiere, emocionada—. Declaro que seamos mejores amigos ahora, ¿Andy quién te conoce?

—¿Te vas a comer eso? —Oliver habla al fin y señala el sándwich de Edward y él niega, pasándoselo a Oliver.

Pongo los ojos en blanco, sin embargo, no puedo evitar sonreír al mirar que se está llevando bien con mis amigos. Mis ojos pasan al final de la mesa y veo que Mary toma su comida y se levanta de la mesa. Todos la siguen con la mirada sin entender por qué lo ha hecho, pero nadie dice nada. Solo veo a Karla soltando el brazo de Edward para seguirla, otra vez. En verdad que no la entiendo y tampoco quiero hacerlo, todos han decidido darle una oportunidad a mi novio falso, ¿qué le costaba hacerlo también?

Para nuestra fortuna, la campana suena. Me levanto para ir a tirar la basura y cuando volteo hacia nuestra mesa veo a Jean, Oliver y Edward riéndose de algo, hago un mohín con los labios, espero que no le hayan dicho algo de mí, que los mato. Quitando eso, de verdad me siento feliz de que todo haya salido bien, ni siquiera me fijé si los demás estaban viéndonos y al parecer Edward tampoco se fijó, además, saber que todo esto le hará bien a él me pone de buenas, es cuestión de tiempo que comience a tener más amigos.

Jean y Oliver dejan a Edward en la mesa, así que me acerco. Cuando me ve, se levanta y comenzamos a caminar hacia los casilleros.

—¿Qué te parecieron? —le pregunto esperando que su respuesta sea positiva.

Él sonríe.

—Me agradaron —responde de forma sincera—. ¿Crees que les

agradé?

¿Que si les agradó? Van a terminar en cambiarme por él, lo juro.

—Puedo apostar que sí —contesto de inmediato—. Eres alguien que cae bien con tan solo abrir la boca, me pasó lo mismo contigo.

Edward está a punto de decir algo, pero, en eso, alguien se pone frente a nosotros y cuando veo a la persona me quiero desmayar.

—Hola Andy —Heather me saluda y voltea a ver a Edward— y Edward. —Le sonríe—. ¿Puedo hablar contigo? —se dirige de nuevo hacia mí y mi corazón comienza a latir de los nervios. ¿Quiere hablar conmigo? ¿En serio?

Heather tiene una sonrisa en su rostro y nos ha tratado a los dos por igual, sin importarle la reputación de Edward, alguien más hubiera ignorado a Edward, pero ella no, Dios ¿puede ser más perfecta?

Edward le devuelve la sonrisa.

—Me adelantaré para que puedan hablar —me dice y no le presto mucha atención porque no dejo de ver embobado a Heather.

—Heather, hola —la saludo esperando que la voz no me haya temblado.

—No sabía cómo decir esto, porque casi no hablamos. —Rasca su cuello—. Pero quería decirte que no hagas caso a los comentarios de los demás, te conozco poco, pero sé que no eres un mal chico, eres... valiente, así que ignora todo lo que digan de ti, aquí tienes una amiga.

No sé qué acaba de decirme porque no dejo de pensar en lo linda que se ve hoy y en lo idiota que soy por no haberme echado perfume al salir de mi casa esta mañana. Espero que no sienta mi olor a ave.

Ella espera una respuesta de mi parte, sin embargo, no sé qué decirle, ¿tengo que repetir que no puse atención a lo que dijo por andar de estúpido? Las manos me sudan y siento que todo mi cuerpo tiembla. Ay, me quiero matar.

—Gracias, nos vemos.

Le agradezco por algo que no sé y salgo huyendo como el cobarde que siempre he sido. Probablemente me ha dicho un «oye, se murió mi abuelito» y yo le he dicho gracias. *Gra-cias.*

Me odio tanto.

Camino con prisa hasta llegar a mi casillero, no obstante, cuando llego, toda la pena que sentía por lo que hice con Heather desaparece al ver algunas notas en el casillero de Edward. No sé por qué tengo el mal presentimiento de que algo ha pasado, no sé, es ¿mi intuición?, sea lo que sea mi cuerpo se pone en alerta de inmediato. Veo cómo él las saca con calma y las tira en uno de los botes de basura que está cerca, pero una de ellas se cae al suelo. Como soy un chismoso que quiere saber qué ha pasado, me acerco a levantarla y la leo.

«Deberías matarte closetero de mierda». Está escrito en color rojo y

grande.

Arrugo la hoja con enojo, ¿cómo se atreven a decirle algo así a Edward? Y, peor aún, ¿cómo se atreven a incitarlo a matarse? ¿Que no tienen corazón? Eso no está bien, las personas que lo han escrito están enfermas.

Volteo a ver a Edward, pero en su rostro no hay ninguna expresión, no hay una de enfado, ni de miedo o de dolor, solo tiene la misma cara seria que veía en él antes de hablarle.

Tres chicos se acercan a él y por sus expresiones divertidas puedo decir que han sido ellos los que le han escrito esa nota que recogí y las demás que le pusieron. Solo reconozco a uno de ellos, es Diego, fuimos juntos a un campamento escolar y me agradó, de hecho, nos seguimos en Instagram y nos saludamos en los pasillos cuando nos vemos. No puedo creer que él sea una de las personas que le ha escrito a Edward.

—Eres un jodido hipócrita, maldito closetero de mierda, ¿te gustó nuestro regalo? —Me sorprendo cuando él empuja a Edward y lo ofende, como si nada.

Las personas que están aquí se acercan para ver qué está pasando, pero nadie dice nada, ni siquiera Edward.

No voy a mentir, me intimidan un poco porque los tres chicos de ahí son más grandes que yo, no lo son más que Edward, él sigue siendo el más alto, pero tres contra uno es una gran desventaja. Intento tragar saliva por mi seca garganta para decir algo, pero todo mi cuerpo se ha congelado, como si mi instinto de supervivencia me dijera que no me meta en algo que no me corresponde.

Pero no puedo ignorar algo así, por Dios, aunque si me meto pueden ofenderme también o incluso golpearme. Estoy cagado del miedo.

—Miren todos. —Diego llama la atención de todas las personas y señala a Edward con uno de sus dedos—. Edward, el mismo que golpeó a Ben, está saliendo con un chico. Fue tan hipócrita, no se podía golpear a sí mismo y dejó en el hospital a otro —le recrimina lleno de coraje, y luego de eso añade—: Me das asco.

Le escupe en la cara y Edward solo le mantiene la mirada, sin decir nada.

Las demás personas solo se ríen de lo que acaba de hacer y algunas le aplauden lo que hizo, como si hubiera sido un acto heroico.

Aprieto los puños siendo incapaz de poder mantenerme al margen. No me importa que ellos me doblen el tamaño, están ofendiendo y riéndose de Edward, no puedo quedarme de brazos cruzados.

—Repite lo que le dijiste —le digo, sintiendo que el pecho va a estallarme del enojo. Una repentina ola de adrenalina me invade por completo y el miedo que sentía se disipa. Todos voltean a verme,

incluso Edward, y ver su expresión confusa hace que tenga más valentía—. Escucha bien, no lo conoces, ninguno de ustedes aquí lo conoce, así que dejen de decir esas cosas horribles de él, ¿se creen unos malditos héroes por meterse con un chico del que ni siquiera saben nada? Condenar con acoso no los hace mejores, los que me dan asco son ustedes.

Mi voz ha sonado firme, pero si soy sincero me estoy cagando internamente y quiero salir corriendo. Los demás no lo ven, pero estoy rezando tres padres nuestros.

Diego deja a Edward a un lado y se acerca a mí, mientras yo trato de mantenerle la mirada.

—Andy, no eres la basura que conocí, amigo. —Me ve con decepción—. Tú eres aún peor, ¿cómo puedes salir con alguien que golpeó a un chico a tal grado de mandarlo al hospital por ser gay? ¡Hipócrita!

Me grita en la cara y veo cómo alza una de sus manos, por inercia solo cierro los ojos esperando el golpe, pero nunca llegó.

—Puedes meterte conmigo. —Escucho la voz de Edward y abro los ojos para ver qué está ocurriendo. Él está agarrando el brazo de Diego con fuerza y lo ve de una forma tan intimidante que hasta yo quiero huir—. Pero mi novio no tiene nada que ver en esto.

«Mi novio», *Omaigash*.

«Andy, seriedad, por favor, que nos quieren golpear».

Al parecer, el agarre de Edward sobre el brazo de Diego es demasiado fuerte, porque veo a este último hacer una mueca de dolor y aunque intenta zafarse de su agarre no lo consigue. Sus otros dos compañeros ni siquiera tratan de meterse, y no los culpo, Edward da miedo justo ahora. Todo este tiempo pudo defenderse, ¿y no lo hizo? Si yo hubiera sido él lo hubiera hecho desde hace tiempo, ¿por qué se esperó hasta ahora?

Todas las personas chismosas comienzan a dispersarse poco a poco y no comprendo por qué hasta que veo a la maestra de Biología acercándose a nosotros. Le hago una seña a Edward para que suelte a Diego, pero él no entiende mis intentos por advertirle lo que pasa hasta que la maestra dice:

—A la oficina del director, ahora.

08: Escribiría un libro sobre ti

«Uno, dos, tres, cuatro, cin... Se cayó el tonto, no puede ser, ¿no te llamas Andy de casualidad?».

A través de la ventana cuento los pájaros que están arriba de un árbol para que la espera no sea tan larga y me río en bajito cuando veo que uno de ellos se cae, sin embargo, este logra volar a tiempo y ceso mi risa. Si yo fuera un pájaro sería de su clase, la clase que no le sale nada bien y que por alguna razón divina termina salvándose a último momento. Aunque si soy franco lo último no cuenta porque nunca me salvo de arruinarlo. El día en el que use el cerebro antes de abrir la boca será el fin del mundo, cuidado.

Justo ahora soy ese pájaro, estuve a nada de recibir un gran golpe por parte de Diego, pero Edward detuvo su mano antes de que arruinara el único atractivo que tengo cuando me ducho y no me desvelo: mi rostro. También estuve a punto de obtener un castigo en el cual pudieron haber llamado a mi mamá, pero gracias al dios inexistente de las aves que creé solo me llamaron a la oficina del director para contar mi versión de los hechos.

Cuento las aves de nuevo y sé que es bastante inusual hacerlo, pero no soportaba seguir viendo la pared que estaba frente a la silla donde me sentaba hace un instante. Si continuaba viéndola un minuto más iba a volverme loco e iba a terminar estrellando mi cabeza en ella. He esperado afuera de la oficina del director por más de ocho minutos y la desesperación me está carcomiendo a tal punto que estoy pensando en ahorcarme con los cordones de mis zapatos.

Pese a que me siento aliviado de saber que no recibiré algún castigo o que no llamarán a mi mamá no puedo evitar sentirme preocupado por Edward y por lo que puede estar sintiendo ahora mismo. Bastante tiene con las palabras horribles que leyó en las notas y con lo que Diego le dijo como para lidiar con el director.

Y fue mi culpa que terminara así.

Si tan solo no hubiera abierto la boca él no hubiera confrontado a Diego y no estaría en la oficina del director ahora. No, ¿de qué estoy hablando? Lo que sucedió no fue mi culpa, todo esto no hubiera pasado en primer lugar si Diego y sus amigos no hubieran acosado de esa forma a Edward, ellos son los únicos responsables.

De solo recordarlo me hierve la sangre.

Aprieto los dientes y aparto la mirada de la ventana para caminar por el pasillo y así controlar la desesperación que tengo por saber lo

que está pasando allá adentro. Ya se tardaron demasiado tiempo, no se supone que les tenga que tomar mucho, solo es decir «sí, Diego, tú eres el maldito culpable de todo, estás expulsado, fuchi caca», y ya, no es tan difícil decir eso.

Edward y Diego están hablando con el director sobre lo que ocurrió en los casilleros, yo solo di mi testimonio y le di la nota que recogí para probar que Edward era la víctima de todo este problema, aunque la declaración de la maestra era todo lo contrario. Según ella, Edward estaba golpeando a Diego, pero la maestra no vio lo que sucedió antes de que eso pasara, ¡y ni siquiera lo estaba golpeando! ¡Ojalá lo hubiera golpeado, pero no lo hizo!

Luego de eso el director me pidió que me retirara porque «no tenía nada que hacer ahí y porque no tenía que importarme una pelea en la que no estaba involucrado», palabras del director, no mías. Puff, yo soy al que casi golpean.

«¿Hola? ¿Sí, me ubica? ¿Cómo que no estaba involucrado cuando mi cara era la que estaba en peligro? Además, ¿cómo puede dejarme con el chisme a medias, señor?».

Quiero saber lo que está pasando con Edward, sé que él puede defenderse solo, pero... No, siento que él es la clase de persona que se echa la culpa solo para no tener más problemas y es por eso que estoy bastante preocupado por él. No hizo nada malo, Diego y sus amigos sí.

Como si Dios estuviera cansado de mi impaciencia, escucho que la puerta de la oficina se abre y no tardo ni dos segundos en caminar con rapidez hacia ella. La primera persona que sale es Diego, hago una mueca de fastidio. Él tiene una cara de enfado que me hace esbozar una sonrisa y que hace que festeje internamente. Si hubieran castigado a Edward él no tendría que estar molesto, al contrario, tendría una estúpida sonrisa de triunfo, así que puedo suponer que el castigo se lo lleva él. Ja, por imbécil.

Él pasa a mi lado empujando mi hombro con el suyo con bastante fuerza. Volteo hacia atrás para decirle algo, pero termino mordiendo mi labio y reprimo una grosería que podía meterme en más problemas. Diego se detiene un instante y, como si sintiera mi mirada, también voltea a verme.

—Espero que cuando te des cuenta de la clase de persona que es no te arrepientas de apoyarlo —me dice con seriedad, ni siquiera suena molesto o altanero, y tampoco me ha insultado como hace rato. No comprendo si ha sido un consejo o una amenaza, pero me mantengo firme.

—Lo mismo te digo, pero yo sí espero que te arrepientas de haber tratado mal a alguien que ni siquiera conoces.

Una parte de mí me reprende con un «tú tampoco lo conoces, genio» y la otra parte me dice «cállate, él no es así. Es mi amigo

personal y he estado en todos los cumpleaños de sus hijos», a lo Niurka.

Diego no dice nada más, solo me sonríe sin gracia y sigue su camino. Suelto un suspiro, estoy conteniendo las ganas que tengo de lanzarle una maceta o algo pesado que le reinicie el cerebro y que haga que se sienta culpable por lo que hizo. La puerta rechina de nuevo y regreso la mirada al frente. Veo a Edward salir de la oficina del director y sonrío porque sé que el castigo ha sido para Diego, no obstante, mi sonrisa no tarda en decaer al verlo serio y apretando la mandíbula.

¿Qué ha pasado allá dentro y por qué tiene cara de perrito abandonado? ¿No se supone que debería estar contento porque han castigado a Diego? ¿De qué me perdí?

Acelero mis pasos hacia él.

—¿Qué pasó? —Trago saliva, esperando que no me diga una mala noticia y que su mala cara solo sea porque tiene ganas de ir al baño o algo así.

Edward ni siquiera voltea a verme cuando le hablo, solo mantiene su mirada en el suelo e ignora mi pregunta y mi presencia. Su indiferencia hace que me preocupe aún más, él no es de la clase de persona que te ignora de la nada, o esa es la impresión que me ha dado, siempre me ha tratado bien, nunca ha sido frío ni cortante. ¿Pasó algo muy malo? ¿Está enfadado conmigo por haberlo metido en esta situación? ¿No le gustaron las palabras que dije al defenderlo? ¿Las palabras fueron ofensivas? ¿O no quería que lo defendiera y ahora me odia por haberme metido?

Sea cual sea la respuesta, no me gusta pensar que, indirectamente, lo he lastimado.

Nos quedamos parados a mitad del pasillo durante unos segundos, él sin decir nada y yo atormentándome con un montón de preguntas que, aunque diga en voz alta, probablemente no serán respondidas. Edward por fin se atreve a moverse y camina hacia la silla donde yo estaba sentado cuando estaba esperándolo. Se quita el suéter y se sienta sin decir nada. No quiero admitirlo, pero su silencio me pone muy nervioso, me gusta más cuando habla.

Observo lo que hace desde mi lugar. Quiero alcanzarlo y preguntarle de nuevo si todo está en orden, pero no quiero seguir siendo un dolor de culo, deben estar pasando muchas cosas por su cabeza y no quiero ser una molestia.

Él toma un respiro profundo.

—Estoy suspendido por dos días.

Abro los ojos de par en par asimilando lo que acaba de decirme. ¿Qué? Pero si él no hizo nada malo, ¿por qué lo están castigando? ¡Edward es la víctima de todo esto!

—¿Por qué? —espeto con molestia más que con curiosidad.

—Por agredir a un estudiante.

Frunzo mi ceño con fuerza. ¿Agredir? ¡Estaba defendiéndose!

—Pero, si tú fuiste el agredido.

—No físicamente —responde en un tono de burla, como si tampoco creyera la estupidez que me está diciendo—. Diego está suspendido tres días.

¿Tres días? ¿El chico le dice a Edward que se mate, lo acosa y molesta y el director solo le ha dado tres malditos días? ¿Me están jodiendo? ¡Eso ameritaba una expulsión definitiva o más de una maldita semana, no solo tres días!

¿El daño emocional que le han provocado a Edward no cuenta, pero el pequeño moretón en el brazo de Diego, el que, repito, acosó a un chico y lo incitó a matarse, sí cuenta? ¿Qué demonios hay en la cabeza del director? Porque cerebro no creo que haya. Hasta yo que soy un estúpido sé que si un alumno le dice a otro que se mate y lo acosa debe ser suspendido porque eso no está bien.

—Hablaré con el director.

Le digo, decidido a entrar a la oficina del director y decirle todas sus verdades, pero Edward niega con la cabeza, aún sin verme a la cara.

—Déjalo así, estoy bien. —Se queda callado unos segundos—. Le tuve que suplicar que no llamara a mis papás, al menos pude hacer algo. Si hablas con él puedes hacerlo enojar y terminará llamando a mis papás, así que, por favor, no hagas nada, estoy bien, te lo prometo, eso no me importa, solo son dos días.

Su promesa me suena vacía y no me la trago con tanta facilidad, es obvio que no debe sentirse muy bien, si yo estuviera en su lugar estaría llorando como un bebé porque sabría que se está cometiendo una injusticia y me sentiría impotente al respecto. ¿Cómo puede decir que está bien cuando su actitud demuestra lo contrario?

Se acomoda en su lugar, con sus codos recargados en sus muslos y su cara escondida entre sus manos.

Es tan injusto ver todo lo que está pasando, él no tendría que recibir ningún castigo, no puedo imaginar lo que debe estar sintiendo después de todo lo que pasó. Al menos pude hacer algo y pude defenderlo de las personas que aprobaron lo que Diego hizo.

No sé qué decirle, por lo que dejo que mi lado tonto actúe por mí, como siempre.

—¿Estás bien?

Quiero abofetearme al terminar de decir eso.

«Oh Andy, qué pregunta tan inteligente, el pobre se ve que la está pasando horrible y tú le preguntas algo que es obvio, idiota. Es como si le preguntaras a alguien que acaba de perder un ser querido si se

siente bien, tonto».

Él asiente con la cabeza y no le creo en absoluto. Ni yo miento tan mal.

—No me siento mal por el castigo, mis papás no van a enterarse, así que no me importa realmente.

Lo miro ceñudo, ¿su actitud no es debido al castigo? Si no se siente mal por eso, entonces ¿por qué?

Otra pregunta estúpida, acaban de decirle que se mate y le escupieron en el rostro, eso es más que suficiente para sentirse mal, qué tonto soy.

—¿Y sobre lo que pa...? —Me detengo y chasqueo la lengua—. Ya sabes.

—Tampoco me siento mal por lo que me dijeron, estoy acostumbrado —me contesta sin ánimos y lloro en mi interior por sus últimas palabras. Lo veo pasar saliva por su garganta—. Me siento mal por meterte en esto, fue una pésima idea, tienes todo el derecho a odiarme, lo siento mucho.

Suena muy afligido y me toma unos segundos conectar lo que ha dicho. ¿Se siente mal por eso? ¿Por involucrarme? Así que esa es la razón por la que no puede verme al rostro. Se siente culpable.

—¿Por qué debería odiarte? ¿Por defenderme de una persona que creía era buena y que estuvo a nada de golpearme? —Levanto una de mis cejas—. Me hiciste un favor, gracias a ti no estoy en el hospital. —Camino hacia la silla donde está sentado y, una vez cerca, me arrodillo para poder verlo a la cara, pero su cabello cubre su rostro—. No se supone que debas acostumbrarte a recibir esa clase de comentarios, lo que dijeron no es cierto, no te conocen, te juzgan de forma injusta. Escúchame, solo tú puedes juzgarte, nadie más, solo tú sabes lo que has hecho y lo que no, lo que has atravesado y lo duro que ha sido seguir de pie, ellos no. No les des el poder de herirte.

Pienso unos segundos antes de poner mi mano en su rodilla, porque no sabía si sería incómodo, pero al final lo hago. Acaricio su rodilla para darle ánimo y se sobresalta al sentir mi toque. Al fin levanta su cabeza, y sus ojos se encuentran con los míos, muerde su labio inferior con fuerza y me sorprendo al ver que sus ojos están cristalizados, él parece notarlo porque desvía la mirada para otro lado y frota sus ojos con sus manos con brusquedad.

—Lo siento, creí que ya no me afectaba, creí que ya estaba acostumbrado, pero soy un tonto, ¿por qué pensé que las cosas serían diferentes? —dice en un tono casi inaudible que no hubiera podido oír si no estuviera frente a él. Su confesión me rompe—. Nada ha cambiado y ahora te metí en esto, lo siento, soy un idiota. —Su voz se quiebra con cada palabra que pronuncia y trata de disimularlo con un carraspeo. El corazón se me encoge al verlo de esa manera.

Hasta en este tipo de situaciones está más preocupado por los demás que por él.

Aclaro mi garganta para que el nudo en mi pecho se deshaga, soy demasiado sensible y ver llorar a las personas hace que yo también quiera echarme a llorar. Es la primera vez que veo a Edward tan enojado consigo mismo y no sé qué se supone que deba decir o hacer para hacerlo sentir mejor, no soy bueno para reconfortar a las personas. Cierro los ojos e inhalo.

—No me….

—Cada persona te tiene en la mira y eso te intimida. —Me interrumpe con brusquedad—. ¿Y cómo no ibas a sentirte asustado si tu vida era normal hasta que un imbécil te pidió un favor estúpido? —Aprieta tanto sus dientes que estos rechinan—. Diego te agredió verbalmente frente a todos y estuvo a nada de golpearte, y no será el único en hacerlo, lo sé más que nadie, no solo es una persona, Andy, la mayoría es igual que él. Yo puedo llevarlo, ya había aprendido a vivir con eso, pero tú no tienes que llevar con esto también. Te embarré en mi mierda sin pensar en las consecuencias, fui egoísta, lo siento, lo siento, lo siento.

Se disculpa por tercera vez y ahora soy yo el que se siente molesto.

—¡Deja de disculparte que me va a dar algo! —le pido nervioso—. Tú no me obligaste a aceptar, acepté porque quise, y cuando acepté sabía a lo que iba a enfrentarme. Claro que tengo miedo, ser el centro de atención me intimida tanto que un poco más y me cago, ¡siempre he sido así! —Alzo la voz haciendo que él se encoja en su lugar y me regaño mentalmente—. Pero recuerdo que mi mamá está de mi lado y que mis amigos también lo están y el miedo se disipa —finalizo, pero mis palabras no logran nada en él, así que digo—: Tú también formas parte de ese grupo, eres mi amigo, y aunque esté asustado sé que estás conmigo.

Edward voltea a verme sin creer lo que he dicho, como si no pudiera tragarse que lo he llamado amigo. ¿Ha pasado tanto tiempo desde que alguien lo llamó de ese modo de forma sincera?, ¿por qué se sorprende demasiado? Creí que era obvio que somos amigos, o algo así, nuestra complicada relación está más cerca de ser una amistad.

Solo asiente con un intento de sonrisa y respira hondo.

—¿Por qué estás llorando?

Me pregunta, y ni siquiera me doy cuenta de que estoy llorando hasta que él lo menciona. Limpio todo rastro de lágrimas y me avergüenzo tanto que volteo hacia otro lado. Según yo, tenía la situación controlada, según yo.

—No estoy llorando, me entró una pluma en el ojo.

Me excuso y aparto mi mano de su rodilla. Todavía me falta mucho para conocer a Edward, solo sé algunas cosas, sin embargo, siento

demasiada empatía hacia él y hacia todo lo que ha tenido que soportar solo, no necesitaba conocerlo para ponerme en su lugar. No puedo pensar que antes creía que las personas de la escuela hacían bien en dejarlo de lado o molestarlo. El acoso no es bueno, no importa desde qué ángulo lo vea.

Él mantiene su expresión seria y sus ojos perdidos en algún punto del pasillo, sin importar cuantas palabras de ánimo le dé, nada va a cambiar lo que siente en este momento. Pienso en algo que pueda alentarlo y una idea se me viene a la cabeza.

—Tengamos la cita ahora.

Suelto de repente, llamando su atención.

—¿Cómo?

—Que tengamos la cita ahora, sé que todavía nos faltan unas horas para salir, pero si soy honesto no quiero entrar a las demás clases, y tú tampoco pareces tener humor para eso. —No lo veo muy convencido, y claro que no iba a ser tan sencillo, él es *míster responsable*—. O tal vez solo sea una excusa mía para faltar a clases, no sé, soy flojo. —Me encojo de hombros, despreocupado, para que acepte—. Llévame a un sitio bonito.

No le doy tiempo de negarse porque me levanto de mi incómoda posición y ya estoy caminando hacia el estacionamiento. Sé que irnos ahora y faltar a clases es de las peores ideas que se me han ocurrido, pero Edward se ve tan mal y supongo que no querrá ver a los demás luego de que se rieran de él. Además, lo de ser flojo es en serio; de todos modos, no tenía ganas de entrar a las demás clases. Volteo hacia atrás para ver si me está siguiendo y, efectivamente, lo está haciendo.

Sonrío.

Saco mi celular para desbloquear y mandarle un mensaje a Jean avisándole que faltaré a las siguientes clases, pero apenas desbloqueo la pantalla esta se llena de un montón de notificaciones, tengo muchas llamadas perdidas, todas de Jean y Oliver. Entro a WhatsApp y me sorprendo por la gran cantidad de mensajes que hay en el chat grupal, supongo que ya deben saber lo que sucedió en los casilleros, los chismosos de la escuela no tardaron en contarle a todo el mundo. Abro el chat de Jean en Instagram ya que tengo más de diez mensajes de él.

JeanMiller_

ANDY RESPONDEME XFA

Cómo está Edward¿ Tú no me importas, pero, Edward?¡¿¡

Es broma, estoy entrando en crisis, manda un sticker, bloquéame, lo que sea, pero muestra señales de vida, todos dicen que te dieron una paliza y que es probable que estés muerto

Cómo te atreves a morir sin avisarme??????

Andy65_

Estamos bien, Edward no tanto. Puedes cubrirme en las siguientes clases?

JeanMiller_

AL FIN RESPONDES, CAGADA

Uno, si puedes escribir no estás mal, que mala suerte

Dos, TE VAS DE PINTA? nEcesito todos los detalles de lo que pasó después

Vale, diré que tienes hemorroides y que Edward te ha llevado al hospital. De nada, sé que soy el mejor amigo del mundo, no tienes que agradecérmelo

Pero sí pagármelo

Ya son cuatro favores, qué harías sin mi?

Andy65_

Ser feliz

JeanMiller_

Tienes suerte de no haber muerto por la paliza porque así podré dártela yo

Como sea, Karla y Oliver dicen que le des un abrazo a Edward de su parte, yo digo que mejor le des otra cosa, así se anima

Les paso los apuntes después y veo que excusa le doy a los maestros, no se preocupen por eso, vayan con cuidado

Luego me lo pagas lol

Ruedo los ojos por sus mensajes, sin embargo, la sonrisa en mi rostro demuestra lo feliz que me hace sentir tener amigos estúpidos como ellos, sé que nos la pasamos insultándonos, pero la verdad no sé qué haría sin ellos; además, no solo se han preocupado por mí, sino también por Edward, lo acaban de conocer y aun así se sienten angustiados por él, son igual que yo después de todo, por eso nos llevamos tan bien.

Giro mi cabeza de nuevo para ver a Edward y él se encuentra cabizbajo, pensativo. Espero que la cita lo mantenga distraído de lo que sea que está pensando. En el camino nos mantenemos callados y no hago ningún intento para hacerlo hablar, sé que necesita digerir lo que siente y lo que ha pasado, y de todos modos no sé cómo romper el silencio, en otro momento hubiera dicho alguna estupidez, pero no estoy seguro de si eso es lo adecuado tomando en cuenta la situación. Solo me resigno hasta que llegamos al estacionamiento y nos subimos a su auto.

Se supone que, con todo lo que las personas dicen de él, Edward es el «chico malo», pero justo ahora parece que soy yo el que lo está

secuestrando. Siempre ha sido responsable en la escuela, debe estar muy mal como para haber accedido a mi propuesta.

Cuando estamos dentro y veo que enciende el auto, decido que ya es hora de terminar con el gran silencio que nos ha acompañado desde el pasillo.

—¿Podemos pasar por mi casa antes? —le pregunto—. Huelo a gallo, eso es poco romántico.

Bromeo esperando que sonría o algo, pero solo asiente con la cabeza y comienza a conducir. Agh, esto no está saliendo como esperaba.

—Tengo casa sola —agrego para que sienta curiosidad y me haga otra pregunta para iniciar una conversación, pero solo lo veo apretar el volante con fuerza.

Ahí es donde me tomo unos minutos para analizar lo que he dicho y luego de pensarlo me doy cuenta de que sin contexto suena un poco... «Madre mía, perdóname, te juro que yo no soy así, estúpido sí, caliente no mucho, soy géminis, no escorpio».

—Por si te preocupa que mi mamá vea que no estamos en la escuela —aclaro—, no por otra cosa indecente que inicia con s y que termina con la ropa en el suelo.

Suelto una risita nerviosa y me quiero ahorcar por decir eso. Quería arreglar las cosas, no arruinarlas más, pero ya es costumbre hacer lo opuesto de lo que quiero. Para mi fortuna, Edward me da una sonrisa de lado haciendo que aparezca su hoyuelo y que me sienta relajado. Al menos mi lado tonto lo hizo sonreír.

—¿Por qué no está tu mamá? —inquiere cayendo en mi trampa. Por dentro tengo una sonrisa de triunfo porque he logrado que hable.

—Ha ido a una entrevista de trabajo y si todo sale bien trabajará en el lugar de sus sueños, realmente espero que le den el puesto, aunque para ella nunca hay un no, sé que hará lo imposible para obtener el empleo.

Puedo imaginármela amenazando a los dueños del restaurante con un cuchillo. Un poco escalofriante, pero de ella me espero todo.

—En eso te pareces a ella —Edward comenta y me echo a reír. No, yo soy de los que huyen a la primera.

—Estás equivocado, mi mamá es persistente, yo soy como mi papá, abandono todo. Intenté practicar vóleibol cuando era pequeño, lo dejé a la semana, al igual que básquetbol, futbol, mis clases de violín, guitarra, de pintura, repostería y taekwondo. Mi gusto por ellas duró días.

Hago una mueca al recordar cada una de las cosas que intenté hacer pero que nunca me salieron o que me aburrieron. Desde que las dejé supe que no era bueno para nada, ni para vivir.

—Debe haber algo que no hayas abandonado y que hayas

perseguido con muchas ganas.

Edward intenta animarme y niego.

—Lo único que no he abandonado es mi flojera, ¿eso cuenta?

—Por algo se empieza.

Vuelve a sonreírme y no digo nada más. Siempre intenté buscar algo en lo que fuera bueno, pero no pude encontrarlo, todo me gritaba a la cara que no servía para nada, sentía un poco de envidia por Jean porque él es bueno en los deportes y por Oliver porque es un gran artista, y ahora por Edward, porque ama escribir y aunque no haya leído lo que ha escrito sé que es bueno en eso. Yo solo soy bueno en no hacer nada. Esa es la razón principal por la que no tengo ni la menor idea de qué hacer con mi vida, no sé qué cosas me gustan ni sé qué camino elegir. Pero pensar en eso solo va a deprimirme, y es hora de animar a Edward, no de sentirme mal.

Edward pasa unos minutos conduciendo mientras yo miro por la ventana e imagino que está sonando alguna canción, no es lo mismo que escucharla, pero eso es mejor que nada. Esta vez no tardamos mucho en llegar a mi casa porque no había mucho tráfico y antes de bajar del auto veo si las cortinas de las ventanas están abajo, porque si están amarradas significa que mamá ya llegó. Como la fortuna está hoy de mi lado, las cortinas siguen igual que en la mañana. Me quito el cinturón de seguridad y me giro hacia Edward.

—No tardaré en cambiarme —le aviso pensando si debería invitarlo a entrar, pero no lo hago—. Te ofrecería algo de ropa, pero dudo que algo de mi closet te venga.

Le echo una mirada y niego con la cabeza. Mis pantalones deben quedarle como algún tipo de short y mis playeras deben apretarle. No es mi culpa que él sea tan alto.

No sé si me ha dicho algo porque ya estoy bajando con prisa. Cuando estoy en la puerta y busco la llave en mi bolsillo no la encuentro, «debe estar en mi mochila», pienso, pero me detengo al darme cuenta de algo.

Mi mochila está en mi casillero y como el estúpido que soy me olvidé de sacarla antes de huir de la escuela.

No quiero regresar a la escuela, en especial porque ya le dije a Jean que mintiera por nosotros, y si algún maestro (en especial Irán) nos ve nos va a reportar, y ya no quiero meter a Edward en más problemas. Olfateo mi ropa para verificar si el olor de Juan sigue presente, pero solo logro oler el perfume de Edward. Sonrío.

Doy la vuelta y entro al auto de nuevo, Edward miraba su celular, pero al oír el ruido de la puerta levanta la cabeza para verme. Frunce su ceño.

—Olvidé las llaves, y de todos modos no huelo mal, huelo a ti —le digo como si nada antes de que pregunte—. Podemos irnos así, no es

una buena ropa para una cita, pero no importa si ambos estamos vestidos igual ¿verdad?

—Para una cita falsa, no —me recuerda y pestañeo.

—Cierto.

Olvidaba que era falso. Bueno, sé que es falso, no es como si esperara una cita real, pero tenía tantas cosas en la cabeza que había olvidado que era una salida para aprender de citas y así poder invitar a Heather.

—Y para una real tampoco —responde al mismo tiempo que enciende el auto para llevarme a quién sabe dónde—. Puedes ir vestido como quieras, apuesto a que la otra persona te amará hasta en pijama. Pero no te lo tomes literal, el esfuerzo que le pones a tu ropa también cuenta.

¿Puedo vestirme como quiero, pero también le debo poner empeño?

—¿Me pongo un traje, entonces? —inquiero, porque eso es lo que me ha dado a entender. Edward se ríe.

—No es necesario.

—¿Puedo ponerme un short y sandalias?

—Si así te sientes cómodo, entonces… —guarda silencio, pensando en su respuesta—, ¿supongo que está bien? Agh, Andy, solo vístete como quieras, pero ¿irías con short y sandalias a un restaurante elegante?

La pregunta me ofende, por supuesto que sí.

O tal vez no, depende, ¿de qué tan elegante está hablando?

—Buena pregunta, pero no tengo suficiente dinero para llevar a mi pareja a un restaurante elegante —contraataco y él me ve por el rabillo de su ojo—. Tengo dinero suficiente para llevarla a mi patio y darle cereal con leche, esa es mi definición de elegante, así que sí, ¿por qué no?

Mi lado de pinocho me dice que no mienta, porque es obvio que no me vestiría de ese modo. El sábado que Edward llegó a mi casa tuve un paro cardíaco cuando creí que había llegado y yo estaba desarreglado. No puedo imaginar cómo me pondría si la persona que me gusta llega a mi casa y yo sigo en fachas. Si Heather llega a verme más desaliñado de lo usual mi alma se va de este mundo.

El auto se detiene y por estar divagando en mis pensamientos ni siquiera me fijé para dónde se supone que estaba conduciendo. Edward fácilmente pudo llevarme al cementerio a enterrarme y yo ni en cuenta.

Observo el lugar que tenemos enfrente y no tardo en saber dónde estamos.

—Es una plaza.

Digo con obviedad, y a mi lado Edward asiente.

—Sí, hay una cafetería que sirve buena comida porque su cocinero es de los mejores a pesar de ser tan joven, o eso decían las reseñas que encontré. —Saca su celular y ve su pantalla por unos segundos—. Malvin, así se llama. —Chasquea la lengua. ¿Malvin? No me suena—. Según Google está inspirado en algunos animes, no sé, te va a encantar. —Deja su teléfono y sonríe—. Cuando tengamos una cita real te llevaré a un mejor lugar.

Mis ojos se iluminan cuando escucho que dice que está inspirado en animes y dejo de prestarle atención a lo que dice. Siempre quise ir a esos lugares, pero no sabía dónde había uno y también me daba vergüenza ir solo. Esto no es una cita real, pero si Edward fuera Heather ya le hubiera pedido matrimonio.

Ambos bajamos del auto, yo más emocionado que él, y entramos a la plaza. Volteo hacia todos lados admirando cada uno de los locales. Me siento como un niño pequeño al que van a regalarle algo, y aunque trate de ocultarlo no puedo. De verdad que Edward tiene el cielo ganado, ¿cómo supo que había un lugar así en este lugar? ¿Estuvo investigando o algo así? No lo sé, pero en definitiva le atinó a mis gustos.

Como no tengo ni idea de dónde está la cafetería, solo sigo a Edward. Él me señala las escaleras eléctricas con la cabeza y hago caso a su señal. Nadie me ve, pero estoy chillando de forma interna, ya quiero llegar al lugar, tengo muchas expectativas. Intento calmar mi emoción porque recuerdo que no estoy aquí para disfrutar, estoy aquí para aprender de las citas y para que Edward pueda despejar su mente.

—¿Cómo sabes a dónde llevar a alguien en una cita? —le pregunto cuando llegamos a la segunda planta.

—Por eso debes conocer a la persona antes de invitarla —menciona y asiento con fuerza, grabando todo en mi memoria para no perder ningún detalle de sus sugerencias—. Por ejemplo, sé que a ti te gusta el anime y todo lo relacionado a eso, por eso quise venir a este lugar, porque sé que te haría feliz.

Vuelvo a asentir y frunzo mis labios para no sonreír. Cuando él me dijo que era bueno en las relaciones la verdad es que dudé un poco, pero con esto solo me demuestra que sabe muchísimo, cuando él tenga pareja esa persona será la más afortunada del mundo.

Camino unos minutos hasta que él se detiene en una tienda y la miro con detenimiento, hay mesas y sillas fuera del local, pequeños arbustos que supongo deben ser falsos y ventanas enormes que dejan ver todo el interior. En la puerta tiene un pequeño letrero que dice «Malvin», chillo emocionado. Ni siquiera he entrado y ya amo el lugar.

Edward voltea a verme y supongo que mi rostro refleja lo feliz y ansioso que me siento porque me sonríe.

—Primero tú.

Me señala la entrada con su mano y no lo pienso ni dos segundos cuando ya estoy entrando. Si por fuera se veía lindo, por dentro estaba mucho mejor. Todo el sitio es de colores pasteles y, a comparación de afuera, adentro no solo hay sillas, sino que también hay sillones. Las paredes están adornadas con pósteres de algunos animes que logro reconocer. Hay una escalera con un letrero que dice «mangas y artículos», supongo que cruzando las escaleras venden cualquier cosa relacionada con los animes, pero la mejor parte es cuando veo algunas figuras de cartón en tamaño real de algunos personajes en cada mesa y mis ojos se abren más de lo que ya lo estaban cuando veo a Eren Jaeger, uno de mis personajes favoritos.

Esto es el paraíso. Bendito seas Edward.

La mesa donde estaba el Eren de cartón ya está ocupada, así que elijo la que está a su lado, está Megumi, personaje de otro anime que me gusta. Me siento emocionado. Edward debe estar viéndome como «¿y a este qué mosquito le picó?», pero si yo lo veo así cuando suelta halagos es más que justo que a él le toque verme de este modo.

Una vez sentados, aprecio el menú y casi me echo a llorar por todas las referencias que hay. Amo este lugar y a Edward por elegirlo como el sitio de nuestra cita falsa, si pudiera tatuaría su nombre en mi pecho.

Veo todo lo que hay en el menú y mi emoción se detiene cuando veo los precios. Me había olvidado de que no traje dinero.

Hay demasiadas cosas que se ven deliciosas y yo estoy en bancarrota, menuda suerte.

Edward me observa en silencio y supongo que soy fácil de leer, porque menciona:

—Pide lo que quieras, yo invito.

¿De verdad se notaba que no traía dinero?

Inflo las mejillas sintiéndome exhibido y busco algo en el menú que sea barato. Para mi desgracia, no había nada barato. Una de las meseras aparece al lado de nosotros y luego de presentarse y de darnos la bienvenida nos pregunta qué vamos a pedir.

—Un vaso de agua está bien —pido un poco apenado. La mesera asiente y anota en su libreta. No iba a aprovecharme de Edward, de su amabilidad y de su dinero.

Él me ve por encima del menú y junta las cejas.

—Hablo en serio, Andy, pide lo que quieras comer, no te preocupes por el precio, yo pago, te he invitado, así que tranquilo, elige todo lo que quieras.

Sonrío en grande y lo miro como si fuese Dios, por cada minuto que pasa confirmo que él es demasiado para este mundo. Asiento y bajo la mirada de nuevo al menú y pido lo menos costoso. Edward,

por el contrario, pide las cosas más caras, pero también son las que se ven más deliciosas, lo envidio. «Claro, el rico humillando al pobre».

La mesera anota nuestros pedidos y da la vuelta para irse.

Le echo otra vista al lugar y siento la mirada de Edward sobre mí. Regreso mis ojos a él y, efectivamente, me está viendo, pero no baja su mirada o la desvía como yo hubiese hecho si me hubiera cachado viéndolo, él me sostiene la mirada y me sonríe. Apoya ambos codos en la mesa y recarga el mentón en sus manos.

Miro hacia otro lado.

—¿En las citas debo ser yo el que pague siempre? —le pregunto para aprender más de él y de su experiencia en las citas. Si me dice que sí, no sé de dónde voy a sacar dinero, supongo que debo trabajar. Creo que ya no quiero salir con nadie, estar solo sale muchísimo más barato.

—No —se ríe—, pueden repartirse la cuenta o el típico ahora pago yo, en la siguiente cita pagas tú o cosas así, tienes que hablarlo con tu cita.

Asiento y saco mi celular para anotar lo que me está diciendo, porque conociéndome voy a olvidar por completo todo lo que indicó. No confío en mi memoria de Dory.

—En la siguiente cita pagaré yo, entonces —le digo, concentrado en escribir cada detalle en las notas del celular.

—¿Siguiente cita?

Articula en un tono que no logro comprender, y cuando dejo el celular en la mesa pienso en lo que acabo de decirle.

—Pues sí —me encojo de hombros para que no note que estoy nervioso—, en la que vas a pedirme.

Edward baja los brazos y los cruza sobre su pecho, recarga su cabeza en el respaldo del sillón y se echa a reír.

—¿Quién dice que voy a invitarte a salir de nuevo? —Eleva una de sus cejas, jugando conmigo.

Mi lado cuerdo dice que no le siga corriente, pero mi orgullo grita que le eche en cara que es más que obvio que va a invitarme a otra cita, para practicar.

—Yo, lo vi en tu horóscopo —digo serio, haciéndole caso a mi orgullo.

—¿Decía que invitaría a salir a un chico lindo? —Me ve fijamente —. ¿Y qué haces viendo mi horóscopo?

«Ay, atrapadoo».

Carraspeo, haciendo el intento de no apartar la mirada.

—Para tu mala suerte, no —contradigo—. Decía que desgracias se avecinaban, y yo soy una, así que es obvio que vas a invitarme a salir de nuevo. —Sonrío victorioso hasta que caigo en cuenta de que me he llamado desgracia. La sonrisa de él solo crece y bufo—. Y solo veía tu

horóscopo porque estaba justo debajo del mío, no eres el centro del mundo, engreído.

—¿Sabías que cuando mientes tus orejas se ponen rojas? —me exhibe. ¿Cómo sabe eso? Como el estúpido que soy caigo en su trampa y toco mis orejas para ver si es cierto que están calientes. Él vuelve a reír—. ¿Y por qué checaste tus orejas si no estabas mintiendo?

Aquí vemos la diferencia entre las personas inteligentes y yo.

Gruño por la cara de satisfacción que tiene ahora mismo. No sé si esta faceta de Edward me agrada, pero me siento feliz de que ya no se sienta mal. No fue una mala idea faltar a clases.

—Eres la peor cita del mundo, pido un reembolso.

—He sido tu única cita, ¿cómo puedes compararme?

Sin poder evitarlo, tomo el menú y lo golpeo con este en su cabeza, Edward solo suelta un pequeño quejido.

—Una más y te termino, Rumsfeld —lo amenazo—. ¿Se supone que ser un odioso es tu forma de enamorar?

—No lo sé, ¿está funcionando? —Apoya sus antebrazos en la mesa para acercar su rostro al mío.

Tomo una bocanada de aire e imito su acción haciendo que nuestros rostros queden cerca. Lo miro con detenimiento, como si estuviese considerando su pregunta, y golpeo su frente con mi dedo índice.

—No. Mejor pediré consejos en Facebook.

Regreso a mi lugar y tomo mi celular para entrar a Facebook y demostrarle que puedo ser un buen novio sin su ayuda. Él achica sus ojos.

—Terminarás con tu vida amorosa —me advierte, y por dentro me pregunto «¿cuál vida amorosa?».

—Mejor termino con mi vida.

—Te acompaño. —Se apunta a mi muerte y ruedo los ojos.

—¿No es poco romántico hablar de morir en las citas?

—Claro que no, así ambos pueden descubrir que necesitan otra cita, pero en terapia.

Me echo a reír por su comentario, porque sí que es cierto. Si soy honesto, no sabía que iba a divertirme mucho estando a su lado, al inicio creía que era tímido, pero ahora sé que es alguien que siempre tiene algo que decir, solo que no está acostumbrado a hacerlo o que no quiere hacer sentir mal a la otra persona y por eso se lo guarda. Sí, es amable, pero su lado divertido y altanero me gusta también.

Ceso mi risa cuando la mesera llega con nuestros pedidos. Guau, qué buen servicio, no tardaron nada en hacerlo. Le damos las gracias y al ver mi plato muero de amor, lo decoraron de tal forma que se ve adorable. Saco mi celular y entro a Instagram para tomarle una fotografía. Le pongo un filtro bonito y estoy a nada de subirlo a *stories*,

sin embargo, me detengo porque no he etiquetado a Edward. Dudo unos segundos, pero lo menciono y subo la fotografía. Somos novios después de todo, es normal que estemos juntos.

Regreso mi atención a mi plato y tomo el tenedor y el cuchillo para partir el pedazo de cheesecake con el logo comestible de «Yuri *On* Ice» en su centro. Cuando doy el primer mordisco casi me muero de lo delicioso que sabe, con razón es tan caro, esto lo merece, quien quiera que sea el cocinero benditas sean sus manos, son arte.

Levanto la mirada a Edward y él también tiene la misma expresión que yo, debió de gustarle mucho. Me limpio con una de las servilletas para continuar con mi interrogatorio sobre citas.

—Todo lo que creía que estaba mal en las citas está bien según tú. Enséñame todo lo que sabes de citas, maestro, estoy en tus manos.

Edward traga lo que está comiendo y esboza una pequeña sonrisa.

—El contacto visual es importante, pero trata de no incomodarla, intenta conmigo —me aconseja y hago lo que me dice, lo veo directo a los ojos—. Puedes sonreírle —continúa aconsejándome, y trato de sonreírle, pero estoy un poco avergonzado, por lo que dudo que mi sonrisa haya sido normal—. Nada mal, ahora intenta con un pequeño halago.

¿Halago?

Suspiro. Me siento igual que cuando estábamos en casa: nervioso y estúpido. Él es muy bueno coqueteando, así que si hago lo que me dice sin titubear podré hacerlo con Heather y no quedar como un imbécil.

Rasco mi barbilla y pienso en algo que me gusta de Edward para halagarlo.

—Tus ojos son hermosos —admito luego de unos segundos, y él solo asiente, aprobando mi halago. No sé si él cree que estoy mintiendo y por eso no ha reaccionado a mi comentario, pero he sido honesto.

—Eso suena bien, prueba con otro.

¿Con otro? Me quemé las neuronas buscando en un halago ¿y ahora quiere que le dé otro? Qué difícil es pensar, y peor cuando tengo su mirada encima de mí.

Vale, sus ojos son lindos, creo que su altura es envidiable, pero no suena como un halago. Pienso en algo más.

—Y tu cabello me gusta mucho —digo mirando los mechones que le caen por la frente—. ¿Usas algún Shampoo? Supongo que sí, porque debes ducharte, aunque si no te duchas no hay problema, yo lo hago cuando me acuerdo. —Pellizco mi mano por decir esa estupidez y trato de corregirme—. Eso es todos los días, ya sabes, si un día no me ducho siento que estoy sucio.

Edward cubre su boca con su mano, ocultando sus ganas de reír.

No es tan bueno en eso porque puedo escucharlo a la perfección. Lo odio, con amor, pero lo odio.

—Mejor intentémoslo al revés —propone una vez que ha calmado su risa—. Intentaré lo mismo contigo, ¿te parece bien?

—Si dices algo vergonzoso me levantaré de la mesa, aviso.

Él asiente.

—Inicia haciéndome una pregunta.

Me quedo en blanco cuando me pide hacer eso, ¿él de verdad tiene fe en mí y cree que sé cómo hacerlo? Mis preguntas son tontas, no sé hablar sin decir una estupidez. Miro hacia todos lados, buscando algo para preguntarle, pero todo aquí es tan anime y Edward es tan libros que no va a comprender nada. De repente, ese pensamiento me ha dado una pregunta normal.

—Si pudieras escribir sobre algo que está en este lugar, ¿sobre qué escribirías? —le suelto, sintiéndome feliz de haber usado el cerebro por primera vez y de no haberle preguntado algo estúpido.

Edward mantiene sus ojos en mi rostro y me da una sonrisa.

—Escribiría un libro sobre ti.

Confiesa y no sé si está entrando en su papel de «finjo coquetear contigo para que aprendas» o si lo está diciendo de verdad. Abro la boca para responderle, pero nada sale de ella. Balbuceo, me agarró totalmente desprevenido.

—No tendrás muchas ventas —me burlo de su idea y él enarca una de sus cejas. Por alguna razón ese gesto me pone nervioso y bajo la mirada a mi plato—. «La triste historia de Andy y cómo es que está enamorado de una chica que no lo topa» —pronuncio como si estuviese leyendo el título de algún libro—. Suena horrible como libro, la trama sería aburrida.

—¿Por qué no «la historia de cómo Andy se confundió de casillero y se declaró al homofóbico»?

Levanto la mirada de nuevo para verlo y me irrito al mirar su estúpida sonrisa egocéntrica que altera los latidos de mi corazón. Ahora tengo ganas de aventarle el plato en la cara para que deje de sonreír.

Sí, es bueno coqueteando. Lo envidio tanto.

—Muy cliché. —Llevo mi mano hacia mi boca fingiendo un bostezo—. Pero si soy el protagonista lo leería.

—¿O lo leerías porque lo he escrito yo? —Se defiende, y aunque quiera negarlo ya le había dicho que leería lo que sea solo porque está escrito por él. Su cara me confirma que también recuerda mis palabras.

Sí, él tiene controlada la situación, y aunque yo quiera darle la vuelta Edward vuelve a regresarla a su favor.

—No voy a mentir, haría el intento de leer la historia porque tú la

has escrito —reconozco—. Así como tú harás el intento de no matar a nadie en tus historias.

—Muy tarde, lo hice.

Pongo una cara de horror.

—Desalmado sin corazón, que te perdone Dios, yo no. ¿Eso fue un *spoiler*? Te odio. En definitiva, eres la peor cita.

—Tu única cita —me recuerda y le saco la lengua.

—Y la última. Ya no saldré contigo. Es más, terminamos, ahora eres el exnovio que más odiaré en la vida.

Pongo los ojos en blanco y él forma un puchero con los labios.

—¿Y ahora qué hago con las entradas de The Neighbourhood? —se pregunta a sí mismo con la voz afligida y lo veo sorprendido, ¿qué ha dicho?—. Tendré que conseguir a alguien más para ir.

Carraspeo con fuerza.

—Ay tontito —le digo fingiendo una voz más dulce—, ¿por qué no me dijiste que tenías entradas para ver a The Neighbourhood? Obvio que todavía quiero seguir contigo. —Tomo sus manos con las mías y las aprieto—. Una extraña forma de pedirme matrimonio, pero acepto.

—Es nuestra primera cita ¿y ya quieres casarte? Intenso —murmura y me siento ofendido por eso—. ¿Sabes?, como que estar soltero no suena tan mal, esto no va a funcionar, est…

—Pídeme ser tu novio de nuevo, ahora —le ordeno con la voz normal y Edward sonríe.

—¿Y por qué no me lo pides tú?

Le doy una fría mirada que hubiera congelado a todo el mundo. ¿Él me cree capaz de pedirle que sea mi novio? Una vez lo hice, dos veces ya no, no soy de los que ruegan. Niego con la cabeza y Edward suspira resignado, voltea hacia la otra mesa y yo lo hago también. En esa mesa hay un par de chicas que miran embelesadas a Edward sin tratar de ocultarlo. Regreso la vista a Edward y él también lo hace, veo cómo una sonrisa juguetona aparece en su rostro y comprendo lo que va a hacer. Yo lo veo en plan «oh no» y él me ve en plan «oh sí».

—Ya que estoy soltero —se dirige hacia ellas—, ¿les gustaría ir a un concierto de The…?

—Edward, ¿quieres ser mi novio? —lo interrumpo, alzando la voz en la palabra novio para que las chicas lo escuchen a la perfección. Nadie va a quitarme esos boletos de The Neighbourhood.

—No.

—¡Pero…!

Edward cruza sus brazos detrás de su cuello.

—Yo te he dado flores, tendrás que esforzarte más si quieres que acepte.

Aprieto la mandíbula. Desde el inicio ha estado jugando conmigo y yo he estado cayendo como un tonto.

«Piensa en los boletos de The Neighbourhood».

«Piensa en los boletos de The Neighbourhood».

«Piensa en los boletos de The Neighbourhood».

Vuelvo a tomar aire.

—Tengo secuestrado a tu perro, si quieres volver a verlo más vale que aceptes ser mi novio —lo amenazo, atacándolo donde más le duele.

—¿Secuestraste a mi perro? —pregunta fingiendo sorpresa—. Qué romántico, acepto.

Sonríe mostrando los dientes y hago un esfuerzo sobrehumano para no tomar el tenedor y clavárselo en la mejilla.

—¿Y cuándo es el concierto?

Él me ve sin comprender.

—¿Qué concierto? —inquiere y tengo que morder mi labio para no lanzarme contra él y golpearlo. Edward analiza todo lo que ha dicho y su rostro se ilumina al entender—. Era broma, estábamos fingiendo que te coqueteaba, ¿recuerdas?

Asiento, sintiéndome como un tonto. Dios, es cierto, él estaba fingiendo, estaba tan emocionado por los boletos que lo había olvidado por completo. Una vez más me demuestra que él sabe mucho de esto. Es tan bueno que hasta me la creí.

Edward bebe un poco del café que pidió y yo termino de comer lo que hay en mi plato.

—Repasemos —llama mi atención—. La saludas, le haces alguna pregunta no rara y que tenga que ver con el contexto para que puedas sacarle conversación y, si puedes, le das un halago, con respeto. El respeto es importante, el momento en que la otra persona se empieza a sentir incómoda es el momento de parar, de disculparte y de irte, nadie quiere a alguien que no sabe aceptar un no ni a alguien irrespetuoso, tienes que asegurarte de que la otra persona esté cómoda. ¿Entendiste?

Asiento, tomando mi celular para anotar todo.

—Sí, contacto visual, sonrisa y no cagarla.

—Creo que todavía nos falta mucho.

Me mira de reojo y no sé si sentirme ofendido o no por sus palabras. Bueno, él es el que sabe, así que no puedo contradecirlo; si Edward piensa que necesitamos más salidas para practicar voy a creerle. Hoy me quedó más que claro que tiene un montón de experiencia y que yo necesito aprender de él.

Terminamos de comer y llama a la mesera para pedir la cuenta. Veo la hora en mi celular y me doy cuenta de que falta media hora para que las clases terminen. Mamá ya debe estar en casa, así que será mejor que llegue a la hora que suelo llegar para que no sospeche de lo que he hecho hoy. Edward paga y, mientras él espera a que le den su

cambio, yo me levanto para ir con el Eren del cartón y aprovecho para tomarme fotos con él. Una de las trabajadoras me ve raro, pero ¿qué quiere que haga? Esto es lo más cerca que estaré de mi personaje favorito.

Cuando Edward se levanta guardo mi celular con prisa y caminamos hacia la salida para regresar al auto. Me duele un poco tener que despedirme del lugar, sobre todo porque es como mi hábitat. La próxima vez compraré algunas cosas de la tienda, pero vendré solo, no quiero que Edward crea que soy rarito, aunque creo que ya debe saberlo. Bajamos las escaleras eléctricas y vuelvo a sacar mi celular para ver las fotos que tomé con Eren, y viéndolas me doy cuenta de que no tengo ninguna con Edward, es decir, tomé muchas con Eren, pero ninguna con él. Bueno, pero es que hay prioridades.

Al llegar al auto y entrar, sigo emocionado por mis fotos con Eren. Edward me da una mirada confusa y le muestro mi celular para que vea mis fotos.

—Es Eren, mi personaje favorito.

Él junta las cejas.

—Creí que Eren era el nombre del dios de tu religión.

En-la-madre.

Aparto mi celular de su rostro y pienso en alguna estupidez de las que suelo decir para salvarme de la cagada que acabo de hacer.

—Bueno, sucede que... ¡es una coincidencia!, ambos se sacrificaron por el bien de la humanidad, es por eso que amo mucho a este personaje, porque me recuerda a mi Dios, ya sabes.

—¿En qué temporada del anime pasa eso?

Me quedo petrificado al escucharlo.

—¿Qué?

Él se ríe.

—Tenía curiosidad de tu religión e investigué, me encontré con un anime de cuatro temporadas.

Siento que la cara se me cae de la vergüenza. Dios, de todas las situaciones incómodas en las que me podías meter, ¿justo tenía que ser con Edward? Puedo escuchar a Dios decirme que no lo meta en mis cosas porque yo solo me metí en ellas. Y tiene razón, desde un inicio debí decirle la verdad. Ay, me siento tan avergonzado.

—¿Desde cuándo sabías? —le pregunto sin poder verlo a la cara—. ¿Sabías que te estuve mintiendo todo este tiempo y solo me seguiste la corriente? —Él asiente sin dejar de reír y toda la vergüenza que siento pasa a enojo—. No sabes la vergüenza que tenía, ¡voy a matarte!

Tiro mi celular en alguna parte del auto y no dudo en lanzarme hacia él. Me siento a ahorcajadas sobre él, con cada una de mis piernas al lado de su cintura, y la risa de Edward solo aumenta. Pongo mis manos sobre su cuello, fingiendo ahorcarlo, y por alguna razón la

situación también me parece graciosa, así que me uno a él y me río. Una de sus manos se detiene en mi cintura y me sobresalto por eso.

Me alejo un poco de Edward sin dejar de reír y volteo hacia la ventana para tranquilizarme, pero mi risa se apaga de inmediato cuando veo un par de ojos cafés sobre mí. Yo conozco esos ojos.

Mierda, mierda, mierda.

Me aparto de Edward y regreso a mi lugar con el corazón palpitando a todo lo que da.

—Arranca.

—¿Qué?

—¡No preguntes, solo arranca! —le ordeno sin intentar ser amable y Edward obedece sin entender lo que está pasando.

Joder.

Mi papá acaba de vernos.

09: Miren Amiano ataca de nuevo

Cuando Dios repartía la suerte entre todas las personas del mundo, apuesto a que yo estaba en el baño con una fuerte y mortal diarrea.

Y otra de las razones más probables por las que no asistí a «la feria de la suerte» es porque debí haberme quedado sin papel, pero como todo el mundo estaba haciendo fila para obtener un poco de suerte nadie llegó a ayudarme y no tuve más remedio que limpiarme con mi playera, y cuando por fin pude salir del baño, Dios se debió haber ido.

Es eso o Miren Amiano se alió con Juan para conspirar en mi contra, porque no encuentro otra razón lógica que justifique el hecho de que todo me salga mal.

Tomo la almohada de mi cama y cubro mis oídos con ella para bloquear todo ruido. Los gritos de abajo son tan fuertes que ni siquiera esa acción hace que deje de oírlos. Si no hubiese dejado mis audífonos en la mochila ahora mismo estaría escuchando alguna canción que haga que no escuche nada de lo que está pasando y no estaría sufriendo con la pelea que hay en el primer piso.

Lanzo la almohada hacia algún punto de mi habitación con frustración y tapo mis oídos con mis dedos esperando que estos sí funcionen, pero mi esfuerzo es en vano, todavía continúo escuchando todo. Juro que mis oídos van a explotar en cualquier momento, y si no lo hacen, yo mismo voy a tomar un cuchillo y voy a arrancarme las orejas. Estoy cansado, no quiero seguir escuchando los gritos que lanzan mi mamá y mi papá.

Tener una mamá que siempre va a sacar los dientes y un papá que jamás va a aceptar no tener la razón es un verdadero martirio que parece no tener fin. A este ritmo voy a morir antes de que ellos terminen de discutir.

Luego de que mi papá me viera con Edward en una posición un poco... sugerente, vine directo a mi casa, trepé por el árbol que está al lado del cuarto de mi mamá porque no tenía las llaves y al entrar me escondí en mi habitación como si eso fuese capaz de salvarme del desastre que hice. Pasados unos minutos escuché que la puerta sonó un par de veces con mucha fuerza y las llamadas en mi celular de parte de mi papá comenzaron a aparecer en mi pantalla, pero las ignoré esperando que se agotara de insistir y se fuera.

Todo apuntaba a que se iba a cansar, nadie podía insistir tanto, y mi papá no era la excepción, de hecho, escuché que dejó de tocar la puerta y festejé de forma interna porque al menos por hoy no tendría

que afrontarlo, hasta que mi mamá regresó del restaurante donde tuvo la entrevista y se encontró con él en la entrada, y ahora, bueno, están discutiendo como si fueran dos hermanos peleando por el control remoto. Y ese control remoto soy yo.

Lo que está pasando es mi culpa. ¿Qué tenía en la cabeza cuando dije «eh, voy a subirme en las piernas de Edward para ahorcarlo mientras él me toma de la cintura»? Y aún más importante, ¿por qué creí que saltearme las clases sería una buena idea en primer lugar? Qué imbécil fui.

Dios, y pensar que mi papá vio esa escena. ¿Qué estará pasando por su cabeza ahora mismo? Apuesto a que piensa exactamente lo mismo que dije, que soy un hormonal con la calentura hasta el tope.

Mientras maldigo hago el intento de dormir para que este día finalice y no tenga que afrontarlo, pero la discusión de ambos parece subir de nivel y sus voces se hacen más audibles y frustrantes, a tal punto que es imposible conciliar el sueño. Tal parece que apenas están iniciando a discutir y que van a durar mínimo dos horas más. Evidentemente yo soy el centro de esa discusión, y según lo que he oído ellos se preguntan tres cosas: la primera, por qué soy tan problemático y por qué no he entrado a clases ni he hecho tareas; la segunda, qué hacía fuera de la escuela montado en el auto de un extraño, y la tercera, mi orientación sexual. Mi papá parece estar más interesado en lo último. Ruedo los ojos.

Sé que es algo que no deberían debatir, es más que evidente que me gustan las chicas, pero la forma en la que mi papá me encontró dice mucho. ¿Qué se supone que les diré? ¿«Era una posición de *bros*, de nuestra generación, no van a entenderlo»? No va a creerme, y a todo esto, ¿a él qué le importa?

Mi mamá sabe la verdad, y tampoco es como que si le importara si estoy con un chico o una chica, así que ella no es el verdadero problema; pero mi papá... No lo sé, apenas hablo con él y nunca discutimos esas cosas. Pero al escucharlo decir «es tu culpa por no saber criarlo» puedo pensar muchas cosas.

Trago saliva, al menos mamá no ha dejado que suba a verme y tampoco me ha obligado a bajar.

De todos modos, vivir está sobrevalorado.

Reviso mi celular para distraerme un poco y veo que, aparte de las de mi papá, hay un par de llamadas perdidas de Jean y algunas de Edward. Muerdo mi labio interno. En el camino le conté a Edward que mi papá nos vio y creo que lo maté por unos segundos, pobre. Él vio mi expresión de miedo, así que no es extraño que esté llamando, seguro se está preguntando sobre lo que está pasando ahora.

Ignoro sus llamadas, hasta que vuelve a marcarme de nuevo. El celular se me resbala de las manos por un instante, pero logro tomarlo

antes de que se caiga, no esperaba que marcara ahora. Dejo que el teléfono vibre por unos segundos mientras pienso si debo responderle o no. Sé lo insistente que puede llegar a ser, y creo que hablar con él es mejor que seguir escuchando los gritos, por lo que acepto la llamada.

Del otro lado del teléfono escucho que suelta un suspiro.

—Del uno al diez, ¿qué tan psicópata suena decir que estoy en tu casa?

Me atraganto con mi saliva por su repentina pregunta y toso un instante para recuperarme. ¿Está bien de la cabeza o es que la noticia de que mi papá nos vio juntos fue demasiado para alguien como él? No es normal que su primera pregunta sea esa. Si no estuviera cagado por la pelea de mis papás lo estaría por su cuestionamiento.

—Un diez, en definitiva, ¿por qué?

Guarda silencio por un momento y abro los ojos, sorprendido, cuando escucho gritos, los mismos que escucho en mi casa. ¿Qué demonios...?

—Porque estoy en tu casa.

Responde con nervios y volteo a todos lados de la habitación por inercia y para comprobar si está conmigo, pero no, no hay nadie. Durante un momento me siento observado y olvido que estoy hablando con él. No sé si sea una broma o no, sin embargo, dudo que Edward bromee de ese modo. Mi mirada se detiene en la puerta de mi cuarto y cuelgo la llamada para acercarme a ella. Giro la perilla y, efectivamente, Edward está en mi casa, él todavía tiene el uniforme puesto, solo que sin el suéter y con las mangas arremangadas, se ve hecho un desastre. Frunzo el ceño con fuerza cuando lo veo ahí. Él, por otro lado, me regala una sonrisa forzada.

¿Qué mierda? ¿Qué hace en mi casa? ¿Y cómo demonios entró?

Él pasa a mi habitación, sin vergüenza, como si entrar a la casa de las personas sin invitación fuera de las cosas más normales del mundo (aunque para Jean debe serlo). Se sienta sobre mi cama y yo solo me quedo parado, boquiabierto, procesando lo que está pasando.

—Vine a verte porque estaba preocupado —explica de repente, y eso me hace salir del trance. Cierro la puerta y giro mi cuerpo hacia su dirección. Edward se ve pálido—. No respondías ninguna de mis llamadas, me preocupé porque te veías muy asustado cuando te dejé, así que regresé, y cuando iba a tocar escuché gritos, creí que algo malo te había pasado y entré en pánico, no sabía qué hacer, así que entré por la ventana como tú lo hiciste, y la verdad es que no sé cómo lo hice porque no soy bueno trepando, pero lo hice.

Habla tan rápido que necesito tomarme un poco de tiempo para poder digerir toda la información. No sé si él es consciente de todo lo que acaba de decirme, pero suena como si hubiera corrido un maratón

con un enorme sol que lo hizo enloquecer. Si soy sincero, no sé si debo sentir ternura por él porque estaba preocupado por mí o asustado porque entró a mi casa y porque lo hizo sonar tan fácil que el cuerpo me tiembla al imaginar que cualquier persona puede meterse. Edward no es cualquier persona, pero eso no quita que sea aterrador.

Abro la boca para regañarlo, sin embargo, veo que hay un poco de sangre en su brazo y distingo un pequeño raspón, debió haberse lastimado cuando subía por el árbol. Niego con la cabeza y voy hacia mi escritorio para tomar un poco de papel.

—Si no estuviera preocupado llamaría a la policía —le digo al cabo de unos minutos.

Con el papel en mis manos, regreso con Edward, me inclino un poco para estar a su altura y extiendo mi mano para que me dé la suya. Él parece comprender lo que planeo y obedece a mi orden sin rechistar.

—Yo debería decir lo mismo, parece que se están matando.

Contraataca refiriéndose a la pequeña pelea que hay entre mis papás. No me queda otra opción más que fingir una risa, la situación no es nada divertida, pero no quiero que se preocupe más.

—Lo están, con palabras —le doy la razón y llevo el papel a su pequeña herida para limpiar la sangre—. Esa es la razón principal por la que se separaron, o eso dice mi mamá, como amigos se llevan bien, pero cuando están molestos —chasqueo la lengua—, puedes oírlo tú mismo. La mejor decisión que tomaron fue separarse, ¿te imaginas todos los traumas que yo tendría si hubiera crecido con ambos?

Un escalofrío me recorre de solo imaginarlo. Algunas parejas no se separan por miedo a que puedan lastimar a sus hijos, pero como hijo solo puedo agradecerles por haberse separado, no solo porque pusieron su salud mental primero, sino también porque de cierto modo protegieron la mía. No voy a negar que de pequeño me preguntaba por qué mis compañeros de la escuela sí tenían a sus dos papás juntos y por qué yo solo veía a mi papá en videollamadas, pero si me pongo a pensar en la toxicidad de la que me libré, bueno, punto para mí.

—Es horrible —responde viendo cómo limpio su brazo. Junto las cejas sin entender qué tiene que ver con mi pregunta y él lo nota, porque dice—: Quiero decir, debe ser horrible vivir así.

Termino de limpiar la sangre y me reincorporo para tirar el papel en el bote de basura.

—No lo sé, era pequeño cuando se separaron, pero supongo que no debe ser fácil, pobres niños, nadie debería vivir en esas condiciones.

Me siento a su lado sin decir más y él tampoco hace el intento de hablar. De las cosas que esperaba de la pelea jamás pasó por mi cabeza que Edward viniera a mi casa, aunque no puedo juzgarlo, yo

hubiera hecho lo mismo. Es mi amigo, como Jean u Oliver, por supuesto que me preocuparía por él.

Nos mantenemos en silencio, hasta que me doy cuenta de algo.

—Ya no escucho nada.

Él se roba las palabras de mi boca, rompiendo el silencio que teníamos. Ambos volteamos a vernos preocupados y me levanto de golpe para ver lo que ha sucedido.

«Por favor, díganme que siguen vivos y que no quemaron la casa o a ellos mismos».

Me acerco a la ventana que da a la calle y me tranquilizo un poco al ver cómo mi papá se sube a su auto y arranca. Suelto un suspiro que estuve conteniendo por los nervios y por la preocupación. Al parecer dejaron todo por las buenas.

Doy la vuelta con el corazón menos agitado que hace un instante, pero los nervios vuelven a apoderarse de mí cuando caigo en cuenta de dos cosas: la primera, que si mi papá se ha ido eso significa que mi mamá no tardará en subir a verme, y la segunda, que Edward está aquí y corro el riesgo de que ella lo vea y agrande la situación.

Con los nervios a flor de piel me dirijo a Edward, ignorando su mirada curiosa por mis nervios, y escudriño cada parte de mi habitación para encontrar un sitio en el que pueda esconderlo, ¿dónde se supone que voy a meter a un chico de un metro con ochenta y tantos centímetros sin que nadie se dé cuenta de su presencia? Agh, si no midiera tanto podría esconderlo en cualquier lugar.

Mis ojos dan con el closet y no tardo en correr hacia este, lo abro sintiendo la mirada de Edward clavada en mi espalda y le señalo el interior con mi mano.

—Métete al closet.

Le ordeno sin ningún ápice de amabilidad, a lo que Edward me mira ceñudo, él no tiene ni la menor idea de lo que va a pasar ahora y de lo que podría pasar si mi mamá lo ve en mi habitación luego de una intensa pelea con mi papá. No obstante, tampoco tengo tiempo para explicarle.

—¿De nuevo? —inquiere, y estoy tan nervioso que no sé de lo que habla—. Si acabo de salir —menciona en un tono burlón, y blanqueo los ojos al comprender—, es broma, ya voy.

Se levanta con suma tranquilidad y cuando está cerca de mí lo tomo de su playera y lo meto al armario. Él tiene que encogerse un poco entre mi ropa y solo le alzo mis pulgares. Cierro de prisa y voy directo hacia mi cama para fingir que estaba acostado y que nadie aparte de mí está en el cuarto. Justo en ese momento la puerta se abre de golpe.

Si nos hubiéramos tardado un segundo más ella nos habría descubierto. No estoy haciendo nada malo, pero sé cómo es cuando

está molesta y no puedo culparla, yo soy igual, cuando estoy enfadado digo cosas hirientes, además ella tiene razón para estar molesta, su hijo no entra a clases, no hace tareas, se escapa de la escuela y lo encuentran arriba de las piernas de un chico. La palabra furiosa debe estar corta en comparación de como está.

Levanto la mirada hacia ella y le sonrío inocente, para aliviar la tensión. Mi mamá está apretando la mandíbula con fuerza y me sorprende que no se haya lanzado a mí todavía.

—Andy, ¿tienes algo que decirme?

Me pregunta, con tanta tranquilidad que dudo por un momento que sea ella. No se supone que deba reaccionar así, esperaba más caos, sangre, destrucción, no sé, todo menos a una Mariel que hable relajada. Sí, está más que claro que está siendo amable por última vez antes de mandarme al infierno.

Este es mi fin, alguien dígale a Jean de mi parte que fui yo el que rompió su reloj y no Oliver como le hice creer, gracias.

Aprieto los puños pensando en mis siguientes palabras.

—¡Enhorabuena por haber conseguido el empleo!

La felicito con exageración y ella entorna los ojos. No ha sido la mejor forma de iniciar, principalmente porque no tengo ni la menor idea de si ha conseguido el trabajo, pero no sabía qué decir.

No me responde, solo entra a mi habitación, le echa un vistazo como si tuviera algún instinto que le dijera que algo no estaba bien y se deja caer sobre mi cama.

—No entraste a clases —inicia, y me preparo emocionalmente para lo que viene—, llamo a la escuela y me dicen que no es la primera vez, que tampoco entregas tareas y que te metiste en una pelea en el pasillo. —Me ve preocupada—. Para colmo, me escondes tu relación y me haces creer que es falsa, ¿en serio me tienes tan poca confianza? ¿Después de todo lo que hemos pasado juntos? ¿No he sido una buena mamá?

Esto último lo dice en un tono tan desanimado que quiero lanzarme a sus brazos y pedirle perdón por todo. A comparación de lo que creía que iba a pasar, me ve con tristeza y quiero golpearme por haber hecho que se sintiera de ese modo. Sé que nuestra relación no es perfecta, jamás lo ha sido, somos tan iguales que chocamos en varias cosas, pero ella es la única persona que ha estado a mi lado en todo momento y la única que estará cuando nadie más lo esté. Somos ella y yo, y nadie tiene derecho a decirle que es una mala madre cuando se ha partido el lomo por darme lo mejor.

Y yo se lo he pagado de mala manera.

No respondo porque me siento muy avergonzado y decepcionado de mí mismo.

—Tal vez tu papá tenga razón y debas vivir con él.

Dice ante mi silencio y me pongo en alerta. ¿Vivir con mi papá? Debe estar bromeando.

—No, mamá —siseo—, has sido la mejor mamá del mundo, soy un idiota y tú no tienes la culpa de eso. —Me levanto de la cama, sentándome en ella. Tomo sus manos—. Él no tiene derecho a opinar sobre la forma en la que me criaste cuando se la pasaba criando a otra niña que ni siquiera era su hija de sangre. ¡No puede reprocharte nada! —Gruño sintiendo el enojo subir por mi pecho—. Te prometo que entraré a clases, a todas, y que haré mis tareas, pero no me mandes con papá, no lo odio, pero ¿qué haría sin ti?

Dejo sus manos y la abrazo con fuerza, ella me devuelve el abrazo. Todo lo que he dicho ha sido con sinceridad, podré pelearme con ella, pero es la persona que más amo en el mundo, no hay espacio para alguien más.

—Perdón por no ser un buen hijo.

—Perdón por no ser una buena mamá.

Decimos al unísono y nos reímos. ¿Tenemos las mismas inseguridades? Sí, somos madre e hijo después de todo. Rompo el abrazo y me alegro de que todo haya salido bien, o hasta ahora.

—Inicia contándome lo que sucedió.

Me pide y dudo unos segundos porque Edward debe estar escuchando todo. Mierda, sí, pobre, olvidé que lo dejé en el closet. Aunque, si yo fuera él, estaría disfrutando del chisme, solo me harían falta unas frituras para disfrutar del *drama* familiar. Como sea, sé que a él no le importará que cuente lo que pasó.

Al final, le relato lo que sucedió, desde Diego y sus amigos siendo unos completos idiotas hasta la parte de la cita falsa —que en realidad llamé salida porque no sabe de mi acuerdo relacionado con Heather— para que Edward se distraiga.

—Pobre chico, espero que esté bien —se lamenta una vez que he terminado—. Pero eso no quita el hecho de que esté molesta y de que estás castigado. Nada de salidas por un mes.

Me amenaza con un dedo.

—No salgo nunca, está bien, ya sabes, esa es la excusa que doy para no salir con mis amigos. —La cago como siempre.

—Buscaré otro castigo que te duela —advierte y pongo una cara de horror.

—Oh no, ¿ya no voy a salir e ir con mis amigos a un lugar al que seguro no quiero ir para que al final me lamente por no haberme quedado en casa viendo animes? —Finjo que me ha dolido el castigo —. Me voy a matar, todo menos eso, ¡te odio!

Solo se ríe y doy por hecho que no se lo ha creído y que buscará otra forma de hacerme sufrir. Pero si he actuado muy bien, puff, ¿cómo no va a creerme?

—Tu papá quiere hablar seriamente contigo —cambia de tema y me asusto al oírla—, quiere que te quedes con él el fin de semana.

Paso saliva por mi garganta y siento que mi felicidad se viene abajo. Es obvio que él no va a dejar pasar lo que vio ni el hecho de que he sido un irresponsable con la escuela. Me temo lo peor, lo que mi mamá no me dijo me lo dirá mi papá, y no estoy preparado para eso.

Muy a mi pesar, asiento. No puedo evadirlo toda la vida, así que no me queda de otra más que afrontarlo; además, tengo toda la semana para prepararme.

—No puedo verlo a la cara.

—¿Por qué será? —Enarca una de sus cejas—. Me contó lo que vio y no lo comprendo, te escapaste de la escuela para animarlo, ¿pero por qué estabas encima del chico? ¿O a qué forma de animar te referías? —Abre sus ojos de par en par—. Mira, Andy, cuando dos pajaritos se quieren mucho y quieren pasar a otro nivel...

Mi rostro se calienta por lo que estaba sugiriendo y la corto de inmediato.

—¡Mamá, no! —niego con mi cabeza—. Resulta que Edward sabía que le mentí sobre la religión, y fue por eso, no hacíamos nada malo, solo estaba jugando, lo normal.

Dios, ¿cómo se le ocurre pensar que estaba haciendo eso en un lugar público, a plena luz del día y con Edward? Ay, y hablando de Edward, él seguro debió haber escuchado eso, qué vergüenza.

—Haré como que te creo —masculla y frunzo los labios conteniendo un bufido.

No quería que mencionara lo que mi papá vio porque es vergonzoso hablar de ello, no puedo ni imaginarme lo que pasará cuando me toque hablarlo con mi papá. Será demasiado incómodo.

—¿Le dijiste de Edward? —le pregunto refiriéndome a si le explicó que no hay nada entre ambos y que solo estoy haciéndole un favor. Mi mamá asiente.

—Le dije que es tu novio falso y se burló de eso, dijo que era una forma de decirme que es tu novio real y que me estabas viendo la cara. —Hace una mueca—. Por un momento también pensé que era así, pero si tú dices que no hay nada, entonces no hay nada, aunque si hay algo tampoco voy a enojarme, ¿sabes?

Niego de nuevo con una sonrisa. Entre Edward y yo solo hay una amistad y un acuerdo, no es mi tipo, aunque si fuese chica las cosas podrían ser diferentes.

—¿Lo tomó bien? —inquiero con cautela.

—Le dije que tiene la mente cerrada —explica, y con eso comprendo a la perfección que no se lo tomó de la mejor manera. Aprieto los labios—. Y también le dije que si llegaba a herirte o

interponerse en tu vida le quito los huevos con un tenedor, y tú sabes que soy capaz.

Sin poder evitarlo, la abrazo una vez más.

—Eres la mejor mamá del mundo.

—Lo sé —afirma con superioridad y la suelto tras una risa, sí, fue tan dulce que tenía que balancearlo con algo más—. Lamento que hayas tenido que oír todo eso, no me gusta que nos escuches discutir, es que él es tan... —se detiene pensando en algún adjetivo—... ¡estresante! Consejo, jamás, pero jamás tengas un hijo con alguien terco.

—Creo que yo soy el terco —respondo.

—Voy a advertir a tus parejas antes de que se casen.

—Si haces eso no me voy a casar nunca.

—Mejor, ¿quién quiere casarse cuando puedes estar soltero toda la vida, viajar y ser feliz?

—Cuando estabas soltera no viajabas y no te veía muy feliz.

—Claro que era y sigo siendo feliz, te tengo a ti —responde tomando mis mejillas y jalándolas con fuerza. Chillo de dolor—. Ahora espero que cambies de verdad, no solo palabras, Andy, quiero hechos, estaré más atenta a tus estudios, y lo lamento, pero si veo que no cambias tendré que ponerle fin a tu falsa relación.

¿Qué?

Mi mamá me suelta y se levanta, pero tomo su mano antes de que abandone la habitación.

—Sabes que lo hago para ayudar a Edward y él no tiene la culpa, yo era irresponsable desde antes, de hecho, entré a las primeras clases por él e hice mis tareas, no es una mala influencia. ¡Me ayudó con los exámenes! ¿Recuerdas? No hagas que termine con él, por favor.

Ella se vuelve hacia mí y eleva las comisuras de sus labios en una sonrisa triunfante.

—Creo que encontré tu castigo y tu punto débil.

¿Mi punto qué? No sé a qué se refiere, pero sea lo que sea que está pensando debo detenerla, puede castigarme con cualquier otra cosa, pero Edward no tiene por qué verse afectado por mi culpa. No puedo terminar con la relación falsa ahora que todo el mundo está sobre él.

—Bueno, en realidad me da igual —intento parecer que no me ha afectado para que no me haga terminar con él—, si haces que termine con él no me importa, puede arreglárselas solo.

Muerdo mi labio, él debe estar escuchando esto, pero le explicaré que no lo decía en serio. Además, es más que obvio que no lo digo de verdad, no después de lo que hemos pasado en estos días. Mi mamá entrecierra los ojos en mi dirección y aparta mi mano de la suya.

—Tu relación está en peligro —advierte otra vez—. Ahora vamos a cenar, tenemos que celebrar. —Sonríe emocionada y la imito, sabía

que lo lograría—. Inicio a trabajar mañana.

—Sabía que ibas a hacerlo —la felicito con alegría—. Bajo en un segundo.

Asiente y sale de mi habitación cerrando la puerta. Espero unos segundos por si se le ocurre regresar y me apresuro a mi puerta para echarle el pestillo. Una vez que estoy seguro de que no va a volver, camino al closet. En cuanto lo abro, encuentro a Edward con los airpods puestos y la mirada clavada en su celular, al menos no ha escuchado nada de lo que le dije a mi mamá, menos mal que no es un chismoso como yo. Alza la cabeza cuando la luz de mi habitación alumbra su cara y me sonríe.

—¿Estás bien?

Cuestiona y le doy mi mano para ayudarlo a salir de ahí.

—Eso debería preguntarte —bromeo porque lo he dejado en una posición muy incómoda—. Sí, estoy bien, nada grave. Solo un pequeño castigo.

Me encojo de hombros y su sonrisa decae poco a poco.

—Es mi culpa.

—No lo es —le digo al instante—. Yo siempre he sido irresponsable y Miren Amiano me odia.

Trato de bromear de nuevo para que no sienta que mis problemas son su responsabilidad y él carraspea.

—¿Qué te mire qué?

Pregunta sin entender de lo que hablo, y ahora es mi turno de fruncir el ceño porque soy yo el que no comprende. Repito las palabras en mi cabeza un par de veces hasta que lo entiendo y pongo los ojos en blanco. Malditas palabras de doble sentido, ¿en verdad me metieron tremendo juego de palabras cuando era pequeño? Lo peor es que ahora que soy grande tampoco lo entendí.

No solo necesito un cerebro que me haga pensar mejor, también necesito uno que sepa reconocer cuando le están tomando el pelo.

—Es un fantasma —aclaro—, el de Facebook.

Él sigue viéndome sin entender.

—Nunca entiendo de lo que hablas, Andy.

—Mejor, si me entendieras creerías que estoy loco.

—No necesito entenderte para saber eso.

Vuelve a sonreírme y lo miro mal. Regresa el Edward de la cita, el descarado que sabe coquetear muy bien. Lo empujo un poco sin ser brusco para poder tomar un suéter de mi closet.

—Una más y te termino otra vez.

—Si me terminas haré que me pidas ser tu novio de nuevo, sabes que soy muy convincente.

Chasqueo la lengua, sí que lo sé. Me hizo pedirle ser mi novio por culpa de los boletos falsos de The Neighbourhood e hizo que aceptara

salir con él en primer lugar. Tomo uno de los suéteres que más me convence y giro mi cuerpo para encararlo.

—¿Es una amenaza?

—Es una promesa.

Vale, eso me ha tomado desprevenido, como la mayoría de las cosas que dice y hace. Balbuceo sin encontrar nada bueno para contradecirlo o atacarlo. Como veo que ninguna de las cosas que digo es coherente, solo me limito a lanzarle otra mirada cargada de advertencia.

Edward abre la boca para decir algo, pero en eso escuchamos que mi mamá grita mi nombre, apurándome a bajar.

—Tengo que irme —aviso, como si no fuera obvio—. Mi mamá está esperando porque iremos a cenar, dejaré la puerta sin llave, así que nada de ventanas. ¿Qué voy a hacer si te mueres? —le pregunto en broma.

—Siempre puedes hablarme por la ouija, o revivirme, a lo Frankenstein —me sigue el rollo—. Aunque no es muy romántico.

—¿A lo Romeo y Julieta, entonces?

Hace una mueca.

—No, ¿qué clase de novio sería si te dijese que murieras por mí?

—¿Uno muy tóxico? —respondo y llevo mi mano a mi frente, para dramatizar—: Oh Andy, muérete conmigo para que podamos estar juntos en el más allá, si no eres mío no eres de nadie, prefiero que ardas en el infierno a mi lado a que vivas y conozcas a alguien más.

Suelta una risa nasal.

—Sí, demasiado tóxico y sin nada de romance —concuerda—. No mueras por mí, ni por nadie. Vive solo por ti. Eso sí que es más romántico.

—Si un asesino intenta matarme le diré que no lo haga porque mi novio fantasma que pasó a una mejor vida me dijo que no muriera por nadie.

—Y dile que tiraré de sus pies en la madrugada si llega a hacerlo.

Sonrío y asiento antes de salir de la habitación y dejar a Edward ahí.

(...)

—¡Salud!

Nuestras copas chocan a la par que brindamos por el nuevo empleo de mamá. Ella ha invitado a Irán, así que ahora los tres nos encontramos aquí, en medio de uno de los restaurantes favoritos de mamá. A ella le hubiese encantado trabajar aquí, pero no había vacantes disponibles.

—Sabía que lo conseguirías, amor —Irán le sonríe y reprimo las ganas que tengo de rodar los ojos—. Siempre consigues todo lo que te propones.

Trato de ignorar la conversación que están teniendo, no es nada agradable ver a tu maestro ser romántico con tu mamá. Me he acostumbrado a oír sus cosas, pero no a oírlas de frente. Es un poco vergonzoso.

Hoy ha sido un día lleno de emociones, y la cereza del pastel era tener que sentir vergüenza por relaciones ajenas para que el día estuviese completo. ¿Edward y yo nos vemos de ese modo? Espero que no, ¡sería demasiado empalagoso!

Mamá se levanta de su silla disculpándose porque tiene que ir al baño. Genial, más minutos incómodos con Irán. El silencio se prolonga en la mesa hasta que él decide romperlo con el chisme que está en boca de toda la escuela.

—¿Edward y tú…?

—Es una larga historia que no pienso contarte —lo corto antes de que pueda siquiera terminar la pregunta. Asiente y se acomoda los anteojos.

—Te dije que no era un mal chico —me recuerda, y por alguna razón siento como si me estuviese diciendo «te lo dije». Bebe un poco de su copa—. He leído todos sus trabajos, y por la forma en la que se expresa sabía que no era un mal sujeto, de lo contrario no te habría dejado solo —aclara—. Si soy sincero, creí que ustedes dos iban a entenderse bastante bien. Y funcionó.

Blanqueo los ojos.

—No solo maestro, ahora también Cupido al parecer —respondo de forma irónica y frunzo los labios por haberle contestado así. Respiro—. Usted apostaba a que Edward era una buena persona, y si no hubiera sido así, ahora estaría visitándome en el hospital.

Termino reprochándole. No puedo evitarlo, él sabía que estaba asustado y aun así me dejó fuera del aula. Irán no se toma a mal mi comentario, se mantiene sereno.

—Créeme, a veces puedes conocer más a una persona por lo que ella escribe que por lo que los demás dicen —sincera—. Nunca juzgues a una persona por lo que supones saber de ella, al final solo son eso, suposiciones. Quédate con las impresiones que tú comienzas a formar a medida que la conozcas.

No sé si me está aconsejando o si me está regañando, no obstante, sí que tiene razón. Dejo de estar a la defensiva y asiento a sus palabras. Habría preferido mil veces que me dijese eso el día que estaba asustado a que me lo dijera hasta hoy. Y, hablando de Edward, hay algo que tengo que pedirle a Irán.

—Ya que te gusta mucho lo que Edward escribe —comienzo, con duda—, ¿existe la posibilidad de que pueda darle una oportunidad en el periódico?

—No —contesta, tajante—. Las inscripciones se cerraron hace

mucho y no necesito a más personas.

—Por favor, nunca le pido nada, solo… No digo que deba aceptarlo, solo darle la oportunidad. Si no le parece lo que escribe, aunque lo dudo, no lo acepte, solo dele una chance. Por favor —suplico tal como hice aquella vez en el aula.

Él parece pensarlo.

—Está bien —accede y festejo para mis adentros—. Dile que quiero su mejor trabajo el lunes en el aula al finalizar las clases. Pero eso no significa que esté dentro.

—Gracias Irán.

Sonrío a lo que él hace su mejor intento de darme una sonrisa.

—Me alegro —masculla y no comprendo—. Me alegro por ambos —agrega—. Congenian muy bien, eran lo que necesitaban.

No sé a qué se refiere con exactitud, pero lo que sí sé es que, para bien o para mal, Edward ha llegado a cambiar mi vida.

10: Avanzar y retroceder

—¿Cuánto sacaste?

Veo con detenimiento la hoja en donde están mis calificaciones de los exámenes de todas las asignaturas y alzo la mirada hacia Jean.

—Un ochenta en casi todas, en Matemáticas obtuve un setenta —respondo, frunciendo los labios.

Arruga la nariz.

—Lo sien…

—¡Nunca había sacado una calificación tan alta! —chillo, emocionado. No pude seguir reteniendo la felicidad en mi pecho.

Es la primera vez que me va tan bien en los exámenes, incluso esforzándome. Aunque me gustaría decir que el mérito es mío, no es así. Todo es gracias a Edward y su ayuda en la primera semana de esta catástrofe. Cuando yo me esfuerzo no me va así de bien. Sus apuntes, su forma de enseñar y su paciencia hicieron que obtuviera estas increíbles calificaciones. En verdad es un tutor maravilloso.

Jean suspira con alivio y comienza a guardar sus cosas en el casillero para poder ir a la cafetería. Lo espero, recargado en alguna de las tantas taquillas, y saco mi celular para buscar el número de mi novio falso.

—Voy a escribirle a Edward.

Digo en voz alta a la par que comienzo a escribirle un mensaje en el que le aviso que me ha ido bien en los exámenes gracias a él y su ayuda. Le adjunto una foto de mis notas y luego me tomo una con los pulgares alzados. Como no me gusta cómo he salido en la foto, vuelvo a sacarme otra y, de igual forma, tampoco me convence. ¿Por qué no soy fotogénico? Ni de broma pienso mandarle una imagen en la que salgo mal.

Me acomodo el cabello antes de tomarme la tercera fotografía.

—Solo amigos —articula Jean, y no sé si está hablándome a mí o a alguien más.

Lo veo y lo encuentro subiendo y bajando las cejas, sabrá Dios en qué estará pensando. Golpeo su hombro con mi puño, lo que causa que él se eche a reír.

—Sí, solo somos amigos —corto cualquier loca idea que pueda tener en su cabeza.

Sus cejas se arquean y asiente con lentitud, de forma sarcástica. No cree en mis palabras. Ignoro sus gestos y le envío las fotos a Edward esperando a que responda mis mensajes, muy a mi pesar, él dejó de

estar en línea desde hace ya varios minutos. Suspiro.

Hoy inicia la suspensión de Edward y finaliza mañana. No lo veré hasta el jueves. No es que vaya a extrañarlo, solo que una parte de mí ya se estaba acostumbrando a la idea de estar juntos en la escuela. De todas maneras, no hemos dejado de mensajearnos en ningún momento. Me alegra saber que, más allá de tener que fingir frente a los demás, nuestra relación no se basa solo en aparentar, mantenemos lo que sea que tenemos aun si los demás no van a vernos.

—Es horrible que él haya sido expulsado dos días —comenta y asiento a sus palabras. Le conté a mis amigos lo que sucedió y estaban igual de furiosos que yo—. No te preocupes por lo que dirán las personas, nos encargamos de ello.

—¿Qué hicieron? —Dejo de ver el celular para poner toda mi atención en él.

—Nada malo, lo prometo. —Sonríe, inocente—. ¿Aunque inventar rumores de que Diego te golpeó porque es homofóbico es algo malo? No lo creo —se responde él mismo antes de que pueda protestar—. Es broma vale, ese ciclo debe terminar, pero estuve a punto de hacerlo hasta que recordé a Edward.

Doy otro asentimiento. Diego es un estúpido, pero jamás desearé que reciba el mismo acoso que Edward, sé que no debió de haber sido fácil para él, y también puedo apostar que a Edward tampoco le gustaría que hiciéramos lo mismo que le hicieron.

—Pero esparcí el rumor de que los pies te huelen mal —Jean pasa su mano por mi hombro, atrayéndome a él y le doy una mirada asesina por sus palabras—. Es broma, dije que un grupo de personas que nadie conoce los acosó, y que tu novio te defendió, que se peleó con muchos para protegerte. Ahora los demás creen que eres la víctima y que Edward es el héroe, de nada, ya me debes varios favores.

Pongo los ojos en blanco, no puedo creer que me ha dejado como la víctima que no pudo defenderse cuando yo fui el que metió las garras, con miedo, pero las metí. Sin embargo, las personas de la escuela me trataron diferente hoy, no sabía por qué me sonreían en los pasillos y me miraban como si fuese a romperme, pero creo que ya sé la razón. Jean tiene más amigos que yo debido a que juega en el equipo de básquetbol de la escuela y porque es más social, si él soltó algo como eso toda la escuela debe saberlo ya, tiene mucha influencia en las personas. Pese a que no me gusta admitirlo, a veces es bueno tenerlo de amigo.

Quito su mano de mi hombro y me dispongo a caminar a la cafetería. Él apresura su paso para alcanzarme mientras lo escucho maldecirme en voz baja.

—Un gracias no vendría nada mal —ironiza, y esta vez sí

concuerdo en cierta parte con él.

Tomo una bocanada de aire antes de agradecerle. Quiero a Jean, pero no voy a negar que darle las gracias es tener que tragarme el orgullo, sobre todo porque él te lanza una mirada presuntuosa cuando lo haces.

—Gracias por meter las manos al fuego por mí y por Edward.

—¿Qué dijiste? ¿Puedes repetirlo? —Lleva su mano hacia su oído, como si no hubiese escuchado lo que dije. Vuelvo a golpear su hombro y se ríe—. Edward es tu… lo que sea que sea, teníamos que ayudarlo.

—Mi amigo —aclaro. Él chasquea la lengua.

De repente, mi celular vibra. Debe ser Edward. No dudo en desbloquear la pantalla y esbozo una sonrisa al mirar que sí es él y que no solo me ha felicitado por mis calificaciones, sino también me ha mandado una foto de él en lo que parece ser un jardín con su mascota sobre sus piernas. Tiene puesto su pijama y una sonrisa de oreja a oreja aparece en su rostro.

—Y eso, señores y señoras, es la sonrisa de alguien que recibe un mensaje de un «amigo» —Jean vuelve a molestarme con ese tema haciendo énfasis en la última palabra.

Bufo y le contesto rápido a Edward. Le envío varios stickers seguidos de un «quiero conocer a tu mascota». Bloqueo la pantalla antes de que me quede esperando su respuesta como un idiota. Volteo a ver a Jean de mala gana.

—No seguiré con este tema, somos amigos, muy buenos amigos, ¿dos chicos no pueden llevarse bien sin que crean que tienen algo más que una amistad? —inquiero.

—Andy, te conozco tan bien para saber que la sonrisa que tienes no es la misma que me das a mí o a Oliver. Es la que pones cuando sueles ver a Heather. Pero si dices que son amigos, vale, dejo de molestarte. —Alza sus manos en son de paz e ignoro sus primeros comentarios. Lo odio tanto—. Hablando de Heather, la invité a comer con nosotros.

Me detengo en medio del pasillo y echo una mirada para ver si no pasaban muchas personas, al ver que no, chillo muy emocionado y tomo a Jean de los hombros, zarandeándolo. ¿Él hizo eso? Dios, ya no lo odio tanto, me retracto de decir que lo odio, es el mejor amigo que pueda existir sobre el planeta, sí, es egoísta y manipulador, pero dejemos ese detalle para después.

—Jean, te beso el cerebro —lo miro emocionado. No me veo, pero sé que debo estar soltando brillitos o ese tipo de mierdas que ponen en los animes cuando alguien está feliz—. ¿Cómo lo conseguiste?

Me aparta de un pequeño empujón, al pobre lo dejé mareado, pero es su culpa por decirme eso.

—A diferencia de ti, yo sí soy su amigo —me recuerda y bufo,

también soy su amigo, no tan cercano como él, pero lo soy—. Y no has oído la mejor parte —esboza una sonrisa—. Escuché que se peleó con su grupo de amigos, porque, ¿adivina?, te estaba defendiendo de lo que decían de ti.

Ahora sí que no contengo el gritito que se me escapa de los labios. Ya está, puedo morir en paz. Si hubiera sabido que ser novio de Edward iba a hacer que ella se acercara más a mí, desde hace mucho me hubiera confundido de casillero.

Estoy tan feliz que ya nadie puede arruinar este día. Jean se aleja de mí, en plan «no te conozco».

—¿Heather hizo eso? —pregunto una vez que calmo mi emoción. Sigo sin creer que ella haya hecho eso.

Hablarme y decirme que no haga caso a los malos comentarios es una cosa, pero que me haya defendido de sus amigos a tal punto de pelearse con ellos... ¡Voy a explotar de la felicidad!

—Varios favores y el dinero que me debes por correrme de tu casa, no te preocupes, te lo recordaré cada día.

Estoy demasiado feliz que asiento de forma obediente, ni siquiera me tomo el tiempo de contradecirlo. A este punto puedo darle hasta mi casa si me lo pide, no me importa, no después de lo que acaba de hacer por mí, es más, le beso los pies.

Comenzamos a caminar de nuevo a la cafetería, yo más entusiasmado que Jean, y la razón es evidente. Heather estará con nosotros hoy y, para mi fortuna, hoy me he arreglado, no soy egocéntrico, pero duchado me veo como nuevo, además me eché suficiente perfume, así que también debo oler bien. Parece que la vida está comenzando a sonreírme otra vez. «Lamento mucho haberte culpado de todo Miren Amiano, descansa en paz ahora».

Al llegar a la cafetería buscamos una mesa para sentarnos, pero logramos visualizar a Karla en una de ellas junto al amor de mi vida, Heather. Ay, eso sonó un poquitín raro. Me echo un vistazo, verificando si me veo bien, y asiento, aprobando mi aspecto. Hoy es de las pocas veces que me siento guapo, además, gracias a lo que he aprendido de Edward puedo decir que no voy a arruinarlo con Heather o que seré capaz de decirle hola sin miedo.

Veo a Heather llevarse la barra de cereal a su boca y suspiro. Hasta comiendo se ve linda.

Jean me da un golpe en la cabeza para que me apresure a caminar y me quejo por esa acción, sin embargo, hago caso. Se supone que tenemos que ir a comprar nuestro almuerzo, pero me gasté el dinero para tomar el transporte público, así que al menos yo no voy a comer hasta llegar a mi casa. Si Edward estuviera aquí diría algo como «¿no tienes dinero para el almuerzo? No te preocupes, invito yo», aunque si él me hubiera recogido en la mañana no hubiera gastado el dinero.

Me detengo en seco. ¿Por qué estoy pensando en él en un momento como este?

«Edward sal de mi cabeza por favor, gracias».

—Hola.

Escucho que me saludan y tengo que parpadear un par de veces para darme cuenta de lo que está pasando. Ahí es donde caigo en cuenta de que Heather me ha saludado y que estoy frente a la mesa, a unos cuantos pasos, paralizado, mirando un punto fijo de ella. Hago un esfuerzo sobrehumano para no avergonzarme y le sonrío.

—Me alegro de que comas con nosotros.

Digo con completa sinceridad y me aproximo a tomar asiento frente a ella. Heather me regresa la sonrisa con afabilidad. Bien, solo debo recordar todo lo que Edward me ha enseñado en estos días y, si todo se pone raro, solo debo imaginar que Heather es Edward para sentirme en confianza. Asunto resuelto.

—Y yo me alegro de que estés bien. —Me escudriña con sus grandes ojos azules y grito en mis adentros. ¿Está feliz de verme? *Omaigash*—. Diego es un estúpido, tiene mierda en lugar de cerebro. Espero que tu novio esté bien.

—¿Qué novio? —pregunto sin querer, porque estaba muy emocionado de que ella estuviese feliz de verme.

Heather frunce su ceño y por alguna razón siento que la he cagado.

Gracias al cielo divino, Jean interrumpe la conversación al ver que he metido la pata.

—Lo dice porque Edward no está aquí. —Lleva las manos a sus ojos, como si fueran binoculares, y voltea a ver a todos lados—. ¿Ves? ¿Qué novio? No hay nadie ahora mismo.

Suelta una risita fingida y me uno a él mientras Heather y Karla nos ven como si estuviéramos locos.

—Ah, sí, mi novio. —Fuerzo una sonrisa.

—La relación de ambos es tan envidiable —menciona Karla, tomando un poco de su bebida y haciendo que Heather no le dé importancia a que yo haya olvidado a mi novio—. Si no tengo una relación así no quiero nada.

—Nadie quiere estar en una relación contigo de todos modos —Jean se burla de ella y Karla le saca el dedo medio.

Yo solo puedo pensar en un «aquí vamos de nuevo».

—Ni con un idiota que apenas sabe cómo respira —se defiende—. No sé de qué hablas, si tú tampoco estás en una relación. Oh, espera, ¿sí tienes una? —Lo mira suspicaz, con los ojos entrecerrados.

—No, estoy feliz y soltero, enamorado de la vida.

Jean le mantiene la mirada y tanto Heather como yo nos quedamos en plan, «uh, chisme». Volteo a verla y noto que está bebiendo de su refresco sin quitar los ojos de la pequeña pelea que tienen, siente mi

mirada y gira a verme, estoy a punto de ver hacia otro lado, pero recuerdo a Edward y no lo hago, solo le sonrío con amabilidad mientras ella hace lo mismo.

Se aleja un poco de Karla y se acerca a mí, apoyando sus codos en la mesa.

—¿Es normal que peleen? —pregunta al observar que se están diciendo de todo y asiento con desgana.

—Sí, pero te acostumbras.

Ella voltea su cabeza en dirección a ellos y los mira unos segundos. Aprovecho ese momento para ver su perfil, no puedo con la linda nariz y mandíbula que tiene, es demasiado perfecta.

—Son signos de tierra, eso es obvio —insinúa sin quitarles la mirada, y me sorprendo porque sí lo son, bueno, al menos Karla.

Karla resopla con fuerza.

—Es más fácil hablar con una roca que contigo —le dice a Jean y se voltea a Heather, ignorando a Jean—. Como te decía, Heather, la relación de Edward y Andy es muy linda, ¿viste sus *stories*? Fueron a una cafetería de anime juntos.

Quiero tomar la bebida de Heather y lanzársela en la cara a Karla por haber interrumpido nuestra conversación y por mencionarle que salí con Edward. ¿Cómo se supone que voy a gustarle si le habla de mi novio falso?

—No lo sigo en Instagram, pero lo haré ahora.

Contesta, sacando el celular de su bolsillo y aprieto los labios. ¿Va a seguirme en Instagram? Sin duda hoy ha sido el día más feliz de mi vida. Retiro todo lo que dije de Karla, gracias a ella ahora me va a seguir, aunque si lo hace verá mis fotos extrañas. Me pongo nervioso de repente. Debí haber eliminado mis publicaciones desde aquella vez que Edward comenzó a seguirme.

—El amor acaba tarde o temprano —Jean habla de nuevo—. Y cuando eso sucede, nuevas oportunidades, nuevos amores, conocer nuevas personas, a otros chicos u otras chicas —alza la voz para que Heather lo escuche a la perfección y ella levanta la mirada de su celular a Jean—. Andy dijo perreo pa' los nenes, perreo pa' las nenas.

Le sonrío a Jean por decir eso. Al menos Heather ya sabe que me gustan las chicas y no los chicos, bueno, que me gustan ambos, ella no sabe que mi relación es falsa.

—Cállate Jean, no desanimes a Andy. —Karla lo señala con su dedo y me mira—. No le hagas caso, si se aman de verdad entonces no tiene que acabar.

¿Cómo te explico que cuento los días para que nuestra relación se dé por terminada y así pueda salir con Heather?

—Solo decía —Jean se encoge de hombros—, puede que en algunas semanas esté soltero de nuevo, así es la vida. —Lleva un poco

de la ensalada que compró a su boca—. ¿Y tú, Heather? ¿Hay alguien que te gusta?

Si hubiera estado tomando agua, hubiera escupido todo. ¿Cómo se atreve a preguntarle algo así? ¿Y frente a mí? No obstante, no voy a negar que yo también tengo curiosidad.

—¿Yo? —inquiere con los ojos más que abiertos, no se esperaba que Jean le preguntara eso. Este asiente y Heather carraspea—. Bueno, se puede decir que sí hay alguien, pero no creo que me guste... solo me interesa. Aunque tiene pareja, así que no va a funcionar.

El corazón se me desboca y siento que la piel se me eriza, ¿esa persona puedo ser yo? Es decir, no quiero ilusionarme ni nada por el estilo, pero me ha descrito a la perfección. Hablamos un par de veces y tengo pareja, es una buena señal. ¡Es una muuuy buena señal!

—Puede que terminen y boom, se enamora de ti —Karla la anima y asiento con efusividad, dándole la razón.

Heather no dice nada, solo sonríe. Nadie puede verme, pero en el fondo estoy gritándole a Heather que no se rinda con esa persona porque, si soy yo, estaré soltero públicamente en dos semanas y un día. Sí, cuando dije que tengo los días contados es porque los tengo de verdad. No en un mal plan, estoy feliz de ayudar a Edward, sin embargo, no voy a mentir, quiero salir con Heather y que él y yo sigamos siendo amigos.

Luego de eso y de una plática extraña entre Karla y Jean, el receso termina. Gracias a todos los cielos pude mantenerme a un buen nivel con Heather. Eso se traduce como que no me puse nervioso, ni tampoco tartamudeé o sudé. Hoy avancé muchísimo con ella, espero seguir haciéndolo en lo que resta de la semana. Las siguientes horas fueron igual o más aburridas que las primeras. El celular se me descarga, así que no pude ver si Edward me respondió. Tampoco es como si me importase mucho en ese momento.

Al finalizar las clases, salgo de la escuela junto a Jean y Oliver para tomar el autobús. Oli ayudó a los chicos de teatro con algunos dibujos que ellos querían que hiciera en el receso, por lo que apenas ahora ha podido ver sus notas. Le fue un poco peor que a mí.

—Bueno, la intención es lo que cuenta —se excusa, despreocupado, y sonríe—. ¿No vas a darme un premio por salir tan bien, bonito?

Toma a Jean de los hombros, molestándolo. El susodicho hace una mueca de asco y lo aparta de un manotazo.

—¿Premio? ¿Por sacar un cincuenta? —cuestiona con mofa—. Sigue intentándolo.

—¿Dices que sí vas a besarme si mejoro? —pronuncia, con fingida emoción.

Ruedo los ojos por la escena. Si mi celular no se hubiese

descargado no tendría que estar soportando esto.

Jean bufa.

—Ya —gruñe, a lo que Oliver se echa a reír.

Me mantengo fuera de su ridícula escena y veo los autobuses que pasan por la parada. Ninguno de ellos es que el tomo ni los que el par toma. Si bien vivimos en diferentes lugares de la ciudad, aquí es donde pasa la mayoría de los autobuses. Jean y Oliver van al mismo destino y yo, por otro lado, debo tomar uno hacia el centro y luego otro hacia mi casa. Sí, tengo que tomar dos, para mi desgracia.

Tarareo una canción en mi cabeza para matar el tiempo y dejo de hacerlo en cuanto veo que un automóvil blanco se ha estacionado frente a nosotros. Yo conozco ese auto. De él no tarda en bajarse Edward, quien ya tiene una ropa distinta a la que me mandó en la foto. Tiene una camisa blanca desabotonada, un pantalón negro y unas gafas de sol sobre sus ojos.

Me quedo atónito y mi pulso no tarda en acelerarse.

—Creo que alguien vino a verte —Oliver menciona a mi costado. ¿Oh, en serio?

—Y es solo un amigo —el rubio saca el tema de nuevo y me vuelvo hacia él con las cejas fruncidas para que deje de jugar con eso, y frente a Edward.

El par se ríe de mi reacción y, sin esperar a que digan algo más, me acerco al auto dando zancadas.

—Viniste a recogerme —comento sin poder ocultar la sorpresa en mi voz.

—Te escribí, pero al parecer los mensajes dejaron de llegarte —explica con una sonrisa—. Iba a hacerlo temprano también, pero si soy honesto me quedé dormido.

Suelto una pequeña risa. míster responsable también es la clase de persona que puede quedarse dormido y olvidarse de ciertas cosas, quién lo habría imaginado. Hago un ademán para restarle importancia. No me importa que no me haya recogido en la mañana, ni tampoco que esté ahora conmigo, lo que sí me importa es la intención. No puedo creer que haya venido hasta acá para llevarme a casa. No tenía que hacerlo, los demás ni siquiera nos verán. ¿Por qué se empeña en hacer cosas de novios cuando no tenemos que fingir?

Sé que es alguien amable, pero esto lo rebasa.

—Entra —indica ante mi silencio. Mantiene su sonrisa y luego pasa su mirada al par que está viéndonos como si fuésemos la novela de las cinco. Ellos apartan la mirada de inmediato—. ¿Quieren que los lleve a casa?

El dúo de bobos se mira un instante y luego niega con la cabeza.

—Tenemos que hacer algo antes, vayan ustedes, pero gracias —Jean se excusa y ni siquiera sé por qué lo hace. Tal vez no quiere

aprovecharse de la amabilidad de Edward.

Como ellos se han negado, me despido del par con una mano e ingreso al auto de mi novio falso. Una canción de Harry Styles me recibe ahí dentro y hago mi mayor intento por reprimir una sonrisa.

—Creía que solo harías esto porque tienes que fingir —digo una vez que él arranca el auto. Me echa un vistazo a través del retrovisor.

—¿Por qué tendría que fingir contigo? En ningún momento lo he hecho.

Y boom, el mosquito que siempre hace que diga este tipo de cursilerías lo pica de nuevo. Bajo la mirada hacia mis manos y, a pesar de que traté de no sonreír, fue imposible no hacerlo con su respuesta. Una calidez me llena el pecho y mi descontrolado corazón comienza a latir con muchísima más fuerza, por lo que tengo que llevar mi mano hacia ahí con el fin de apaciguar mis latidos. Solo espero que él no note el efecto que sus palabras han tenido sobre mí.

—¿Cómo estuvo tu día? —inquiere al no obtener respuestas de mi parte. Trago duro y me obligo a mantener la calma antes de girar a verlo.

—Bien —contesto, borde, hasta que recuerdo lo que sucedió en la hora del receso. Lamo mis labios secos—. Más que bien en realidad, hoy pasó algo genial. Heather se sentó con nosotros en el almuerzo.

Quiero sonreír por ese recuerdo, sin embargo, no me siento tan emocionado al decírselo.

Él se queda en silencio un instante.

—Eso es grandioso. —Sonríe—. ¿Pudiste hablarle?

—Sí —asiento también con la cabeza—, todo es gracias a ti. Practicar contigo hace que pueda hablarle, gracias, Edward.

—Me alegra, Andy.

Después de eso volvemos a quedarnos callados y por alguna razón siento que el ambiente se siente tenso. Creía que ya habíamos pasado la fase de momentos incómodos, pero tal parece que aún seguimos ahí, no importa si ya han pasado casi dos semanas. Me remuevo en mi asiento y trato de buscar algún tema de conversación.

—A este paso creo que podremos llevarnos bien —continúo con el mismo tema del que estábamos hablando antes de que nos quedaremos en silencio—. ¿Crees que debería invitarla a comer?

—Por supuesto —se limita a decir.

—¿A dónde debería llevarla? —pregunto, pensativo, acto seguido una idea viene a mi cabeza—. ¿Y si la invito al café al que fuimos?

Él junta las cejas.

—Creo que deberías preguntarle a ella a dónde quiere ir —sugiere —. Un sitio para los dos, tal vez quiera ir a otro lado, no olvides que también es importante que Heather, o quien sea, esté cómoda.

Asiento. Sí, lo olvidaba. La comodidad era una de las cosas de las

que me habló.

—Gracias Edward —sonrío de nuevo—. Serás el padrino de boda —intento bromear, pero solo me regala una sonrisa que, para mi gusto, fue demasiado forzada.

—Las bodas no son lo mío, pero te mandaré un regalo y una postal —me sigue el juego, y eso hace que me sienta aliviado. No quiero volver a estar tenso con él.

Nos pasamos los siguientes minutos hablando de su día, el que, según él, fue bastante aburrido. Solo míster responsable podría decir que no ir a clases es aburrido. Después le comento sobre lo que Irán que me dijo en la cena de ayer y eso lo anima bastante. La sonrisa que me da no se compara con nada en el mundo. Me alegra poder ayudar, aunque sea un poco. Finalmente, no tardamos en llegar a mi vivienda y luego de despedirme de él y de agradecerle por traerme a casa entro a casa. Lo primero que hago es cargar mi móvil, al encenderlo veo algunos mensajes de Edward en los que me decía que vendría por mí. Curvo mis labios en una sonrisa. Demasiado tarde, pero al menos llegó a tiempo.

Le escribo esa noche y en la mañana siguiente, pero Edward ni siquiera lo ve. No me preocupo en ese momento porque entiendo que tenga cosas que hacer, solo me parece un poco extraño que, siendo él una persona que responde con prisa, no haya visto los mensajes. El día transcurre bastante normal, de hecho, hasta le mandé mensajes en broma felicitándonos por nuestras dos semanas de novios falsos, no obstante, tampoco recibo respuesta, lo peor es que solo obtengo una palomita en WhatsApp, la de enviado, pero no la de recibido, a diferencia de los que mandé con anterioridad, esos sí que estaban marcados por las dos palomitas.

Siento que hemos avanzado y retrocedido al mismo tiempo.

El día finalizó, y aunque no quería decirlo, me preocupaba un poco que Edward no me escribiera, él no es así, él me hubiera mandado un mensaje disculpándose por no responder, pero no lo hizo. No le di más vueltas y traté de dormir, pero no pude. Ahora, que es de madrugada, me digo a mí mismo que no sirve de nada estar preocupado, mañana él vendrá por mí y me dirá que se quedó sin batería o una cosa así mientras que yo me imaginaba lo peor. Voy hacia la cocina sin hacer ruido porque son las doce y mamá debe estar durmiendo. Tomo un vaso para servirme un poco de agua. Siempre me ha dado miedo bajar para beber, principalmente porque soy un miedoso de mierda, pero tenía tanta sed que no podía dormir. Le echo la culpa a la sed, pero la preocupación es la que no me deja dormir.

De repente, alguien toca la puerta principal con cautela y doy un pequeño brinco haciendo que el agua se me caiga. Mi corazón late a toda prisa, ¿quién demonios está tocando a esta hora? No,

probablemente estoy tan asustado que imaginé ese ruido.

Apago la luz de la cocina y me guio con la lampara de mi celular para caminar hacia las escaleras y correr a mi habitación antes de que algo malo pase, pero la puerta vuelve a sonar. Trago saliva y camino hacia la puerta, estoy haciendo exactamente lo mismo que hacen los tontos protagonistas de las películas de terror. Hago a un lado la cortina y me asomo un poco por la ventana para ver quién está tocando, pero la persona me está dando la espalda y tiene puesto un suéter con capucha que no me deja ver su rostro. Además, la poca luz de la calle no ayuda mucho.

Volteo hacia todos lados buscando algo con qué defenderme y encuentro una jarra de cerámica que no dudo en tomar para lanzársela a la persona por si acaso. Estoy a punto de dejar la cortina para regresar a mi habitación, pero cuando la persona voltea de nuevo para tocar, veo su rostro y lo distingo de inmediato.

¿Qué...?

Dejo el jarrón en el suelo con el corazón latiéndome a mil por hora y abro la puerta, quitándole los seguros; cuando por fin lo consigo, veo a un Edward del otro lado, con un gran golpe en su pómulo, su labio roto y lleno de sangre.

11: Los novios se llaman por apodos melosos, parte I

Edward gime con dolor mientras yo, desesperadamente, intento meter esta cosa del demonio en el maldito agujero, sin embargo, los nervios me traicionan y no logro conseguirlo. Dios, ¿por qué cuando quiero que entre rápido no lo hace?

Gruño en voz baja, esta cosa no quiere entrar y no tengo tiempo que perder.

Mis manos están temblando y sudando demasiado debido a los nervios que tengo ahora mismo, y aunque trato de convencer a la vocecita en mi cabeza para que deje de estar tan alarmada, esta parece haber entrado en una crisis nerviosa y no me hace caso, pero no puedo culparla, yo también estoy asustado.

Me preocupan muchas cosas en este momento, y sin importar cuántas veces me diga a mí mismo que no le dé tantas vueltas, al final le doy muchas, como siempre, pensar de más es parte de mi naturaleza. Pero, cómo no hacerlo si, en primera, la condición de Edward dice mucho, en segunda, mi mamá puede despertarse y vernos y, en tercera, todo puede salir mal porque es la primera vez que hago esta clase de cosas.

Respiro hondo, lo que necesito es enfocarme en una cosa a la vez sin pensar en lo demás, porque si sigo así solo voy a romper lo que queda de mi cerebro.

El cable del cargador no quiere entrar en mi celular, que se está muriendo con solo uno por ciento de batería, y los nervios y la adrenalina por todo no dejan que mis manos funcionen a la perfección.

Si mi celular se apaga tengo que esperar a que cargue un poco para que vuelva a encender, y necesito con urgencia seguir viendo el tutorial en YouTube sobre cómo curar un labio roto y cómo bajar la hinchazón en el pómulo de Edward antes de que sus heridas empeoren, así que no puedo permitir que mi celular se apague, y es por eso que estoy tan alterado. Edward, por otro lado, no ha dejado de quejarse por el dolor desde que llegó, lo cual no ha ayuda mucho a tranquilizar mis nervios.

La paciencia y saber trabajar bajo presión no forman parte de las (inexistentes) cualidades que Dios (o quién sea) me dio, todos lo sabemos, yo más que nadie, y la verdad no me importa ser un idiota

que solo sirve para quejarse, pero en estos momentos me gustaría tener aunque sea una maldita cualidad que me ayude a mantener todo en orden.

Ojalá saber meter el cargador en el orificio del celular sea una de mis cualidades, porque lo necesito ya.

Vuelvo a tomar aire para tranquilizarme y celebro en bajito una vez que el cargador entra sin problemas, ya era hora. Reproduzco el vídeo de nuevo mientras que trato de ignorar los lamentos de Edward, sin embargo, es algo complicado de hacer cuando él parece haber subido el volumen de sus quejas. Pongo atención a todas las instrucciones que el chico da y hago una nota mental de lo que debo hacer. La persona que explica el vídeo lo hace de una forma tan sencilla que hasta un tonto como yo puede entenderlo. Gracias al Altísimo que ha sido así, porque de lo contrario no sabría qué hacer y me desmayaría de los nervios.

No obstante, que el vídeo sea fácil de entender no quita el hecho de que estoy angustiado por lo que tengo que hacer. Es la primera vez que ayudo a alguien con sus heridas, y en general también. Si en lugar de arreglar las cosas hago que él termine en una cirugía solo tengo que decir que es su culpa porque vino a la casa del más tonto por ayuda. Eso no fue muy inteligente de su parte.

No sé por qué creyó que venir conmigo era una buena idea. Sé que lo ayudé con los raspones en sus brazos, pero estamos hablando de raspones, no de heridas que si se infectan te puedes morir. En definitiva, no quiero cargar con la muerte de Edward en mi conciencia.

Termino de ver el vídeo y repaso un par de veces todo lo que hizo el chico detrás de la pantalla para asegurarme de que no me he perdido ningún detalle. En eso, Edward suelta otro quejido que me hace olvidar por un momento lo que aprendí. Tengo que tomar aire para no perder la cabeza por la frustración.

—Edward —llamo su atención, conteniendo mi mal humor—, te quiero, pero ¿puedes quejarte un poquitín más bajo? Sé que debe dolerte, pero no puedo concentrarme, y si mi mamá te escucha y se da cuenta de que estás aquí, yo duermo con Juan y tú en la calle, así que quéjate en voz baja, por favor.

Giro mi cabeza para verlo, ya que la conexión para cargar mi celular está debajo de mi escritorio y le estoy dando la espalda. Él está sentado en mi cama, con las piernas cruzadas y el cabello alborotado. Está sosteniendo un pedazo de papel contra su labio para detener el sangrado. El suéter azul que usa le queda un poco grande, por lo que deja a la vista sus clavículas. Además, no sé dónde se ha metido todo este tiempo, pero su cabello está un poco mojado. Y hoy no llovió.

O él sí conoce la palabra «ducharse».

—¡Lo intento, pero duele!

Dice en otro pequeño lamento que ha sonado demasiado fuerte. Mierda Edward, ¿qué parte de «mi mamá puede oírnos» no entendiste? Llevo mi dedo índice a mis labios haciendo un gesto de «baja la voz» a lo que él alza los hombros, despreocupado. Ruedo los ojos.

—No es tan difícil lamentarse en voz baja —le reprocho—, solo muerdes el labio y te quejas con la boca cerrada, mírame con atención y aprenderás.

Asiente, acomodándose en su lugar para verme mejor. Por alguna razón me recuerda al meme de Spider-man chiquito aprendiendo de Spider-man grande. Sigo las indicaciones que yo mismo me di y cuando lo hago un sonido muy —ultra, demasiado— extraño sale de mí y ambos nos quedamos viendo con cara de *whaaat*.

«Mierda, ¿ese ruido extraño salió de mí? Ay, me cago en el puto condón roto de mis padres».

Me quedo atónito con los ojos más que abiertos, no puedo creer que yo haya hecho ese sonido, y lo peor de todo es que lo hice frente a él. Edward está viéndome con mucha atención, tal como le pedí que hiciera. Traga saliva y desvía la mirada hacia otro punto en mi habitación mientras que yo trato de no sonrojarme, no obstante, no soy capaz de controlar mi cuerpo, por lo que mis mejillas terminan enrojeciendo.

—Si hago eso tu mamá creerá otra cosa —menciona, aún sin verme, y le lanzo el rollo de papel a la pierna por haber dicho esa estupidez.

—Pervertido, báñate en agua bendita por favor, en esta casa somos religiosos y creyentes del señor de las aves, no hay lugar para los malpensados.

Juego con él para quitar el peso de lo que acaba de pasar y para no sentirme más avergonzado de lo que ya estoy, pero no me sigue el juego, ni siquiera responde, solo sigue presionando el papel en su labio con tanta fuerza que me preocupa que vaya a hacerse más daño.

Al menos ahora se ha quedado callado. El sonido extraño que salió de mí sin querer (y no tan extraño, porque sé que fue un gemido, pero no voy a decirlo de nuevo) hizo que Edward dejara de quejarse. Vale, ya sé cómo callarlo sin decirle que se calle, pero no haré eso nunca más, ni porque me paguen, fue demasiado vergonzoso.

Edward hace una mueca de dolor y ahí es donde recuerdo que debo dejar de perder el tiempo y debo apurarme. Dejo el celular sobre el escritorio y voy directo hacia el baño para tomar el botiquín de emergencias. Según el vídeo necesito guantes médicos para no infectar el corte del labio, pero no tengo, así que haré como que si ese paso nunca existió en el tutorial. Luego, se supone que tengo que limpiar la

herida con agua, después tengo que evaluar la herida, porque si es profunda necesita puntos, y si no, solo debo ponerle una compresa fría, ungüento analgésico y rezar para que no se muera en el intento.

El último paso lo he agregado yo, pero lo digo muy en serio, espero que todo salga bien, porque todo lo que hago me sale mal.

Regreso con Edward cuando ya tengo el botiquín y cuando he llenado un pequeño vaso con agua. Saco las cosas que van a servirme del botiquín y las dejo sobre sus muslos. Posteriormente, me inclino para poder estar a la altura de su herida. Siento un extraño *déjà vu* porque hace dos días estuvimos en esta posición, solo que él no estaba tan herido y con la graan diferencia de que ahora podía lastimarlo o que los métodos de dudosa procedencia que encontré sean erróneos, lo que haría que Edward termine peor de lo que ya está.

Okey, ahora siento mucha más presión sobre mis hombros. «En nombre del señor de las aves, ojalá lo haga bien, amén».

Tomo una de las gasas que había dejado en uno de sus muslos y le hago una seña para que quite su mano y pueda hacer mi trabajo. Me obedece y me relajo al ver que su labio ya no está sangrando. Agarro el vaso con mi otra mano, no obstante, antes de hacer cualquier otro movimiento, me detengo. No sé si debería hacer que Edward fuera al baño y que se pusiera debajo del grifo o si tengo que pasar la gasa por el agua y limpiar la herida yo mismo, el vídeo no fue específico, y un idiota como yo necesita especificaciones. Yo soy la razón por la que el shampoo trae instrucciones.

Dudo unos segundos, pero al final hago lo que suena menos peligroso. Remojo la gasa en el agua y la paso con suavidad por su labio para no hacerle daño. Él tiene los labios entreabiertos, por lo que el trabajo es más fácil.

Muchas de las chicas de la escuela pagarían por estar en mi posición, es decir, le estoy tocando los labios al mismísimo Edward Rumsfeld, hasta me siento afortunado, en plan «¿puedo poner este logro en mi currículum?», pero al mismo tiempo yo pagaría para no hacer esto.

No lo digo de mala manera, es solo que puedo cagarla y mandarlo a la sala de emergencias si meto la pata, y las probabilidades de que eso suceda son muy altas porque soy un idiota que apenas sabe limpiarse el culo. Mierda, ahora me acabo de asustar más. Mi mano comienza a temblar a causa de mi inseguridad y aprieto los labios. ¿Por qué tuve que pensar en un Edward en el quirófano por mi incompetencia en curar heridas?

Doy un respingo cuando Edward agarra mi muñeca con delicadeza y firmeza. Lo miro confundido porque no entiendo qué está haciendo. Su mano solo se queda en la mía y me sorprendo al notar que me está ayudando a no temblar, supongo que debió haberse percatado de mis

nervios.

—Lo estás haciendo muy bien, Andy, tranquilo.

Susurra un poco ronco, sin apartar su mano de mi muñeca, apaciguando el miedo que siento. Me estremezco al escucharlo. Uno de los atractivos de Edward es su voz, y pese a que ya la he escuchado varias veces, aún sigo alarmándome cuando está más ronca de lo habitual. No es mi culpa, cualquier persona que pueda oírla me entendería.

Por muy raro que suene, sus palabras de ánimo tienen efecto en mí porque mi mano deja de temblar a los segundos. Quiero decirle que diga en voz alta algo como «deja de ser tan imbécil» para ver si así puedo dejar de serlo, pero es obvio que no tiene algún poder para hacer que los demás hagan lo que él quiera, sin embargo, sí que tiene un gran poder sobre las personas, es algo de lo que me he percatado. Su forma de ser, su amabilidad y dulzura hacen que cualquier persona esté a sus pies con solo oírlo hablar. Ahora, por ejemplo, me tiene en sus manos, literalmente.

Asiento con la cabeza para que note que ya estoy mejor y él suelta mi muñeca. Vale, debo dejar el *drama* para otro momento, si hago con exactitud lo que el vídeo decía todo va a salir bien, además Edward está conmigo, él es más listo, si supiera que estoy haciendo algo mal ya me hubiera dicho. Al menos que no sepa y que haya confiado en mí sin siquiera pensarlo, pero dudo mucho eso. Edward no es tan tonto para confiar en mis pocas habilidades, ¿cierto?

Tiro la gasa al suelo y tomo otra para limpiar su herida, solo que esta vez me siento un poco más seguro. Hago el mismo proceso un par de veces más y me sorprendo de que todo esté saliendo bien, las cosas nunca me salen bien a la primera, ¿debería preocuparme?; no, ahora no, solo debo esforzarme en mantener esta buena racha.

Estoy tan concentrado en no arruinarlo que, cuando levanto la mirada, suelto un pequeño jadeo de sorpresa al ver lo cerca que estamos. Mi rostro está a solo centímetros del suyo, a una pequeña distancia que me pone los pelos de punta, sin embargo, lo que hace que el corazón se me acelere es la forma tan profunda en la que Edward me mira. Él tiene sus ojos fijos en mí, como si quisiese saber en qué estoy pensando.

Por pura inercia, imito su acción y lo observo con detenimiento. Me quedo congelado con la imagen que tengo delante de mí: él, con los labios entreabiertos, el cabello cayéndole por la frente, sus ojos verdes más oscuros de lo normal y el pequeño moretón adornando su pómulo y dándole un aire de *badboy*, aunque su personalidad grite todo lo contrario. Él, y solo él, puede estar así de golpeado y seguir viéndose guapo. Muy guapo.

Edward alza las comisuras de sus labios en un intento de sonrisa al

ver que me he quedado embobado y su lindo hoyuelo no tarda en aparecer. De repente, los nervios invaden mi cuerpo por completo haciendo que me quede en Andy-tonto-activado y no logro entender por qué. Siento cómo mi corazón comienza a latir con fuerza y lo único en lo que pienso es en que la manera en la que acaba de sonreírme y la manera tan intensa en la que me ve ahora mismo son las responsables de las olas de emociones que hay en mi interior.

Bajo la mirada de nuevo hacia su labio roto para seguir limpiando y hago un gran esfuerzo para tratar de ignorar nuestra cercanía y para pasar de largo el hecho de que tengo el corazón a punto de salir por la boca porque se siente asfixiado de tantas emociones en mi pecho.

Si soy sincero, solo estoy pasando la gasa por su labio sin saber en realidad lo que estoy haciendo, porque no logro concentrarme, no cuando mis intentos por ignorarlo no funcionan. Aunque trate de engañar a mi cabeza no puedo engañar a mi cuerpo, sé que estoy muy cerca de él porque los pequeños respiros que salen de su boca chocan contra mi rostro, y pese a que le diga a mi cabeza que siga trabajando porque él está lejos de mí, mi cuerpo dice «mentiroso, puedo sentirlo cerca, muuuy cerca».

Siento su mirada sobre mí y mis manos comienzan a temblar como hace rato. Sí, soy un manojo de nervios, pero no por miedo a equivocarme, ni mucho menos porque estoy preocupado por lo que pueda pasarle si no desinfecto bien su herida. Estoy nervioso porque él está viendo cada uno de mis movimientos, porque ahora soy consciente de lo cerca que estamos y porque, aunque intento buscar explicaciones, no encuentro nada en mi cabeza que aclare por qué me siento de este modo con él.

Frunzo los labios y, una vez más, trato de pensar en cualquier cosa que ayude a distraerme, pero, sin importar cuánto me esfuerce o cuánto trate de engañarme, en cada uno de mis pensamientos solo hay una persona: Edward.

Uno de los mechones de mi cabello cae por encima de mi ojo debido a que mi cabeza está inclinada y Edward lo toma con su mano, luego de eso no hace ningún movimiento en los próximos segundos, solo toca mi cabello. Trago saliva, helado. ¿Qué se supone que está haciendo?

Él lleva el mechón detrás de mi oreja y quiero darle las gracias por haberlo apartado, pero nada sale de mi boca, no soy capaz de articular ninguna palabra.

Edward deja su mano justo en mi oreja y suelto la gasa por error debido a que no esperaba que hiciera eso. Estoy tan sorprendido que ni siquiera me agacho a recogerla ni tampoco tomo otra, solo me quedo estático en mi lugar, procesando lo que está pasando. No me siento incómodo por su toque, pero sí confundido. Mi respiración se

acelera cuando veo cómo su manzana de Adán sube y baja porque ha tragado saliva y, sin poder evitarlo, miro de nuevo sus labios, pero no para limpiar la herida.

Los labios de Edward no son finos, ni tan gruesos, son carnosos y de un lindo rosa bajito. El pequeño corte que tiene lo hace ver como alguien intimidante que se mete en las típicas peleas de chicos adolescentes, pero él no es así.

Dudoso, paso uno de mis dedos por su herida, acariciando su labio con delicadeza.

Levanto mi mirada poco a poco, pasando de sus labios hacia su fina nariz, y me detengo hasta que me topo con un par de lindos ojos verdes, aunque, en esta ocasión, sus ojos son más negros que verdes porque sus pupilas están dilatadas. No sé cuánto tiempo nos quedamos viendo como dos idiotas, pero cuando creo que las cosas no pueden ponerse más intensas, Edward lleva su mano a la parte de atrás de mi cabeza, acercando mi rostro al suyo, con lentitud.

Y ahí es donde caigo en cuenta de lo que está pasando.

Me reincorporo de golpe, tirando el vaso de agua al suelo. Suelto una pequeña maldición que pudo haber despertado a mi mamá, sin embargo, ahora mismo es lo que menos me importa.

Veo el charco de agua y el Andy razonable quiere matar al Andy estúpido por haberse dejado llevar por la intensidad del momento. Comienzo a balbucear, sin saber qué decir porque todo lo que ha pasado ha sido demasiado confuso. Mantengo mis ojos en el suelo y me niego a ver a Edward a la cara.

—Yo... Este... Bueno...Voy... Ahora vengo... ¡Iré a la cocina por el hielo!

Le aviso a Edward sin esperar respuesta de su parte y camino fuera de la habitación, casi corriendo. Cuando ya estoy afuera, cierro la puerta con cuidado y apoyo mi espalda contra esta, asimilando todo lo que acaba de pasar hace unos instantes. Llevo mis manos hacia mi pecho y siento que mi corazón está latiendo con tanta rapidez que puede salirse en cualquier momento. Cierro los ojos con fuerza y me quedo ahí durante unos minutos. ¿Qué demonios acaba de pasar?

Me puse tan nervioso porque no dejaba de verme de esa forma, toqué su labio porque... ¡no sé! Soy estúpido. El corazón se me desbocó por todo lo que pasó y al final terminé huyendo porque me pareció que él iba a besarme. Sé que soy un idiota que se imagina cosas sin sentido, pero esto se sintió tan real que es casi imposible que lo esté imaginando, no obstante, por dentro solo pido que sí sea producto de mi imaginación, porque no veo a Edward de ese modo y sería muy incómodo estar con él. Él es mi amigo, es casi como imaginar que Jean quisiera besarme. Dios, en verdad espero haber malinterpretado sus acciones.

Sin embargo, si pienso eso, ¿por qué mi corazón no deja de latir con demasiada fuerza?

Agh, no es tiempo de meterme ideas tontas en la cabeza, todo ha sido un malentendido, Edward no me ve de esa forma y yo tampoco, lo que acaba de pasar no es más que... dejarse llevar por el momento, sí, eso.

Tomo una bocanada de aire y golpeo mis mejillas con mis manos para disipar todos mis pensamientos y emociones. Es un mal momento para pensar en eso, necesito enfocarme en lo único que importa ahora: Edward y sus heridas.

Decidido a no pensar en lo que sucedió, camino hacia las escaleras, apoyándome en las paredes ya que todo está demasiado oscuro y no puedo ver casi nada. Estaba tan nervioso y tan ansioso por salir huyendo que ni siquiera tomé mi celular para usar la linterna.

Trato de no hacer mucho ruido y casi me cago cuando uno de mis pies se hunde. Vale, ya he encontrado el primer escalón. Si hubiera ido con más velocidad seguro me rompía todo. Comienzo a bajar con mucho cuidado para evitar caerme y todo mi cuerpo se relaja cuando siento que he bajado el último escalón. He sobrevivido, por ahora. Voy hacia la cocina, o lo que creo que es la cocina, y choco con una pared que me saca el aire y un gran quejido. Si solo por golpearme me he quejado como si me hubiera clavado un cuchillo, no puedo ni imaginar lo que siente Edward, y yo que le pedí que se callara. Upsi.

Una vez en la cocina, busco el interruptor como puedo, cuando lo encuentro y lo aplasto, la luz no tarda en hacerse presente. Suelto un suspiro. Por un momento me sentí como en la película *Bird Box*, y no fue una experiencia muy linda que digamos. Lo único bueno que tengo que rescatar de esto es que mi mamá no se ha levantado, ni por el vaso que tiré al suelo ni por mi quejido al golpearme, el trabajo debió haberla dejado agotada, porque ella suele ser de las que tienen el sueño ligero, con cualquier pequeña cosa se despierta. Hoy no fue de esas noches, eso es bueno. Me acerco al refrigerador con rapidez y tomo una bolsa de hielo del congelador para poder salir de aquí lo antes posible.

—¿Andy? —escucho la voz somnolienta de mi mamá detrás de mí y cierro los ojos por un instante mientras trago saliva. Mierda, eso me pasa por festejar antes—. ¿Qué haces despierto?

Dudo un instante antes de girar sobre mis talones e intento mantenerme sereno para no arruinarlo y terminar en aprietos. No soy bueno mintiendo, y sé que no suena creíble después de haber dicho tantas mentiras en la semana, sin embargo, esa es una de las pocas verdades que he dicho, no sé mentir. Sí, miento, pero son mentiras tontas, ninguna de las que he dicho son buenas.

—Tenía hambre —me excuso con rapidez—. El hielo es muy rico y

así no subo de peso, es un snack delicioso de madrugada, saludable y de bajas calorías, de hecho, hay un TikTok que lo confirma.

Ella junta las cejas, bostezando. Aunque parece que está muriendo de sueño y que se ha tragado mis mentiras, en realidad debe estar analizando cada una de mis palabras para descubrir lo que le oculto. No debo bajar la guardia. Tomo uno de los hielos y lo llevo a mi boca para que crea en mi no tan pequeña mentira, pero ella ni siquiera me pone atención por estar bostezando.

—Oí ruidos, y...

—Oh sí —interrumpo mientras pienso en otra excusa—, es que estaba practicando... una coreografía de K-pop. —Sonrío, nervioso, en realidad nunca he escuchado ni una sola canción de ese género—. También la vi en TikTok, te paso el link si quieres. —Guardo silencio por lo que he dicho—. Perdón por levantarte.

Mi mamá cierra los ojos y los abre de golpe, como si se hubiera olvidado de que no estaba en la cama. Solo niega con la cabeza, agita su mano en plan «lo que digas rarito, haz lo que quieras, tatúate la cola, no me importa, es mi hora de dormir» y da la vuelta otra vez, regresando a su dormitorio.

Gracias al cielo que estaba más dormida que despierta, porque de lo contrario iba a hacer más preguntas que me iban a poner en evidencia. Volteo hacia el refrigerador y tomo otra bolsa de hielo, estoy a punto de irme, pero recuerdo que el vídeo menciona que no puedo poner el hielo directamente en la herida, por lo que tomo dos toallas de cocina. ¿Quién iba a decir que iba a aprender muchas cosas hoy?

De regreso a mi habitación no hago tanto ruido, ya he despertado a mi mamá una vez, no pienso hacerlo dos veces. Tuve suerte a la primera, pero una segunda vez será mi condena, *nuestra* condena, mejor dicho; Edward también está más que involucrado. Cuando llego a mi cuarto siento que puedo respirar con tranquilidad, sin embargo, una vez que abro la puerta y veo a Edward limpiando con un poco de papel el agua que cayó al suelo por mi culpa, la tranquilidad se transforma en nervios, de nuevo.

Hoy en el top «diez personas más nerviosas del mundo», puesto número uno: yo.

Ni siquiera sé por qué me pongo de este modo, ya he llegado a la conclusión de que lo que pasó fue solo un error, un malentendido. No tengo razones para sentirme nervioso con él, es decir, sé que hice cosas vergonzosas, como tocarle el labio y verlo embobado, pero son cosas que le pasan a cualquiera, lo normal.

Edward voltea a verme porque la puerta ha hecho un poco de ruido y me quedo inmóvil cuando sus ojos se conectan con los míos.

Él no tiene la culpa de que yo sea un tonto que no sabe cómo

reaccionar a las cosas, ni tampoco de que yo sea alguien que malinterpreta todo, así que no debo dejar que se vea perjudicado por mí y mi actitud nerviosa. Llevo aire hacia mis pulmones, armándome de valentía, y le sonrío para que vea que todo está bien. No obstante, él no me devuelve la sonrisa, solo agacha la cabeza y sigue limpiando, como si yo no estuviera ahí.

Mi sonrisa se desvanece poco a poco y cierro la puerta detrás de mí, confundido. ¿Está molesto conmigo? ¿Y si él malentendió las cosas y creyó que lo iba a besar y siente asquito de mí? ¿Y si cree que yo siento asquito de él? ¿Y si...? ¡Agh! Dios, ni siquiera me entiendo a mí, mucho menos a Edward.

Decido pasar de largo sus acciones, así como él decidió pasar de las mías, y pongo cada una de las bolsas de hielo en las toallas para ponerlas en las heridas de Edward y así poder terminar con esta mierda lo antes posible. Camino hacia él y espero a que termine de limpiar el desastre que he hecho. Una vez que termina, lleva el papel hacia el bote de basura, ignorando mi presencia, sin tratar de ocultarlo o de no ser tan obvio. Esto es un poco incómodo, la verdad.

Cuando se sienta en mi cama de nuevo, le doy una compresa (o intento de compresa) para que se la ponga en su labio, él la agarra y la lleva hacia su pómulo, por lo que, para mi desgracia, a mí me toca tomar la otra y presionarla en su labio. ¿Tenemos que pasar por lo mismo que hace rato? No creo estar listo y tampoco quiero estarlo.

Tomo algo de aire y me inclino hacia él en la misma posición. Trato de que mi mano no tiemble para que no note que sigo afectado por lo que pasó. Esta vez sí lo consigo y oculto una pequeña sonrisa de satisfacción. Lo sabía, solo estaba nervioso por la intensidad de ese momento, no porque sintiera algo.

Nos quedamos en esa posición sin decir nada, como si fuéramos unos completos extraños, y no voy a negar que se siente raro, sobre todo porque estábamos bien antes, ¿en qué momento todo se puso de este modo? Creo que todo comenzó ayer, ni siquiera se tomó el tiempo de leer o de contestar mis mensajes. Estaba demasiado preocupado por él, creía que le había pasado lo peor, y cuando creía que mi preocupación no podía aumentar, de la nada aparece golpeado, sin decirme por qué. Después de todo, creo que sí somos un par de extraños, o al menos él lo es para mí.

Alzo la mirada para ver a Edward, pero él tiene sus ojos fijos en el techo de la habitación, sin querer mirarme. Aprieto mi puño, hay tantas cosas que quiero decirle, empezando por preguntarle dónde ha estado todo este tiempo y terminando por saber por qué está golpeado y quién ha sido. Chasqueo la lengua. Desde ese rato muero por preguntarle lo que le pasó, pero los nervios por querer actuar rápido me dominaron. Ahora no sé si es una buena idea preguntarle, menos

porque parece que hay un gran muro entre ambos.

Bajo la mirada a mis pies y pienso en algo para romper el hielo, no el de la bolsa, sino el que hay entre Edward y yo. Lo miro de reojo y no puedo evitar dejar mi vista en el moretón de su pómulo. Mis ganas por saber solo aumentan y termino por hacerle caso a mi lado chismoso.

—¿Quién demonios te hizo esto?

Pregunto sin delicadeza y me sorprendo cuando escucho que he sacado esas palabras con enojo. Un enojo que no sabía que sentía.

Edward frunce el ceño con fuerza al igual que su mandíbula y mantiene su mirada en el techo de mi habitación. Al parecer, he tocado algo de lo que no quiere hablar.

—¿Podemos hablar de otra cosa?

Dice para evitar esa conversación y no me queda más que asentir con desgana. Bueno, no ha sido el mejor tema de conversación para romper el hielo, al contrario, hice que todo fuera más incómodo, pero no es mi culpa, apuesto que cualquier persona en mi lugar lo hubiese interrogado desde el inicio.

La curiosidad me pica como si fuese una hormiga, pero no quiero ser insistente, Edward siempre ha dejado claro que cuando una persona dice no, es no, entonces debo respetar su decisión. Claro que quiero saber qué hacía y por qué está así, no obstante, si él no va a decírmelo, no puedo obligarlo. Aunque me gustaría obligarlo, para ser honestos. Pero es que no puedes aparecer en la casa de un tipo luego de haberlo ignorado un día sin esperar a que la otra persona no sienta curiosidad y preocupación.

¿Quién se cree para dejarme así? ¿No le importa lo que yo siento?

Inhalo y retengo el aire en mis pulmones por un momento. Okey, estoy molesto, sin embargo, siento que no es buen momento para soltarle lo que siento. Cuando todo esté mejor más le vale que se arrastre por mi perdón, vale, tampoco tanto.

—¿Qué manía tienes con ir en medio de la noche a la casa de la persona que ignoraste todo el día? —le reprocho con un tono divertido para ocultar que en realidad tengo ganas de ahorcarlo.

Edward por fin quita la mirada del techo y baja su mirada para verme con las facciones relajadas.

—Lo siento mucho, perdí mi celular.

¿Qué demonios hacía Edward que hasta perdió su celular?

Frunzo los labios para no preguntarle. Él mismo me pidió no hablar de eso, así que, pese a que sea un chismoso de primera, no voy a hacerlo ahora.

—¿Qué harás ahora? —inquiero, alegrándome de que al menos volteó a verme.

—Comprarme otro, supongo.

Acaba de escupirme en la cara que soy pobre. Cosa de gente con suficiente dinero, jamás los entenderé. Yo pierdo mi celular y hago el intento para recuperarlo, porque de otro modo no tendré uno en mucho tiempo.

Solo asiento sin saber qué responder a eso y volvemos a quedarnos callados. Cambio la compresa a mi otra mano porque ya estaba cansándome y suspiro. Sé que tal vez no soy su persona favorita en el mundo, pero no le costaba nada explicarme lo que le pasó, yo lo haría. A menos que haya sido algo muy malo de lo que prefiero no hablar.

...

Oh.

OHHH.

Eso explica mucho.

¿Qué tan malo pudo ser para no querer decírmelo?

Dios, no puedo ni imaginármelo, pobre de Edward, seguro que ha pasado por un montón de cosas y yo solo he sido egoísta y no he sido nada empático. El enojo que siento es reemplazado por culpa.

—Lamento mucho siempre causarte molestias —menciona de la nada y alzo la mirada para verlo—, lo lamento mucho, en verdad, lo siento —se disculpa y contengo las ganas que tengo de abrazarlo—. No podía estar en mi casa y no sabía a dónde más ir. Solo te tengo a ti, perdón, perdón, per...

—Tú viniste a mi casa porque estabas preocupado por mí —le recuerdo, cortando lo que me estaba diciendo—. Lo mismo sucede conmigo, estaba preocupado, así que es como si hubiera ido a tu casa, bueno, tú viniste a la mía, pero entiendes el punto. Supongo que estamos a mano ahora.

Le sonrío y espero de todo corazón que eso lo haya reconfortado un poco. Sabemos que mis palabras de ánimo son un asco la mayoría de las veces. Esta vez, por ejemplo, fueron un asco, pero cuando veo que él hace un intento por devolverme la sonrisa siento un gran alivio.

—¿Puedo quedarme a dormir? —pregunta con cautela—. Será solo por hoy y nunca más volveré a molestarte, lo prometo.

Me mira de la misma forma en la que me vio cuando me pidió que fuera su novio falso. No sé qué problemas tenga o qué es lo que le ha pasado, pero no puedo decirle que no ni tampoco puedo dejarlo en la calle, ¿qué clase de persona sería si lo dejo así? Suelto un suspiro. Mi mamá no tiene por qué enterarse de que lo dejé dormir en mi habitación.

—Mi cama no es tan grande —termino aceptando—, pero creo que entra...

—Yo dormiré en el piso, no tienes que dármela.

—No iba a decir que entras bien, iba a decir que entramos bien. —Hago énfasis en la palabra «entramos para que cache lo que digo. Él

junta las cejas, así que añado—: Si no tienes problema con eso, claro.

Edward asiente animado, toma mi mano y retira la compresa de su labio para poder sonreír, muy distinto al Edward callado de hace minutos. Yo también le sonrío.

Por fuera me veo tranquilo, *relax*, como si dormir con novios falsos fuera mi pan de día a día, pero por dentro estoy gritando en mil idiomas porque Edward va a dormir en la misma cama que yo.

Edward. Yo. Solo una cama.

«Ayuda, me desmayo, llamen al hospital. Si no amanezco al día siguiente que alguien le dé de comer a Juan por mí».

Retiro la compresa de su labio, tomo otra de las gasas y un poco de Micropore, junto ambas y las pongo encima de su herida, cubriéndola para así evitar que se infecte, se supone que debía ponerle ungüento, pero no tengo, así que espero que esto solo funcione. Hago lo mismo con su pómulo y me alejo para poder ver la obra de arte que hice en su rostro.

Me siento orgulloso de mí mismo porque, por primera vez, algo me salió bien. Veo cada parte del rostro de Edward, admirando el excelente trabajo que he hecho con solo ver un vídeo en YouTube. *Greys Anatomy* quién te necesita.

Edward solo mira hacia sus manos, sin sostenerme la mirada, sus mejillas están un poco sonrojadas, así que me siento doblemente orgulloso por esa acción, siempre soy yo el que se siente apenado, ¡y ni siquiera me esforcé para que él fuera el que esté avergonzado! El apocalipsis se acerca.

Una vez que hemos terminado, le señalo la cama para que se acueste. Edward me hace caso y se mete debajo de la cobija. Yo apago la luz y también entro a la cama, a un lado de él. Giro mi cuerpo porque dormir de lado es mi posición favorita y él imita mi acción, quedando frente a mí. Cierro los ojos con fuerza cuando veo que nuestros rostros están enfrentados, y me obligo a mí mismo a dormir, pero no puedo hacerlo. Creo que la razón es bastante obvia.

—Andy, lo que pasó hace un rato…

Dice en voz baja y abro los ojos para verlo.

—Tranquilo, no pasa nada —le resto importancia—. Sé que fue un malentendido, así que no hay problema.

Se queda callado y asumo que hasta aquí llegó la conversación, por lo que vuelvo a cerrar los ojos, hasta que se le ocurre soltar:

—Sí hay un problema, Andy, porque yo sí quería besarte.

Me quedo inmóvil al escucharlo. ¿Qué? ¿Él acaba de decir lo que creo que acaba de decir? ¿Escuché bien?

Trago saliva y el remolino de emociones que tanto intenté mantener bajo control vuelve a aparecer para hacer un desastre conmigo. Sé que Edward debe estar esperando que le diga algo ante

esa enorme declaración, sin embargo, mi respuesta es solo un ronquido que finjo para que crea que me he quedado dormido y que no he escuchado sus últimas palabras.

Pero soy un mal mentiroso.

Y no solo porque he fingido no escucharlo, sino porque, aunque traté de demostrarme todo lo contrario, en el fondo yo también quería besarlo.

12: Los novios se llaman por apodos melosos, parte II

Hay momentos en los que mi cerebro deja de funcionar y eso provoca que mi estupidez sea descomunal.

Y antes de que digan que esos «momentos» en realidad es «siempre», déjenme decirles que, efectivamente, tienen razón.

Soy estúpido, pero soy uno consciente de su estupidez. No como la clase de estúpidos que no saben que lo son incluso si tuvieran tatuada la palabra «soy un idiota» en la frente. La clase de tontos que no se percatan de su propia mierda pero que todo el mundo sabe cuál es su naturaleza.

La verdad es que se debe ser demasiado estúpido como para no darse cuenta de algo que todos ya saben. Para mi fortuna, aún no llego a ese nivel. O eso espero.

Mi cerebro no funciona casi siempre, supongo que se fue de vacaciones y dejó a una mosca a cargo de todo su trabajo sin tomarse el tiempo de dar una lista de instrucciones para que haga funcionar al Andy de la manera más correcta o menos vergonzosa. A causa de la irresponsabilidad de mi cerebro, el pequeño insecto que maneja mis acciones y pensamientos ha hecho lo que quiere conmigo.

Sin embargo, en algunas ocasiones, esa mosca se siente deprimida y me hace pasar por momentos mucho más vergonzosos de lo normal para tener algo de qué reírse. Por ejemplo, en la madrugada hizo que mi último pensamiento antes de dormir fuera «también quería besar a Edward».

Besar a Edward.

Él. Yo. Sus labios. Los míos.

Besar, del latín *besuoouu*, del griego *besieeer* y del francés *bonjouur*. (Vale, todo eso me lo he inventado yo).

Besar, acto de tocar los labios contra la superficie de algo o alguien, según Wikipedia, y acto que en definitiva no haría con Edward. Es cuando alguien quiere meterle la lengua a otra persona, cuando tienes ganas de comerte su boca, cuando sus labios se rozan, cuando… okey, creo que se entiende qué es la palabra besar. Lo que no comprendo es, ¿por qué pensé por un segundo que quería hacer eso con Edward?

Un escalofrío me recorre de solo recordarlo y la vergüenza se apodera de mi cuerpo sin poder hacer algo al respecto. No puedo creer

que haya pensado de esa manera, y tampoco puedo entender por qué lo hice, y eso es lo peor. No encuentro palabras lógicas que justifiquen mis acciones.

La estupidez que inventé de mi cerebro dejando a cargo a una mosca solo es mi método de autodefensa para librarme de cualquier extraño pensamiento, pero seamos honestos, mire por donde mire, no hay forma de justificar lo que pensé. Solo me queda culpar al cansancio, a mi confusión y a las palabras de Edward, que fueron muy directas, porque, de otro modo, no sé por qué lo pensé.

O sí lo sé, pero no quiero admitirlo.

Sí, él me parece atractivo y su personalidad me agrada, sin embargo, ¿a tal grado de decir que quiero besarlo?

Esto es muy confuso, y las palabras que él me dijo tampoco se quedan atrás.

La confesión de Edward fue como haber sido noqueado con un ladrillo; inesperado, extraño, y un dolor de cabeza al día siguiente. En definitiva, no esperaba que soltara eso de una forma tan normal y natural, como si hubiera hablado del clima y no de que quiere poner sus labios en, bueno, ya saben, en mí. Todos mis intentos por ignorar y pasar de largo su confesión no funcionan, porque sigo reproduciendo sus palabras en mi cabeza, como una grabadora que se ha quedado atorada en la misma canción.

Él sí quería besarme.

Edward, el chico al que todos han llamado homofóbico, el que me ayudó con los exámenes, el que ha estado ayudándome con Heather, el inalcanzable y misterioso Edward quería besarme. A mí. Al estúpido que no sabe ni cómo sigue vivo, al estúpido que tiene que usar la calculadora para sumar uno más uno solo para asegurarse de que lo ha hecho bien.

Edward quería besarme a mí, y yo… yo no sé.

Me he despertado hace varios minutos con los recuerdos azotándome en un método de *auto-tortura*; y despertar cara a cara con el dueño de mi confusión y frustración no ayuda mucho. Luego de abrir los ojos y procesar lo que pasaba me obligué a mí mismo a cerrarlos de nuevo, porque lo primero que vi apenas desperté fue el rostro de Edward.

Él seguía dormido, estaba tan tranquilo que podías sentirte relajado al observarlo, sus pestañas largas golpeaban su rostro, su cabello peliblanco estaba hecho un lío y su boca entreabierta dejaba salir pequeños suspiros. Tanto su labio como su pómulo estaban cubiertos por la pequeña gasa, y me sorprendió que siguieran ahí en perfecto estado.

Edward está durmiendo a mi lado, mientras que yo aprieto los ojos con fuerza para pensar en otra cosa que no sea sus labios en los míos.

Si fuera por mí ya me hubiera levantado y hubiera huido de la habitación como el cobarde que soy, pero otra de las razones por la que tengo los ojos cerrados y por la que no puedo darle la espalda para evitar verlo es que él está dormido sobre mi brazo.

No sé en qué momento de la noche decidió que mi brazo era una buena almohada, pero al parecer es bastante cómodo, porque no importa cuánto intente apartarlo, él no se mueve, al contrario, se aferra a mi brazo como si no quisiese soltarlo, y no es que me moleste, Edward puede dormir donde se le dé la maldita gana, pero sí me duele. De todas las almohadas que hay en mi cama, ¿por qué tuvo que tomar mi brazo?

Quería evitar despertarlo, sobre todo porque se ve muy cansado. Si la situación fuese diferente, dejaría que duerma encima de mi brazo todo el tiempo que quiera, pero tenemos clases, y si no me apresuro a despertar no solo llegaremos tarde, sino también mi mamá se preguntará por qué no he bajado aún a desayunar y subirá en cualquier momento. Y no quiero que eso suceda, ¿cómo voy a explicarle toda esta escena?

«Hola mamá, ¿si te acuerdas de Edward, mi novio falso, el que le pican los mosquitos? Pues no sé cómo llegó aquí, qué coincidencia que estemos durmiendo en el mismo lugar, creo que se cayó y aterrizó mágicamente en mi cama. ¿Que si por qué está todo golpeado? No te preocupes, hijo de la mafia no es... creo. ¿Tú cómo amaneciste?».

Si le digo eso me va a mandar a dormir con Juan.

Tomo aire, bien, debo evitar tener esa conversación con mi mamá, por lo que debo moverme antes de que algo malo suceda. Abro los ojos poco a poco para poder hacer mi siguiente movimiento, pero me quedo como tonto al ver de nuevo el rostro de Edward. ¿Pueden culparme? No, él es guapo, cualquier persona con ojos lo sabe.

«Vale Andy, enfócate *parfavar*».

Desvío mi mirada hacia mi brazo aplastado por la cabeza de Edward y vuelvo a intentar retirarlo. Como los demás intentos, esta vez también fallo. Maldigo en mis adentros mientras pienso en alguna otra manera de apartar a Edward sin despertarlo, sin embargo, nada se me viene a la cabeza. Pensar no es mi fuerte, y pensar de mañana menos.

Me resigno a apartar mi brazo sin importar si lo levanto, pero como si él estuviera leyendo mi frustración, se da la vuelta, dejando mi brazo libre. Lo primero que pienso es «bendito sea el señor», porque el dolor estaba aumentando y porque al fin puedo moverme con libertad, y lo segundo que pienso es que Edward hasta dormido sabe cómo ayudarme.

Salgo de la cama con mucho cuidado y, una vez que mis pies tocan el suelo, camino con prisa fuera del cuarto. Cruzo las escaleras,

bajándolas de dos en dos, y voy directo a la cocina al oír el ruido de los cubiertos. Mi mamá ya debe estar desayunando para ir a trabajar, algo que me sorprende un poco porque la mayoría de las veces me espera para que comamos juntos o va a levantarme para decir que el desayuno está listo. Es extraño que hoy no lo haya hecho, aunque supongo que por su trabajo debe apurarse. Creo que todavía necesito acostumbrarme a la nueva rutina que hay en casa, pero no me quejo, ella está feliz con su nuevo empleo.

La saludo apenas entro y ella me sonríe con la boca cerrada y llena de comida. No le digo algo más porque me conozco y sé que puedo delatarme con solo pestañear, en especial porque mi mamá sabe cómo hacer que las personas digan la verdad con solo una mirada de su parte. Abro uno de los cajones del mueble de la cocina sintiendo su mirada sobre mí y tomo dos platos. Cuando hago eso me regaño mentalmente y vuelvo a dejar uno. Mi mamá no sabe que hay alguien en mi habitación, y si ve que llevo dos platos va a sospechar de mí y terminará subiendo. Qué estúpido soy, pero al menos uno que se dio cuenta de su estupidez antes de hacerla.

Por alguna razón siento que estoy haciendo algo malo, y no sé si es porque mi mamá tiene la mirada puesta en mí o porque estoy empeñado en aparentar que es un día normal como cualquier otro.

«Normal, ajá, porque es mega normal dejar que tu novio falso se quede a dormir contigo después de haber curado sus heridas, heridas que no sabes por qué tiene, sin olvidar que lo que pasó en la habitación antes de dormir fue extraño». Eso suena como un mal chiste.

Tomo una ración más de los huevos revueltos que hay en la sartén y espero que sea más que suficiente para Edward y para mí. Lleno uno de los vasos con café y me abstengo de ponerle leche porque no sé si a Edward le gusta tomarlo así. Cuando tengo todo listo, doy la vuelta sin ver a mi mamá y pienso en alguna excusa creíble para desayunar en mi cuarto sin que piense que estoy ocultándole algo.

—Voy a desayunar en mi habitación, olvidé hacer una tarea —aviso, todavía sintiendo sus ojos en mí.

La veo de reojo y ella deja sus cubiertos en la mesa.

—¿Qué dijimos de no olvidarte de hacer tus tareas? —me regaña y muerdo mi labio. Mal día para usar la excusa de las tareas. Ella se levanta de su asiento y me echa una mirada que me pone nervioso, acto seguido baja su mirada a mi plato y rueda los ojos—. Lleva más comida para Edward.

—Clar... ¿Qué?

Me quedo congelado. ¿Ella dijo «lleva más comida para Edward»? ¿Pero...? ¿Cómo sabe? ¿Y desde cuándo sabe? ¿Fue a mi habitación antes de que yo despertara y nos vio juntos?

Auxilio, acaba de descubrir mi pequeño secreto y me va a dar el regaño de mi vida. El próximo encabezado del periódico será: «Mamá mata con la escoba a su hijo y a su novio falso».

Mi cara debe ser todo un poema ahora mismo, porque mi mamá se echa a reír como si yo fuera un chiste. Retiro mis palabras, no soy «como», lo soy, soy un chiste. Su risa hace eco por la habitación y no voy a negar que me ha sorprendido un poco que ella esté riéndose en lugar de matándome. Apuesto que quiere tomarme desprevenido para después estrellar la sartén en mi cabeza.

Mi mamá deja su plato en la encimera, todavía riendo.

—Entré a tu habitación porque oí ronquidos y tú no roncas —explica tratando de calmar su risa y aprieto los labios. Edward, ¿en serio?—. Tienes mucho que explicarme jovencito, pero ahora voy tarde al trabajo. —Mira su reloj y hace una mueca—. Y para la próxima dile que puede entrar, no tienes que ocultarlo, ah, y dile que si quiere verte que no suba por el árbol frente a mi habitación de nuevo.

Sale apurada de la cocina para ir a la sala y la persigo más que asombrado después de que mencionara lo del árbol de aquella vez en que ella y mi papá estaban peleando.

—También lo sabías.

Murmuro sin poder creerlo, a lo que ella asiente con la cabeza mientras que toma su bolsa y mete un par de cosas. Es increíble. Me alarmé tanto esa vez que casi me dan tres infartos, hasta hice que Edward entrara al closet para esconderlo. Me esforcé tanto en ocultarlo para que ella ya lo supiera, apuesto a que se rio de mí en esa ocasión tal como lo hizo ahora. No sé si amarla u odiarla.

Ella sabe y no está molesta, se lo ha tomado... ¿bien? Vale, eso es nuevo y bueno. Prefiero mil veces que se esté riendo de mí a que me esté golpeando con la escoba.

—También fui joven —menciona de repente y levanta su mirada a mí—. Lo vi por la ventana, el pobre parecía que iba morir cuando estaba subiendo, tienen suerte de que solo yo lo haya visto y no tu papá, iba a decírtelo, pero no quería darte otra razón para sentir vergüenza de ti —dice con sinceridad y pongo los ojos en blanco. Oh vaya, gracias—. Soy vieja, no tonta, ni ciega, como otros.

Hace énfasis en las palabras «como otros» y junto las cejas. ¿De qué está hablando?

Abro la boca para preguntarle, pero ella vuelve a mirar su reloj y pone una cara de horror al ver la hora. Cuelga su bolso en su hombro y me da un beso en la mejilla antes de correr apurada a la puerta.

—Me voy, toma algo de dinero del cajón para el almuerzo, ¡no hagan nada malo sin protección! —Agita sus manos, despidiéndose. Entorno los ojos. Ella gira la cabeza para verme—. Y Andy, ¿estás

seguro de que no te gus...?

—Estoy completamente seguro, mamá —la corto sabiendo a la perfección de lo que está hablando—. Si no fuera así tú serías la primera en saberlo.

Me sonríe, satisfecha con mi respuesta. Le devuelvo una sonrisa un poco forzada, y cierra la puerta. Suelto un suspiro a la vez que me quedo mirando la puerta por donde acaba de salir. Mi sonrisa decae hasta volverse una línea recta y las ganas que tengo de echar todo por la borda aparecen.

Le he dicho a mi mamá que estoy seguro, pero en realidad no lo estoy. Creía estarlo, pero después de lo que pasó en la madrugada ya no lo creo. Es que, ¿es normal querer besar a tu amigo, o bueno, a tu novio falso? Supongo que sí, ¿no? Agh, no voy a romperme la cabeza con ese dilema, solo voy a fingir que nada pasó y será cuestión de días para que me olvide por completo de eso.

Retiro mi vista de la puerta y subo las escaleras tratando de no derramar el café y de que el plato no se me resbale de la mano. Pude haber llamado a Edward para que él bajara a desayunar, pero ni siquiera sé si ya está despierto, además ya tenía las cosas en mi mano, no me costaba nada llevarle el desayuno a la cama.

Una vez que estoy frente a la puerta de mi habitación inhalo y exhalo varias veces. Como dije, no sé si él está despierto, pero si lo está debo estar preparado. No quiero quedarme como un tonto embobado, menos ahora que no puedo controlar lo que siento y pienso. A estas alturas, empiezo a creer que la broma de la mosca es cierta. Si hay alguna mosca en mi cabeza manejando mis acciones, quiero decirle que se vaya a la mierda y que la odio como no tiene idea.

Termino la preparación emocional, decidido a entrar, pero me doy cuenta de que no puedo tomar la perilla porque mis dos manos están ocupadas. Lo que me faltaba. Rechino los dientes. Solo me queda tocar para que Edward venga a abrirme. No parece ser una buena idea, porque lo menos que quiero es verlo, es decir, sé que no puedo evitarlo, pero esperaba encontrarlo dormido para de ese modo dejarle el desayuno sobre el escritorio, apurarme a arreglarme para ir a la escuela y dejarlo dormir con el pretexto de que no quería levantarlo.

Ahora no me queda de otra más que despertarlo. Odio esto.

Toco la puerta con mi pie esperando a que Edward me abra, y mientras espero a que lo haga tarareo una de mis canciones favoritas para relajarme. Si soy sincero no sé por qué estoy tan alterado. Solo voy a verlo, no besarlo. Bueno, esa fue una pésima comparación si tomamos en cuenta que es justo la palabra «beso» la que tanto he estado tratando de evitar.

En eso, la puerta se abre un poco y Edward asoma la cabeza para

ver quién ha tocado la puerta. Tiene las cejas fruncidas y una expresión dudosa, como si dijese «¿amigo o enemigo?». Al verme, relaja sus facciones y sonríe, abriendo en su totalidad la puerta. Supongo que no estaba seguro de abrir porque mi mamá podía haber tocado. Chico listo.

—Buenos días.

Me saluda animado y me saca una sonrisa sin querer. Él es el Edward de siempre, no es el callado, o con el que me siento incómodo, es el que me agrada y con el que puedo ser un estúpido sin miedo a que se burle de mí. Creía que al hablar con él tendríamos el ambiente tenso, pero al parecer Edward va a ignorar eso y no va a hablar de lo que sucedió; y es un gran alivio, porque no sabría qué hacer o qué decir. Los músculos de mi cuerpo se relajan sobremanera.

Baja su mirada hacia lo que tengo en mis manos y su sonrisa crece. No duda en tomar el plato para ayudarme y nuestras manos se rozan por un instante, haciendo que aparte la mía con rapidez debido a la sensación rara en mi pecho.

—Buenos días —le regreso el saludo con un falso entusiasmo que espero no note. Camino dentro de la habitación, sin verlo, y dejo el vaso en mi escritorio—. Espero que hayas dormido bien, suelo ser algo... loco para dormir. Doy patadas y todo.

Bromeo jugando con mis dedos, aunque más que una broma, era la realidad. Soy de los que patean y dan manotazos al aire, de los que despiertan en el suelo sin saber cómo es que terminaron ahí. Rezo para que hoy no haya sido así, porque no sé cómo miraría a Edward si él me dice que golpeé sus heridas o que dormí sobre él.

Me quedo parado frente al escritorio debido a que no soy capaz de hacer otro movimiento. Edward me ha seguido para dejar el plato en la mesa y se ha quedado a mi lado, también sin hacer nada. Su brazo roza mi hombro debido a la distancia en la que estamos, y con esa simple acción consigo ponerme nervioso. No se supone que deba ponerme de este modo, lo entendería si estuviéramos hablando del asunto del beso, pero ahora solo estamos hablando normal. Cada vez entiendo menos a mi cuerpo.

Escucho que se ríe en voz baja por mi comentario y lo miro por el rabillo del ojo. Él está cabizbajo, viendo lo que hay en mi escritorio con mucha atención. Curioso, sigo su mirada para ver qué es lo que mira con tanta atención. Encuentro una de mis libretas abiertas y con algo escrito que no logro distinguir. Me acerco un poco más, pero Edward parece sentir que estoy tratando de leer, porque cierra la libreta de golpe.

Lo veo ceñudo. ¿Qué me estás escondiendo Rumsfeld?

—No me pateaste —responde a mis palabras para que pase de largo lo que acaba de suceder e internamente niego, es mi libreta, así

que más tarde le echaré una ojeada—. Aunque escuché un ruido extraño y un olor horrible llegó con él.

Giro a verlo, con la vergüenza llenando mi rostro. ¿Que mi cola hizo qué? No. Puede. Ser. Mierda, de todas las cosas que pude hacer justo hice la más vergonzosa de todas. «¿Un pedo, Andy? ¿Es en serio?».

Edward echa la cabeza hacia atrás y lleva su mano hacia su boca, riéndose.

—Es broma —me aclara y quiero tomar uno de los lapiceros de mi escritorio para clavárselo en la yugular, ¡casi muero de la vergüenza! —, si dijiste o hiciste algo, no lo sé. —Se encoge de hombros restándole importancia mientras yo trato de no lanzarme encima de él para golpearlo—. Solo sé que es la primera vez en mucho tiempo que duermo bien, tu cama es bastante cómoda.

La sinceridad en su voz hace que calme el enojo que estaba empezando a brotar en mí por su pequeña broma y siento que el corazón se me encoge.

«¿Mi cama o mi brazo?» quiero preguntarle, pero me avergüenza mencionar que ha dormido sobre mi brazo, así que cambio mi cuestionamiento.

—¿Incluso golpeado?

—Incluso golpeado —confirma y toma una de las cucharas que hay en el plato para tomar algo de comida—. Creo que comenzaré a traer mis cosas poco a poco.

Dice dando un bocado al desayuno y me quedo estupefacto al escucharlo. Sí, está jugando conmigo, pero no puede soltar eso de la nada sin esperar que no me sorprenda.

—¿Para qué? —me hago el loco y él traga duro.

—Para quedarme.

—¿Quién dice que voy a dejar que te quedes?

—Yo, lo vi en tu horóscopo —dice, repitiendo las palabras que yo dije en nuestra cita falsa. Entrecierro mis ojos en su dirección. ¿Se atreve a usar mis propias palabras en mi contra?—. Un chico guapo, simpático y golpeado se quedará en tu casa toda la vida, eso decía.

Ruedo los ojos y trato de ocultar la sonrisa que quería crecer en mis labios. Si lo que él quiere es que caiga en su juego, no lo voy a hacer. Sé cómo terminará esto porque ya me pasó una vez, no pienso caer en su horrible intento de coquetería dos veces.

—Eso es mentira, no dejaría que te quedes en mi casa —contraataco mientras agarro la otra cuchara y tomo un poco de los huevos revueltos para llevarlos a mi boca.

Edward me mira por encima de su hombro y esboza una leve sonrisa.

—Pero no niegas lo de guapo y simpático.

Toso, atragantándome con los huevos.

Okey, mi intento por no caer en su juego fue un total fracaso. No sé cómo le hace, pero todo lo que digo lo usa a su favor, y eso es frustrante. Vale, sí sé cómo le hace, él es mucho más inteligente que yo. Y también sabe coquetear, algo que yo no sé. Lo odio.

Tomo el vaso de café para beber un poco mientras que él mantiene esa sonrisa de satisfacción en su rostro. Frunzo los labios, no voy a dejar que se salga con la suya, yo también puedo seguirle el juego.

—Mírate al espejo y dime si no lo sabes —digo después de recuperar el aliento, a lo que él alza sus cejas, fingiendo confusión.

—¿Saber qué?

Aprieto los dientes. ¿En serio cree que va a hacerme decir en voz alta que es guapo? Ni en sus más locos sueños. Podré pensarlo, pero jamás aceptarlo en su cara.

Bebo un poco más del café, pensando en mi siguiente respuesta.

—Que no eres taaan feo.

—Lo sé, sé que no soy taaan feo —acepta don autoestima alta usando el tono de voz que yo usé. Acto seguido toma el vaso de café y bebe del mismo lado que yo bebí segundos atrás sin quitar sus ojos de mí—. Y también sé que piensas que soy guapo.

—¿Cómo sabes? —respondo de inmediato. ¿Se lo dije alguna vez? ¿O es que soy muy obvio?

Edward se ríe.

—¿Entonces sí lo piensas?

Analizo la situación y las palabras que ambos dijimos porque no comprendo por qué se está riendo de mí. Cuando hago memoria y uno todo con la última pregunta me doy cuenta de dos cosas. La primera, que soy un estúpido, y la segunda, que volví a caer en su juego. Como si eso no fuera obvio para todos.

—Te detesto, eso es lo que pienso —refunfuño y la risa de Edward solo aumenta haciendo que me una a él.

Extrañaba al Edward que tengo frente a mí, después de lo que sucedió en la madrugada creía que las cosas tal vez ya no serían las mismas de antes, pero me alegro de que todo vuelva a la normalidad. Después de todo, aún nos quedan varios días juntos, así que es bueno saber que nada ha cambiado entre nosotros.

Ambos terminamos de desayunar en silencio y toda esta escena me parece un poco extraña. Jamás imaginé que Edward desayunaría en mi habitación, ni mucho menos que dormiría en mi cama. Han pasado dos semanas, pero siento que nos conocemos de toda la vida. No sé cómo explicarlo, pero ni siquiera con Jean u Oliver siento esto, y no me malinterpreten, yo los quiero, son mis mejores amigos, pero con Edward es diferente. Una clase de «diferente» que no logro comprender.

Cuando me lleno y ya no puedo meter otro bocado en mi boca, dejo el cubierto sobre el plato y le hago un movimiento de cabeza a Edward para que se coma todo si quiere. Tomo mi celular para ver la hora y me alarmo al ver que la primera clase no tarda nada en iniciar. Mierda. Dejo el celular y corro hacia el closet para sacar mi ropa y mis zapatos. Siento los ojos de Edward en mi espalda y recuerdo que él también debe ir a la escuela, porque la expulsión ya culminó. Sin embargo, con la ropa que lleva puesta no podrá entrar, y mi uniforme no le entrará.

—No creo que mi uniforme te quede. —Me volteo a él y le muestro mi ropa para que vea que es pequeña para él. Edward solo levanta los hombros, sin tomarle importancia.

—Te dejaré en la escuela e iré a mi casa a tomar una ducha, luego tengo que pasar al médico, ya sabes, no es que desconfíe de ti, pero…

—Tranquilo, lo entiendo. Es decir, ¡te curé viendo un vídeo en YouTube! Sabrá Dios si estás bien.

—Apuesto a que sí, pero por si acaso.

Anuncia bebiendo lo último que queda del café y asiento levemente con la cabeza. Cierro el clóset y voy hacia el baño para cambiarme, pero Edward llama mi nombre antes de que dé otro paso. Giro mi cabeza en su dirección y enarco las cejas con confusión al ver que tiene mi libreta en sus manos, la misma que cerró de golpe cuando traté de leer lo que decía.

—Sé que sonará extraño y, Dios, pensaba darte algo la primera semana, pero creí que sería bastante apresurado y también sé que lo fue ayer, solo… Uhm —comienza a decir y lo noto un poco nervioso porque ni siquiera es capaz de verme a la cara—. Dijiste que querías leer algo de lo que escribo, así que escribí un pequeño fragmento que recuerdo... —Se calla, tendiéndome la libreta. ¿Qué?—. Feliz segunda semana de novios falsos, Andy.

Tengo que obligar a mi cuerpo a reaccionar porque estoy tan sorprendido que me quedo inmóvil. Paso saliva por mi garganta y el nudo de emociones en mi estómago solo se enreda más. ¿Él escribió algo para mí esta mañana? ¿Eso era lo que trataba de ocultar?

Sin darme cuenta, ya estoy sonriéndole. Es que Edward es... increíble. Ni usando todos los buenos adjetivos del mundo podré terminar de describirlo. Es una de las personas más lindas que he conocido en mi corta existencia.

Tomo la libreta y me siento un poco mal por no haberle hecho algo lindo también; en mi defensa, no sabía que debía hacerlo. Observo el cuaderno y paso mi mano sobre la cubierta, ¿qué habrá escrito Edward? Sé que debió haber sido algo no tan largo, porque solo tuvo pocos minutos para escribir, pero no me importa si escribió dos párrafos o dos hojas, me siento feliz de tener algo escrito por él.

También siento demasiada intriga, pero prefiero leerlo más tarde, cuando él no esté, para que no me vea chillar de emoción. Alzo la mirada a él sin quitar mi tonta sonrisa.

—Feliz segunda semana de novios falsos, Edward.

Le digo tal como él me dijo, y el nerviosismo en Edward parece haber sido disipado cuando lo escucha, porque ya es capaz de sostenerme la mirada y de sonreírme. Nos quedamos así un instante, él viéndome como si yo fuera una de sus personas favoritas y yo sonriéndole, como el bobo que soy.

Mi celular vibra por una notificación y rompo lo que sea que estábamos teniendo porque recuerdo que se me hace tarde para ir a la escuela. Edward parece entenderlo porque me dice un «te espero en el carro» en voz baja, a lo que yo asiento. Por alguna razón parece que somos de esas parejas casadas en las que uno tarda en arreglarse mientras que el otro lo espera en el auto.

Dejo la libreta sobre la cama y voy hacia al baño para cambiarme. Una vez que lo hago, cepillo mis dientes y lavo mi rostro. Hoy fue la primera vez que ni siquiera me importó mi aspecto con Edward, pero tampoco es como si pudiera hacer mucho al respecto, él vino golpeado, no vino a comer o algo así, claro que no iba a ir a arreglarme mientras él se desangraba en la sala. Sin embargo, mi pijama fue decente, eso es bueno, no sé qué hubiera hecho si me ponía la típica playera rota y cómoda. Gracias a Dios supe elegir buena ropa.

Cuando termino de arreglarme, tomo mi mochila y mis cosas y corro hacia a las escaleras teniendo cuidado de no tropezar, porque si lo hago ya no solo sería un herido, seríamos dos. Al estar abajo, busco las llaves y agarro algo de dinero del cajón del mueble de la sala tal como me lo dijo mi mamá. Una de las ventajas de que ella ya tenga trabajo es que mi mesada aumentó, aleluya.

Al salir de mi casa cierro con llave y me apresuro a entrar al carro de Edward con toda la confianza del mundo. Él me sonríe y arranca. Como la primera vez, conecto mi celular a su bocina y dejo que la música de mi *playlist* suene por todo el auto.

No quiero acostumbrarme a esta rutina, una en la que él me lleva a la escuela y me regresa a mi casa, una en la que Edward me manda mensajes a cada rato, una en la que está él en mi vida. Sé que comenzamos a acercarnos por la relación falsa, pero una vez que termine, no sé qué pasará entre ambos. Sin embargo, no quiero pensar en eso, nos quedan dos semanas más de novios, así que cualquier cosa podría suceder.

—¿Sabes que los novios suelen tener apodos melosos? —inquiere al mismo tiempo que *Cloud 9* de Beach Bunny comienza a sonar en la bocina. Hundo una de mis cejas, sin entender su pregunta—. Lo descubrí en un programa de televisión. —Me mira de reojo—. Pensaba

que, si queríamos hacer lo nuestro más real, deberíamos tener uno. Ya sabes, para que sea más creíble.

¿Apodos melosos?

—Los novios se llaman por apodos melosos —repito en voz baja y hago una mueca con los labios—. Esas cosas no van conmigo. Sabes que de romántico no tengo nada.

No quiero sonar grosero o algo parecido, pero es que es la verdad. Soy la persona más antirromántica de todo el mundo, los apodos y esas cosas sentimentales no van conmigo. A duras penas puedo decirle «te quiero» a las personas de mi alrededor.

—Haz el intento, sé que algo puede salir —me anima. Voy a negarme, pero él añade, emocionado—: Yo ya te tengo el tuyo.

¿Me tiene un apodo?

—¿En serio? —pregunto sin ocultar la sorpresa en mi voz—. ¿Y cuál es?

Está bien, lo admito, no me gustan las cosas románticas, pero no voy a negar que siento curiosidad y emoción por saber el apodo que Edward tiene para mí. Además, creo que puedo entender su punto, si las parejas tienen apodos entre ellas entonces es normal que nosotros tengamos nuestros propios apodos. Solo para que las personas no sospechen de nuestra falsa relación, no por otra cosa.

—¿Recuerdas que Karla me preguntó por qué me gustas? —asiento ante su pregunta porque sí que lo recuerdo, casi me atraganto con su respuesta. Él lo toma como una señal para seguir—. Dije que eres como la luz en oscuridad, y no mentía en eso, Andy —sonríe—. Llegaste a mi vida para alumbrarla. Gracias, es por eso que quise que el apodo fuera similar a lo que pienso de ti.

Mi corazón comienza a palpitar con la misma rapidez con la que lo hizo cuando curé sus heridas y bajé la vista hacia sus labios. El cosquilleo en mi estómago no tarda en aparecer y una corriente eléctrica recorre todo mi cuerpo seguido de una presión en mi pecho.

Contengo mi respiración cuando lo veo tomar aire para soltar el apodo. Él abre ligeramente los labios y me echa una mirada antes de decir:

—*Mon soleil*.

Solo ha dicho dos palabras, pero eso fue más que suficiente para hacer que mi corazón se acelere y para que el lío de emociones de mi interior brote de nuevo.

—¿Qué significa eso? —pregunto, tratando de que la voz no me tiemble.

Edward ensancha su sonrisa.

—Mi sol —pronuncia sin ser consciente del impacto que tienen sus palabras en mí. Se moja los labios—. Tú eres *mon soleil*, Andy.

Si no fuera porque estoy sentado, me hubiera ido de cabeza al

escuchar la forma en la que ha pronunciado esas palabras. No estoy seguro de qué idioma es, pero, maldición, le pagaría a Edward para que me hable así siempre.

Carraspeo y desvío la mirada hacia la ventana. Sé que soy un cobarde que no es capaz de enfrentar lo que siente ni lo que piensa, pero es que todo esto es nuevo para mí, no había sentido esto con nadie, y no sé si eso es algo bueno o malo.

«Solo es un apodo falso, no lo dice de verdad», me recuerdo a mí mismo y tomo una bocanada de aire para calmar los latidos de mi corazón.

—Buscaré un apodo para ti en internet.

Le digo viéndolo por el rabillo del ojo. Él sonríe, complacido. ¿Cómo es que una respuesta tan vaga como la mía lo hace feliz? Cada vez lo entiendo menos, y lo mismo sucede conmigo, ya no soy capaz de entenderme. Lo que solía sentir se ha vuelto borroso y no puedo ver con claridad mis propias emociones. Cierro los ojos un instante y aprieto los labios. En la mañana he dicho que no sabía por qué pensé que quería besar a Edward, pero la verdad es que sí lo sabía, solo que no quería admitirlo de nuevo.

Llegamos a la escuela y, apenas estaciona el auto, abro la puerta con rapidez para bajar lo antes posible.

—Nos vemos en las últimas clases, *mon soleil*.

Lo escucho decir y me congelo en mi lugar.

Mon soleil. El apodo que él mismo buscó y al que él le dio su propio significado. Sus palabras son lo único que me faltaba para poder aceptar lo que sentía. Respiro profundamente.

—Edward —lo llamo por su nombre sin voltear a verlo—, yo también quería besarte.

Y cierro la puerta del auto para hacer lo que mejor sé hacer: huir.

Me gusta cerrar los ojos con fuerza e imaginar que mi vida es distinta.

Imaginar una vida en la que nadie puede decirme lo que tengo o no tengo que hacer, una en la que yo decido lo que quiero ser sin temor a fallar, una en la que sí puedo ser feliz.

Esa es la razón por la que amo leer, porque al perderme entre los libros puedo imaginar tener una vida diferente. Porque solo los libros te dan la opción de elegir lo que quieras ser. Eres el villano en una historia de fantasía o el héroe en una de acción; eres el protagonista de una comedia romántica o el asesino en una novela de suspenso; eres todo, menos tú.

E incluso, si te esfuerzas, eres feliz.

Feliz.

¿Cuándo fue la última vez que fui realmente feliz?

Ha pasado tanto tiempo que ni siquiera lo recuerdo. Aunque, no voy a negarlo, sí, he sido feliz. Soy feliz cuando sueño tener otra vida, soy feliz cuando paso las páginas de los libros, soy feliz deseando ser la persona que te gusta. Pero cuando hablo de felicidad no hablo de una felicidad falsa, hablo de una real, una que, al abrir los ojos, seguirá estando ahí.

Y, para mi mala fortuna, mi imaginación, los libros y tú me dan una falsa felicidad.

Sin embargo, eso también me asusta, porque mi imaginación sobrepasa los límites a tal punto que me cuesta separar lo que quiero de lo que tengo. Me aterra desear algo diferente porque sé que no importa cuánto me esmere en imaginar todos los posibles escenarios, al final eso no va a cambiar mi realidad.

Sin importar qué imagine, todo seguirá igual.

Mi vida será la misma mierda.

Yo seré el mismo idiota.

Y tú… tú seguirás siendo la misma persona a la que le dedico lo que escribo.

Porque de todo lo falso en mi vida, tú eres lo único que se siente verdadero.

Porque eres el rayo de luz al que tanto me aferro.

Porque incluso si todo se apaga, voy a buscarte a ciegas. Porque incluso si tu mundo se cae a pedazos, levantaré cada pieza. Porque incluso si todo es falso, me encargaré de que se sienta real.

Y tal vez, algún día, pueda decirte lo que siento.

Fragmento de «Para ti, algún día».

13: Koi no Yokan

Cuando descubres ciertas emociones que no sabías que podías sentir pasas por las tres fases de las «ar»: negar, aceptar y evitar.

Por ejemplo, lo primero que hice cuando descubrí que quería besar a mi novio falso fue negarlo y buscar miles de pretextos porque la sola idea era algo que no podía ser aceptado en mi cabeza.

Luego de algunos paros cardíacos y de varios intentos por convencerme de que todo era un malentendido, lo acepté. No sé qué pasaba en mi cabeza cuando dije que era una buena idea decirlo en voz alta, mucho menos cuando dije que sería mejor si se lo decía a Edward, así, sin más, sin prepararme, sin digerir las cosas para él y sin pensar en las consecuencias que eso pueda traer en el futuro.

Habría sido más fácil si no hubiese dicho lo que sentía, no solo por mí, sino por los dos. No quiero volver incómoda nuestra relación ni tampoco quiero que cambie, es decir, lo hemos llevado bien fingiendo ser novios ante los demás y siendo amigos cuando nadie nos ve como para que mande a la basura eso solo porque queremos besarnos.

Sin olvidarnos de que lo que dije fue algo demasiado vergonzoso y fuera de lugar, la situación en la que estábamos ni siquiera era la más apropiada para soltarle esa gran confesión que solo segundos atrás había aceptado. Puedo dejarlo pasar si hubiésemos estado hablando de eso siquiera, pero no, él ni siquiera había sacado el tema, yo me dejé llevar por el apodo que me puso.

Fue como:

Él: nos vemos en las últimas clases, *mon soleil*.

Yo: también te quiero meter la lengua a la boca, adiós.

Vale, no le dije eso, pero se aproxima, y tampoco es que yo haya querido meterle la lengua o algo así, para nada, solo quiero… A este punto no sé ni qué es lo que quiero y nadie puede reprocharme nada, yo estaba seguro de que solo quería besar a Heather, hasta que Edward y su cara golpeada aparecieron en mi casa y me coquetearon.

Lo repito, él es muy bueno en eso, es tan bueno que hasta yo caí en cuestión de minutos y de un par de miradas. Se supone que sus «clases» para coquetear debían funcionar con Heather, no conmigo.

Claramente soy más fácil de lo que parezco.

Sin embargo, hasta la persona con los estándares más altos llenaría cada una de sus expectativas al ver a Edward, es más, sus expectativas subirían después de conocerlo y darse cuenta de que lo que deseaba era poco en comparación de lo que podía tener.

Y, después de las dos fases que mencioné, al fin llega la última etapa, la etapa en la que estoy y de la cual no pienso salir ni porque me paguen una fortuna: evitar.

Tampoco es como si yo haya pasado un mes evitándolo, por Dios, solo el resto del día de ayer, y no fue evitar como tal, hablamos por mensajes en Instagram, solo que no le mencioné lo que dije y él tampoco lo sacó a la luz, lo que sí hice fue ignorar sus mensajes de hoy en la mañana, además las indicaciones de su médico me hicieron las cosas fáciles, la inflamación subió, causando que quedara en reposo en casa ayer. ¿Soy una mala persona por alegrarme de eso? Sí, lo soy; en mi defensa, no estaba listo para verlo. Aunque hoy parece ser el día que daré la cara.

—… entonces me dijo «yo también quería besarte», y yo de «ah, genial, ja, ja, yo también», y me dije a mí mismo, «¿lo pensé? ¿en serio?». Y luego todo se puso raro, me dijo «*mon soleil*», o sea, investigué y está en francés, él habla francés, ¿sabes? Es talentoso. —Suelto un suspiro—. Bueno, luego de eso había mucha tensión, me dejé llevar y le dije que yo también quería besarlo y salí corriendo como si mi vida dependiera de eso, aunque sí que depende, y pues lo he estado evitando porque me siento muy avergonzado.

»El punto es, ¿es normal querer besar a un chico cuando te gustan las chicas? Es que no me gusta Edward, pero en ese momento me dieron ganas de besarlo, y cómo no, ¿lo has visto en el espejo? Es guapo y su personalidad es muy, no sé, como que quieres besarlo, y era de madrugada, o sea, a esa hora ando *hot*... a veces deprimido, pero más *hot*. ¿No te pasa?

Ladeo mi cabeza en su dirección y Jean solo hunde sus cejas, asimilando toda la información que me estuve guardando desde ayer porque no estaba seguro de contárselo.

—Andy —pronuncia mi nombre en un tono cansado—, solo te pregunté la hora.

Resoplo hacia arriba, moviendo algunos de los mechones que caían por mi frente y azoto mi cabeza contra la paleta de mi mesabanco, haciendo un gran ruido. Me ha costado un huevo y medio poder soltarle todo eso y él solo dice eso. Renuncio, necesito otro amigo.

Soy de los que suelen creer que encerrar todo lo que sienten es bueno, pero llega un momento en que todas esas emociones explotan y pueden suceder miles de situaciones; pero en mi caso, o me da un ataque de sinceridad con la primera persona que veo, o transformo todas esas emociones en una emoción explosiva. No es como que vaya golpeando a las personas por ahí, pero sí que puedo ser algo hostil en mi forma de hablar.

—No puedo verlo a la cara.

Admito golpeando la punta de mi lápiz en mi frente para que Jean

vea lo desesperado que estoy por un consejo.

Volteo de nuevo a ver Jean y él mantiene la vista en la pantalla de su celular. Esperaba cualquier reacción de su parte, una que me dijera «*whaaats*, ¿fingiste tanto que te gusta Edward que ahora te gusta?», o un «¿besar a Edward? Asquito, tus gustos raros aquí no, porfa», pero no, solo mantiene una expresión como si odiase la vida. No lo culpo, es un viernes por la mañana con Historia a primera hora. Yo también odio mi vida con este horario de mierda.

Peor aún, tuve que levantarme demasiado temprano para venir a la escuela a una hora decente y no encontrarme a Edward porque no estoy listo para verlo a la cara, sobre todo porque no sé cómo actuar frente a él. Creo que estoy exagerando un poquito y estoy haciendo un *drama* por nada.

—Lo querías besar y se lo dijiste —resume toda mi explicación en esas simples palabras y alza su mirada a mí—. No entiendo cuál es el problema.

Me levanto de mi asiento de golpe. ¿Cómo que no ve la gravedad de lo que me está pasando? ¿No me escuchó bien? Miro hacia todos lados para ver si alguien está escuchándonos, no iba a poner en riesgo el acuerdo que hay entre ambos. Cuando veo que nadie nos está escuchando, regreso mi atención a Jean.

—El problema es que quiero besar a un chico cuando me gustan las chicas —le planteo el problema de nuevo, en voz baja, como si le estuviese contando un secreto del gobierno. Él sostiene la misma mirada de indiferencia—. ¿O sea...?

—Es besarlo, no casarte con él —me interrumpe, bajando su vista a su celular otra vez—. Él quería besarte y tú a él, no es difícil de comprender, no soy idiota, Andy —refunfuña—. Lo que no entiendo es por qué no lo hicieron.

Lo miro estupefacto. ¿Me está diciendo que está bien? ¿Así sin más? ¿No pasa nada con querer besar a un chico cuando te gustan las mujeres? ¿O es que no me ha entendido bien? Creo que he sido muy claro con todo lo que le he dicho, le conté detalle a detalle lo que pasó con Edward y él sigue sin verle el lado malo, porque sí, hay un lado malo, y el lado malo es que quiero besar a Edward. ¿Él no logra ver lo que yo veo, o soy el único exagerado que no se toma estas cosas tan a la ligera?

—¿Porque solo me gustan las chicas y no los chicos? Dah —le hago saber, y me quiero golpear al oír que lo dije muy alto. Volteo una vez más, asustado de que alguien me haya escuchado, pero nadie lo hizo, todos están en su mundo. Menos mal, o alguien podría descubrir nuestra farsa.

—¿Y? —inquiere de nuevo, sin inmutarse—. Si quiero besarme con alguien, y esa persona conmigo, lo hago y ya, no es algo del otro

mundo, es un beso.

La forma en la que lo dice hace que me sienta como un bobo que piensa las cosas de más y como alguien que ha estado actuando de forma exagerada. No obstante, no iba a aceptarlo tan fácil, aún tengo un montón de preguntas y dudas que no iban a resolverse con sus simples palabras.

—Pero esa persona no es una chica —recuerdo, por si se ha olvidado de que estoy hablando de Edward, y frunzo los labios al mirar que sigue manteniendo la misma expresión—. ¿Por qué no ves lo que yo veo? Es como si tuvieras ganas de besar a... Oliver. ¿Lo besarías?

Mis palabras debieron haber sonado como el mayor insulto del mundo, porque él hace una mueca de disgusto con los labios y arruga la nariz.

—Preferiría besar a Karla antes que a Oliver —responde asqueado, como si no soportara la sola idea de tener sus labios en los de Oli, y alzo mis cejas en una señal de satisfacción. Probé mi punto—. Pero si tengo ganas y él también, pues vale, está bien. —Se encoge de hombros dejándome sin palabras—. Eso no significa que me guste o algo, solo es un beso, o al menos para mí solo es eso, sé que cada persona le da un significado diferente a los besos, y para algunos debe haber sentimientos de por medio o cosas así, ¿para ti?

Al fin levanta su mirada a mi rostro y pestañeo un par de veces porque su pregunta me ha caído por sorpresa. ¿Debe haber sentimiento para que bese a alguien? Si me pongo a pensar en mis relaciones fallidas pasadas, creo que no. Tampoco tuve muchas, pero sí las suficientes para decir que no necesitaba tener sentimientos para besarlas, y sé que lo mismo sucedía con ellas, es decir, sí me gustaban, obviamente, pero no las amaba o quería, solo durábamos días, con suerte una semana, es entendible. Sin embargo, ¿pasaba lo mismo con Edward? ¿Quiero besarlo solo porque sí o es que siento algo por él?

No me gusta ni tengo algún interés amoroso por él. Me agrada su forma de ser y le tengo demasiada empatía por todo lo que le ha tocado pasar. Además, es guapo, algo que recalco cada vez que puedo. Entonces, supongo que está bien, ¿no? Querer besar a alguien sin sentir nada. Solo quiero besarlo, no casarme con él, como Jean mencionaba. No voy a casarme con Edward por besarlo, solo es... un gusto pasajero.

Exacto, querer besar a Edward es solo un gusto que se irá si alguna vez llego a besarlo.

—Tienes razón —menciono luego de pensarlo—. Solo es un beso, no sé por qué le doy tantas vueltas.

Alzo mis hombros restándole importancia e intento tragarme la idea de «solo es un beso». He estado matándome y torturándome

emocionalmente para que llegue a esa simple conclusión. Aunque, ¿qué se supone que va a pasar ahora que he aceptado que quiero besar a Edward? ¿Tengo que besarlo? Eww, un escalofrío me recorre de solo imaginarlo. No me da asco, solo que pensarlo de la nada es extraño.

—Siempre la tengo. —Esboza una sonrisa con egocentrismo y quiero tomar mi libreta y estamparla contra su rostro para bajarle todos los aires de superioridad de un solo golpe, pero me contengo.

—Gracias por ayudarme con el problema —le digo a pesar de que quiero matarlo.

Antes de que él diga su frase típica de «me debes otro favor», porque lo conozco a la perfección como para saber que diría algo así, iba a interrumpirlo, pero Karla, quien acaba de llegar a su pupitre, lo hace primero.

—¿Quién tiene un problema y por qué?

Pregunta, sentándose en la paleta del mesabanco de Jean para quedar frente a mí. Él le gruñe como el troglodita que es.

—Me dieron ganas de besar a Edward.

¿Ven a lo que me refiero con ataque de sinceridad? Ni siquiera me da vergüenza decirlo en voz alta y con cualquier persona que se me atreviese. Me pasó con Jean y ahora con ella, de todas formas, le tengo confianza a ambos. Karla arquea sus cejas y veo la confusión en sus ojos marrones.

—¿Y eso por qué sería un problema? Es tu novio, bésalo.

Ay.

Me olvidé de que ella y los demás no saben que yo y Edward no somos novios de verdad. Soy tan estúpido que lo había olvidado por completo.

—Es que Edward no ha llegado —Jean me salva por segunda vez, asomándose a un lado de Karla, ya que ella le obstruía la vista—, y justo ahora Andy tiene un montón de ganas por besuquearlo, amaneció *horny*, no durmió toda la noche por imaginar que besaba a Edward. Por eso es un problema.

Pongo los ojos en blanco al escucharlo decir que amanecí caliente. Es cierto que no dormí por pensar en eso, pero no por caliente, sino porque me moría de la vergüenza. A todo esto, ¿por qué siempre busca las peores excusas o las más vergonzosas cuando se trata de mí? Aunque, si soy honesto, es algo que yo diría, pero él no es yo, él sí piensa y usa su cerebro, no tiene que hacerme quedar como un hormonal de mierda.

Sí lo soy, pero no tiene que decirlo en voz alta.

Karla asiente repetidas veces, comprendiendo que tiene un amigo más caliente que las personas de los anuncios en páginas ilegales de anime, los típicos «fulanita (o fulanito) está caliente a un kilómetro de ti, ¿quieres conocerla?».

—Te entiendo.

Responde y se levanta de su lugar para acercarse a mí y darme palmadas en la espalda. Yo, por otra parte, solo agacho la cabeza y pongo una cara de «mi vida es muy dura, estoy cachondo las veinticuatro horas y no tengo a nadie» para que la mentira tonta del imbécil de mi amigo tenga sentido. Igual no es una mentira del todo.

—Tus personajes ficticios no cuentan, no lo entiendes —Jean la ataca de nuevo, picándole en donde más le duele: sus personajes inexistentes.

Tomo aire preparándome para el lío que vendrá. En definitiva, su deporte favorito es molestarla. Ella infla las mejillas y se vuelve hacia él para encararlo con los puños apretados.

Comienzo a sospechar que me perdí de algo entre ellos, no sé, pero creo que se gustan o algo así, sé que los que se odian son los que más se aman, así que las probabilidades son altas, lo vi en un vídeo. Sin embargo, Jean no es la clase de persona que estaría en una relación seria y formal con alguien, y Karla es la clase de persona que le gusta lo romántico y estable. No, olviden lo que dije, no saldrían juntos, se matarían antes de que eso suceda. Son como perros y gatos.

—¿Tú qué sabes de querer besar a alguien y no poder hacerlo? —Karla se lamenta y ruedo los ojos.

—Nada, siempre beso a los que quiero.

—¿Viste? No sabes, no opinión, cállate.

¿No pueden llevarse bien ni por las mañanas? No es tan difícil, solo hacen como si se quisieran y listo. Saco mi celular de mi bolsillo mientras los escucho pelear y al ver la hora me sorprendo de lo tarde que es, faltan menos de cinco minutos para que comience la clase. Edward no es de los que llegan tarde, aunque ha llegado un poquitín tarde por mí, porque pasa a recogerme, pero no taaan tarde como ahora. Bloqueo mi celular antes de que se me ocurra responder a sus mensajes o enviarle miles preguntando dónde está.

Miro hacia la puerta del salón solo para ver si Edward entra, pero nadie más ingresa al aula, algo que me desespera un poco. Golpeo el suelo con uno de mis pies un par de veces, impaciente. No quiero preocuparme, otra vez, pero es casi imposible no estarlo. ¿Y si lo he curado mal y le dio una infección horrible y cuando venía manejando no vio que un carro venía delante de él y se estrelló?

Cerebro, por favor deja de mandarme esas ideas, que me asustas y que no estoy bien emocionalmente como para vivir algo como eso.

Solo debo tranquilarme, Edward debió haberse quedado dormido y por eso viene más tarde de lo usual.

¿Y si se quedó dormido para siempre en un trágico accidente?

Paso saliva con fuerza. Dios, ¿por qué mi cabeza me hace pensar en esta clase de horribles escenarios? Edward está bien, no es un niño,

sabe cuidarse; además, cuando él me traía a la escuela era muy responsable y manejaba con tranquilidad. Pero ¿si el chofer del auto de atrás iba borracho y chocó con él y lo tiró en un acantilado?

De repente, alguien entra al aula y mis ojos no tardan en reaccionar para ver quién es, tengo la esperanza de ver al peliblanco alto, de ojos verdes y linda sonrisa, pero, para mi mala fortuna, no es él, es Mary. Mary entra y cuando me ve supongo que debe notar la desilusión plasmada en mi rostro, porque no me sonríe ni nada, solo voltea hacia otro lado y deja sus cosas en su silla.

No es que me desagrade ver a Mary, pero esperaba ver a Edward. Y, hablando de ella, hasta ahora recuerdo su existencia. ¿Soy un mal amigo por haberme olvidado de que ella ha estado ignorándonos? La respuesta es sí, pero en mi defensa he pasado por tantas cosas en tan pocos días que es normal que mi cerebro no funcione en su totalidad.

Además, ella también se ha olvidado de mi existencia. Desde que Edward y yo somos novios ni siquiera me saluda, creí que podía ser normal porque teníamos a Edward como una mala persona, pero ya han pasado varios días y los demás lo aceptaron. ¿Por qué ella no podía hacer lo mismo?

—¿Sigue molesta? —pregunto en voz alta, y tanto Jean como Karla ponen su atención en mí. Supongo que no deben saber de lo que hablo, pero estoy viendo hacia el pupitre de Mary, así que es más que obvio que me refiero a ella.

Ambos siguen mi mirada y se encuentran con una solitaria Mary escuchando música.

—¿Mary? —Karla dice su nombre con una leve confusión. Asiento con la cabeza—. No está enojada, solo tenía en mal concepto a Edward, como todos —la defiende—. De hecho, nos ayudó a esparcir los rumores de que te acosaron.

Su declaración me sorprende bastante. ¿Mary ayudó a que todos creyeran que Edward y yo éramos las víctimas de un idiota? ¿Por qué?

—¿Por qué no nos habla entonces?

Mi cuestionamiento queda en el aire porque ni Jean ni Karla responden, solo se echan una mirada cómplice y se quedan callados. Hundo mis cejas. Eso me da muy mala espina. ¿Hay algo de lo que no me he enterado?

—Necesito dormir. —Oliver se sienta en el mesabanco frente a Jean y se echa rendido en la mesa, interrumpiendo lo que sea que me están ocultando—. Vengo a la escuela como vine al mundo, en contra de mi voluntad. —Otro bostezo—. Me quedé despierto toda la noche porque no me gustaba ninguno de mis dibujos. —Talla sus ojos, volteándose hacia nosotros y su mirada nos recorre a cada uno hasta llegar a Jean—. Me hace falta una musa. ¿Puedo dibujarte como las chicas francesas, Jean?

Este último le muestra el dedo del medio y pone los ojos en blanco.

—Vete a dormir.

—¿Contigo?

Pregunta con una sonrisa coqueta que hubiera sido eliminada por el puño de Jean si no fuera porque la campana suena y en ese momento entra el maestro al salón, haciendo que todos nos sentemos bien en nuestros lugares. Aunque yo describiría que «estoy bien», la misma presión en el pecho que sentí los días en los que Edward desapareció se hace presente de nuevo. Él no ha venido, otra vez, y la preocupación me invade de pies a cabeza. Miro su asiento vacío y por alguna razón un nudo se forma en mi garganta. No dejo de pensar en todas las cosas que pudieron haberle pasado y en lo egoísta que he sido pensando solo en mí.

Mis ojos recorren cada parte del salón, esperando encontrarlo sentado en una silla diferente, y me sorprendo cuando veo a Heather. Hago memoria de la clase en la que estamos, Historia, la que comparto con ella y algunos de su clase. Ni siquiera recordaba eso por estar pensando en Edward, y a estas alturas tampoco me importa ni me emociona, solo quiero saber dónde se ha metido mi novio.

Veo hacia la puerta otra vez, esperando que la próxima persona en cruzar por ahí sea él, y cierro los ojos con fuerza, ignorando las indicaciones del maestro. De pronto, la puerta se abre con fuerza y vuelvo a abrir los ojos, encontrando a un Edward con la respiración agitada y el uniforme puesto correctamente. Parece que corrió para llegar a tiempo. Suelto un suspiro de alivio.

«Estúpido, mi corazón, idiota».

—Perdón por llegar tarde, ¿puedo entrar?

Tal como lo dije, él apenas puede hablar debido a que debió haber corrido demasiado. No sé dónde estuvo toda la mañana, pero me alegro de que todo lo que pensé solo hayan sido eso, pensamientos estúpidos. Ni siquiera sé por qué me alarmé demasiado. Creo que desde que desapareció y llegó golpeado a mi casa tengo miedo de que vuelva a suceder, solo que mi miedo aumentó, porque ahora no solo me aterra que él pueda desaparecer, sino también que él ya no pueda volver.

El maestro deja que Edward pase con la condición de que lo marcará como retardo en su hoja de asistencia, algo que no pareció gustarle del todo a Edward, pero que al final terminó tomando. Sé que cuida sus calificaciones y que no le gusta meterse en problemas porque no quiere que llamen a sus papás, eso es algo que intuí el día que lo castigaron y no estaba preocupado por la suspensión porque sus papás no se iban a enterar, así que supongo que un retardo en la boleta de calificaciones no es algo que lo ponga feliz porque podía meterlo en problemas con sus papás.

Sigo cada movimiento que hace Edward con la mirada de forma inconsciente, solo me percato de esa acción cuando él voltea a verme y sus ojos se conectan con los míos. Me da una pequeña sonrisa y yo miro hacia mi libreta, nervioso. Sin embargo, también sonrío.

Estos últimos días he estado más confundido de lo normal, y solo hay un responsable de todo ese lío de emociones. No necesito mencionar el nombre para que todos sepan a la perfección de quién estoy hablando.

Así es, es Heather.

Es broma, es Edward.

Edward, el lindo peliblanco que no deja de jugar con mi corazón como si fuese una pelota de fútbol. A veces lanza esa pelota a lo más alto, haciéndome sentir nervioso y en las nubes, y luego, cuando cae al suelo y toca fondo, me hace sentir confundido y preocupado.

Y ninguna de esas emociones me gusta.

—Júntense en parejas para la siguiente actividad —escucho que el maestro dice y sacudo la cabeza para salir de mis pensamientos.

Me había olvidado por completo de que estábamos en clases. De todos modos, nunca presto atención, y tampoco hago anotaciones, aunque se lo prometí a mi mamá. En mi defensa, todo es culpa de Edward.

Volteo a ver hacia Jean para hacer pareja con él, pero lo encuentro sentándose al lado de Oliver. Entrecierro los ojos en su dirección, maldito traicionero. Siempre hacemos pareja juntos, ¿cómo se atreve a cambiarme por el tonto de Oliver? Igual no es mi único amigo, que se joda. Giro mi cuerpo para el otro lado para buscar Karla, pero ella ya está con Mary, lo que significa que estoy solo.

Uy, me acaban de gritar que no tengo amigos en la cara.

Sé que aún hay una persona con la que puedo juntarme, pero no quiero estar con él. No porque me siento incómodo o porque no estoy listo para hablarle, literalmente estaba aterrado hace unos minutos al pensar que no iba a hablarle nunca más, no quiero hacer pareja con Edward porque soy un idiota para las tareas y no quiero humillarme más. Él debió notarlo la semana en la biblioteca, no obstante, en ese entonces no me preocupaba lo que pensara de mí. Ahora sí.

Siento una mirada sobre mí y, para mi sorpresa, no la siento por parte de Edward, así que giro hacia donde la siento y doy un respingo al ver que Heather me está observando. Cuando ella lo nota, baja la cabeza, con las mejillas coloradas. Pestañeo asimilando que ella estaba viéndome y que acaba de sonrojarse por mí. Esperen, esperen, esperen, ¿se puso así por mí? ¿En serio? Estoy a nada de emocionarme como el idiota que siempre he sido cuando se trata de ella, pero me doy cuenta de algo: sus amigos ya han formado parejas y ella es la única que se ha quedado sola.

Ya somos dos.

O tres, con Edward.

Quiero acercarme a ella y decirle que hagamos equipo juntos, pero tampoco querría dejar a Edward solo, aunque aún no sé si él lo está; en el salón solo le hablamos nosotros, así que es obvio que no tiene pareja. Volteo a verlo para confirmar lo que pienso, y sí, efectivamente, está solo.

Edward también está viéndome y pasa su mirada de mí a Heather, así un par de veces. Él parece que capta lo que está pasando, porque alza sus pulgares hacia mí y agita su mano, como si dijera: «haz equipo con ella, es tu oportunidad».

Y el Andy de hace una semana lo hubiera hecho sin dudarlo, porque Heather es la persona que le gusta desde hace un par de meses, la chica que lo ayudó aunque no lo conociera, su amor platónico. Pero el Andy de ahora está caminando con su libreta y un lapicero hacia el pupitre de Edward, por una razón que desconoce.

Aunque en realidad mi idea es hacer equipo de tres, porque tampoco voy a dejar sola a Heather. Sé lo que se siente estar solo, y no voy a dejar que ella se sienta de esa forma, no cuando ella también me ayudó una vez. Sin embargo, Karla y Mary parecen tener la misma idea que yo y me terminan ganando porque le hacen una seña para que se siente con ellas, a lo que Heather acepta sonriente.

Me siento más tranquilo por eso, sobre todo porque hacer equipo con ella y Edward olía como una pésima idea. Ya estoy pendejo con solo ver a Heather, y ahora lo estoy más cuando Edward me sonríe y recuerdo que quiero besarlo. Iba a morir, en definitiva. Estar entre ambos iba a hacer que me dieran más de veinte paros cardiacos, y es más que obvio el porqué. Heather es hermosa, y Edward igual es guapo, demasiada hermosura para un tipo de un metro setenta como yo. Y aunque bromeo con que quiero morir, en realidad tengo ganas de seguir viviendo mucho tiempo.

—Hola —me saluda Edward apenas me ve. Sus heridas están cubiertas con nuevas gasas y me alegro al ver que su pómulo ya no está inflamado—. Te estuve enviando mensajes en la mañana.

Avisa y siento que soy un pésimo amigo por haberlo evitado. Menos mal que no se dio cuenta de mis sucias intenciones, porque el sentimiento de culpa solo me arrastraría hasta el fondo.

—No los vi. Instagram no me avisó.

Miento de forma descarada mientras tomo asiento a su lado.

Él abre la boca para decir algo, pero el maestro comienza a dar las indicaciones de la actividad y todos nos quedamos callados para prestarle atención. Edward anota cada una de las instrucciones y yo solo me quedo viendo cómo lo hace. Mi novio falso y pareja en esta actividad es un cerebrito, y agradezco que sea así, porque yo soy un

tonto que depende de los demás, prefiero mil veces que alguien me diga qué hacer a que yo tenga que ser el líder y decirle a los demás su rol, es algo estresante, tedioso y laborioso.

Cuando el maestro termina de dar las indicaciones, Edward comienza a sacar todos sus bolígrafos, resaltadores y plumones y yo abro mi libreta en una hoja blanca para poder realizar la actividad. Se supone que tenemos que realizar una investigación sobre palabras de otros países y el significado de estas. Bastante aburrido.

Silbo al ver todos los materiales que tiene Edward. No voy a decir que me sorprende, porque la verdad es que no, él tiene toda la pinta, sobre todo por su increíble organización y los lindos apuntes que me prestó.

—Pasé por tu casa —me dice y quito mi atención de sus cosas para ponerla en él.

¿Él fue a mi casa? ¿Es por eso que llegó tarde?

Ahora solo me siento el doble de mal.

—Lo siento, tenía que venir temprano y olvidé decirte —me disculpo con otra mentira, a lo que él asiente.

Muerdo mi labio inferior con fuerza. No sé por qué siento que sí sabe que lo estuve evitando. No es que me esté tratando mal o algo así, pero lo siento un poco distante. ¿Y si está así por lo que le dije ayer en su auto? Lo dudo, él no es como yo, no es de los que evitan.

—Tranquilo, no pasa nada. —Sonríe después de unos segundos, y eso me relaja un poco hasta que la imagen mental de él esperando fuera de casa me golpea con fuerza.

—Sí que pasa —replico, molesto conmigo mismo—. Tú vas por mí todas las mañanas, lo menos que podía hacer era decirte que hoy no era necesario. —Paso saliva por mi garganta—. Lo lamento. Juro que voy a pagarte.

—¿Cómo? —El interés en su voz es evidente.

Para ser honesto, esperaba que dijese que no era necesario, porque no tengo ni la más mínima idea de cómo. Divago en mis pensamientos por un momento.

—Con mi amistad —le contesto luego de no encontrar nada útil.

Sus cejas se arquean.

—No, gracias.

Se ríe, y yo, por otro lado, abro la boca, ofendido.

—¿Estás rechazándome? —la indignación en todo su esplendor.

—Sí.

—Púdrete —mascullo a la par que golpeo su frente con mi dedo—. Mi amistad es lo mejor de este mundo.

Inflo las mejillas en señal de molestia. Su risa se intensifica. Tengo que poner mi mano sobre su boca para acallarlo debido a que el maestro nos lanza una mirada irritada. Los dos compartimos una

mirada divertida por eso y hacemos el intento de no reír.

—¿Empezamos? —pregunta entre risas.

Doy un asentimiento con la cabeza como respuesta. Él comienza a escribir el título y yo saco mi celular para investigar en internet. Entro a una de las primeras páginas y, luego de darle una leída rápida en voz alta para ver si le parece, a Edward le convence la información. Primero le dicto y él escribe, no obstante, intercambiamos esa acción cada dos nuevas frases. Ya casi llenamos una hoja completa, y a simple vista es fácil identificar quién escribió qué, sobre todo por la gran diferencia en nuestra caligrafía.

—*Koi no yokan*.

Lee lo que dice en el celular y empiezo a escribir con bolígrafo negro la palabra, acto seguido, tomo el bolígrafo rojo para escribir la definición.

—¿Qué significa? —inquiero, listo para anotar.

Mantiene sus ojos en el móvil y dice:

—Es un término japonés —hace una pequeña pausa—. No hay una traducción como tal, pero se emplea para describir al sentimiento que tienes cuando conoces a alguien y sabes que te enamorarás sin remedio de esa persona.

«*Koi no yokan*», repito en mis adentros en tanto termino de escribir lo que ha dicho. Le echo otra leída a lo que he escrito antes de retirar la vista de la libreta y ponerla sobre Edward.

—¿Algo así como amor a primera vista? —cuestiono, juntando las cejas. No es necesario preguntarle, ya que he escrito lo que necesitamos, pero a mí no me quedó claro lo que ese término podría significar.

—No —niega aún cabizbajo—. No te enamoras de esa persona apenas la miras, es como la pequeña intuición que tienes en tu interior, la que te dice «esta persona te hará caer en el futuro».

—¿Te ha pasado? —me atrevo a preguntar—. ¿Sentir que vas a enamorarte de una persona apenas la conoces?

Edward levanta la mirada del celular y me ve directamente a los ojos. Sin vacilaciones, contesta:

—Sí.

El corazón se me desboca con esa acción, porque, por alguna razón, siento que tal vez, y solo tal vez, también entiendo de lo que habla. La nueva —y no tan nueva— ola de emociones que hay en mi interior cada vez que veo a Edward se hace presente de nuevo. Trago duro y aparto la mirada.

—Edward, lo que dije ayer cuando bajé del auto... —empiezo, la repentina valentía y el sentimiento del momento dominándome.

Ahora es el momento en el que él dirá que mi confesión le dio asco, que malinterpreté sus intenciones, que nos besemos ahora (ojalá)

o algo así, pero a diferencia de todo lo que pensé, Edward solo dice:

—¿Dijiste algo cuando bajaste? No lo escuché, perdón, ¿qué dijiste?

Me pregunta, y ahora siento que la canción típica que ponen en el circo se está reproduciendo.

Sí, soy el circo.

Yo estuve dándole vueltas a la situación, no dormí, lo evité, ignoré sus mensajes e incluso consideré que podíamos besarnos, pero él no escuchó nada de lo que le dije.

Jodeeeer.

Me quedo callado mientras pienso si debo repetirle lo que le dije, después de todo, solo es decir que quiero besarlo, ¿no? Sin embrago, mi corazón me dice que no es un buen momento.

—Que me gusta el apodo que me pusiste, suena lindo —miento.

No iba a repetirlo, aunque la verdad es que había una parte de mí que sí quería hacerlo, si la vida no quiere que Edward sepa que quiero besarlo debe ser por algo. La vida me ha dado una segunda oportunidad y no pienso desaprovecharla. Regreso mi mirada hacia él.

Lo que he inventado le saca una enorme sonrisa.

—No quería sonar muy intenso con eso ni quería repetirlo para incomodarte, pero si estás cómodo, ¿puedo llamarte por el apodo más seguido? —pregunta, tratando de ocultar su emoción, aunque es tan evidente que es imposible de ocultarla. Asiento—. Anotado, *mon soleil*.

El pulso se me acelera y tengo que ojear mi libreta para hacerme el tonto porque estoy demasiado nervioso y no sé cómo reaccionar. En eso, cuando le doy vuelta a las hojas para que crea que estoy haciendo algo superimportante, encuentro una página con una letra que no es la mía. Es lo que escribió ayer en la mañana. No lo había leído porque cuando dije que quería evitarlo eso incluía lo que había escrito.

Sin que él me vea, leo el pequeño párrafo, tratando de ocultar la pequeña sonrisa que comienza a crecer por mi rostro.

«¿Has oído la frase moriría por ti?

Suena muy psicópata, algo que dirían en una de esas películas clichés cuando los protagonistas están tirados sobre el pasto y uno de ellos confiesa su dependencia emocional. Si me lo dicen, huyo, la verdad.

¿Hay personas que realmente lo harían?

Morir por alguien.

Sinceramente era algo en lo que no pensaba, hasta que te conocí; y, Dios, no malinterpretes las cosas ni te sientas intimidado, no me refiero a eso. No moriría si no estás conmigo, ni tampoco si lo estás.

Hace mucho tiempo pensaba en morir, pero no por alguien, sino por mí. Porque la presión me estaba arrastrando al fondo, porque sentía que la única forma de salir del hoyo era enterrando la cabeza en el suelo, porque

creía que no había otra forma.

Pero sí que la hay. Solo que el camino es más difícil y el dolor dura más.

Morir es algo un poco más sencillo. A pesar de que no sea una decisión fácil, es la forma más rápida de acabar con todo: con el dolor, con la tristeza, con los problemas.

Pero vivir, vivir es una decisión aún más dura, porque no es fácil levantarse cada mañana cuando lo único en lo que piensas es que todo sería mejor si ya no estás, porque no es sencillo intentar mantenerte con vida cuando tu cabeza te grita que deberías rendirte.

Vivir por alguien.

Suena mucho más romántico, y aunque hay una clara dependencia emocional, en realidad yo no lo veo así. Vivir por alguien no es porque vivas exclusivamente por esa persona, es porque esa persona te impulsa y te demuestra que incluso en los días más oscuros hay una luz para seguir.

Morir por alguien es fácil, ¿pero vivir? No lo creo.

Así que sí, he llegado a la conclusión de que yo no moriría por ti.

Yo viviría por ti».

Y lo siento, y lo entiendo. «*Koi No Yokan*» es lo único en lo que pienso después de leer esto. La próxima vez no le diré que quiero besarlo. Lo haré.

14: Explosión

Hay un par de cosas que odio de salir de casa, como el hecho de estar (precisamente) fuera de mi hábitat, pero la razón principal por la que lo detesto es porque tengo que arreglarme y elegir una vestimenta adecuada que me guste.

Me echo un vistazo en el espejo y analizo la ropa que he escogido. Esta vez no llevo lo que suelo usar porque —como si no fuese obvio— tengo que salir de casa y quería probar algo nuevo; además, las bajas temperaturas que trae noviembre son un definitivo «no puedes salir solo con un short y sandalias». El horrible clima me obliga a usar más que la ropa corta y holgada que amo usar en casa. Luego de varios pantalones y playeras tiradas por doquier, opté por unos vaqueros holgados rotos de color mezclilla, un gorro de lana café, una playera enorme blanca y encima de ella un suéter manga larga de cuadros cafés sin abotonar que me robé de mi abuelo el verano pasado. Mis tenis blancos más desgastados que mi alma hacen juego con mi cara de muerto.

Doy vuelta sobre mis talones dos veces, me pongo de perfil, me agacho, vuelvo a girar y, después de hacer todas las posibles poses que se pueden hacer para admirar mi elección en ropa (que más que poses parecía que estaba siendo exorcizado), llego a una conclusión:

Estoy horrible.

En mi mente, el *outfit* se veía mejor. No la atrocidad que tengo delante de mí.

Había visto a muchas personas vestirse de este modo en TikTok y en Pinterest, y me dije a mí mismo que debería intentar vestirme así porque me iba a ver muy bien y porque seguro me llevaba una sorpresa al ver que la ropa me quedaba hasta mejor que los modelos. Sí, me llevé una sorpresa, pero no una buena, sino una horrible.

Qué ingenuo el pobre Andy que creía que se iba a ver como los chicos de Pinterest, ellos se ven como unos dioses sacados del olimpo, no, no se ven: son la personificación de dioses en persona, mientras que yo parezco un chico que no se ha cambiado de ropa en meses. Uno con estilo, la verdad, no cualquiera se vería así de mal, hasta para verse terrible hay que tener estilo, y no todos pueden verse como yo. Mi autoestima está en el suelo y mi ego está en las nubes, es el balance perfecto entre odiarse y ser el mejor haciéndolo.

Rendido, decido que no voy a lamentarme por el horrible conjunto que llevo puesto, es decir, sí, me veo fatal, pero el problema no es la

ropa, soy yo y mi talento de lucir feísimo con cualquier ropa que no sea de color negro o con estampados de anime. En mi cabeza escucho la voz de la señora de TikTok diciendo «buenos tardes, el *outfit* de hoy es la autoestima», y con eso trato de no dejar que las emociones negativas arruinen mi tarde. Señora, la amo, gracias por sus frases motivacionales, ahora no me siento tan mal.

Veo la hora en la pantalla de mi celular y suelto un suspiro pesado. No tengo tiempo para cambiarme, mi papá pasará a recogerme en cinco minutos y ya debo estar listo para entonces.

Sí, el fatídico día ha llegado. Voy a quedarme con papá el fin de semana y tendremos la conversación que he estado evitando todos estos días.

Voy. A. Morir.

Tomo la mochila donde llevo las cosas básicas que me servirán en estos días de desgracia: mi ropa, el cargador de mi celular, audífonos, cepillo dental, una caja de jabón, porque no pienso usar un jabón usado por ellos, una toalla por si me ducho y libretas para hacer tarea. Yep, llevo todo lo necesario para sobrevivir a este infierno llamado «ir a la casa de mi papá».

Bajo hacia el primer piso con desgana mientras canto *Girl Crush*, la canción que Edward me enseñó. Es pegadiza y sin ser consciente de ello ya me la sabía de memoria, no voy a decírselo porque me lo echará en cara, pero tiene buen gusto musical. Veo a mi mamá echada en uno de los sillones con una manta, tres bolsas de frituras y dos cervezas. La desgraciada (no lo digo en voz alta porque me mata) va a aprovechar que su hijo se irá para tener una tarde de películas y supongo que invitará a Irán, se ve relajada, como si fuese satisfactorio que yo me vaya.

Pongo mi mejor cara de ofendido. Debería estar triste y llorando a moco tendido porque su único hijo se va un par de días con la familia de su expareja, no debería verse feliz. Estoy indignadísimo.

Carraspeo para llamar su atención, y cuando lo consigo entro en el papel de Andy rey del *drama*.

—No voy a extrañarte estos días, que quede claro —refunfuño en un tono indiferente—. Es más, estoy pensando que debería quedarme más tiempo con mi papá y con mi segunda mamá.

Hago énfasis en «segunda mamá» para que le duela, pero lo único que consigo de ella es una cara de confusión seguida de una carcajada que pude escucharse hasta en el infierno. Lo que he dicho no la ha ofendido, ni tampoco he conseguido tocar uno de sus nervios, más bien parece que le he contado el mejor chiste de todos los tiempos. No quiero indignarme más, pero lo hago.

—¿Segunda mamá? —inquiere entre risas y asiento con la cabeza repetidas veces para que vea que voy en serio. Su risa solo aumenta y

contengo las ganas que tengo de tomar una de las almohadas del sillón para lanzársela en su cara—. Kim apenas sabe cómo te llamas.

Continúa burlándose de mí y yo no hago el intento por contradecirle porque es cierto. Kim, la esposa de papá, es muy amable, pero también es despistada y ha llegado a cambiarme de nombre algunas veces. Me llamó Alexis, Alex, Ángel, Andrew y todos los nombres que inician con A, incluso me llamó Américo, ni siquiera sé si ese nombre existe. Sé que no lo hace con mala intención, siempre se disculpa apenada cuando se equivoca, por poco y se arrodilla para que la perdone.

—Te puedo reemplazar —la amenazo con mi dedo una vez que ha recuperado la compostura. Aunque quisiera reemplazarla no lo haría, no hay nadie en este mundo que me soporte como ella.

Esta vez no se ríe, solo enseria su rostro en automático haciendo que me arrepienta al instante de haberle dicho eso. Upssi.

—Inténtalo y verás que nadie puede ocupar mi lugar —menciona con superioridad. A pesar de que quiero negarlo, estaría mintiendo sin descaro. Como lo mencioné, no hay nadie como mi mamá, todas las mamás están más cuerdas, la mía parece que se le salió un tornillo y que nunca más lo encontró.

Blanqueo los ojos. Odio admitir que no tengo la razón frente a ella porque sé que disfruta de verme admitiendo que es superior a mí, por lo que solo le digo lo primero que sale de mi corazón.

—Te odio —grazno, pero por mi seguridad física y emocional sonrío para que no parezca que lo digo de verdad—. Deberías estar llorando porque me voy.

Se lo echo en cara con un tono dolido porque no voy a irme hasta verla llorar por mí. Mi mamá pestañea, dándose cuenta de que su indiferencia sobre mi partida de un día y medio me ha puesto en modo *drama queen*. En mi defensa, es su culpa por no verse lo suficientemente miserable como yo. Si me siento desdichado por haber sido el esperma de las bolas de mi terco padre en lugar del esperma de las bolas de un billonario que sí ve por mí, ella debe sentirse igual que yo.

—Te vas dos días, no un año —vocifera, rodando los ojos. Solo entrecierro mis ojos en su dirección, lanzándole la mirada de «dime que me amas o lloro». Lo nota y, por consiguiente, resopla sin creer que estoy siendo serio con el tema—. Pero si quieres puedo mentir. —Se aclara la voz y junta las manos—. Oh, no, mi niño se va, ¿qué haré estos días además de ver películas con mi pareja e ir de compras? Lloraré encima de mis nuevas compras y en el spa.

Finge algunos lloriqueos que me hubieran hecho reír si no fuera porque quiero que vea que estoy hablando en serio y que su broma me ha ofendido. Se está mofando de mí y ni siquiera hace el intento por

disimularlo, soy su entretenimiento. Yo sé que disfruta estar sola en casa, es decir, ¿quién no ama estar solo en su casa?, pero no le costaba nada fingir desde un principio que se siente herida y con el alma desgarrada.

—Muy graciosa —digo sarcástico, sujetando mi mochila con fuerza cuando escucho el ruido de un claxon. Mis sentidos se activan de inmediato y maldigo en voz baja.

Me cago en la vida. Mi papá ha llegado. Y mis ganas de vivir se han ido.

De acuerdo, me preparé emocionalmente toda la noche para esto, no es momento de llorar ni de echarme para atrás, sé que si lo intento todavía puedo fingir que tengo una diarrea explosiva que él no querrá ver en su baño, pero hago esto porque también sé que en cualquier momento tendremos la «conversación», y aplazarla solo haría que me estresara, es mejor acabar con esto más rápido.

Además, mi mamá cree que es bueno pasar tiempo con él, y como he decidido ser un buen hijo, no me queda de otra más que aceptar. Ya puedo ver el cajón donde estará mi cuerpo cuando él me mate o cuando yo lo haga porque no pude soportarlo. Si en mi lápida no está escrita la frase «y todo por no compartir esa cadena en Facebook», no quiero nada.

—¿Llevas todo? —Apunta hacia mi mochila y asiento a su pregunta. Solo me faltan las ganas de ir, pero quitando eso, sí, llevo todo.

Volteo a ver a la ventana, me encuentro con su coche delante de la casa y quiero que la tierra me trague y me escupa en cualquier lugar menos aquí. Muerdo mi labio inferior. Esto va a ser más difícil de lo que pensé. Toda la preparación mental se fue por la borda al imaginar las cosas que van a pasar o que él va a decirme. Sí, me tiembla el culo.

Regreso mi mirada a mi mamá.

—¿Puedo llevar cloro? —bromeo, aunque lo decía un poco en serio. Presiento que será un fin de semana en el que mi estabilidad emocional decaerá—. Por si acaso.

Ella solo niega con una sonrisa.

—Eso no te alcanzará, lleva una soga —propone. Ahora soy yo el que suelta una carcajada. Sí, tal vez debería hacerle caso. No sé quién va a terminar ahorcado primero, mi papá porque no soportará mi mal humor o yo porque no soportaré lo que sea que vaya a decirme.

—¿Qué clase de madre le da ideas a su hijo de cómo acabar con su vida?

—Una que conoce a su ex. —Hace una mueca con los labios. Mira hacia la ventana y luego hacia mí. Como si se acordara de ella, sonríe en grande—. Me saludas a tu segunda mamá —dice con sorna, y por dentro deseo que mi mirada tuviera rayos láser para poder quemarla

—. Si pasa algo, llámame e iré por ti, pero de preferencia no marques, quiero disfrutar mi fin de semana.

Alza su cerveza sin quitar esa sonrisa de burla y le saco la lengua antes de salir corriendo a la puerta para evitar que me lance algo. Cuando cierro, escucho un golpe en la puerta, por poco y me daba. Sonrío con alivio. Lo bueno de conocerla es que sé cuándo huir, creo que es gracias a ella que aprendí a evadir cualquier situación. «Mamá, gracias a ti y tu forma de enseñar es que he contenido las ganas que he tenido de besar a Edward, gracias, aleluya, *thanks*, amén».

Mi sonrisa decae al ver que mi papá está escudriñándome con sus ojos marrones desde su auto y paso saliva por mi garganta con fuerza. Bien, he seguido vivo después de todas las ocasiones en las que creí que sería mi fin, desde haberme declarado al «homofóbico» hasta haberme sentado encima del «homofóbico» en un lugar público. Esto no es nada a comparación de lo que he pasado, solo tengo que fingir que soy el mejor hijo del mundo y listo.

Camino a su carro con las manos sudorosas y apretando la mochila con fuerza, cuando abro la puerta contengo la respiración. Me siento en el lado del copiloto sin dirigirle la mirada y cierro sintiendo que en cualquier momento él va a explotar y matarme por todo lo que he hecho o algo así.

—Hola, Andy.

Me saluda sin mencionar nada de lo que pasó ese día, ni tampoco mis bajas calificaciones o mi irresponsabilidad en la escuela, solo un saludo que ha sonado bastante robótico, como si no supiera qué decir ni cómo decirlo. Supongo que debe estar reservándose todo lo que tiene que decirme para cuando lleguemos a su casa. Relajo mi cuerpo. Aún estaré vivo por algunos minutos, si tengo suerte será por unas horas, eso es bueno.

—Hola, Alek.

Y luego, silencio.

Uno de esos que te provocan ganas de lanzarte del auto, de los que dices «Dios mío mátame porfa o cóbrame el oxígeno para quedar endeudado y morir, lo que sea más fácil». Alek debió sentirlo también porque no le queda más remedio que arrancar y comenzar a manejar sin soltar ninguna palabra. Por un lado, lo agradezco, porque no quiero oír sus regaños ahora, pero por el otro lado me siento incómodo y herido. En otras ocasiones tendríamos algo de qué hablar, aunque sea mínimo y cliché, como el clima o esas cosas. Ahora no y creo que el hecho de haberme encontrado arriba de un chico tiene mucho que ver.

¿Cómo reaccionaría si le dijera que no me gusta el chico, pero que lo quiero besar al mismo tiempo? Me deja sin herencia.

Dudo unos segundos para sacar mis audífonos porque es probable

que él tome eso como una señal para hablarme antes de que lo ignore por la música así que al final no lo hago, además no quiero verme como el hijo que le vale tres kilos de mierda la vida, aunque lo soy, no taaan así, pero sí lo soy. Lo único que hago para no aburrirme es sacar mi celular y abrir Candy *Crush*, pero frunzo las cejas confundido al ver mensajes de un número desconocido. No le he dado mi número a nadie en estos días, o no que yo recuerde.

Curioso, entro a WhatsApp e ignoro los mensajes del grupo con mis amigos para entrar directamente al chat del desconocido.

Número desconocido

¡Holaaa!

Soy Edward, este es mi nuevo número.

Insisto en que es peligroso tener tu número en Instagram, pero gracias por tenerlo, porque gracias a eso pude conseguirlo otra vez.

... O al menos que no quieras que lo tenga.

Si es así, ¡dime y elimino tu número! Aunque podría pagarte para tener el privilegio de estar en tus contactos de nuevo, ¿qué dices?

:)

Sonrío en grande al imaginarlo diciéndome eso en persona. Veo que está en línea, así que después de agendarlo no tardo en responderle.

El mejor jaegerista

Ay holaaaa, me alegro de que ya tengas nuevo celular, y nop, no hay problema, es más fácil hablar aquí que en Instagram jsjjsjsjsjsjsjsjsjsjsjsjsjsjsjsjsjsjsjjs

Fueron muchas risas, no me río de ti ni nada por el estilo

O sea, no es que no seas divertido, sí eres

O sea, no eres payaso

O sea, sí das risa, pero ahora no

O sea, mejor me callo

Bueno, mejor dejo de escribir

Mejor dejo de vivir

D:

Edward ��

:)

Poético.

Inspirador.

Romántico.

Estoy tan acostumbrado a recibir esa carita en todos sus mensajes que ni siquiera le doy vueltas al asunto para averiguar qué es lo que

quiere decirme. Solo Edward sabe cuál es el significado de esa respuesta, y la verdad yo no quiero saberlo. La última vez que quise saber más de él descubrí más de mí y me encontré a un Andy a las 12 a. m. con ganas de besar a su novio falso. No quiero pasar esa situación de nuevo.

Estoy a nada de dejarlo en visto, pero él «está escribiendo» me detiene enseguida. ¿Así que sí sabe decir algo más que solo una carita sonriente?

Edward deja de escribir y al instante me llega un «extrañaba hablar contigo en WhatsApp» que provoca que el corazón se me encoja de emoción.

Antes de teclear pienso si debo enviarle lo que le hice como obsequio para no quedar mal ante el escrito que él me hizo por nuestras dos semanas de novios falsos. Luego de analizar todo lo que podría salir mal, decido enviárselo.

El mejor jaegerista

Yo también extrañaba hablar contigo, aquí sí puedo enviar stickers jsjs

De hecho, te tengo algo

Tú compartiste conmigo lo que escribiste (y, hablando de eso, me gustó muchísimo, necesito leer más o lloro)

Y quería compartir algo para ti, pero no soy bueno ni escribiendo, ni cocinando, ni haciendo nada en general, sales con un inútil la verdad

Pero tengo buen gusto musical, y lo sabemos

https://open.spotify.com/playlist/22XfP6piVigIjQiEAnnWfK?si=JfUwZ3aMQUOLagMt9Xqv8w&nd=1

Si no te gusta te bloqueo

Edward ⁂

Voy a escucharlo ahora mismo, muchas gracias, mon soleil<3

SJSJISIAJ,ISJIJDISJ

Eso es lo que escribo al dejar que mis dedos tecleen a lo estúpido por la emoción del momento. Aún no me acostumbro al apodo, mucho menos cuando en mi cabeza repito esas dos palabras con la voz de Edward. Su voz me traía mal, y en francés peor, me hace ser más estúpido de lo que ya soy.

Mi papá me ve de reojo, confundido por mi reacción, y yo solo le mando un sticker a Edward antes de cerrar WhatsApp y hacer como si no me hubiera dado un paro al corazón. Trato de pensar en cualquier estupidez en el camino, pero sin importar lo que hiciera, al final me encontraba revisando las notificaciones del celular para ver si me respondió, me reprendía por esa acción y, pasados unos minutos, volvía a revisar.

Tampoco es como que si él pudiese responder algo a un sticker de

una bola amarilla con lentes que alza el pulgar.

Doy un respingo al escuchar que mi papá está llamando mi nombre fuera del auto. Él me ve a través de la ventana de una forma tan intensa que creo que está tratando de adivinar qué es lo que me tiene fuera de este mundo. Si supiera que es culpa de mi novio falso que estoy así tal vez le hubiera dado un infarto. Sonrío nervioso y tomo mi mochila para bajar del carro.

El sonido extraño que hace el auto después de que mi papá presionara un botón de su llavero confirma que ha activado la alarma. Es muy cuidadoso en eso, y no sé cómo es que en algún punto del tiempo él y mi mamá estuvieron enamorados. Antes de que mamá vendiera su carro, ella era muy despistada con esa carcacha, dejaba las ventanas abiertas, salía a comprar y las llaves las dejaba dentro, en fin, ese tipo de cosas. Es perfeccionista y de carácter fuerte, pero al mismo tiempo es la más distraída cuando se lo propone. Y, por otro lado, *míster tengo todo bajo control* no es ordenado, pero sabe dónde está cada cosa en ese desorden, no es impulsivo ni distraído, es ególatra y serio.

Debieron haberse odiado mucho la verdad.

Alek camina a su casa de un solo piso, pero que le dobla tamaño a la mía, y yo camino detrás de él, pisándole los talones. Volteo a ver hacia a los alrededores porque siento que alguien está viéndome, pero no encuentro a nadie.

Me encorvo. Tal vez solo estoy siendo un poco paranoico porque me siento intimidado con las grandes casas y la clase de personas que viven aquí. El barrio en el que vive mi papá y su familia es privado, por lo que solo las personas con más que suficiente dinero pueden instalarse aquí. Sí, le ha ido bien, es un gran cirujano, además su esposa también es de las mejores cirujanas, no puedo sentir envidia ni tampoco quejarme, nos da pensión después de todo, y claro que me alegro de que él viva bien, pero no puedo evitar sentirme fuera de lugar al venir aquí, como una playera de segunda mano al lado de ropa Gucci. Es por eso que hoy quería lucir menos yo, pero terminé logrando el efecto contrario.

Entramos a su casa y lo primero que noto es que ha cambiado el color de las paredes y que ha abierto la sala de estar para que esté conectada a la cocina. En mi casa tenemos el mismo color de paredes desde que soy bebé, y no es broma. Olviden lo que dije, sí tengo envidia de ellos.

Alexa, reproduce *Jealousy, jealousy* de Olivia Rodrigo, gracias.

El olor a galletas llega a mis fosas nasales y aspiro fuerte. Qué rico huele. Ni siquiera me importa lucir como un perrito callejero que necesita que le den comida, con tal de que noten que muero de hambre y que quiero comer lo que están cocinando es más que

suficiente.

Una voz chillona saluda a mi papá y aprieto la mochila contra mi cuerpo en un acto de protección, aunque no tenía nada de qué protegerme, solo me sentía incómodo. Kim, la esposa de Alek y cirujana fantástica de ojos oscuros y cabello negro, no tarda en acercarse a mí. Ella lleva un mandil y este está manchado de lo que supongo es la masa de las galletas. Arqueo mi ceja, no es de las que cocinan, o eso es lo que sé, es raro que cocine.

—¡Hola querido! —saluda muy animada y me estrecha con sus grandes brazos haciendo que suelte un pequeño quejido. Cuando me suelta, sonríe de oreja a oreja—. ¿Cómo has estado? Dios, has crecido tanto, eres todo un muchacho —exagera, como si hubiera cambiado mucho en estos meses. Le devuelvo la sonrisa—. ¿Cómo está tu mamá? Oí de Alek que consiguió el empleo, ella siempre consigue todo, la admiro, tremenda diosa —halaga, y no me da tiempo de responder porque vuelve a hablar—. Tu cuarto está listo, puedes pasar, no tardes, la cena está lista, tu papá cocinó y yo hice galletas, no te aseguro que sean comestibles.

Chasquea la lengua y su cálida bienvenida provoca que mi inseguridad se apacigüe. Mi sonrisa crece. Al menos alguien en esta casa parece alegrarse de que esté aquí, porque por lo que a mí respecta, mi papá solo me ha invitado porque quiere regañarme y porque quiere hablar sobre lo que vio ese día en el estacionamiento de la plaza. Y ni hablemos de mi hermanastra, ella ya debió haber quemado la habitación que me dieron la última vez que vine.

—Gracias, Kim.

Le agradezco su amabilidad y ella hace un movimiento con una de sus manos, restándole importancia.

—Dejé un par de cosas, pero si necesitas algo más, llámame y estaré ahí, Adam.

Me río por dentro mientras recuerdo que mi mamá ha dicho que ella ni siquiera reconoce mi nombre. Esta vez no me detengo a decirle que no me llamo así, sé que se está esforzando, y la verdad es que no estoy de humor para escucharla disculparse, solo quiero salir corriendo de aquí lo más pronto posible.

Asiento con la cabeza y camino por el largo pasillo para llegar hacia la habitación de invitados en la que me quedé solo una vez. Está justo al lado del cuarto de mi hermanastra, Luna. Rezo de forma interna para no cruzarme con ella. Ella es todo lo opuesto a su mamá, es como un baño sin papel cuando tienes diarrea. Sí, insoportable y tedioso.

Llego a mi cuarto y, justo cuando estoy abriendo, la puerta de al lado se abre. Maldigo entre dientes. Sí, mi mala suerte siempre va a acompañarme, así esté del otro lado del mundo.

Volteo a verla y Luna tiene los ojos más que abiertos, creo que nadie se tomó la molestia de avisarle que su hermano menor iba a venir de visita. Hundo una de mis cejas al ver que se ha pintado y cortado el cabello de nuevo, la última vez que la vi tenía el cabello de color azul, ahora es pelirroja y su cabello está mucho más corto. Ella también me da un vistazo y arruga la nariz con desaprobación.

—Qué bueno es verte de nuevo —ironizo al cabo de unos segundos, a lo que ella bufa.

—Quisiera decir lo mismo. —Me da otra mala mirada—. ¿Por qué no me dijeron que venía el rarito? —pregunta casi gritando para que su mamá o Alek escuchen. Al no obtener respuesta regresa su atención a mí—. Me hubiera encerrado si me hubieran dicho que venías —añade y blanqueo los ojos—. Por favor, dime que te duchaste aunque sea.

Hace una mueca de horror y ahora sí que me siento ofendido. Solo yo puedo bromear al respecto, nadie más, mucho menos mi hermanastra cara de culo que parece odiar a todo el mundo. Ahora recuerdo por qué la detestaba y por qué no nos llevábamos muy bien. Todo inició desde pequeños, siempre hemos sido de mal carácter, ella aún más, parece que Calamardo de *Bob Esponja* y Furia de *Intensamente* se casaron y tuvieron una hija, ella es la hija. Yo solo me defendía de sus comentarios.

—Siempre me ducho —miento para confrontarla y ella entrecierra los ojos sabiendo a la perfección que estoy mintiendo.

—No parece —contraataca. Inflo las mejillas—. Me pregunto cuándo te va a salir alguna infección.

—Y yo cuándo te vas a quedar calva de tanto que te tiñes —imito su acción y achico los ojos. Ambos estamos viéndonos como en esos animes donde los rivales por fin se encuentran—. Parece que te echaron cloro.

—Y a ti que te echaron de la casa, pareces un vagabundo.

—Uno con estilo. Tu pareces payaso, y sin circo.

—Jódete.

Seca y sin titubeos. Da la vuelta para entrar a su habitación de nuevo y cierra la puerta de un portazo que me hace dar un pequeño brinco. Por su reacción puedo decir que he ganado en esta ocasión. Inflo mi pecho con orgullo. ¿En verdad solo me ha dicho «jódete» y se ha ido? No debería alegrarme, pero casi nunca le gano en las discusiones sin sentido que tenemos. Vale, es un gran avance. Andy: 3. Luna: 200.

Sé que no estamos en ninguna competencia para ver quién lanza los mejores insultos, pero con ella todo parece que es así, una competencia. No sé por qué se comporta de ese modo si Kim es un amor y, dentro de lo que cabe, Alek sí ha sido un buen papá para ella.

La cuida desde los siete años, desde que se casó con Kim, sé que no puede reemplazar al papá que tuvo alguna vez, pero por mamá sé que se encargó de ser el mejor. Dejó a un Andy de cinco años, pero a este punto no me importa. Nunca me faltó amor. Con una mamá como la mía lo que menos faltaba era eso.

Entro al cuarto que me dieron y dejo mi mochila en uno de los pequeños sillones (sí, hay una pequeña sala de estar, también me sorprendí la primera vez que vine). Luego me echo sobre la cama, agotado. Todo va tan bien que me asusta un poco. Quisiera dormir y despertar hasta mañana en la noche, la hora en la que van a dejarme en mi casa.

Alguien toca la puerta y gruño en voz baja para que la persona que está detrás no lo escuche. Si es Kim, no quiero ser grosero con ella. Si es mi papá o Luna, no me importa si escuchan mi queja de molestia. Respiro y dejo que la persona toque de nuevo. Cuando siento que he agarrado un poco de energía emocional para seguir, le digo que pase.

Me reincorporo para sentarme en la cama y no me sorprendo al ver que mi papá ha entrado. Él tiene una expresión sombría, y con eso puedo suponer la razón por la que ha entrado a verme, de otro modo no irrumpiría en mi habitación. Ya se estaba tardando para darme un regaño de dos horas.

Alek me da una mirada nerviosa que hace que yo entorne los ojos. Okey, no esperaba que él denote nerviosismo, esperaba más una mirada cargada de furia que me gritara «niño meado, qué vas a saber de la vida» o algo así, no esperaba verlo de esta manera. Por mi bien, creeré que va a disculparse por todo el alboroto que hizo el otro día y no que va a darme la reprimenda de mi vida.

Hay un gran silencio en el cuarto, de esos que dan en los «un minuto de silencio» en los funerales. Sí, este debe ser mi funeral. Por eso es que está así de callado y de nervioso, seguramente está pensando en las mil maneras de esconder mi cuerpo. Creo que debería dejar de relacionar todo lo malo que me sucede con la muerte.

—¿Cómo van los estudios, Andy? —inquiere, rompiendo el horrible silencio que había.

La típica pregunta que los papás hacen cuando no saben qué decir. Nuestra relación está tan oxidada que hemos llegado a este punto. En otra ocasión hablaríamos de por qué no imprimen más billetes para que todas las personas sean ricas o cualquiera de esos temas tontos, no de la escuela. Si soy sincero, no entiendo por qué no solo va al grano, así sería mucho más fácil para los dos.

—Si vas a regañarme por las tareas y por las clases, ahórrate el discurso —le aviso tratando de que mi tono de voz no sea grosero—; mi mamá ya me lo dio, ya acepté mi error y ya estoy trabajando en eso, te lo juro. Ella ya te mandó el número de mis maestros, así que

puedes hablar con ellos si no me crees. Ahora, lo que sea que tengas que decirme, dilo, que sé a la perfección por qué he venido.

Él luce sorprendido por la forma en la que le he contestado, no soy de los que responden de ese modo, pero me siento enojado por alguna razón que no entiendo. Alek asiente y no habla más del tema. Al final yo tenía razón, lo de la escuela no es más que un pretexto, porque eso ni siquiera es tan «delicado» como para regañarme. Lo que viene a continuación es la verdadera bomba.

Y estoy listo para escucharlo y para tomar mis cosas, irme y llamar a mamá en caso de que todo salga mal.

—Con lo del chico homo...

—Edward —lo interrumpo de inmediato. Bingo, sabía que eso era lo único que le preocupaba—. Se llama Edward. Y es mi amigo.

Lo dejo en claro para que deje de hacer falsas suposiciones sobre mí y sobre mis relaciones, pero es más que evidente que simples palabras de mi parte no son suficientes contra lo que él vio ese día.

—¿Crees que soy imbécil? —Me mira ceñudo y quiero asentir, pero no lo hago. Alek suena molesto, sacando al fin su verdadero yo. Él también lo nota porque se aclara la garganta y respira hondo—. No voy a regañarte, sé que puedes estar confundido y...

¿Confundido?

Sí, lo estoy, pero no por eso.

—No lo estoy —lo corto otra vez. La molestia que sentía se vuelve más intensa y tengo que apretar los puños para no perder el juicio—. Y no tengo por qué hablar de mi orientación sexual contigo, ¿a ti qué? —le pregunto en un tono despectivo. Mi papá me ve ofendido y abre la boca para responderme, pero decido hablar primero—. Es que sí, Alek, no te había visto hace tiempo y solo querías que viniera a tu casa porque me viste con un chico, si no, yo no estaría aquí hasta tu cumpleaños o Navidad, ni siquiera me has hablado, he estado esperando tu llamada desde hace semanas, y nada.

—He estado ocupado —se excusa—. Y no te gusta estar aquí, por eso no te invit...

—No, no me gusta —le doy la razón y añado—: Pero porque solo me la paso encerrado en mi habitación y solo te veo para decirte buenos días y buenas noches, no por otra cosa.

—No estamos hablando de eso Andy. —Rechina los dientes—. Mira, sé que no quieres decirme que es tu novio porque crees que voy a juzgarte, pero no lo haré, solo voy a aconsejarte porque quiero lo mejor para ti. Sé que esto de la homosexualidad es como una moda ahora entre las personas de tu edad, que quieres ser como ellos para ser aceptado, pero te conozco y sé que por dentro no lo eres...

Dejo de prestarle atención. ¿En serio me está diciendo esto? No me importa que diga que soy hetero, lo soy, pero si la situación fuera

diferente y si yo sí perteneciera a la comunidad esto sería lo más decepcionante de mi vida. Él no tiene que cuestionar mis gustos como si tratara de hacer algo «bueno» por mí. Como dije, si hubiera estado con una chica en ese auto su reacción no hubiera sido la misma que la de ahora; probablemente me diría algo como «bien hecho» o esas estupideces que los papás le dicen a sus hijos. ¿Y qué con su «te conozco»? No conoce nada de mí, ni los amigos con los que me junto, ni las cosas que me gusta hacer, ni nada. No tiene derecho a opinar de mi vida si casi nunca forma parte de ella.

—¡Esto es increíble! —ironizo, levantándome de la cama e interrumpiendo por tercera vez lo que sea que estaba diciendo. El enojo corre por mis venas arrastrándome al fondo de emociones explosivas que quieren salir—. Si quieres hablar de mi orientación sexual, hablemos. ¿Quieres escucharme decir «sí, el chico que viste es mi novio» para que luego sigas con tu discurso de mierda? Pues bien, sí, ¡es mi novio! —exploto para llevarle la contraria y no me doy cuenta de lo que digo hasta que sale de mi boca, sin embargo, continúo—. Y tú te estás comportando como un imbécil de las cavernas ahora mismo. Se supone que eres mi papá, debes apoyarme, ¡no pisotearme!

Esto último lo digo con tanto enojo que la garganta me arde. Todas las emociones que estuve guardándome durante este tiempo comienzan a salir. No solo es porque no deja de dar opiniones sobre mi orientación sexual, es por todo. Sé que he dicho en varias ocasiones que no me importa que él no haya estado y que lo excuso diciendo que no estaba ausente en mi vida, sino lejos, pero cuando se mudó a esta ciudad solo me demostró que la distancia era un pretexto que yo ponía para no admitir que él no formó parte de mi vida como yo hubiera querido que lo hiciera.

Alek me da una mirada de desaprobación, no está de acuerdo con mi comportamiento y eso no ayuda en nada a la furia que crecía en mi interior.

—Tu mamá cometió un error en darte muchas libertades, necesi...

Y eso fue la gota que derramó el vaso. Con mi mamá no.

—¿Tú qué sabes? —pregunto sintiendo que un nudo se forma en mi garganta—. Jamás estuviste presente en mi vida como para decir que ella me dio «muchas libertades». No me conoces, sigues creyendo que soy el mismo niño de cinco años al que dejaste, sorpresa, Alek, tengo diecisiete años, las cosas han cambiado, mis gustos han cambiado, yo he cambiado. —Contengo las ganas que tengo de llorar del enojo y, decidido a decirle todo lo que siento, sigo—: ¿Qué hiciste tú todo este tiempo? Solo hablándome por teléfono y viéndome en festividades como si eso fuera suficiente para el Andy de seis, de siete, de ocho y de todos los malditos años. No tienes derecho a decir si mi

mamá se equivocó o no, porque si cometió errores al menos hizo algo, ¿tú qué hiciste? —le repito, a lo que él enmudece—. Conmigo te puedes meter, pero con ella no.

No sé cuándo fue la última vez que pude sacar todo lo que sentía, pero después de haberle dicho esto a su cara siento que me he quitado un peso de encima. Es como si todo eso hubiera hecho que los Andy de cinco, de seis y de los demás años se sintieran mejor. Como si el Andy de diecisiete los hubiera abrazado y les hubiera dicho que todo lo que sentimos durante este tiempo ya no tiene por qué mantenerse bajo llave.

Se supone que mi papá iba a hablarme sobre lo que vio, pero no sé en qué momento cambié la situación y le dije todo lo que sentía. Bueno, si veo el lado bueno, si me mata al menos le dije sus verdades.

Punto para mí.

Tomo aire tratando de tranquilizarme y él no dice nada, solo tiene los ojos abiertos en una señal de asombro y una «O» en mayúscula se forma en su boca. Pestañea, asimilando lo que le he dicho, y permanecemos callados. El enojo que siento comienza a desvanecerse y es reemplazado por una enorme preocupación. Le he alzado la voz y he dicho muchas malas palabras. Ay, es que molesto no soy consciente de lo que digo. Solo me dejo llevar por lo que siento. Creo que lo he dejado más que claro en varias situaciones.

Alek se acerca hacia mí a pasos largos y alza uno de sus brazos. Cierro mis ojos creyendo que va a golpearme porque he sido maleducado, pero el golpe nunca llega, en su lugar, siento que su brazo me rodea en un fuerte abrazo.

Muerdo mi labio, aguantando las ganas que tengo de llorar.

—Tienes razón, en todo, me estaba comportando como un idiota y me he estado comportando así toda la vida, lo siento. No he sido el mejor papá del mundo, y ni porque me disculpe un millón de veces podré reparar lo que ha pasado —dice contra mi cabello y solo asiento, no quiero que haga algo, solo quería sacar lo que tenía en mi pecho, no mentía cuando dije que nunca me faltó amor—. No me importa si tienes novio o no, si tienes novia o si no quieres estar en una relación, es tu vida y yo voy a respetarla.

Aquí es donde recuerdo que en medio del enojo le he dicho que sí tengo novio.

Y aquí es donde quiero matar al Andy de hace unos minutos por ser un maldito mentiroso que no sabe cuándo mantener la maldita boca cerrada.

Me separo de él y vuelvo a asentir sin saber qué más decirle. Nunca creí que iba a decirle esto y tampoco esperé que él fuera a disculparse y que admitiera su error. Alek es terco, es por eso que jamás esperé nada de él.

—Lo que sea que tengas con ese chico, está bien. Invítalo a comer mañana, quiero conocer a tu... novio —me anima y pone su mano en mi hombro, en plan «cuenta conmigo para tus cosas gays».

Le sonrío como si fuera la mejor idea del mundo, pero por dentro solo estoy ahorcándome por haberlo convencido de que Edward es mi novio. ¿Qué se supone que le diré a Edward? ¿«Oye, fíjate que ahora eres tú el que debe fingir ser mi novio frente a mi papá»? Dios, haberle mentido fue una muy mala idea.

—Es una buena idea, le diré que venga —la cago otra vez, porque no sé hacer algo más que no sea meter la pata. Alek asiente no muy convencido, pero me devuelve la sonrisa. Chasqueo la lengua y rasco mi cuello—. Perdón por alzarte la voz.

En realidad, no lo siento, fue muy satisfactorio. Todos los hijos deberían tener al menos un día al año para poder gritar lo que sienten por sus padres en sus caras y sin que los regañen. Es un modo de desahogo.

—Yo te provoqué, está bien —acepta mis disculpas y volvemos a quedarnos callados.

Creo que no hay nada peor que gritarse de todo, decir lo que sienten, disculparse mutuamente y quedarse en completo silencio después. Es como, ¿qué se supone que se hace ahora? ¿Volvemos a pelear? ¿Nos abrazamos otra vez? ¿Me dices que soy el mejor hijo del mundo mientras que yo te digo que obviamente lo soy?

—Tengo tarea que hacer así que... —insinúo para que se dé cuenta de que quiero estar solo. Alek parece entenderlo y asiente, seguido de un «vamos a cenar, ve si quieres».

Cuando cierra la puerta, toda la presión y estrés al fin son expulsados de mi cuerpo. Llevo mis manos hacia mi rostro y tallo mis ojos. Mi mamá no va a creer lo que pasó hoy, ni tampoco creerá cuando le diga que se disculpó conmigo. Ni siquiera lo hace con ella. Ahora me siento privilegiado. También me siento como si hubiera hecho algo malo, no obstante, ya pude quitarme un poco de ese peso. En verdad creía que iba a terminar muerto, ya debería dejar de dramatizar todo lo que pasa en mi vida, pero un día sin ser dramático se acabaría muy rápido.

Mi celular vibra y de forma inconsciente lo saco con rapidez de mi bolsillo, como si mi cuerpo estuviera alerta a esa vibración. He estado esperando un mensaje toda la tarde, y cuando el nombre de Edward aparece en la pantalla, sonrío.

Edward ❤❤

Escuché todas las canciones, me gustaron.

Tienes razón, tienes un buen gusto musical, me retracto de todas aquellas veces en las que dije que no lo tenías.

¿Puedo hacerte una?
:)

Mi sonrisa no puede ser más grande de lo que ya lo es. Con solo ver un mensaje de él mi estado de ánimo cambia sobremanera. Dios, ahora no sé cómo haré para decirle que mi papá quiere conocerlo sin que suene raro, y tampoco sé cómo decirle que tiene que ser mi novio, mi novio de verdad, por un día.

Esto me pasa por hablar hasta por los codos.

Voy a responderle, pero mi celular se apaga y doy un grito de muerte al ver que eso ha ocurrido, no quiero que Edward crea que lo he dejado en visto o que no quiero hablarle o que me he sentido incómodo por su pregunta, porque ha sido todo lo contrario, sí quiero escuchar las canciones que tiene para mí. Con prisa, tomo mi mochila y busco mi cargador, saco todo, desde mi ropa hasta las libretas y me quiero dar contra la pared al notar que solo he metido el cable USB y no la «cabecita» del cargador.

Cuando creo que no puedo ser más idiota, me sorprendo a mí mismo demostrándome lo contrario.

Salgo de mi habitación casi corriendo para buscar a mi papá y pedirle prestado un cargador, no obstante, me detengo en seco en medio del pasillo al ver que mi hermanastra está saliendo con alguien de su habitación. No quiero darle mucha importancia porque su vida no me importa, sin embargo, hay algo que me hace quedarme ahí parado, viéndola. No sé si es porque soy un acosador que conoce hasta la forma en la que ella camina, pero la reconozco de espaldas, o creo reconocerla. No es hasta que se voltea y que sus ojos azules se conectan con los míos cuando puedo confirmarlo.

Heather acaba de salir de la habitación de mi hermanastra.

15: Hola suegrito, parte I

Dentro de todos los escenarios en los que imaginé que podría presentar a Heather con mi familia jamás imaginé este, y mucho menos habría imaginado que mi hermanastra y ella podrían conocerse.

Y sí que imaginé demasiados escenarios, ni siquiera en los más locos pasó esto. Sonará ridículo, pero fantaseaba despierto con la idea de ser su novio y llevar la relación a algo serio, en plan, «te presento a mi familia disfuncional», lo que hacen las parejas normales después de meses de relación. Hasta había imaginado la reacción de mis padres y las palabras que les diría. Eso nunca pasó, pero podría pasar.

Hubo varios cambios en el plan de mi vida amorosa, porque sí, tenía un plan, y era el siguiente: confesarme a Heather, ser su novio, hacer que nuestra relación dure más de una semana, presentarle a mi familia, conocer a sus padres, graduarnos, casarnos, tener hijos, morir de viejitos y buscarla en el más allá.

No sé en qué momento eso se transformó a tal punto de volverse lo siguiente: confesarme, confundirme de casillero, declararme al homofóbico, ser novio del homofóbico, presentarle a mi familia al homofóbico, ¿terminar con él?, ser novio de Heather.

Vale, sí sé en qué momento mi idea inicial se transformó hasta llegar a donde estoy ahora. El cambio fue tan brusco que ahora mi preocupación no es qué dirá Heather al conocer a mi familia, sino qué dirá Edward; y solo hay dos culpables de este graaan cambio: mi estupidez y lo amable que es Edward.

El problema no es ese ahora, y tampoco es lo que me importa en estos momentos, el problema es, ¿por qué Heather conoce a mi hermanastra? ¿Desde cuándo se conocen? ¿Y qué hacía en su habitación? Tengo muchas preguntas, podría hacer una lista de ellas y moriría antes de resolverlas. Estoy demasiado confundido.

Aunque, viendo el lado bueno, podría sacarle provecho a la situación y podría intentar mejorar mi relación con Luna para que me ayude a conquistar a Heather, y del mismo modo podría usar a mi hermanastra como una excusa para acercarme a Heather.

Pensamiento emprendedor.

Cuando Heather me vio, sus ojos se abrieron tanto que parecían dos enormes platos. Al igual que yo, ella tampoco se esperaba verme aquí. No sé si sabe que soy el hermanastro de Luna, pero por su expresión de asombro puedo decir que no. O al menos no creyó que

fuera a encontrarme en la casa de mi padre justo cuando ella estaba ahí. Porque sí hay un par de fotos mías en la sala de estar que gritan: «hola, también soy integrante de esta familia, mírame». Son del tamaño de mis pósteres, es casi imposible no verlas. Si ella se llevaba con Luna, ¿por qué nunca lo mencionó?

Hay muchas preguntas rondando por mi cabeza, pero ahora mismo solo puedo pensar en el meme de la escena del carro entre Cinco y Vanya de la serie *The Umbrella Academy*.

Ambos nos quedamos viendo, congelados, pero como el chico tímido y estúpido que soy solo corrí en dirección a la habitación de mi papá, ignorando por completo su presencia. No fue algo muy inteligente de mi parte, ni tampoco algo educado, pero ¿qué se supone que tenía que hacer? ¿Saludarla? ¿Invitarla a comer? ¿Hablar sobre lo linda que es? ¿Declararle mi amor?

«*Omaigash*, qué coincidencia encontrarte en la casa de mi padre, no sabía que conocías a mi familia, bueno, me hiciste un favor, facilitaste la fase en que tengo que presentártelos. Ahora que ya conoces a mi familia, ¿quieres ser mi novia? No importa que hayamos hecho las cosas al revés, el orden de los factores no altera el producto. ¿Vas a meterme una orden de restricción porque he sonado como un acosador? Oh».

Si le decía eso, ella iba a huir y nunca más me volvería a hablar. Y si fuera Heather haría lo mismo. Cuando no uso el cerebro soy todo un rarito, de esos que ves por las calles y aceleras el paso por si acaso.

De regreso a mi habitación, la puerta de Luna ya está cerrada. Heather ya se había ido y miles de preguntas y teorías locas vinieron a mi diminuta cabeza seguidas de la vergüenza por haber huido y no haberla saludado. Justo ahora estoy intentando mantener todas las ideas de mi cabeza bajo orden a la par que enciendo el celular, porque, para sorpresa de nadie, lo de Heather no es el único problema que tengo. Bendito sea el día en el que no tenga ningún problema, si continúo así me saldrán piedras en los riñones de tanto estrés.

Edward y el mensaje que dejé en visto también están entre mis prioridades y entre las cosas que están atormentándome. Es por eso que dejé lo de Heather para más tarde, sé que estoy pensando en eso mientras me centro en esperar que mi celular cargue al menos diez por ciento, pero decidí que no le sacaría la sopa a mi hermanastra ni tampoco le mandaría mensajes a Heather hasta después de hablar con Edward. Ordenar de lo más importante a lo de menor importancia y centrarme en una cosa a la vez, eso es lo que estoy haciendo.

Una vez que observo que ha llegado a diez por ciento de batería, lo suficiente para poder responderle, lo enciendo y golpeo mi pie contra el suelo repetidas veces porque, aunque no ha pasado ni un minuto desde que lo encendí, siento que está pasando una eternidad. Mi

celular es de los que se toman el tiempo para encender, de los que dejan una imagen congelada hasta que decide que es hora de encender al cien por ciento; y lo peor es que cuando necesito que encienda rápido tarda más.

Mi celular es tipo: «Uy, ¿te urge usarme? Qué crees, mi cielo, pues por mis huevos voy a tardar más, nadie me dice cuánto tardar. Te jodes. Vuelve pronto, besitos en el potito».

Gruño al imaginar a un objeto inanimado hablarme y, como si mis pensamientos de «voy a tirarte a la basura maldito celular de mierda» fueran una amenaza que le hizo temblar hasta la batería, se enciende. Apenas veo mi foto de la pantalla de bloqueo, coloco el pin y voy directamente hacia WhatsApp y al chat de Edward para así responderle.

El mejor jaegerista

Claro que mis gustos son buenos, me duele que hayas dudado de ello. Y sip, envíame una :D

Perdón por no haber respondido antes, mi celular murió y lo puse a cagar

*Cargar***

YYY tenemos que hablar

Las palomitas azules no tardan en aparecer, parece como si él hubiera estado esperando que le respondiera; no me sorprende del todo, Edward es así y me parece un lindo detalle.

Arqueo una de mis cejas al ver que Edward se ha desconectado y que me ha clavado un «visto» muy feo. Olviden lo de «es un pequeño detalle que me parece lindo de su parte», ya no me parece lindo. ¿Quién dijo que Edward es lindo? Porque yo no, de hecho, creo que es de los tipos más normales que he visto en mi vida, es decir, sí tiene un cabello inusual, ojos lindos, sonrisa bonita y una altura que te cagas, pero es mega normal, no es nada fuera de este mundo, puff, veo a personas como él todo el tiempo, nada nuevo.

Okey, no me gusta responderle a las personas, pero detesto que no me respondan a mí. «Solo yo puedo no enviar mensajes, ¿oíste Eduardo Catalino segundo?», lo maldigo en mis adentros.

Suelto un bufido y comienzo a escribirle un mensaje cargado de *drama* y reclamos por no haberse dignado a responderme, sin embargo, justo cuando iba a enviar el mensaje, mi celular vibra y en la pantalla aparece la notificación de «unirse a la videollamada».

Videollamada.

No llamada ni nota de voz, videollamada.

VIDEOLLAMADA.

CON V DE VÍDEO Y L DE LLAMADA.

Volteo hacia todos lados para buscar mi mochila y tomar otra

playera y cambiarme, sin embargo, toda mi ropa está tirada en el suelo luego de haber hecho un desastre al buscar mi cargador. Dios, no me va a dar tiempo de cambiarme por algo más decente. Edward va a verme así, qué horror.

No debería estar así de alterado, porque ya me vio en pijama, pero en ese momento me preocupaban más sus heridas que mi aspecto, ahora la situación es distinta.

Voy hacia el gran espejo frente al tocador y peino mi cabello. Por inercia, tomo el perfume que hay sobre el mueble y, sin ver de quién es, me echo un poco encima. El aroma a vainilla no tarda en cubrirme y luego me detengo en seco. ¿Por qué me eché perfume si no va a olerme? Qué tonto soy.

La notificación sigue apareciendo en mi pantalla y paso saliva por mi garganta. No puedo con lo ridículo que estoy siendo ahora solo por una videollamada, pero ¿en serio tenía que hacerme una videollamada? Con lo mucho que me cuesta hablarle sin que la voz me tiemble. ¿Cómo demonios haré para hablarle mientras lo veo?

Los nervios me recorren por todo el cuerpo y, sin darme tiempo siquiera de cambiarme o arreglarme más, acepto la videollamada.

Él es lo primero que aparece en mi pantalla. Parece que está sentado porque veo el respaldo de su cama. Tiene el cabello despeinado, gotas de agua cayendo por su frente, justo como el día que fue a mi casa después de ser golpeado, con la única diferencia de que esta vez lo veo a través de una pantalla y, oh sorpresa, tiene el torso desnudo y una toalla alrededor de los hombros. No soy Sherlock, pero supongo que acaba de salir del baño. Trago duro. ¿Quién le marca a alguien apenas sale del baño?

—Hola.

Saluda animado con una sonrisa ladina, no obstante, no le devuelvo el saludo porque no soy capaz de formular alguna oración porque estoy viendo su cuerpo con detenimiento. Sabía que él es atractivo, pero no que lo era tanto.

«Con ropa se ve bien, pero sin ella... Espera, ¿qué?».

Trato de que mis ojos dejen de enfocarse en esa parte, pero su abdomen marcado me abofetea en mi estómago plano sin forma. Alzo la mirada, encontrándome con sus clavículas, lo que es todavía peor, porque me resulta muy atractivo que sean tan notorias. Siento mi boca seca y el corazón comienza a palpitarme como si hubiera corrido un maratón.

Balbuceo intentando decir algo decente. «Vale, no mires su cuerpo, mira la pared de su habitación, qué lindo blanco, se ve... blanco».

—Mi papá quiere conocerte.

Le suelto con rapidez al no saber qué decir, ni siquiera lo he saludo de tan nervioso que estoy. Lo que le he dicho ha sonado demasiado

extraño y directo, pero teniéndolo de esa forma es imposible poder pensar en alguna respuesta coherente o alguna respuesta que no gire en torno a lo guapo que es. Desde antes estaba nervioso por la videollamada, y encontrármelo de este modo solo ha complicado la situación.

Veo cómo junta las cejas con confusión y cómo borra su sonrisa, no puedo culparlo por esa reacción, cualquiera se cagaría con las palabras «mi papá quiere conocerte», y aún más cuando tienes un papá como el mío, él lo sabe a la perfección porque escuchó la pelea entre él y mi mamá.

Mientras él termina de digerir mis palabras, yo hago un esfuerzo sobrehumano por mantener mis ojos en su rostro y no en otra parte de su cuerpo, en específico su abdomen, o brazos, o cuello o… Joder.

«Piensa en la pared blanca de color blanco con tonos blancos y pintura blanca, vamos, que sí puedes, piensa en el color blanco, como el cabello de Edward... Puta madre».

Eduardo Catalino, déjame en paz.

—¿Tu papá? —pregunta en una mezcla de incredulidad y sorpresa. Asiento despacio—. Eso es inesperado y muy rápido —murmura y, tras eso, sonríe de nuevo—. ¿Estamos en la fase de la relación en la que nos presentamos con los padres del otro? Qué intenso eres.

El «qué intenso eres» lo ha dicho de un modo tan coqueto que no ayuda para nada a calmar mis nervios. Aunque quiero reír por su broma o intento de coquetería, no lo hago. Estoy tan concentrado en verlo a la cara que parece que he programado a mi cuerpo para que solo esté atento a su rostro e ignore lo demás.

—Solo quiere saber quién es el chico que estaba debajo de mí —explico sin hacer algún gesto, como un robot. Uno que está en modo automático y que sabe que si baja la mirada entrará en modo de autodestrucción.

Edward se ríe nervioso por lo que acabo de decirle y maldigo al analizar mis palabras.

—Me refiero al malentendido, ya sabes —intento arreglar lo que dije. Como no quiero ser una molestia, me apresuro a continuar—. No tienes que venir si no quieres, de todos modos, será algo incómodo. No por ti, por él, seguro te preguntará hasta tu tipo de sangre y hará comentarios fuera de lugar.

Arrugo la nariz. Sé que mi papá lo está intentando, pero eso no garantiza que no vaya a decir nada estúpido como lo hizo hace rato.

—He recibido comentarios fuera de lugar desde siempre, ¿crees que me dolerá algo que diga tu papá? —inquiere alzando una de sus cejas, haciéndose el «nada puede herirme», hasta que parece recordar algo porque enseria su rostro—. Bueno, en general no me importa lo que los demás digan, pero Dios, es tu papá, sí me importa un poco, ¿te

imaginas caerle mal a tu suegro? Uh, qué incómodo.

Finge que un escalofrío pasa por su cuerpo y por esa acción mi mirada baja otra vez por su abdomen. Mantengo mis ojos ahí hasta que recuerdo que él está viendo y me obligo a mí mismo a apartar la mirada hacia la pared, ni siquiera a su rostro, porque él debió haber notado que estaba de curioso y no quiero ver la expresión que debe tener.

Mi rostro arde.

En este momento hay un gran dilema en mi cuerpo, cada parte está peleándose porque la mitad de mí quiere ver y la otra quiere meter sus ojos en un frasco para después enterrarlo en la tierra.

Mis ojos en este momento están como: «agradecido con el de arriba, excelente servicio, diez de diez».

Y mi cerebro está como: «no hay sistema».

—No lo sé, jamás me ha pasado —respondo a su pregunta intentando disimular que estaba viendo su cuerpo y, acto seguido, añado—: ¿Crees que si conozco a tus papás les caeré bien?

—No lo sé, son tan complicados que ni siquiera sé si yo les caigo bien. —Resopla mientras pasa su mano por los mechones de cabello que cuelgan sobre su frente—. Pero el verdadero problema es, ¿le caerás bien a mi perrito? —Frunce los labios y pone dos de sus dedos en su barbilla, fingiendo pensar—. Huele las vibras de las personas, si no deja que te acerques a él es porque le has caído mal y en automático me caes mal a mí.

Blanqueo los ojos por siquiera pensar que podría caerle mal a su perrito. Los animales me aman, Jean y Oliver son un claro ejemplo de eso.

—Me va a amar —le aseguro con egocentrismo—, los animales lo hacen. Para Juan soy su todo, él debe rezarme cada noche, ahora mismo debe estar llorando porque me extraña.

Miento sin descaro para quedar bien. Puedo escuchar la voz que le creé a Juan diciéndome con desdén «perdona, ¿tú quién eres? ¿Un fan? Habla con mi mánager para que te regale una foto mía autografiada».

Edward se ríe entre dientes y veo que su hoyuelo aparece.

—Tendrás que venir a mi casa a conocerlo.

Le regreso la sonrisa y vuelvo a asentir con mi cabeza con mucho entusiasmo. Los ojos verdes de Edward están sobre mí, como imanes. Está viéndome de una forma tan intensa que parece que quiere atravesar el celular, su mirada es profunda de tal forma que, por un instante, me olvido de que estamos en una videollamada. Se siente como lo tuviera frente a mí. Aprieto el celular y, para romper lo que sea que estamos teniendo, volteo hacia otro lado.

Jamás voy a poder mantenerle la mirada. Me pongo muy nervioso

y sus ojos son tan intimidantes que no soy capaz de seguirle el ritmo, es como si me comiera vivo sin darme chance de reaccionar o contraatacar al menos.

Me pregunto si ha tenido muchas parejas con las cuales duró bastante tiempo y por eso tiene demasiada experiencia. En general, quiero saber más de él y de su vida antes de los rumores, quisiera recordarlo por mí mismo, pero parece que todo recuerdo de él antes de declararme fue borrado.

Y, hablando de recuerdos borrados, había olvidado un pequeño detalle.

—Otra cosa —menciono de la nada. Pellizco mi pierna con la mano que no estoy usando para que la vergüenza que siento al intentar contarle lo que le dije a mi papá desaparezca—. Creo que la cagué un poquito y le dije que sí somos novios.

No es que me avergüence decir que he mentido y que he dicho que nuestra relación es real, me avergüenza que no sepa el contexto en el que se dieron las cosas y que crea que me estoy aprovechando de nuestro falso noviazgo para otras cosas. Sé que fue así, lo hice para contradecirlo, pero fue de las mejores sensaciones en el mundo.

—¿Somos novios? —suelta en un tono divertido y contengo las ganas que tengo de rodar los ojos. Olvidaba que podía ser un engreído coqueto cuando se lo propone.

La máscara de chico amable y dulce solo es eso, una máscara para ocultar que en realidad es alguien que ama molestar a los demás con bromas.

—Mañana lo seremos por un rato —afirmo, sin darle oportunidad de negarse. Algo que me contradecía, porque no quería que viniera por Alek, sin embargo, él dijo que estaba bien—, y luego volvemos a la rutina de siempre, novios falsos.

—Con el «falsos» suena poco romántico.

Ahora sí no pude evitar rodar los ojos ni tampoco la sonrisa que crece en mi rostro. Iba a bromear con él, pero en mi pantalla aparece la notificación de «batería baja, cinco por ciento». Agh, odio que esta cosa se descargue tan rápido.

—¿Vienes entonces? —pregunto con prisa porque mi celular podría apagarse en cualquier momento de nuevo.

—Sí, iré —acepta, y cuando estoy a punto de asentir y despedirme, me interrumpe—. Si me lo pides tú.

Vamos a aclarar un par de cosas: Edward es el chico dulce y amable, el que conocí en un principio. Eduardo es el que no deja de aparecer en mis pensamientos. Y Eduardo Catalino el chico divertido, coqueto, engreído y descarado, el que estoy conociendo poco a poco. Ahora mismo está siendo Eduardo Catalino.

Aprieto los labios.

—Ven mañana.

—No —rechaza mi invitación y me lanza una mirada con altanería —, ponle emoción, como si de verdad quisieras que vaya.

—Ven, por favor —suplico con una falsa voz chillona y junto las palmas de mis manos de tal forma que parece que estoy rezándole. Esto es muy ridículo, ahora entiendo lo que sintió mi mamá cuando le armé un *drama*.

Edward parece pensarlo. Rasca su cuello y bosteza, haciendo hincapié en que mi propuesta le pareció aburrida. Ay, te odio Eduardo Catalino.

—Suena a que te han obligado, no, no voy.

«Tú me has obligado», reprocho en mis adentros.

Tomo una bocanada de aire mientras me preparo para la vergüenza que pasaré en unos minutos. Siempre termino haciendo lo que él quiere, comienzo a creer que soy alguien que cae muy fácil y muy rápido ante sus juegos.

—Edward, mi querido Edward —pronuncio su nombre de forma seca—, si no vienes, terminamos, ¿escuchaste?

Lo amenazo con lo mismo de siempre y él echa su cabeza hacia atrás, soltando una gran carcajada.

—Escuché, *mon soleil* —dice aún riendo y el corazón se me desboca al oír el apodo. Soy débil, lo siento. Edward se tranquiliza y, cuando lo consigue, lo veo alzar la palma de su mano mientras le echa una mirada, como si estuviera leyendo—. Tengo cosas que hacer, agenda una cita si quieres verme, soy un chico ocupado.

«Serás un chico muerto si me sigues jodiendo, Catalino», amenazo en mi interior, y aunque pensé en decírselo en voz alta, no lo hago. Al contrario de eso, decido que lo mejor será seguirle el juego. Así terminamos rápido, antes de que mi celular llegue a cero por ciento.

—Por favor no salgas con que eres un mafioso o algo así —bromeo con lo que pensé de él, a lo que Edward pone una falsa y exagerada expresión de sorpresa, en plan, «¿cómo lo supiste?».

—Mírale el lado bueno, puedes decir «mi novio es un mafioso».

Juega con eso.

—Y me puedes mantener y ya no tendré que estudiar, tienes razón. —Hago un movimiento de cabeza, afirmando que tiene un lado bueno —. Retiro lo que dije, espero que seas un mafioso. No es que sea interesado, estaría contigo aun si no tuvieras nada. —Me río de mi propia broma. Edward deja de sonreír, sin captar que es una broma, y dejo de reír para aclararme—. Ya sabes, por el acuerdo de las cuatro semanas.

Él asiente no muy convencido. Abre la boca para decir algo más, pero las palabras se quedan dentro cuando en su casa se escucha un gran estruendo seguido del lamento de un perro.

—Tengo que irme, no sé qué habrá tirado ahora mi perro —se despide, levantándose de su cama—. Pásame tu dirección por WhatsApp. Nos vemos mañana, *mon soleil*.

No me da tiempo de responderle porque cuelga antes de que pudiera formar alguna palabra siquiera. Espero que su mascota esté bien.

Conecto mi celular al cargador y mi celular vibra. Creí que era porque lo había conectado, pero cuando veo la pantalla y veo las notificaciones de mensajes de WhatsApp me fijo que es Edward de nuevo.

Edward ❤️

Por cierto, espero que te guste un poco de mi buen gusto musical

https://open.spotify.com/user/4kk7sw500hz4inwhciaev8di2/playlist/6JbvGO2gaCMlF31mc3Bihc?si=C7qdL60eT3uAVQnB5ITh0Q

Sonrío como bobo sin darme cuenta y no dudo en presionar el enlace para escuchar las canciones que ha puesto. Apenas escucho la primera canción, mi corazón se encoge. Él es muy lindo.

Esa noche dormí escuchando la *playlist* con una enorme sonrisa en mi rostro.

(…)

A la mañana siguiente desperté con mucha energía, Edward vendrá hoy, así que debo estar preparado para cuando lo haga. Apenas puse un pie fuera de cama, ayudé a papá a hacer el desayuno y ayudé a limpiar su casa. En otra ocasión no lo habría hecho, me la hubiera pasado encerrado, si soy sincero, pero si quiero que todo salga como lo tengo planeado entonces debo hacerlo yo mismo. Me quejé de mi mamá cuando me puso a limpiar cada rincón de la casa, pero ahora soy como ella. Demonios, de todas las cosas que pudo heredarme, me heredó su obsesión con tener todo limpio, y más cuando vienen visitas. Esta ni siquiera es mi casa, pero quiero que todo esté en orden cuando llegue.

Creo que mi actitud sorprendió a todos en casa, porque papá no dejaba de echarme miradas desde su sillón y Kim solo me miraba con una gran sonrisa, ella habla tan alto que pude escucharla decir «lo que hace el amor».

No, Kim, no es el amor, es tener sentido de limpieza y querer que tus invitados se sientan cómodos.

Doy una mordida rápida al sándwich que no terminé en el desayuno y continúo limpiando el mueble. No sé qué tienen las familias con nunca limpiar sus muebles, pero al igual que el de mi casa parece que nadie ha pasado un trapo por aquí desde hace siglos. Estas generaciones de hoy en día no tienen la mínima responsabilidad por limpiar sus casas.

Ay, acabo de sonar como mamá. Qué horror. Ya estoy viejito.

Sigo limpiando con fuerza, porque aunque paso el trapo un sinfín de veces las manchas siguen intactas. Si mi mamá estuviera aquí diría que le pusiera Coca-Cola encima o algo así. Por desgracia, ellos apenas tienen cloro. ¿Son millonarios pero no tienen dinero para comprar algún otro detergente o un refresco dañino? Decepcionado estoy de esta familia que no sabe lo básico de limpieza.

Aguanto las ganas que tengo de quejarme. En mi casa lo haría sin problemas, pero aquí siento que me verían mal pese a que soy yo el que les está haciendo el favor.

Y gratis.

—Tu novio es guapo.

Doy un respingo al oír la voz de mi hermanastra detrás de mí. Giro mi cuerpo para verla y la encuentro en la mesa, con su celular en la mano y comiendo lo que quedó del desayuno. Es casi la una de la tarde, pero ella apenas acaba de salir de su habitación. No la juzgo, porque en vacaciones soy así.

La veo ceñudo. ¿Qué dijo de Edward?

—¿Cómo sabes quién es mi novio? —le pregunto con una notable confusión. No me sorprende que sepa que «tengo novio», después de todo debió haberlo escuchado ayer o Alek debió habérselo dicho antes, lo que sí me extraña es que ella sepa quién es mi novio.

Luna no quita sus ojos de su celular.

—Vi tus historias destacadas en Instagram y encontré que lo etiquetaste en una de ellas; lo seguí —responde con simpleza, sin darme demasiada atención. No digo nada más porque no sé qué decirle, ya sé que está guapo—. Muy guapo para ti.

Agrega y me río sin gracia. Ya, sabía que no iba a dar un halago así porque sí. Siempre está buscando la manera de sacarme de mis casillas. Me pregunto si sus padres le dan tan poca atención como para querer llamar la de los demás o si solo es su mal genio, porque literalmente solo respiro y ella ya está atacándome, aunque también creo que es el hecho de que por mí sus papás decidieron mudarse de ciudad. No lo sé, solo quiero que deje de joderme por hoy, no puedo limpiar si ella está molestándome con su sola presencia.

—¿Quién?

—Tu novi...

—Te preguntó.

Bufa y sonrío triunfante. Es de las respuestas más trilladas pero que más satisfacción dan cuando las dices. Ella se levanta de su silla y regresa a su habitación sin decirme nada, no sin antes mandarme una de sus miradas asesinas. Aún tengo el asunto de Heather, sin embargo, dudo que Luna quiera responder mis preguntas. Hablaré con Heather después.

Luego de eso sigo limpiando el mueble hasta que veo que ya no puedo hacer nada más. Continúo con la cocina y, cuando todo está impecable, sonrío en grande. Mi mamá estaría orgullosa de mí. Y también me regañaría por limpiar la casa de otras personas y no la nuestra.

Kim decide pedir algo de comida china por teléfono porque ni ella ni papá tenían ganas de cocinar y aprovecho que no tengo que ayudarles con la comida para meterme a duchar.

Pongo la *playlist* que me ha hecho Edward y antes de entrar a la ducha veo si ha respondido mi último mensaje. Muy a mi pesar, no tengo ningún mensaje de él, solo algunos de mis amigos que obviamente ignoro porque no tengo tiempo de explicarles lo que pasó. En uno de los grupos de WhatsApp que tenemos he dicho que Edward conocerá a mi papá y todos me atacaron a preguntas seguido de distintas reacciones, Karla deseándome suerte, Mary dejándome en visto, Oliver bromeando, y en el chat privado Jean no deja de preguntarme cómo terminé en esta situación.

Ni siquiera le he explicado que mi papá nos encontró en una posición nada... común. Sé a la perfección que si se lo menciono no dejará de reírse y de armar suposiciones erróneas en su cabeza. Ya tengo suficiente con haberle dicho que quiero besar a Edward, no podría decirle que he estado en su regazo sin sentir más vergüenza de la que ya siento por mí.

Al terminar de bañarme, me cambio con las únicas prendas que traje y, aunque quiero matarme por mi pésima elección en ropa, no puedo hacer nada. No creí que Edward vendría a la casa de mi papá, así que no pensé en traer mejor ropa. O en traer mi ropa. Ya saben, negra y floja. Traje la ropa que creí que iba a verse más linda y elegante. Según yo, un pantalón arena y un jersey verde con la típica palabra «Brooklyn» escrita en él, era muy *vintage*. Lo es, para alguien a quien le gusta y le queda este estilo. No para alguien que es más emo que otra cosa.

Me peino y termino de arreglarme, me doy unos cuantos vistazos y para no acabar con mi autoestima, decido que ya no juzgaré mi aspecto. Esta clase de ropa me hace sentir un poco incómodo, es la clase de ropa que viste Edward, no yo, y ahora sé a la perfección por qué estas prendas estaban en el fondo de mi closet.

Salgo para ver si hay algo más que pueda hacer para que la casa se vea más linda y limpia y también porque mi nerviosismo me exige estar ocupado para no pensar en lo que sucederá cuando Edward venga. Dormí bien gracias a las canciones que escogió mi novio falso para mí, pero al despertar no puedo negar que el Andy que piensa las cosas de más se apoderó de mí. Imaginé muchos escenarios, desde Edward y mi papá siendo amigos (lo que dudo que suceda), hasta mi

papá corriendo a Edward de la casa (lo que creo que pasará). El miedo no deja de perseguirme, pero soy capaz de apaciguarlo mientras hago algo.

De cualquier manera, tengo mi mochila lista y el celular a mano para marcar a mamá. Espero no llegar a eso. Quiero confiar en que mi papá no será grosero y que será un señor agradable con el que se puede bromear sin problemas. A estas alturas, todo puede pasar, y eso es lo que me preocupa, que pase todo lo malo.

Respiro hondo. Estoy exagerando de nuevo. Si pienso de forma negativa solo lograré atraer las malas vibras.

Me sobresalto al escuchar el timbre de la puerta principal. Todo mi cuerpo se pone tenso y los nervios comienzan a invadirme. ¿Vino tan rápido? ¿Cómo lo saludaré? ¿Cómo lo presentaré con mi papá? ¿Digo que es mi novio o solo digo su nombre? ¿Y si mi papá lo odia apenas lo ve?

Estoy a punto de entrar en un colapso emocional hasta que mi madrastra pone su mano sobre mi hombro para tranquilizarme. No sé en qué momento ha llegado a mi lado, estoy tan preocupado e inmerso en mis pensamientos que ni siquiera me fijé si estaba cerca de mí. Ella me sonríe.

—Es la comida que ordené, tranquilo —me avisa y siento que puedo volver a respirar. Dios, voy a morir si sigo preocupándome de este modo. Inhalo hondo y, cuando contengo suficiente aire en mi pecho, exhalo.

Creo que una de las cosas que más odio de mí es ser tan paranoico. Me gustaría no pensar tanto en las cosas, solo vivir, pero a mi cuerpo le gusta complicarme todo. No le basta con el colapso mental y emocional, también le gusta el colapso físico. Es masoquista.

Kim va hacia la puerta para recibir la comida china y, cuando creo que ya tengo todo bajo control, en mi mente pasa el siguiente pensamiento: ¿y si no le gusta la comida china a Edward y se siente presionado por la mirada de mi papá y porque no quiere ser maleducado, así que la come, pero resulta que es alérgico y muere?

En estos momentos odio ser yo.

Mi madrastra regresa con grandes charolas de comida, por lo que no dudo en acercarme a ella para ayudarla. Ambos llevamos la comida a la mesa con mucho cuidado para no tirar nada. No sé qué haría si todo se cae, me muero porque Edward no tarda en venir y no sé dónde conseguir más comida a esta hora. ¿Y si...? Basta, debo dejar de autosabotearme por un maldito segundo.

Trueno mis dedos intentando calmarme. Busco algo en lo que entretenerme mientras, pero lo único que encuentro es la mesa, como no sé en qué más pensar, pongo mi atención en ella. La mesa ya está acomodada de tal forma que ya hay vasos y platos encima. Supongo

que Kim los puso cuando estaba bañándome. Solo frunzo mi ceño al ver que solo hay cuatro platos y cuatro vasos. Somos cinco, ¿Luna no va a comer con nosotros? Vale, eso es bueno.

—Respira —Kim dice. Tengo que pestañear para saber si me está hablando a mí. Al ver que tiene sus ojos en mí, confirmo que sí me está hablando—. Solo viene a conocer a tu papá, no a pedirte matrimonio —bromea y finjo unas risitas para no hacerla sentir mal —. Recuerdo que las primeras semanas que salí con tu padre era un manojo de nervios, me daba pena hasta existir, ahora que llevamos muchos años casados hasta me echo gases... —se calla al escuchar lo que ha dicho—... mucha información, lo siento Alfalfa.

Todo nervio se esfuma unos segundos porque me echo a reír cuando me llama por otro nombre. No me da risa que se confunda, me da risa que cada uno de los nombres por los que me llama es peor que el anterior. Si existiera una competencia de los nombres más ingeniosos sobre la tierra, «Alfalfa» ganaría.

—Andy, Kim —la corrijo sin sonar presuntuoso—. Mi nombre es Andy.

—¿Y qué dije? —Abre sus ojos en grande, apenada.

—Alfalfa.

A la pobre casi se le cae la cara de la vergüenza.

—¿Ves a lo que me refiero con manojo de nervios? —intenta corregir lo que ha dicho—. Tantos años cuidándote y viéndote y sigo confundiendo tu nombre, pero ten claro algo, sí te quiero. —Sonríe e imito su acción. Sé que si habláramos más nos llevaríamos mejor, pero pese a nuestras pocas interacciones a lo largo de los años también la quiero—. A ti y a Mariel. Podré dudar de tu nombre, pero no del cariño que les tengo. Eso sonó muy poético —masculla y quiero reírme, pero el timbre vuelve a sonar y me quedo paralizado. Ella vuelve a sonreír—. ¡Ve a abrirle a tu noviecitoooo!

Canturrea más emocionada que yo, y solo me quedo inmóvil en mi lugar. Okey, no es la primera vez que Edward conoce a mi familia, ya conoció a mi mamá, no debe ser muy diferente de conocer a mi papá. Solo debo relajarme y tener fe de que todo saldrá bien, y así será. ¿Qué es lo peor que podría suceder?

Camino como robot hacia la puerta principal, sin embargo, mi papá se cruza en mi camino, impidiendo que sea yo el que reciba a Edward. Todos mis músculos se tensan bajo mi ropa, sabía que no todo iba a salir bien, mi instinto me lo decía. Desde el momento en el que las palabras «papá» y «Edward» estaban juntas en una oración debí suponer que algo malo vendría. Él abre y del otro lado de la puerta encontramos a un Edward con un pantalón negro de vestir, una playera blanca de cuello largo y otro de sus típicos sacos. En una de sus manos trae un pastel y en la otra trae dos bolsas blancas, las de

regalo. Al parecer trajo obsequios.

Edward sonríe en cuanto ve a mi papá.

—Hola, suegrito.

Y aquí es donde quiero mudarme de continente.

Mi papá se queda estupefacto, con los ojos abiertos de par en par y una expresión de horror en su rostro.

«Dios mío, mátame ya».

16: Hola suegrito, parte II

Es la primera vez que siento tanta vergüenza y, para mi sorpresa, no es de mí.

Solo tengo cuatro palabras para definir lo que siento en este momento.

Quiero. Matar. A. Edward.

Estoy pensando seriamente en todas las posibles formas de matar a un chico de metro ochenta y tanto sin que nadie se dé cuenta, sin embargo, ninguna parece cuerda. ¿Contarle un chiste para que se ría a más no poder será una buena idea? No es doloroso ni tampoco es difícil, aunque, conociendo mis malos chistes, es más probable que muera del aburrimiento.

Sé que estoy siendo muy drástico y que sueno como un chiflado, pero ¿cómo mantener la cordura si él ha dicho algo así de vergonzoso frente a mi papá?

Frente. A. Mi. Papá.

A MI PAPÁ.

P. A. P. Á.

De todos los saludos que existen, ¿por qué eligió el más vergonzoso? ¿No pudo decir «buenas tardes, señor» y ya? Dios, él es el que usa el cerebro de los dos, ¿por qué justo hoy decidió venir sin él? Edward sabe que mi cerebro no funciona y que el de él debe funcionar por ambos, no puede dejarme toda la responsabilidad a mí. Qué irresponsable es.

Nuestra relación no funciona de ese modo, yo soy el que dice estupideces, él el que piensa por los dos. Ahora el universo está en desequilibrio porque me está orillando a ser el que usa el cerebro. Y todos sabemos lo que sucede cuando obligo a mi cerebro a trabajar. Sí, exacto, desgracias.

Justo hoy decidió ser Eduardo Catalino, pudo ser solo Edward, el chico amable y dulce que todos quieren como yerno, pero no, él decidió el camino de la muerte y decidió terminar con su vida y nuestra relación en solo una frase. Mi papá va a correrlo a escobazos.

Mi alma sale de mi cuerpo cuando veo la expresión de Alek. El pobre no sabe ni qué decir o qué hacer, solo mira con atención a mi novio falso, como si quisiera cortarle el cuello o cortar el suyo, lo que sea más rápido; además, ve el pequeño moretón en su pómulo que apenas está desapareciendo y achica los ojos en su dirección. Por otro lado, yo estoy lanzándole mi mirada más letal a Edward esperando

que comprenda que si mi papá no lo mata, yo lo haré después, cuando estemos a solas y nadie pueda oír mis chistes asesinos ni las súplicas de él pidiendo que deje de contarlos.

Pese a la situación, Edward se ve relajado, como si no hubiera dicho nada malo, solo sostiene esa maldita sonrisa inocente de «soy un buen yerno, el mejor de todos, ámeme, señor, su hijo no pudo conseguir mejor novio» en su perfecto rostro.

Se forma un extraño e incómodo silencio que podía ser cortado con algún comentario grosero de papá o un chiste mío para alivianar el ambiente, pero nada de eso sucede, ninguno tiene la intención de dar el siguiente paso, y a este ritmo dudo que alguien diga o haga algo. Por dentro solo rezo para que un milagro divino suceda y un ángel baje para noquearme y decirme que va a llevarme al cielo porque sintió tanta pena de mí que tenía que intervenir.

Alek tiene que parpadear un par de veces para salir de su anonadamiento.

—El hijo de los Rumsfeld —rompe el silencio con una voz cargada de sorpresa, lo cual hace que mis ganas de matar a mi novio se conviertan en puro asombro. ¿Cómo dices que dijiste?—. Edward Rumsfeld.

Dice su nombre con un extraño tono de familiaridad que me hace abrir los ojos en grande. ¿Lo conoce? ¿Qué? ¿Cómo? ¿De dónde? ¿Cuándo? ¿Por qué? ¿En qué momento? ¿Por qué yo no sabía esto?

«*Jelpmi*, mi Windows no está funcionando».

Okey, no esperaba que mi papá conociera a Edward, era de las cosas que jamás imaginé que podrían pasar, imaginé que lo mataba o que le negaba la entrada a casa, pero nunca que lo conociera. En definitiva, este fin de semana ha estado lleno de cosas que no me imaginaba. No esperaba que nadie se conociera. Ni Luna a Heather, ni Edward a Alek. ¿Por qué siento que me perdí de mucho en tan poco tiempo?

Me siento como esos días cuando faltas al colegio y pasa de todo, desde el *cast* de Marvel llegando a dar una conferencia hasta la reunión de bandas separadas como One Direction.

Edward pasa su mirada de mí a mi papá. No parece sorprendido, al contrario, luce tan confiado que no dudo de que vaya a decir otra tontería, como pedirme matrimonio o algo así, Eduardo Catalino es capaz de hacer o decir cualquier cosa y yo ya estoy preparándome para fingir que él no es mi novio y que se ha confundido.

Supongo que no está sorprendido porque debió saber quién es mi padre el día que llegó a casa y lo encontró discutiendo con mamá. Es una opción, no lo sé, solo sé que me siento muy perdido. Demasiado.

—Solo Edward —corrige con amabilidad y le regala una sonrisa mostrando los dientes—. Un placer verlo de nuevo señor O'Connell.

Señor O'Connell.

Hasta que se digna a usar el cerebro.

Respiro hondo. Estoy demasiado confundido con todo lo que está pasando, pero me alegra que al menos no le haya dicho suegrito de nuevo, porque si lo hacía le cerraba la puerta en la cara sin dudarlo.

—¿Se conocen?

Me uno a la conversación buscando que aclaren la familiaridad con la que están hablando. Siento que estoy fuera de sintonía y esa sensación no me gusta. Ellos continúan mirándose en una batalla para ver quién es el primero en romper el contacto visual, pero por la terquedad de Alek y la decisión de Edward dudo que esto termine pronto. La mejor decisión que puedo tomar es ir por una silla para esperar sentado, porque esto va para largo.

Carraspeo con la intención de que sepan que sigo aquí y con muchas dudas.

—Vive en la calle de enfrente —explica mi papá, aún viendo a Edward, y solo me faltó el vaso de cristal para tirarlo al piso y exagerar mi sorpresa como las novelas turcas de mamá.

¿Cómo que vive en la calle que está enfrente? ¿Desde cuándo? ¿Por qué no me dijo nada cuando le mandé la ubicación?

Sin poder ocultar mi asombro, mi boca se abre en una gran «O», una en la cual podría pasar un gran ejército de moscas sin problema alguno. Mi cerebro —y mi cuerpo en general— se acaba de ir a la mierda. He perdido la cuenta de cuántas veces he quedado impactado en lo que va de la semana. Voy a necesitar otro corazón, porque el que tengo no va a resistir más impresiones.

—No sabía que tú eras el novio de mi hijo, no te vi bien ese día en el estacionamiento, el día que los encontré en una posición muy inmoral —Alek le reprocha molesto y siento que el calor inunda mis mejillas. ¿Por qué tuvo que recordar eso en este momento? ¡Qué vergüenza!

De solo recordar que estuve encima de él y que mi papá presenció todo quiero lanzarme del techo o comprarme un boleto de avión al cielo o al infierno, no importa qué parte del mundo con tal de salir de aquí.

—No sabía que usted era su padre —menciona Edward con el mismo tono de voz que mi papá—, no lo vi el día que fue a discutir a casa de Andy, el día que casi llamo a la policía por los gritos que había, una situación muy inmoral.

Se burla y mi mandíbula casi cae al suelo por su respuesta tan altanera.

«Ayuda, este Edward se está saliendo de control y no sé cómo manejarlo antes de que mi papá decida que lo ha dejado vivir mucho tiempo. 911, Capitán América, Ladybug, Paw Patrol, tenemos una

emergencia, vengan rápido, repito, Eduardo Catalino no deja de tentar a la muerte y yo no puedo hacer nada para callarlo, ayuda».

Le doy una mirada cargada de advertencia para que deje de jugar de ese modo, sin embargo, él está enfocado en mi papá y me ignora por completo. Agh, ¿qué tanto le cuesta verme? ¡Estoy tratando de salvarle la vida!

Alek bufa.

Ya está, lo va a matar. Fue un gusto haberlo conocido, visitaré su tumba todos los días hasta que me muera. ¿De qué color querrá su lapida? Me encargaré de pagarla con el dinero que tendré después de vender sus obras y volverme famoso. No será robo porque nadie notará que no lo escribí yo.

—Lamento que vieras eso —Alek se disculpa sin relajar su expresión molesta—. No es común ver que tu hijo, que se supone debe estar en la escuela —nos recrimina a ambos y mis mejillas se calienta más—, esté encima de otro chico.

Boom.

Sus palabras fueron directas al pecho de Edward, porque él sí que cambió su expresión decidida a una apenada. Todavía debe sentirse culpable por haber hecho que faltara a clases. Aunque debería ser al revés. Yo hice que él se fuera de pinta conmigo. Je. No soy una muy buena influencia.

—Lamento que viera eso —Edward, el Edward amable y no el Eduardo Catalino en su fase tres *saiyajin* de altanería, también se disculpa con sinceridad—. No pasará otra vez.

El silencio vuelve a reinar entre los tres.

—Y bueno... ¿quién tiene hambre? —pregunto tras una risita nerviosa para calmar el ambiente. Como siempre, nunca sé qué decir, pero al menos mi lado estúpido hace el intento por sacarnos de esta clase de situaciones. No pueden decir que mi lado imbécil no sirve de nada.

Mi papá al fin voltea a verme y creo que mi rostro denota mi incomodidad, porque no dice más, solo se hace a un lado, invitando a Edward a pasar. *Por fin.*

Paso saliva por mi garganta cuando él entra a casa y mi papá cierra la puerta, caminando hacia la cocina. Siento un enorme alivio y al mismo tiempo siento que debo estar más alerta. Edward imita a papá y camina detrás de él, sin embargo, aún me debe algo, por lo que lo tomo de los hombros evitando que dé otro paso más. Como dije, si Alek no lo mataba lo haría yo. Obviamente sigue vivo, por consiguiente, me toca a mí matarlo. Y tengo muchas ganas de hacerlo.

Él se vuelve hacia mí con una enorme sonrisa, como si no supiera que ha hecho algo malo. Frunzo mis cejas, inflo mis mejillas y tomo una bocanada de aire con fuerza mientras hago el esfuerzo de

mantenerme sereno.

—¡¿Por qué le dijiste suegrito?! —reprendo en voz baja, mandando al diablo el intento de no sonar demasiado molesto. Su sonrisa se borra poco a poco y mira hacia otro lado, esquivando los cuchillos que le estoy clavando en mi imaginación.

—Quería molestarte y molestarlo por el alboroto que hizo en tu casa, su expresión fue divertida —se justifica formando un puchero en los labios. Se ve adorable y tierno, pero el enojo que siento es más fuerte que eso. Él podría traerme al mismísimo Eren Jaeger y yo no me doblegaría. No caigo ante sus encantos y hundo aún más mis cejas. Chasquea la lengua cuando voltea a verme y nota que no logró cambiar mi postura—. Al menos no le dije papá.

Suelta en defensa y una de las venas de mi cuello está a punto de estallar del enojo.

«¿Es en serio Catalino? ¿Cómo puedes echarle fuego a la llama de mi enfado?».

No tardo en alzar mi mano para jalarlo de la oreja, pero él se zafa de mi agarre y corre hacia el comedor librándose de mi castigo. Huye como un cobarde porque sabe que le irá mal si sigue diciendo cosas como estas frente a mí. Tonto no es.

Ahora mismo debo estar en medio de un aura oscura porque todas las maldiciones que estoy soltando no son de Dios. Es su culpa por venir sin cerebro, la próxima vez que venga le diré que su pase de entrada es el cerebro, de lo contrario no dejaré que entre y haré como si se hubiese confundido de casa.

Con desgana, sigo sus pasos para alcanzarlos al comedor, pero al igual que hice con Edward, alguien me agarra de la playera con mucha fuerza impidiendo que llegue a mi destino. Giro a ver a la persona que me ha detenido y encuentro a Kim, estupefacta, con la mirada puesta en Edward. Ella voltea a verme sin creer que Edward es el chico que acaba de pasar.

—¿Sales con el hijo de los Rumsfeld? Guau, eres un chico listo —masculla con evidente estupor. Asiento sin entender por qué ha dicho lo último. Mi madrastra parece notar mi confusión, por lo que añade —: La cadena de restaurantes donde trabaja tu mamá —empieza mientras le echa una mirada de reojo a Edward—. Sus padres son los dueños, bueno, su familia en general —suelta la bomba y ahora soy yo el que no puede contener la estupefacción. ¿Cómo que sus padres son los dueños?—. Tu mamá consiguió el trabajo y tú conseguiste al hijo —bromea, pero es tanta mi sorpresa que soy incapaz de reírme. Ella se aclara la garganta ante mi silencio—. En mi cabeza la broma sonaba divertida.

No hago caso a las últimas palabras de mi madrastra porque sigo procesando toda la información. ¿Sus papás son los dueños del lugar

donde trabaja mi mamá y, además, tienen una gran cadena de restaurantes? Sabía que tenían dinero, pero no tanto. Me hacía una idea con el rumor de la rinoplastia pagada al chico golpeado y por el hecho de que no expulsaran a Edward, pero solo creí que tenían lo suficiente, no que tenían más que suficiente. Eso puede explicar por qué vive justo en este barrio.

Lo que más me sorprende es que hemos estado conectados sin saberlo, y en muchos sentidos; él vive cerca de la casa de mi papá y sus padres son los jefes de mi mamá prácticamente. Si el día de mañana me dicen que somos primos lejanos, no voy a sorprenderme.

Ay no, eso sería horrible, no podría mirarlo de la misma manera, no después de admitir que quiero besarlo. ¿Cómo podría seguir viviendo si existe la pequeña posibilidad de que quiero besar a mi primo? Vale, no es mi primo, y más vale que no lo sea y que solo sea una idea estúpida que se me ocurrió, porque de lo contrario tomo dos galones de cloro.

Kim chasquea sus dedos frente a mi rostro haciendo que regrese a la realidad. Ella ladea la cabeza y hunde su dedo índice en mi mejilla derecha, está inspeccionándome para ver si sigo vivo o si hay alguien o algo dentro de mi cabeza que continúa con vida. Si soy sincero, yo también me pregunto si sigo vivo después de tanta información en mi diminuto cerebro. Necesito otro con más almacenamiento, ¿venderán uno en Amazon?

Esbozo una sonrisa nerviosa para que vea que estoy en mis cincos sentidos. Kim toma eso como una señal de que estoy bien y suspira aliviada. Extiende su mano señalando el comedor para que pase primero y me mentalizo para lo que vaya a suceder. Doy zancadas hacia la mesa y al llegar siento una enorme tensión al ver que tanto Edward como Alek ya están sentados uno frente al otro, mirándose de la misma forma que lo hacían hace unos instantes. Alek en plan «sé que eres una mala influencia para mi hijo y lo voy a demostrar», y Edward en plan «su hijo también me dice papi». Bueno, no tan así, pero su mirada es dura.

—El hijo de los Rumsfeld —Kim llama a Edward con mucha emoción y este tiene que romper el contacto visual con mi papá para ver a mi madrastra—. ¡No puedo creer que sean pareja! Cuando era joven siempre soñaba con tener un noviazgo con el vecino, como las novelas, pero no se pudo y ahora estoy con Alek —da un suspiro exagerado y al ver la expresión consternada de mi papá empieza a reírse—. Es broma, cielo —le dice y mira a Edward de nuevo—, pero qué lindo verlos juntos, muero de ternura. ¿Ya viste el álbum de fotos de Andy de cuando era un bebé? ¿Mariel ya te lo mostró? Voy por él.

Dice todo con tanta rapidez y entusiasmo que no le da tiempo a Edward para responder siquiera. Ella ya está dando la vuelta para ir

por el condenado álbum que va a terminar con mi dignidad. Blanqueo los ojos, ¿es en serio? ¿Mi mamá no me humilló con Edward, pero Kim sí? Aunque tengo que darle algo de crédito por haberme llamado por mi nombre y no uno ridículo, pero, quitando eso, ¿qué tiene mi familia con querer avergonzarme siempre? ¿Y por qué Edward está asintiendo con una sonrisa? Agh, es muy frustrante. Mientras las preguntas oscilan por mi mente, decido actuar antes de que exponga mis fotos.

—Primero comamos, Kim, se puede enfriar —sugiero con calma, aunque por dentro estoy colapsando. Tomo asiento a un lado de Edward y lo fusilo con mi mirada—. Además, no creo que Edward quiera verme en pañales.

Ese «no creo» lo he remarcado para que Edward esté consciente que no me importa si quiere verlo o no, mi respuesta es un rotundo «ni en tus más locos sueños, Eduardo, sigue participando».

Él hace la vista gorda y le regala una sonrisa ladina a Kim, pasando de mí por completo.

—Encantado de conocerla señora…

Se calla al no saber cómo llamarla, y eso hace que Kim se olvide por completo del estúpido álbum, porque se enfoca otra vez en mi novio no-tan-falso-por-hoy. Se acerca a él y le da palmadas en su hombro un tanto bruscas. Edward no se queja, sigue sonriéndole. Si no conociera a mi madrastra podría decir que se le salió un tornillo, pero las veces que la veo es así. Cuando la conocí en persona por primera vez me recibió peor de lo que recibió a Edward, casi me asfixia con sus brazos, se olvida de mi nombre, sí, pero es muy buena. No es mi mamá y sé que no pretende ocupar su puesto, pero ella es tan amable que es imposible no quererla.

Por eso me pregunto si Luna es adoptada, porque es todo lo opuesto a Kim. Ella es tan fastidiosa que es imposible no detestarla.

—Oh Dios, llámame Kim, o suegrita, con confianza. —La fuerza de sus palmadas aumenta a tal punto que me pregunto si él está bien. Ella no debe ser consciente por la emoción. Alek tose porque ella ha sugerido que puede decirle suegrita y yo río—. Bueno, ¿suegrastra? Como quieras llamarme. Eres la persona favorita de mi Alfalfa, así que también lo eres en esta casa.

Ahora es mi turno de toser mientras que Alek se ríe. Íbamos tan bien, Kim, taaan bien.

¿En qué se parece Andy a Alfalfa? Los nombres son muy diferentes, solo coinciden en la letra A. Mi nombre no es difícil de recordar. Estoy comenzando a sospechar que lo hace adrede.

Edward hace el intento por no reír, porque sabe que si lo hace voy a cobrárselo después. Espero que olvide que Kim me ha llamado Alfalfa, porque no quiero oírlo burlarse de mí.

—Gracias... Kim —Ensancha su sonrisa. Pasa su mirada de ella hacia el pastel y las bolsas que ha dejado sobre la mesa—. Traje un pastel, lo hice yo mismo, espero que les guste. —Rasca su mentón apenado y Kim suelta un gran «awww»—. Y también traje esto —toma ambas bolsas, alzándolas para que todos puedan verlas—, para usted —le tiende una de ellas a Kim. Ella no lo piensa dos veces y la recibe, gustosa— y para Al...

—Señor O'Connell —lo interrumpe papá de forma grosera. Ruedo los ojos, ni siquiera sus pacientes le dicen así. Está siendo un poco duro con Edward. Entiendo que puede tener una mala impresión de él, pero debería darle una oportunidad. Edward luce como un chico malo, sin embargo, tiene la actitud de un Golden Retriever, a veces.

—Claro. Y para el señor O'Connell —repite a la par que le pasa una de las bolsas que ha traído. Alek duda unos segundos, pero acepta el regalo seguido de un «gracias».

Kim abre la bolsa ahí mismo y chilla de emoción llamando la atención de todos. De la bolsa saca un lindo collar con piedras preciosas que debe costar más que mi futuro. Lo veo incrédulo. ¿Se quiere ganar a mi papá y a Kim con regalos? Porque les aseguro que, al menos, por parte de Alek no va a conseguirlo. Edward podrá bajarle hasta la luna y mi papá no dará su brazo a torcer.

—Esto es hermoso, no te hubieras molestado, es hermoso, gracias yernastro. —Mi madrastra casi se echa a llorar en el hombro de Edward. Lo sabía, Kim es tan fácil de ganar. No la culpo, yo también caí, y con una gallina tallada en madera.

—Si mi mamá estuviera aquí te odiaría por no haberle dado nada cuando la conociste —le reprocho a Edward, divertido, y él arruga la nariz porque, aunque ha sido broma, tengo razón. No en la parte de odiar, pero sí en la de no llevarle nada; pero eso no importa, él se ganó a mi mamá solo abriendo la boca. Al igual que yo, mi madre cae muy fácil.

—A Mariel no le importan las cosas materiales —Kim intenta restarle importancia, pero es difícil tomarla en serio cuando está babeando por el regalo que recibió.

Se lo coloca en el cuello, y una vez que lo ha ajustado, sonríe. Toma el pastel que Edward ha hecho y lo lleva hacia el refrigerador. La sigo con la mirada solo porque no me había detenido a pensar en que él mismo hizo ese pastel. Qué lindo. ¿Hay algo que no haga bien? Edward es la Barbie de nuestra generación.

—Es signo de tierra, créeme que sí —le llevo la contraria—. Además, como el hijo al que le pedía flores o materiales de repostería en lugar de regalos manuales, lo afirmo.

—Sí lo es —Alek confirma uniéndose a mí—. En nuestros exaniversarios mi dinero se acababa.

—Tú también eres signo de tierra, cállate —le digo, y él no hace más que sonreír. Sabe que estoy en lo cierto.

Lo poco que sé de los signos es por memes y por la información de Google, no sabía mucho de ellos hasta hace poco, cuando descubrí que a Heather le gustaba todo esto. Mi fuente confiable es TikTok y las personas que hacen vídeos de los signos zodiacales, quitando eso, no sé absolutamente nada. Gracias a esos vídeos sé que los signos más materialistas y ambiciosos son los de tierra, y para desgracia de mi pobre billetera mi mamá y papá pertenecen a ese grupo.

Cuando Kim regresa a la mesa y se sienta al lado de papá, comenzamos a servirnos de la comida que compró. No soy fan de la comida china, pero tampoco puedo negarme. En casa sí que lo hago, pero no estoy en mi hogar, así que no me queda de otra más que comer mientras finjo que todo está delicioso. Veo a Edward por el rabillo del ojo y observo que no ha hecho ningún movimiento por servirse. No sé si no le gusta esta clase de comida o si es demasiado tímido como para hacer algo.

Lo entiendo a la perfección, en las casas de desconocidos me siento un poco intimidado. Aún recuerdo la vez que fui a casa de Jean por primera vez, parecía que estaba siendo torturado porque apenas respiraba, hablar con sus familiares fue algo incómodo.

Para animarlo, tomo su plato y le sirvo un poco de lo que parece más decente en la mesa. Él alza su mirada a mí y me sonríe nervioso. Luego le sirvo un poco del jugo que Kim también compró y lo dejo frente a él. Edward murmura un suave «gracias» y solo le regreso la sonrisa. Solo hago lo que me gustaría que hicieran conmigo cuando estoy en terreno desconocido. Lo que hubiera dado para que Jean hubiera sido así, él me dejó solo en la mesa con sus padres y hermanos mientras iba a la tienda por algo que olvidó. Se tardó una hora entera. Sí, conté cada minuto.

Gracias a eso recordé lo mucho que amo estar en mi casa y por qué invento excusas cuando me invitan a salir.

Veo hacia mi plato y reprimo una mueca que quería formarse en mi rostro. Ni siquiera sé qué es esto, pero no se ve nada apetitoso. Parece que alguien mezcló todo lo que vio en su refri y lo metió en un traste. Pero quién soy yo para juzgar, no sé ni hacer un huevo sin que se queme.

Llevo un poco a mi boca y cierro los ojos con fuerza esperando que lo que sea que me haya metido no sepa tan asqueroso como se ve. Para mi fortuna y sorpresa, sabe rico. Abro los ojos de nuevo y sonidos de satisfacción salen de mi boca. Dios, esto sabe delicioso, no puedo creer que dudé por un instante sobre si esto era o no comestible, y pensar que estuve de víbora con mis venenosos pensamientos.

Señor o señora chef, lamento mucho haber insultado su comida, el

que se ve y sabe asqueroso soy yo. Le beso las manos, perdone a este pobre inculto que no sabe de comida.

—Edward, háblanos de ti, hijo —Kim inicia la conversación, alentando a Edward a ser el que hable. Dejo el tenedor cerca de mi boca, desconcertado. Oh no, el interrogatorio va a empezar.

Ayer en la noche le dije a Edward por mensajes que lo más probable es que vayan a hacerle muchas preguntas, sobre su vida en general y sobre nuestra relación. Ambos memorizamos las posibles respuestas que podríamos dar. En este caso han iniciado con él, pero no tardarán en cuestionarme a mí también.

Él se limpia con una de las servilletas y no sé si está nervioso o algo así, pero no lo demuestra. Parece que tiene todo bajo control. Es Edward después de todo.

—¿Puede repetir lo que dijo? Por favor —le pide, apretando la servilleta con fuerza debajo de la mesa.

Olviden lo que dije. Es obvio que se está cagando de los nervios.

Kim le sonríe.

—Háblanos un poco de ti, lo que te gusta hacer, tu edad, no sé, todo lo que se te ocurra. Quiero conocer al chico que conquistó el corazón de Alfalfita.

Alfalfita. Contengo las ganas que tengo de rodar los ojos.

Edward asiente y se aclara la garganta. La pregunta es pan comido, es una de las preguntas que practicamos, él sabe la respuesta de memoria. Y yo también. Se supone que hablará de su pasión por la escritura y lectura para que papá vea que es alguien con buenos sueños y aspiraciones.

—Tengo diecisiete años —comienza, y a mis adentros le doy ánimo para que siga—. Me gusta leer y escribir.

Y se calla.

Hundo mis cejas. ¿Y qué hay de lo demás? ¿Qué hay del «la escritura es una forma de canalizar mis emociones, blah, blah, blah» y toda esa mierda que dijimos? Edward debe estar tan nervioso como para olvidarse de todo lo que habíamos practicado. Golpeo su pie con el mío para que reaccione, pero no funciona. En su lugar, toma un poco de jugo.

Veo a mi papá y a mi madrastra y ambos están mirando con atención a Edward. En especial Alek, él parece que está escudriñando hasta los mocos de mi novio. Uy, con esa mirada hasta a mí me tiembla el culo. No quiero estar en la posición de Edward ahora ni nunca.

—Un escritor —Kim dice con fascinación, salvándole el pellejo—. ¡Qué trabajo tan lindo!

—No es un trabajo —interviene Alek y todos nos quedamos callados por su horrible respuesta. Él lo nota y carraspea—. ¿Qué

piensas estudiar?

Cubro mi rosto con ambas manos siendo incapaz de ver a Edward. Sabía que Alek diría algún comentario fuera de lugar, pero no tenía que ser tan rápido. Separo mis dedos para poder ver a Edward y, a diferencia de hace unos minutos, él se ve menos nervioso. Parece que lo que ha dicho Alek no le afectó en lo más mínimo.

—Ingeniería en gestión empresarial. Probablemente vaya a la universidad de Newcastle.

Frunzo mi ceño. Eso no era lo que me había dicho. ¿No iba a estudiar algo relacionado con los libros? ¿Literatura o una de esas cosas? ¿En qué momento cambió de planes? ¿O solo lo está diciendo para que mi papá lo acepte?

—Andy también había visto esa universidad —menciona Kim y parpadeo al oír mi nombre—, ¿verdad?

Se dirige a mí y tengo que golpearme mentalmente para reaccionar.

—Aún no estoy seguro —doy una respuesta vaga—. No sé qué estudiar.

Lo que he dicho no es ningún secreto, no tengo ni la menor idea de qué hacer con mi vida. Kim y Alek han buscado algunas universidades en el nordeste de Inglaterra para que comience a elegir y la universidad de Newcastle era una de ellas, pero no puedo escoger cuando no sé lo que quiero hacer en primer lugar. Mamá dice que puedo tomarme un año sabático si así lo quiero, trabajar y ahorrar mientras decido qué camino escoger. No suena como una mala idea, pero al mismo tiempo no quiero elegir esa opción, siento que perderé un año de mi vida y también me sentiré mal, ya que todos mis amigos irán la universidad menos yo. Trato de no pensar demasiado en eso.

—Ya debe decidirlo, solo quedan algunos meses para los exámenes —recuerda Alek y toco mi sien con mi mano sintiendo que la cabeza comienza a dolerme. ¿En serio vamos a hablar de esto ahora? Ya sé que quedan meses, no es necesario repetirlo—. Hay algo en lo que eres bueno, solo debes seguir buscando.

Intenta animarme, pero logra lo contrario. Si hay algo en lo que soy bueno, ¿por qué no lo menciona, entonces? La respuesta es fácil, porque no soy bueno en nada.

—Es bueno curando heridas —Edward les hace saber a los demás (y a mí también, porque no es una habilidad que tenga escrita en la lista de cosas que sé hacer)—, ¿tal vez algo relacionado con la medicina? ¿Ser doctor o enfermero? Creo que hay más ramas, pero nada viene a mi mente ahora.

Opina llevando otra porción de comida a su boca. A Kim y a Alek le brillan los ojos al oírlo decir eso. Ambos son médicos, después de todo, y escuchar que tu hijo puede estudiar lo mismo que tú es algo

que anima a muchos padres. Frunzo mis labios. No estoy seguro de tener lo necesario, pero no negaré que me alegra que Edward haya dicho que soy bueno en algo.

—No sabía que eras bueno curando heridas. —Papá eleva su barbilla viéndome con orgullo y por dentro solo pienso en que no puede estar más equivocado. El tutorial de YouTube fue bueno, yo no —. Si te gusta la medicina podrías intentarlo, y si quieres buscamos carreras y universidades.

Asiento no muy convencido. Sé que quiere lo mejor para mí y por eso insiste en que vea las universidades, pero aún no me siento listo para decidir. Menos ahora, que se le ha metido en la cabeza que soy bueno en medicina. Ni volviendo a nacer lo seré. Kim y Alek son perfectos para ese papel, yo mataría a los pacientes.

Hubo un tiempo en el que también consideré estudiar la carrera de mamá, pero mi talento en la cocina es el mismo que el de un bebé de dos años: un verdadero desastre.

Termino de comer lo que hay en mi plato mientras que Kim y mi papá comienzan a hablar de sus primeras cirugías y de la vez que se conocieron. La expresión tensa de Alek se relaja cuando empieza a hablar con ella, mi madrastra es la única que logra que el tigre sea un gatito.

Ambos se conocieron en el trabajo, Alek ya se había mudado en ese entonces. Kim había perdido a su esposo cuando Luna nació, por lo que la crio sola hasta que un año después de conocer a Alek, se casaron y ayudó a criarla como su propia hija. Fue como amor a primera vista. De esos romances que te empalagan cuando los escuchas.

Quiero a Alek, pero me pegunto qué es lo que vio mi mamá y qué es lo que ve Kim en él. Las dos son mujeres increíbles, y no es que él no sea una buena persona, pero suele ser como el chocolate amargo en ocasiones.

Los dos parecen recordar que no están solos en la mesa porque voltean a vernos de nuevo. Tanto Edward como yo estamos comiendo en silencio escuchando lo que ellos están diciendo como los chismosos que somos. Le pegué ser chismoso a Edward, algo bueno tenía que aprender de mí al menos.

Kim le da un codazo nada discreto a Alek para que diga algo y este solo reprime un quejido. Él intenta hablar, pero nada sale de su boca. Si apenas sabe cómo hablarme a mí creo que es más complicado buscar un tema de conversación para el novio de su hijo, y peor aún cuando solo quieres echarlo de tu casa.

Sus rasgos vuelven a endurecerse cuando ve a Edward.

—¿De dónde se conocen?

Otra pregunta fácil, la hemos practicado desde antes.

—Somos compañeros de salón, pero nos hablamos en el baño porque yo estaba tarareando una de sus canciones favoritas —respondo por los dos para que Edward no vuelva a quedarse en blanco. Mi madrastra nos mira con amor y Alek no se ve muy convencido.

—¿Desde cuándo? —inquiere entrecerrando sus ojos.

—Desde hace semanas.

—Desde hace unos meses.

Ambos decimos al unísono y mi papá eleva una de sus cejas por las respuestas diferentes. En mi defensa, esto no lo practicamos, o no recuerdo haberlo practicado. Mierda, la cagamos, y mucho.

—Su hijo es lo mejor que pudo pasar en mi vida, así que las semanas se sienten como meses —Edward intenta arreglar el desastre en el que nos metimos. Gira su cabeza hacia mí y me ve como si fuera la persona que más quiere en el mundo. Qué buen actor—. El tiempo pasa rápido a su lado.

—Te entiendo, estar al lado de mi Alek se siente una eternidad —Kim toma la mano de mi papá dándole la razón a Edward—. El amor hace que el tiempo sea lo de menos.

Alek sonríe por las palabras de su esposa y festejo en mis adentros al ver que se han olvidado de la cagada que hicimos. Edward, te beso el cerebro, a esto me refería cuando digo que él sí usa la cabeza. Si no fuera así ahora estaríamos en serios problemas, sobre todo yo, por mentiroso.

—¿Tus padres lo saben? Podríamos cenar juntos algún día, hace semanas que no veo a tu mamá —sugiere Kim y, a su costado, Alek asiente a la idea. Una idea que hubiera sido maravillosa si nuestra relación fuera de verdad y no de mentira. Entro en pánico al instante, no quiero llevar las mentiras a ese nivel.

Edward traga saliva y siento que se tensa a mi lado.

—No, no lo saben aún.

El pánico que tenía es reemplazado por una repentina ola de alerta. No sé mucho de los papás de Edward, pero no es normal verlo tan preocupado. Intervengo antes de que le dé un paro cardiaco.

—Me pone nervioso conocer a sus padres, apenas estoy aceptándome, así que, papá, Kim —les doy una mirada llena de preocupación—, no digan nada. No estoy listo para decirle al mundo que salgo con un chico. Es un secreto.

Sonrío con timidez para que crean la mentira que me saqué del culo. No es ningún secreto, todos en la escuela lo saben, pero dudo que los padres de Edward sepan que él esté saliendo con un chico. No quiero meterlo en más problemas.

Los dos se lo toman bastante bien porque asienten y me ven como si fuera una cosita frágil que se puede romper en cualquier momento.

Si supieran que la cosita frágil que hay que cuidar es Edward, yo soy una roca que no va a romperse ni porque el mundo se termine.

Bebo lo último que quedaba en mi vaso y unas enormes ganas por ir al baño me invaden por completo. No quiero ser como Jean y dejar solo a mi invitado, pero siento que voy a hacerme pipí ahí mismo si no me apresuro y, por Dios, no quiero eso, no voy a orinarme frente a Edward y los demás, qué horror. Apenado, me disculpo con todos y me levanto para ir al baño. Mi novio gira su cabeza hacia mí como el exorcista al oírme y veo el miedo en sus ojos, él está pidiendo a gritos que me quede para que no lo deje solo con papá. Ya estuve en esa posición, así que lo entiendo en cierta parte, pero mi vejiga va a estallar si no me muevo.

Le sonrío y por lo bajo digo que no tardaré para que se tranquilice. Sin esperar que responda, corro apretando las piernas.

Cuando entro a mi cuarto voy directo hacia mi salvación. Bajo la cremallera de mi pantalón y, cuando descargo todo, suelto un gran suspiro. Un poco más y no vivía para contarlo. Una vez que termino, me lavo las manos con jabón, porque podré ser un sucio que se ducha cada vez que se acuerda, pero no soy un cochino que va por la vida buscando infecciones. Echo un poco de agua sobre mi rostro para refrescarme y, al verme al espejo, sonrío.

Aún es muy temprano para festejar, pero dentro de lo que cabe, todo está saliendo bien. Esperaba algo peor. Estoy tan acostumbrado a que nada me salga bien, que, en lugar de ser positivo, espero que una catástrofe suceda.

Creo que hemos pasado el mayor de los problemas: Alek. Sé que fue un poco borde con Edward, pero si lo hubiera odiado lo hubiera echado de casa. Además, ya no importa si le cae bien o no, después de todo, esto es falso, no estamos saliendo de verdad. Su aprobación es irrelevante, solo quería que no asesinara a Edward. Y hablando del peliblanco, tengo que volver o él mismo se matará porque no soportó el miedo.

Me echo agua otra vez y corro para llegar al comedor antes de que Edward se desmaye del terror. Solo espero que nada malo haya pasado en mi corta ausencia, porque quedaré como un payaso luego de haber festejado mi victoria.

Al acercarme a ellos el alivio llena mi pecho porque los tres están en partes completas y todo está tal como lo dejé. No sé de qué están hablando, pero su conversación parece interesante porque nadie nota mi presencia. Cuando ya estoy arrastrando mi silla para tomar asiento, escucho que Alek le hace una pregunta bastante incómoda a Edward, me hace retroceder.

—¿Cuáles son tus intenciones con mi hijo?

Edward se atraganta con el trozo de comida que tenía en su boca y

tengo que golpear su espalda para ayudarlo. ¿Por qué demonios tenía que decir eso? ¡Hasta yo siento la vergüenza correr por mi cuerpo! No se supone que los papás tengan que hacer esa clase de preguntas, menos los papás como Alek, los que parece que no les importa las relaciones de sus hijos.

Jamás he visto en Alek un padre celoso o protector, ¿por qué tuvo que tomar esa repentina postura ahora?

—¿Mis intenciones? —Edward repite las palabras de Alek una vez que ha logrado calmarse y el otro asiente bastante serio.

—¿Por qué sales con él y qué esperas de la relación? ¿Qué tienes para ofrecerle? ¿Hasta dónde piensan llegar? ¿Solo un noviazgo de adolescentes? ¿Matrimonio?

—¡¿Matrimonio?!

Edward abre sus ojos de par en par y puedo jurar que su rostro se ha puesto pálido, un poco más y se desmaya. No es el único que se ha puesto de ese modo, yo también siento que el alma se salió de mi cuerpo. ¿Cómo puede creer que vamos a casarnos? ¡Solo somos dos tontos de diecisiete años, por Dios!

—¡Deja de asustar a mi novio! —regaño a mi papá.

Él suaviza su mirada y pestañea sin comprender por qué nos hemos puesto de ese modo. Kim solo niega con la cabeza mientras ríe, de todos los que están en la mesa ella es la que más está disfrutando de todo. No me sorprendería si la veo sacar un poco de frituras para gozar de la escena.

—Y por eso no invito a mi novio —Luna, que al parecer se ha dignado a salir de su habitación, menciona al ver mi situación y a mi papá casi se le salen los ojos de la impresión.

—¡¿Novio?!

Exclama confundido, y aprovecho que ahora se ha enfocado en Luna y en la relación que le ha estado ocultando para tomar a Edward de su playera y huir a mi habitación antes de que todo se vuelva un desastre. Salvado por la campana.

—Gracias por la comida, vamos a ir a mi habitación.

Anuncio, sin embargo, debido a los gritos entre papá y Luna y la falsa actuación de Kim de «te juro que no sabía nada», nadie me presta atención. Y eso es mucho mejor. Le hago una seña a Edward para que camine y él no lo piensa dos segundos. Está peor que yo, así que huir de la situación no solo ha sido mi salvación, sino también la de él.

Lo guio hasta a mi cuarto y, una vez dentro, cierro la puerta sintiéndome aliviado al dejar los gritos del otro lado. Nunca me había sentido tan afortunado por ver a Luna. Suelto un gran suspiro dejándome caer al suelo y levanto la mirada en busca de Edward.

Él está sentado sobre mi cama, tratando de calmar su respiración agitada. Tiene cara de muerto, una muy diferente a la que tenía

cuando vino a casa. El Edward altanero y sin miedo se esfumó. Dudo que vuelva a decirle suegrito a Alek en su vida.

De todas las cosas que mi papá le dijo, una sugerencia de matrimonio fue la responsable de hacerlo temblar del miedo. Ni siquiera lo insultó o lo hizo de menos, solo mencionó la palabra «matrimonio» y Edward se cagó.

—Creía que iba a saltar de su asiento y clavarme el tenedor en el corazón —bromea, todavía agitado por lo que pasó. Quiero reírme, pero estoy igual de jodido que él y aún no puedo decir nada—. Gracias por sacarme de ahí. ¿Crees que le agradé?

Tomo aire con fuerza. ¿Después de haber salido vivo de ahí se pregunta que si le agradó? No estaría vivo si no fuera así.

—Supongo, de lo contrario no estarías aquí —digo sincero, pero él parece creer que estoy bromeando porque se ríe. Al ver que yo no lo hago, vuelve a ponerse tenso y me ve asustado. Carraspeo—. Gracias por fingir ser mi novio hoy. Cuando terminen las semanas tendré que inventar una excusa. No te preocupes, diré que fue mi culpa o algo así, él no te hará daño.

Le aseguro para que se quede tranquilo. Alek puede dar mucho miedo, así que comprendo que pueda asustarle la idea de que él vaya a su casa a quemarle todo si se entera de que le ha hecho algo malo a su hijo.

Él solo asiente desviando su mirada hacia otro punto de mi habitación. Aunque no hay nada que ver, solo es un cuarto de invitados con paredes blancas sin ningún póster de anime o alguna banda, así que no es muy Andy de mi parte. En la habitación no hay nada que grite «guau, esto es Andy». Es todo lo contrario.

Nos quedamos callados por un instante y aprovecho ese momento para levantarme y sentarme a su lado, el culo me estaba doliendo de lo incómodo que estaba en el suelo. Nada como la suavidad de la cama de Alek.

En eso, Edward aclara su garganta.

—Te mentí —menciona de la nada, y junto mis cejas sin entender lo que está diciendo.

—¿Qué?

—El otro día —comienza, cabizbajo—, cuando bajaste del auto, te escuché a la perfección. —Traga saliva y alza la mirada hacia mí—. Escuché que también quieres besarme.

Un estallido de emociones hace revolución en mi interior con su declaración. Siento como si mi corazón hubiera dejado de funcionar durante un segundo para después latir con más intensidad. Mi pequeño cerebro apenas puede procesar lo que acaba de confesar.

No respondo porque no sé qué decir, mi expresión ahora debe ser un verdadero poema. Estoy tan aturdido que no soy capaz de formular

alguna palabra. Él también lo nota porque se echa a reír cubriendo su boca con el dorso de su mano.

—¿Todavía quieres besarme? —pregunta, aún riendo.

—¿Qué hay de ti? —contraataco con otra pregunta cuando al fin salgo de mi aturdimiento—. ¿Todavía quieres besarme o solo fue una broma?

Edward no lo piensa dos veces y esboza una sonrisa.

—Todavía quiero besarte.

Boom. Acaba de matarme con esas simples tres palabras.

Muerdo mi labio inferior esperando juntar las agallas suficientes para hacer lo que voy a hacer.

—¿Y por qué no me estás besando? —pregunto con la barbilla temblorosa.

—¿Quieres que lo haga?

No le contesto con palabras, al contrario, pongo mis manos en sus mejillas y estampo mis labios contra los suyos.

17: Sin cambios

Hay dos cosas para las que no estaba preparado en este momento: involucrarme con un chico y besar a alguien después de tanto tiempo.

E irónicamente estaba haciendo ambas cosas con Edward.

El chico amable que me pidió fingir ser su novio, el misterioso escritor que no hace más que desordenar mis pensamientos y alterar mis sentimientos, el coqueto bromista que me saca de mis casillas, me está besando. O, mejor dicho, yo lo estoy besando —o haciendo mi mejor intento de «beso»—.

La repentina valentía que me impulsó a dar el primer paso fue el resultado de las ganas que tenía de besarlo desde hace ya un par de días, y los nervios que me atacan en este instante son la consecuencia de no saber lo que estoy haciendo por dejarme consumir por las emociones que Edward me hace sentir.

Emociones desconocidas y diminutas que, con cada segundo que pasa, se hacen más familiares y grandes.

Lo primero que siento es un cosquilleo recorrerme por todo el cuerpo junto a una intensa calidez en el pecho que me quema con lentitud, recordándome que lo que está sucediendo no es un producto de mi loca imaginación ni mucho menos un sueño, es real, está pasando y me está arrastrando hasta el fondo.

Me he lanzado a él sin pensar en lo que podría pasar después, sin pensar en los límites que tanto me esforcé en marcar, sin pensar que la relación que hemos construido es mera actuación y no es de verdad, sin embargo, teniendo los ojos cerrados y mis labios encajados en los suyos, solo sintiendo su roce y su respiración sobre mí, toda preocupación y miedo se disipa como si fuera humo.

Al diablo si todo se vuelve incómodo, al diablo si pasamos el límite de nuestra amistad y al diablo si solo hemos estado fingiendo. Nada de eso importa en este instante porque sé con certeza que lo que está pasando y lo que estoy sintiendo ahora no es actuación.

Los labios de Edward se sienten cálidos y suaves, tan tibios y adictivos que podía pasarme toda la vida de esta forma sin cansarme de la sensación, una sensación abrumadora que nublaba mi juicio. Afirmo el agarre de mis manos en sus mejillas y muevo mis labios esperando que él también lo haga, pero no hace ningún movimiento ni trata de seguirme el ritmo, solo se queda estático, como si no pudiera creer lo que está sucediendo, supongo que no se esperaba en absoluto que yo me abalanzara primero. No puedo culparlo, estoy igual que él,

es surrealista pensar que estoy besándolo, ¿ya dije que estoy besándolo? ¡Es que estoy besándolo!

Al sentir que él se queda quieto, la duda crece desde mi pecho y el miedo comienza a apoderarse de mí poco a poco. ¿Fui demasiado rápido? ¿Él mintió cuando dijo que quería besarme? ¿No le gustó? ¿Esperaba algo mejor?

Hago el intento de separarme porque la ilusión que sentía comenzaba a romperse en pedazos y no quería romperme con ella, no obstante, Edward parece salir de su asombro porque sostiene mis muñecas evitando que me mueva y, sin titubear, sin dar oportunidad a que la desilusión me rompiera, apacigua las dudas de mi corazón regresándome el beso.

Por un momento siento que todo a nuestro alrededor desaparece: las cosas materiales, mis padres en el comedor, la relación falsa que nos unió, todo. En esa habitación no hay más que dos chicos torpes que están sintiendo todo aun sin ser nada.

O al menos de mi parte es así. Edward está mostrándome que puedo sentirlo todo en cuestión de minutos, está enseñándome que había emociones que no sabía que podía experimentar y, lo peor de todo, está demostrándome que incluso lo falso se puede sentir real.

La calidez en mi pecho se acumula más y más, siento que va a abrasarme en cualquier momento, pero no podría importarme menos. Parece que esta se traslada hacia mi vientre porque mi estómago se encoge con violencia por el calor, aunque, más que calor, podría decir que son las ridículas mariposas queriendo salir de mi interior porque todo allí dentro está ardiendo. Una ola de adrenalina corre por mis venas y la incipiente sensación de necesidad me hace acercarme a él aún más, como si no estuviéramos ya bastante cerca.

Edward suelta mis muñecas y mis manos descienden de sus mejillas hasta caer a su cuello, doy suaves caricias en esa zona y, acto seguido, llevo mis manos detrás de su cabeza, enredando mis manos en su pelo y tirando de su cabello con suavidad. Él suelta un pequeño jadeo haciendo que la mente se me nuble y que algo estalle en mi interior. El calor acaba de arrasar con todo. Las mariposas deben estar en llamas.

Yo no siento mariposas normales en el estómago, siento mariposas quemándose en mi interior y haciendo un ridículo intento por escapar del fuego.

Sus labios acarician los míos con ternura, pero luego, como si necesitara más, toma mi barbilla, profundizando el beso. Lo que inicia como algo dulce comienza a ser más desesperado, urgente. Me siento asfixiado por todas las emociones y por el toque de Edward, es como si estuviese acorralado en una esquina, sin oportunidad de escapar, sin embargo, tampoco es como si quisiera hacerlo. No hago más que

seguirle el ritmo, aunque en realidad él es el que tiene el control.

Mi descontrolado corazón comienza a latir con muchísima más fuerza y todos mis sentidos se van a la mierda cuando lo escucho llamar por mi nombre.

—Andy… *mon soleil* —murmura contra mi boca y me aferro aún más a él.

De repente, siento que mi espalda toca algo suave, no soy consciente de lo que es hasta que Edward se acomoda y escucho un pequeño crujido: el colchón. Mi cabeza comienza a lanzarme mensajes de advertencia para que detenga todo, pero mi cuerpo solo las ignora y, no voy a mentir, yo también. Estoy disfrutando tanto de la calidez de Edward que no quiero romper lo que estamos teniendo.

Él presiona su cuerpo contra el mío y lleva sus manos a mi cintura, sus dedos se hunden en esa zona por encima de mi ropa y el mundo me da vueltas. Un escalofrío seguido de una corriente eléctrica me recorre por completo y si no fuera porque estoy en la cama, mis piernas ya hubieran flaqueado. Hace apenas unos minutos mi interior estaba ardiendo, ahora está expandiéndose hacia el exterior. De forma involuntaria, tiro sus cabellos con un poco más de fuerza para atraerlo hacia mí. Lo que consigo de él no es más que otro jadeo.

El sonido de nuestro beso hace eco por toda la habitación y mi corazón da un vuelco cuando siento que Edward sonríe en medio del beso.

Imito su acción haciendo que el beso se rompa y abro los ojos con lentitud sin quitar la sonrisa de mi cara. Al abrirlos, él es lo único que aparece en mi campo de visión. Está sobre mí, se ha apartado un poco, pero aún sigue tan cerca que puedo sentir su respiración desacompasada chocando contra mi mejilla, y supongo que es lo mismo para él porque mi respiración está igual. Muevo mis manos de su cabello hacia su cuello, aferrándome ahí. Nuestros pechos suben y bajan a toda velocidad, cualquiera pensaría que acabamos de correr un maratón.

Solo nos vemos en silencio porque ambos estamos tratando de tranquilizar nuestras respiraciones agitadas, y, en mi caso, estoy tratando que mi corazón no se salga de mi pecho. Cuando consigo relajarme, me tomo unos segundos para apreciarlo. Él está ruborizado y por la calidez que siento en mis mejillas puedo decir que yo también lo estoy. Su cabello es un desastre que lo hace ver más guapo y me siento un poco avergonzado porque he sido yo el que lo dejó así. Sus ojos verdes, casi negros por sus pupilas dilatadas, tienen un pequeño brillo en particular que me llena el pecho de una enorme satisfacción y felicidad al pensar que está así por mí. Mantiene su sonrisa de oreja a oreja y bajo mi mirada hacia sus labios por inercia. Estos están rojos e hinchados y contengo las ganas que tengo de volver a besarlo. Paso

saliva por mi garganta.

Ninguno de los dos hace ningún movimiento ni dice nada, solo nos mantenemos en la misma posición, callados, y en medio del silencio es donde el peso de la realidad cae sobre mí. Duro e impactante.

Acabo de besar a Edward.

Besar. A. Edward.

A EDWARD.

¡¡Sí, a Edward!!

A mi novio falso. Al tonto que no hace más que jugar con mi estabilidad emocional. Al baboso que me hace tener mini infartos cada vez que habla o hace un gesto amable.

Necesito que alguien me pellizque porque no puedo creer que he sido yo el que tuvo la iniciativa, sé que había dicho que sería yo el que lo iba a besar, pero una cosa es pensarlo y otra cosa es hacerlo, y me conozco a la perfección para saber que soy de los tipos que solo hablan y no lo hacen. Decir que estoy sorprendido de mí mismo es poco, no esperaba tener tanta valentía para ser el que rompiera la barrera entre ambos. No pensaba cuando lo hice, y no sé si eso es bueno o malo, pero lo hecho, hecho está. Y no podía dar vuelta atrás.

Aclaro mi garganta.

—Estuvo... Uhm... Ya sabes.

Decido romper el silencio, pero estoy tan avergonzado que nada más sale de mi boca. Y no solo es la vergüenza. Estoy demasiado descolocado como para poder decir algo decente. Aunque haya intentado decirle que lo que hicimos me gustó demasiado, solo me limito a balbucear. Creo que mi rostro habla por mí y que no es necesario decirle lo obvio. La sonrisa de Edward se ensancha.

—Ujum. —Asiente, igual de nervioso que yo.

—Ujum.

No volvemos a decir nada. Solo nos vemos fijamente.

Y entonces, Edward vuelve a romper el pequeño espacio que hay entre los dos y me besa de nuevo.

—Vamos a partir el pastel que trajo Edward, ¿quieren veni...? —escucho la voz de Kim seguida del ruido de la puerta y abro los ojos con rapidez mientras aparto a Edward de un manotazo—… ¡Madre de Dios! —suelta un grito ahogado, y al ver hacia la puerta observo que cubre sus ojos con sus manos—. Lo siento, lo siento, lo siento, no era mi intención, sigan en lo suyo, ya me voy, yo no vi nada, se los juro, continúen en lo suyo.

Cierra la puerta con fuerza. Escucho el sonido de sus tacones por el pasillo y parpadeo un par de veces para asimilar lo que acaba de pasar. Volteo a ver a Edward y él a mí. Ambos nos miramos igual de desconcertados y nos echamos a reír con fuerza de tal forma que nuestras risas son lo único que se escucha en la habitación. No sé qué

es más divertido, si las palabras de mi madrastra o si el hecho de que nos encontró en una situación muy incómoda. Primero Alek, ahora ella, a este paso no van a llegar vivos a su jubilación.

Nos damos una mirada de complicidad mientras intentamos parar nuestras risas. Tengo que poner mis manos sobre mi estómago para poder calmarme, sin embargo, no lo consigo. Ni siquiera sé por qué estoy riéndome tanto, lo único que sé es que no cambiaría este momento por nada del mundo: dos tontos chicos que acaban de besarse y ser descubiertos explotan a grandes carcajadas como si les hubieran contado el mejor de los chistes. Sí, me gusta esto.

Nuestras risas cesan poco a poco hasta que el cuarto se queda en completo silencio. Él me mira por encima de su hombro y lo veo abrir la boca, pero vuelve a cerrarla al instante. Parece que quiere decirme algo, sin embargo, no lo hace. La curiosidad me pica la nuca y quiero animarlo a hablar, pero mi parte cuerda, la que me advierte de malas decisiones, me dice que es mejor no hacerlo. Hago caso al Andy que piensa, sobre todo porque si fuera algo importante él lo diría sin vacilar.

Me regala una sonrisa tímida a la que quisiera tomarle una foto para poder mirarla en cualquier momento.

—Tengo que irme, ya es tarde —avisa tras carraspear. Asiento, regresándole la sonrisa.

—Gracias por venir hoy.

No le insisto para que se quede por dos sencillas razones: la primera, porque si se queda tengo que afrontar lo que acaba de suceder, y no estoy listo para eso; y la segunda, porque él está como yo, su expresión nerviosa lo delata. Él tampoco sabía cómo reaccionar después de lo que hicimos, y no puedo culparlo si estoy igual. Todo sigue tan irreal que de verdad estoy considerando que esto es un sueño o algo parecido.

Edward solo asiente y se levanta de la cama para caminar fuera de mi habitación. Cuando abre la puerta, gira hacia mí y me da una última sonrisa antes de irse. Yo, por otra parte, hago el intento de parecer que soy alguien maduro, devolviéndole el gesto, aunque por dentro estoy gritando.

Él por fin cierra la puerta y tomo aire repetidas veces porque siento que mi alma va a dejar mi cuerpo en cualquier instante. Agarro una de las almohadas que hay en la cama y me echo a gritar sobre ella, reteniendo mi grito para que nadie más pueda oírme.

Sin retirar la almohada de mi cara, ruedo sobre la cama quedando bocabajo y vuelvo a gritar un par de veces más. Dios, no puedo creer que esto pasó, sé que el Andy del futuro se arrepentirá de lo que pasó, pero será un problema para él, no para mí. Alzo mi cabeza y volteo hacia todos lados para asegurarme de que nadie está viendo lo

ridículo que estoy siendo.

Llevo mis dedos hacia mis labios y, como si aún pudiera sentir a Edward, vuelvo a poner mi rostro en la almohada para gritar.

He cruzado la línea. He besado a Edward.

Y me gustó.

Demasiado.

Y eso es un problema.

Sé que somos amigos, por lo que me preocupa lo que pasará a partir de hoy. Jean dijo que los besos no cambian las relaciones, porque este tipo de situaciones son normales, sin embargo, no puedo evitar sentirme angustiado al respecto. Estoy consciente de que esto no cambia en absoluto nuestra relación, somos amigos, de los que se besan, pero ¿es lo mismo para Edward?

Sí, lo es, espero.

La emoción se transforma en preocupación, así que busco mi celular con rapidez para hablar con la única persona que podría ayudarme: Jean. Al encontrarlo, abro WhatsApp y, por lo nervioso que estoy, toco el chat de Jean, o el que creo que es su chat.

El mejor jaegerista
CRISIS
Besé a Edward
En la boca
Y creo que me gustó
O sea, gustógustÓ MÁS DE LO QUE CREÍ QUE IBA A GUSTARME

El mensaje es marcado por dos palomitas azules en el mismo segundo en el que lo envié. Frunzo el ceño, no es de los que responde así de rápido. Cuando veo que el último mensaje que envió es un «ya estoy en tu casa» me alarmo. Alzo la mirada poco a poco hasta llegar a la parte donde está su foto de perfil y, al ver el nombre de la persona a la que le he mandado mensaje, quiero matarme.

Edward *
A mí también me gustó :)

Y aunque debería estar escribiéndole un mensaje lleno de vergüenza por mi estupidez, solo bloqueo la pantalla, tiro mi celular en alguna parte de mi recamara y vuelvo a gritar sobre la almohada.

(…)

Dejo mi mochila dentro de mi casillero y suelto un gran bostezo mientras comienzo a sacar las cosas que me servirían en las primeras tres horas. Agh, odio los lunes, odio las clases y odio venir tan temprano a comparación de otros días. En general, odio existir en este instante.

Tengo tanto sueño que podría quedarme dormido de pie y con los ojos abiertos. Ayer me quedé a dormir con papá porque él me lo pidió. Es extraño que él me pida ese tipo de cosas, por lo que terminé aceptando pese a que quería regresar con mamá. Le escribí y ella accedió con algunos emojis tristes.

Seguido de eso escribí un «¿quién lavará los trastes? Necesito a mi sirviente de vuelta», a lo que yo respondí: «Lo siento, ahora soy el sirviente de Kim, pero me gusta limpiar más tu casa». Me bloqueó.

De solo recordarlo quiero rodar los ojos de nuevo. Esa era su extraña forma de decirme que me extrañaba, y mi mensaje era mi rara manera de decirle que yo también lo hacía.

Tenía muchas cosas que contarle. Voy a brincarme la parte en donde los labios de Edward estaban sobre los míos, no quiero escucharla burlarse de mí o diciéndome «te lo dije» o algo así, además, si lo hacía me costaría un montón poder convencerla de que mi relación con Edward es falsa y que solo fue un beso de amigos. Para burlas y dudas sobre mi falso noviazgo ya tengo a Jean. Él me marcó después de que le reenviara los mensajes que le mandé por accidente a Edward y estuve una hora diciéndole que solo fue un beso, nada más, y que lo que sea que haya sentido cuando lo besé solo es algo pasajero.

Se rio de mí, pero no dijo más.

Y hablando de Edward, bueno, no supe qué responder a su mensaje. Solo le envié un sticker y le dije que mañana —o sea hoy— no tendría que recogerme en casa porque mi papá me llevaría para cambiarme de ropa y luego me dejaría en la escuela. Él insistió en que podía llevarme, pero no lo dejé con la excusa de que Alek se negó. Algo que podía ser cierto si le preguntaba, y algo que me convenía porque no estaba preparado para ver a Edward a la cara.

Tenía razón cuando dije que cuando descubres ciertas emociones que no sabías que podías sentir pasas por las tres fases de las «ar»: negar, aceptar y evitar. Solo que se me olvidó agregar una cuarta fase: olvidar.

No quiero olvidar lo que pasó ayer entre Edward y yo, y tampoco es como que si pueda hacerlo. Soy tonto, pero no tanto como para negar que no lo disfruté cuando sé a la perfección que sí lo hice, me gustó, nunca antes había besado a alguien de esa manera, ni mucho menos había sentido lo que Edward me hizo sentir, sin embargo, quisiera hacer como si ese momento nunca existió, en especial porque no sé cómo eso puede afectar nuestra relación.

Tengo miedo.

Estoy convencido de que Edward me gusta, como novio falso y como amigo, nada más, pero lo que pasó en la tarde no es algo que los amigos ni los novios falsos hagan. Intento decirme que sí es así, tal

como lo dijo Jean, hay amigos que se besan y que hasta hacen otro tipo de cosas y no hay problema; no obstante, el no saber lo que Edward siente me preocupa un poco. Sé casi con certeza que Edward no siente nada por mí, tal vez agradecimiento, pero no me ve de otra manera, así como yo tampoco lo veo de otra. Sin embargo, tenía que dejar las cosas claras, para evitar futuros problemas.

—Llegaste temprano.

Hablando del rey de Roma.

Edward me habla animado y escucho cómo se apoya en la puerta del casillero de al lado. No volteo a verlo, solo sigo sacando lo que me hace falta e intento respirar con tranquilidad para que no note que, con solo oír su voz, estoy alterado.

«Sí, llegué temprano porque no quería verte, aunque ahora no es tan temprano, la campana no tarda en sonar, solo que estuve escondido en la cafetería hasta que vi el reloj y vi que faltaban cinco minutos para el toque, no creí encontrarte aquí, señor puntual. Me equivoqué».

No iba a decir eso, ni tampoco iba a decirle que hice todo lo posible para que Alek se apresurara para que pudiéramos salir temprano de su casa y así no toparnos con él, ni mucho menos que no pude casi dormir la noche pasada y que solo lo hice un par de horas porque mi cerebro no dejaba de repetir la escena del beso como si yo fuese un simple espectador viendo todo desde la puerta de la habitación mientras el Andy sin miedo lo besaba como si de eso dependiera su vida.

No, no pensaba decirle eso.

—Alek y su gran responsabilidad.

Intento excusarme sin que la voz me tiemble. No sé si es porque he mentido mucho en estos días que mis mentiras comienzan a sonar más cuerdas o si he comenzado a tener más experiencia y ahora todo lo que digo suena creíble, pero he mejorado de forma considerable.

Edward sigue manteniendo su brazo recargado en la taquilla, viéndome con atención, lo sé porque siento su mirada sobre mí. Saco mis lapiceros tratando de que no vea lo ansioso que me pone su cercanía y esperando que no sea capaz de escuchar los latidos de mi corazón.

No puedo ver a Edward a la cara, no solo porque no sé cómo afrontarlo después de lo sucedido, sino también porque al hacerlo recuerdo el beso y me avergüenzo. Sé que fui yo el que dio el paso y por ende debería ser el que se sienta más relajado, pero no puedo estarlo, el color carmesí que debía haber en mis mejillas es una prueba de ello. No puedo estar tranquilo, no cuando dentro de mí hay una parte que quiere hacerlo de nuevo.

Dios, qué vergüenza me da admitirlo. No sé qué es lo que tiene

Edward, si es su forma de besar o la manera tan especial en la que te hace sentir con un simple toque, pero las ganas que tenía de besarlo no se apagaron como creí que lo harían después de besarlo, solo aumentaron.

A este punto no sé si lo que me preocupa es lo que Edward siente o lo que yo puedo llegar a sentir. Sea cual sea la respuesta, no podía permitir que eso siga fluyendo.

Jean también me dijo que una relación de ese estilo con tu amigo es algo normal, pero en el momento en el que los sentimientos están involucrados, todo se va a la mierda. Es por eso que debo asegurarme de que lo que hay entre Edward y yo no sea más que una simple amistad, sin nada en el medio. No quiero que todo se joda entre ambos.

—Lo que pasó ayer... —comienzo buscando las mejores palabras para preguntarle. Lo veo de reojo y él arquea una de sus cejas. Trago saliva, no soy capaz de preguntarle. Resignado, cambio mis planes—. Estuvo bien.

—¿Solo bien? —inquiere, relajando su expresión y en un tono juguetón—. Acabas de herir mi orgullo —bromea, llevando su mano hacia su pecho, herido. No me río porque recuerdo el beso y por experiencia propia sé que «bien» no se acerca a la verdad. Mis mejillas se calientan más—. Las cosas están bien entre ambos, ¿cierto?

Cuestiona con cierto desasosiego, como si también quisiera asegurarse de que no hay cambios en lo que tenemos.

Él ha dado en el blanco.

Sí, las cosas están bien.

A la perfección.

Solo nos besamos en la boca cuando le había dicho desde un inicio que no haríamos cosas de novios fuera de la escuela y que el único contacto físico que podríamos tener era un agarrón de manos.

«Todo perfecto Catalino, solo quiero mandar a la mierda todas mis preocupaciones y todas las advertencias que mi cabeza me está mandando, tomarte del cuello y besarte. Pero oye, seguimos siendo amigos. Qué alegría y tranquilidad me da saber que las cosas no han cambiado en lo más mínimo. Ahora bésame, gracias».

Su pregunta era lo que necesitaba para saber que nuestra relación está igual a como estaba antes del beso. Menos mal, de lo contrario no sabría qué hacer. Me siento más relajado.

Al fin giro para verlo a la cara.

—Sí —le confirmo con una sonrisa—. Nuestra relación sigue siendo la misma, sin cambios.

—Sin cambios.

Repite él, alegre, y asiento de forma efusiva con la cabeza. Supongo que también estaba nervioso respecto a lo que pasaría

después de dar el siguiente paso, y con la aclaración ha quedado satisfecho al comprobar que ambos seguimos siendo amigos y que podríamos continuar con nuestro falso noviazgo sin problema alguno. Mi corazón está satisfecho de igual forma, las cosas están en su sitio, lo que significa que, si ya hemos cruzado el límite y todo sigue igual, podemos seguir rompiendo el límite aún más, ¿no?

Porque no hay sentimientos de por medio y porque ninguno de los dos saldrá herido.

La campana suena anunciando el inicio de clases y me apresuro a sacar las últimas cosas que necesitaba. El pasillo no tarda en llenarse de estudiantes que hacen todo lo posible por llegar a sus respectivos salones, y Edward y yo tenemos que acercarnos más porque estábamos siendo aplastados por la avalancha de personas. No sé si es el inesperado pensamiento de seguir rompiendo el límite o si es el hecho de que tenga a Edward tan cerca de mí, pero una inexplicable ola de valentía me motiva a continuar cagándola.

—El beso estuvo más que bien —menciono de manera repentina, dándole la razón a su primera pregunta. Él me ve desconcertado. Aprovecho el alboroto que las clases han provocado para tomar mis cosas con firmeza, cerrar mi casillero y soltarle—: Pero eres un engreído al que se le subirá a la cabeza, así que diré que estuvo espantoso, si yo no hubiera estado nervioso, lo hubiera hecho mejor.

Juego con fuego y giro sobre mis talones, camino con prisa hacia nuestro salón y me pierdo entre las personas del pasillo para que él no tenga oportunidad alguna de reaccionar a lo que acabo de decirle. Un plan casi perfecto: yo diciéndole una estupidez para remarcar el hecho de que podemos salir de nuestros propios límites, yo corriendo y llegando al salón sano y a salvo porque él va a estar muy sorprendido como para hacer algún movimiento, y yo feliz de la vida porque conseguí lo que quería, molestarlo. No sé por qué creí que él no iba a poder reaccionar a tiempo. Él no es yo. Él es inteligente.

Edward logra alcanzarme apenas doy unos cuantos pasos, agarra mi muñeca con cuidado y tira de mí haciendo que choque contra su pecho. Cierro los ojos por un instante por el impacto inesperado. Por poco y tiro mis cosas.

Levanta mi barbilla con su pulgar, obligándome a verlo y, sin poner la mínima resistencia, lo hago, obediente. Abro los ojos y una estúpida sonrisa coqueta me da la bienvenida.

Estúpido Eduardo Catalino y su estúpida manera de voltear el juego a su favor.

—Puedes enseñarme entonces.

Me reta sin vergüenza alguna y, de nuevo, el Andy gallina que siempre aparece después del Andy valiente me domina. Aunque no creo ser una gallina, no tengo huevos ahora, más bien soy una

cucaracha que estaba jodiendo y que se ha escondido detrás de un zapato cuando alguien encendió las luces. Solo que, para mi desgracia, no podía ocultarme.

Pude haberlo hecho si alguien me hubiera dado oportunidad de correr, aunque sea por lástima. Sí, le estoy hablando a Catalino. Está viendo que soy estúpido y no me da chance de desmayarme por lo menos.

Su toque en mi barbilla parece arder, es la misma sensación que tuve en el pecho cuando nos besamos. Respiro hondo. Tengo que recordarme que estoy en la escuela para no caer. Las personas a nuestro alrededor pasan golpeándonos, es una atmosfera poco romántica y muy pública como para hacer algo, pero no le doy mucha importancia cuando Edward se agacha, acercando su rostro al mío. Cierro los ojos de nuevo, esperando a que me bese. Mis manos comienzan a temblar y siento que el suelo debajo de mí comienza a moverse. Estoy lo que le sigue de nervioso.

Contengo la respiración durante un instante, sintiendo los labios de Edward rozar con los míos. Algo vibró en mi interior y la sensación de necesidad comenzó a brotar en mi pecho, sí, necesito sentirlo de nuevo. Quemarme por dentro mientras él hace un desastre conmigo por fuera, sin embargo, el tan esperado beso no sucede, al contrario, él se aleja y siento que deja un húmedo beso en mi frente. Acto seguido, me suelta y se aparta por completo con una pequeña risa.

¿Qué? ¿Eso fue todo? ¿Y el beso? ¿Dónde está el beso? ¡Catalinooooo!

Pésimo servicio. Cero de cinco estrellas.

Arrugo la nariz con desaprobación y abro los ojos, inconforme. Edward eleva su barbilla, sonriéndome engreído. Estoy a nada de tomar mis lapiceros para clavárselos en el pecho, a ver si así puede sentir un poco de lo que estoy sintiendo ahora. Inflo las mejillas y rechino los dientes entre la indignación.

—No haré nada que no quieras, *mon soleil* —explica, riéndose otra vez por mi forma de actuar.

—¿Quién dijo que no quiero? —respondo casi al instante, dejando mi urgencia al aire libre. Bufo al notar lo desesperado que he sonado —. Si vas a jugar con eso, entonces toma responsabilidad y hazte carg...

Me da un suave y corto beso en los labios, tan corto que ni siquiera me da oportunidad de reaccionar. Apenas soy capaz de procesar lo que acaba de hacer. Mi cerebro se bloquea y mi corazón parece haber dejado de funcionar. Pestañeo y frunzo mis labios al escuchar que su risa aumenta. Se está burlando de mí el muy hijo de su...

—Alto velocista, así no, no estaba preparado —me quejo—. No me había mentalizado. Deja que me prepare de nuevo, pero esta vez,

lento, ¿de acuerdo?

Tomo una bocanada de aire, animándome para el siguiente paso, pero él niega.

—Vamos tarde a clases —recuerda tratando de lucir serio, sin embargo, su pequeña sonrisa lo delata por completo.

Abro mi boca, indignado. ¿Me acaba de rechazar míster responsable? ¿A mí? ¿Al novio falso que no ha hecho más que ayudarlo desde el día uno? ¿Al chico divertido y gentil que hace su vida más desastrosa? ¿Es en serio?

Cría cuervos y te sacarán los ojos.

Edward parece notar que estoy a punto de armar el *drama* del siglo porque toma una de mis manos y entrelaza mis dedos con los suyos, arrastrándome por el pasillo para llegar al salón. Él ignora mis comentarios sarcásticos y mis amenazas de romper la relación. Sabe que estoy jugando, así que no hace más que reír. Yo también lo hago, el papel de novio dramático me queda como anillo al dedo, pero al mismo tiempo es un poco desesperante. No quiero ser alguien así, primero me tiro de un edificio, aunque es divertido.

Bajo mi mirada hacia nuestras manos y sonrío. Esto me trae recuerdos de la primera vez que nos tomamos de la mano para demostrarle a los demás que estábamos saliendo. Las cosas son diferentes ahora, no estoy nervioso, ni mucho menos siento miedo. Me siento bien y seguro. Y espero que Edward se sienta de la misma manera que yo. No quiero que él vuelva a sentirse intimidado por los demás, ni mucho menos que se sienta solo, porque ya no lo está, me tiene a mí y tiene al grupo de tarados que tengo de amigos.

Me hace feliz estar así con él, sin cambios. Estaba preocupado por que él me dijera que siente algo, porque de ser así tendría que rechazarlo y nuestra relación podría haberse visto afectada, pero me alegra sobremanera que él piense igual que yo y que mi absurdo pensamiento de que pudo haber malinterpretado las cosas solo fuera eso, un absurdo pensamiento. No sé qué se supone que somos ahora, ¿amigos que se besan? ¿Amigos con derechos? ¿Novios falsos que hacen cosas de novios reales? No lo sé, pero no creo que etiquetar lo que tenemos importe, sabemos a la perfección que no hay más que una amistad.

Una vez que llegamos al salón, entramos con la gran sorpresa de que el maestro aún no ha llegado, por lo que pudo haberme besado. Mi indignación crece como el fuego luego de haberle echado leña. Edward me suelta para que pueda ir a mi lugar, no sin antes darme un leve apretón. No volteo a verlo porque quiero ignorarlo, manteniendo el juego de que estoy indignado, aunque es más que obvio que no es así y que terminaré mandándole un mensaje en WhatsApp diciéndole que lo odio o algo por el estilo, no puedo aplicarle la ley del hielo.

Voy directo hacia mi lugar, dejo mis cosas sobre mi pupitre. A mi costado, Jean carraspea llamando mi atención, giro para verlo. Él está levantando sus cejas de arriba abajo mientras que tira un par de besos y apunta a Edward. Ruedo los ojos. Sabía que pedirle ayuda a él era entregarme a los lobos, no va a dejar de fastidiarme con lo del beso ni cuando me muera.

En eso, la risa de Edward llega a mis oídos. Junto las cejas, ¿estaba viéndonos o por qué se está riendo? Curioso, volteo a verlo esperando encontrarlo mirando la escena que Jean estaba haciendo, pero no es así. Dos chicas y un chico de mi salón están hablando con Edward, como si fueran amigos de toda la vida. Alzo una de mis cejas. ¿Le están hablando? ¿Por qué? ¿Sucedió algo malo? ¿Van a molestarlo como lo hizo Diego? Espero que no haya pasado nada que pueda lastimarlo. Por cualquier cosa, estoy alerta para levantarme y confrontar a esos chicos.

—Celos de tus ojos cuando miras a otra chica, tengo celos.

Escucho que Jean canta y no comprendo por qué lo está haciendo hasta que veo que me está mirando con burla. ¿Qué? ¿Celos? No, para nada, no me siento celoso, estoy preocupado. La última vez que alguien se dirigió a Edward fue para escupirle en el rostro y él terminó suspendido por eso. No quiero que vuelva a suceder.

Él puede hablar con todas las personas que quiera, no somos novios de verdad, e incluso si lo fuéramos, también, no tiene nada de malo.

—No tengo celos —me defiendo mientras él sigue tarareando la ridícula canción—, solo es extraño que le hablen a Edward. Espero que esté bien.

—No creí que fueras del tipo de los novios protectores —Jean menciona con asombro y a mis adentros digo «yo tampoco»—. Verás que no es nada, solo son nuevos amigos. Si pasa algo, se la verán conmigo. —Infla su pecho con orgullo mientras se señala a sí mismo con su pulgar. Me rio, no luce nada intimidante, aunque sé que, siendo serio y no idiota, sí da miedo.

Nuevos amigos. ¿Por qué ahora? ¿La relación que tenemos de verdad está ayudando a que las personas se den cuenta de que fueron unos imbéciles con Edward? ¿Pasó algo que hizo que le hablaran? Algo no cuadra.

—¿No viste las *stories* de Instagram de xanonima65? —Karla gira en su lugar para mirarnos. Me sobresalto cuando la escucho, al parecer ella escuchaba nuestra conversación, es toda una chismosa, como yo. Ignoro su repentina entrada y pongo toda mi atención a sus palabras. Karla tiene su celular y me muestra la cuenta de la que habló —. Está defendiendo a Edward. Es normal que las personas le hablen, se están dando cuenta de que es un buen chico.

Le arrebato el celular a Karla y veo las *stories* de esa tal cuenta. Soy de los que nunca se entera de chismes a menos que estén por toda la escuela. No sabía de la existencia de la cuenta hasta ahora. El tal usuario «xanonima65» tiene más de seis mil seguidores y al parecer es una cuenta creada para chismes del instituto, porque los de la escuela lo siguen, incluso Karla. Entro a sus *stories* y me sorprendo al ver que habla sobre lo mal que han juzgado a Edward seguido de un par de fotos de él con lo que supongo era su vida antes del acoso masivo que recibió. Creo que las ha subido para tener pruebas de su intento de ayudar a Edward.

No sé de dónde han sacado las fotos, pero él ni siquiera tenía el cabello teñido, su cabello era rubio, al natural. En una de ellas está junto a otro montón de personas que no reconozco, están en una cafetería. Luego, hay otra de él en un estacionamiento, sonriendo, mostrando los dientes a la cámara, parece que alguien se la ha tomado. La piel se me eriza. Es un Edward que no conocía, uno que se veía feliz antes de que la tormenta de problemas lo atravesara.

Leo cada una de las *stories*, no hay nada que pruebe que Edward no hizo el acto de violencia del que lo acusaron, pero la cuenta habla de lo mal que está acabar con la vida de un chico mediante el acoso, su discurso parece casi un regaño. Eso fue suficiente para que algunas personas comenzaran a hablarle, al parecer. Al pasar una de las *stories*, veo algo que me deja aturdido un momento.

Hay una foto de él y Diego y otro par de personas al que no hago mucho caso. Mis ojos no se apartan de la expresión que ambos tienen. Se ven muy cercanos, como si fueran amigos. ¿Ellos ya se conocían? ¿Por qué Diego lo trató mal entonces? ¿Qué demonios? De pronto, las palabras de Diego resuenan en mi cabeza como si esa foto hubiera desbloqueado uno de mis recuerdos: «espero que cuando te des cuenta de la clase de persona que es, no te arrepientas de apoyarlo».

Trago duro y caigo en cuenta de la situación. No conozco nada de Edward, solo lo que él me ha permitido conocer. Ni siquiera puedo recordarlo antes de los rumores. Se supone que fue el año pasado, pero los únicos recuerdos que tengo de él son los que formé cuando me pidió ser su novio y unos borrosos de cuando el acoso comenzó. Solo sé que está en mi clase y que un día golpeó a un chico por su sexualidad y que nadie le dirigió la palabra de nuevo más que para joderle la vida. No sé más de él. Ni qué hacía antes. Ni lo que provocó los rumores. Ni lo que hará después de que lo nuestro termine. Me siento frustrado por eso.

Siento la respiración de alguien sobre mi nuca y volteo para ver qué demonios ha sido. Tanto Jean como Oliver (que al parecer se acaba de unir al chisme) están detrás de mí, viendo las *stories* también. Nuestro grupo debería llamarse los chismosos.

—¿No es la misma página que había filtrado que Edward golpeó al chico? —Oliver pregunta, confundido.

¿Qué?

—No lo filtró, solo esparció el rumor —Karla aclara alzando su dedo índice. Aun si no filtró el rumor, colaboró para que más personas supieran de él.

El enojo comienza a correrme por las venas y aprieto mis puños. ¿Por qué no puede dejar a Edward en paz? ¿Por qué está tratando de ayudarlo ahora si ya le arruinó la vida? No importa si ahora está ayudando a que las personas dejen de juzgarlo, eso no borrará que expandió los rumores haciendo que la vida de Edward fuera un infierno. Nada va a borrar el horrible año que vivió.

—No entiendo por qué está defendiéndolo ahora —les digo rechinando mis dientes.

—Culpa, le dicen —sugiere Oliver.

—Hipocresía, le digo —Jean lo corrige.

Concuerdo con Jean a la perfección. La persona (o personas) que está detrás de esa cuenta es una doble cara intentando defender al mismo chico que él o ella condenó desde un inicio. Sí, me gusta que colabore para que ese acoso termine, pero no puedo evitar sentirme molesto. Tal vez es porque me reflejo en esa cuenta. No acosé a Edward, pero asentía cuando las personas hablaban mal de él, aun sin conocerlo. No hacía nada cuando alguien lo molestaba ni tampoco hice el intento por hablarle en el salón.

Llamo hipócrita a una cuenta cuando en realidad yo también soy uno.

El enojo disminuye y respiro. Le echo otra mirada a Edward para ver si todo está bien. Las personas que estaban hablándole ya han regresado a sus lugares. Él tiene la mirada puesta sobre su libreta y veo que está escribiendo algo, está alejado del mundo, no debe saber lo que está pasando ahora mismo con esa cuenta que ha tomado algunas de sus fotos personales sacadas de a saber dónde. Al menos se ve bien. Eso me tranquiliza.

—¿Se acuerdan de Edward antes de los rumores? —cuestiono al trio de chismosos, a lo que ellos me dan una mirada con curiosidad.

—Sí, siempre estuvo en nuestra clase —Oliver es el primero en responder—, demasiado genial para siquiera dirigirnos la palabra. —Suelta un suspiro exagerado y Jean le da un codazo con fuerza en su estómago, sacándole un poco de aire.

—No seas mentiroso, ni siquiera sabías de su existencia —lo regaña con un gruñido y voltea a verme—. Era un chico como cualquier otro, le hablé una vez por un trabajo en equipo. Era el mismo que ahora, amable. Se llevaba con los de otro curso, si mal no recuerdo.

Asiento y giro hacia Karla. Ella lleva su mano a su barbilla, pensativa.

—Recuerdo verlo en el salón y en los pasillos, porque bueno, está guapo —admite y, luego de decir eso, se avergüenza—. Perdóname, Andy, era imposible no verlo.

Le sonrío, claro que era imposible no verlo, él es lindo. Cualquier persona tendría la mirada sobre Edward porque es de esos chicos que ves como alguien imposible. Yo no entro en la categoría de las personas que lo veían, es obvio porque ni siquiera puedo recordarlo. Creo que fue justo en aquellos meses cuando comencé a sentir algo por Heather, pero no estoy seguro. Supongo que estaba tan inmerso en babear por ella que no veía a los demás.

El maestro entra al salón haciendo que toda la clase se calle. Mis amigos regresan a sus lugares y le devuelvo el celular a Karla de mala gana, quería seguir chismoseando la cuenta. El profesor nos saluda y no sé si ha dicho algo más después de eso porque ignoro todo lo que sale de su boca. No debería hacerlo, debería estar más atento con las clases, es el trato que tengo con mis padres, pero no saber nada de Edward me preocupa un poco. Saco mi celular con mucho cuidado para no ser descubierto y busco la cuenta en mi Instagram. Es privada, por lo que debo seguirla. Reprimo un gruñido. Ni loco voy a seguir la cuenta, no importa que necesite saber más, no lo haré. Después le pediré a Karla que me preste su celular.

O podría crearme una cuenta falsa.

¿Eso sería muy raro? Creo que sí. Suena como la típica persona tóxica que se crea cuentas para ver la vida pasada de su pareja. Y, en definitiva, no soy de ese tipo, es decir, sí soy chismoso, pero tampoco tanto.

Con miles de dudas oscilando en mi cabeza, las horas se me hacen largas y hago inútiles intentos para que mi cerebro deje de pensar en cosas que no le incumben. Me digo a mí mismo que no debería tomarle importancia a esa cuenta y que debería olvidar la curiosidad que siento por saber más del Edward del pasado y de su vida antes del acoso. Pero cuando consigo pensar en otra cosa, recuerdo la foto que vi de él con Diego y las preguntas me atormentan de nuevo. Incluso cuando hago una de las últimas actividades en mi tercera clase antes del receso mi cabeza sigue insistiendo en darle vueltas al asunto. Debería preguntarle a Edward sin rodeos, aunque no creo que quiera contarme. La otra vez que le pregunté sobre el golpe que tenía no quiso decirme nada.

Entiendo que hay cosas que pueden ser incómodas de hablar y que a veces es mejor no responder, pero también estaba comenzando a sentirme inquieto sobre la persona a la que estoy ayudando. Tengo derecho a saber la verdad, y aún más cuando parece que mi novio

falso se relacionaba con personas idiotas como Diego. Estoy comenzando a desconfiar de Edward, y esa sensación no me gustaba para nada. Me gustaba más lo que sentía cuando me besaba que la desconfianza que está comenzando a crecer en mí.

Mi celular vibra repetidas veces en mi pantalón haciendo que salga de mi tortura mental y encuentro varios mensajes de Edward. Levanto la mirada hacia su dirección y él está mirando su teléfono con las cejas fruncidas. Su expresión hace que abra los mensajes de inmediato.

Edward *

¿Estás bien? Te veo más distraído de lo usual.

¿Quieres ir a la enfermería?

Si quieres ir, ve. Puedo buscar una excusa para salir un momento y acompañarte.

Mi corazón late con fuerza y las preguntas en mi cabeza parecen esfumarse. No puedo desconfiar de Edward.

El mejor jaegerista

Ahora estoy mejor :D

Gracias por preguntar

Aunque hubiera estado mejor si me hubieras besado

Mis mensajes son vistos al instante, como siempre. Escucho que carraspea y sonrío. No conozco al Edward de antes, ni tampoco conoceré al Edward del futuro, pero conozco al del ahora, y me basta con eso.

18: El primero

—¿Puedes dejar de verme así? —le pido a Jean, quien lleva más de cinco minutos viéndome con los ojos achicados y una sonrisa ladina mientras toma su bebida con una pajilla. Una pajilla que voy a meterle por donde no da el sol si continúa mirándome de ese modo.

Él pestañea inocente, fingiendo que no sabe de lo que estoy hablando.

—¿Así cómo?

Isi cimi.

—No lo sé. —Me encojo de hombros porque en realidad no tengo ni la menor idea de cómo describir la forma en la que me ve. Bajo la mirada hacia mis manos y suspiro—. Como si hubiera hecho algo.

Arrugo la nariz. Sé a la perfección qué puede ser ese algo. Jean no es muy bueno disimulando, desde la primera hora de clases ya me veía como si tuviera algo atorado. Las ganas que tiene de hablarme sobre lo que le conté en la llamada se notan desde lejos.

En todo el día no ha hecho más que lanzarme miradas y sonrisas pícaras. Parece que quiere decirme muchas cosas, pero se contiene, o, mejor dicho, no ha tenido oportunidad para soltarlo porque en ningún momento del día hemos quedado solos los dos, ni siquiera entre los quince minutos de cada clase ni en el receso, y la razón es obvia. Cierto peliblanco no se aparta de mí, lo cual complica que Jean pueda decirme todo lo que seguro tiene por comentar.

Y ahora que por fin hemos quedado solos, está esperando que sea yo el que lo mencione, porque no va a lanzarme lo que sea que quiere decirme solo así, lo conozco, espera que yo le pregunte, su rostro está pidiendo a gritos que lo haga.

Volteo hacia la puerta de salón para ver si Edward ya ha llegado. Estamos en la última clase y hemos hecho equipo de tres. Edward está con Karla y Oliver porque los malditos me lo ganaron. Yo estoy con Jean y Mary, esta última ha salido al baño ya que estuvo aguantándose las ganas porque quería que termináramos la actividad a tiempo, es una espartana. La maestra nos dijo que podíamos quedarnos en el salón para hacer la tarea o podíamos salir a la cafetería u otro lugar para hacerla. Yo prefería hacerlo en otro lugar, pero tanto Jean como Mary decidieron quedarse. Lloré de forma interna mientras veía a mi novio y al otro par yéndose del salón.

Me tocaron de grupo las personas más estrictas al trabajar; por otro lado, a Edward le tocaron las más relajadas. Qué mala combinación,

Edward estaría mejor con los estrictos y yo con los relajados. Espero que esté bien con el par, no es que no confíe en Karla y Oliver, pero creo que sus personalidades contrastan demasiado con la de Edward. Ellos hablan hasta por el culo, Edward no; ellos trabajan hasta los últimos cinco minutos de entrega, mi novio es un cerebrito responsable que se pone a hacer la actividad cinco minutos antes de que la maestra la dé.

Solo espero que esté bien y que me lo regresen enterito.

—No es cierto. —Niega con la cabeza, llamando mi atención. Tras eso, ensancha su sonrisa—. Te veo como si hubieras besado a Edward en la boca de una forma intensa, tan intensa que te hizo dudar hasta de tu apellido cuando hace días decías que solo ibas a ayudarlo y que, solo eran «amigos». —Hace énfasis a la palabra amigos con sus dedos y vuelve a tomar un poco de la bebida verde que tiene en su vaso—. De esa forma te veo.

Blanqueo los ojos. Debí mantener la boca cerrada.

—No me hizo dudar de nada —contraataco para que se calle, pero solo le he dado más cuerda, porque lleva la mano a su pecho y alza tanto las cejas que un poco más y cobran vida propia.

Aclara su voz y solo me preparo para recoger mi dignidad, porque estoy cien por ciento seguro que me hará quedar como un idiota.

—¡Jean, ayúdame, sentí bichos en el estómago y no fue por calentura!, ¡no sé qué pasó, pero me gustó y quiero repetirlo otra vez, ayúdame! ¡¿Qué procede?! ¡¿Se me rompió el hipotálamo o alguna de esas mierdas científicas que tenemos en el cuerpo?! ¡Ayúdameee! —dice con una voz exageradamente aguda, tratando de imitar la mía.

La vergüenza no tarda en apoderarse de mí y ya es demasiado tarde para recoger mi dignidad, porque me ha dado justo donde más duele: el orgullo. Las palabras que ha dicho son casi las mismas que le dije en la llamada. Estaba alarmado y preocupado, entré en pánico en ese momento, era obvio que diría estupideces, más de las que suelo decir estando en mis cinco sentidos.

Quito la pajilla de su vaso y se la clavo en el hombro, pero, para mi mala fortuna, esta no le ha hecho efecto, solo se ha doblado, parece que le he clavado una indefensa pluma. Jean no se queja, solo se ríe de mí como si yo fuera el mayor chiste de todos. Inflo las mejillas al ver que su risa aumenta. Agh, Jean, te odio.

Aunque tiene razón, y entiendo por qué la situación le parece tan divertida. No solo por mi mala forma de reaccionar ante el beso con Edward, sino también porque estuve remarcando que él y yo solo éramos amigos y que no pasaría nada malo entre los dos para después mandar a la mierda eso y hacer lo que los amigos no hacen: besarse en la boca. Me esforcé mucho en decir que «las cosas de novios» serían solo en la escuela para al final botar ese esfuerzo a la basura y hacer

lo opuesto a lo que dije.

Pero lo que pasó el fin de semana es culpa de Jean. Él es el único culpable de todos mis problemas. Fue él el que me motivó a besar a Edward, si no fuera por Jean jamás lo hubiera hecho. Yo estaba convencido de que estaba confundiendo las cosas, pero él llegó y me dijo que era normal y, boom, me lanzo. Es su maldita culpa.

—Fue tu culpa, tú fuiste el que me motivó a hacerlo en primer lugar —me defiendo y cruzo mis brazos por encima de mi pecho. Jean toma la pajilla que le arrebaté minutos atrás y me la tira al rostro.

—De nada, malagradecido —responde, apuntándome con su dedo índice—. Incluso si no te hubiera dicho nada lo hubieras hecho, yo no tengo la culpa de que seas un caliente de mierda, culpa a tu culo por eso, no a mí.

No le hago caso por dos sencillas razones: porque estaba comenzando a irritarme y porque, en cierta parte, pero en una parte muy oculta, tiene razón. No la parte en la que dice que soy un caliente de mierda y que mi culo es el responsable del beso, Dios no, sino en la que dice que lo hubiera hecho de cualquier manera. Me conozco a la perfección y sé que, con o sin su ayuda, me hubiera lanzado. Jean solo es la excusa que uso para no admitir en voz alta que, desde el inicio de lo que sea que hay entre Edward y yo, he querido besarlo.

Jean cesa su risa de repente y pone una cara de preocupación que me inquieta demasiado. Su cambio de humor drástico me pone los pelos de punta.

—¿Hablaste con él? —inquiere y hundo una de mis cejas porque no sé de qué me está hablando—. ¿De lo que te dije?

—Me dijiste mucho en la llamada, sé más específico —le pido y él aprieta la mandíbula.

—¡La parte más importante! —exaspera, llamando la atención de las pocas personas que hay en el salón. Jean se percata de ello y baja la voz—, la que te dije con claridad que no debías olvidar, la que, si la pasabas de largo, todo se iría a la mierda. —Mantengo la misma expresión confusa en mi rostro y eso hace que lo saque de sus casillas —. La de no sentimientos de por medio. Esa parte, Andy, pon atención —me regaña y abro la boca soltando un «oh», no la había olvidado, pero no sabía que hablábamos de eso—. Con razón tienes unas calificaciones horribles.

—Horrible tu cara.

—Quisieras tenerla —me ve con desdén—. Lamento que los pobres mortales como tú no nacieran con esto. —Señala su rostro como si fuera mucho para este mundo y me molesto. No puedo negarlo y él lo sabe.

—Pero tengo esto —señalo mi cabeza haciendo referencia a mi cerebro, para no quedarme atrás, pero eso solo provoca que Jean se

eche a reír.

Su risa me ofende en todos los sentidos, no obstante, también suelto una gran carcajada pasados unos segundos, porque lo que he dicho ha sido ridículo.

—Tengo sentido del humor —digo a mi favor, para no quedar como un tonto.

—Me di cuenta —concuerda conmigo y trata de recuperar el aire —, pero no hablamos de tus «encantos», hablamos del problema en el que te metiste, ¿hay sentimientos de por medio?

Me ve de forma seria, sus cejas rubias se juntan y la expresión divertida que tenía ya no está más. Supongo que debe estar preocupado por lo que sea que hay entre Edward y yo. Se las da de ser el chico divertido, engreído y egocéntrico, pero en el fondo Jean suele preocuparse demasiado por los demás, lo oculta muy bien, si no fuéramos amigos de años creería que solo le importa él mismo. Además, sé que tiene algo de experiencia en las relaciones-no-tan-relaciones, y es por ello que quiere evitar que algo malo suceda con mi relación.

—No le gusto a Edward, eso es obvio—aclaro para que esté más tranquilo—. Y él no me gusta —intento convencerlo y también a mí—. Me atrae de forma física, pero como cualquier persona que ve a alguien atractivo, solo eso.

Él vuelve a entrecerrar los ojos, escudriñándome. Trato de mantenerle la mirada para que vea que lo que he dicho es en serio a pesar de que, en realidad, no tengo ni la más jodida idea de lo que Edward siente ni de lo que yo siento.

—¿Y qué siente él por ti? —insiste en eso.

—Me ve como un amigo —le aseguro pensando en todo lo que hemos pasado estas semanas.

No hay manera de que él me vea de otro modo, él solo debe sentirse a gusto de tener un amigo después de mucho tiempo estando solo. Sus acciones lo demuestran, me trata como a alguien al que le tiene aprecio y agradecimiento, no como un interés romántico, sí, es atento y me da cumplidos y siempre trata de asegurarse de que esté bien y me ayuda y... Vale, eso parece como si sintiera algo por mí.

Pero estamos hablando de Edward, él está simplemente a otro nivel. Es guapo, inteligente, amable, con metas en la vida y con un futuro brillante. La sola idea de pensar que alguien como él gustaría de alguien como yo me da risa. No soy suficiente, ni soy alguien que esté en su nivel, estoy veinte pisos debajo de él, en la parte donde no soy la gran cosa pero tampoco soy lo peor, en la parte de las sobras o lo que nadie quiere agarrar. Solo soy una persona que le está haciendo un favor, de lo contrario Edward jamás me hubiera hablado.

—¿Te lo dijo a la cara o te lo sacaste del culo? —pregunta sin

desistir, y mi silencio es más que suficiente para confirmarle que soy yo el que está sacando suposiciones. Su expresión dura se convierte en una irritada—. Andy, eres un idiota.

Rezonga, dejándose caer en el respaldo de su silla, echa la cabeza hacia atrás y lleva las manos a su rostro tallándose, frustrado.

—No necesito preguntarle para saberlo, no siente nada por mí —vuelvo a asegurarle a fin de que deje de alarmarse por algo así de pequeño, ni siquiera yo le estoy dando tantas vueltas al asunto. Muevo mi mano quitándole importancia, pero eso no es suficiente para convencerlo.

Endereza su postura e inhala hondo.

—¿Por qué crees que no siente nada por ti?

¿Y todavía pregunta? Puff.

—Solo basta con mirarlo y luego mirarme a mí, ¿por qué le gustaría a alguien como él? —menciono con obviedad, esperando que capte que la idea de un «Edward» gustando de un «Andy» es tonta.

—Por tu buen sentido del humor —responde y me río sin gracia.

—Créeme, se necesita más que sentido del humor para gustarle a alguien como él. —Volteo otra vez hacia la puerta por la que mi novio falso entrará en cualquier momento—. Pensar que Edward puede gustar de mí es ridículo, somos diferentes. Es como si dijeras que... que... una cucaracha y una mariposa salen juntos. —Me vuelvo hacia Jean, quien tiene una cara de completa confusión—. Para que quede más claro, yo soy la cucaracha.

—No voy a decirte que eres lindo para levantarte el ánimo —tan dulce él, como siempre—, pero tienes lo tuyo —me echa una mirada —. ¿Crees que tendría de amigo a alguien feo? No salgo con gente fea.

Intenta darme ánimos y sonrío por lo bajo.

—¿Acabas de decirme que soy lindo? —Choco mi hombro con el suyo, molestándolo.

—No hablemos de eso nunca más que vomitaré. —Finge arcadas y río—. Pero sí, lo eres, deja de menospreciarte de ese modo, eres divertido, bobo, tus notas un asco, pero eh, cuando usas el cerebro te sale muy bien, no es extraño que le gustes a Edward, le gustarías a cualquier persona, Andy.

—¿Tú incluido? —bromeo, pasando mi brazo alrededor de sus hombros solo porque me gusta verlo irritado. La mueca que forma en sus labios me hace esbozar una sonrisa de triunfo.

—¿Me ves cara de que me gusta la gente tonta? —Hace el intento por apartarse de mí, pero mi agarre es como el de una garrapata, casi imposible de sacar—. Aléjate, ugh.

Pisa mi pie y eso es más que suficiente para dejarlo en paz.

—No le gusto —confirmo todavía riendo—, ni siquiera sé si le gustan los chicos —agrego en mi defensa—. Y a mí tampoco me gusta.

Lo que he dicho no es mentira. Los chicos no me van, jamás he sentido algún flechazo con uno, sí, he visto a chicos que se me hacen atractivos, pero hasta ahí, no he llegado al punto de decir «guau, quiero salir con él», solo me ha pasado con chicas, hasta ahora. Pero no mentiré, Edward es el primer chico que me hace sentir cosas que no sé describir y me preocupa no poder entender. Él es el primero.

El primero que me hizo dudar de todo lo que solía creer.

Aunque quiero convencerme de que es solo pasajero, como lo que sientes cuando alguien importantísimo te pone un poco de atención. Sé que esa atención se irá una vez que las semanas terminen, por lo que también me mantengo apartado. Me gusta la relación que tenemos, pero no durará para siempre, así que solo quiero que las cosas sigan así hasta entonces.

—Hay que preguntarle —propone y niego al instante con la cabeza. Qué vergüenza, ¡¿cómo vamos a preguntarle algo así?! Jean ve el pánico en mi rostro y suspira—. Lo averiguaremos de algún modo, tú déjamelo a mí. —Alza su pulgar, como si tuviera todo bajo control. Sonrío—. Ya perdí la cuenta de cuántos favores me debes, pero no hay problema, acepto transferencias.

Mi sonrisa se esfuma poco a poco. Claro que tenía que cobrármelo, el desgraciado.

Estoy a punto de decirle que no tiene que hacerlo porque Edward y yo estamos en perfectas condiciones ahora mismo y que hemos dejado en claro que en nuestra relación no hay cambios, pero él ve hacia la entrada del salón y frunce el ceño. Mi curiosidad siempre es más grande que cualquier cosa, así que sigo con la mirada lo que sea que Jean esté viendo. Me sorprendo al encontrar a Heather asomando su cabeza por la puerta, como si quisiera entrar pero al mismo tiempo no.

—No comió con nosotros —Jean menciona preocupado—. ¿Sabes si algo le pasó?

—Creo que se reconcilió con sus amigos —contesto sin apartar mi mirada de ella.

«Siento que no quiere verme», digo en mis adentros, porque no podía contarle a nadie lo que vi en casa de Alek. No me he olvidado de lo que sucedió, solo que tenía otro problema mucho más grande con el que lidiar como para pensar en algo más. Edward se llevó el premio a ser «el problema» que no dejó lugar en mi cabeza para los demás, ni siquiera para Heather.

No obstante, sí noté algo extraño el día de hoy. Usualmente, cuando nos topamos en el pasillo o en los casilleros, nos saludamos con una sonrisa, bueno, en realidad es ella sonriéndome y yo quedando como idiota, nada nuevo; pero hoy ha sido distinto, o lo he sentido de ese modo. En los casilleros y pasillos se mantiene cabizbaja

y camina rápido, justo lo que yo hago cuando no quiero ver a alguien. Solo puedo pensar que tiene algo que ver con el fin de semana. Un pensamiento un poco ególatra porque puede que le pase algo más.

—No —pasa de mi respuesta—, no estaba en la mesa de sus «amigos» en el receso.

Uh, con más razón creeré que puede sentirse incómoda conmigo por lo que vi en casa, aunque no entiendo por qué me evita, si solo es amiga o conocida de Luna, eso no tiene nada que ver conmigo. Tal vez solo le sucedió algo más, pero eso no es mejor. La veo alejarse de la puerta y el Andy chismoso me da el impulso para averiguar lo que está pasando con ella. Me levanto de mi lugar dejando a Jean desconcertado por lo que estaba haciendo. No suelo hablar bien con Heather, siempre termino cagándola de forma monumental, la confesión en el casillero de Edward es un claro ejemplo, pero supongo que los consejos del cerebrito de mi novio y mi preocupación sobrepasan los nervios.

Camino directo a ella, rezando por dentro para que mis piernas no flaqueen en el transcurso. Por suerte, no estoy nada nervioso, o mi cuerpo está ocultándolo muy bien. Visualizo a Heather ya un poco lejos del salón, está a nada de doblar la esquina, así que acelero mis pasos.

—¡Heather! —la llamo y ella da un respingo al oírme. Gira la cabeza y su rostro se pone pálido cuando me ve. Baja de nuevo la mirada haciendo que enarque una de mis cejas—. ¿Está todo bien? —inquiero sin mencionarle lo que pasó el fin de semana—. No comiste con nosotros.

—Sí, gracias por preocuparte, Andy —intenta sonreír—. Lamento no haberles dicho que no estaría hoy —se calla y mantiene su mirada en el suelo—, y lamento no haberte saludado en casa de Luna... o en tu casa, no lo sé, no sabía que eras su hermano.

Me sorprende que ella haya dicho eso, creí que no lo mencionaría, pero al parecer me equivoqué, sí estaba mal por otra razón, Dios, ahora me siento como un engreído al pensar que estaba tratando de evitarme. Por fin alza la cabeza, mirándome a los ojos. Aprieto los labios, forzándome a mantener la compostura y a no cagarla como de costumbre.

—Hermanastro —corrijo con una mueca—. Y no hay problema. Yo tampoco hablo de ella, el odio es mutuo.

Asiente, soltando una pequeña risa, lo cual me saca una sonrisa. No puedo creer que esté teniendo una conversación con Heather sin sentir que el aire me falta, esto es un nuevo récord, y todo gracias a Edward. Sin él, sus consejos y las situaciones tensas en las que estuvimos, no lo habría hecho jamás. Cuando nos conocimos y mencionó que iba a ayudarme con ella creí que era una tontería, pero

viendo los resultados solo puedo decir: besos al chef.

—¿Podemos hablar? —suelta de forma atropellada y la veo en plan «¿no estamos hablando ya?», mi expresión debió ser obvia, porque añade—: Tengo algo que decirte, pero no ahora ni en este lugar, es algo muy privado. —Traga saliva e imito su acción, porque no me esperaba para nada lo que está diciendo. Me asusto—. Sé que creerás que estoy loca y dirás algo como «por qué la chica con la que casi no hablo quiere hablarme en privado o algo así»—se ríe nerviosa—, pero te juro que no es algo malo, solo...

Guarda silencio, mordisqueando su labio inferior, supongo que debe ser algo demasiado «privado» como para ponerse nerviosa. Okey, estoy muuuy perdido. Ni juntando todas nuestras conversaciones en el año voy a poder alcanzar el gran paso que estoy dando con ella ahora mismo. No sé a qué se debe su repentino comportamiento, ni por qué quiere hablar conmigo, pero no puedo negar que la curiosidad y mi Andy flechado por Heather me gritan que acepte sin dudar y que le proponga salir.

—¿Estás libre el miércoles por la tarde? —pregunto, dejándome guiar por mi parte más inteligente y no por la más cobarde. En mi interior me felicito a mí mismo por haberlo hecho bien.

—Sí —sonríe menos nerviosa—. ¿Quieres ir al cine?

—Me encantaría —acepto, sosteniéndole la sonrisa.

Esperé este momento por mucho tiempo, demasiado. Yo, siendo un chico valiente que no se deja arrastrar por la cobardía, invitándola a salir y teniendo una cita con éxito. Fantaseaba con eso en las clases cuando no quería prestar atención, me decía a mí mismo que el día en que ella y yo saliéramos en una verdadera cita, sin amigos que nos acompañen o cosas por el estilo, sería la persona más feliz de este mundo. Sin embargo, aunque estoy un poco emocionado, no me siento como creí que iba a sentirme.

No lo sé, había esperado esto durante tanto tiempo y ahora que lo he logrado no siento nada. Se supone que debería estar feliz y nervioso, pero ¿por qué no lo estoy? ¿En verdad se me rompió el hipotálamo? Para empezar, ¿qué mierda es el hipotálamo?

—Heather, ¿todo bien? —escucho la voz de Jean detrás de mí. Ambos volteamos a verlo, no sé cuánto tiempo ha estado parado detrás de nosotros, pero espero que no haya escuchado nada. Heather le dice «yep» con una sonrisa y Jean le sonríe de vuelta—. ¿Quieres jugar con nosotros? Estábamos a punto de iniciar verdad o reto.

¿De qué demonios habla?

Solo me voy unos minutos y él se arma tremendo juego con sabrá Dios quiénes. ¿Tiene relación con lo que dijo de «averiguar» lo que siente Edward? La alarma en mi cabeza comienza a sonar con mucha fuerza al imaginar a las personas que podrían estar jugando. Volteo

hacia el salón de inmediato y veo que mi pequeño grupo de amigos está dentro: Mary, Oliver y Karla están junto a algunas personas que ya estaban en el salón, pero hace falta alguien. El pulso se me acelera, díganme que los animales del monte de Oliver y Karla me trajeron enterito a mi novio o los mato.

Busco a Edward con la mirada, pasando por cada persona de la habitación hasta que mis ojos se topan con él y me sorprendo al notar que ya estaba viéndome, viéndonos, mejor dicho, a Heather y a mí. Se sonroja levemente y aparta la mirada de inmediato. Por inercia, me alejo un poco de ella. Una acción un poco tonta porque no tenía por qué hacerlo. Me abofeteo por dentro.

—Eh... —Heather rasca su nuca y mira hacia el reloj que tiene en su muñeca—... no creo que...

—Solo será una ronda —Jean insiste y quiero golpearlo para que deje de hablar.

La última vez que jugamos ese absurdo juego con Heather y los demás terminé declarándome por error, no quiero que algo así vuelva a repetirse.

—¿No tienen clases? —inquiere ella, y es la misma pregunta que me estoy haciendo.

—La maestra se fue desde que inició su hora, solo nos dejó la actividad para que trabajáramos en su clase —explica y giro mi cabeza hacia él como el exorcista porque me había dicho que la maestra dijo que tenía una reunión y que cuando regresara quería la actividad lista. Jean ve mi desconcierto y me da la misma sonrisa inocente de hace rato—. Si te decía la verdad no ibas a trabajar, irresponsable.

—¡Obviamente! —me quejo en voz alta. ¿Quién va a trabajar en una hora libre cuando podía irse a su casa? Al parecer todo mi grupo, pero yo no formaba parte de esa lista, solo me quedé porque me engañaron. Esto me pasa por no prestar atención.

Él pone su mano en mi rostro, alejándome para que deje de interferir en su conversación con Heather, quien solo se está riendo de nosotros. No sé si nuestra pequeña discusión la ha animado o si Jean es muy bueno convenciendo, pero ella termina aceptando. Al escucharla decir que va a jugar, le lanzo mi mirada más letal al rubio, él me sonríe triunfante y tengo que contener las ganas que tengo de noquearlo.

¿En verdad está tratando de ayudarme o solo quiere joderme? Por sus acciones, me voy más por la segunda opción. Tener que sacarle la sopa a Edward ya era una mala idea, hacerlo delante de muchas personas lo empeoraba, y que Heather jugara terminaba por estropearlo aún más. ¿Qué pasaba por su cabeza al creer que esta es su forma de «ayudarme»?

«Dios, no me des paciencia, dame una pistola porfa».

Heather camina hacia nuestro salón y Jean sigue sus pasos, creyendo que va a librarse de mí tan fácil. Lo tomo de la playera sin darle oportunidad de escape. Respiro hondo, repitiéndome que el maltrato animal está mal.

—¡¿Qué estás haciendo?! —cuestiono enfadado pero en voz baja para que solo él pueda escucharme.

—Dije que te ayudaría a saber qué es lo que siente Edward, eso estoy haciendo. —Se zafa de mi agarre, rodando lo ojos—. E invité a Heather para ayudarte a saber lo que tú sientes. De nada, soy muy inteligente, matando dos pájaros de un solo tiro. No hay nada que verdad o reto no pueda sacarle a las personas.

—¡No me refiero a eso, idiota! —grazno—. ¡¿Cómo vas a preguntarle si siente algo por mí delante de todas las personas?! ¿No podrías hacerlo en privado? ¿Quieres matarme? Si es así, no hace falta que hagas esto, con gusto me muero, ¿te traigo un cuchillo o prefieres un martillo?

—¿Te pone más nervioso que Edward diga lo que siente por ti en público a que Heather lo haga? —suelta un silbido—. Vaya, eso dice muuucho.

Abro la boca para responderle, pero no se me ocurre nada. Bufo y doy la vuelta, ignorando la gran carcajada que suelta. No me pone nervioso que Edward diga lo que siente, porque dirá que le gusto, somos novios después de todo, no puede responderle «no, no siento nada por él» delante de muchas personas que creen que lo nuestro es real, sin embargo, es eso lo que me pone ansioso. No quiero escucharlo decir eso cuando sé que no es verdad.

Cuando Jean dijo que iba a averiguar lo de Edward, no creí que lo haría de verdad, ni mucho menos tan rápido y con tantas personas, él es inteligente, sabe cómo obtener lo que quiere, la idea de jugar verdad o reto es ridícula, apuesto todo a que solo quiere verme pasar vergüenza, porque no le encuentro sentido a esto, a menos que sepa con qué pregunta sacarle la información a mi novio.

Entro al aula, viendo a todas las personas que han caído en la trampa de Jean solo porque quiere sacarle información a Edward. En total somos diez personas, mi grupito, contando a Edward y a mí, Heather y dos chicas y un chico a los que reconozco porque estamos en el mismo curso. Voy directo hacia mi silla, que es el lugar donde están reunidos, bueno, están reunidos alrededor del asiento de Jean y del mío.

Edward está frente a mí, con los brazos cruzados. Pese a que todos están juntos para jugar, él se mantiene apartado entre las personas que se encuentran a su lado, Heather y Mary. Justo tenía que estar al lado de Heather. Bajo la mirada hacia mis zapatos mientras escucho las indicaciones de Jean. Según sus palabras, van a hacer lo típico, jugar

con una botella. Me niego a participar en el juego porque no soy tan tonto como para involucrarme en algo que me metió en un gran problema, así que solo veo cómo mueven la botella y escucho las preguntas ridículas que se hacen.

Nada interesante pasa, solo las mismas preguntas tontas y retos estúpidos, no sé si es buena o mala suerte, pero en ninguna ocasión la botella apunta hacia Edward. La vida quiso estar de mi lado hoy.

Alguien pregunta por la hora y, como el buen amigo que soy, la reviso; solo faltan cinco minutos para que la clase termine y podamos irnos. Jean se desespera un poco porque mis compañeros y amigos ya se quieren ir. Por otro lado, estoy yo, disfrutando de la situación, las cosas no están saliendo como él lo tenía planeado. Mi ex (sí, ex, porque de esta no sale vivo el maldito) mejor amigo me ve y le sonrío triunfante, la misma sonrisa que me dio cuando Heather accedió a jugar. La rata de Jean aprieta el puño de la rabia y, cuando voy a declararme como victorioso, este mira a Karla y sonríe.

—Tú dijiste que había un juego más rápido que verdad o reto, ¿no? —le pregunta, haciendo que los ojos de Karla se iluminen.

—¡Sí! —chilla—. Es rápido, lo vi en una serie: todos tienen que escribir una confesión en un pedazo de papel sin poner su nombre, lo enrollan, juntamos las bolitas y cada uno elegirá una bolita al azar. No podemos decirle a nadie lo que nos tocó, debemos llevarlo a nuestra tumba, ¿lo intentamos? —Aunque pregunta, ya está rompiendo una hoja de la libreta de Jean y repartiendo cada parte a los demás.

Ella me extiende uno de esos pedazos.

—¿Juegas? Solo es escribir una confesión.

Quiero negarme porque recuerdo que la vida puede meterme el palo de mala suerte por el culo en cualquier momento. Sé de antemano que esto no va a salir bien, además, me parece algo inmaduro y ridículo; sin embargo, al ver de reojo a Edward y notar que está sonriendo como un niño que acaba de conocer un juego por primera vez, siento que jugar esto no es taaaan ridículo y que tal vez podría intentarlo para que me toque su confesión.

A regañadientes, tomo una de las hojas y pienso unos segundos antes de escribir mi confesión. No tengo nada que revelar, mi vida es muy aburrida y sin secretos, el único secreto que tengo es mi relación falsa, pero no escribiré eso. Suspiro. Como la persona que le va a tocar mi papel no sabrá que es mío, decido escribir la primera idiotez que pasa por mi cabeza solo para cumplir con el juego:

«Culpé a Jean de echarse un gas cuando en realidad fui yo».

Tonto y simple, así de sencillo. No iba a matarme en pensar en una mejor confesión. Solo es un juego después de todo, nadie se lo toma en serio. Apuesto a que los demás escribieron algo igual o peor. Dudo mucho de que alguien haya confesado algo íntimo.

Una vez que hemos terminado, le damos nuestras hojitas a Jean, él las revuelve en sus manos y nos las tiende para que agarremos una. Me espero al final y, cuando tengo la bola de papel, dudo en abrirlo porque no sé si deba hacerlo aquí o si debo guardarlo y abrirlo en casa. Le echo un vistazo a los demás para ver qué están haciendo. Todos están leyendo lo que les tocó, demostrando que son unos grandes chismosos que no pudieron esperarse, incluso Edward.

No voy a fingir que no soy el rey del chisme, porque sí lo soy, no obstante, no quiero verme interesado en esto cuando al inicio me negué a jugar, ya puedo imaginar a Jean sonriéndome en plan «no que no» si me ve abriendo la hoja. Ugh, no lo soportaría. La campana suena anunciando que las clases ya han terminado, y esa es la responsable de que deje de dudar, por lo que guardo el papel en la bolsa de mi pantalón. Lo leeré en casa con más calma y sin que nadie note que sí me interesa el juego.

Cada uno de mis amigos va a sus lugares a recoger sus cosas, Heather se despide de todos con un «nos vemos», y cuando le regreso la despedida con otro «nos vemos el miércoles», ella me sonríe específicamente a mí. Quiero chillar, pero si lo hago ahora todos creerán que soy un rarito.

Imito las acciones de mis amigos y tomo mis cosas.

—Creo que me llegó tu confesión —Edward menciona, acercándose a mí con una enorme sonrisa y haciendo que me sobresalte.

Mi cabeza procesa sus palabras y me congelo de inmediato. Qué pena, joder, ¿ha leído esa confesión tan sucia y vergonzosa? Ay, si hubiera sabido que a él le tocaría mi secreto hubiera puesto algo menos vergonzoso. A todo esto, ¿no se supone que no debíamos decirle a nadie lo que encontramos? Vale, lo dejaré pasar solo porque es Edward.

—¿En serio? —Mis mejillas se ponen calientes en tanto suelto esa pregunta. Busco alguna buena excusa para no quedar como un tonto delante de él, pero nada se me viene a la mente. Muerdo mi mejilla interna, solo me queda disculparme—. Qué pena que sepas que fui yo el que hizo eso y culpó a Jean, no le digas nada.

Ruego, porque si Jean se entera de que he sido yo el asqueroso que lo culpó de ese gas letal que sacó a todo el grupo del aula, me mata. Edward hunde sus cejas y me ve confundido.

—¿De qué hablas?

—¿De qué hablas tú? —replico. Ahora el confundido soy yo. ¿No era que había leído mi confesión?

—La hoja que me tocó.

Me la tiende y pienso si aceptarla porque se supone que nadie debe saber lo que escribimos. Aunque, si se supone que es mi confesión, no

tiene nada de malo echarle una leída, ¿verdad? Al final, tomo el pedazo de papel y leo lo que dice. En cuanto lo hago, frunzo mi ceño. Esta no es mi confesión.

—Yo no escribí esto —levanto la mirada hacia él y su sonrisa se esfuma de inmediato. Trata de disimularlo con una mueca.

—Oh —suelta, rascando su barbilla.

—Oh —repito.

Los dos nos quedamos en un silencio incómodo, así que le regreso la hoja sin saber qué más debo hacer. Edward la agarra y mantengo mi vista en el pedazo de papel que está siendo enrollado ahora mismo por él. Siento una rara sensación creciendo en mi pecho que no sé cómo describir, es como si alguien estuviera golpeándome por dentro... no lo sé, solo sé que no me gusta para nada y que querría que parara, pero esta parece hacer todo lo contario porque sigue expandiéndose más y más. Tengo que desviar la mirada hacia otro lado para poder tranquilizarme.

En la hoja decía (y con una letra linda, para variar): «Me gusta Edward».

Paso saliva por mi garganta, ignorando la desagradable sensación de mi pecho que no deja de joder. No sé qué se supone que tenga que decirle ahora, ¿felicitarlo?, ¿cambiar de tema?, ¿contarle un chiste sobre declaraciones? ¡No tengo ni la menor idea de lo que debo hacer! No estamos saliendo de verdad, así que no hay razón para enojarse o cosas así, es Edward, es obvio que hay personas que se sienten atraídas por él, sería extraño que nadie sintiera algo por un chico como Edward.

Solo me incomoda pensar que las personas que estaban jugando ese ridículo juego eran mis amigos, tres compañeros y Heather, cualquiera pudo haber escrito eso, y como dije, no tengo por qué molestarme, pero, me preocupa imaginar que uno de mis amigos siente algo por Edward y que yo esté saliendo con él. Alto ahí, ¿no debería preocuparme más que incluso sabiendo que salgo con Edward confiesan que le gusta? ¿Qué clase de amigo dice «me gusta tu novio»? Okey, sí me enoja un poco.

No obstante, lo más extraño de todo esto es, ¿por qué pensó que he sido yo el que escribió esa confesión?

Tomo una bocanada de aire, repitiéndome que no hay razones para molestarme. Edward es un chico guapo y yo ya sabía que hay personas que sienten algo por él, lo de hoy no es nada.

—Miremos el lado bueno —le digo, tratando de alivianar el ambiente (y mi ambiente interno)—, tienes un o una admiradora secreta. ¡Qué envidia! —Tomo su hombro con mi brazo libre y lo empujo con efusividad para que vea que quisiera ser él en este momento. Intento verme como siempre, bromista, solo para disimular

mi pequeña molestia y el montón de preguntas que oscilan por mi cabeza.

—No es la gran cosa. —Se encoge de hombros y guarda el pedazo de papel en su bolsa.

—Sí lo es —mi boca se mueve por sí sola—. Alguien quiere contigo, ¡qué lindo!, lo que daría por estar en tu lugar. Deberías buscar quién es y salir con esa persona si te gusta, ¿no extrañas salir con alguien? Yo sí. ¡Hazlo! Busca a la persona que se te declaró.

Lo animo y ni siquiera sé por qué lo hago, ni tampoco sé por qué el pecho me duele. Como he dicho, mi boca está tomando las riendas de todo en este momento, ha visto que mi cerebro no es capaz de reaccionar, así que decidió ser la líder del Andy confundido.

Edward suelta aire por sus fosas nasales.

—No lo creo. No es lo mío —niega con la cabeza.

Lo veo un poco incómodo con la conversación, lo cual hace que quiera matarme por haber actuado de forma impulsiva. Tal vez no le gusta la idea de salir con alguien, no sé, pero debo arreglar lo que dije.

—¿Lo tuyo es pedirle a un chico que no conoces que sea tu novio falso? —pregunto divertido, tratando de componer el desastre que hice. Mis palabras le sacan una linda sonrisa.

—¿Y lo tuyo es confundirte de casillero cuando confiesas tus sentimientos? —me sigue el juego, recuperando el buen humor y suavizando el ambiente tenso.

Las comisuras de mis labios se elevan en una pequeña sonrisa.

—No, eres el primero, siéntete afortunado.

—No puedo creerlo, soy el primero, puedo morir en paz —bromea juntando las manos, como si de verdad estuviera agradecido. Ruedo los ojos y él ríe—. Tú también eres el primero, no soy la clase de persona que le pide a cualquiera fingir ser su novio.

—Pero lo hiciste —le recuerdo.

—No eres cualquier persona, *mon soleil*. —Mantiene su sonrisa de oreja a oreja.

Mi corazón se acelera y siento que una corriente eléctrica me recorre por el cuerpo por la forma tan dulce en la que me habló. Todo mi cuerpo entra en pánico y el modo automático ni siquiera hace presencia, mucho menos cuando Edward me ha llamado por el apodo que me puso. La forma en la que me sonríe y mira solo empeora mi condición. Carraspeo, intentando no verme afectado por sus palabras, aunque por su expresión divertida puedo decir que ha sido demasiado tarde, él sabe que me ha puesto así.

Descolocado, balbuceo mientras pienso en una respuesta.

—En otras noticias —cambio de tema, nervioso, al no saber qué más responderle. Él alza sus cejas para que suelte lo que voy a decirle.

En realidad, no tenía nada para contarle, así que le escupo lo que pasa por mi mente—, Heather y yo tendremos una cita... bueno, no es una cita. Es una salida, pero es un avance.

La sonrisa que se forma en mi rostro después de contarle eso es demasiado forzada. Y la que él mantiene parece que es igual que la mía. No planeaba contarle lo de Heather, pero, como siempre, termino arruinando todo. Por alguna razón creo que he metido la pata. No, no creo, lo siento.

Edward no tarda en reaccionar como yo suelo hacerlo cada vez que algo ocurre, solo asiente a mis palabras.

—¿Estás seguro de que estás listo para la cita? —pregunta, serio. Ni siquiera me da oportunidad de responderle porque ya está atacándome con otra pregunta—. ¿Cuándo es?

—Miércoles —arrugo mi nariz—, ¿por qué preguntas?

—Salimos hoy y mañana en la tarde —avisa, dándome la espalda para caminar fuera del salón.

Espérate, espérate, espérate.

—¿Salimos? —arqueo una de mis cejas, siguiéndole los pasos. ¿Qué mosco le picó ahora?

Él se detiene a medio camino haciendo que mi rostro choque contra su espalda. Suelto un pequeño quejido por el impacto inesperado. Llevo mi mano hacia mi nariz, que ha sido la que más resultó herida, y tomo un poco de distancia entre ambos.

—Gracias por preguntarme, acepto —gira su cabeza, mirándome por encima de su hombro y sonríe—. ¿A qué hora pasas por mí?

¡Que te esperes, Catalino! Aún estoy procesando todo.

Acomodo las piezas de los últimos veinte segundos de conversación para armar el rompecabezas. Sé a la perfección que no necesito de su ayuda ahora que ya puedo hablar con Heather sin que ninguna parte de mi cuerpo sude o sin que me dé un paro cardiaco, pero algo dentro de mí quiere aceptar la salida. Ya la he cagado tanto como para no seguir cagándola más.

—No es por arruinarte la ilusión —comienzo a plantear mi respuesta, ignorando las advertencias que mi cerebro me manda—, pero no creo que entres en mi bicicleta.

Su sonrisa se hace más grande al oírme seguirle el juego, aceptando su «invitación» (en realidad ni siquiera me ha preguntado, al parecer fui yo el que lo invité sin darme cuenta).

—Iré yo entonces, qué mala cita eres —menciona sarcástico, volviendo a girar para quedar frente a mí.

—No soy una mala cita, soy una cita pobre que no sabe manejar y que no tiene auto, pero mala no soy —digo en mi defensa, aunque no tenga ni la menor idea de si soy una buena cita porque él es mi primera cita.

Ya hemos tenido una, pero se puede decir que yo era la cita de él porque Edward organizó la salida, esta vez me toca ser el que lo organice y no tengo ni la más mínima idea de lo que debo hacer, sin embargo, el que entrará en pánico por no saber qué hacer será el Andy de unas horas, yo no.

—Pruébalo —me reta, alzando su ceja.

Por segunda vez, ruedo los ojos, divertido. No le respondo, solo niego con mi cabeza. Ninguna buena respuesta pasa por mi mente. Podría decirle que se lo voy a demostrar, pero sé que soy la personas más tonta e inexperta respecto a las citas, así que lo más probable es que vaya a confirmarle que sí soy una mala cita. Bajo la mirada hacia sus manos, donde está sosteniendo sus cosas, y observo que hay un par de hojas con algo escrito encima de su libreta.

—¿Es el trabajo para Irán?

—Sí, voy a ir a dejárselo al aula.

—¿Vas a estar bien? —cuestiono, quiero asegurarme de que va a estar bien por su cuenta. Si no se siente seguro podría acompañarlo o esperarlo, no sé, solo quiero que esté bien.

—Sí, lo estaré —asevera, marcando el hoyuelo de su mejilla—. ¿Un beso de buena suerte?

Eleva una de sus cejas y me echo a reír. La forma en la que me lo ha pedido me resulta tierna y al mismo tiempo divertida. Eduardo Catalino está presente cada vez más, y no sé si deba preocuparme de eso, es decir, no me importa que sea así conmigo, me gusta, de una forma extraña, pero me gusta. El problema es que no sé si mi corazón va a resistir tanto ese lado de él.

Me ve impaciente y, aunque quiero besarlo, recuerdo que él me negó un beso en el pasillo y mi orgullo le gana a cualquier cosa.

—¿Por qué creo que te estás aprovechando? —bromeo.

—¿Yo? —se hace el desentendido—, no, para nada, pero oí que los besos traen fortuna y buenas noticias.

—¿Dónde oíste eso?

—En la iglesia jaegerista —usa la misma mentira que yo usé tiempo atrás y, si la situación no me pareciera divertida, lo hubiera golpeado por usar mi propia mentira en mi contra—. ¿Entonces? ¿Un beso?

Pregunta con ilusión, como un niño pequeño esperando por algún juguete. Suelto una risa nasal por lo ansioso que se ve. A diferencia de Edward, no soy de los que ilusionan, así que hago lo mismo que hice ayer. Me acerco a su cuerpo, colocando mis manos a cada lado de rostro. Cierro los ojos con lentitud esperando que imite mi acción y lo atraigo hacia mí.

Los abro unos segundos después, y al hacerlo observo que él tiene los ojos cerrados, sus pestañas rozando su rostro y su boca demasiado

cerca de la mía. Sonrío. Dije que no soy de los que ilusionan, sin embargo, también soy de los que mienten. Le doy un beso en su mejilla derecha, justo al lado de la comisura de sus labios, y me alejo de él riendo.

Edward frunce el ceño, abre los ojos de golpe y parpadea, asimilando lo que acaba de pasar. Después de tanto tiempo al fin lo he dejado anonadado.

«Para que veas lo que se siente, Catalino».

—No especificaste dónde —me defiendo, sintiendo que la satisfacción se acomoda en mi pecho porque mi venganza pudo completarse.

—Tramposo —brama.

—Aprovechador.

—Mal mentiroso.

—Mal besador.

—Repito, mal mentiroso. —Acerca su rostro hacia el mío y tengo que dar dos pasos atrás porque su cercanía es demasiado peligrosa.

—Te detesto —bufo, aparentando que su cercanía no me ha afectado.

Él abre la boca para responderme, pero su celular suena con una musiquita irritante, el típico sonido que pones de alarma, lo sé porque yo lo tengo. Edward saca su teléfono de la bolsa de su pantalón, apaga la alarma y chasquea la lengua.

—¿Te veo más tarde?

Más que sonar como una despedida, suena como una pregunta. Le doy una sonrisa ladina y muevo mi cabeza como afirmación. Imita mi acción y, antes de marcharse, pasa su mano por mi cabello, revolviéndolo.

Y, de nuevo, las odiosas mariposas en llamas hacen presencia. ¿Si tomo agua podré matarlas? ¿O mejor bebo cloro? Agh, quiero matarlas. No me gusta esta sensación, porque cuando aparecen nublan mi juicio y me hacen pensar cosas sin sentido. Muero por echarles raid mientras les grito «mueran malditas».

Me quedo petrificado por su acción y mi rostro no tarda en calentarse. Como siempre, él se percata de ello. Me sonríe. Odio que sea tan malditamente observador y que sea consciente de lo que me hace, ¿no puede ser más distraído como yo? ¿O no ser tan obvio? Nada le cuesta fingir que no se da cuenta de mi reacción. Creo que le gusta verme entrar en crisis, porque no encuentro otra respuesta que lo justifique.

Edward se despide con la mano y lo veo alejarse del salón, a pesar de que aún me siento abrumado, rezo en mis adentros para que no le suceda nada y para que todo salga de maravilla, porque si alguien vuelve a hacerle algo feo, tal como Diego lo hizo, le quemo todo.

Sigo parado en medio del aula, como si me hubiera congelado. Todavía siento que mis mejillas arden, así que llevo mis manos hacia ellas para tratar de calmarme, no obstante, no lo consigo. Esto no es más que culpa de Catalino, estoy considerando con seriedad comenzar a cobrarle, porque si continúo de este modo terminaré ardiendo o con el corazón saliendo de mi culo. Una de dos.

—Así que... —escucho la voz de Jean y doy un pequeño saltito porque no sabía que él seguía aquí. Dios, acaba de vernos y oírnos, qué puta vergüenza—... no te gusta y él tampoco gusta de ti.

Menciona con ironía y gruño.

—Cállate, Jean.

(...)

Cierro la puerta de mi habitación una vez que ya estoy listo. ¿Me he bañado y arreglado? La respuesta es sí, pero no porque saldré con Edward esta tarde, sino porque quería demostrarle que soy una buena cita. ¿Qué clase de cita sería si no tengo la mínima decencia en bañarme? Una muy mala, por supuesto, y yo no quería dar esa impresión en mi primera salida. Seré la mejor cita que Edward haya podido tener, estoy decidido.

El problema (porque sí, hay un problema, no todo puede salirme de maravilla) es que no tengo ni la más remota idea de qué se supone que tengo o no tengo que hacer. Como nada se me ocurre, decido preguntarle a la única persona en la faz de la tierra que puede ayudarme: mi mamá.

Bajo las escaleras mientras escucho el televisor en la planta baja, apuesto a que está viendo una de sus novelas turcas. Sonrío por lo bajo. El fin de semana la extrañé mucho, así que cuando regresé de la escuela me sentí completo al verla de nuevo. Supongo que sintió lo mismo porque me abrazó. Sí, somos la clase de personas dramáticas que se toman a pecho cualquier separación, aun si solo son unos días. Algo contradictorio de parte de ella, porque el sábado hizo como si no le importara que me fuera. Virgo, quién los entiende. Ni Dios debe hacerlo.

—¿Ideas para una cita? —pregunto cuando estoy en la sala. Ella gira su cabeza para verme. Me echa una mirada de pies a cabeza y frunce el ceño, desconcertada.

Me había olvidado de pedirle permiso para salir, upsi, y aún más importante, me había olvidado de que ella no sabía que Edward me ayudaba con Heather. Joder, ¿ahora cómo le explico esto?

Aclaro mi garganta.

—Tengo un amigo que va a salir por primera vez, bueno, por segunda vez, pero es la primera vez que organiza una cita romántica y no tiene ni idea de lo que debe o no debe de hacer y me pidió ayuda, y bueno, ya sabes, yo tampoco tengo mucha experiencia en el tema.

Mi mamá me lanza la típica mirada de «aquí hay gato encerrado». Toma el control de la televisión y le baja volumen a su novela.

—¿Qué clase de persona es la pareja de tu amigo? —pregunta, siguiéndome el rollo.

Pienso unos segundos antes de responder. Edward escribe novelas de romance, no dudo que también ame leer eso y que le guste esa clase de cosas. Además, cuando cumplimos dos semanas de novios falsos me mostró algo de lo que escribe, me hizo una *playlist* en Spotify, me regaló una gallina de madera la primera vez que vino a casa y siempre me trata lindo. Sí, tiene la pinta perfecta de ser de los que aman todas las cosas dulces y románticas.

—Creo que es de los que aman las cursilerías.

Le respondo después de unos segundos y ella asiente.

—Dile a tu amigo que lo lleve a un lugar especial, siempre le gustan esa clase de cosas —sugiere—. No importa qué tan caro o feo esté, lo que importa es el mensaje detrás, la razón por la que lo llevó allí.

Lugar especial. Ya, recibido, lo tengo, procesado. El problema es que no salgo de casa y no conozco ningún «lugar especial». ¿Mi patio cuenta como lugar especial? Para empezar, ¿qué necesita un lugar para ser especial? ¿Y cómo sé que es especial? ¡Ay! Todas estas cursilerías no van conmigo, soy un asco.

—Mi amigo no tiene un lugar especial.

—Entonces que encuentre uno con esa persona y que haga de ese su lugar especial. El lugar de ambos.

Al escuchar el consejo de mamá, una idea se me viene a la mente, una que no podía ser la mejor definición de «cita perfecta», pero sí una romántica que podría gustarle al cursi de Edward. Quiero besar el cerebro de mi mamá, es la mujer más inteligente y con los mejores consejos.

—Un picnic —le comento la idea que se me ocurrió con mucha emoción en mi voz, como si hubiera descubierto algo extraordinario. Ella me sonríe—. Buena idea mamá, eres la mejor del mundo, ¿me ayudas?

Me ve en plan, «¿no era tu amigo el de la cita?».

Y ahí supe que volví a cagarla, para sorpresa de nadie.

—Resulta que mi amigo quiere que lo ayude a hacer su cita, porque es hoy y, como te dije, él no tiene ni la menor idea de cóm... para que te miento, yo soy el amigo.

Mariel suelta una gran carcajada que me hace querer huir de la pena. Inflo las mejillas por la indignación que siento.

—¿Pasó algo este fin de semana que no me hayas mencionado? —pregunta entre risas.

Dudo en decirle lo que pasó, porque no tiene relación con la cita

de hoy, además, no le conté que Edward llegó a casa de Alek, porque la conozco tan bien que sé que va a hacer un *drama* por eso. Podía oír su voz en mi cabeza diciendo: «¿cómo es que el cara de culo de tu papá conoció a Edward en una cena antes que yo? ¡Estás desheredado!, largo de mi casa, ahora Juan es mi hijo».

También sé que no puedo ocultarle esto porque tarde o temprano se enterará, y la verdad prefiero que se entere temprano. Temo por mi vida.

—Papá conoció a Edward —suelto por fin.

Esperaba que ella pusiera su mejor cara de sorpresa o de traición, que saltara de su asiento e hiciera el *drama* del año, sin embargo, nada de eso sucede. Solo me regala una sonrisa sin gracia.

—Lo sé, solo estaba esperando que lo dijeras —espeta, cruzándose de brazos. ¿Qué? ¿Cómo se enteró? ¿Me puso una cámara o una mierda así? Mierda, ella siempre está un paso adelante de mí—. Kim subió a sus estados de Whatsapp: «miren el regalo que me dio mi yernastro, vino a cenar con nosotros y es un amor hashtag el mejor yernastro» —explica, imitando la voz de mi madrastra—. Le tomé *screenshot*. Sentí la bilis en mi garganta. No puedo creer que ellos hayan cenado con Edward y que él les haya regalado algo, estoy celosa.

—Edward me hizo un favor —le aclaro antes de que saque suposiciones apresuradas—. Le dije por error a papá que sí estaba saliendo con él y gracias a eso él me pidió conocerlo, es por eso que trató de dar una buena impresión con ellos. —Ella entrecierra sus ojos, sin creerme. Suspiro—. Te juro que no estoy mintiendo, eso pasó.

—Eso no quita que les haya regalado algo y a mí no, qué envidia.

—No seas interesada, Mariel —regaño.

—¿A quién llamas por su nombre? Soy tu madre, respétame, pequeña mierda.

Me río porque recuerdo la serie *Ginny y Georgia*. No haré que vea series conmigo nunca más, a partir de hoy le esconderé el control remoto, y no entra a discusión.

—Tu historia es buena —señala una vez que se le pasa la indignación—, pero eso no me explica por qué vas a salir con Edward en una cita.

Finjo toser.

—Uhm... ¿me ayudas, porfa? —le cambio el tema con una pregunta para que se olvide de la cita. Solo voy a quitármela por ahora, porque la conozco, no va a olvidarse de esto para siempre, y cuando me pregunte de nuevo no sabré qué decirle.

—Sí —se une a mi plan, pasando de largo el tema en cuestión—, checa qué tenemos en el refrigerador.

No lo pienso dos veces cuando ya estoy corriendo hacia la cocina.

Abro el refrigerador y, gracias al señor de las aves, está lleno; tal parece que mi mamá había ido al supermercado el fin de semana, bendita sea ella. Inspecciono cada producto y alimento. Tengo bastante material para trabajar y dos horas para acabar antes de que Edward venga a casa. Puedo hacerlo.

Tomo todo lo que pueda servirme y lo echo en la mesa de la cocina. Luego voy hacia la alacena. Ahí hay toda clase de harinas y de productos que pueden ser de ayuda, ventajas de tener una mamá que ama la cocina más que su propia vida.

Mi mamá no tarda en acercarse a mí y, al ver lo que he sacado, comienza a darme ideas. Ya será tarde para cuando Edward venga, como las cinco, así que ella sugiere que hagamos cosas ligeras, no tan elaboradas, pero sí deliciosas. Como soy un desastre en la cocina y de los que aman comer la mezcla del pay y de los cupcakes, me da la tarea más fácil: cortar frutas.

Lo hago sin rechistar. Tomo algunas fresas, kiwis y naranjas. De vez en cuando le echo una mirada a mamá, quien está haciendo el trabajo duro con harina, huevos, leche y otros ingredientes. Continúo partiendo las frutas y, una vez que he terminado, busco algún tupper para guardar lo que hice. Luego, intento ayudarla con lo que está haciendo, pero mi mamá me echa de la cocina con la excusa de que debería buscar alguna canasta o bolso para meter todo lo que haga y un mantel. De nuevo, no me opongo, solo rechino mis dientes. Voy a la sala, observando si hay algo que pueda servirme. Hasta abajo del mueble hay una canasta llena de chácharas, no dudo en tomarla, saco todo lo que tiene y la limpio.

Paso uno: tener una canasta, listo.

Subo hacia el segundo piso en busca de un mantel. En mi cuarto no encontraré nada, así que voy directo hacia la habitación de mi mamá. Doy un vistazo y mis ojos se detienen en el mantel de cuadros rojos que cubre el mueble donde está su televisión. Sonrío. Esto es pan comido. Edward se irá de culo cuando le demuestre que soy más que una excelente cita.

Paso dos: una manta, listo.

Doblo la manta cuando ya la he sacado del mueble de mamá y la coloco dentro de la canasta. Con mis materiales listos, bajo deprisa hacia la cocina para poder ayudarla a preparar lo que sea que esté haciendo. Una vez más, niega, diciéndome que aún me falta colocar vasos, platos, cubiertos y otras cosas para adornar, además de que falta la bebida. Bufo acatando sus órdenes.

Es la primera vez que me esfuerzo tanto en algo.

Veo qué hay en la alacena para beber. Ya será tarde, así que supongo que algo caliente debe estar bien. Para mi buena suerte, tenemos de esas bolsas de cappuccino de vainilla, de las que solo

mezclas con agua caliente y listo. Pongo el agua en la estufa para que se caliente, acto seguido, meto con rapidez dos vasos de café en la canasta, un par de platos, cubiertos y servilletas de papel. Miro el florero que está en la encimera, pero al final no lo guardo. Sería demasiado. Él siempre me molesta con que soy «un intenso». No quiero darle más motivos para que lo haga.

En las siguientes dos horas mi mamá me deja ayudarla con cosas básicas (aleluya) como pasarle tal cosa y cortar (no tan aleluya). El tiempo pasa volando y terminamos antes de lo esperado, el único problema es que las cosas que ha horneado siguen muy calientes, pero lo dejamos afuera para que se enfríen. Hago un repaso de todo lo que hay dentro de la canasta para ver si no olvido nada. Y, cuando finalizo, suelto un suspiro y sonrío.

Paso tres: tener toda la comida, listo.

Solo falta el paso más importante de todos: no arruinarlo.

Tengo tiempo de sobra para agradecerle a mamá y para subir a mi cuarto y echarme otro vistazo en el espejo. Mi cabello está hecho un desastre, y la ropa negra que llevo por fortuna no está manchada. Me pongo perfume y hago un intento por peinar mis cabellos. En eso, mi celular vibra en mi pantalón seguido de mi mamá gritando mi nombre en la planta baja. Interpreto ambas acciones como una sola cosa: Edward ya llegó a mi casa.

Salgo corriendo de mi habitación y voy hacia la puerta principal. Ahí, mi mamá ya le ha abierto a Edward.

—Buenas tardes —saluda él a mamá con amabilidad. Ella está parada de jarras y con el ceño muy fruncido. Dios, por favor, dime que no le va a hacer una escena.

—No puedo creer que... —empieza, seria, hasta que baja su vista hacia las manos de Edward, en donde hay una pequeña bolsa de regalo—... hayas venido y yo en fachas, eres bienvenido a casa, hijo. —Le sonríe la muy interesada.

Hijo. Tiene la misma vibra que el «suegrito» que él le ha dicho a papá.

No sé si Edward se percató de ese cambio repentino de humor, pero sonríe en cuanto ella le dice «hijo». Él tiene el cabello peinado hacia atrás y esta vez no lleva uno de sus típicos sacos. Tiene puesto unos pantalones negros, una camisa blanca de manga larga y encima de esta un chaleco negro de lana. ¿Cómo hace para verse tan bien con todo lo que se pone? Ahora comprendo aún más por qué le gusta a las personas.

—Gracias, Mariel. Le traje esto, la última vez no lo hice, perdón. Espero que le guste. —Le tiende la bolsa a mamá, quien acepta gustosa.

—Ay, no te preocupes ni te disculpes hijo, no soy interesada —

miente con una voz empalagosa.

Pongo los ojos en blanco. Si Edward supiera que mi mamá es la persona más interesada de todo el mundo y que estaba haciéndome una escena antes de que viniera no estaría sonriendo como lo está haciendo.

Edward pasa su mirada de mamá a mí y su sonrisa se ensancha cuando me ve, provocando que sienta un cosquilleo en el estómago y que el corazón se me estruje. Le devuelvo la sonrisa, nervioso.

«Bien, Andy, calmado, somos mejor que esto, no caemos tan fácil solo porque alguien nos sonrió. Respira, anda, respira por donde quieras, pero mantente con vida hasta la salida. No somos débiles, y una sonrisa no nos afect... Aaah, me vio de pies a cabeza y mordió su labio, ayuda, ayuda, ayudAAaAaaaaAa».

Aparto la vista para no mirar su rostro y corro hacia la cocina con la excusa de que tengo que recoger la canasta para que podamos irnos de una vez. Dejo a Edward en manos de mamá y cuando estoy en la cocina intento apaciguar los latidos de mi corazón colocando mi mano en mi pecho. ¿Ven a lo que me refiero con comenzar a cobrarle al descarado coqueto? El dinero me va a servir para pagar los gastos del hospital o para pagar mi funeral, porque no podré seguir con vida si él sigue alterándome de ese modo.

Inhalo y exhalo repetidas veces y, una vez que me siento más calmado, tomo la canasta. De repente, mi celular vibra y no para de hacerlo anunciando que no es una notificación, es una llamada. Dudo en ver, porque la única persona que podría hablarme ya está en mi casa. Aun así, saco mi celular por pura curiosidad.

Junto las cejas al ver la pantalla. Es una llamada de Jean. No pienso responderle porque tengo que salir con Edward ahora, sin embargo, veo en las notificaciones un montón de mensajes de WhatsApp de su parte. Mi teléfono no vibró, ya que tengo silenciado su chat. Aprieto el celular. ¿Le habrá pasado algo malo? No es de los que mandan demasiados mensajes, a menos que no sea algo importante o para molestar. Uh, no puedo no responderle, así que acepto la llamada.

—¿Para qué tienes el celular si no vas a responder mis mensajes? —me reprocha en cuanto contesto y ruedo los ojos. Sí, no debí responder, lo sabía.

—Voy a salir con Edward, lo siento.

—Bueno eso no impor... ¿cómo que vas a salir con Edward? Agh, tampoco importa, te explico rápido. Estaba con Oliver y hablábamos de las hojas que nos tocaron y…

—¿No se supone que no debemos saber los secretos de los demás? —lo interrumpo.

—Me vale una mierda eso, escucha lo que tengo que decir —sisea

—. Estábamos hablando de eso y, antes que nada, voy a matarte, me tocó tu hoja hijo de puta —gruñe enfadado—. En segunda, Oliver me mostró lo que le tocó.

—Dímelo después, voy a salir con Edward —le corto la inspiración porque me están esperando y no tengo tiempo para escuchar la confesión que le tocó a Oliver.

—Oh, créeme, tienes que saberlo ahora —insiste y, sin darme chance de negarme, suelta la confesión—: «Me gusta mi novio», eso es lo que decía la hoja. ¿Quién tenía una pareja ahí? Nadie, todos estamos más solteros que mis tíos de cuarenta. Solo tú y Edward son pareja.

No comprendo qué tiene que ver eso con Edward y conmigo.

—¿Estás tratando de decir que...?

—Que Edward escribió eso, tonto —escupe irritado, y como si eso no fuera suficiente para matarme, añade—: Le gustas a Edward.

Me gusta verte sonreír...

... cuando las comisuras de tus labios se elevan y tus lindas mejillas parecen hacerse más grandes, cuando entrecierras los ojos y se forman pequeñas arrugas alrededor de ellos, cuando arrugas la nariz haciendo que tus pecas se noten más y cuando todo el mundo se detiene porque mis ojos solo pueden estar sobre ti y sobre la forma en la que sonríes, porque lo único que importa en ese momento eres tú.

Incluso cuando dices que tu sonrisa no es linda, yo creo que es hermosa.

Incluso cuando dices que tienes muchos defectos y que tu sonrisa es uno de ellos, yo creo que es perfecta.

Incluso cuando dices que la perfección no existe, yo creo que sí porque te veo todos los días.

Y no importa cuántas veces digas que estás lleno de imperfecciones, yo besaré cada una de ellas y te recordaré que son esas imperfecciones las que te hacen perfecto.

Porque, mi amor, si pudieras verte de la misma forma en la que yo te veo, no tendrías duda de que eres imperfectamente perfecto.

Sí, me gusta cuando sonríes.

Y cuando te ríes.

Y cuando te enojas.

Y cuando te sonrojas.

Pero, aún más importante, me gustas tú.

Fragmento de «Para ti, algún día».

19: Mi primera cita (spoiler: mando a mi cita al hospital), parte I

Cuelgo la llamada al instante por inercia mientras los latidos de mi corazón van en aumento.

Mi cabeza se queda en blanco y todo a mi alrededor parece congelarse. Bajo la mirada hacia el celular que sostengo con mi mano temblorosa y veo la pantalla, donde el nombre de Jean solía estar. Como si mi cerebro me hiciera una mala jugada, la foto de Eren que tengo de fondo de pantalla se transforma en el rostro de Edward y tiro el teléfono del susto. Ya estoy comenzando a alucinar, esto es grave. Muuuy grave.

Alzo la mirada hacia un punto cualquiera de la cocina, fuera de órbita. La voz de mamá y la de Edward son apenas audibles desde donde estoy, no soy capaz de oír lo que dicen, sé que están hablando, sin embargo, mi cabeza no da una para prestar atención más allá de lo que acaba de pasar. Todavía estoy tratando de asimilar lo que Jean me ha dicho.

Sus palabras «le gustas a Edward» oscilan por mi cabeza, y tanto la confusión como la sorpresa se apoderan de mi cuerpo de tal forma que apenas puedo pensar con coherencia. Paso saliva por mi garganta seca y, una vez que he asimilado los últimos minutos, me obligo a reaccionar aún escuchando las palabras de Jean en mi cabeza.

«Le gustas a Edward».

¡¿Le gusto a Edward?!

Tomo una bocanada de aire, conteniéndolo en mis pulmones por unos segundos para después sacarlo, repito el proceso unas cuantas veces, tranquilizándome. En cuanto más pienso en lo que me ha dicho el chismoso de Jean, menos sentido le encuentro, sus palabras son absurdas. No hay manera de que Edward pueda sentir algo por mí, es... ridículo.

Debió ser una confusión, tal vez leyó mal el papel o se confundió de palabras o inventó eso para burlarse de mi reacción. También existe la posibilidad de que alguien más tuvo que escribir la nota, no lo sé, las otras tres personas involucradas pueden estar en una relación también, Jean no los conoce a la perfección como para decir que la única pareja en esa habitación éramos Edward y yo. Sé que estoy dándole muchas vueltas, pero es porque en definitiva Edward no puede gustar de mí. No puede.

No puede ser él, no hay forma de que eso sea cierto. O si hay una pequeña posibilidad de que haya sido así, solo debió haberlo puesto para aparentar, porque nuestra relación es real para los ojos de los demás, porque se supone que tiene que demostrar que siente algo por mí para poder probar que no es el homofóbico del que tanto hablaban. Sí, eso debe ser. No hay otra explicación.

Porque los chicos como Edward no pueden sentir algo por los chicos como yo.

Ni en un millón de años, ni volviendo a nacer eso sería posible, no estamos en la misma sintonía ni en la misma página.

Sí, es lindo conmigo y me trata bastante bien, pero él solo está siendo amable conmigo porque le estoy haciendo un favor y porque su personalidad es así, no por otra razón. Sería estúpido creer que hay sentimientos de su parte cuando solo está portándose educado y cuando está aparentando que siente algo por mí porque esa es la base de nuestra relación: fingir.

Sin olvidar que los días de nuestra relación están contados. Nos faltan nueve días para terminar, después de eso, él seguirá con su vida y yo con la mía. Tal vez seguiremos siendo amigos, pero solo eso, amigos. Apuesto a que habrá un montón de personas que querrán salir con Edward una vez que terminemos, y existe la pequeña posibilidad de que él también quiera avanzar. No va a quedarse a mi lado, ni yo tampoco.

Además, a mí me gusta Heather. Al fin tengo una cita con ella y puedo dar el siguiente paso para seguir. No voy a tirar lo que siento, ni tampoco voy a confundirme con algo sin valor, como lo es la nota que Oliver recibió.

Tengo en claro lo que siento, soy consciente de la enorme distancia que hay entre Edward y yo, y soy realista, jamás, pero jamás, estaré en su nivel. No soy tan estúpido como para lanzarme si sé que en el fondo del precipicio solo me espera una horrible caída.

Me agacho para recoger mi celular, verifico que no le ha pasado nada cuando lo he dejado caer y paso una mano por mi cabello al ver que está bien. Suelto un suspiro. No voy a agobiarme con toda esta mierda en mi cabeza, no tengo tiempo para hacerlo, lo mejor que puedo hacer es dejar las cosas tal como están, sin mover nada, dejar de pensar en eso y volver a la realidad.

Edward me está esperando para la cita falsa que tendremos y yo ya he tardado un rato, sé que no debe preocuparse porque está hablando con mamá de sabrá Dios qué, así que decido dejar las cosas por la paz y hacer como si nada hubiera pasado, como si Jean no me hubiera marcado. No quiero que nuestra relación ni la cita de hoy se pongan incómodas por algo de lo que no estoy seguro.

Sin cambios, fue algo que acordamos y será algo que mantendré

hasta que terminemos la relación.

Respiro hondo y golpeo mi rostro con mis manos. No tengo tiempo para pensar en estas cosas, no importa lo que Jean haya dicho, ni las estupideces que pasan por mi mente en este instante, nada ni nadie va a arruinar este día, ni muchos menos mi relación con Edward.

Regreso a la sala principal con la canasta en la mano, fingiendo que todo está en orden, como si mis piernas no estuviesen temblando y los nervios no estuviesen carcomiéndome. Edward y mamá están platicando, lo que me pone aún más nervioso, los he dejado bastante tiempo a solas, el tiempo suficiente para que cierta señora pudiese humillarme.

En cuanto Edward ve que estoy en la sala, sus ojos bajan hacia la canasta que tengo en mi mano y sus labios se curvan en una hermosa sonrisa, una que va directo a mi corazón y que altera todo mi sistema. Mi cabeza, jodiendo como siempre, me repite las palabras de Jean como si fuera un jodido remix. Puta cabeza de mierda, así como sirve para fastidiarme, ojalá pudiera recordarme lo que estudio una noche antes de los exámenes.

Trago saliva de nuevo, ignorando las palabras de Jean, y aparto la mirada de su rostro y la llevo hacia mamá, quien voltea a verme cuando ve que Edward lo ha hecho. No sé si las madres tienen un sexto sentido que les avisa cuando algo va mal o si yo soy demasiado obvio, pero ella me escudriña, ceñuda. Finjo una sonrisa, forzándome a mostrar que estoy en perfecto estado. Apuesto a que no se lo ha tragado porque hace una mueca con la boca, recorriendo sus ojos por todo mi cuerpo, tras eso, me regresa la misma sonrisa fingida.

—Hablando del rey de Roma y el burro que se asoma —mamá dice en voz baja, aunque ha sido más que obvio que la he escuchado.

A pesar de que estoy bastante descolocado, hago un esfuerzo por verme irritado. Inflo las mejillas en señal de molestia y le doy una mala mirada. No sé qué debería irritarme más, que me haya dicho burro o que haya estado hablando de mí con Edward cuando fui a la cocina. Cualquiera de las dos son buenas razones para verme molesto, pero la segunda opción es más fastidiosa. Espero que le haya dicho cosas buenas de mí.

Aprieto la canasta contra mí en tanto camino hacia ellos y me doy ánimos en mis adentros para seguir el hilo de la conversación, como el Andy sin ninguna crisis lo hubiera hecho.

—¿Te he dicho que eres la mamá que más *bullying* le hace a su propio hijo? Puedo demandarte por eso —advierto con diversión, uniéndome a ambos.

Por dentro me felicito por haber sido capaz de articular algo que diría estando bien, o mejor dicho, estando lo más cercano a bien. Nunca en mi vida he estado bien, algo en mi cabeza se pudrió hace

tanto tiempo que seguro ya no tiene reparación.

Mantengo mi vista en mamá y evito la mirada de Edward a toda costa para poder recomponerme de la ola de emociones, del torbellino de preguntas y de la incipiente confusión que amenaza con dejarme tirado en medio de la sala si continúo pensando en el asunto que no pienso mencionar de nuevo porque esta vez sí me muero del colapso emocional.

—¿Demandarme por ser una mamá increíble? —lleva su mano a su pecho, en modo *drama on*. Río, dejando morir en el olvido al asunto—. Agradecido deberías estar.

—¿Qué tengo que agradecer? ¿Que me dejaste olvidado en el supermercado cuando tenía siete años? ¿O que te olvidaste de recogerme de la escuela a los diez? —cuestiono con sarcasmo, a lo cual ella abre la boca, indignadísima.

—Lo del supermercado no tiene justificación, lo admito, pero estás vivo y en perfecto estado, que es lo que cuenta. —Me echa una mirada y niega—. Bueno, en perfecto estado no tanto. El punto es que estás bien y, para aclarar, no me olvidé de ti en la escuela, se me hizo tarde, que es diferente. —Mueve sus manos, restándole importancia.

—Cinco horas tarde —le recrimino.

—Todos cometemos errores.

Ella pudo haber añadido un «tú, por ejemplo, eres el error que cometí», pero no lo hizo porque tenemos visita, de lo contrario no se hubiera contenido. Sé cuánto ama molestarme con eso, es la broma que jamás pasará de moda entre nosotros, ni cuando sea una ancianita.

Escucho que Edward se ríe y recuerdo que él está ahí, oyendo las estupideces que mamá y yo estamos diciendo. Uh, debe pensar que somos tontos. Me siento apenado por eso, por lo que inhalo con fuerza y tomo valentía para poder acercarme a él. Una vez que me siento seguro, agarro su muñeca para irnos antes de que más estupideces salgan de la boca de mamá o de la mía. Él deja de reír y mantiene sus ojos en la mano que he puesto sobre su brazo.

—Nos vamos —aviso apurado a mamá, jalando con delicadeza a Edward fuera de casa. Ella pone su pie en la puerta, impidiéndonos el paso. Volteo a verla, confundido.

—Antes de que se vayan necesito tomarme una foto con ambos, se ven tan lindos juntos —chilla. Saca su celular de su bolsillo, nos da la espalda y, con un flashazo, toma la foto. Pestañeo, aturdido—. Listo —avisa, mostrándonos la foto. Ella sale sonriendo, Edward también, y yo soy el único que sale con los ojos entreabiertos. Genial—. Ay, qué bien salimos, voy a subirlo a WhatsApp. ¿Qué hashtag está mejor? ¿«Mi segundo hijo dice que soy la mejor suegra»? o ¿«la familia es lo primero»?

—Ninguna, y no vayas a subirla, salgo ma...

—Mi segundo hijo dice que soy la mejor suegra —le responde Edward, emocionado y cortando mi petición. Le piso el pie, pero él ni siquiera se inmuta.

—¡Nos vamos!

Notifico, exasperado. Esta vez no doy chance para que Mariel vuelva a impedirnos el paso. Arrastro a Edward fuera de la casa y cruzamos el patio de entrada para poder llegar a su auto. Mi novio falso no hace más que seguirme el paso, dejándose llevar por mí, sin rechistar u oponerse.

—¡Hasta luego! —mamá, entre risas, se despide gritando para que podamos oírla—. ¡Edward, tráelo antes de las ocho, o mejor si no lo traes de regreso! —bromea y oigo con claridad cómo Edward suelta una risita. Rechino los dientes—. ¡Es broma, hijo, sabes que te amo! Ay, ¡¿debí darles la conversación de los pajaritos cachondos?! —pregunta haciendo que me avergüence por completo.

Mariel tiene una licenciatura en humillar a su hijo. Dentro de poco hará la maestría.

—Por favor, finge que no la escuchas.

Le pido a Edward, quien solo asiente, todavía riendo. Yo también me reiría si no me sintiese tan avergonzado. ¡¿Cómo va a decir lo de los pájaros cachondos frente a Edward?! Y, aún más importante, ¡¿qué pasa por su cabeza al suponer que necesitamos esa conversación?! ¡No vamos a hacer nada extraño, por Dios! Solo vamos a una cita falsa para prepararme con Heather, nada más va a suceder. Tengo autocontrol de sobra. Y tampoco es como si vaya a necesitar del autocontrol, porque no me veo en una escena así con Edward, ewww... Aunque... No, olvídenlo, agh, aléjense de mí pensamientos impuros.

«Mente sana como manzana, piensa en limones, no en bananas», me repito.

Con el calor en las mejillas, suelto la muñeca de Edward para que abra la puerta del auto. Aún se puede escuchar a mi mamá diciendo una gran cantidad de estupideces referentes a «usar protección y cuidarnos», no me atrevo a dar la vuelta para verla porque estoy lo que le sigue de rojo. Edward saca la llave de su carro y presiona algo que hace que los seguros de las puertas se alcen. No lo pienso dos segundos cuando ya estoy dentro y suelto un gran suspiro de alivio.

No hemos ni iniciado la cita y los nervios y el estallido carmesí en el que mis mejillas se tiñeron ya hicieron presencia. No sé cómo demonios voy a aguantar toda la tarde. Por si acaso, tendré el número de emergencias a la mano, porque ya puedo imaginarme con un maldito paro cardíaco.

Edward se despide de mamá antes de entrar al coche, por otro

parte, yo me escondo entre el asiento para que Mariel no sea capaz de ver el desastre de rubor que hay en mi rostro. Cuando Edward ya tiene puesto el cinturón de seguridad, enciende el carro a la par que conecto mi celular en la bocina. *Tongue tied* de Grouplove comienza a sonar, y antes de bloquear mi celular, silencio las notificaciones, ignorando los mensajes que tengo de Jean. Va a matarme después, pero no me importa. No quiero saber nada de lo que pasó hace rato. Solo quiero disfrutar el día.

Mi novio deja sus manos en el volante, sin hacer otro movimiento. Frunzo el ceño, ¿por qué no avanza?

—¿Y a dónde piensas llevarme? —me pregunta, girando su cabeza para verme. Ay, sí, es cierto, lo había olvidado por completo, yo soy el organizador de la cita.

Quiero golpearme contra la pared o lo primero que encuentre porque estuve tan preocupado por las últimas cosas que han pasado que no tuve tiempo de pensar en un lugar al cual ir. Mamá dijo que la idea era que ambos buscáramos un lugar, pero debí haber pensado en algunas cuantas opciones para no perder tiempo. Iniciando con el pie izquierdo, como siempre. Al menos todo va «bien» hasta ahora y nadie ha terminado en el hospital.

—No lo sé —respondo con sinceridad, y él se carcajea, supongo que piensa que le estoy tomando el pelo. Me escondo más en el asiento por la pena, quisiera haber tomado mi suéter para esconderme en él. Edward ve que no me río y su risa se va apagando poco a poco, luego de eso, sus ojos se abren de par en par—. No me mires así, es mi primera vez —comento para defenderme y sonríe de lado—. ¿Por qué sonríes? ¿Te divierte saber que es mi primera cita?

Me cruzo de brazos, a la defensiva. Conociéndolo, seguro se va a burlar de mí con lo que he dicho. Ya puedo oír la broma que va a soltar el muy descarado.

—No me divierte, me hace sentir especial. —Regresa su vista al frente, dejándome desconcertado. ¿Especial? No entiendo—. Me alegra saber que soy el primero, no es que me moleste si has estado con alguien o no, ni tampoco quiero sonar de esos tipos posesivos tóxicos —arruga la nariz—, pero suena lindo decir «soy el primero», no lo sé, es una tontería de mi parte.

Se encoge de hombros, quitándole valor a sus palabras, y niego, no es una tontería, es algo tierno. No puedo creer que se sienta feliz de decir «soy el primero», es un engreído. Esbozo una sonrisa. Creí que iba a burlarse, pero terminó sorprendiéndome con algo así de dulce.

—No creo que sea una tontería, es dulce —farfullo, haciéndolo sonreír.

—¿Crees que soy dulce? —inquiere con un tono coqueto. Blanqueo los ojos, aquí vamos de nuevo.

—No pongas palabras en mi boca, no dije eso —refuto.

—Pero lo piensas.

Me ve por el rabillo del ojo sin quitar su estúpida y linda sonrisa.

—A veces, pero ese no es el pun... —su melodiosa risa llega a mis oídos y es ahí donde caigo en cuenta de que acabo de confirmarle que creo que es dulce. Bufo, molesto—. Te odio muchísimo.

Su risa aumenta.

—Ódiame todo lo que quieras, acabas de decir que te parezco dulce, ya nada me importa. —Eleva su barbilla con orgullo e inflo mis mejillas. El objetivo era enviarme al hospital por nervios, no por molestia.

No le digo nada, no porque me haya enojado de verdad, sino porque nada se me ocurre. Edward es experto en dejarme con la boca cerrada, algo complicado considerando que las estupideces salen de mí como si estuviera hablando del clima.

—¿Y entonces? ¿A dónde vamos? —pregunta al ver que no respondo.

Llevo mi mano hacia mi mentón, pensativo.

Sunderland se caracteriza por tener los más lindos espacios al aire libre de todo el condado de Tyne y Wear, o eso es lo que les gusta presumir a los señores de la tercera edad de nuestra ciudad, pero los que yo conozco no son sitios que parecen adecuados para una cita, mucho menos una que implica un picnic.

—No conozco la ciudad, así que no tengo ni la más mínima idea —contesto, sincero—. Quería hacer un picnic, pero mamá dijo que tenía que ser en un lugar especial... —guardo silencio porque no estoy seguro de contarle la idea de mamá, aun así, me atrevo a añadir—: también dijo que lo busquemos y lo convirtamos en nuestro lugar especial.

Por alguna razón, decir «nuestro» en voz alta suena extraño, pero al mismo tiempo lindo. Más lindo que extraño. Él debe creer lo mismo, porque me mira con un brillo particular en sus ojos.

—No será difícil encontrarlo, porque cualquier lugar es especial si estás tú —suelta, haciendo que a mi corazón le dé un vuelco.

Pellizco mi muslo, obligándome a mantenerme cuerdo y no caer en sus palabras. ¿Por qué siempre dice cosas tan dulces y confusas como esas? No lo entiendo. Él no solo es experto en dejarme callado, también es experto en dejarme confundido. No le respondo de nuevo y me remuevo en mi asiento.

—¿Entonces el plan es ir sin rumbo y bajarnos en el lugar que se vea menos peligroso, donde digamos «aquí parece que no nos van a robar»? —inquiere sarcástico al ver que yo no digo nada. Carraspeo.

—Sí, ¿no es un buen concepto de cita? —finjo emoción en mi voz. Edward me sigue la corriente, asintiendo con la cabeza y tomando mi

afirmación como señal para comenzar a conducir sin rumbo fijo—. Ya lo sé, soy el mejor, no tienes que decírmelo. —Cruzo mis brazos con egocentrismo, pero luego de decir eso me arrepiento, porque sí quería escucharlo. Me vuelvo hacia él—. Es broma, sí, dímelo, dime que soy una buena cita.

Edward pudo haberse negado, como yo haría, sin embargo, me he dado cuenta de que le gusta seguirme el rollo, porque dice:

—Eres una buena cita.

Eso alimenta mi ego.

—Más fuerte.

—¡Eres una buena cita! —grita por encima de la música.

—¡No te escucho! —vocifero, animándolo para que lo diga más alto.

—¡¡Eres una buena cita!! —repite más fuerte.

—¡Lo sé! —Alzo mis manos en señal de victoria y me echo a reír—. ¡Te dije que sí soy una buena cita, ahora trágate tus palabras!

Edward vuelve a asentir, sin quitar la sonrisa de su rostro. Así me gusta, él debe tragarse las palabras que dijo en la mañana porque estoy demostrándole que soy una buena cita, no una mala como había dicho.

«¿Cómo te quedó el ojo Catalino? ¿Eh? ¿Cómo? Sorprendido, ¿verdad? ¿Y hueles eso? Huele como... ¡el dulce sabor de la satisfacción!».

Todavía tengo sus palabras grabadas en mi cabeza. Fueron esas palabras las que me motivaron a planear (o hacer el intento de planear) la mejor cita de todas. Qué satisfacción me da poder decir que, por primera vez, las cosas me salen bien. Esto no sucede a menudo.

Pero, como si la vida estuviera escuchando mi felicidad, las primeras gotas de agua comienzan a caer por el parabrisas, poco a poco, empapando todo el cristal y empapando la ilusión y las esperanzas que tenía puestas en esta cita. Puedo escuchar el sonido de mi corazón rompiéndose a pedazos mientras que los Andy que manejan mi cabeza entran en pánico y mi cerebro se lanza por la borda. Mierda. Mierda. Mierda. ¡Y más mierda!

Ambos quedamos en completo silencio, viendo que ha comenzado a llover, el único ruido que escuchamos es el de la lluvia junto la canción *Rain* de The script, que casualmente —por no querer decir que el universo está conspirando en mi contra— ha comenzado a reproducirse en la bocina, coincidiendo con lo que está pasando.

Volteo a ver a Edward y él a mí, nos miramos por unos segundos hasta que pone su atención en el camino otra vez y aprieta los labios, aguantándose la risa, pero siendo incapaz de poder ocultar la sonrisita divertida. Me hundo otra vez en mi asiento, sintiéndome demasiado

humillado. ¿En serio? ¿De todos los malditos días del año justo hoy y a esta hora tuvo que llover? ¿No puede llover en otro momento?

Muy homofóbico de tu parte, mi querido universo, muuuy homofóbico.

—Ni se te ocurra decir algo, Catalino —lo amenazo, apuntándolo con mi dedo pese a que la vergüenza está más que presente en mi cuerpo. La sonrisa que trata de ocultar se pone en una línea recta y su expresión divertida es reemplazada por una un poco más seria.

—¿Catalino? ¿Quién es Catalino? —inquiere confundido e indignado al mismo tiempo—. ¿No te han dicho que es de mala educación confundir el nombre de tu cita con el de alguien más?

Quiero morir en este mismo instante porque no me había dado cuenta de que lo llamé por el inmaduro apodo que le puse a su lado descarado. ¿Cómo pude ser tan tonto como para llamarlo con uno de los ridículos nombres que le tengo? ¿Qué voy a decirle ahora? ¿Mentirle con una de las típicas boberías que le suelto? No, él notaría que estoy haciéndolo y creerá que estoy tratando de componer la cagada que hice. No me queda de otra más que decir la verdad. Muerdo mi labio. Voy a demandar a mi cerebro por irse y dejarme a cargo.

—Catalino eres tú, pero versión salvaje —le explico de forma sencilla, porque no voy a contarle de forma detallada la razón por la que lo llamo de ese modo.

Parpadea, suavizando su expresión. La línea que formó en sus labios segundos atrás es reemplazada por una sonrisa torcida.

—¿Salvaje? —se burla.

—Sí, ya sabes, tipo... —aclaro mi garganta para imitar su voz y decir—: «las rosas son rojas, las violetas azules, las naranjas naranjas»… —hago una pausa porque no sé qué más decir—. Ese tipo de cosas.

—¿Qué? —ríe, mirándome de reojo.

—No finjas que no sabes de lo que hablo —recrimino y ruedo los ojos—, cuando te pones en plan coqueto, bromista, descarado. En modo «todos mueren por mí y tú también».

—¿Me pongo de ese modo? —cuestiona en un susurro y arquea una de sus cejas.

—Sí, como ahora —le reprocho—. Y lo detesto, haces que me ponga nervioso.

Se me escapa decir, y es demasiado tarde para arreglarlo o para fingir que no he dicho aquello porque su sonrisa crece.

—Me gusta ser Catalino. —Mueve su cabeza de arriba abajo con lentitud, como si estuviera aprobando el nombre—. Llámame así.

—No.

—¿Qué debo hacer para que me llames de ese modo? —interroga,

poniendo sus ojos sobre los míos.

Al parecer se le olvida que él es el chofer responsable que tiene nuestras vidas en sus manos, porque conduce con una sola de ellas mientras que con la otra intenta tocar mi muslo. Mi respiración se corta al notar su intención y el corazón comienza a palpitarme con demasiada fuerza. ¿Está haciendo lo que creo que está haciendo?

Sigo sus movimientos con la mirada, y cuando su mano se posa en mi muslo y le da un pequeño apretón, el estómago se me revuelve. Mantengo mis ojos en su agarre y los nervios no tardan en aparecer. Su mano sobre mí se ve muchísimo más grande de lo normal, no sé si es porque mis piernas son un poco delgadas o si mi cabeza está haciéndome un mal juego. Creo que es la segunda opción, porque, para joderme más, encuentro atractiva su mano, sobre todo por los anillos que hay en sus largos dedos. ¿Por qué estoy viendo sus dedos? Agh.

Sea cual sea la respuesta, me fuerzo a mí mismo a mantener la compostura.

—Te llamaré, pero en la cárcel, porque te demandaré si no pones atención en el camino —advierto, tratando de que mi voz suene lo más normal posible. Él pone más fuerza sobre su agarre, lo cual hace que mis piernas tiemblen. Trago saliva—. Aléjate, vamos a chocar y no pienso morir ahora —titubeo, apartando su mano.

Edward se ríe por mi reacción, mirando el camino de nuevo. De pronto, comienzo a sentir que vamos avanzando muy rápido, el muy maldito ha aumentado la velocidad, como si le hubiera pedido lo opuesto a mantenernos con vida. Mi corazón se acelera.

—¿No es lo que querías? —curiosea, refiriéndose a «morir». Gruño.

—¡Voy a morir bajo mis condiciones, no en un accidente de auto! —contraataco, y él ignora mis gritos, aprovechando que la calle está vacía para conducir como si quisiera matarnos, no, no como si quisiera, él sí quiere hacerlo—. Edward, bájale a la velocidad, nos vas a matar, imbécil —regaño porque vamos de bajada con la calle mojada, una mala combinación. Siento que vamos tan rápido que tengo que cerrar los ojos—. ¡Nos vamos a morir! ¡Edward bájale que nos vamos a estrellar!

Continúa sin hacerme caso y suelto el grito de muerte cuando abro los ojos y veo que a unos metros de distancia hay una curva peligrosa. El corazón se me detiene y todo mi cuerpo entra en pánico. Cierro los ojos de nueva cuenta, apretándolos con fuerza para no ver el desastre que seguro pasará, si iré al cielo al menos no quiero mirar cómo soy mandando para allá. A mi costado, Edward, se echa a reír, bajando la velocidad.

—Lo siento, lo siento, lo siento —trata de disculparse, pero no puedo tomar sus disculpas en serio cuando se está riendo de mí sin

vergüenza.

Abro los ojos y volteo a verlo ceñudo, apretando la mandíbula. Sé que ha sido una jodida broma, pero eso no quita que estaba cagándome en mis calzones. Se lo dejo pasar solo porque la cita no me ha salido muy bien por la lluvia inesperada, así que se puede decir que estamos a mano.

—Te odio, ¿lo sabes? —bramo.

—Quisieras odiarme —sigue riéndose.

Suelto un bufido, ignorando lo que ha dicho e ignorando su presencia. ¿Cómo es que puede seguir riéndose de la posible muerte que íbamos a tener? Si estuviera en mi lugar no estaría de ese modo, aunque si yo estuviera en su posición... Vale, sí, estaría cagándome, pero de la risa. Lo entiendo, no voy a mentir, bromear con alguien así cuando eres tú el que está haciendo la broma es gracioso, no obstante, yo era al que le hacían la broma, no voy a reírme.

Aun así sonrío por lo bajo. Mi novio es un tonto de lo peor.

Nos pasamos los siguientes minutos en silencio, escuchando mi música y la lluvia que se intensificaba cada vez más. Por momentos veo a Edward de reojo y él a mí, era una acción un poco ridícula de parte de los dos, porque lo descubría viéndome y Edward desviaba la miraba para el frente, cuando él me atrapaba observándolo, yo apartaba la vista. Repetíamos esas acciones un montón de veces, hasta que ambos coincidimos y nuestras miradas se toparon, dejándonos al descubierto. Nos echamos a reír como si nos hubieran contado el mejor chiste de todos, creo que no hacían falta palabras para saber lo que pensábamos de la situación.

Regresamos la mirada al frente y hemos estado haciendo el tonto por tanto rato que nos olvidamos de prestar atención al camino. O al menos yo sí dejé de hacerlo. Delante de nosotros ya no hay más casas, ni siquiera edificios o construcciones, solo árboles, estamos en lo que parece ser la carretera hacia... No sé, no tengo ni la más remota idea de dónde estamos.

—¿Dónde estamos? —le pregunto, esperando que él sí reconozca este lugar. Edward es el responsable, no va a conducir a lo tonto. O bueno, con lo que pasó ese rato...

—No lo sé —me responde en un susurro, lo que hace que me asuste. Giro a verlo y él tiene la misma expresión confusa que yo—. Creo que nos perdimos.

—No me digas, Sherlock —ironizo, y por primera vez lo veo poner los ojos en blanco.

Esta clase de situaciones pasan cuando no planeas las cosas. Ahora es mi turno de tragarme mis palabras, sí soy una mala y pésima cita, la peor de todas. Okey, en definitiva, no esperaba que la cita saliera tan mal, como el clima de mierda y como el hecho de que ahora

tenemos un problema más grande porque estamos perdidos.

Busco mi celular por mi bolsillo y luego por la parte del asiento, porque no recuerdo dónde lo dejé. Gruño frustrado al no hallarlo. Necesito encontrarlo para ver si puedo entrar a Google Maps y así poder regresar a casa o regresar a un mejor sitio. Sigo buscándolo por todas partes, sin embargo, algo me detiene la búsqueda. El carro ha dejado de avanzar, Edward lo ha estacionado. Desconcertado, levanto la vista hacia él, que tiene la mirada puesta en lo que sea que hay frente a nosotros.

—Mira, es lindo, ¿no?

Señala el paisaje que tenemos delante y no tardo en echarle un vistazo. No es más que un gran campo lleno de árboles, nada nuevo, ya que la carretera en sí está rodeada de eso, lo único que lo diferencia de los demás es que hay un pequeño (muy pequeño) lago, que a mi parecer es más un graaan charco. No sé cuál sea la definición de «lindo» para Edward, pero esta vista me parece lo más común del mundo. Sin embargo, no iba a decirle eso.

—Sí, está lindo —le doy la razón, aunque por dentro piense lo contrario—. Pero no podemos bajar ahora, la lluvia está fuerte —le recuerdo nuestro pequeño inconveniente.

Edward asiente a regañadientes, aún viendo al frente. Su actitud me confunde un poco, por lo que lo analizo con la mirada. Él tiene las cejas juntas, una mueca en sus labios y la desilusión plasmada en su rostro. No se ve muy feliz, no sé si es por la lluvia o si es por la cita en sí. Quiero creer que es por la lluvia, sin embargo, todas las señales apuntaban a que es por la cita. Mi estómago se encoge. Se suponía que iba a ser la mejor cita del mundo, pero, como siempre, las cosas jamás me salen bien. Tuve que haber previsto que esto pasaría, hubiera sido mejor si teníamos una cita normal, de esas en las que invitas a alguien al cine o cosas por el estilo, al menos ahí no se vería desilusionado.

Comparando la cita que el organizó con esta, me quedo corto. Muy corto. Él me llevó a un lindo lugar acorde a mis gustos y me invitó la comida, la pasé muy bien. Edward, por el contrario, no se ve que la esté pasando muy bien, se ve como si estuviera aquí por obligación. Todo por mi culpa y mi poca experiencia en citas.

Agh, soy un asco.

—Lo arruiné, lo siento, no soy una buena cita —mascullo. Él gira a verme y comienza a negar con la cabeza, cambiando su expresión por completo.

—Es la mejor cita que he tenido. —Sonríe en grande, pero no le creo. Mentiroso. Chasqueo la lengua, jugando con mis dedos, cabizbajo. Edward se da cuenta de mi inseguridad, porque agrega—: Te juro que es la mejor cita, solo recordé algo que no tuve que haber recordado en este momento, lamento si creíste que puse una mala cara

por la cita, no era mi intención. *Mon soleil*, en verdad es la mejor cita que he tenido en mi vida.

Toma mis manos con las suyas en su intento de asegurarme que todo está bien y acaricia mis dedos con su pulgar. Una parte de mí dice que es sincero, pero la otra parte, la insegura que no hace más que joderme, me dice que solo lo está diciendo para que no me sienta mal. Suspiro sin apartar mis manos.

—No debiste tener muchas —murmuro.

—Algo así. —Suelta una risa nasal.

Muerdo mi mejilla interna. Él ha tenido más citas y apuesto a que de todas las citas la de ahora está en el último puesto. No lo culpo, yo también me pondría hasta el último lugar. Además, no importa si está siendo honesto o no, eso no quita el hecho de que esta cita sea un verdadero asco.

—Escucha —retira una de sus manos de las mías, llevándola a mi mentón para que alce la cabeza y lo vea a los ojos—, la lluvia no va a arruinarnos nada.

No entiendo a qué se refiere con eso hasta que veo cómo se quita el cinturón de seguridad con una mano mientras que con la otra abre la puerta del piloto. Hundo mis cejas por sus acciones, si creía que Edward está loco, me equivocaba, está más que loco. Ya es muy tarde para detenerlo o para decirle que no lo haga, porque mi novio está bajando del coche, sin importarle que afuera esté lloviendo.

Edward no tarda en empaparse por completo, desde la cabeza hasta los pies. Está lo que le sigue de mojado. Su ropa y cabello están hechos un desastre y no se ve molesto o irritado por eso, al contrario, una linda sonrisa adorna su rostro, como si estuviese en un campo soleado y no uno lluvioso. Solo puedo pensar en una cosa: ¡¿cómo se le ocurre salir?! ¡¿No ve que está lloviendo y que puede tener un resfriado por eso?!

—¡¿Qué demonios crees que haces?! ¡Entra de nuevo, te vas a enfermar! —lo regaño con un tono de voz más elevado que de costumbre. Él no se inmuta con mis palabras.

—¿Y?

—¡¿Y?! —me exaspero—. ¡No pienso mandar a mi primera cita al hospital! —agito mis manos de forma exagerada para que se dé cuenta de la situación.

—¡Entonces hazme compañía también, bobo!

«Bobo tu cola».

Lo pienso unos segundos porque no estoy seguro de que hacerle compañía sea una buena idea, en realidad suena como una pésima —una horrible, una tonta— idea. Es la peor de las peores ideas que se le ha ocurrido a Edward en estas semanas, y eso que pedirle a un chico desconocido que finja ser su novio tenía la corona como la peor; tenía,

porque esta idea se la ha arrebatado. Sin embargo, el hecho de que esté ahí afuera, mojándose e intentando levantarme el ánimo por la cita desastrosa, me motiva a hacer el tonto junto a él.

No muy seguro de mis acciones, salgo del auto para acercarme a él, sintiendo un escalofrío recorriéndome por el cuerpo porque la lluvia me cubre por completo. Joder, qué helada está el agua. Me abrazo a mí mismo, maldiciendo a Edward en mis adentros por haber salido del coche. Doy zancadas hacia su dirección, temblando de frío. Cuando rodeo el carro, encuentro a Edward sentado en el césped, mirando hacia el cielo. Al verme, me regala una sonrisa de oreja a oreja que quiero borrar por haberme hecho salir. Él palpa el pasto para que me siente, pero no lo hago.

—¿Alguna vez has tenido un picnic bajo la lluvia? —me pregunta y niego—. Lo tendrás ahora. En los libros todo lo que tenga que ver con lluvia es romántico, esto lo es. Sumaste muchos puntos, ¿llamaste a Dios para pedirle que lloviera? ¿O hiciste alguna clase de «baile de la lluvia»? —bromea y blanqueo los ojos.

—No vamos a tener una cita bajo la lluvia —aclaro haciendo que sea su turno de blanquear los ojos. El gesto que hago se le está pegando—. Solo salí para meterte al auto de nuevo. Si no entras tendré que obligarte —advierto.

—Qué miedo —ironiza, sin hacer caso a mis palabras. Frunzo mi ceño y alzo mi puño para verme más amenazante y para intimidarlo, pero creo que logro lo contrario porque Edward suelta una pequeña risa—. Ayúdame a pararme, aguafiestas.

Ruedo los ojos por la última palabra que dijo y le ofrezco mi mano para que se levante, Edward la toma y hace el intento por reincorporarse, sin embargo, el muy tonto se aprovecha de la situación y tira de mí provocando que dé un grito ahogado y que caiga encima de él. Intento agarrarme del aire en el acto, pero (obviamente) es imposible. Edward queda de espaldas contra el césped y yo con mis rodillas en el pasto, con la otra mitad de mi cuerpo sobre él. Se echa a reír y, aunque quiero golpearlo por dejarme en esta posición, también me río.

Ni siquiera sé si me río por la situación o porque la risa de Edward es contagiosa, pero lo hago, y me gusta. Me gusta reír junto a él, me gusta esta extraña presión en el pecho que se asoma cada vez que hablamos, me gusta la calidez que siento cuando estoy a su lado, me gusta que trate de levantarme el ánimo y que escuche mis estupideces como si estuviera contándole una noticia extraordinaria, me gusta que sea atento y me gusta que sea descarado al mismo tiempo.

Sin embargo, también me asusta. Me asusta porque sé que, como todo, tendrá fin. Y me asusta aún más porque esto es nuevo para mí, porque lo desconocido me aterra.

—No es broma Edward, vamos a enfermarnos —menciono una vez que he dejado de reír.

—Quedémonos un rato así, por favor.

No me niego a su petición porque la sonrisa que hay en su rostro me pone feliz. Tampoco hago el intento por moverme a pesar de que debería hacerlo porque la posición en la que estamos es un poco peligrosa, sobre todo para mi pobre corazón. Ambos nos quedamos recostados, mojándonos sin decir nada, como si no importara que al día siguiente podamos tener una horrible gripe. Cualquier persona que pase por aquí creerá que somos unos tontos por estar acostados bajo la lluvia, y sí que lo somos, yo más que él porque accedí a estar de esta forma.

Veo su rostro, él está mirando hacia arriba de nuevo. Su cabello, que minutos atrás estaba peinado, ahora está hecho un lío. Gotas de agua lo están empapando, pero pongo mi atención en una en específico, esta cae de su pestaña, pasando por su mejilla hasta llegar a sus labios y caer por su barbilla, no obstante, pierdo de vista la gota porque mis ojos se detienen en sus labios. Sin poder evitarlo, recuerdo el beso que me dio en casa de papá y muerdo mi labio inferior.

El beso de esa vez fue el primer beso en toda mi vida que me dejó con ganas de más, ni siquiera había sentido eso con mis exnovias o chicas que me gustaban, y no comprendo por qué. ¿Hay alguna técnica o algo así? Me pregunto cómo es que besa tan bien.

Debe notar que lo veo porque sonríe y baja la mirada hacia mí.

—Suéltalo —escupe. Arqueo una de mis cejas sin entender—. Parece que quieres decir algo, hazlo.

¿Se notaba tanto? Dios, qué vergüenza. Carraspeo, apoyando con delicadeza mis antebrazos en su pecho para no lastimarlo.

—¿Por qué besas tan bien? —cuestiono de forma atropellada—. O sea, ¿cómo le haces?

—¿Gracias? —Suelta una risita—. Y no lo sé. Solo... ¿sucede? No tengo ni la menor idea.

—Debiste besar a muchas chicas —sugiero como posible respuesta a la pregunta y él niega.

—No es así, te equivocas.

—No encuentro razón para que sepas besar tan bien si no es con experiencia.

—Me refiero a que nunca he besado a ninguna chica.

—¿Entonces? —inquiero, desconcertado.

Edward solo alza sus cejas.

No entiendo sus palabras. ¿Si no ha besado a ninguna chica entonces cómo es que besa tan…?

Oh.

OH.

OooOooH.

¿Eso quiere decir que le gustan los chicos? ¿No ha besado a chicas porque solo ha besado a chicos? No es que me importe la orientación sexual de Edward, solo que... No sé, tenía la idea de que le gustaban las chicas, o ambos. Sé que no debo suponer la orientación sexual de las personas, yo más que nadie debe saberlo, pero eso no quita que me sorprenda.

Creo que la sorpresa es más que evidente en mi rostro, porque él niega con una sonrisa, sin poder creer mi nivel de estupidez.

—Tú también besas bien —murmura, devolviéndome el halago—. ¿Ya lo habías hecho?

—Con chicas —respondo.

—¿Y chicos? —me ve directo a los ojos, curioso. Aprieto mis puños en su playera.

—Tú fuiste el primero —confieso.

Mi confesión no lo tomó por sorpresa, o supo ocultarlo muy bien, porque su expresión grita muchas cosas, pero la palabra «sorpresa» no es una de ellas, sin embargo, las palabras «quiero besarte» sí que están más que plasmadas, porque me da una sonrisa ladina y baja su mirada hacia mi boca, sin descaro. Su acción provoca que mi corazón se apriete y que las famosas mariposas se hagan presentes, con la pequeña diferencia de que esta vez no están en llamas, las gotas de lluvia han apagado todo rastro de fuego, y aunque se supone que esas mariposas deberían estar muertas, es todo lo contrario, han tomado muchísima más fuerza y no dejan de aletear en mi estómago.

Imito su acción, tomando su iniciativa para también verle los labios. Mentiría si digo que no quiero besarlo, porque, joder, sí quiero hacerlo. Quiero besarlo hasta que sus labios queden rojos e hinchados, justo como la otra vez. Paso saliva por mi garganta, asustándome por la incipiente sensación de deseo.

Él lleva sus manos a cada lado de mi cara, lo que hace que me ponga nervioso. Acerca mi rostro hacia el de él por la posición en la que estamos, pero se detiene cuando estamos lo suficientemente cerca, como si pidiera permiso para hacer lo que creo que va a hacer. Por primera vez, mi corazón y cabeza están de acuerdo en que quieren que esto suceda, así que asiento, animándolo a que dé el siguiente paso. Cierro los ojos, dejándome llevar, y sus labios no tardan en tocar los míos, rozándose, sintiéndose.

Nos mantenemos de ese modo por un instante, hasta que, de forma sincronizada y con dulzura, movemos nuestros labios. La respiración se me agita y una corriente eléctrica me recorre por todo el cuerpo en señal de que estoy disfrutándolo. Me gusta esto, me gusta besarlo, me gusta sentirlo cerca de mí, me gusta su calor.

Llevo mis manos hacia su cuello, dándole suaves caricias que

provocan que suelte sonidos de satisfacción. Sus manos tampoco se quedan quietas, estas bajan a mi cintura y siento que hunde sus dedos, un roce más íntimo porque la ropa que llevo puesta está tan mojada que es como si tocara mi piel desnuda. Jadeo en su boca cuando siento que él me toma de la cintura para darme la vuelta. Ahora él ha quedado encima de mí, manteniendo sus manos en mi cuerpo y, por inercia, llevo las mías detrás de su cabeza, acercándolo más a mí. La lluvia es la única que atestigua lo que está sucediendo en este momento y la que, sin querer, ha hecho que este día sea el mejor de todos.

Nos separamos para tomar aire, dejando solo pocos centímetros de distancia. Nuestros pechos suben y bajan a toda velocidad y sonreímos. Acerco su rostro al mío para besarlo otra vez, pero, de repente, Edward alza su brazo y estornuda en él.

—Te dije que ibas a enfermar, tonto —reprendo, rodando los ojos.

—Pero valió la pena —contesta, soltando otro estornudo—. Tú vales la pena.

Mi sonrisa crece y dejo los regaños para después, porque, sin poder contenerme, vuelvo a besarlo.

20: Mi primera cita (spoiler: mando a mi cita al hospital), parte II

Estoy confundido. Muy confundido.

Tengo sentimientos encontrados que no estoy seguro de querer sentir, es decir, me gustó hacer el tonto con Edward, me gustó que nos valiera una mierda el clima y me gustó besarlo, pero quiero mantenerme firme a la idea de que todo esto es solo momentáneo, quiero aferrarme al sentimiento que tengo hacia Heather y hacia la amistad que tengo con Edward. Sí, eso es justo lo que quiero: avanzar con la chica que me gusta, disfrutar de los días que nos quedan a Edward y a mí como novios y encerrar cualquier otro pensamiento o sentimiento confuso.

Solo quiero estar bien. Quiero protegerme, y mi zona de confort es la única que me asegura protección.

Edward me ayuda a sacar las cosas de la canasta una vez que regresamos al auto, ve cada tupper con intriga y una sonrisa de oreja a oreja comienza a crecer en su rostro. Sonrío por lo bajo para que no note que su reacción es la que me la ha generado. Se ve lindo emocionado.

Me hace feliz mirarlo de ese modo, no solo porque está demostrando que soy una buena cita, sino porque eso significa que se la está pasando bien. La cita no ha salido tan mal pese a todos los imprevistos y la muy mala organización de mi parte.

Comienzo a ayudar a Edward sacando los vasos, platos y cubiertos; busco un lugar para dejarlos, pero al ver que no tengo espacio para acomodarlos los regreso a la canasta. Comer en el auto no sonaba tan mal, el problema es que el espacio que hay para poder hacer el «picnic» (que más que picnic es una simple comida en el carro) es demasiado reducido. Apenas podemos dejar los tuppers sin que nada se caiga.

Le echo un vistazo a la canasta para mirar si hay algo más pequeño que pueda sacar y me sobresalto al sentir que algo me cubre por completo. Alzo la mirada con rapidez hacia Edward y descubro que él está poniendo el mantel que encontré en el cuarto de mamá sobre mi cuerpo. Pestañeo, confundido. ¿Está tratando de cuidarme?

Él tiene su mirada puesta sobre el mantel, para acomodarlo sobre mí. Me quedo rígido por el acto una vez que la confusión se ha ido, y cuando sus ojos se encuentran con los míos y me regala una sonrisa

ladina marcando el hoyuelo en su mejilla, siento que mi alma sale de mi cuerpo.

—Para que no te enfermes —explica en un susurro que me hace soltar un pequeño suspiro.

Me quedo como idiota viéndolo mientras que mis mejillas se calientan y las estúpidas mariposas que han revivido gracias a la lluvia intentan molestarme en la garganta, pero me las trago al instante. ¿En serio? ¿Solo por cubrirme con el mantel me he puesto así? Agh, en primer lugar, ¿por qué Edward es tan lindo? No ayuda en nada a mantener mis sentimientos bajo control ni mis pensamientos en orden. Son este tipo de acciones las que hace que me confunda, y no me gusta.

No debería tratarme así si no siente nada por mí.

Bajo la vista hacia mis piernas porque no puedo seguir sosteniéndole la mirada y agradezco que mi cabello mojado se ve lo suficiente largo para cubrir una parte de mi rostro, de lo contrario él podría ver que me ha dejado sonrojado, otra vez. Si le pagaran por cada vez que me deja de este modo se haría el doble de rico.

—Gracias, Edward —mascullo.

—De nada, *mon soleil* —murmura, pasando una mano por mi cabeza, sobre el mantel.

Trato de apaciguar la explosión rojiza de mis mejillas repitiéndome que solo está siendo un buen amigo. Al no conseguirlo, tomo el mantel para cubrirme mejor y, aunque estoy a punto de decirle que podemos compartir el mantel entre los dos, me detengo porque eso implicaría estar cerca. Demasiado cerca. No quiero estar a una distancia muy pequeña de él, y no es que me desagrade, solo que mi corazón se acelera y me hace hacer cosas de las cuales no me arrepiento, pero quisiera hacerlo. El sentimiento de culpa por no sentir culpa (vaya lógica) me va a consumir con lentitud.

—¿Tú cocinaste? —curiosea, haciendo que mi atención vuelva a él.

Regreso la mirada a Edward y lo encuentro alzando uno de los cupcakes, inspeccionándolo.

—Nope, mi mamá —respondo con sinceridad—, pero ayudé mucho, así que puedo decir que cociné también —intento darme algo de crédito pese a que solo corté las frutas e hice tareas mínimas como pasar los ingredientes—. ¿Tú sabes cocinar?

Asiente con la cabeza.

—Me gusta la repostería.

Deja el cupcake sobre una de sus piernas en tanto dirige su atención a mí. Sonrío por su respuesta, porque recuerdo que cocinó un pastel para Kim y papá. La idea de Edward cocinando algo para mis papás y para mí me parece tierna, puedo imaginarlo con la ropa manchada de harina al igual que su rostro, qué linda imagen mental.

—Escritor, inteligente, repostero, ¿qué más? —juego, provocando que suelte una risita.

—Te faltó buen besador.

—Y engreído —añado.

—No olvides coqueto, dulce, amable, divertido y fantástico —agrega y ruedo los ojos. Menudo egocéntrico.

—No te escucho, la música está fuerte.

Señalo la bocina, en la cual no está sonando nada porque desconecté mi celular para que no se descargara tan rápido. Edward arquea sus cejas, en plan «*really*, Alfalfa?».

—Sin olvidar que sé hablar tres idiomas, bueno en matemáticas y sé manejar el paquete office —continúa enumerando sus habilidades con sus dedos, ignorando mi intento por hacer que guarde silencio.

Tomo una de las servilletas de la canasta y se la lanzo a su rostro.

—¿Qué es esto? ¿Una cita o una entrevista de trabajo? —pregunto sarcástico—. Me diste todo tu currículo.

Él suelta una risa nasal y se remueve en su asiento, acercándose un poco a mí.

—Tal vez sí estoy tratando de solicitar un puesto —farfulla.

—¿En qué? —Levanto mi ceja.

Entreabre los labios para decir algo, pero en eso, el tono de llamada de mi celular suena, haciendo que el momento se rompa. Frunzo el ceño, se supone que había apagado las notificaciones, aunque creo que olvidé bajarle volumen al de las llamadas. Me disculpo con Edward por interrumpir lo que sea que iba a decirme y busco mi teléfono para rechazar la llamada. Al ver la pantalla, veo el nombre con el que tengo agendado a Jean y blanqueo los ojos. Rechazo la llamada de inmediato y bajo volumen para que no vuelvan a interrumpirnos.

—Perdón, era Jean —le aclaro, dejo mi celular sobre mis piernas y me vuelvo hacia Edward—. ¿Qué decías?

Él sonríe.

—Nada importante. ¿Comemos?

Le respondo afirmando con un movimiento de cabeza. No insisto para que me diga lo que iba a decir porque me moría de hambre, no he comido nada desde el receso en la escuela, así que lo único que quiero es devorar lo que mamá preparó para nosotros.

Saco dos platos de la canasta, le paso uno y me quedo con el otro. Él me pasa uno de los tuppers para que me sirva y así lo hago. En mi plato no hay más que cosas dulces, no he tocado las frutas que corté porque, en lo personal, soy más de los que prefieren comer otras cosas antes que cosas sanas. Además, el hecho de haber sido yo el que los cortara me quitaba el apetito. No sé si es algo psicológico, pero cuando cocino por mí mismo (ya sea solo cortando una fruta o algo

más complejo como un huevo) no se me antoja tanto.

Como con prisa sin tratar de ocultar el hambre que siento porque, en primera, me siento en confianza con Edward y, en segunda, es algo tan inconsciente que ni siquiera me pongo a pensar si estoy pareciendo un cavernícola. Él, por otro lado, come con más lentitud, y no voy a negar que me ha dado un poco de vergüenza ver que a diferencia de él yo seguramente parezco Scrat de *La era de hielo* con su bellota. Trago duro mientras mi novio me mira de reojo.

Entrecierro los ojos en su dirección para que no se le ocurra soltar ningún comentario sarcástico al respecto. Edward se da cuenta de que intentaba amenazarlo con mi mirada y regresa su vista a su plato, sonriendo. Contengo las ganas que tengo de decirle que no todos podemos vernos tan perfectos al comer como él.

Fuera de broma, ¿cómo es que alguien puede ser perfecto? Se supone que la perfección es inexistente, pero cuanto más veo a Edward, más me convenzo de que la frase de «la perfección no existe» fue escrita por alguien que tenía muchos defectos, alguien de mi tipo. Sin embargo, si pudiera mencionar algo en lo que Edward no es bueno tal vez diría que la «transparencia» no es su fuerte. Me refiero a que es demasiado misterioso. Ni siquiera he sido capaz de saber lo que pasó realmente el año pasado ni la razón por la que las personas lo tacharon de homofóbico.

Uno de mis propósitos era descubrir eso, pero con todo lo que ha pasado en tan poco tiempo ni siquiera tuve tiempo para recordarlo. ¿Es una buena idea preguntarle sobre eso ahora? Estamos en una cita y no quiero incomodarlo, aunque también se supone que las citas son precisamente para eso: conocerse.

Carraspeo.

—Sé que no es bueno hablar del pasado en una cita, pero... —me callo porque creo que no he escogido las palabras correctas ni el momento adecuado. Edward gira su cabeza para verme y deja la uva que iba a meterse en la boca en el plato.

—Quieres hablar del pasado —completa por mí. Asiento avergonzado esperando que se incomode o que niegue, pero él solo me sonríe—. Claro.

¿Dijo claro? ¿Así de fácil? ¿Me ha dado luz verde para que pueda hacerle todas las preguntas que quiera? Dios, si es así, estaremos horas aquí, tengo un montón de preguntas que hacerle. ¿Con cuál de todas debería iniciar? ¿Le pregunto sobre lo que pasó o sobre su vida antes de lo que pasó? ¿Sobre si me topaba o si apenas supo de mi existencia en estas semanas? ¿O sobre si pueden hacerte la rinoplastia solo por golpearte la nariz? Ay, son tantas cosas que quiero preguntar.

—¿Qué fue lo que pasó en realidad? —cuestiono después de haber ordenado de las preguntas más importantes a las de menor prioridad

—. ¿Cómo era tu vida antes de... eso?

Edward respira hondo y se queda callado unos segundos, como si estuviera tomando valor para responder a mis preguntas. Cuando lo veo apretar el plato me arrepiento de haber soltado esas preguntas que podrían traerle malos recuerdos en un momento como este.

—Mi vida era muy normal, la verdad. —Mira hacia al frente—. Tenía amigos, me gustaba conocer personas nuevas, salía, me divertía, ese tipo de cosas. La pasaba... bien, me sentía feliz, o, mejor dicho, trataba de hacerlo. Aunque por alguna razón siempre sentí que era como una ilusión, que era como una felicidad falsa, que no la pasaba bien en realidad, sino que intentaba convencerme de que estaba bien con lo que tenía. Lo intenté tanto que de verdad lo creí y me cegué. Me cegué de una felicidad falsa.

»Cuando pasó el problema y me quedé solo, sentí que todo a lo que traté de aferrarme se hacía pedazos. Ya no tenía amigos con los que contar, los recuerdos felices se desvanecían y toda mi vida se venía abajo frente a mis narices sin poder evitarlo. Era el fin de mi felicidad y fue el inicio de un infierno. Las personas no saben que pueden destrozarle la vida a alguien en cuestión de segundos con sus palabras y acciones, no saben que el acoso, las humillaciones, las agresiones en redes sociales y en los pasillos hacen que quieras desaparecer. Que no tengas ganas de levantarte al día siguiente. Que tu energía se agote. Que quieras morir.

Edward se calla después de pronunciar esas palabras, y la forma tan vacía con la que ha soltado todo eso me hace pensar que lo que pasó debió ser demasiado doloroso como para no poder expresar alguna emoción ahora. Aunque, al observarlo mejor, corrijo ese pensamiento. Su voz no transmite nada, pero sus ojos rojos por contener las lágrimas lo delatan. Está tratando de no llorar, de aparentar que está bien.

Verlo de esa manera y escuchar lo que sintió durante un año entero ha hecho que el corazón se me rompa. Si no me he echado a llorar es porque no quiero que se sienta mal, debo ser yo el que lo anime, no al revés. Mis ojos duelen y el ardor en ellos amenaza con quebrarme en varias lágrimas que no pararán apenas suelte la primera. Paso mis manos por ellos para controlarme y acto seguido dejo mi plato y las demás cosas que están encima de mí debajo del asiento para poder pasar mi mano alrededor del cuello de Edward, atrayéndolo hacía mí en un intento de abrazo para reconfortarlo.

Él no se inmuta por el abrazo, solo cierra los ojos con fuerza y pasa saliva por su garganta.

He tocado un tema bastante sensible solo porque mi lado chismoso estaba picando. Una parte de mí no se arrepiente porque cree que lo justo es que yo sepa sobre lo que pasó, no porque sea un chismoso,

sino porque estoy saliendo con él, pero la otra parte de mí me reprende por creer eso en este momento. Al final, ignoro la primera parte.

—No tienes que seguir si no quieres —digo a duras penas. Edward niega.

—Quiero hacerlo —insiste y toma aire antes de continuar—. Estaba asustado, muy asustado, pero también aprendí que, cuando estás solo, nadie más puede hacerte daño. Y, dentro del cansancio emocional, me sentí bien. Me sentí bien porque nadie podía herirme. —Da otro fuerte respiro—. Sí, las demás personas me herían, pero en mi vida no valían nada. Sonará tonto, pero prefería ser molestado por cientos de personas que no me conocían a serlo por aquellos que creía que eran mis amigos. Siempre dolerá mil veces más ser lastimado por las personas a las que aprecias que por las personas que no significan nada.

Lucho contra el nudo que se ha formado en mi garganta y sorbo mi nariz. Me he obligado tanto a no llorar, que el ardor es casi insoportable. Pestañeo, soltando las primeras lágrimas. No me gusta ser sensible, porque la otra persona merece palabras de aliento, no tener que escuchar mi llanto.

—Lamento que tuvieras que pasar por eso solo. —Apoyo mi cabeza sobre su hombro.

—Estoy mejor ahora porque ya no lo estoy. —Recarga su cabeza sobre la mía.

«Y no volverás a estarlo».

—Fuiste valiente, demasiado. No sé qué hubiera hecho en tu lugar.

—No quería ser valiente, solo quería ser un maldito chico de dieciséis años que vivía su vida como cualquier otro. —Noto un poco de molestia en su voz. Quiero retractarme por haberle dicho eso, sin embargo, él continúa—: Lamento si he sonado molesto, no me enoja lo que has dicho. Solo que es la primera vez que digo esto en voz alta, no tengo problema con hablarte del pasado, pero al ser la primera vez duele y… a la vez se siente bien.

Toma mi mano que está en su hombro y la acaricia con lentitud. Asiento a lo que ha dicho porque puedo entenderlo en cierto punto. Cuando peleé con papá y le solté todo lo que tenía guardado, me sentí bien al mismo tiempo que me molestaba recordar el pasado. Debe ser lo mismo para él, soltar todo lo que estuvo viviendo durante un año debió sentirse como una horrible mezcla de emociones feísimas.

No soy el mejor dando consejos, así que no sé qué es lo que se supone que debo decir; no obstante, algo que sé bien es que, cuando pasas este tipo de situaciones, lo mejor es buscar ayuda.

—¿Has pensado en ir con un...? —sugiero, dejando la pregunta inconclusa para ver su reacción. No quiero molestarlo.

—Fui un par de veces —contesta deprisa, tomándoselo bastante bien—, pero sentí que estaba exagerando. Que no era tan importante.

—Lo que sientes es igual de importante que cualquier otra cosa, y hasta más —le dejo en claro. Me duele que piense que lo que siente no tiene importancia. Tengo que buscar la forma de explicarle que sus emociones son relevantes. Levanto mi cabeza de su hombro para poder verlo a la cara—. ¿Qué pasa cuando una bala atraviesa tu cabeza?

Trato de meter una analogía inventada por mí para así demostrarle que sus sentimientos cuentan.

—¿Te mueres? —responde con confusión.

—Vas al médico —lo corrijo.

—¿Por qué una persona muerta iría al médico?

Se ríe y me quedo procesando lo que le he dicho. ¿Si una persona recibe una bala en la cabeza, perforándola, muere al instante? ¿En serio? ¿No tiene tiempo suficiente para ir al hospital?

Pensándolo de ese modo, sí, fue tonto ese ejemplo. ¡Hago lo que puedo!

—Bueno, sí, mueres, pero —me callo—... vale, vamos de nuevo, ese fue un pésimo ejemplo.

El muy desgraciado me da la razón. Chasqueo la lengua, pensando en otro ejemplo menos exagerado y con más probabilidades de vivir.

—¿Qué pasa cuando te duele el estómago? —pregunto de nuevo, feliz por mi buen ejemplo. Edward no responde—. Vas al doctor de inmediato, ¿qué pasa si dices que estás exagerando el dolor que sientes en el estómago y no lo atiendes? —Silencio de su parte, otra vez—. Se vuelve algo grave, puedes morir incluso.

»Es lo mismo con tus emociones, si sientes dolor vas con algún profesional, porque, si no, se irá agrandando hasta que no puedas más. O puedes buscar ayuda con alguien cercano que sepas que te aconsejará bien para que entre ambos busquen soluciones, sé que la terapia es algo que no todos se pueden costear, por eso es fundamental que, en primera, sepas que no hay nada más importante que tu salud, tanto física como mental. Nunca digas que lo que sientes es exagerado ni dejes que los demás lo hagan. Tus emociones importan porque son tuyas, y tú importas. Todo lo que esté relacionado contigo importa.

Finalizo soltando aire por mi boca porque he hablado demasiado rápido y sin descansos. La verdad no sé ni qué dije, solo quería que supiera que minimizar sus emociones y retenerlas va a hacerle más daño. Ojalá pudiera seguir mis propios consejos.

Edward, el pobrecito, está todavía digiriendo lo que he soltado.

—Tienes razón, tal vez vaya de nuevo. Gracias, *mon soleil*. —Pone su mano sobre mi hombro y sonrío. Mi cerebro a veces se luce, a veces —. ¿Qué hay de ti? Me dio un ataque de sinceridad, lo justo es que tú

digas algo también.

«Eh, estábamos hablando de tus problemas, no de los míos, Catalino».

—La verdad es que mi vida es muy aburrida, no tengo nada que decir. —Me encojo de hombros.

—Todas las personas son como libros, tienen historias que contar, no hay ningún libro en blanco —contraataca.

Por dentro, pienso lo mismo que él y pienso que si yo fuera un libro sería uno de autoayuda o de chistes. ¿Qué tipo de libro sería Edward?

—Hasta para hablar eres perfecto —bromeo para cambiarle el tema, y lo logro.

Niega riendo.

—No soy perfecto.

—Créeme, eres la definición de perfección. Eres míster perfecto.

—Créeme cuando digo que no —imita el tono de mi voz al decir «créeme»—. También hice cosas de las cuales me arrepiento, lastimé a personas que no debí haber lastimado. —Aprieta sus labios y lo veo confundido. Quisiera preguntarle, pero creo que hoy me ha dicho mucho, en verdad que no quiero ponerlo más triste al recordar cosas que no quiere—. Estoy lejos de ser perfecto. Tú sí que lo eres.

—¿Yo? —Me señalo a mí mismo, incrédulo—. Cuéntame otro chiste. Soy todo menos perfecto, soy torpe, tonto, desorganizado, flojo a morir, ugh.

—Mal mentiroso, despistado —agrega y le doy un codazo en su brazo. Él vuelve a reír—. No sé cuál sea tu definición de perfección, pero en la mía, tú eres el claro ejemplo.

Mi estómago se encoge en tanto mi corazón se aprieta contra mi pecho. No sé si es por el hambre, por sus palabras o por ambas.

—¿Cuál es tu definición de perfección? —inquiero, sin tratar de tomarle mucha importancia a que «yo soy ejemplo» de lo que él cree que es perfección.

—Alguien amable, sincero, divertido, que ayuda a los demás aunque no los conozca, alguien que te demuestra que allá afuera todavía hay personas buenas, alguien como tú. —Aprieta su agarre sobre mi hombro—. *Mon soleil*, si te vieras de la misma forma en la que yo te veo, no tendrías dudas de que eres imperfectamente perfecto.

Y, ahora sí, estoy más que seguro que la presión en mi pecho y el nudo en el estómago no es por hambre, es por él. Él y su estúpida forma en la que me habla, como si fuera la gran cosa cuando no lo soy. Él y su estúpida forma de hacerme creer que soy valioso en su vida. Él y solo él.

«Deja de decir esas cosas».

«Deja de fingir que soy valioso».

«Deja de confundirme».

—¿De qué libro has sacado eso? —Hago lo mismo de siempre, pasar de largo sus palabras como si no hubieran acelerado mi corazón.

—Se me ocurrió en el momento. —Sonríe. Claro, solo él podía soltar algo así de dulce de forma instantánea.

—Los escritores tienen una graaan labia —me rio.

—No sirve de nada tenerla si no hay alguien con quien usarla. —Retira su mano de mi hombro y se pone de lado para verme mejor—. ¿Cuál es tu definición de perfección?

Lo pienso unos segundos.

—Mi definición de perfección es... alguien que me diga que yo soy la suya.

Mi cabeza dice: «Andy, qué mierda estás diciendo».

Mi corazón dice: «esooo, golazoooo».

Yo digo: «lo siento, el número que usted ha marcado se encuentra temporalmente fuera de servicio».

Edward abre los ojos en grande y pestañea repetidas veces, sin poder creer lo que he dicho. Lo comprendo a la perfección, mi expresión debe ser similar. De repente, su rostro se pone rojo.

—¡Te sonrojaste! —apunto con mi dedo, sorprendido.

—No es cierto.

Voltea su cabeza para evitar que vea el estallido carmesí en sus mejillas. Apenas gira, me acercó más a él para tomarlo de sus mejillas, obligándolo a verme. Él pone un poco de resistencia, que me hace imposible conseguir mi objetivo, sin embargo, todos sabemos que no dejaré ir esto a la primera.

—Mírame Edward, mírame. —Forcejeo con él hasta que por fin deja de oponerse y me permite ver su rostro. Efectivamente, está rojísimo, el que me hace la vida de cuadritos porque me deja sonrojado cada que respira está sonrojado—. Dios, estás caliente.

Me burlo refiriéndome a que está rojo. Edward eleva su ceja y las comisuras de sus labios, formando una sonrisa ladina.

—Andy O'Connell, qué atrevido —murmura y me quedo desconcertado. ¿Por qué atrevido? Solo le dije que está calien... Ah—. ¿Quién es el sonrojado ahora?

Es su turno de burlarse de mí porque, al igual que él, me he avergonzado.

—Cállate.

Suelta una carcajada que me pone los pelos de punta. Debe reírse conmigo, no de mí. Ugh. Antes de que empiece a hacerle *drama*, su mirada cae en la guantera del auto y deja de reír para darme una sonrisa tímida.

—Lo olvidaba, te traje un regalo —anuncia haciendo que junte las

cejas—. ¿Puedes abrir la guantera y sacar la bolsa café? —Asiento y hago caso a su petición. Abro la guantera, encontrando la bolsa que ha dicho. La saco con prisa y la abro. Me llevo una gran sorpresa al hacerlo. Un libro—. Es de mis libros favoritos, sé que no te gusta leer, pero lo amarás; es fácil de leer y de pocos y cortos capítulos. Dejé alguno que otro *post-it*, notas, y marqué algunas frases que me recordaron a ti.

El libro no es grueso, es pequeño, tiene una linda portada ilustrada y, como ha dicho, hay varios *post-its* sobresaliendo del libro. Edward sabe que no me gusta leer, y si hubiera sido un regalo de Jean lo hubiera tomado como una ofensa, pero lo cierto es que lo que importa es el mensaje detrás. Me regaló uno de sus libros favoritos marcados por él. Aunque no me guste, no mentiré, tengo ganas de leerlo.

—En manos equivocadas —leo el título de la portada en voz alta —, suena a que me dejará llorando en la madrugada. —Alzo la vista hacia él—. Gracias Edward, me gusta mucho.

Él mantiene su sonrisa.

—Me alegra, *mon soleil*.

(...)

—Voy tarde, voy tarde, voy tarde.

Repito como si eso fuera a cambiar el hecho de que (por si no fuera obvio) voy tarde. Corro por la cocina, tomando lo primero que encuentro para meterlo a mi mochila. Mamá no ha dejado desayuno y yo no he tenido tiempo para hacer algo. Edward vendrá por mí en cualquier momento.

En realidad, no voy a tarde, es demasiado temprano para mi gusto, pero tengo que adaptarme al horario de míster puntual, Edward. Si por mí fuera estaría durmiendo hasta que falten solo veinte minutos para entrar a clases. No importa que tengo que cruzar media ciudad para llegar, mi sueño era mucho más valioso, y eso no entra a discusión.

Tiro la canasta de frutas por accidente y maldigo en voz alta por eso. Me agacho a recoger cada una de ellas, como si tuviera todo el maldito tiempo del mundo. Suelto un bostezo. Me dormí hasta las tres de la mañana porque tenía que hacer las tareas que no hice por estar ocupado con la cita. No me quejo, si me dieran a escoger entre terminar mis deberes o salir con Edward, escogería la segunda opción. Por fines educativos, de aprendizaje, para que todo salga bien en mi cita de mañana con Heather.

Aprendí mucho ayer, por ejemplo, aprendí que, si una bala te perfora el cráneo y te atraviesa de una, puedes morir al instante y no puedes ir al médico para que te ayude.

Mi celular suena y las maldiciones que suelto solo aumentan. Debe ser Edward para decirme que ya está afuera. Mierda, y todavía me

falta cepillarme. Odio que sea tan responsable, ¿qué le cuesta ser un poco más impuntual?

Dejo la canasta de frutas sobre la mesa y saco mi celular para ver los mensajes.

Edward ⁂

No podré llevarte, perdón:(

Tenías razón.

Me enfermé.

:(

El mejor jaegerista

AY, ¿ESTÁS BIEN?

Obvio no, pero, dentro de lo que cabe, ¿estás bien?

:(

TE DIJE QUE IBAS A ENFERMAR

Ay, perdón, me alteré

Espero que te recuperes:(

¿Pediste permiso a la escuela? quieres que hable con los maestros¿

Edward ⁂

Sí, mis papás ya hablaron con el director. Y estoy bien, gracias por preguntar.

¡Que tengas un bonito día! Espero mejorar para mañana, no te vas a librar de mí tan fácil :)

Se desconecta después de mandar ese mensaje. Me alegra saber que está bien. Era obvio que iba a enfermar, pero es extraño que él sí se haya enfermado y yo no. El recuerdo de él cubriéndome con el mantel pasa por mi cabeza. Sonrío.

Tendré que prestar atención por ambos el día de hoy, sé cuánto se esfuerza en las clases y sé que sus calificaciones son algo importantes para él, no voy a dejar que se quede atrás. Algo un poco complicado, considerando que soy yo el que está muuuy atrás. Haré lo que pueda.

Veo la hora de nuevo y mi sonrisa se amplía al ver que tengo mucho tiempo. Tiro mi mochila en la sala y regreso a mi habitación para seguir durmiendo, no sin antes poner una alarma.

(...)

Maldita alarma del demonio. No me despertó la desgraciada. Terminé llegando tarde a la primera clase, y no puedo culpar a nadie más que a mí por ser un flojo de sueño pesado. Podría pasarme un auto encima y no me daría cuenta.

Quitando eso, llegué decidido a ser responsable, por lo que, desde que puse mi trasero en la silla, he estado prestando atención y tomando notas para no olvidarme de absolutamente nada. He luchado contra el sueño y batallado contra las ganas que tenía de hacerme

tonto, he ignorado a medio mundo para concentrarme y hasta he hecho las tareas que han dejado en los quince minutos de descanso por clase para que tenga todo completo y poder pasárselo a Edward.

Cuando digo que he estado ignorando a todo el mundo, lo digo muy literal (o lo más cercano a lo literal). Jean no ha dejado de insistir en hablar sobre lo que me dijo ayer, sobre la idea de que Edward siente algo por mí, pero me he negado. No será algo en lo que pensaré de nuevo, ya pasé por eso y ya tomé una decisión, que no voy a cambiar.

Ambos estamos mejor así.

—¿En verdad no me piensas hablar? —Jean pregunta, ofendido, otra vez.

—Estoy haciendo tarea. —Levanto la libreta, por novena vez, para que deje de tocarme los huevos.

—Es raro verte haciendo las tareas para mañana en los descansos —Oliver menciona—. Mejor dicho, es raro verte haciendo tarea —se corrige—. ¿Estás bien? ¿Sientes la muerte o algo?

—Lo está haciendo por su noviecito —el rubio explica con un poco de fastidio. Ruedo los ojos.

—Oh sí, Edward está enfermo. —Oliver asiente, lo cual hace que despegue la vista de la libreta para ponerla sobre él.

—¿Cómo sabes?

—Me dijo —responde como si fuera obvio.

—¿Tienes su número? —insisto en saber cómo es que se lleva con mi novio.

—Hablamos por Instagram.

—También nosotros —le sigue Jean y miro a ambos, ceñudo.

No me molesta que hablen ni nada por el estilo, solo que no sabía que Edward estaba comenzando a llevarse más con el par. Es algo que no pasaba por mi cabeza, creía que solo hablaban en la escuela.

Regreso mi atención a la libreta, donde estoy respondiendo un par de preguntas, diciéndome a mí mismo que no debo tomarle importancia a cosas tan simples. Al contrario, debía alegrarme por Edward. Está avanzando paso a pasito para poder salir del hoyo en el que lo metieron. Además, si se lleva con ellos eso significa que después de los ochos días que nos quedan podremos seguir siendo amigos, después de todo él ya es parte del grupito.

Siento una luz en mi rostro y cierro los ojos hasta que desaparece. Los abro de nuevo. Jean está con su celular apuntándome, al parecer me ha tomado una foto con flash.

—¿Qué haces?

Me ignora de forma monumental, tal como yo he estado haciendo este gran rato. En mi defensa, estaba ocupado tratando de ser responsable (y de huir del tema). Le tiro la goma de borrar en el brazo

para que tenga la mínima decencia de verme.

—Mandándoselo a Edward —responde unos segundos después de que lo he golpeado con el borrador.

No le doy chance a mi cuerpo para que entre en estado de confusión porque ya estoy levantándome de mi lugar y arrebatándole el celular a Jean. Oliver se ríe a nuestro costado, parece estar disfrutando de la escena.

Este ni siquiera puso resistencia, me dejó quitarle el celular como si nada. Su intención era que le prestara atención al parecer, agh, lo odio. En la pantalla sí hay una foto mía que estaba a punto de ser mandada al chat de Edward. Lo peor no era la foto, ni que estuviera enviándosela a mi novio, lo peor era el texto que puso en la foto.

«Mira, está haciendo la tarea por ti, lo tienes loco».

Frunzo el ceño y borro la foto antes de que él se la mande. Una vez que la foto está borrada, le regreso el teléfono de mala gana y vuelvo a mi silla para continuar haciendo las tareas.

—Era una bonita descripción —se queja Jean y le muestro el dedo medio.

Es un tonto.

(...)

—Es raro que me pidas que pase por ti y que quieras quedarte en casa —Alek comenta tratando de abrir la puerta de su casa y sonrío.

Sí, yo también creía que era raro pedirle que me recogiera de la escuela y que me llevara a su casa. Tengo una buena justificación para eso.

Le he pedido que me recoja para dejarme estar en su casa por una razón: entregarle los apuntes y tareas a Edward. No me lo ha pedido, sin embargo, no quiero que se atrase en los temas y deberes. Sé que él haría lo mismo. Aunque no podría estar más retrasado en las asignaturas de lo que ya estoy, apenas pude ponerme al corriente con lo que vimos hoy.

—Quería pasar tiempo con mi papá, ¿qué hay de malo con eso? —pregunto, y Alek voltea a verme sin creerme. Suspiro—. Edward enfermó y quería dejarle los apuntes.

Él asiente, comprendiendo.

—Lo suponía, ni en un apocalipsis desearías estar bajo la misma casa que tu hermanastra.

«Apuesto que tú tampoco, pero es tu hija y no te queda de otra. Terrible, lloremos», bromeo a mis adentros.

Solo me río, no me atrevo a negar lo obvio ni a decirle lo que pienso al respecto. La cerradura al fin cede y entramos a su casa. El silencio nos recibe al igual que la oscuridad, las luces están apagadas, por lo que papá enciende la luz del pasillo mientras que yo cierro la puerta detrás de nosotros.

—¿Y Kim?

La busco con la mirada, pero no la encuentro.

—Salió a casa de su madre con Luna —me explica luego de colgar su suéter en el perchero. Una gran sensación de alivio me llena el pecho. No tendré que ver a Luna, genial—. Estaré en mi despacho, voy a terminar algo que tengo pendiente y cenamos juntos —avisa y da una última mirada—. Su casa está en la calle de enfrente, es fácil de reconocer, es blanca y es la más grande y... Uhm, salúdalo de mi parte.

Asiento de forma exagerada con la cabeza a la par que intento memorizar sus indicaciones, no soy muy bueno para seguir instrucciones, soy más de los que se pierden intentando seguirlas.

Papá camina hacia su despacho y aprovecho este momento para salir de casa y caminar hacia lo que creo es la casa de Edward. Tal vez debí haberle escrito un mensaje de texto diciendo que iré a verlo, pero preferí no hacerlo. Él es de los que tiene pinta de decir «no, no vengas», y sé que debo respetar su decisión, no obstante, ¡fue la primera vez que puse atención en clases! La indignación me iba a golpear con una sartén si lo escuchaba decir que no podía ir a su casa.

Cruzo la calle y, como siempre, me siento intimidado y pequeño en comparación de todas las casas. Y, más allá de las casas, de las personas que habitan en ellas. Al menos no hay nadie afuera, y si lo hay no pueden juzgarme, tengo el uniforme de la escuela, no pueden juzgar a alguien por llevar puesto el uniforme. ¿O sí? Espero que no.

Veo todas las casas que se encuentran en esa línea y, casi al final de la calle, la reconozco. Es tal cual ha descrito papá, aunque si soy honesto esperaba ese tipo de mansiones que ves en las caricaturas, de las que tienen barrotes de oro y una fuente, sin embargo, no es así. Sí, es grande, un poco más que la casa de papá, pero la diferencia no es grotesca como creí. Las demás casas a su alrededor se ven pequeñas, pero es porque son modestas, hasta están más pequeñas que la de papá, es por eso que la casa de Edward se ve enorme.

Ahora que lo pienso mejor, ¿qué tengo que hacer? ¿Solo tocar? ¿Qué diré cuando alguien abra? ¿Y si me abre su mamá o papá? Ugh, debí pensarlo antes de venir. No sé por qué no se me ocurrió. Un escalofrío me recorre y el miedo trata de apoderarse de mí. Lo mejor será dar la vuelta y mandarle fotos de los apuntes y tareas.

No, no es momento de dudar. Ya estoy aquí. No soy un cobarde.

Bueno, sí lo soy, pero no tanto.

Tomo valentía y camino con lentitud hacia la casa de Edward. Lo único que debo hacer es tocar, decirle a la persona que abra que soy... compañero de Edward y que he venido a dejarle los apuntes porque nuestro tutor nos lo pidió. Sí, en parte es mentira, pero siento que si digo que soy un amigo me van a cerrar la puerta en la cara. Tengo ese

extraño presentimiento.

Nunca he sido de los que creen en las vibras de las personas y las cosas, sin embargo, entre más me acerco a su casa, más preocupado me siento. La incomodidad y nerviosismo también aumentan. ¿Esto es lo que sintió Edward cuando fue a casa de Alek? Pobre, quitando el hecho de que le dijo suegrito a mi papá, con razón parecía robot y se veía alarmado. No puedo imaginarme a mí diciéndole «suegrito» a su padre, ni de broma. Valoro mi vida, no como otros.

Cuando estoy parado frente a la casa, el estómago se me revuelve. Joder. De cerca se ve más grande. Y yo me siento más pequeño. Trago duro.

Acomodo mi mochila sobre mi hombro y estoy a nada de tocar la puerta cuando veo que a un costado hay uno de esos tipos de timbres inteligentes que tienen bocina. Obvio que tienen uno. Agradezco no haber tocado la puerta y presiono el botón que tiene el aparato haciendo que este suelte un sonidito extraño. Espero unos segundos a que alguien responda y golpeo mi pie contra el suelo de los nervios.

—¿Quién es?

Escucho la voz de una mujer detrás del aparato. Me sobresalto y abro la boca, soltando un par de balbuceos. Pellizco mi mano para forzarme a decir algo coherente antes de que me cuelguen.

—Lo sentimos, no damos limosnas —responde la señora ante mis balbuceos. ¿Qué? ¿Limosnas? Agh, ¡soy yo el que trata de ser caritativo con Edward!

—Soy Andy —me presento apresurado—. Compañero de salón de Edward, nuestro tutor me pidió que le dejara los apuntes y tareas —digo la mentira que practiqué en el camino y del otro lado no hay más que silencio. Mi instinto me dice que van a echarme, por lo que recurro a mi única opción—. También soy su vecino, soy hijo de los O'Connell.

Me muerdo el labio inferior, esperando que mencionar mi apellido sea de ayuda. Por esta razón no me gusta el apellido de papá, cuando le digo a los demás y a mis amigos que no mencionen mi primer apellido no es porque no me guste estar relacionado con papá, sino porque es incómodo que algunas personas crean que me aprovecho de eso. Tanto mi papá como Kim son conocidos en la capital, Newcastle, y cuando se mudaron aquí también comenzaron a serlo porque ya tenían una «pequeña» fama. Son buenos en lo que hacen, después de todo.

No puedo quejarme de eso, mucho menos cuando la señora dice:

—Entra, sube al segundo piso, camina por el pasillo, luego dobla a la derecha. Su habitación es la que está al lado de una ventana.

Y me cuelga.

«Ah, gracias, pero ¿podría repetirlo de nuevo? Es que me quedé en

la parte donde decía que entrara».

Maldigo en mi interior. Odio las instrucciones y odio que las digan tan rápido, porque mi cerebro tiene que trabajar el doble para no perder ningún detalle.

La puerta principal se abre y contengo las ganas de soltar un silbido. Necesito este tipo de sistema en mi casa, así no tendría que levantarme de mi cama para abrirle a mamá. Cierro la puerta y espero que mi expresión no me delate. Hay un pequeño patio delantero antes de entrar a su casa. ¿Es algo así como una casa dentro de una casa? No sé cómo explicarlo, pero la puerta que he abierto es la entrada al patio, la puerta a su casa está a unos metros de mí. Dios, parezco niño en Disneyland.

Me siento más pequeño ahora mismo.

Bueno, al menos yo tengo algo que ellos no.

Sí, a Juan.

De qué sirve tener una casota así de hermosa si no tienen a un Juan. Andy: 1. La vida de Edward: 10 000.

Abro con desconfianza la puerta de lo que creo que ya es su casa (a menos que me encuentre con otro patio, ojalá no) y no me sorprendo en absoluto al ver el interior. Por mi bien, dejaré de chismosear y solo acataré las instrucciones que la señora me ha dado o comenzaré a comparar cada rincón de las habitaciones con las mías. Hago un repaso mental, golpeando a mi cerebro por olvidar la primera indicación. ¿Qué dijo que tenía que hacer?

Recorro la mirada por la sala principal en espera de encontrar una puerta o algo, y cuando mis ojos caen sobre las escaleras, me siento relajado. Creo que dijo que subiera al segundo piso.

En verdad espero que esa haya sido su primera indicación, porque si no es así voy a meterme en serios problemas. Tomo una bocanada de aire y subo los escalones de uno en uno. Podría hacerlo de dos en dos, pero estoy muy nervioso y las piernas no me funcionan tan bien como en casa. Lo menos que quiero es llamar la atención y que los padres de Edward (si es que están presentes) me encuentren desangrándome en el suelo. Sería tipo: «eh, hola suegros falsos, ¿cómo están? ¿Yo? Bueno, las piernas se me rompieron y creo que no caminaré de nuevo, pero estoy bien, ¿que si por qué estoy manchando su precioso suelo con mi asquerosa sangre? Lo siento, iré a desangrarme en el patio. Adiós, saludos cordiales».

Al llegar al famoso pasillo que la mujer mencionaba, sigo sus órdenes. Camino recto y doblo a la derecha al final de este. Posteriormente, visualizo la ventana que ella dijo, pero, para mi mala fortuna, hay dos ventanas. Una del lado derecho y la otra del lado izquierdo. Como si mi mala fortuna no fuera suficiente, a cada lado de las ventanas hay una puerta. Mierda, la señora dijo al lado de la

ventana, no obstante, no me dijo que había más de una.

Ahora mismo parezco la chica de *El diablo viste a la moda* cuando tiene que entregarle algo a su jefa y va a su casa pero no sabe en qué lado dejarlo porque había más de una opción posible. Cuando lo ves te da risa, cuando eres el que está en esa situación te quieres morir. Como yo ahora, por ejemplo.

Inhalo y exhalo un par de veces. Bien, no me queda de otra más que seguir mis instintos.

«De tin marín de do pingüé, cúcara, mácara, títere fue, yo no fui, fue Teté, pégale, pégale que ella fue».

Señalo la puerta de la derecha y no lo pienso dos veces cuando ya estoy caminando hacia ella. Tomo el pomo, pero antes de girarla, me regaño. No estoy en mi casa para abrir como si nada. Toco levemente.

—¿Quién eres y qué haces en mi casa? ¿Quién te dejó pasar?

Una voz grave se hace presente en el inmenso pasillo. Doy un brinco y si hubiese sido otra situación habría hasta gritado. Mi corazón comienza a acelerarse y, muy a mi pesar, sé que debo girar la cabeza para ver a la persona que me ha hablado. El señor ha dicho «mi casa», ¿es el papá de Edward? Joder, joder, jodeeeer.

Lo menos que quería era toparme con él o con la madre de Edward.

Cierro los ojos un momento para tomar las agallas suficientes y, como el exorcista, volteo la cabeza encontrándome con el dueño de la voz y el probable padre de Edward. Frente a mí hay un señor alto, bien vestido, su cabello es negro al igual que el color de sus ojos, es de tez blanca y tiene rasgos asiáticos. En definitiva, es todo lo contrario a Edward. No se parecen en nada. Ni en el físico, ni en la vibra. Bueno, cuando me confundí de casillero sí que tenía esta vibra espeluznante.

Me mira tan serio que siento que va a regañarme y ya quiero llorar. Sáquenme de aquí por favor, les pago.

Aclaro mi garganta para poder decirle algo.

—Buenas tardes, señor —saludo con la barbilla temblorosa. Carraspeo para dejar de sonar como si estuviera meándome—. Soy Andy, compañero de Edward, oí que enfermó y vine a dejarle los apuntes —le explico, mostrando mi mochila. Su expresión sigue igual que antes, no se inmuta siquiera. Suelto un suspiro para añadir—: Y soy su vecino, mi papá es Alek O'Connell.

—Hijo del doctor —comenta, suavizando su mirada.

Como he dicho, no me gusta decir mi apellido por esa razón. Pero ahora no puedo estar más que agradecido por ser un O'Connell. De algo tenía que servir mi papá. Vale, es broma.

—Sí.

Asiento, a lo que él ve su reloj antes de verme de pies a cabeza, como si fuese una clase de detector que me permitirá o no pasar a la

habitación de su hijo. Le sonrío para verme más amigable.

—Su habitación es la del otro lado —me aclara, y quiero golpear a mis instintos por confundirse—. Salúdame a tu padre.

Da la vuelta sin esperar que le responda, perdiéndose por el pasillo, y cuando ya no puedo verlo, me apoyo contra la puerta para recomponerme. Jesús, María y José. Sentí la muerte. Fuera de broma, sí sentí que podía morir. Su papá tiene una imagen imponente y muy espeluznante. No volveré a quejarme del mío nunca más. Alek O'Connell, estás todo bobo como yo y sí que hay varias cosas en las que no estoy de acuerdo contigo, pero se te quiere así.

Una vez que los nervios se me han ido, me dirijo hacia la puerta de la izquierda. Ahora viene lo peor, ver a Edward. Digo peor porque no hay nada en el mundo que me ponga más nervioso que él. Toco un par de veces, pero nadie responde. ¿Estará fuera de su habitación? ¿O está en el baño?

Toco con un poco más de fuerza y, como no abre, saco mi celular para mandarle un mensaje.

El mejor jaegerista
Holap, ¿estás en casa?
:D

El mensaje ni siquiera es marcado por las dos palomitas de enviado y recibido, solo por una, la de enviado. Frunzo mi ceño. ¿Estará tan enfermo que no puede ni salir de la cama? La preocupación me invade y, a pesar de que me siento como un intruso, giro el pomo, abriendo la puerta.

Lo primero que noto es que su habitación humilla demasiado a la mía. Las paredes son blancas con algunos cuadros colgando en ellas. Hay una pequeña mesa con un bonito asiento frente a un gran mueble que sostiene el televisor. Sin embargo, lo que más me sorprende es ver los estantes llenos de libros que tiene alrededor. Sabía que le gustaba leer, pero no sabía que tanto.

En medio de la gran habitación hay una cama bastante grande. En ella, está Edward, durmiendo de lado. Se ve tan lindo, su rostro se ve pacífico, su cabello alborotado y sus labios entreabiertos. Uhm, en verdad que no puedo evitar sentirme como un intruso. O un acosador.

Niego con la cabeza para dejar de verlo y camino hacia lo que parece ser su escritorio. No me asombro al ver que en su mesa hay muchos plumones, colores y lapiceros acomodados de forma ordenada. Míster responsable, ordenado y chico de los plumones. ¿Qué más tengo que agregar a su currículo?

Sonrío, toda la habitación grita Edward, cada parte es tan él. Saco las libretas de mi mochila y las dejo apiladas sobre el escritorio. Cuelgo la mochila sobre mi hombro otra vez para marcharme, pero

me detengo. Tomo uno de los *post-it* y lapiceros que hay su mesa y escribo:

«No queremos que míster responsable se retrase. Puse atención por ti, de nada. Deja de enfermarte que dejas toda la responsabilidad sobre mis hombros. Piensa un poco en mí. ¡Mejórate! –Andy».

Le doy una última mirada antes de salir de su habitación.

21: La excepción

—¿Es el fin del mundo?

Me sobresalto cuando escucho la voz de mi mamá y me asusto aún más cuando ella asoma su cabeza por la puerta de mi habitación. Estaba tan concentrado en la lectura que me perdí por un momento de todo lo que sucedía a mi alrededor. Qué raro se siente decir eso, sobre todo porque nunca creí que leería un libro por voluntad y sin que me pagaran por ello.

En mi defensa, no tenía nada más qué hacer. Las tareas las hice en la escuela por Edward y terminé de ver el anime que tenía pendiente en la casa de papá antes de pedirle que me trajera, así que, luego de hacer todo lo que hago en un día, tenía la noche libre. Además, no voy a mentir, me hacía ilusión saber de qué trataba el libro, y desde que empecé a leer la primera página por simple curiosidad no he podido parar. Me siento como Sam de *iCarly* cuando leyó un libro por primera vez.

Dejo el libro que Edward me ha regalado sobre mi cama y, con las cejas juntas, me volteo hacia mamá.

—¿De qué estás hablando? —intento saber.

—No lees. —Señala con su dedo el libro del cual ya he leído poco más de cuarenta hojas—. ¿Qué mosca te picó? ¿Debo preocuparme?

Cruzo mis brazos sobre mi pecho, indignado. ¿Está diciendo que es el fin del mundo porque estoy leyendo un libro? ¿No me cree capaz de leer por cuenta propia? ¿Acaso duda de que su hijo, el que detesta los libros porque se duerme, esté leyendo porque quiere? ¿O es que…? Okey, mejor me callo, no haré dramas, esta vez ella tiene razón, es extraño verme con un libro, lo sé a la perfección. Aun así, está hiriendo mi inexistente orgullo lector.

—No me picó ninguna mosca, porque, sí, leo —me defiendo a lo que ella entrecierra sus ojos, incrédula—; bueno, los mangas tienen dibujos, pero también texto, así que sí lo hago. —Sus ojos se achican aún más. Resoplo—. Me lo regaló Edward, por eso estoy leyendo, ¿contenta?

Mariel, la que tanto ama joderme, sonríe complacida, como si su plan inicial hubiese sido ese: descubrir por qué estoy leyendo. No sé qué tienen las mamás con querer saber los chismes de sus hijos, sin embargo, no la juzgo, yo también haría lo mismo. Sería de esos padres que quieren saber todo hasta con lujos de detalle, no por ser sobreprotector, sino porque soy chismoso. Aunque dudo tener hijos.

—¿Y te está gustando? —inquiere acercándose a mí y sentándose a mi lado.

Asiento.

—Es bastante divertido —contesto casi de inmediato—. Además, es mucho más fácil de leer porque Edward ha dejado notas por todos lados. —Sonrío en tanto digo eso y tomo el libro otra vez, abriéndolo en una página al azar para mostrárselo—. Mira, «¿quién más se confunde con cartas? Me recuerda a alguien, cof tú cof».

Trato de imitar la voz gruesa de Edward, pero en lugar de parecer la voz de él parece que estoy intentando imitar a Santa Claus con fuertes problemas respiratorios por inhalar el humo de bastantes chimeneas.

Mamá cambia de expresión.

—¿Qué? —le pregunto al no entender su cambio repentino de humor.

—No preguntaba si te gustaba el libro —me hace saber provocando que la vea desconcertado. Entre mi confusión, ella agrega —: Preguntaba si te gusta Edward.

Casi me ahogo, casi.

«¿Qué si me gusta quién? ¿Edward? Ja, ja, qué graciosa mamá, no vas a hacer que pase por la etapa de la confusión de nuevo cuando ya la he superado. No volveré ahí».

Carraspeo. ¿A qué viene su pregunta en este momento?

—¿Puedes repetir lo que dijiste? Me pareció oír que preguntaste si yo, el que solo está siendo amable, gusta del chico que también está siendo amable —ironizo.

—¿Lo sabes, verdad? —menciona ignorando mis palabras. No respondo porque no sé de qué demonios me está hablando—. Que él gusta de ti —aclara—. Te trata de una manera especial.

Frunzo el ceño. ¿Manera especial? ¿Ser amigable y amable es una «manera especial»? ¿No se supone que todo el mundo debe ser así, porque, bueno, se lo llama ser educado? Entiendo que no todas las personas lo sean, pero él es así y no pienso dudar de eso otra vez. Estoy un poco cansado de esta situación. Justo cuando he aclarado mis sentimientos y me he convencido de que solo es un buen amigo, viene la vida a golpearme en la cara para decirme que dude por quinta vez en el día.

—Estás exagerando. —Hago un ademán con mi mano, restándole importancia y chasqueo la lengua—. No quiere conmigo —insisto.

—¿Y qué hay de ti? ¿Qué sientes tú? —Se mantiene en la posición de madre cupido que intenta colaborar en la vida amorosa de su hijo.

«Aquí vamos de nuevo».

—Nada, no siento nada —digo tajante, regresando mi atención al libro—. Y no vamos a tener esta conversación, mamá.

Suelto un suspiro, agotado. Ya tengo suficiente con Jean como para tener a mamá pisándome los talones con ese tema. Un tema que ya está más que superado y del cual no quiero volver a hablar porque entre más lo pienso, más ilusiones me hago. No quiero pensar que sí hay posibilidades de que Edward sienta algo por mí para que después la realidad me caiga como un balde de agua fría.

Ella nota mi cansancio, por lo que solo se limita a asentir.

—Está bien. —Se levanta de la cama no sin antes darme una palmada en el hombro de forma reconfortante—. No hablaré de eso hasta que tú lo hagas, estaré esperando por si quieres hablarlo en algún momento.

«Morirás esperando, porque eso nunca va a pasar».

—Gracias, mamá. —No sé por qué le doy las gracias, pero lo hago. Ella sonríe y camina hacia la puerta, hasta que parece recordar algo y se vuelve hacia mí.

—Antes de que lo olvide, es la quinta vez que te digo que no dejes papeles en tus pantalones. —Lleva sus manos hacia su cintura, poniéndose de jarras, regañándome—. La lavadora se llenó de eso y tu uniforme quedó sucio. Lo dejé en la lavadora porque lo lavaré mañana de nuevo.

¿Papel? Pero si no dejé ningún pap... Mierda. La puta hoja. La ardilla en mi cabeza deja de correr poco a poco y se detiene una vez que ha atado los cabos y comprende la gravedad de la situación. No le respondo a mamá porque ya estoy corriendo hacia el primer piso para buscar el papel en la lavadora.

Ayer, por idiota, dejé la hoja que me tocó en el absurdo juego de confesiones en mi pantalón y olvidé por completo sacarlo de ahí porque estaba concentrado en la cita con Edward. No puedo creer que he pasado de largo el asunto de la confesión.

Soy un tonto, ¿cómo pude haber olvidado algo así? Vale, creo que tengo la respuesta: Edward. Culpo a Edward por hacer que solo me enfoque en él.

Cuando llego al pequeño cuarto que tenemos para lavar la ropa, me acerco deprisa a la lavadora y la abro para rebuscar entre mi uniforme. Como ha dicho mamá, la ropa está llena de pequeños rastros de papel; para mi fortuna, parece que es papel de baño, al parecer también dejé otro tipo de papel en mi bolsa. Menos mal. Eso significa que hay posibilidades de que la confesión aún pueda salvarse. Busco entre las bolsas de mi pantalón y, en una de ellas, la encuentro.

Sobra decir que está hecho un desastre, no porque esté mojado o algo así, al contrario, está un poco rígido porque la última función de la lavadora fue secar. Al menos no está hecho pedazos como creí que iba a estar. Trato de leer lo que dice, sin embargo, las palabras son casi imposibles de leer. Lo único que puedo distinguir es *m*, *gus*, *her* y

dy.

M. Gus. Her. Dy.

¿Qué demonios significa eso? ¿Es una clase de insulto en algún idioma que desconozco o es alguna clase de invocación demoniaca? Suena mucho a ambos, algo tipo: «¡te odio, eres un mgus herdy!». O «escucha las palabras de las brujas, mgus her dy, mgus her dy, mgus her dy».

No puede ser algo así, deben ser las iniciales de algo, porque las palabras no se ven juntas, se ven demasiado separadas. El problema es que no sé qué pueda significar.

¿De qué me sirve tener la confesión si ni siquiera sé qué quiere decir? Es como si no tuviese nada. Gruño con demasiada irritación. Si lo hubiese leído apenas llegue a casa o si lo hubiese guardado en mi escritorio esto no estaría pasando. Grandioso.

Tiro la hoja al suelo en un acto de frustración y rezongo. Estoy un poco molesto conmigo mismo por no haber evitado esto, sin embargo, también me repito que no tengo que alterarme de ese modo por algo que pudo haber sido una estupidez. Como había dicho, era un juego ridículo que nadie iba a tomárselo en serio, apuesto a que solo era una estupidez como la mía. Aunque, si pienso en la nota que Jean recibió... Okey, puede que yo haya sido el único tonto que no se lo tomó en serio, pero ¿a quién se le ocurriría tomar con seriedad un juego tonto? Hasta yo, que soy estúpido, no lo hice.

Respiro un par de veces hasta que logro calmarme. Ya está, asunto resuelto, la hoja valió mierda por ser un idiota y no voy a regresar el tiempo molestándome por nada, lo mejor será dejarlo así, después de todo, no era algo significativo. Por mi bien, creeré que la hoja no decía nada importante.

Recojo la hoja de nuevo y, de mala gana, regreso a mi habitación. No voy a dejar que algo tan pequeño arruine el resto de mi noche, estaba demasiado bien leyendo el libro que Edward me dio antes de que mamá me dijera que dejé el papel en mi pantalón. Solo debo seguir leyendo e ignorar el asunto de la confesión. Algo un poco difícil considerando que soy de los que le dan muchas vueltas al asunto, juro que hasta tendré pesadillas con eso, ya puedo imaginar soñar a extranjeros insultándome o haciendo una invocación demoniaca con el «mgus her dy». Agh, odio mucho esa parte de mí.

En el pasillo escucho con claridad que mi celular está sonando. Acelero el paso para llegar a tiempo aun cuando no quiero responder. La vida me ha enseñado en estos últimos segundos a no dejar las cosas para después, porque luego me arrepentiré. Voy directo a mi escritorio y tomo mi celular entre mis manos. En la pantalla está la palabra «Edward» seguido de la carita feliz. Está marcando.

Mi corazón me da un vuelco de los nervios. Todavía tengo

problemas con hablarle a través del celular, tal vez es porque escucho su voz más cerca de lo usual o porque soy un rarito que no está acostumbrado a hablar por el teléfono, no lo sé, pero ¿qué tiene él con las llamadas? Dios, con lo poco que me gustan.

Solo voy a responder porque quiero saber cómo está, no he hablado con él en toda la tarde, y claro que quiero saber si está bien.

Con ese pensamiento acepto la llamada.

—Vi la nota y tus libretas, no tenías que hacerlo —me dice con la voz un poco extraña apenas contesto. Supongo que habla de ese modo por la gripe. ¿Habrá tomado algo para curarse más rápido? ¿Debí haberle llevado alguno de esos remedios caseros que hacen las abuelitas?

Ahora me siento mal por haberle llevado los deberes y apuntes y no haberle llevado alguna medicina o remedio. Y la verdad es que la idea no pasó por mi cabeza, e incluso si lo hubiera pensado no hubiera sabido qué llevarle. Espero que sí haya tomado algo y que ahora esté mejor.

Me siento sobre mi cama mientras imagino a Edward acostado en la suya, justo como lo encontré cuando fui a su casa. Puedo imaginarlo tomando las libretas en su mano mientras que con la otra sostiene el celular, el rostro un poco cansado y teñido de rojo por la posible fiebre, el cabello despeinado con algunos mechones cayéndole por la frente y los labios entreabiertos, soltando pequeños suspiros.

Trago duro.

—¿Andy? ¿Estás ahí? —me llama ante mi silencio.

—Sí, sí, estoy aquí —intento que la voz me salga natural—. Y claro que tenía que llevarte los apuntes, ¿sabes lo que podría pasar si míster responsable no entrega sus tareas? El universo iba a colapsar —bromeo tratando de quitarme la imagen de Edward acostado en su cama en mi cabeza.

«Sal de mi cabeza, Eduardo. Si vas a vivir ahí todo el tiempo al menos paga renta».

—Gracias, Andy.

Hundo mis cejas. ¿Andy? ¿Por qué me dijo así? Ya sé que ese es mi nombre, no necesito que me lo digan, pero ¿por qué no me dijo *mon soleil*? Ya me he acostumbrado tanto a que me llame de esa forma que es un poco extraño que me llame así. Exijo el apodo de vuelta de inmediato.

«¿Ya no soy *mon soleil*?», quiero decirle, pero me contengo. El pobre debe estar bastante mal como para que venga un dramático como yo a decirle eso.

—No es nada, sé que hubieras hecho lo mismo —me limito a decir. Edward también lo hubiera hecho, la única diferencia es que él no se cagaría del miedo por toparse con mi mamá. No como yo, que recé

tres padres nuestros al ver a su padre—. Por cierto, conocí a tu papá, un poco aterrador la verdad, ¿fue lo mismo que sentiste cuando conociste al mío?

Él tose.

—¿Conociste a mi papá? —cuestiona, sorprendido—. ¿Te dijo algo?

—Eh, no, fue bastante serio, pero solo eso. De hecho, le mandó saludos a mi papá.

—¿Le dijiste quién es tu papá? —Eleva el tono de su voz.

—Sí, para que viera que no soy un desconocido. ¿Por qué? ¿Hice mal?

—No, para nada —farfulla—, solo que es un poco controlador, quiere saberlo todo. Es molesto, espero que no te haya atosigado de preguntas.

—Nop, tú tranquis.

Escucho cómo suspira después de responderle. Puedo entender su preocupación, estuve en la misma situación que él cuando llegó a casa de Alek. Solo quería que mi papá no dijese cosas innecesarias, por esa razón estaba tan nervioso, y eso que estuve ahí para poder intervenir, no sé cómo hubiese estado si Alek hubiese conocido a Edward sin que yo estuviera presente. Habría muerto.

Pienso en algo para distraerlo, pero en eso mi mirada se detiene en el libro que me ha regalado. Bingo.

—Estuve leyendo el libro —comento para cambiar el tema, y funciona, porque Edward suelta una risita nasal.

—¿Te está gustando? Quiero una respuesta sincera —exige y, de forma atropellada, añade—: No, olvídalo, miénteme si quieres, pero no me digas que no te está gustando. Me dolerá menos saber que me estás mintiendo para no herirme a que me digas que el libro no es de tu agrado.

Sonrío. No soy el único exagerado y dramático en la relación. Edward me hace bastante competencia.

—Me está encantando —trato de tranquilizarlo con mi más sincera opinión—, ya pasé las primeras páginas. Es muy divertido. No puedo evitar pensar en nosotros —se me escapa decir. Del otro lado del teléfono no hay más que silencio de su parte, por lo que corrijo mis palabras—. O sea, ya sabes, porque nos pasó algo similar, no por algo más.

Muerdo mi labio inferior, no lo decía solo por eso.

El protagonista del libro odia a su vecino y su vecino a él. Luego de que hicieran un proyecto escolar, su vecino pasó a la habitación del protagonista para tomar el trabajo que hicieron, pero el vecino se equivocó de hoja y tomó la carta que el protagonista había escrito para terminar con su novia. En conclusión, hubo una confusión con la

carta, algo que nos pasó a nosotros también.

—¿Ya llegaste a la parte donde Finn le dice a Reese que todo este tiempo le...?

Le suelto un gran «shhh» para que guarde silencio. Es el primer libro que llama mi atención y que me entretiene de verdad, no iba a permitir que arruinara mi lectura.

—¡Cállate, Edward! —siseo, molesto—. Sin *spoilers* o voy a romper contigo.

—Esa amenaza está un poco usada, ¿no crees? —pregunta, divertido. No puedo verlo, pero apuesto a que está sonriendo ahora mismo—. Sé más creativo.

Blanqueo los ojos.

—Terminamos. Adiós —advierto, aunque en realidad no pensaba hacerlo.

—¿Estás terminando conmigo? —cuestiona, indignado.

—Sí.

—¿Seguro?

—Sí.

—¿Ya lo pensaste mejor?

—Sí.

—¿Seguro que no quieres pensarlo mejor?

—Sí.

—¿O sea que estás diciendo que no quieres terminar conmigo y que quieres que sigamos juntos por mucho tiempo?

—Sí —respondo sin titubeos hasta que lo escucho reír y tengo que repetirme lo que ha preguntado. Lo odio, ¿cómo hace para cambiar todo a su favor?—. Espera, no, no estoy diciendo eso.

Su risa aumenta.

—Ya aceptaste, lo escuché a la perfección. No hay vuelta atrás, venía en las letras pequeñas en negrita cuando aceptaste ser mi novio. Es como la mafia, una vez que entras, ya no hay salida.

Sin poder evitarlo también me echo a reír, a veces él puede ser un tonto que dice estupideces como yo. Apuesto que, si no hubiese sido porque al inicio trataba de ser demasiado amable y no quería asustarme, me habría hecho firmar algo. Y qué bueno que no lo hizo, porque sí habría huido.

Aceptar ser su novio fue de las cosas más inesperadas de mi vida y de las que, sin importar todo lo que hemos pasado, no me arrepiento. No sé si lo he dicho alguna vez, pero me alegro de haberme confundido de casillero. Sí, a veces bromeo con que no quiero volver a meter la pata porque cuando la metí terminé de novio con el «homofóbico», sin embargo, también me hizo conocer a un chico dulce, amable, divertido que me saca de mis casillas, pero que también sabe cómo tenerme en sus manos.

Y pensar que todo esto terminará en una semana.

En una maldita semana.

No sé si estoy listo para decirle adiós a la cosa extraña que tenemos ni tampoco sé si esté listo para despedirme de Edward, o al menos no como amigo. Sé que podremos continuar llevándonos bien, pero no sé si él querría eso. ¿Y si solo quiere que nos hablemos en el poco tiempo que queda? ¿Y si ya no quiere que nos hablemos después? Uh.

—Hablando de vuelta atrás —murmuro, inseguro de preguntar sobre lo que pasará cuando esto acabe. Aun así, lo hago—. Mañana serán tres semanas, lo que significa que nos falta una para, bueno, ya sabes. El punto es, ¿qué pasará después de que las cuatro semanas terminen?

No le pregunto lo anterior con ninguna mala intención, solo quiero saber lo que haremos después de que la relación falsa termine, quiero saber si Edward no quiere romper lazos conmigo, así como yo tampoco quiero romper los lazos con él. Por mi parte, yo sí quiero seguir siendo su amigo, sin importar qué. Creo que ambos hemos descubierto que, pese a que tenemos pocas cosas en común, hemos conectado muy bien.

Edward vuelve a quedarse callado. Su silencio me incomoda un poco porque no puedo evitar pensar que he dicho algo que no debí decir. Abro la boca para disculparme y decir que no es momento de hablar de eso, pero él dice:

—No lo sé. Pero salirme de tu vida no es una opción. En serio venía en las letras pequeñas. No vas a librarte de mí, O'Connell.

Sus palabras son más que suficientes para apaciguar cualquier duda o temor y para hacer que una sonrisa de oreja a oreja aparezca en mi rostro.

—Ni yo de la tuya —le sigo el juego—. Espero que tengas una caja de paracetamol, porque me tendrás que aguantar por un gran rato.

—Una caja —repite en voz baja—. ¿Tan poco?

Hijo de su...

—¿Qué estás tratando de decirme, Edward? ¿Me estás diciendo insoportable? —Inflo las mejillas en señal de molestia.

—No, y deja de inflar las mejillas —pide causando que deje de hacerlo. Esperen, ¿cómo mierda sabe que lo estoy haciendo? Volteo a ver hacia todos lados por inercia—. Lo haces cuando te enfadas —aclara.

¿Lo hago? ¿En serio? ¿Y se ha dado cuenta? Ni siquiera yo había notado que lo hago.

—Eres muy observador, ¿no?

—Solo con lo que me gusta —murmura causando que la piel se me erice y que las mariposas golpeen mi estómago como si fuese un saco

de boxeo.

Boom, ¿oyeron eso? Fue mi corazón explotando en miles de pedazos porque no pudo soportar tantas emociones encontradas.

¿Acaba de decir que me observa porque le gusto? ¿Edward dijo eso?

«No te lo dijo a ti, tonto, no te ilusiones, está jugando, ¿por qué diría que le gusta un chico como tú?».

Y, de nuevo, mi corazón explota en más pedazos, pero esta vez porque la realidad le recuerda que deje de pensar estupideces. Que deje de creer que es posible que alguien como él quiera con alguien como yo. Que deje de pensar que existe una oportunidad. Me trago la ilusión apenas me digo que estoy sacando las cosas de contexto e intento unir las piezas de mi corazón.

—¿Te gusta ver a las personas inflar sus mejillas? —respondo a duras penas con otra pregunta, porque su comentario me ha descolado tanto que no sé qué más decir. Además, mi mayor modo de defensa es esquivar las cosas y ocultarlas con humor.

—Andy, ¿en serio? —Se ríe y no sé si lo hace por mi pregunta o por la forma en la que he evitado sus palabras.

—No juzgo tus fetiches, todos tenemos —continúo con el mismo juego, esperando que él también lo haga y que se olvide de las palabras que ha soltado.

—Tenemos —hace énfasis en esa palabra, cayendo en mi juego o fingiendo caer. Acto seguido, se aclara la garganta—. ¿Tienes fetiches?

Lo primero que hago es festejar en mi interior porque no ha mencionado nada referente al «solo con lo que me gusta», luego, me quedo callado por su inusual pregunta. ¿Fetiches? ¿Qué es un fetiche en primer lugar? Lo dije solo para quitármelo de encima, pero lo cierto es que no sé qué significa esa palabra. Según yo, está relacionado con las cosas extrañas que te gustan a un punto que ni tú entiendes. Supongo que, si es así, entonces no tengo ningún fetiche. Aunque por alguna razón me llaman demasiado la atención las manos de las personas, en especial las de él. Pero eso no es un fetiche, ¿verdad?, solo me parece atractivo.

Es decir, me parece atractivo que las manos tengan anillos y que los dedos sean largos, no sé, es... ¿porque se ve bien estéticamente hablando? No sé cómo explicarlo, pero me gusta. Me di cuenta de eso cuando él puso su mano sobre mi muslo. Es decir, no quiero decir que me gustan las manos de Edward porque me gustó cuando agarró mi muslo, quiero decir que... Agh, ¿por qué estoy pensando en eso en este momento?

—No —respondo rápido después de haberlo pensado.

—Mentiroso —acusa—. Tus orejas están rojas, ¿no? —interroga sin ocultar que la situación en la que me ha puesto le ha parecido

divertida. Por inercia, llevo mis manos a mis orejas, cayendo en su juego, otra vez—. Te llevaste las manos a las orejas, ¿cierto?

Estoy comenzando a pensar que él ha puesto cámaras en mi habitación, porque no puede ser que me conozca tan bien como para saber lo que estoy haciendo. ¿Soy muy predecible?

—Dime la verdad, ¿pusiste cámaras en mi habitación?

—¿Eso quiere decir que tengo razón y mentiste cuando dijiste que no tienes fetiches? Si tienes fetiches, dilo sin pena, no voy a criticarte, al contrario, ¿quieres saber cuáles son los míos? —inquiere con diversión.

El corazón se me acelera y juro que, si no fuera porque estoy sentado sobre la cama, ya me hubiera ido de culo contra el piso. Catalino, cálmate por favor.

—Te voy a colgar —amenazo, nervioso.

—Hazlo —reta.

—No, te colgaré porque quiero, no porque me lo pid...

Y me cuelga.

Aprieto el celular con fuerza y lo retiro de mi oreja para ver la pantalla y comprobar si es cierto que el muy descarado se atrevió a colgar justo cuando yo iba a hacerlo. Me siento humillado al notar que sí me ha colgado. Frunzo los labios.

¿En serio? ¿Eduardo Catalino se atrevió a colgarme? ¿A mí? ¿Quién se cree para dejarme con las palabras en la boca y con las ganas de colgarle? Igualado.

Marco su número de inmediato para reclamarle. A mí nadie me cuelga, mucho menos cuando yo pensaba hacerlo. El tono de llamada suena una, dos, tres, cuatro... las suficientes veces para desesperarme y para alimentar a mi indignación. No solo se atrevió a colgarme, también se atreve a hacerme esperar.

Cuando mi paciencia estaba a punto de colapsar, el descarado acepta la llamada.

—¿Quién te crees que eres para colgarme? —le echo en cara, molesto.

—Marque uno para hablar con Edward —menciona con la voz fingida, tratando de sonar como las contestadoras automáticas. Hago un esfuerzo sobrehumano para no colgarle sin antes reclamarle—, marque dos para decirle que es el chico más fantástico que ha conocido, marque tres para enviarle un beso de buenas noches.

Ruedo los ojos.

—Uno.

—Usted ha elegido la opción tres. Gracias por su respuesta.

Y vuelve a colgarme.

Respiro con fuerza, manteniendo el aire en mis pulmones durante unos segundos, y, cuando ya no puedo retenerlo por más tiempo,

exhalo.

«Di sí a la vida, no a la muerte».

Mi orgullo está siendo aplastado ahora mismo, así que ni loco volveré a marcarle, mejor voy a bloquearlo en WhatsApp, como el adolescente maduro que soy.

Estoy a nada de entrar a WhatsApp, pero la verdad es que no importa si lo bloqueo o no, si le hago la ley del hielo o si voy ahora mismo a su casa para golpearlo con la almohada, mi indignación no va a calmarse hasta que no sea yo el que le cuelgue. Con la misma indignación de antes, tecleo su nombre en mi lista de contactos y lo toco para marcarle, por tercera vez.

A diferencia de ese rato, esta vez no tarda en contestar y mis reclamos tampoco tardan en aparecer.

—¿Me colgaste por segunda vez? ¿Es en serio? —Suelto un bufido —. Te juro que cuando te vea te voy a agarrar como trapeador, no, es más, como desatascador de baño. Y te juro por mi madre que cuando me beses, si es que me besas porque perdiste el maldito derecho, Catalino, te voy a morder para que te duela hasta el culo.

—Eh, ¿Andy?

El enojo que sentía se transforma en una mezcla de desconcierto y de preocupación. Me paralizo en mi lugar y cierro los ojos sin poder creer que esto me esté pasando. ¿Es que en serio no aprendo de mis estupideces pasadas? Jo-der.

Esa no es la voz de Edward. Me cago en los miles de espermatozoides que no me ganaron y que me permitieron vivir.

—Tía Edna, lo siento muchísimo —me disculpo, apenado. Mi cuerpo se consume en calor por la maldita vergüenza y abro los ojos de nuevo para ver la opción de colgar en la pantalla de mi celular—. Saludos a la familia.

No espero respuesta de su parte porque le cuelgo con prisa. Llevo mis manos a mi rostro y me tallo a fin de que mi rostro deje de estar caliente. Estaba tan molesto que ni siquiera me fijé en marcar al número correcto. Presioné el primer nombre que apareció cuando escribí la palabra «Ed» en la lista de contactos y no me detuve a verificar si era Edward.

¡Qué pena! ¿Qué dirá mi tía Edna de lo que dije? Seguro va a decírselo a todo el mundo. Dios, no puede ser. Trágame tierra y escúpeme en el inodoro.

Espero a que la vergüenza se me pase y busco el nombre de Edward en mis contactos, porque si hay alguien que tiene la culpa de que le haya dicho esas cosas a mi tía, es él. Marco su número y esta vez reviso que sea la persona correcta.

Edward descuelga al segundo.

—Acabamos de hablar y ya estás marcando otra vez, sé sincero, no

puedes vivir un segundo sin mí, ¿verdad? —pregunta con egocentrismo.

Cuelgo, inflando mi pecho de orgullo por haberle ganado por primera vez. Conozco su truco, quería que yo le respondiese para así colgarme justo cuando estaba hablando. Podré caer una, o dos, o tres veces en sus juegos, pero no cuatro veces.

En la pantalla de mi celular aparece que Edward está marcando. Ahora quién le está rogando a quién. Pienso unos segundos antes de responder, porque lo más probable es que quiera hacerse el indignado cuando yo soy la victima de todo esto. Resoplo y acepto la llamada.

—¿Me marcaste solo para colgarme? —me pregunta, ofendido.

—Sí, y te lo mere...

Para sorpresa de nadie, me cuelga. Agh, a veces es tan... es tan... es tan... ¡no sé ni qué expresión decir, pero me pone los pelos de punta! Rechino los dientes e inflo las mejillas.

Voy directo hacia WhatsApp y hacia su chat para bloquearlo, sin embargo, me encuentro con que él ya está escribiendo un mensaje. Tomo una bocanada de aire y espero a que termine de escribir para leer lo que dirá.

Edward ��
No infles las mejillas, ardillita.
El mejor jaegerista
Sabes qué otra cosa puedo inflar?
Edward ��
Qéu??¿
El mejor jaegerista
Tu pómulo si me sigues molestandoOOo
Edward ��
Ah, el pómulo.
El mejor jaegerista
Sí, qué pensaste?
Edward ��
...
Nos vemos mañana :)

Pero, Catalino, ¿en qué demonios estabas pensando, sucio?

Aunque trate de aparentar que estoy molesto con él, no puedo hacerlo. Río mientras niego con la cabeza, es un tonto. Un tonto que saca lo peor de mí y que tiene la extraña habilidad de hacerme enojar y reír en el mismo segundo. Bloqueo mi celular sin responderle. Giro la cabeza y encuentro a mamá asomándose por la puerta. Doy un rápido respingo que casi me tira de la cama y suelto un grito que pudo haber matado hasta a Juan.

—¡¿Qué haces ahí, loca?!

—Pero, ojo, no sientes nada. —Sonríe inocente. Agarro una almohada y la lanzo en su dirección. Ella logra esquivarla.

—¡Mamá, sal de mi cuarto!

(…)

—¿Estás seguro de esto? ¿No te sientes nervioso?

Edward me pregunta del otro lado de la línea. Me remuevo en mi lugar, acomodando los audífonos para poder hablarle. La verdad es que estoy bastante tranquilo a comparación de como creí que iba a estar. Sí, estoy nervioso, pero nada que no pueda manejar.

—Estoy seguro de esto Edward, en serio, no estoy nervioso. Bueno, un poco —me corrijo.

—Tranquilo, eres una buena cita, sé que Heather pensará lo mismo cuando llegue —me anima y sonrío.

—Aprendí del mejor —mascullo recordando las pocas citas que hemos tenido, pero que han sido de gran ayuda. Alzo la vista hacia la entrada del cine y la veo—. Te llamo después, Heather ya viene.

Termino la llamada y guardo mis auriculares y celular en la bolsa de mi suéter. Acomodo mi cabello y tomo aire. Ella viene con la mirada perdida, como si estuviese buscándome entre todas las personas que están ahí. Le hago una seña con mi mano para que me vea y funciona. Sus ojos se conectan con los míos y sonríe en cuanto me ve.

Lleva el cabello suelto, unos pantalones flojos de color mezclilla, una blusa blanca corta y sin mangas, su bolsa en su hombro y tenis del mismo color que su blusa. Se ve linda, más que linda. Heather es sin duda la chica más preciosa que conozco.

—Hola, perdón por haber demorado, ¿esperaste mucho? —se disculpa cuando llega a mi lado y niego con la cabeza.

—Tranquila, yo acabo de llegar.

Asiente y ambos entramos a la sala de la película que habíamos elegido en la mañana. Enseño los boletos que compré antes de que ella llegara al recepcionista y, callados, vamos a los respectivos lugares que nos asignaron. En la escuela hablamos de lo que podíamos hacer en la plaza, y a mí, el idiota mayor, se me ocurrió la maravillosa idea de venir al cine. No sé por qué lo sugerí ni tampoco por qué Heather aceptó, pero luego de elegir una película de comedia, aquí estamos. El peor lugar para salir con alguien según Edward.

Dice que es de los peores sitios porque no puedes hablar con esa persona hasta después de la función, además, el constante ruido de las personas molestas, como las que comen haciendo mucho sonido, las que se olvidan de apagar sus celulares y las que llevan a sus hijos, arruina el ambiente. Yo no sé de esas cosas, pero Edward, el romántico escritor, debe saber de lo que habla.

Y, como si Edward hubiese estado manifestándolo, así sucedió. Las

dos horas de película fueron tan aburridas y fastidiosas que desee con todo mi corazón que se fuese la luz o algo, porque la situación estaba siendo insoportable.

Primero, los niños de atrás se la pasaron golpeando nuestros asientos, luego, los chicos que parecían ser menores que nosotros no dejaban de hablar y de tirar palomitas a las personas, para rematar, los universitarios de adelante se estaban besando frente a todos sin molestarse en hacerlo en silencio, sin olvidar que la película era un asco total y que, a mi costado, la expresión incómoda y adormilada de Heather fue directo a mi pecho. No miento cuando digo que veía mi celular cada dos segundos para ver cuánto faltaba para que mi tortura terminara.

Y es por eso que nunca, pero nunca, invito a nadie a salir. La vida siempre querrá joderme todos los planes, no importa quién sea la persona, ni tampoco el momento ni el lugar, siempre buscará la forma de joderme todo.

¿Es una indirecta de la vida tratando de decirme que la mejor solución es quedarme soltero el resto de mi vida?

A este paso creo que sí terminaré pudriéndome en mi soltería.

Cuando las luces de la sala se encienden y los créditos aparecen en la película, siento que voy a llorar de la felicidad. Heather también se ve aliviada y los dos no tardamos en huir de ahí. Se supone que debía ser una buena cita porque Edward me «enseñó» las cosas básicas de las citas, pero en ningún momento especificó que solo funcionaría si él estaba presente.

No pienso contarle lo que pasó, quiero ahorrarme la humillación.

Una vez que estamos fuera del cine, nos sentamos en uno de los largos bancos de metal que hay, respiro para disculparme por la pésima cita, pero estoy tan avergonzado que no puedo hacerlo. ¡Fue una cita horrible! Ni las citas de Tinder deben ser así de feas.

—Lamento hacer que perdieras la tarde conmigo —Heather es la primera en tomar valor y en hablar. Gira su cuerpo para mirarme y la veo apretar su bolsa contra su estómago con fuerza—. Sé que debías tener más cosas que hacer y sé que pude haber hablado contigo por teléfono o en la escuela, pero no me sentía segura, lo siento mucho.

Pestañeo confundido. ¿De qué está hablando?

Recuerdo que dijo que quería hablar de algo urgente, pero no creí que fuera muy urgente, o que fuera siquiera peligroso como para decir que no se siente segura al hablar en la escuela o en una llamada. Me siento avergonzado por pensar en la cita y por no haber pensado en lo que puede estar pasando.

—¿Pasó algo? ¿Alguien te está molestando?

Ella niega con la cabeza repetidas veces.

—No, eso no, tranquilo, todo está bien. Yo... no sé cómo decir esto,

te juro que estuve practicando frente al espejo como una hora porque no sabía cómo soltarlo.

Se ve tan nerviosa que me preocupo.

—Vale, me estás asustando un poco. ¿Segura que estás bien?

—Sí... en realidad no —suspira—. Llevo peleando con esto desde hace un buen rato y eres el único que puede ayudarme. —Junto las cejas al escucharla. ¿Yo?—. Intenté buscar información en Google, pero nada sirvió, solo tuve más dudas, y luego tú sales con Edward y después estás en casa de Luna y... y...

Se calla luego de soltar todo de manera atropellada. Mis pensamientos se hacen un lío y mi cerebro casi hace cortocircuito. No comprendí ni la mitad de lo que dijo porque habló muy rápido. ¿Qué se supone que quiere decirme?

Ella toma aire antes de soltar:

—¿Cómo supiste que te gustaban los chicos? —inquiere, dejándome aún más confundido—. No quiero sonar ofensiva, ¿te estoy ofendiendo? Dios, qué tonta, mejor me voy, perdón.

Hace el intento por levantarse del banco, pero, entre la confusión y el querer ayudarla, reacciono con más rapidez y soy honesto con ella.

—No me gustan.

Aclaro, a lo que ella se mantiene en su lugar y frunce el ceño.

—Pero sales con Edward.

Ah, sí, es cierto.

Carraspeo, pensando en cómo voy a arreglar esto y qué palabras voy a decirle para ayudarla con lo que sea que la esté preocupando. A los ojos de ella y de toda la escuela Edward y yo somos novios, así que si voy a responder a sus preguntas tendré que obligarme a ser el novio enamorado.

—Bueno... Uhm... No me gustan los chicos —repito otra vez—, jamás me interesé en ellos, pero él —me callo, pensando en su rostro. Sonrío—. Él es el único, y cómo no iba a serlo si es lindo, me trata increíble, me apoya, siempre es atento conmigo, se da cuenta hasta de las pequeñas cosas —guardo silencio de nuevo al recordar todo lo que ha hecho por mí y el hecho de que me conozca tan bien como para saber mis gestos y expresiones. Paso saliva por mi garganta—. No me gustan los chicos, pero él es la excepción.

Es la excepción dentro de todas las cosas que creía que me gustaban y de las cosas que jamás creí hacer. Antes de confundirme de casillero aseguraba que las cursilerías no iban conmigo, pero él me demostró que podía disfrutar toda clase de situaciones cursis, incluso las más empalagosas. Creía que era tan malo en la escuela que ni siquiera valía la pena intentarlo, pero luego me vi a mí mismo poniendo atención para llevarle los apuntes. Y similares hubo un montón de momentos que ni en mis sueños más locos imaginé que

podrían suceder, ni mucho menos sentir, hasta que Edward decidió irrumpir en mi vida.

Desde el inicio él ha sido la excepción.

Heather suelta un «aww» que me recuerda que estoy hablando con ella.

—¿No tuviste miedo de salir con él? —cuestiona despacio, como si no estuviera segura de hacer esa pregunta. Me escudriña para ver si me he ofendido o algo y le sonrío para que vea que estoy bien con sus preguntas—. Lo digo por los rumores y por lo que los demás podían decirte.

¿Tuve miedo? Al inicio no, porque no sabía en qué demonios me estaba metiendo, pero la primera vez que tuvimos que fingir ante toda la escuela sí que lo estaba. Hasta quería salir corriendo.

—Sí, Dios, el primer día quería llorar —le digo soltando una risa nerviosa—, pero Edward estaba ahí, sosteniendo mi mano con fuerza. Y cuando las personas intentaron molestarme él también estuvo ahí, defendiéndome. Él... siempre ha estado ahí.

Mi corazón se acelera y tengo que decirme a mí mismo que solo lo estoy diciendo para ayudar a Heather, que no lo estoy sintiendo de verdad.

—Dios, se gustan tanto, me alegro mucho por ustedes. —Esboza una sonrisa ladina.

—¿A qué vienen todas las preguntas? —inquiero, ignorando sus palabras.

Heather deja de sonreír y baja la cabeza.

—Bueno... Creo que quería identificarme contigo cuando vi que saliste con un chico sin que te importara lo que los demás dijeran. Quería ser tú, quería tener tu valentía. —Muerde su labio—. Discutí con mis amigos por eso, pero lo cierto es que no solo estaba defendiéndote, en cierta parte sentí que me estaba defendiendo también.

—No entiendo.

Debo parecer un tonto ahora mismo, pero es que no logro captar lo que sea que ella está tratando de decirme. Heather vuelve a tomar aire y alza la mirada hacia mí.

—Hay una chica que me gusta —suelta haciendo que me sorprenda. ¿Qué?—. Pero no sabía si me gustaba. Nunca me han gustado los chicos, pero quería convencerme de que era porque aún no encontraba al indicado, salí con algunos, pero no. No sentí nada con ellos. Pero con ella... sí que lo siento, te pasa lo mismo con Edward, ¿no?

Me ve esperanzada, como si se reflejara en mí. Abro los labios para responderle, pero los cierro porque no sabía qué responderle. Todavía estoy procesando el hecho de que a ella le guste una chica. Se supone

que debería estar herido o que debería dolerme que le guste alguien que no soy yo, no obstante, es lo mismo que ella ha dicho, no siento nada.

No siento nada.

Estoy confundido en estos momentos, y no solo por su confesión, sino porque lo que tanto he estado evitando vuelve a aparecer para matarme y llenarme de dudas. Muerdo mi mejilla interna y asiento.

—Sí, me pasa lo mismo con Edward.

Respondo como el «Andy enamorado» que Heather cree que soy.

Y tal vez, solo tal vez, el Andy confundido, el que no tiene en claro lo que siente, el que intenta convencerse de todo lo contrario, también ha respondido.

22: Los muros se caen

Creía que salir con Heather en una cita iba a ser un paso adelante hacia nuestra «relación», no obstante, nunca creí que iba a dar miles de pasos hacia atrás, alejándome de lo que creía saber y de lo que creía sentir.

Todo parece irse distanciando de mí, apartándome, dejándome en una habitación donde solo hay oscuridad y en donde no sé qué puerta debo elegir ni a dónde se supone que debo ir. Estoy a ciegas, indefenso, vulnerable, perdido.

Mi mente está en blanco y mi corazón confundido. Quisiera moverme de mi lugar y correr sin dirección alguna por la habitación hasta encontrar un rastro de luz, por más mínima que sea, sin embargo, ni siquiera soy capaz de dar otro paso. Tengo miedo de avanzar porque en la oscuridad solo tienes dos opciones: o encuentras luz, o te hundes en el vacío.

Y estoy seguro de que voy a hundirme.

Todo por lo que tanto me he esforzado en creer parece estar derrumbándose poco a poco. Los muros que me protegían han comenzado a debilitarse y me han dejado expuesto a la ola de emociones que había enjaulado para no salir herido. Las emociones encarceladas solo están a la espera de ser liberadas a fin de salir a flote y hacer un desastre, sin pensar en las consecuencias, sin pensar que pueden terminar rompiéndose, sin pensar que pueden terminar rompiéndome.

Cierro los ojos por un momento y tomo una bocanada de aire.

«Estás confundido, solo eso, confundido», me repito un par de veces, y luego, añado: «Todo está bien y todo estará bien, solo no pienses en eso. No dejes que salga a la luz, no dejes que te confunda, no dejes que te rompa».

He estado muy bien por mi cuenta, sí, he tenido uno que otro problema, pero sabía por dónde estaba pisando, en este caso, no sé qué es lo que voy a pisar, no sé si el terreno será seguro o si voy a caer y, para ser honesto, no quiero averiguarlo, solo quiero estar bien, no quiero tener dudas, ni quiero descubrir que soy el único que está confundiendo las cosas.

Una vez que me he recuperado lo suficiente, abro los ojos, todavía sintiendo que mi corazón se aprieta contra mi pecho. Comienzo a jugar con los dedos de mis manos mientras espero que mis emociones vuelvan a calmarse y mientras espero que Heather regrese. Ella ha ido

al baño y he aprovechado este momento para poder asimilar toda la información y para procesar mis sentimientos.

No esperaba que Heather me dijera que le gustan las chicas, y aunque debió haber sido como un balde de agua fría por la desilusión, fue todo lo contrario. Sí, me cayó el agua helada de la noticia, sin embargo, no me cayó por el hecho de saber que no tengo oportunidad con ella, ni mucho menos porque no soy la persona por la cual siente algo, sino porque una de las cosas que más temía comienza a salir a luz.

No obstante, no voy a mentir, sí me sorprendió bastante que ella confesara eso, y me sorprendió aún más que me lo dijera a mí. Si no estuviera tan descolocado me reiría de lo patético que soy, sobre todo porque todo este tiempo he creído que tenía una mínima oportunidad cuando nunca ha sido así. El Andy de ahora se ríe del Andy de los meses pasados. Sí, somos un mal chiste.

Alzo la mirada hacia el cielo casi oscuro y llevo una de mis manos hacia mi cabello, despeinándolo. Me gustaría poder pensar que este día ha sido un éxito, que Heather y yo avanzamos de nivel en nuestra relación y que las posibilidades de ser novios aumentaron, pero estaría engañándome. Me gustaría que las cosas hubieran acabado de ese modo, sería muchísimo más fácil y no me frustraría tanto.

—Gracias por esperar.

Escucho que me dice a mi costado. Giro mi cabeza hacia su dirección y trato de sonreírle.

—Supongo que decir algo así de importante debió haber hecho que revolviera tu estómago —trato de jugar a pesar de que no tengo ánimos para hacerlo. Heather suelta una risita porque antes de ir al baño se le escapó decir que los nervios le daban problemas estomacales. Luego de decirlo se avergonzó aún más.

—Dios, me revolvió hasta el cerebro —bromea, situándose a mi lado. Ambos mantenemos la vista en el cielo—. Te juro que no sabía cómo decirlo sin que creyeras que estoy loca. No porque me gusta una chica, sino porque estaba acosándote con varias preguntas.

—Para nada. —Hago un ademán con mi mano para restarle importancia y la miro de reojo—. Me alegra mucho haberte ayudado.

«Aunque ahora el que necesita ayuda y el que está lleno de preguntas soy yo».

Sonríe apenada y lleva uno de los mechones de su cabeza detrás de su oreja.

—No quiero sonar como una aprovechadora, pero ¿qué hiciste para gustarle? ¿O qué hizo él para que te gustara? Necesito consejos, porque las ideas se me están agotando. —Suspira, echando su cabeza hacia atrás.

¿Que si qué hice para gustarle?

Ni siquiera le gusto.

¿Que si qué hizo él para gustarme?

Tampoco sé si me gusta.

—No lo sé —me encojo de hombros, pero me arrepiento al segundo. Se supone que debería saberlo porque ambos «nos gustamos». Carraspeo—. ¿Ser yo mismo? —Más que respuesta, parece una pregunta. Lo cierto es que ni yo sabría responderle por qué «le gusto»—. ¿Cuál es tu situación con esa persona? —inquiero, cauteloso, para que no note que no he sabido responder a sus preguntas.

Se queda callada por unos segundos, como si no estuviera segura de decirme. Volteo a verla.

—Es que... tiene novio y no creo que sienta lo mismo por mí. —La veo pasar saliva por su garganta, acto seguido, clava su mirada en mí —. Y es aún más complicado porque su carácter es algo difícil, tú debes saberlo mejor que nadie.

—¿Qué? —escupo con confusión.

Heather enmudece de nuevo, y su silencio, junto a las últimas palabras que ha soltado y el recuerdo de ella en casa de Alek sumando el hecho de que decidió hablar específicamente conmigo, me abofetean en un gran «joder, así que eso era».

Abro los ojos en grande al igual que mi boca, intento formular alguna palabra, pero la sorpresa es tan inmensa que no soy capaz de hablar, solo suelto balbuceos, quedando como un tonto frente a ella. Ahora lo entiendo. Dios, qué ciego estoy. Ni siquiera me había planteado esa posibilidad, ni me había fijado en las evidentes señales, porque sí, sí había muchas señales y eran tan obvias que no sé por qué no pasó por mi mente.

Ella lee la sorpresa de mi rostro y relaja su expresión al comprender que ya tengo una idea de su situación. Respira y mira hacia al frente.

—La chica que me gusta es tu hermanastra —aclara, aunque ya es demasiado evidente—. Me gusta Luna.

Esa sentencia vuelve a golpearme en el rostro para decirme estúpido, no, no me da un golpe, me da varios. Uno por no haberlo captado antes, el siguiente por haber sido tan estúpido, el tercero porque estamos hablando de mi hermanastra y el cuarto golpe porque la vida debe estar demasiado cansada de que yo sea el que siempre se dé cuenta de las cosas hasta el último.

Estoy tirado en el suelo y la vida grita «¡KO!».

Y es tirado en el suelo donde recuerdo la confesión que me tocó y las palabras poco visibles del papel comienzan a cobrar sentido.

M. Gus. Her. Dy.

«Me gusta la hermanastra de Andy».

Pestañeo, incrédulo.

—Oh —es lo primero que articulo—, no sé qué decir... ¿Mi más sentido pésame?

Una parte de mí ha colapsado porque no esperaba esto, y la segunda parte se siente frustrada porque Heather es muy linda, dulce, amable, divertida, y mi hermanastra… Dios mío, es todo lo opuesto a todo eso. ¡Le gusta la tonta de mi hermanastra! ¿En serio? Cuando manifesté que Heather fuera parte de mi vida no me refería a eso. Vida, ¿en serio me odias tanto?

—No necesitas decir más —menciona entre risas—, solo me hace feliz poder decírselo a alguien. Gracias, Andy.

Eleva las comisuras de sus labios en una linda sonrisa que no dudo en regresar con el mismo gesto. No sé si fui de ayuda, pero al menos pudo contarle a alguien lo que siente. Creo que escuchar también es ayudar.

—Tú me ayudaste hace un par de meses —le recuerdo.

El Andy de dieciséis años bajaba del autobús a toda prisa porque se le hacía tarde para entrar a clases, llevaba una maqueta en una de sus manos y el almuerzo que no pudo meter en su mochila en la otra, y para joderlo aún más, ese día decidió llover, la vida siempre me ha odiado desde tiempos inmemorables. Cuando bajé, todo se me cayó al suelo. Las personas que pasaban por ahí ignoraban que necesitaba ayuda, todas menos Heather y una de sus amigas, pero solo me enfoqué en Heather. Tuve un *crush* con ella al instante.

—¿Aún lo recuerdas? —pregunta, sorprendida—. Creía que me odiabas, después de eso no me hablabas y me evitabas.

Dios, qué vergüenza que lo diga así. No la odiaba, solo me sentía bastante estúpido cerca de ella porque me quedaba embobado. Mi lenguaje de amor se basa en evitar.

—¿Lo hice? —Rasco mi nuca, muy apenado—. Lo siento, es que me…

Me gustas.

O gustabas.

O creía que me gustabas.

No lo sé.

Guardo silencio haciendo que ella junte sus cejas.

—¿Me?

Podía decirle la verdad y hablarle de mis sentimientos, podía contarle que todo este tiempo estuve fantaseando con la idea de salir con ella, podía hacerlo, pero nada de eso iba a cambiar la situación y tampoco iba a cambiar lo que siento.

—Me daba pena hablarte —digo al final.

—A mí también —concuerda conmigo, dejándome desconcertado. ¿Le daba pena hablar conmigo? ¿Por qué?—. Eres de los chicos más lindos y divertidos que conozco, eso me intimidaba un poco.

Aguanta, aguanta, aguanta. ¿Qué? ¿Le intimidaba hablarme porque soy «de los chicos más lindos»? ¿Yo? ¿En qué clase de realidad estamos?

—¿Me estás jodiendo? —pregunto sin poder creer lo que estoy escuchando—. Yo no lo soy, pero tú sí que eres de las más lindas.

—¿Yo? —se señala a sí misma, igual de confundida que yo—. Puff, ¡pero soy de lo más normal!

¿De lo más normal? ¿Es que no se ha visto en un espejo? ¡Es bellísima!

—¿Normal? ¿Tú? ¡Yo soy de lo más normal! —contradigo.

Heather ríe y no tardo en unirme a ella. Es surrealista pensar que todo este tiempo ella ha creído que soy lindo y es todavía más surrealista que estemos en la misma situación. Lo que yo creía de ella es lo que Heather creía de mí. Ahora me siento más patético.

—Voy a confesar que hubo muchos momentos en donde quise hablarte, pero te alejabas. Creía que no te caía bien —admite con una mueca. Aprieto la mandíbula. Fui un tonto al haberla evitado por los nervios, en definitiva, soy el peor en esto—. Una vez vi tu fondo de la pantalla de bloqueo cuando me mostraste la hora y aluciné cuando noté que estabas escuchando a The Neighbourhood.

—Lo siento mucho, no era mi intención —me disculpo por segunda vez y sonrío porque tal parece que tenemos los mismos gustos musicales—. ¿Te gusta?

—¿A quién no?

Mi sonrisa se ensancha y no tardamos en hablar de nuestras canciones favoritas y de otras tonterías. Ahí noté dos cosas, la primera, que Heather y yo tenemos mucho en común, más de lo que había pensado, y que no había notado porque pasaba más tiempo tratando de evitarla que de conocerla, y la segunda, que, aunque sí me gusta su forma de ser y me parece muy linda, los sentimientos que tenía hacia ella no son los que creía. Desde que la conocí sentí un flechazo, sin embargo, ahora que comienzo a descubrir lo que realmente significa «gustar» creo que no era lo que sentía hacia ella.

Decía que me gustaba Heather porque es linda y amable, pero ahora, después de todo lo que ha pasado en estas semanas, creo que he comenzado a descubrir un nuevo significado de «gustar». O, mejor dicho, he comenzado a sentirlo.

Después de hablar con Heather por más de una hora, es momento de irnos. Espero a que su papá pase por ella, una vez que la han recogido y que niego la sugerencia de su padre por dejarme en mi casa, camino a la parada del autobús. Coloco mis audífonos en mis oídos y, al darle reproducir a la música de la *playlist* que Edward me hizo, *Girl Crush* no tarda en sonar. Estoy a nada de cambiarla, ya que quería una canción un poco menos lenta, no obstante, mi dedo se

queda suspendido en el aire, no soy capaz de cambiar la canción porque los recuerdos del inicio de nuestra relación comienzan a aparecer por mi cabeza.

Yo confundiéndome de casillero, Edward tomando la nota.

Yo huyendo y cagado del miedo, Edward diciendo que acepta que sea su novio.

Yo diciéndole que me había confundido, Edward diciendo que lo sabe.

Yo aceptando ser su novio falso, Edward sonriendo y prometiendo que será el mejor novio falso de todos.

Se supone que solo iba a ayudarlo porque él iba a hacer lo mismo, iba a ayudarme a salir con Heather. En ningún momento acordamos que iba a hacer que dudara de todo lo que sentía y que confundiera mis pensamientos y emociones.

Solo tenía un trabajo, un maldito trabajo.

Dios, cuando menos quiero pensar en eso es cuando más lo hago. Mi cabeza no deja de insistir en lo mismo y mi corazón parece estar aliado con ella porque tampoco me deja en paz. Los dos han armado una conspiración en mi contra, y lo único que quiero es arrancarlos para dejar de sentir y dejar de pensar.

Girl Crush no sigue sonando porque detengo la canción y cierro Spotify de inmediato. Estoy cansado de esto.

Veo la hora de mi teléfono y rezongo al ver que aún faltan más de diez minutos para que el autobús llegue. Okey, es poco tiempo, solo tengo que esperar a llegar a casa, tomaré un baño y eso me ayudará a aclarar mi mente y convencerme de que solo he confundido las cosas de nuevo, repitiendo el mismo proceso que hago cuando todo parece querer derrumbarme. Golpeo el suelo con mi pie durante unos segundos y cuento las grietas que hay en el pavimento para distraerme, sin embargo, nada de eso funciona, sigo pensando en lo que pasó hoy y en Edward.

Acaricio mis sienes con frustración. Vale, ya sé cómo acabar con todo esto y cómo confirmarme que he estado confundiendo lo que siento. Solo necesito llamarle y, si puedo hablarle como lo hago con Jean u Oliver, significa que nada ha cambiado.

Pero el problema es que nunca he podido hablarle como lo hago con Jean y Oliver... Agh, creo que el que necesitará varias cajas de paracetamol seré yo. Me duele la cabeza.

Aun así, marco el número de Edward. No importa si funciona o no, le había dicho que le llamaría cuando terminara mi «cita» con Heather. El ruido que emite el celular al llamar empieza a sonar y bastan solo tres pitidos para acelerar mi corazón. En el quinto pitido, Edward responde, poniéndome nervioso casi al segundo.

—¿Cómo te fue con Heather? —pregunta al instante, sin un saludo

o un «¿cómo estás?», directo y con prisa. Frunzo el ceño. ¿A dónde tan rápido vaquero?

—Hola, yo estoy bien, ¿y tú? —respondo de forma sarcástica, a lo que él ríe.

Su risa es suficiente para hacer que mi estómago se encoja y para hacerme sonreír de forma inconsciente.

Mierda.

—Lo siento, hola, *mon soleil*, espero estés bien, pero, al grano, ¿cómo te fue con Heather? —pregunta don chismes.

«Oh, increíble, solo me dijo que le gustan las chicas, haciendo que el Andy que tú conocías quedara como un idiota al pensar que podía gustarle».

Lo peor, es que ni siquiera me duele el hecho de que he sido mandado a la *friendzone* por culpa de la odiosa de mi hermanastra, sino que es precisamente mi hermanastra la que tiene enamorada a Heather. Mi maldita hermanastra, la que es horrible con medio mundo, la que parece odiar al mundo, sí, ella. Uh.

Y tampoco olvidemos que esta cita ha sido la peor cita del año, la cita más aburrida y más estresante de todas. Si Edward fuera mi maestro y «las citas» fueran una asignatura, apuesto a que me reprobaría.

Pienso mi respuesta antes de hablar, porque no tengo la mínima intención de contarle la verdad. Y tengo mis razones para eso, en primera, estoy demasiado avergonzado como para hacerlo, en segunda, lo conozco y sé que, a pesar de que será empático, se burlará de mí, y en tercera, decirle que a Heather le gustan las chicas iba a cambiarlo todo.

—Bien, bastante bien —me limito a decir, ignorando todo el desastre que hubo—. Creo que hemos avanzado un poco —confieso. Esto no es mentira, sí que hemos avanzado después de lo que hablamos y de darnos cuenta de que somos tal para cual.

Edward emite un suave «uhm».

—¿Quieres que practiquemos más? —sugiere.

Podría decirle que ya no es necesario porque Heather ni en un millón de años se fijaría en alguien como yo, en especial porque soy hombre y porque no soy mi hermanastra.

Podría decirle que no porque no quiero seguir en ese juego, donde confundo todo y mis emociones salen a flote.

Podría decirle la verdad.

Pero no lo hago.

Se supone que una parte de nuestra relación se basa en que él me tiene que ayudar con Heather, así que si le digo la verdad las cosas entre los dos volverían a ser como antes, y lo sé, sé que me contradigo en todos los sentidos porque, en parte, quiero volver a esa etapa, la

etapa donde estaba seguro de lo que sentía, sin embargo, tampoco quiero que las cosas cambien, quiero que nuestra relación, o lo que sea que tengamos, siga de este modo.

Si le digo la verdad volveremos a ser solo los dos chicos que se tomaban la mano de vez en cuando para que todos nos miren, no más citas, no más besos, no más nada.

Y saber que no quiero volver a eso me lo dice todo. Estoy hundido, desde el inicio lo he estado.

—Sí, me gustaría practicar más —respondo, jodido, muy jodido.

(…)

—Shhh, estoy llegando a la parte más importante —callo a Oliver, el cual deja de golpear su lápiz contra la mesa cuando siseo—. Le dijo que le gusta, era obvio, pero es tan lindo.

Alzo el libro en la parte donde confiesan sus sentimientos y se lo muestro a Oliver. Él lee por obligación porque se lo he puesto en el rostro, sin embargo, termina arrebatándome el libro de las manos para leer mejor.

—*En manos equivocadas* —Karla dice al sentarse frente a nosotros. Destapa el tupper donde lleva su almuerzo y sonríe—, es de mis favoritos, lástima que el chico se muera al final.

—¿Qué? —pregunto, dolido, sorprendido y traicionado. ¿Cómo se atreve? La voy a matar.

—Es broma —se ríe y tengo que tomar aire para no tirarle la silla en la cara. Karla vuelve a ver el libro—. Está lleno de *post-its*. No sabía que eras de los que les gusta llenarlo, a mí me gustaría, pero apenas tengo libros… —su voz se va apagando poco a poco a medida que va hablando. Abre los ojos de par en par y pasa su mirada de mí al libro repetidas veces—. Espera, espera, espera, ¡¿estás leyendo un libro?!

Ruedo los ojos. Oliver y Jean también me dijeron lo mismo en la mañana.

—Edward me lo regaló —contesto, tratando de quitarle el libro a Oliver, pero él se ha aferrado a este porque al parecer le ha gustado.

—Le dijo que lo odia y luego lo besó —Oliver chilla, ganándose un golpe en la cabeza de mi parte. ¡Todavía me faltaba leer esa parte! Lo odio tanto.

Le quito el libro con rapidez porque aún no llegaba ahí. ¿Por qué nadie respeta mi lectura? Le doy una mala mirada, a lo que Oliver sonríe mostrando los dientes.

—Dios, me estás gritando soltera a la cara. —Karla le da un mordisco a la cosa extraña que trajo de comer, ignorando la pequeña pelea que tuve con Oliver—. Quiero un novio que me regale libros.

—Intenta con Tinder —le aconseja Oliver, volviendo a poner su atención en la libreta donde estaba haciendo un par de bocetos—. O Facebook, aunque no te recomiendo Facebook, la otra vez un tipo de

cuarenta me habló para una comisión, quería que le dibujara el pene.

Karla y yo hacemos una mueca al mismo tiempo. Antes de seguir escuchando las estupideces que seguramente van a decir, regreso mi atención al libro, aunque, como el chismoso que soy, también presto atención a su conversación.

—Qué asco, ¿lo bloqueaste? —pregunta Karla.

—Nop, dinero es dinero.

Pongo los ojos en blanco al oír a Oliver. Esa respuesta no me sorprende viniendo de él. Continúo leyendo el libro, no obstante, la conversación de ellos me distrae, no puedo leer si hay mucha bulla, y más allá de eso, el problema ni siquiera era el ruido de la cafetería, el problema era la conversación de ellos. Ambos no dejaban de hablar de penes en voz alta, ¿cómo iba a poner atención a una escena romántica del libro cuando los tontos de mis amigos estaban hablando de penes? Le quitaban toda la emoción.

De mala gana, cierro el libro. Terminaré de leerlo en mi casa.

—¿Cómo es que puedes dibujar eso? —Karla reprocha.

—¿Cómo es que tú puedes leerlo?

—Boom, te mató —menciono, divertido.

Karla aprieta los labios mientras que Oliver tiene una sonrisa de victoria en su rostro.

—No es lo mismo —refuta ella.

—Las dos cosas son arte —se defiende él.

—¡El pene de un señor de cuarenta años no es arte!

—¿Y sí lo es en un libro erótico? —Oliver alza su ceja.

—Pero… pero... no es real. No cuenta.

—Tampoco sabemos si su pene es real, ¿y si lo editó en PicsArt?

No puedo evitar reírme por su comentario. ¿En qué momento pasamos de hablar de libros a hablar de penes editados en PicsArt?

—No está bien mandarle tu pene a un chico de diecisiete años. —Karla se cruza de brazos y asiento de acuerdo con ella.

—Dieciocho —corrige, y añade—: Y no me lo mandó solo porque sí, primero preguntó, además, me pagó, solo fue un dibujo.

Analizo la situación para ver de qué lado estar, pero mis ojos se detienen en Edward, quien está conversando con Jean mientras que los de la cafetería les dan nuestro almuerzo. Jugamos nuestro típico juego «maduro» que nos ayuda a decidir quiénes van por la comida, piedra, papel o tijera. Los dos perdieron, por lo que les tocó apartar la comida de todos mientras que los vencedores apartamos la mesa. Karla trajo su desayuno, así que ella no jugó. Para mi fortuna, me tocó esperar en la mesa junto a Oliver. No habría aguantado estar solo ni con Edward ni con Jean.

Si me quedaba solo con Jean implicaba que él siguiese molestándome con lo mismo de siempre, con el tema que tanto me

niego a hablar con él. Por otro lado, si me quedaba a solas con Edward… las razones son evidentes. Mi cabeza está hecha un lío por él.

Edward recibe las cosas que el señor de la cafetería le da y acto seguido da la vuelta para caminar de regreso hacia nuestra mesa, sin embargo, un par de chicas se interponen en su camino y se acercan a él para hablarle. Entrecierro los ojos en su dirección. ¿Quiénes son y qué le están diciendo? Quiero aguzar mis oídos o hacer que mis orejas sean del tamaño de las de Dumbo para poder oír lo que están hablando.

Si trato de verlo por el lado positivo, solo son personas que se acercan a pedirle perdón o a decirle que cuentan con su apoyo, no es la primera vez ni tampoco será la última. Pero al verlo por el lado negativo encuentro un montón de cosas malas, por ejemplo... O también... Bueno, no tengo ningún lado negativo, solo espero que no sean malas personas que intentan aprovecharse de él y de su amabilidad.

—¡Sigue sin estar bien! ¡Andy, dile algo!

Regreso mi atención a ellos cuando escucho mi nombre. Pestañeo, tratando de comprender lo que están discutiendo. ¿Qué se supone que tengo que decir?

—¿De qué? —pregunto totalmente perdido de la conversación.

—Dile que está mal que un señor te mande su parte íntima.

Ah, sí, el asunto de los penes.

—Es que es un dibujo... pero es un señor mandándote sus genitales... Ay, no lo sé, ¡es demasiada presión! —Me quejo sin saber qué más decir. Mi mirada cae en Jean, quien ya está acercándose a nuestra mesa y lo señalo con mi dedo—. Pregúntale a Jean, él sí piensa.

Karla se vuelve hacia él y sus ojos se iluminan, como si al fin encontrara a alguien que sí usa el cerebro. Jean nos mira ceñudo, tomando asiento al lado de Oliver, sin tener una mínima idea de lo que estamos hablando. Deja su almuerzo sobre la mesa y me pasa el mío. Edward trae el de Oliver, pero está muuy entretenido con ese grupo de chicas ahora mismo.

—Jean, ¿aceptarías que un señor de cuarenta te mande su pene para que lo dibujes? —Karla suelta, así, sin más.

—Depende, ¿me va a pagar? —contesta el susodicho.

Tanto Oliver como yo nos reímos, sobre todo por la expresión consternada de Karla. La pobre parece que va a estallar.

—Por eso lo amo —vocifera Oliver. Pasa su mano por el hombro de Jean, atrayéndolo hacia él, este último intenta apartarse con una expresión de repulsión—. Somos tal para cual, ¿verdad, bonito?

Jean le responde algo a lo que no presto atención porque mis ojos

vuelven a viajar hacia Edward. Él sigue hablando con el grupo de chicas y, de manera inevitable, el estómago se me revuelve. Me fuerzo a ver hacia otro lado, pero mis ojos parecen no hacerme caso, son masoquistas. Esto es lo que trataba de evitar a toda costa. Esto es por lo que tanto intenté encerrarme en mi zona de confort. La sensación no me gusta, y ni siquiera es porque está hablando con alguien, eso no me importa, es porque son chicas muy lindas, de las que, con solo verlas, te haces a un lado y, de forma inevitable, comienzo a sentirme muy inferior.

En cuanto Edward se despide de ellas y da la vuelta, aparto la vista de él para centrarla en la bebida que Jean me ha comprado. Mantengo mis ojos ahí, leyendo la etiqueta para fingir que no había estado observándolo, sin embargo, siento que alguien me está mirando. Alzo la vista y encuentro los ojos de Jean puestos sobre mí.

Está lanzándome la típica mirada de «sé lo que está pasando, no necesitas decírmelo». Bajo la vista de nuevo, no me gusta para nada la forma en la que me ve, aún más porque no tiene una idea de nada. No sabe cómo me siento, y tampoco tiene que saberlo.

—Edward, dile que está haciendo mal, que es peligroso, ¡nadie tiene cerebro aquí! —oigo que Karla exclama a la par que una silla se arrastra. Él ya está aquí—. Para ponerte en contexto, un señor le ha mandado su pene a Oliver para dibujarlo y aceptó.

Edward vacila unos segundos.

—Bueno… es peligroso y asqueroso… pero si él no se siente incómodo con eso y... ¡no lo sé, es demasiada presión! —se queja justo como lo he hecho yo. Gruño fastidiado—. Pregúntale a alguien más.

—Le pegaste lo bobo —Karla se lamenta, mirándome.

—¿A quién le dices bobo? —inquirimos ambos al unísono.

Él sonríe de lado, pero yo veo a la bebida de nuevo, evitando su mirada a toda costa. No sé si él ha notado que he estado un poco raro el día de hoy, pero espero que no. Espero que no se haya percatado de mi silencio en el auto esta mañana, ni de que he tratado de no quedar a solas, ni mucho menos de que no quería tomar su mano. Espero, de todo corazón, que no se haya fijado, porque lo menos que quiero es hacerlo sentir mal, solo necesito apartarme un poco mientras trato de poner mis sentimientos en orden.

El receso continúa de esa forma, todos hablando mientras yo me quedo en silencio, fingiendo que leo el libro que me ha regalado. Agradezco haberlo traído, si no voy a poder leerlo, al menos es una buena excusa para mantenerme apartado del resto del grupo. Jean habla sobre una fiesta este fin de semana, no le doy mucha importancia porque nunca acepto sus invitaciones, pero cuando Edward lo hace, yo me uno en automático. Y me arrepiento después de haberlo hecho.

Cuando la campana suena, todos se levantan, espero hasta el último para que los demás avancen y me dejen solo. Por dentro deseo que Edward ya haya dado la vuelta para irse, no obstante, al quitar mis ojos del libro, lo veo ahí parado, esperándome.

Jean y Oliver también están esperando. No sé si Jean tiene un radar que detecta problemas como mi madre, pero agradezco que no me haya dejado solo. Siento que mi boca está seca, lo cual me obliga a tragar. Debo dejar de tratarlo de esta manera, yo mismo lo he dicho, no quiero que las cosas cambien, si sigo así, lo único que haré es que todo se vaya a la mierda.

Me levanto con lentitud y trato de hacerme entender que no puedo ser distante con él cuando Edward no tiene la culpa.

Una vez que tomo mis cosas, estoy dispuesto a darle la cara, sin embargo, Jean, el que más odio y quiero en este mundo cuando hace cosas buenas, le dice algo a Oliver. No sé qué le ha dicho, pero este último toma a Edward por los hombros, conversando de sabrá Dios qué, mientras intenta alejarlo de nosotros.

Suelto un suspiro al ver que se alejan, pero vuelvo a sentirme tenso a estar a solas con Jean.

—Que evites las cosas no hará que lo que sientes desaparezca —me reprende.

—¿De qué...? —trato de hacerme el desentendido, pero su ceño fruncido hace que no complete la oración. Él y yo sabemos a la perfección qué es lo que está pasando, no hace falta mentirle.

—Andy, si no eres honesto contigo mismo ni con él, pueden salir heridos —aconseja, relajando su dura expresión.

Desvío la mirada hacia otro lado. Lo sé, joder, claro que lo sé.

—¿Qué quieres que haga? —pregunto, sentándome de nuevo en la mesa. Jean también lo hace.

—No soy quién para decirte lo que debes hacer, pero al menos pregúntale a él lo que siente. Si no avanzas es porque tú mismo te detienes.

También sé eso, no obstante, también sé lo que sucederá si le pregunto a Edward y no estoy listo. No lo estoy.

—No quiero hacerlo.

—¿Por qué?

—Porque no quiero oír su respuesta —respondo tajante.

—¿Por qué? —vuelve a preguntar.

Trago saliva, con el corazón en la garganta.

—Porque creo que me gusta —admito en un susurro, sintiendo que lo que más temía por fin se ha hecho realidad: los muros que protegían mis emociones han caído con esa declaración, y lo que digo a continuación lo confirma—: Y no voy a soportar oír que diga que no siente lo mismo.

23: Cobarde

Si me detengo a pensar cuándo es que inició todo no voy a encontrar respuesta, porque, si soy honesto, no lo sé. No sé en qué momento mis sentimientos comenzaron a cambiar ni tampoco recuerdo cuándo comencé a dudar de ellos. Todo este tiempo supuse que sentirme de esta manera no era nada de lo que debía alarmarme debido a que somos amigos. También supuse que, por la relación falsa que tenemos, sería normal confundirme.

¿En qué momento comencé a dudar?

¿En qué momento permití que mis sentimientos se vieran involucrados?

¿En qué momento me comenzó a gustar?

¿En qué maldito momento?

¿Fue antes o después del beso? ¿Cuando lo conocí o cuando tuvimos nuestra primera cita? ¿Cuando nos reuníamos en la biblioteca o cuando curé sus heridas?

No lo sé.

Ni siquiera entiendo la mitad de lo que siento, y tampoco entiendo qué se supone que debo hacer con ello. Me obligué tanto a encerrar mis emociones que ahora que están libres ya no sé qué hacer. Nunca creí que lo aceptaría, creí que mantendría todo bajo llave porque sabía que si daba el siguiente paso, si me atrevía a decirlo en voz alta, tendría que hacerme responsable de eso y tendría que exponerme: tendría que exponerme a sufrir, a llorar, a la desilusión, al dolor.

Encerrar mis emociones para no exponerme no es algo que comencé a hacer hace poco, es algo que vengo haciendo desde hace mucho tiempo, desde que era pequeño. Encerraba lo que sentía para no salir herido, para convencerme de que si no sentía nada entonces nada podía lastimarme.

El dolor es una emoción que no iba a permitirme sentir.

Cuando papá se fue de la casa era muy pequeño para entenderlo y para asimilar mis sentimientos, pero con el paso de los años el sentimiento de culpa y duda se fue albergando en mi interior. Hubo muchas noches en las que sentía que no era un buen hijo, que era insuficiente y que por eso mi papá prefería cuidar a otra niña. Las preguntas de «¿se ha ido porque no se sentía suficiente con el amor que le damos?» fueron incrementando hasta que el vaso de agua se estaba rebalsando y llegó un momento donde este no pudo soportarlo y explotó.

Explotó en miles de pedazos que intentaron lastimarme, que intentaron hacerme sufrir; sin embargo, recogí cada pieza fingiendo que no estaba herido y las uní para convencerme de que todo estaba bien, de que no sentía dolor, de que no me sentía insuficiente, de que no sentía nada.

Y así fue como todo comenzó, así fue como comencé a construir un muro entre mis emociones, los demás y yo, así fue como comencé a ignorar al mundo y como me aislé de él.

No obstante, a pesar de que lo intentaba con todo mi corazón, el sentimiento de insuficiencia estaba clavado en lo más profundo de mi pecho y aparecía a cada tanto para recordarme que debía esforzarme aún más en ocultar mis sentimientos. En secundaria, por ejemplo, sentía que por más que me esforzara en la escuela no era suficiente, y me convencía de que en realidad era flojo porque la verdad es que no quería aceptar que incluso poniendo todo mi esfuerzo no alcanzaba buenas notas.

En el instituto repetí el mismo proceso, y lo repetí tanto que en lugar de convencerme de que era un flojo, lo creí y comencé a comportarme como alguien desinteresado, como alguien a quien no le importaba ver una nota baja ni una tarea no entregada, estuve así por un gran rato, y el sentimiento de inferioridad desaparecía poco a poco, pero todo comenzó a caer cuando mis demás compañeros hablaban sobre lo que iban a estudiar, cuando explicaban para qué son buenos, cuando tenían en claro sus metas y sueños, y yo, por otro lado, solo los escuchaba. Y comencé a sentir que no era suficiente de nuevo.

¿Cómo es que alguien que no sueña se iba a poner metas? ¿Cómo es que alguien que no sabe lo que quiere iba a decidir lo que hará por el resto de su vida? ¿Cómo es que alguien insuficiente será «suficiente» para ser alguien en la vida?

Jamás hablé de esto con nadie, ni siquiera con mamá, que ya tenía muchos problemas como para que su hijo fuese una carga más. Solo me quedé callado mientras fingía que nada de eso me importaba y mientras asimilaba que lo mejor que podía hacer es ahogarme en silencio.

Toda mi vida he sido así. He sido de la clase de personas que prefieren callar y guardar todo lo que sienten porque no quieren ser una molestia, he sido de los que se conforman con la mínima muestra de cariño y no piden más, he sido de los que encierran sus emociones por temor a ser heridos, y he sido de los que no se atreven a soñar por miedo a fracasar.

Soy un cobarde.

Soy un tonto.

Soy insuficiente.

Lo peor de todo es que el sentimiento de inferioridad se hace

presente cada vez más, y que Edward apareciera en mi vida solo fue el golpe final para dejar que este intentara dominarme de nuevo. Edward fue el que hizo tambalear los ladrillos del muro que me protegía, el que me hizo dudar y el que me hizo exponerme al mundo real. Y me duele ver cómo todo lo que he construido para no salir lastimado se derrumba mientras yo me quedo ahí, mirando, sin saber qué hacer, sin atreverme a moverme para no ser aplastado, sin atreverme a dar un paso para recoger los ladrillos y construir todo de nuevo.

Sin atreverme a hacer algo.

Aprieto los puños en tanto suelto la confesión a Jean y en tanto dejo mi corazón y miedos al aire. No sé cómo debo estar, pero supongo que debo verme lo suficientemente vulnerable como para que él decida romper el espacio entre los dos en un fuerte y caluroso abrazo. Mi pecho duele y mi corazón se estruja contra él, siento que mis mejillas están húmedas, y no es hasta que llevo una de mis manos a ellas que me doy cuenta de que he soltado un par de lágrimas. No sé en qué momento he comenzado a llorar, pero no me gusta. Nunca me ha gustado llorar en la escuela, no me importa hacerlo por alguien más, sin embargo, si es por mí, lo detesto.

Detesto notar que estoy indefenso.

Detesto darme cuenta de que estoy expuesto.

Detesto sentir.

Y me detesto a mí por eso.

Tomo aire un par de veces, calmando la marea de emociones que quieren arrastrarme al fondo. En mi cabeza cuento hasta diez para estar concentrado en algo y no echarme a llorar. Al terminar me siento un poco más tranquilo, sin embargo, la presión en el pecho me sigue recordando que he dejado que todo salga a flote.

«Estás expuesto», me digo, «estás expuesto y estás jodido».

—Tenemos clases —le recuerdo a Jean, tratando de aparentar que ya ha pasado, pero la voz temblorosa me delata por completo.

Hago el intento por separarme, no obstante, Jean se aferra a mí, impidiendo que me aleje.

—¿Y cuándo te han importado a ti las clases? —brama—. Si no te sientes bi...

—Estoy bien, lo prometo —interrumpo más calmado y respiro—. A mí no me importan las clases, pero a ti sí, así que vamos.

Trato de apartarme sin mucho éxito, porque él está abrazándome como si fuera una garrapata y yo un perro. En serio debo verme muy mal para que él esté abrazándome de ese modo, es decir, Jean no es de los que les gusta estar abrazando a las personas, a duras penas me saluda. Se va a arrepentir de esto después.

—Me importas más tú —me hace saber. Sorbo mis mocos y una sonrisa comienza a crecer en mi rostro. Jean parece darse cuenta de lo

que ha dicho porque hace una mueca y me aparta de él con rapidez—. Qué asco decir eso en voz alta, por favor, finge que no he dicho eso.

Suelto una risa nasal. ¿En serio va a pedirme que olvide algo así de importante? ¿A mí? ¿El que le gusta joderlo con la cosa más mínima? ¿Quién me cree para pedirme eso? Alto, ¿ha dicho «por favor»? Lo repito, debo verme fatal.

—Lo recordaré todos los días de mi vida, eso tenlo por seguro —me niego a su petición, haciendo que suelte un gruñido, exasperado—. Y también te lo recordaré cada mañana —lo molesto aún más para que note que ya estoy mejor, que solo perdí el control momentáneamente.

Me gustaría decir que solo he perdido el control por un instante, pero es todo lo contrario. Dejé de ser el que está al mando de sus sentimientos y he sido desplazado a ser un simple tripulante perdido en el mar de sus emociones.

Jean bufa y me da un codazo en el estómago que me hace jadear.

—Lo dejaré pasar hoy porque estás como la mierda, pero lo vuelves a repetir y te golpearé el rostro —advierte. Lo conozco a la perfección para saber que sus palabras no son una simple amenaza, él sí que lo va a hacer, y a este punto ni siquiera me importa si lo hace.

Podría provocarlo para que lo hiciera, ya que yo no puedo golpearme.

—Gracias Jean —ignoro su amenaza, agradeciéndole por haberme apoyado en mi pequeña crisis.

—Voy a comenzar a cobrarte, te haré descuento de conocidos. —Ni siquiera hay un poco de diversión en su voz que me diga que está bromeando, al contrario, lo dice tan serio que le creo. Pongo los ojos en blanco—. ¿Quieres entrar? Podemos quedarnos aquí si así lo prefieres —me dice, refiriéndose a las clases.

Parpadeo, asimilando sus palabras. ¿Está sugiriendo que no entremos? Si me hubieran dicho que Jean me iba a decir que no entremos a clases me hubiera reído y no lo hubiera creído. Él no es de los que hacen eso, Oliver y Karla sí, pero él no.

Aunque quisiera decir que sí, no lo hago, sobre todo porque no quiero que él pierda clases por mí y porque yo tampoco quiero demostrar que estoy tan afectado como para no querer entrar a las últimas clases. Volteo a ver hacia nuestro alrededor para verificar si todavía hay personas en la cafetería, al mirar que sí las hay supongo que aún tenemos tiempo para entrar a la clase.

—Aún tenemos tiempo para llegar, podemos decir que te dolía el estómago o algo así —sugiero, mordiendo mi labio inferior para contener las ganas que tengo de decir que no quiero entrar. No quiero entrar porque no tengo ánimos y porque no quiero ver a Edward, si soy honesto.

—¿Y por qué yo, si has sido tú el que nos detuvo? —Arquea una de sus cejas.

—Perdón, pero yo iba a avanzar hasta que tú me detuviste —lo apunto con mi dedo—, así que cállate.

Jean aprieta la mandíbula, pero no se queja ni tampoco replica, al contrario, asiente con la cabeza y se levanta. Guau, si verme fatal era la solución para que él me tratara mejor debería ponerme de este modo más a menudo. Vale, es broma, no me gusta estar de esta manera, pero al menos puedo hacer bromas sobre eso.

Imito su acción y también me levanto, ambos comenzamos a caminar hacia nuestros casilleros, todavía tenemos que ir por nuestras cosas antes de ir al salón. En verdad me sorprende un montón que Jean haya sugerido no entrar a clases, lo esperaría de cualquier persona, pero de él no, es un Jean 2.0, sin embargo, me alegra un poco saber que siempre puedo contar con él, incluso cuando no quiero contar con nadie.

—¿Qué vas a hacer ahora? —pregunta a mi costado.

«Eso es lo que me gustaría saber». Suspiro.

—No tengo ni la más mínima idea, ni siquiera estoy seguro de lo que siento, tampoco estoy seguro de querer sentir esto. —Chasqueo la lengua—. ¿Qué se supone que soy?

Él me echa una mirada de reojo.

—Un chico que le gusta otro chico, y no hay nada de malo en eso.

Sonrío a medias.

—Lo sé, sé que no hay nada malo con eso —le doy la razón y me callo unos segundos para después decir—: Lo que no sé es qué haré con eso. ¿Me tienen que gustar todos los chicos?

Un escalofrío me recorre por todo el cuerpo. En serio que no tengo ningún problema con que me gusten los chicos, pero no me veo a mí diciendo que me gustan tooodos los chicos, en realidad, ni siquiera me gustan, sé que Edward puede gustarme y sé que es un chico, sin embargo, él es el primero, nunca me había sentido atraído por chicos, solo me había sentido así por chicas hasta que Edward decidió irrumpir en mi vida. ¿Qué soy? ¿Gay? ¿Bisexual? ¿Hetero, pero no mucho? ¿Qué otras orientaciones sexuales existen? Agh, esto ya no me está gustando.

—¿Sabes? —respondo ante su silencio—, creo que ya me estoy arrepintiendo de decir esto en voz alta, era broma, he confundido las cosas y...

—Andy, basta —me detiene otra vez, parándose frente a mí.

Tiene las cejas fruncidas y me da una mirada preocupada. Coloca sus manos sobre mis hombros, zarandeándome, como si quisiera que mi cerebro volviera a su lugar para que razone lo que estoy diciendo. Aprieto los labios.

—No quiero sentir esto. No quiero —soy honesto, hablando desde el corazón. Mis ojos arden y me fuerzo por retener las lágrimas que quieren salir de nuevo—. Estaba bien antes, estaba muy bien —me quejo en voz baja.

No quiero darme cuenta de que no soy lo que creía que era. No quiero tener que descubrir lo que soy. No quiero que un chico me guste. No quiero seguir exponiéndome al dolor. No quiero hacerme ilusiones y creer que puedo gustarle a alguien cuando en realidad la otra persona no siente nada.

No quiero.

—Mira, si el problema por el que no quieres admitir lo que sientes es Edward, entonces díselo. ¿Y si él sí siente algo por ti?

—¿Y si no? —curioseo, nervioso.

—Estaré ahí para apoyarte.

—Gracias Je...

—Con un mínimo descuento.

En esta ocasión sí reconozco la diversión en su voz. Toco su pecho con mi puño en un suave golpe. Es un tonto. Me echo a reír de forma inevitable y por primera vez en el día me siento bien. Me siento bien porque sé que cuento con personas como Jean en mi vida. Me siento bien porque a pesar de que en esta clase de situaciones prefiero mil veces pasármela solo, me hace ilusión saber que puedo contar con la ayuda de Jean, para bien o para mal.

Aunque aún tengo miedo.

—¿En serio no vas a ser serio alguna vez, maldito ambicioso? —bromeo.

—El tiempo es oro, y yo me lo tomo muy en serio. —Suelta el agarre en mis hombros para cruzarse de brazos—. Dejando eso de lado, sentir algo por alguien no está mal, reprimir lo que sientes sí que lo está. No soy psicólogo ni nada de esas mierdas, pero por experiencia puedo decirte que no hay nada mejor que aceptar tus emociones —me aconseja.

—Pero van a lastimarme —mascullo.

—Sí, vas a salir lastimado —asiente a mis palabras—, y te van a herir, y claro que te va a doler, no importa que reprimas todo lo que sientes, de alguna forma u otra saldrás herido, y no por los demás, sino por ti mismo. —Me apunta con su dedo índice. Paso saliva por mi áspera garganta—. Sí, van a lastimarte —repite, enmudeciendo unos segundos—, pero también van a quererte, apreciarte, amarte.

Lo que ha dicho va directo a mi pecho, como dagas, cortándome y abriendo mi piel, tocando un nervio que me quiere hacer llorar del dolor. Jean tiene toda la razón del mundo. Van a herirme, pero también van a quererme. El problema es que yo solo quiero que me quieran, no quiero que me lastimen.

Y si no hago nada por dejar de aislarme no va a pasar nada, no van a herirme, pero tampoco van a quererme. No sentir nada por nadie y que nadie sienta algo por mí parecía ser la mejor solución a mis problemas, sin embargo, eso, en algún punto, iba a quebrarme.

Me limito a sonreír como respuesta, y para él es más que suficiente. Continuamos caminando hasta que llegamos a los casilleros en los cuales todavía había un par de personas. Mis ojos van directo hacia el casillero número tres, el de Edward, y me siento aliviado cuando no lo veo ahí. Todavía no me siento listo para verlo, no cuando aún estoy tratando de asimilar lo que siento.

No sé si Edward tiene alguna clase de poder que le dice que estoy pensando en él, pero mi celular vibra y sé en automático de quién es el mensaje. Al abrir WhatsApp y ver su nombre en el último mensaje que recibí lo confirmo.

Edward ⁂
¿Todo está bien?
Ya han tardado...
El mejor jaegerista
Todo está bien, gracias.
Edward ⁂
Okey.

Nuestras respuestas son cortas y un poco frías a diferencia de las que solemos tener. Las mías son así porque soy un imbécil que no ha podido aparentar que todo está en orden y las de él porque creo que va a tratarme de la misma manera en la que yo lo hago. Y no se lo reprocho, merezco que me trate de esa forma también. Merezco que me trate mucho peor.

Agradezco que las clases nos mantengan separados y agradezco aún más que al final del día él haya tenido que buscar a Irán para ver si ha sido aceptado, al menos me lo he sacado de encima por hoy. No voy a negar que me moría de las ganas por decirle que sí iba a quedar en el periódico y que si quería yo podría ir a ver con él, pero no me sentía bien para hacerlo, en las clases solo estuve presente porque no tenía de otra, no obstante, lo único que quería era que terminaran para poder ir a casa y soltar todo lo que no había podido soltar.

Cuando estoy en casa siento que ya puedo echarme a llorar y que ya puedo soltar todo lo que he contenido en el día.

Apenas subo los escalones y llego a mi habitación, me tiro en el suelo y me rompo en lágrimas. Soy de los que se echan a llorar con cualquier mínima cosa, pero no de los que les gusta llorar por sus problemas ni por lo que sienten. Jamás he sido la clase de persona que disfruta hacer eso. Ni hoy ni nunca, sin embargo, hoy he decidido parar con ese pensamiento y decido romperme.

Hoy decido dejar de contenerme.

Suelto pequeños sollozos en tanto las lágrimas mojan mi rostro por completo. Estoy llorando, y no solo por Edward, sino por todo. Parece que estoy descargando en lágrimas todo lo que no he podido sacar en estos años, todo lo que he tenido que soportar, todo lo que he tenido que retener, todo lo que he tenido que callar.

Lloro por haberme encerrado, por el Andy que no entendía nada de lo que pasaba en su vida y que creía que la mejor solución era aguantar, por el Andy de diez años que se preguntaba por qué no era suficiente y por el Andy de ahora que se lo sigue preguntando.

Lloro por las veces en las que papá no venía a visitarme y por los momentos en los que me decía a mí mismo que no era ausente, que solo me daba mi espacio; por las veces en las que me convencía de que no necesitaba de él y que estaba más que bien con la mínima muestra de cariño.

Lloro por la envidia que sentía cuando veía fotos de Instagram de Luna en fechas especiales, por la envidia que sentía de ella al ver que tenía lo que yo no, por las navidades en donde pedía de regalo que en la mesa fuéramos tres y no dos, por el día de mi graduación en secundaria cuando solo obtuve una felicitación en llamada y un maldito reloj de parte papá, cuando lo único que quería era que tuviera tiempo para mí.

Lloro por mi mamá, que tuvo que criarme sola y amarme el doble para llenar el vacío que alguien más dejó, lloro porque se merecía un mejor hijo, uno que no le causara tantos problemas, uno que se esforzara sin importar los resultados.

Lloro porque no puedo ser más valiente, porque no puedo expresar lo que siento, porque no puedo ser mejor.

Lloro por ser yo.

—Andy. —Escucho que mamá llama por mi nombre detrás de mí. Me paralizo, pero incluso así, no puedo dejar de llorar—. ¿Qué sucede?

Noto la preocupación en su voz, ella no tiene ni la más mínima idea de lo que siento ahora ni de lo que he sentido en todos estos años. Para Mariel, su hijo es alguien que supo tomarse la separación de sus padres de la mejor manera, y sí, sí supe llevarlo. Lo que no supe fue acostumbrarme a la ausencia del que se fue. No supe por qué decidió dejarme hasta después de unos años, cuando ella mismo me lo contó, pero eso seguía sin explicar por qué se había alejado, y no hablo de una forma física.

Para Mariel, Andy es un chico que no debe tener ningún problema y en el que todo en su corazón está bien. Y no es su culpa pensar eso, es la mía porque yo fui el que decidió que ella creyese eso.

Mi mamá se agacha para estar a mi altura y no espera más tiempo

para envolverme entre sus brazos y llevarme contra su pecho. Por un momento me siento como si fuese un niño de nuevo, como si volviera a tener diez, como si el Andy que necesitaba un abrazo en ese tiempo estuviera siendo consolado. Vuelvo a sentirme protegido, como si nada malo estuviera pasando.

—Siempre he respetado tu espacio y lo seguiré haciendo. Pero espero que también sepas que, sin importar si el mundo está en tu contra, yo estoy de tu lado. Siempre. —Besa mi frente y aferra sus brazos en mi cuerpo.

Trato de sonreírle entre las lágrimas, pero lo único que consigo es una sonrisa que no logra completarse. Debería decirle lo que siento, después de todo, ella siempre sabe qué decir y cómo animarme. Debería decirle, pero solo me basta que me abrace para saber que sin importar lo que pase ella estará conmigo.

Nos mantenemos así hasta que por fin logro calmarme y mis lágrimas dejan de caer. La presión en el pecho que estuvo jodiéndome desde la mañana se ha detenido, parece que lo único que necesitaba era descargar todo. Sin darme cuenta, el vaso de agua que volví a construir explotó otra vez, y explotó en serio y con muchísima más potencia que antes.

La música que mamá tiene para las llamadas se hace presente en la habitación y oigo cómo ella maldice. Se separa un poco de mí para sacar su celular y de reojo veo que la palabra «trabajo» aparece en la pantalla. Mi mamá bloquea el celular y hace el intento por abrazarme otra vez, pero la aparto.

—Contesta —le digo.

—No, que se jodan, mi hora de trabajo ya pasó. Ahora tú eres mi prioridad.

Esta vez logro completar la sonrisa que se forma en mi rostro.

—Mamá, contesta —insisto—. Estoy mejor, lo digo en serio. Podemos hablar después, ahora solo quiero estar solo, por favor.

Suplico en voz baja. Sé que ella quiere ayudarme y que quiere saber por qué me he puesto llorar como un bebé, y valoro muchísimo que quiera apoyarme, pero en estos momentos solo quiero estar solo. Necesito digerir mis emociones yo solo.

A regañadientes, asiente, dándome otro beso en la frente antes de levantarse.

—Haré tu comida favorita, ¿te gusta la idea? —pregunta intentando animarme.

Mi sonrisa se amplía.

—Sí, mamá, gracias. Bajaré a ayudarte.

Vuelve a asentir y contesta la llamada, cerrando la puerta detrás de ella. Una vez que estoy solo entre esas cuatro paredes, mi sonrisa se borra de nuevo.

Estoy mejor después de haber sacado todo, siento como si me hubiese quitado un gran peso de encima; sin embargo, ahora que conozco lo que siento y que no puedo negarlo ni tratar de convencerme de lo contrario, ¿qué voy a hacer? Dios, por estas razones es que me obligaba tanto a no demostrar que algo iba mal. No importa que reconozca si estoy mal si no tengo soluciones para ello.

Okey, una cosa a la vez, no puedo manejar todas emociones al mismo tiempo. Dejaré el problema con papá y lo que he sentido para después, cuando lo hable con mamá. Sé que ella sabrá qué hacer. Solo no quiero pensar en eso en este momento, cuando hay algo que me está atormentando aún más.

¿Qué se supone que soy? ¿Quién soy?

No mentía cuando le dije a Jean que no sabía lo que era, en verdad que no lo sé, siempre había creído que era heterosexual porque nunca me había gustado ningún chico, ni siquiera me sentía atraído hacia ellos. Sí, había uno que otro del que pensaba «qué guapo es», pero hasta ahí, solo reconocía su atractivo. Jamás me gustó ninguno, ni mucho menos me imaginaba en una relación romántica o de cualquier otro tipo. Edward fue y es la razón por la que comencé a dudar de todo.

Vuelvo a suspirar, aunque no me guste la idea, creo que ya sé dónde puedo encontrar la respuesta. Seco mi rostro con mis manos y tomo mi celular de la bolsa de mi pantalón. Al tenerlo en mis manos voy directo hacia Google y tecleo:

¿Cómo saber si soy gay?

No obstante, no le doy a buscar porque lo pienso mejor. No creo ser gay, no me gustan los chicos. Vale, Edward es uno, pero no es como si sintiera atracción por todos los chicos. Además, me gustan las chicas, no puedo negar eso, me atraen mucho. Entonces, se podría decir que... ¿soy bisexual?

Corrijo lo que he buscado en Google y cambio la pregunta por un: «¿Cómo saber mi orientación sexual?».

Las páginas no tardan en aparecer y me abrumo con la infinidad de posibles respuestas, los muchos *tests* y cuestionarios que hay en Internet. Jesús, María y José, ¿por qué es tan difícil? ¿No sería más fácil solo decir «eh, me gusta una persona» y ya? ¿Habrá alguna orientación sexual así?

No me siento con muchos ánimos de seguir investigando, sobre todo porque ya estoy demasiado agotado mentalmente. Frustrado, me levanto de mi sitio y me echo sobre la cama. Todo esto comenzó porque empecé a sentir cosas por Edward, no le echo la culpa ni tampoco lo hago responsable, solo digo que, tal vez, si no hubiera llegado a mi vida, no tendría que pasar por esto. ¿Y si en verdad solo estoy confundido? Porque, ¿en serio estoy seguro de que me gusta

Edward? ¿O estoy confundiendo lo que siento? ¿Sí me gusta? ¿O solo creo que es una persona maravillosa?

Para empezar, ¿cómo sé que me gusta una persona?

Con Heather fue diferente, solo lo decía y ya, aunque creo que no lo sentía en realidad. Me pasa todo lo contrario con Edward, con él no lo digo, pero creo que tal vez sí que lo siento. Lo siento porque cada vez que lo veo mi corazón parece detenerse para acelerarse con muchísima más intensidad, la respiración se me entrecorta y las malditas mariposas en llamas hacen acto de presencia, jodiéndome. Lo siento en mi pecho y lo siento en lo más profundo de mi corazón.

Incluso si fuera de ese modo, necesito cerciorarme de las cosas. Tomo mi celular de nuevo con el corazón latiendo a mil por hora y escribo a toda prisa:

¿Cómo saber si me gusta un chico?

Esta vez le doy a buscar y no me abrumo por la cantidad de páginas que hay, lo único que hago es ignorarlas y toco la primera que aparece en la inmensa lista, ni siquiera me detengo a ver quién es el autor o si es seguro. Solo necesito leer lo que dice. Me brinco la explicación que da respecto a los sentimientos y voy directo hacia los puntos que el autor ha puesto, lo que me importa saber. Según él, si estoy de acuerdo con más de cinco puntos significa que sí me gusta. Veamos qué tal.

En el primero encuentro:

1. Te parece atractivo.

¿Edward me parece atractivo? La pregunta ofende, claro que sí, es muy guapo. Es imposible no sentirse atraído hacia él, en especial cuando tiene una linda sonrisa, unos ojos preciosos, una mir... Creo que me estoy desviando del tema. Sí, la respuesta es sí.

Leo el siguiente punto.

2. Todo te recuerda a él.

Me gustaría decir que no es así, pero incluso en la cita con Heather me la pasé pensando en él. Siempre que intento pensar en cualquier otra cosa, Edward aparece en mis pensamientos, incluso ahora. No sé qué me ha hecho, solo sé que se adueñó de mi cabeza y que, sin importar lo que haga, él siempre está presente, tanto en lo que pienso como en lo que siento.

Bajo la vista hacia el tercer punto.

3. Sus mensajes te hacen suspirar.

Muy a mi pesar, asiento. No solo sus mensajes y sus llamadas, todo en general. Edward dice cosas muy lindas que me tienen suspirando y poniéndome rojo a cada rato. Él me pone de una manera que no sé cómo explicar.

Trago saliva, bien, vamos acertando tres puntos de ocho. Continúo leyendo.

4. Has descubierto que tienen muchas cosas en común y te encanta su forma de ser.

Ni siquiera puedo negar lo obvio, claro que sí. Nuestras personalidades son un poco distintas y son muy pocas las cosas que tenemos en común, pero nos complementamos muy bien. Además, es más que obvio que me gusta su personalidad. Sí, es algo reservado, sin embargo, tiene todo lo que me gusta en alguien: es amable, lindo, simpático, divertido, coqueto, inteligente... Y podría seguir enumerando un montón de cualidades y jamás acabaría. Sí, me encanta su forma de ser.

Cuatro puntos de ocho.

5. Te proyectas con él a futuro.

Sí y mil veces sí. Es precisamente eso lo que más me asusta, quiero seguir a su lado, siendo amigos o lo que sea, no puedo ver un futuro en el que él no esté. Sí, me he dicho a mí mismo infinitas veces que después de que esto termine existe una gran probabilidad de que ni siquiera me hable y que debo hacerme a la idea de que eso es real, pero solo lo digo para que, cuando suceda, no me duela, pero en el fondo y… no, en el fondo no, en la superficie de mi corazón sé la respuesta. Quiero a Edward en mi futuro.

Cinco puntos de ocho y no necesito seguir leyendo para saber el resultado, la respuesta es más que obvia. No importa que intente ocultarlo, ni que trate de convencerme de lo contrario.

Me gusta Edward.

Me gusta el chico que ha fingido ser mi novio falso.

Me gusta.

Y me gusta mucho.

Pero ¿qué se supone que haré con esta información?

Estoy asustado, no quiero decirle. No quiero que, al decirle, me diga que lo lamenta mucho, pero que no siente lo mismo, que soy el único que ha confundido todo.

Y, todavía más importante, aún hay un par de cosas que me gustaría poder entender de mí, hay muchas cosas que necesito saber, que necesito conocer. No quiero ir inseguro, decirle algo para después decir «fíjate que estaba confundido, no sentía eso». Necesito estar seguro, para no lastimarme y para no lastimarlo.

Por esta razón es que no quería mantener la guardia baja, por esta maldita razón quería negarme a la idea de un Andy gustando de un Edward.

Tomo mi rostro entre mis manos, agotado. Me gustaría poder dormir y despertar cuando todo lo que me inquieta esté resuelto, sería un sueño que las cosas se solucionen mientras dormimos, si fuese de ese modo nadie tendría que atravesar ningún mal momento.

Regreso el celular al frente y salgo de la página en la que he

entrado. Si mi mamá viera mi historial se reiría de mí para luego decir «te lo dije». No me lo diría de frente, pero sé que lo haría porque yo quiero hacer lo mismo con el Andy de esta mañana y de hace unos días atrás. Menos mal que no hay una máquina del tiempo, porque sería muy vergonzoso ver al yo del pasado.

Activo las notificaciones que había ocultado porque necesitaba un tiempo para mí y encuentro un mensaje de Edward entre ellas. Dudo en abrirlo porque después de admitir que me gusta no sé cómo comportarme frente a él, no obstante, Edward no se merece que sea indiferente. Abro el chat.

Edward *

Sé que ha sido ayer, pero...
Feliz tercera semana de novios.

Mi corazón late a toda prisa.

Cómo negar que me gusta Edward. Estoy perdido.

Incluso sabiendo lo que siento, aún no sé qué es lo que él siente. Y no tengo el valor suficiente para hablarle de mis sentimientos ni tampoco tengo el valor para afrontar sus palabras. No soy tan fuerte.

Respondo el mensaje con «igualmente» y un sticker de corazón, no me quedo a esperar respuesta de su parte. Salgo del chat y bloqueo mi celular.

Con todo lo que he estado sintiendo y pensando se me había pasado que ya nos quedan unos días de novios. Hoy, de hecho, comienza la cuarta y última semana. La semana en donde todo se terminará y donde se supone que todo volverá a ser como antes... A menos que haga algo para impedirlo o a menos que intente cambiar las cosas entre nosotros.

Solo tengo dos opciones, o comienzo a asimilar lo que siento y me armo de valentía para confesarme, teniendo en cuenta que él puede no sentir lo mismo y que de ese modo nuestra amistad también puede terminar, o hago lo que siempre he hecho: fingir que no siento nada para que las cosas no cambien y nuestra relación siga intacta.

No importa cuál de las dos cosas haga, voy a salir herido de todos modos. Sin embargo, quiero elegir la opción que no me lastimará tanto.

Y todos sabemos cuál es.

El viernes pasa igual de rápido que el jueves porque al tomar mi decisión repito la misma rutina: evitar a Edward. Sé que se debió dar cuenta, sé que debió notar que no lo he tratado de la mejor manera, y pese a que me recrimino por eso todavía no puedo darle la cara. Edward no se lo merece, no merece que lo trate de esta forma tan horrible, él merece a alguien que tenga el valor de decirle las cosas a la cara, él merece a alguien que no huya cada vez que se siente

confundido.

Merece a alguien que no sea yo.

Todos han notado mi indiferencia y la ridícula distancia que he puesto, y cómo no notarla, si es demasiado obvia. Incluso cuando él trata de decirme que ha sido aceptado en el periódico creo que le doy una felicitación un poco borde. Incluso cuando habla con más personas creo que he ocultado a la perfección mis emociones. Incluso cuando nos quedamos solos en la mesa de la cafetería creo que mi silencio habla por mí. Pero tal vez tomar distancia sea lo mejor, para ambos.

Para que nadie salga lastimado.

En la tarde hago las tareas, obligándome a mantener la cabeza ocupada, obligándome a no pensar en él y a no sentir nada, a ignorar todo. No para reprimirme, sino para no actuar de forma acelerada. He aceptado que, sin importar las cosas, no voy a retener lo que siento, sin embargo, si me dejo llevar por lo que siento, podría meter la pata. Debo tener un maldito balance entre no apresar lo que siento y dejarlo hacer lo que se le dé la gana. Aunque parece que estoy reteniéndolo de nuevo.

Estoy haciendo lo mejor que puedo.

Cuando paso la página de mi libreta de matemáticas mi celular vibra en el escritorio y dirijo mi atención a él, en la esquina superior derecha hay una lucecita roja, anunciando que tengo un mensaje. Regreso mi vista a mi tarea. No voy a mentir, una parte de mí estuvo esperando a que un mensaje de él me llegara, pero la otra parte quería que Edward también mantuviera y respetara la distancia que puse, para así poder desacostumbrarme a él, para que tal vez me dejase de gustar y todo fuera más fácil para los dos.

Ignoro que mi celular ha vibrado y continúo haciendo mi tarea, no obstante, no logro concentrarme porque no dejo de ver la maldita pequeña luz roja que me tienta a abrir las notificaciones. Rechino los dientes y aprieto el lápiz que sostengo en mi mano con mucha fuerza. Okey, tal vez podía echarle un vistazo, solo para saciar mi curiosidad, ni siquiera debe ser Edward, de todos modos, no es como si quisiese que fuese él.

Sin tener un ápice de autocontrol, agarro mi celular y leo las notificaciones que hay en la pantalla.

Edward *

Estoy abajo.

Ven.

¿Abajo de qué? ¿De qué está hablando? No entiendo lo que dice.

¿Se habrá confundido de persona?

En eso, como si Dios estuviera harto de mí y mi estupidez, hace

que escuche el sonido del claxon de un auto fuera de mi casa. La piel se me pone como de gallina. No es él... ¿o sí? ¿Edward está afuera?

Me levanto de la silla y al hacer a un lado la cortina de la ventana lo veo ahí, entre la casi oscuridad porque el sol todavía se estaba ocultando, está con una cara muy seria, con la ropa que parece ser su pijama y con los audífonos puestos. Edward está ahí. Su auto está aparcado frente a mi casa y él está fuera de su coche, apoyado en este, mirando directo a mi ventana.

Mirándome.

Trago saliva. Ni siquiera puedo fingir que estaba durmiendo o que no he visto su mensaje porque él me ha visto asomar la cabeza por la ventana. Qué idiota soy. Cierro la cortina y respiro un par de veces.

Necesito tranquilizarme. Edward tal vez ha venido porque está preocupado por la forma en la que me he estado comportando. Él no sabe lo que siento, no hay manera de que lo sepa, y por eso no debo alarmarme. Solo tengo que dejar de ser un idiota y debo pedirle perdón por haberlo tratado de la manera en la que lo he hecho.

Me doy una mirada en el espejo para ver cómo estoy, mi rostro está pálido, mis ojos hinchados y la playera negra rota que me llega por debajo de las rodillas solo aumenta mi mal aspecto. No tengo tiempo para cambiarme ni para ducharme o algo así, así que solo tomo un poco de perfume y lo rocío en mi cuerpo. Al menos voy a oler bien.

Bajo los escalones con lentitud y así tomar tiempo para poder prepararme para lo que sea que Edward vaya a decir. Una vez abajo, me dirijo hacia la puerta y, de forma sigilosa, la abro.

Él ya está ahí.

—Hola —saluda.

—Hola —respondo.

Ambos quedamos en silencio y me siento un poco extraño con eso, no me gusta la sensación de «comportarnos como desconocidos», aunque no puedo quejarme, he sido yo el que nos puso en ese punto. Se supone que debería invitarlo a pasar, pero la verdad es que no me siento seguro para hacerlo. No cuando aún tengo dudas y cuando todavía soy incapaz de decirle algo que apenas he comenzado a descubrir.

Edward me da una mirada, escudriñándome, y frunce el ceño al ver mi rostro. ¿Tan mal me ve? Bueno, de mi olor no puede decir nada, espero.

—¿Quieres pasar? —le pregunto.

Él niega con la cabeza.

—No quiero molestarte, solo quiero saber cómo estás. —Muerde su labio inferior—. ¿Pasó algo en la cita con Heather? ¿O por qué me tratas de esa forma desde ese día? Creí que todo salió bien y que

querías que te siguiera ayudando con ella. —Traga saliva—. Dime, ¿hice algo malo o dije algo que pudo haberte lastimado?

La forma en la que lo ha preguntado me rompe. Me rompe porque la culpa azota mi cara con fuerza, he hecho que estos días él sienta que ha hecho algo malo cuando el único responsable soy yo. Solo trataba de evitar que alguno de los dos salga herido, no quería que se culpara por algo que no hizo.

—No, no eres tú —me apresuro a contestar—. Dios, tú no has hecho nada malo. Perdóname si crees que ha sido así, perdóname si sentiste que era tu culpa, perdóname. Solo no me he sentido bien conmigo mismo y quería alejarme de las personas por un rato, es solo eso, pero ya estoy mucho mejor —aseguro, forzando una sonrisa—. Gracias por preocuparte por mí... ¿por qué estás viendo mis orejas?

Reprocho al observar que tiene sus ojos puestos en mis orejas. Edward aparta la mirada con un leve sonrojo.

—Para ver si estabas mintiendo —farfulla, dándome una pequeña sonrisa—. Lo lindo de ti es que pareces tener una alarma que lo dice todo.

—Mis orejas no son una alarma... ¿Y creías que te estaba mintiendo?, ¿no confías en mí? Me dueles, Catalino, me dueles —juego para alivianar el ambiente.

—¿Quieres que confíe en el chico que se inventó una religión? —Alza su ceja, riendo. No me da oportunidad de responder porque se apresura a hablar—. Claro que confío en ti, solo estaba preocupado de que fuera yo el que te hiciera sentir mal.

Metí la pata con él, y la metí en el fondo. Uh, ¿cómo pude haberlo tratado de esa forma?

—No pasó nada malo —repito—. Y tú tampoco eres el responsable, no hiciste nada, en verdad, solo quería un poco de espacio.

Edward suelta un suspiro y lleva su mano a su pecho, aliviado.

—Me alegra oír eso. Bueno, no me alegra que te hayas sentido mal —se corrige con prisa—, me alegra no haber hecho que te sintieras mal. ¿Quieres hablar de eso?

Me quedo callado, pensando en mi respuesta. Es el momento perfecto para hablar sobre lo que he estado sintiendo, es el momento indicado para poder solucionar lo que me ha estado atormentando en estos días.

Es el momento, pero estoy asustado. Muy asustado.

—No, no quiero hacerlo —mi boca se mueve por mí—, pero gracias por haberte preocupado.

Edward asiente, comprendiendo que no quiero hablarlo con él. Respetando mi espacio.

—Si quieres hablarlo no olvides que estoy aquí para ti, *mon soleil*.

Y, una vez más, caigo ante él y sus palabras, caigo ante lo lindo

que es y ante la forma en la que me trata. Me he comportado como un tonto en estos días, y él, por otro lado, solo ha respetado mis decisiones, se ha preocupado e incluso ha venido hasta a mi casa para verificar que todo esté en orden. ¿Cómo no iba a gustarme?

Me arrepiento de haberle dicho que no quiero hablarlo, porque sí, sí quiero hablarlo, sí quiero preguntarle si siente algo, y aunque sienta miedo, sé que él no va a lastimarme más de lo que yo ya hice conmigo.

—La verdad es que creo que sí quiero hablarlo —menciono de repente—. Tengo algunas preguntas para ti.

Edward pestañea.

—¿Suéltalo? —me anima entre la confusión.

—¿Por dónde empiezo? —digo más para mí que para él. Muerdo mi mejilla interna y tengo que inhalar hondo para tomar valor—. Dios, es que... Jean, él me dijo lo que decía la nota que le tocó en el juego —decido comenzar por lo que inició todo este desastre.

Me mira ceñudo.

—Creía que no podíamos decirle a nadie.

Exclamó el que me contó lo que decía su hoja.

—Yo también creía lo mismo —concuerdo con él—, también pensaba que no necesitaba decírmelo, pero él sugirió... —Edward me ve expectante y no me atrevo a soltarle lo que Jean dijo. Trago saliva —... algo que causó que todo esto comenzara a pasarme.

—¿Qué te dijo? —Esta vez me ve preocupado. Y a este punto yo también lo estoy.

—Dijo que la nota decía que... —pellizco la palma de mi mano para no acobardarme— ...que al parecer le gusta su novio. Y en esa sala nadie tiene novio. Él me dijo que pudiste ser tú el que lo escribió, o sea, que tú escribiste que te gusta tu novio —escupo la confesión en bajito, y luego, para quitarle peso, niego esa posibilidad—, pero le dije que no había manera de que fueras tú, que tú no pudiste haber sido porque no te gusto ni nada eso.

Mi corazón se acelera después de soltar eso. Ya está, lo he dicho, le he preguntado de forma indirecta si le gusto. Quiero desaparecer en este mismo instante.

Edward junta las cejas, desconcertado.

—Yo no escribí eso, Andy.

Y parece que mi corazón deja de palpitar con su declaración. Él ha negado lo que estaba más que claro y ha afirmado lo que yo ya sabía, no le gusto.

Y es que, ¿cómo pude pensar que podía gustarle? No soy suficiente, y nunca lo seré.

Lo sabía, yo he sido el único tonto que ha confundido todo. Dios, qué imbécil he sido.

«Tonto, tonto, tonto, tonto».

—¿No? —inquiero, deseando que diga que está bromeando, deseando que diga que sí ha sido él quien escribió eso.

—No, yo no lo escribí. —Termina por romperme.

«Te lo dije. Te dije que estabas siendo un tonto».

Tomo la perilla con fuerza y le sonrío, mostrando los dientes. «No demuestres lo que sientes, no lo hagas».

«No demuestres que te duele».

«No demuestres que estás roto».

«No demuestres».

—Lo sabía —le doy la razón—, sabía que no habías sido tú, es que era muy obvio, ¿cómo es que podrías sentir algo por mí? Suena ridículo.

Me echo a reír como si hubiese contado el mejor de los chistes para ocultar lo que estoy sintiendo en este momento, como si no estuviese sintiendo que mis ilusiones han sido aplastadas, como si no estuviese arrepintiéndome de haber dejado mis emociones al aire, como si no estuviese culpándome por haberme expuesto a salir lastimado.

Edward enseria su rostro.

—¿Y si hubiese sido yo el que escribió eso? —cuestiona, dejándome confundido.

—¿Cómo?

—¿Y si hubiese sido yo? —repite de nuevo—. ¿Hay algún problema con eso?

Interroga, mirándome directo a los ojos.

Trato de mantener todo bajo control, pero dentro de mí hay una revolución de emociones que amenaza con tirar todo si no las dejo salir. Y es que quiero, en serio quiero, pero al mismo tiempo quiero protegerme, incluso más después de haber escuchado que él no escribió eso. Sé que Jean ha dicho que no siempre podré protegerme, y que sin importar lo que haga van a herirme, pero prefiero ser herido por mí mismo que por Edward. Prefiero mil veces eso.

—Lo dices para fingir, ¿verdad? —pregunto, manteniendo mi sonrisa—. Para aparentar que te gusto delante de todos. No hay problema con eso.

Hago un ademán con la mano esperando a que él diga que sí, que lo hubiera escrito precisamente por eso, porque todo lo que ha hecho durante este tiempo es fingir y quiere mantenerse de esa forma. Sí, él tiene que decir eso. Decir que no siente nada, decir que solo soy su oportunidad para dejar el pasado atrás. Edward tiene que decir eso, para confirmarme que soy un idiota, para dejarme en claro que me he equivocado al haber aceptado mis sentimientos.

Para terminar de romperme.

Pero Edward no dice eso, él dice:

—¿Y si no fuera por aparentar? ¿Y si en verdad me gustaras?

Mi mente se pone en blanco y mi cuerpo se tensa. Él hace un intento por acercarse a mí, sin embargo, retrocedo un par de pasos. Edward nota lo que he hecho y también retrocede, manteniéndose fuera de casa. Intento respirar hondo.

«No digas eso… no me ilusiones».

«No me mientas... no me rompas el corazón».

—Si eso fuera así diría que me estás mintiendo o que dejes de bromear con eso —le advierto.

—No estoy bromeando con eso ni tampoco te estoy mintiendo. —Niega con la cabeza un par de veces—. Andy, en verdad me gustas.

Y cierro la puerta en su cara, como el cobarde que siempre he sido.

24: Una confusión

No lo entiendo.

No entiendo por qué cuando escuché la confesión que quería oír me comporté como un idiota si debí haberle dicho que me siento de la misma manera que él.

No entiendo por qué entré en pánico si debí haberme lanzado a sus brazos.

No entiendo por qué gustar de alguien se siente como una puñalada al pecho que te destroza con lentitud si debería sentirse como una inmensa calidez en tu interior que ilumina cualquier rincón de tu corazón.

No lo entiendo.

Y no me entiendo.

El mejor jaegerista

Perdón por lo de anoche, no debí cerrarte la puerta y tampoco debí tratarte de ese modo, estaba asustado y ya sé que eso no justifica nada

solo no sabía qUE hacer y diOs, me he sentido tan mal estos días por descubrir sentimientos que no sabía que podía tener y después de eso creía que yo no te gustaba PORQUE DIJISTE QUE NO ESCRBISTE ESO y luego BOOOOM sales con que sI y yo... y mi cabeza.... NO SÉ, EXPLOTÉ

Y no quería cerrar

Bueno sí quería

PERO CÓMO SE TE OCURRE LANZARME ESO, ASÍ, SIN UN AVISO

Pero también quería abrirte la puerta porque

Quería decirte que también me gustas

Y eso me asusta un poco...

Borro el mensaje por décima vez antes de enviarlo y lanzo un gruñido de total frustración. Esto no está funcionando.

No importa lo que escriba ni tampoco cuántas veces lo haga, nada me termina de convencer. La sensación agria que tengo en la boca sigue ahí y el dolor en mi pecho se prolonga, causando que todo esto me consuma poco a poco.

Y sé por qué continúo teniendo esa horrible sensación: la cagué, y la cagué en grande, y nada de lo que escriba va a resolver la tremenda cagada que hice, y no porque no escriba las palabras correctas, sino porque, aunque escriba las mejores palabras del mundo, nada va a curar el daño que pude ocasionarle a Edward, nada va a reparar el

hecho de que, de forma indirecta, he rechazado sus sentimientos, aunque quería hacer lo opuesto.

De solo imaginar lo que él pudo haber sentido hace que quiera echarme un galón de gasolina encima y encender un cerillo sobre mí para quemarme de una vez por todas.

Me pongo en su maldito lugar y me duele como el infierno, si yo me hubiese confesado a él y me hubiese cerrado la puerta después de contarle algo que me costó trabajo admitir... bueno, estaría hecho mierda, no, miento, estaría mucho peor, sentiría que todo a mi alrededor se rompe a pedazos dejándome varado en un pequeño sitio sin poder saltar al vacío porque no me atrevo a hacerlo, sentiría que la valentía de haber admitido y confesado lo que siento no valió la pena y que debí haberme quedado callado porque ahora nuestra relación será diferente.

Recuerdo haber oído en una de las series que mamá ve la expresión «hundido en la desesperación», y no la había comprendido hasta ahora, es una sensación que te deja un hueco en el pecho. Es como si tratases de alzar la mano en el río de tus emociones para que alguien note que estás ahogándote pero nadie puede verla, por lo que solo te queda esperar a hundirte.

Me siento de esa manera, y ni siquiera es por el remolino de sentimientos que vino a azotar mi vida, es por el hecho de que había una persona allá fuera que pudo notar la mano que tenía fuera del agua, alguien que veía en mí algo que nadie más podía y, pese a que trató de tomar mi mano, yo la hundí haciendo que esa persona cayera al mar también.

Arrastré a Edward a mi jodido mar de emociones.

Edward no se merece que lo trate de esa forma, ni mucho menos que yo intente arreglar ese mal trato por mensajes. Edward merece que le diga todo de frente y con total seguridad, no merece a un cobarde que diga sus sentimientos por WhatsApp, merece a alguien valiente que no dude ni un instante de lo que siente.

Yo no soy ese valiente.

Edward no se merece esto y yo no lo merezco a él.

Yo no lo merezco.

No pegué un ojo en toda la noche porque no podía quitar la escena de mi cabeza: Edward viéndose igual de lindo que siempre, haciendo el intento por saber por qué he estado evitándolo. Edward viéndose incluso más guapo cuando se sonrojó una vez que yo lo descubrí viéndome las orejas. Edward, mi lindo novio falso, viéndose, desde mi punto de vista, como el chico más apuesto de todos mientras decía que en verdad le gusto.

Que yo le gusto.

Le gusto a Edward.

Y esta vez es real, no es una simple suposición ni tampoco es una idea loca que se metió a mi cabeza o un sueño loco a las tres de la mañana, es jodida y asombrosamente real.

Pero ¿por qué no lo siento real?

Se supone que debería sentirlo de esa forma, sin embargo, aún tengo la sensación de que esto es un sueño y que al despertar me toparé con la maldita realidad, una en donde él no siente lo mismo que yo, una en la que he sido rechazado o una en la que las cuatro semanas de novios falsos se terminan sin que ninguno de los dos diga lo que siente por el otro.

Pese a que me he pellizcado un montón de veces, sigo sin creerlo y sigo sin sentirlo real. Debería sentirme feliz, debería emocionarme e incluso debería estar sobre las nubes en este preciso momento, pero no puedo hacerlo, no cuando le he cerrado la puerta en la cara y cuando él debe estar creyendo que el sentimiento no es recíproco.

No se siente real porque yo no hice que lo fuera. Al contrario, se siente como una maldita pesadilla porque yo me encargué de hacerlo de ese modo al cagarla con mi miedo y mis inseguridades.

Si fuera un poco menos inseguro...

Si fuera un poco menos cobarde...

Si fuera un poco menos yo...

Pero lo soy, soy inseguro y soy cobarde. Soy un tonto que no sabe cómo manejar lo que siente ni tampoco qué hacer con ello. Soy un imbécil que duda y siente miedo. No existe un «si fuera», no voy a tratar de ocultar lo que soy con un dedo, es obvio: soy todo lo que no me gustaría ser.

—He hablado con él —mamá me avisa de forma atropellada, como un golpe que me regresa a la realidad, aunque yo quiera seguir deambulando por mi cabeza para no enfrentarme a la situación.

Pestañeo unos segundos y dejo mi celular sobre la mesa para poder poner mi atención en mamá. Ella está en la entrada de la cocina, con los brazos cruzados y viéndome expectante. Sus ojos se ven cansados y las ojeras debajo de estos me lo confirman, tampoco tuvo una buena noche.

—¿Con quién? —inquiero con desconcierto.

Arquea una de sus cejas, como si estuviera activando el sexto sentido que le dice que algo (además de lo que le conté) ha pasado.

—Con tu padre —recuerda y suelto un suspiro pesado—. Dijiste que estabas bien con eso.

Ah, sí, ese asunto. Sí, estaba bien, pero eso era antes de cerrarle la puerta al chico que me gusta. Ahora no tengo energías ni para pelear. Solo quiero volver a mi habitación, leer el libro que Edward me regaló y fingir que lo que pasó la noche anterior no existió, fingir que ambos seguimos teniendo la misma relación y que hemos decidido alargar el

tiempo de novios falsos por un par de semanas.

No, semanas no, mejor por unos años, tal vez treinta años, o quizás cincuenta.

Con cincuenta años me conformo.

¿O estoy siendo ambicioso?

Sí, lo estoy siendo. Mejor cuarenta y nueve años y once meses. Es un mes menos, ya no estoy siendo taaan ambicioso.

—Andy... estás bien con eso, ¿no? —repite, asegurándose de que no haya cambiado de opinión. Supongo que la expresión que debo tener le hace creer que me siento mal porque habló con papá. Si tan solo supiera.

Ladeo la cabeza, pensativo. No es que me importe que le haya contado lo que le dije, después de todo fui yo el que le dijo que estaba bien.

Cuando me sentí listo le conté a mamá todo lo que ha estado pasando en mi interior en estos últimos años. No sé quién lloró más, si ella o yo. Mi mamá lloraba porque no tenía idea de lo que pasaba en el interior de su casa y, aun peor, de su hijo; se culpó por no haberlo visto antes, no obstante, le repetí que ella no era la culpable y que no tenía que sentirse de ese modo, ella hizo todo lo que una mamá podía hacer por su hijo, y hasta más. Yo lloraba porque al fin solté en voz alta lo que he sentido y, siendo honestos, ver a mamá llorando solo hizo que mis lágrimas aumentaran.

No soporto ver a la gente llorar, mucho menos a mamá.

Luego de esa conversación que nos dejó con los mocos tendidos y los ojos rojos como si hubiésemos estado consumiendo algo ilegal, dijo que iba a hablar con papá y, pese a que me negué al inicio porque solo quería sacar lo que tenía encima, accedí. Accedí porque no es justo que esté por ahí viviendo su vida sin creer que no afectó la mía. No quiero solucionar mi relación con papá, me habría servido hace unos años, pero ahora... No siento que lo necesite, solo quiero que él lo sepa. Han pasado muchos años y, sin importar que las cosas «se pueden resolver», nada va a reparar lo que pasó y sentí en ese entonces.

No puedes reparar algo que se rompió hace mucho, ni mucho menos cuando lo que se rompió tiene piezas perdidas.

—¿Andy?

—Sí, sí —asiento—. ¿Qué te dijo? —cuestiono sin muchos ánimos de saber del tema, pero que sé que ella me terminará contando de todos modos.

Bajo mi mirada hacia la mesa, frente a mí está el desayuno que no he tocado desde que me senté porque no había apartado la vista de mi celular en mis intentos de disculpa, además, no tengo mucho apetito, siento que mi pecho está vacío, como si algo faltara, pero que al

mismo tiempo está lleno, lleno de emociones que no dejan espacio para nada más. Es una sensación extraña.

Juego con la cuchara de mi cereal. Levanto un poco del Choco Krispis con leche y veo cómo este se cae.

Qué ganas de ser un cereal para ahogarme ahora mismo.

Qué ganas de ser la leche para no sentir nada.

Qué ganas de ser la cuchara que solo existe y no necesita hacer nada más que eso.

Qué. Malditas. Ganas. ¿Cómo puedo sentir tanta envidia de objetos inanimados?

—Dijo que viene en camino.

Notifica de la nada, lo que causa que suelte la cuchara de golpe contra mi tazón. ¿Qué? ¿Viene ahora? ¿En este momento? No, espera, sí quiero que él sepa todo lo que he sentido para poder cerrar ese capítulo de mi vida, pero no quiero decírselo yo, mucho menos ahora que tengo miles de cosas en la cabeza.

—No quiero hablar con él, la verdad —me apresuro a responder—. ¿Puedes decirle que me fui a un campamento de verano y que regreso hasta el próximo año? ¿O que me morí y que has lanzado mis cenizas al mar y que por llamada en la Ouija sale muy caro?

Mamá nota la preocupación en mi voz, ya que se acerca a mí y toma lugar en la silla de mi costado. Agarra mis manos con las suyas con delicadeza y me da la típica sonrisa tranquilizante que las mamás te dan cuando quieren hacerte saber que nada malo pasará, incluso si ellas no lo saben con certeza.

—Voy a estar ahí. —Presiona sus manos con las mías, reconfortándome.

Respiro hondo. No puedo huir de esto todo el tiempo, si en verdad quiero avanzar debo cortar las cosas desde raíz, no importa si le he contado a mamá cómo me siento si a quien debo contárselo es a papá.

—Está bien —digo al final.

Ella hace más fuerte el agarre sobre mis manos y murmura un «ese es mi chico valiente». Quiero reírme de eso, pero no lo hago porque no quiero hacerla sentir mal, y es que no me río de sus palabras, me río porque tiene un concepto erróneo de mí.

«No, mamá, no soy valiente, quisiera serlo, quisiera tener la maldita valentía que tienen los demás para enfrentarse a los problemas, quisiera no sentir miedo cada vez que salgo de mi zona de confort. Solo quisiera, por primera vez, no ser un maldito cobarde».

No respondo a sus palabras, me limito a dejar que siga creyendo que su hijo es «valiente», aunque de valiente no tenga nada.

—No se lo dije a tu papá —masculla cambiando de tema. Junto las cejas entre la confusión y dejo que continúe hablando antes de interferir—, pero...

Se calla de pronto y baja la mirada hacia mi tazón de cereal. Eso me preocupa. ¿Ahora qué? No más problemas, por favor. Vida, dame un descanso, solo un maldito descanso de cinco minutos y te lo agradeceré eternamente.

—Pero… —la animo a continuar, muriendo de los nervios por dentro.

—Creo que necesitas ayuda. —Muerde su labio en tanto regresa la mirada a mi rostro. Mis ojos se abren en grande, al igual que mi boca. ¿Ayuda? ¿Para qué?

—No. —Suelto sus manos y niego con la cabeza.

Sé a lo que se refiere y mi respuesta es un rotundo no. No necesito un psicólogo ni nada de esas cosas, sería algo muy extremo. Estoy bien, solo tuve un mal momento, pero no es para tanto. Puedo con esto solo, como siempre he podido.

—Andy. —Escucho la súplica en su voz, intenta tomarme de las manos otra vez, pero me aparto enseguida.

No necesito ayuda, en verdad estoy bien. Solo tuve un pequeño bajón, que le sucede a cualquier persona, nada grave ni nada que no pueda controlar una vez que me sienta mejor. Estoy bien, de verdad. Además, es un gasto que no creo que sea necesario, hay cosas mucho más importantes en qué usar el dinero, y no hablemos del montón de mierda con el que ya tengo que lidiar como para lidiar con algo extra. No, simplemente no.

—Andy —llama mi nombre por segunda vez, y esta vez sí dejo que tome mis manos. Volteo la cabeza para no mirarla.

—No quiero ser una molestia, y tengo más cosas en la cabeza como para tener algo más de qué preocuparme —siento mi garganta seca después de haber soltado eso, así que paso saliva por ella—, por ejemplo, la universidad y esas cosas futuras, no sé, no siento que lo necesite —saco la primera excusa que se me ocurre para librarme de su sugerencia y me encojo de hombros.

«No es para tanto».

Mamá arrastra la silla de su lugar para estar aún más cerca, suelta mis manos para pasar una de ellas alrededor de mi hombro, atrayéndome hacia ella. Lleva su otra mano a mi cabello y lo revuelve con suavidad, como solía hacer cuando era pequeño y estaba asustado. Pongo mi hombro sobre su pecho, sintiéndome protegido. Sí, me sigo sintiendo como un niño pequeño, uno indefenso y que no sabe cómo lidiar con lo que está cargando.

—Te ayudará precisamente a que las cosas que te preocupan se sientan más ligeras. No eres una molestia, y nunca lo serás, si necesitas ir a uno lo pagaremos sin problema, no dudes de eso. ¿Crees que no me importa lo que sientes? Porque sí es así voy a jalarte de las orejas hasta que recuerdes lo mucho que me importas y lo que haría

con tal de verte bien.

Me río porque su amenaza es más que cierta, si algo en lo que Mariel y Jean se parecen es en su extraña forma de decir que me quieren y en sus amenazas que más que amenazas son un «te lo digo ahora para que cuando lo haga no te quejes».

—Lo sé, mamá, gracias. ¿Puedes darme hasta el lunes para pensarlo? —Muerdo mi mejilla interna a lo que ella asiente.

Sé que ni siquiera debería pensarlo, debería aceptar y ya, pero en serio que tengo mis dudas. También sé que he sido yo el que le dijo a Edward que no minimice lo que siente y esas estupideces que solté, sin embargo, no creo que yo necesite uno ni tampoco sé si quiero contarle lo que me pasa a un desconocido, apenas puedo contárselo a mi mamá, una de las personas que tiene un poco de mi confianza.

Sería un desperdicio de tiempo y dinero y terminaría haciendo que el pobre psicólogo necesite uno.

Estaría como: «Bueno, pero ya no hablemos de eso, ¿tú cómo te has sentido? ¿quieres hablar de tus problemas?».

El psicólogo: ... (música de silencio e incomodidad se intensifica).

—Tómate todo el tiempo del mundo, pero piénsalo, ¿vale? —me pregunta y respondo con un movimiento de cabeza. Mamá carraspea —. Y otra cosa más... No quería mencionarlo porque estoy esperando que tú me digas, pero creo que no lo harás, así que lo diré: has estado más distraído de lo habitual y pareces fuera del mundo. Creía que era por lo que has estado sintiendo, pero apenas comenzaste a portarte así esta mañana, ni siquiera te has dado cuenta de tus zapatos, tienes un tenis de otro.

Bajo la mirada a mis pies en automático y, efectivamente, tiene razón, tengo un zapato de otro. Qué mal me tienes, Catalino del Monte.

No me había fijado en eso, no me sorprende que ella sí. Soy muy bueno para ocultar lo que siento, pero una vez que he dejado que todo salga a flote ya no encuentro manera de hacer vuelva a entrar en el vaso del que explotó. En especial, con el que hizo que este explotara en primer lugar.

Mariel no tiene ni la menor idea. Aunque ella ha tenido sospechas de lo que pasaba entre Edward y yo, siempre le negué las cosas y le dejé en claro que entre los dos no había más que una simple amistad.

Hasta aquí escucho que el circo está buscándome.

Dios, qué vergüenza que ella sepa que siempre tuvo la razón y qué vergüenza tener que admitir que la tiene.

—Bueno, hablando de eso, aún hay algo que no te he dicho — inicio con dudas porque no estoy seguro de contarle. Ella es la persona más indicada para hablar de esto, pero mi orgullo es muy grande. Creo que, por esta ocasión, tendré que tragármelo.

—¿Es por mi juego de platos rotos? —bromea, supongo que para que deje de estar tan tenso con ella—. Lo sé desde hace mucho, por eso te quité tu mesada. Sabía que Juan no podía haber entrado.

Reprimo una risa que quería soltar. Sí, soy bueno para ocultar mis sentimientos, no para ocultar los platos rotos ni para esconder la verdad, tampoco soy bueno para hacer que Juan entre a la casa a dejar una pluma sin que me picotee en el intento.

—Mariel, seriedad por favor —le pido, aunque la diversión en mi voz es evidente.

—Dime.

Alzo la cabeza para verla y maldigo en mis adentros, no solo porque me cuesta trabajo tener que admitir que siempre estuvo en lo correcto, sino porque no sé cómo soltarle eso. ¿Cómo comienzo a decir que la he cagado, y que la he cagado de una forma monumental?

—Creo que la cagué, y la cagué muy feo —guardo silencio ganándome una mirada de preocupación de su parte. Aprieto los labios con fuerza y trago saliva al igual que mi jodido orgullo—. Tenías razón, me gusta Edward.

Decirle eso a mamá ha hecho que me duela hasta el culo. Sobre todo, porque se siente extraño decir «me gusta» y «Edward» en una misma frase. Ni siquiera es un «creo que me gusta», es una jodida afirmación. Una que me dice que ya no hay vuelta atrás, ni por que trate de convencerme de lo contrario.

Me gusta con todas las letras y todos los sentimientos posibles. Me gusta su forma de ser, su rostro, sus ojos, su risa y los hoyuelos que se le forman al sonreír. Me gusta su coquetería y su lado descarado. Me gusta su inteligencia y su lado divertido. Me gusta. Me gusta. Me gusta.

Y me gusta decirlo sin titubeos.

Mamá ha quedado en plan «el dispositivo va a reiniciarse, espere unos segundos».

Me echo a reír por su divertida expresión, la pobre parece que va a hacer cortocircuito. Y es que parece que ni siquiera le sorprende mi confesión, parece que le sorprende que lo haya admitido tan pronto, como si hubiese planeado que yo lo dijera en veinte años.

También creía lo mismo, y hubiera seguido convenciéndome de que he confundido las cosas si no hubiera sido por la salida con Heather. Heather hizo que me dé cuenta de mis emociones. No, no lo hizo, porque yo ya lo sabía, solo que trataba de engañarme. Heather hizo que tuviera el pequeño valor para dar el primer paso.

La expresión de sorpresa mamá pasa a una más aliviada y luego cambia por una emocionada. Sus ojos parecen brillar y la veo apretar los labios, como si quisiera encerrar todo lo que tiene por decirme. Agradezco que se esté reprimiendo, porque no tengo muy buen humor

como para escucharla decir «te lo dije».

—¿Y qué siente él? —inquiere, sonriendo de oreja a oreja. Bajo la cabeza. Uh, aquí viene la parte difícil—. Oh, mi amor —lamenta ante mi silencio y me abraza con más fuerza.

—No, no, no, él... él dijo que le gusto —farfullo, regresándole la mirada.

—¡Lo sabía! —Alza las manos en señal de victoria y eleva las comisuras de sus labios en una sonrisa de nuevo—. Sabía que era mutuo, es que no soy tonta, también fui joven. Con estos dos ojitos vi todo...

—Mamá —trato de callarla para que no saque conclusiones apresuradas.

—... vi que se gustaban, que las sonrisas en el comedor cuando veías sus mensajes no eran algo normal.

—Mamá —llamo de nuevo, pero soy ignorado, otra vez.

—... que las llamadas que se hacían eran muy empalagosas y que las canciones con las que despertabas no eran de tu estilo, es que tú eres tan «que viva satán» y las canciones eran tan «alabado sea el señor»...

—Mamá.

—... y cuando Kim me dijo que se besaron y que...

—Mamá... Espera, ¡¿que Kim te dijo qué?! —Me levanto de mi asiento, sorprendido, rompiendo el abrazo que teníamos.

¿Kim le contó a mamá lo que vio en la habitación? Agh, no puede ser. Qué pena. ¿Es que tienen un grupo en WhatsApp que se llama «Avergonzar a Andy», o por qué se empeñan tanto en hacerme sentir avergonzado? Eso no importa ahora, el punto no es ese.

—... Lo sabía, Dios, ¿son novios ya? Tráelo a la casa, necesitamos celebrarlo en grande. —Toma dos de los trapos que encuentra sobre la mesa y los mueve de arriba abajo, pretendiendo que son «pompones», de los de las porristas.

—Le cerré la puerta en la cara cuando se confesó, y creo que cree que yo no siento lo mismo —suelto para que deje de emocionarse y entienda por qué me siento así de fatal.

Baja los trapos de cocina poco a poco, al igual que su sonrisa.

—Ay.

—Sí, *ay*.

—Búscalo entonces —da como solución, como si no lo hubiera pensado ya—, ¿qué estás esperando para ir y aclarar lo que pasó?

¿Qué estoy esperando? Sí, eso me pregunté ayer en la noche cuando mi corazón saltaba a mil por hora mientras mis manos querían darle la vuelta a la perilla de la puerta. También me hice esa pregunta esta madrugada cuando intentaba mandarle un mensaje decente o cuando mis dedos se movían por la lista de contactos para marcarle.

Aún me sigo haciendo esa pregunta, pero entre más lo pensaba, más me desanimaba.

¿Qué estoy esperando? ¿Por qué me detengo?

La respuesta está clara.

—Creo que no lo merezco y que sería mejor si sigue creyendo que no siento nada, por su bien —admito, rompiendo las pocas piezas que quedaban de mi corazón.

Sí, me gusta y, sí, puedo decirlo con seguridad en este momento, pero también soy consciente de que no soy la mejor opción; dudo, cambio de opinión, huyo y evito, no es lo que quiero para él. Quiero que Edward sea feliz, él se lo merece más que nadie después de toda la mierda que tuvo que atravesar solo. Quiero que encuentre a alguien que no se acobarde y que no tenga miedo de gritarle al mundo lo que siente. No quiero que esté con alguien que apenas y sabe cómo vivir.

No quiero que esté con alguien como yo.

—Mereces a alguien que te haga feliz, y ese chico lo hace —afirma mamá.

—Pero él merece a alguien que no dude, alguien que no huya cada vez que pase algo —contraataco, sintiéndome peor al decir lo que pienso con alguien más—. No me siento listo. Y aún hay muchas cosas que quiero saber de mí y de él... no lo sé, mamá. ¿Qué hago?

Llevo mis manos a mi rostro y lo tallo con frustración. La última pregunta ha dejado en evidencia mi desesperación, y por el suspiro pesado de mamá puedo decir que sí lo notó. ¿Y cómo no iba a sentirme de este modo? Cualquier persona podría decir «vale, te gusta, le gustas, pues salgan», pero yo no. Yo no, porque hay muchas cosas que me detienen, y en este mar de emociones ya no estoy solo.

Lo pensé y sé que si detenía mis emociones era porque no quería enfrentarme a la desilusión y a un corazón roto, pero es que esto ya no se trata solo de mí, se trata de los dos. Si doy un paso, pero luego quiero huir, ¿no estaré lastimando a Edward y no sería peor de ese modo?

En el mar estamos los dos, y cualquier cosa que haga va a afectar a Edward, de buena o mala manera. Lo que quiero es hacer algo que lo afecte de buena manera.

Soy de los que huyen, de los que evitan el problema a toda costa y de los que no van a buscarte. No creo que él se merezca eso. Y es que en el tiempo que llevamos saliendo ha sido así, él es que intenta hablarme y buscarme, yo solo espero que lo haga, no doy un movimiento. Soy consciente de eso, sin embargo no hago nada para cambiarlo, y eso es peor. No voy a hundir a Edward.

—Sé honesto con él o será tarde, Andy; Edward lo entenderá.

—Es que no quiero que lo entienda, quiero que sea feliz. ¿Y si lo entiende pero mañana le digo que ya no quiero nada? ¿Y si dudo? ¿Y

si me siento inseguro y lo arrastro a mi mierda? ¿Y si me arrepiento de creer que me gusta porque no quiero enfrentar lo que viene? ¿Y si estoy tan asustado que no me importaría hacerle daño con tal de protegerme a mí?

Lanzo todas esas preguntas que son más para mí que para ella. En verdad trato de no dejarme arrastrar por el miedo y la inseguridad, lo hago, sin embargo, no puedo dejar de pensar que puedo lastimarlo porque no soy capaz de armarme de valentía. Estoy muy jodido.

—Cuando conocí a tu papá en verdad estábamos muy enamorados —mamá comienza a decir y presto atención a sus palabras—, creíamos que todo era un sueño, pero cuando las inseguridades vinieron, todo se fue abajo. No digo que la base de una relación sea que no haya inseguridades, porque las hay, digo que la base es cómo manejar esos miedos. En nuestro caso... bueno, éramos inmaduros y tontos, peleábamos por eso y ninguno sabía cómo dar el brazo a torcer, éramos unos malditos tercos que no podían hablar con claridad. Así que nos separamos porque no teníamos buena comunicación.

Se ríe sin gracia y enmudece unos segundos hasta que continúa:

—Eras muy pequeño para entenderlo, pero el hecho de que te separes de alguien a veces no significa que lo has dejado de amar, a veces significa que te pusiste a ti en primer lugar. Cuando amas a alguien, el amor no se va de la noche a la mañana. Y cuando me di cuenta de que todavía quería solucionar las cosas, cuando aún tenía miles de cosas por decirle y cuando las palabras que no dije en su momento querían salir a la luz, recibí una invitación a su boda.

—Mamá —murmuro, sintiendo que la voz se me rompe por el rumbo que estaba teniendo la conversación.

—Todavía lo amaba cuando se casó —confiesa, causando que mi corazón se termine de romper. No puede ser.

Me levanto de mi posición con prisa para poder tenerla frente a mí y poder consolarla, pero cuando la veo de frente no hay dolor o abatimiento en su rostro, al contrario, se mantiene tan serena que en verdad me sorprende la fuerza que tiene. Aun así, la abrazo tal como ella lo hizo conmigo hace unos instantes.

—Mamá... ¿por qué nunca lo dijiste?

—¿Por qué tendría que decirle lo que sentía a un niño? —pregunta —. Eres mi hijo, no mi psicólogo, no iba a cargarte con mis cosas.

Ahora fue mi turno de soltar la risa sin gracia. Creo que al ver a mamá me veo a mí, solo que yo no soy tan valiente como ella lo es. Yo no sería capaz de soportar ver a la persona que me gusta con alguien más, e incluso peor, la persona que amé por tantos años. Yo no lo soportaría.

—No te digo esto para que creas que debes consolarme o algo — niega con la cabeza—, te lo digo porque si algo he aprendido es que

no importa cuánto se quieran o se gusten, si no hay comunicación todo se irá a la mierda, y si no dices lo que sientes en su debido momento, será mucho peor, porque cuando quieras hacerlo será tarde, muy tarde. No seas la Mariel o el Alek de la relación. Lo de ustedes apenas está por iniciar, inicien con el pie derecho, no con el izquierdo.

»Las inseguridades son normales, todas las personas tenemos, pero lo importante es lo que haces con ellas. Si crees que no estás listo para una relación, está bien, pero al menos sé honesto con la otra persona. A veces, cuando no queremos hacerle daño a las personas es cuando más lo hacemos.

Sonrío por sus palabras y me aparto de ella para mirarla. Mamá también me está sonriendo, y de algún modo eso causa que ya no me sienta tan mal, aunque no sé cómo tomar lo que me ha dicho, y no lo digo de mala manera, solo que no esperaba oír eso de ella, mucho menos que me confesara lo que sentía. Me duele saber que cuando yo creía que todo iba bien con mi mamá, en realidad ella estaba sufriendo, igual que yo. Esto debió sentir cuando le confesé lo que sentía. En serio que somos iguales.

—Y quita esa cara, ahora estoy bien —reprocha, tirando de mis mejillas—. Las segundas oportunidades siempre llegan, estoy feliz de que tu padre esté con una persona que lo ame. Y yo he conocido alguien con el que quiero iniciar bien. —Su sonrisa se amplía—. Equivocarse está bien, Andy, es parte de vivir, pero también puedes aprender de los errores de los demás para no cometerlos.

—¿Por qué siempre tienes la razón? —juego, a lo que ella se ríe.

—Porque soy la única de la familia que usa el cerebro —se burla de mí y ruedo los ojos. Era mucho amor para ser real.

—Te recuerdo que yo no fui el que fumó durante el embarazo. —Alzo mis cejas. Ella toma el trapo que había usado como pompón y me lo lanza al rostro. Río—. Gracias, mamá, en serio, gracias, no sabes cuánto me has ayudado —me sincero—. Y respecto a lo que dijiste... siempre he creído que eres una gran mujer, créeme, has hecho un montón de cosas por cuenta propia, nunca has necesitado de nadie para cumplir tus metas.

—Porque te tengo a ti —me interrumpe—. Y espero que también sepas que me tienes a mí.

Lo sé, hoy más que nunca. Nunca he estado solo, ella siempre ha estado para mí, en buenos y malos momentos, cuando más necesitaba un abrazo y cuando necesitaba un regaño. No necesito de Alek si la tengo a ella, porque tener a mi mamá es tenerlo todo.

—Depende, ¿vas a pagarme la rinoplastia? —arruino el momento.

Mamá blanquea sus ojos.

—Puedo darte con la sartén si quieres, oí que en el hospital te hacen la cirugía gratis si tienes el tabique desviado.

Quiero decirle que estoy bien así, sin la rinoplastia, pero, en eso, alguien llama a la puerta. Ambos nos quedamos quietos y nos lanzamos la mirada de «creo que ya sé quién es». Ugh, Alek.

Mamá ya habló con él por teléfono y apuesto a que le dijo hasta de lo que se va a morir, por lo que no es necesario que le diga todo, solo que me siento un poco inseguro. No debería sentirme así, porque es mi momento de sacar todo, no obstante, después de hablar con mamá y de lo que pasó con Edward, creo que ya ni si siquiera encabeza mi lista de prioridades.

Ella se levanta de la silla para abrir la puerta mientras yo me quedo sentado, pensando en lo que voy a decirle para terminar con esto lo más pronto posible. Gracias a la conversación que tuve con mamá pude aclarar las últimas dudas que tenía. Sigo creyendo que Edward merece a alguien más porque todavía necesito trabajar en mí y en mis sentimientos, pero también creo que me gusta... no, no lo creo, lo afirmo; me gusta y no pienso perderlo por mis inseguridades.

En la habitación escucho que alguien carraspea, así que giro la cabeza hacia la entrada. Alek me está mirando desde el umbral de la puerta: sus ojos escudriñan todo mi rostro y no necesito ser adivino para saber que las cejas fruncidas y la mueca en su cara se han formado por mí. No sé si sea bueno o malo.

Mamá pasa a un lado de él y le señala la silla donde estaba sentada para que tome lugar. Alek se me queda mirando, como si estuviera pidiendo permiso para poder entrar. Asiento y este pasa a la cocina, sentándose a mi lado.

—¿Los dejo solos? —mi mamá me pregunta, y aunque dudo un instante, asiento. Creo que sí puedo decirle lo que siento sin que ella esté presente.

Mariel me sonríe y alza sus pulgares hacia mí, deseándome buena suerte. No necesito buena suerte, necesito un puñado de valentía y de paciencia para no terminar explotando como esa vez en su casa. Un puñado es poco, necesito mínimo treinta costales.

—No sé qué decir —inicia a hablar en un susurro, manteniendo la mirada en sus zapatos. Que Alek no se atreva ni a mirarme es sinónimo de que en verdad le llegó todo lo que mamá debió decirle. Es la primera vez que lo veo así de nervioso—. Perdón.

Tomo una bocanada de aire. «Bien, tú puedes hacerlo».

—No quiero que hables, solo quiero que me escuches —indico. Alek me dirige la mirada y tras un «sí». Saco la valentía para decirle lo que siento—. Yo... entiendo que hayas querido formar otra familia, y en verdad soy feliz por ti, me alegra saber que has encontrado a una persona que ames... lo que no entiendo es por qué tuviste que alejarte.

»Sé que tenías un montón de cosas que hacer, pero a veces quería ser parte de «ese montón de cosas que hacer», quería un poco de

tiempo. Al yo de ahora no le importa mucho, porque cuando estoy contigo ni siquiera sé de qué hablar más allá de cosas tontas, siento que no te conozco, siento que hablo con una persona cualquiera, pero el Andy de antes sí quería pasar tiempo contigo. Sí les agradezco por haberse separado, porque si no hubiera sido peor para mí, pero te separaste de mamá, no de mí, y nunca lo entendí, ¿por qué tuviste que alejarte de mí también?

Mi papá hace el intento por hablar, pero lo detengo con mi mano. Sé que debe tener algún motivo, sin embargo, no quiero oírlo. No quiero regresar al pasado y sentirme de esa manera otra vez. Además, si resulta que en realidad no tiene algún motivo me sentiré peor porque de solo pensar que se alejó porque se olvidó de mí quiero echarme a llorar otra vez.

Prefiero creer que hay una razón (una que no quiero ni querré saber) a creer que solo se olvidó de la existencia de su otro hijo. Relamo mis labios, sintiéndolos secos.

—Cuando veía a mis compañeros con sus padres solo quería lo que ellos tenían, cuando en la graduación mis amigos eran felicitados por sus padres solo quería que tú me felicitaras también, cuando abría los regalos de Navidad, cuando me caía de la bicicleta, cuando lloraba viendo películas y cuando me asustaba... En todos esos momentos solo quería un papá, te quería a ti, Alek. Quería que estuvieras ahí, conmigo.

»Y un niño no lo entiende, no entiende por qué su papá vive tan lejos que apenas y lo ve en videollamadas, no entiende por qué siente que algo le hace falta, no entiende por qué le duele. Un niño no debería hacerse preguntas como: ¿y si no ya no me quiere?, ¿y si no soy suficiente? No debería.

»Y ahora, ahora agradezco cuando no te tengo cerca porque estoy tan acostumbrado a estar sin ti que tu ausencia ya ni siquiera me duele... No me duele, antes sí, y es algo que vengo arrastrando, pero ya no duele, ya no duele porque mamá siempre está ahí para amarme el doble, para recordarme que soy suficiente.

Debería sentirme mal por decirle esto a papá, debería sentir que me he pasado con las palabras, pero es todo lo contrario. Me siento bien, siento que al fin he podido sacar una astilla que ha estado clavada en mi pecho por mucho tiempo. Aún me siento inseguro e insuficiente, pero no es algo que pueda solucionar ahora y en menos de un día, e incluso si pudiera hacerlo me sentiría así de nuevo porque las inseguridades siempre van a estar, lo entiendo a la perfección.

Alek talla sus ojos con sus manos y se oculta entre ellas para no verme. No es hasta que veo que una lágrima cae por su muñeca que me doy cuenta de que está llorando. Algo en mi interior se remueve, y aunque tengo ganas de abrazarlo no lo hago. Me mantengo en mi

lugar unos segundos, pero, como siempre, mi corazón me domina más que cualquier otra cosa y me levanto a abrazarlo.

Se supone que él debería abrazarme, no yo. *Qué cosas de la vidaaa.*

Mi papá retira las manos de su rostro para regresarme el abrazo. El olor de su perfume inunda mis fosas nasales y hago una mueca al sentir el aroma peculiar de los hospitales en él. Se ha escapado del trabajo, al parecer.

—No creo tener justificación para eso, Andy; fui y sigo siendo un mal padre —masculla contra mi cabello—. Perdóname, perdóname, perdóname...

Repite tantas veces que pierdo la cuenta de sus disculpas después de la quinta. Había dicho que no importaba lo que él hiciera, nada iba a reparar al Andy de hace unos años, pero estaba equivocado. Estaba equivocado porque tener a mi papá pidiendo perdón era como si estuviera pidiéndole perdón al Andy de diez, de once, de doce, de trece, catorce, quince y dieciséis. Y también al Andy de ahora, el de diecisiete.

Contengo las lágrimas que amenazan con salir de mis ojos y las palabras de mamá, las de «ese es mi niño valiente», resuenan en mi cabeza, haciendo que no derrame ni una sola. No llorar no significa que sea valiente, pero hacer que ya no me haga daño sí que lo es.

—No me daba cuenta del daño que estuve ocasionándote, y también soy consciente de que un simple perdón no va a solucionar todo lo que pasó y todo lo que estuviste sintiendo, lo lamento de verdad. Pero, si me das otra oportunidad, seré un mejor papá, uno que sí te mereces.

Ni siquiera sé qué es lo que merezco.

—Está bien, papá. —Termino aceptando porque yo más que nadie sé lo que es cagarla y buscar una segunda oportunidad.

Y aquí fue donde pensé: si Alek, el más terco de todos, está aquí tratando de enmendar un error que cometió, ¿por qué yo no podría hacer lo mismo con Edward?

Soy de los que huyen, de los que evitan, de los que no van a buscarte. Pero con Edward siento que podría hacer el intento, siento que podría armarme de valor y ser de los que enfrentan, de los que dan la cara, de los que van a buscarte, porque así como cometo errores, también puedo arreglarlos. Porque soy un poco más valiente y un poco menos cobarde.

—¿Podemos ir a tu casa? —le pido.

(...)

Muerdo las uñas de mis dedos mientras espero que alguien responda. Es la quinta vez que marco al timbre, pero nadie contesta del otro lado. Estoy comenzando a preocuparme y a pensar en falsos escenarios que pudieron haber ocurrido.

No quiero ser paranoico, solo que es un poco extraño que no respondan al timbre. En especial cuando parecen ser de esas familias que tienen el control y que tienen todo vigilado las veinticuatro horas al día.

¿Y si sucedió algo malo?

No, Dios, no es momento para estar de negativo. Todo está bien.

Vuelvo a tocar el timbre y no sé si Dios está viendo que estoy muriendo de los nervios y de la preocupación, pero esta vez escucho que alguien ha respondido.

—Buenas tardes —me apresuro a decir—, perdón por insistir tanto, soy Andy, el amigo de Edward, vine el otro día, ¿está en casa?

El silencio vuelve a reinar y mi desesperación crece con cada segundo que pasa. ¿Qué le cuesta decir «no, no está, vuelva pronto, siga participando» o «sí está, pero no quiere verlo, lárguese»? No es tan difícil.

—¿Hola? —pregunto al notar que la persona no va a responder.

—¿Qué haces aquí?

La respiración se me entrecorta cuando escucho su voz. La voz que incontables veces me puso nervioso y que hasta la fecha sigue alterando los latidos de mi corazón.

Edward está del otro lado, viéndome por la cámara que tienen aquí afuera. Tal vez debí arreglarme mejor o tal vez debí haberle traído algún regalo, pero solo quería salir de casa lo más rápido posible. Cada minuto que pasaba era un minuto en el que él creía que yo no sentía lo mismo, y no iba a permitir que él siguiese creyendo eso cuando es todo lo contrario.

—Necesitaba hablar contigo.

—No creo que sea un bue...

—Por favor, serán solo cinco minutos —lo interrumpo antes de que termine la tan famosa frase que yo suelo usar cuando quiero huir.

Edward quiere evitarme, y no voy a decir que me duele, porque yo nos traje a este punto. Claro que va a querer evitarme, yo lo hubiera hecho en su lugar. Él parece pensarlo, escucho un par de ruidos que se ven interferidos por otro aún más extraño. Supongo que tapó el altavoz con su mano o algo así. No sé por qué siento que dirá que está perdiendo la señal o algo así.

Me gustaría que bromee con eso, pero en su lugar dice:

—Sé breve.

La forma en la que me habla va directo hacia mi pecho, pero respiro fuerte mientras me digo que debo comprenderlo, que es normal. Además, no tengo tiempo que perder. Debo decirle lo que siento.

—Perdón por haberme comportado como un idiota estos días, no tenía que arrastrarte a mis cosas —me disculpo muy apenado—.

Perdón por cerrar la puerta en tu cara, yo...

—Lo entiendo —interrumpe—, no necesitas disculparte por no sentir lo mismo.

—Edward, escucha...

—En serio que no hay problema, Andy —no me deja hablar otra vez—, no dolió, no pasó. Y te entiendo.

—¿Podrías solo dejarme hablar? —me quejo en un gruñido que es pasado de largo porque él ni siquiera responde mi pregunta, solo lanza algo que me deja temblando por unos segundos.

—Terminemos con esto.

¿Terminar con qué? ¿Por qué? ¿De qué demonios está hablando?

Estoy tan desconcertado que ni siquiera soy capaz de decir algo. Todo parece darme vueltas, y no sé si es por el repentino miedo que comenzó a crecer en mi interior o si es porque estoy siendo arrastrado de nuevo. Mi corazón late con muchísima más fuerza y la mente se me queda en blanco, como si no pudiera procesar lo que ha soltado.

—¿Cómo? —es lo único que sale de mi boca.

—Sé cómo te sientes, no quiero que estés incómodo...

—No, Dios, escucha, no estaba seguro de lo que siento...

Ambos hablamos al mismo tiempo, pero él termina su frase antes que yo.

—... Y la verdad es que yo tampoco estoy seguro de lo que dije

«...pero ahora lo estoy», se queda en mi boca.

Entreabro los labios sin poder decir nada. Estoy anonadado. Él no dijo lo que creo que dijo. Él no lo dijo. Escuché mal, solo fue una confusión, solo eso. Si le pregunto de nuevo va a decirme otra cosa y podré confesarle lo que siento y luego estaremos riéndonos de esto.

Mi pulso está a todo lo que da y por un instante el suelo parece tambalearse, por lo que tengo que sostenerme de la pared para no caer.

—¿Qué dijiste? —pregunto en un hilo de voz.

—No estoy seguro de sentir lo que dije —repite, destrozándome.

El corazón se me estruja y la marea de emociones trata de ahogarme tal como hizo hace un par de días.

«No es cierto lo que está diciendo, él me dijo que le gustaba. Me lo dijo».

«Le gusto», me digo, «le gusto, él me lo dijo».

—No entiendo, dijiste... dijiste que te gustaba.

—Sí, pero... —se calla un instante—... creo que me equivoqué. Hablé por hablar. Fue una confusión.

«Una confusión», eso fui, una confusión. No, esto no es posible.

—Una confusión —murmuro para mí, incrédulo—, ¿eso fue para ti?

—Sí... Habías dicho que creías que yo gustaba de ti, y cuando dije

que no fui el que escribió la nota vi que estabas decepcionado, así que creí que gustabas de mí. Tenía miedo de perderte y mi boca se movió sola, pero me quedó claro que ninguno de los dos lo siente.

«Dijiste que te gustaba».

—Así que no lo sentías, pero ibas a admitir que sí solo porque no querías perderme. Ibas a mentirme —susurro con la voz dolida.

«Mentiroso, mentiroso, mentiroso».

—No quise decir...

—Terminemos entonces —me adelanto—, porque sí, tenías razón, no siento lo mismo y me alegro de no haberlo sentido.

No espero que responda porque ya estoy dando la vuelta, haciendo el intento por no romperme ahí, haciendo el intento por no dejar que mi corazón se destruya en este momento, haciendo el intento de ser valiente, pero cuando me detengo a mitad de la calle con el rostro empapado por las lágrimas me doy cuenta de que no lo soy, solo soy un cobarde que trató de ser valiente.

Me gusta lo que teníamos.

Lo que hacíamos.

Lo que nos decíamos.

Lo que sentíamos.

Me gusta recordar esos momentos porque es lo único que me quedó de ti.

En cambio tú... tú no necesitas recordarlo porque te quedaste con casi todo mi ser, con mi corazón y con mi cabeza, con mis emociones y con mis pensamientos. Te quedaste con una gran parte de mí, porque yo soy tuyo.

Pero tú no eres mío.

Y me alegra tanto que sea de ese modo, porque no eres de nadie más que de ti mismo. Nadie, pero absolutamente nadie, merece llamarte suyo, no lo valen.

No me gusta lo que tenemos.

Lo que ya no hacemos.

Lo que ya no decimos.

Lo que, probablemente, ya no sentimos.

No me gusta.

No me gusta saber que has llorado por mi culpa.

No me gusta verte desanimado, apagado.

No me gusta verte herido.

Y no me gusta ser yo el que nos llevó a este punto.

Sí, me gusta lo que teníamos, pero si esas cosas no hubieran sucedido, tú no te sentirías de esa horrible forma, tú no hubieras resultado herido. Así que, sin importar cuánto te quiera y cuánto ame esos momentos a tu lado, deseo con todo mi corazón que «lo que teníamos» nunca hubiera existido.

Ojalá nunca me hubieras conocido.

Fragmento de «Para ti, algún día».

25: Mentiroso

Es irónico que todo haya empezado y terminado del mismo modo: conmigo huyendo de él.

Aunque, comparándolo con el primer encuentro, esta vez fue bastante diferente. Edward no me miró con ilusión, ni tampoco me pidió que aceptara ser su novio falso, ni mucho menos me sentí de la forma en la que me sentí en ese entonces; al contrario, esta vez Edward ni siquiera me dirigió la mirada, me pidió que termináramos con la relación falsa y me sentí como si hubieran destruido todos los muros que construí de un solo movimiento.

Lo peor de todo es que fui yo quien destruyó esos muros, fui yo el que tiró todo de un golpe porque creí que al hacerlo mis sentimientos serían correspondidos, sin embargo, me equivoqué por completo. Él no se siente de la misma forma que yo.

Fui un idiota que quiso creer que, por primera vez, dejarse llevar por lo que siente iba a traer buenos resultados. Ya sabía cómo iba a terminar esto, no obstante, quise aferrarme a la idea de que esta vez todo sería diferente. Quise arriesgarme a salir lastimado, pero no esperaba que en verdad iba a salir de ese modo.

Tal parece que no he cambiado nada, sigo siendo un niño pequeño que se repite a sí mismo que no es suficiente y que no debe volver a salir del caparazón si no quiere resultar herido, otra vez.

Pero a pesar de eso aún tengo la maldita sensación de que las palabras de Edward no son reales, y no sé si lo creo porque en verdad lo siento o porque en realidad quiero convencerme de lo contrario para no seguir lastimándome.

Es que sus palabras no tienen sentido.

No tienen ni un puto sentido.

Le he dado vueltas al asunto desde ayer y entre más lo pienso, menos sentido le encuentro.

No puede decir que se ha confundido si desde el inicio se mostró lindo conmigo, no puede decir que no siente lo que dijo cuando me lanzó un sinfín de señales, no puede, ¿o en verdad solo trataba de ser amable conmigo por haber aceptado fingir ser su novio? ¿Me trataba de esa manera porque quería que estuviera con él las cuatro semanas? ¿Todas las palabras que me decía eran una farsa? ¿No sintió nada, aunque sea algo pequeño?

¿Todo lo que me dijo era mentira? ¿Sus palabras? ¿Los momentos que tuvimos? ¿Los besos? ¿Nada de eso significó algo para él?

No, él no pudo hacer eso. Él no pudo fingir todos los momentos que pasamos juntos, ni tampoco todo el interés que mostró en mí. No pudo fingir las palabras que me decía ni pudo fingir lo que creo que ambos sentimos. No pudo.

No, no, no, no.

O eso es lo que quiero creer.

Pero, cómo puedo creer en sus palabras si sus acciones me demostraban todo lo contrario. ¿Que se confundió? No, Edward no es como yo, no es de los que dudan ni de los que se acobardan a la hora, todo este tiempo él ha sido el que dio los primeros pasos, y si en verdad fue una confusión, ¿por qué estuvo dándome motivos para avanzar si al final iba a hacer que retrocediera?

Me niego a creer que no siente nada y me niego a creer que todo lo que hemos pasado ha sido falso, me niego porque yo sí que sentí que fue real.

Yo sí lo sentí real.

Cuando me fui de la casa de Edward aguanté hasta llegar a la de mi papá y caí contra el suelo de mi habitación para echarme a llorar. Por cada lágrima que salía sentía cómo todo se demolía en mi interior, sentía cómo quedaba atascado entre los escombros, sentía cómo me apagaba, pero ahora... ahora no siento nada.

Parece que mi cabeza se ha puesto en modo automático y bloqueó todos mis sentimientos, porque mi mente está en blanco y ni siquiera soy capaz de sentirme triste o decepcionado, o enojado.

Todos estos días me he sentido tan fatal que ahora llegué a mi limite y ya no siento nada. Ni siquiera puedo llorar, ya no sale ni una sola lágrima; y no es que no quiera, sí quiero, el problema es que, aunque trate, ya nada sale de mí. Estoy en el final del agujero, estoy en el fondo del mar de emociones y ni siquiera me importa estar ahí, ni siquiera hago el intento por tratar de no ahogarme, ni siquiera extiendo mi mano para que alguien me ayude, ni siquiera trato de salvarme.

Y eso es jodido. Querer llorar pero no poder porque ya nada sale de ti, querer gritar pero no poder porque quedaste mudo, querer sentir algo, pero ya no poder porque te han destrozado tanto emocionalmente que has quedado roto, querer construir los muros de nuevo pero no poder porque todas las piezas quedaron hechas polvo y ya no puedes armarlas de nuevo.

Quiero llorar, quiero gritar, quiero sentir algo.

Me siento vacío y no sé cómo llenar el hueco.

—Llegamos.

Alek avisa, aparcando el auto frente a la casa de Jean. Creo que fui bastante obvio respecto a lo que sucedió ayer, bueno, no es un «creo»,

es un «sí lo fui»; pese a eso, papá y Kim no se atrevieron a preguntarme, supongo que los sollozos de ayer fueron demasiado evidentes y que mis ojos rojos cuando salí a comer y mis ganas de no decir nada hablaron por mí. Al menos respetaron mi espacio, y se los agradezco. Papá se sorprendió bastante cuando le pedí que me llevara a casa de un amigo, sin embargo, debe creer que es lo que necesito.

Yo también lo creo, por eso, en lugar de encerrarme en mi habitación y seguir atormentándome con preguntas que no me llevarán a ningún sitio, decidí venir con Jean. Hay tantas cosas que quiero decir y sé qué él sabrá ayudarme. Es un tonto, pero no tengo dudas de que es un buen amigo.

—Gracias —agradezco que me haya traído y abro la puerta, pero Alek me llama antes de poder salir.

Me vuelvo hacia él con una ceja levantada.

—Todas las parejas tienen problemas... —menciona de forma apresurada y muy nervioso—, pero si ambos ponen de su parte lograrán enfrentar cualquier obstáculo. —Me ve por el retrovisor, sin embargo, gira su cabeza para verme por encima de su hombro—. Edward no me agradaba, sigue sin agradarme, pero sé que le gustas mucho, y lo sé porque te mira de la misma manera en la que yo veo a Kim.

Aprieto los labios con fuerza.

«¿También miras a Kim como la persona que no quieres, pero que aun así finges que sí porque no quieres perderla?». Me guardo el comentario para mí.

Papá no tiene ni idea de mi relación con Edward. Él cree que sí es real y que lo que Edward siente por mí también lo es. Si tan solo supiera que al parecer no es así.

—No me ve de esa forma, porque en realidad no somos novios de verdad —me sincero sin ganas de seguirle la corriente—, fingí ser su novio y luego él fingió ser el mío frente a ti.

Papá abre la boca en una gran «O», de tal forma que cualquier animal podría entrar por ahí, hasta un enjambre de abejas. Espero que reaccione de otra forma luego de la sorpresa, que me regañe por haberle mentido, que me pida explicaciones, que me ataque a preguntas, pero no lo hace.

—¿Es una broma? —cuestiona, confundido. Niego con la cabeza, ojalá fuera una broma—. Se veía muy real para ser falso. —Rasca su barbilla y enmudece por unos segundos hasta que dice—: Ambos fingieron tan bien que se lo terminaron creyendo, ¿no?

El corazón se me estruja.

—Solo yo.

Respondo en un susurro casi audible. Siento la primera puñalada en mi pecho que abre la herida que tanto me está costando cerrar.

«Solo yo fui lo suficientemente idiota como para creer algo que estábamos fingiendo».

—Yo... Uhm...

—No tienes que decir nada.

—Todavía conservo la escopeta de tu abuela.

Eso, inesperadamente, me saca una sonrisa.

Nunca creí escucharlo decir ese tipo de cosas. Jamás me ha dado la impresión de ser de los que te defienden en una ruptura amorosa. Parece que Alek todavía conserva la esencia de un «padre», o de un padre sobreprotector; creo que la conversación que tuvimos movió algo en él.

—Alek, por Dios, no —digo entre pequeñas risas, pero él está tan perdido entre sus locas ideas de asesinato que no me escucha.

—Edward y yo tenemos mucho de qué hablar, pobre de él, lo peor es que sé dónde vive. ¿Cree que puede jugar con mi hijo? Desgraciado, menos mal que traje las pinzas de...

—Ni se te ocurra —interrumpo antes de que me termine de contar su plan asesino. Aclaro la garganta—. No, papá, por favor.

—Tienes razón, matarlo es una opción poco dolorosa, tal vez si le cortamos el...

—Nada de cortarle nada, Alek. Dios, ¿cuántos años tienes? —me exaspero.

—Los suficientes como para tener contactos que nos ayuden a hacer pasar su muerte como un accidente... —Se calla al ver que lo estoy mirando de forma seria. Suelta un suspiro, rendido—. Está bien, tú ganas. Él se lo pierde, después de todo.

Me río sin gracia. Si eso fuera verdad, ¿por qué siento que he sido yo el que lo ha perdido? Trago con dificultad.

—Gracias, papá, en serio; nunca creí que tendríamos esta clase de conversación... Gracias por intentarlo.

Esboza una sonrisa ladina.

—Te prometí que sería un mejor papá.

—Matar al exnovio falso no es ser un mejor papá. —Blanqueo los ojos.

—Pero es un buen inicio —repone, y ya no soy capaz de seguir oyendo sus tonterías, por lo que bajo del auto—. Llámame para que te recoja.

Asiento y cierro la puerta. Me despido de él con la mano y espero a que arranque, una vez que lo hace, avanzo hacia el pórtico de la casa de Jean. Jean no sabe que vine, ni siquiera le avisé porque no tenía ganas ni de ver mi celular, así que quedaré como un idiota si resulta que no está, tal vez debí esperar a que alguien me abriera para decirle a papá que se marchara, pero, incluso así, prefiero caminar de regreso a casa para despejar mi cabeza que pasar toda la tarde encerrado en

mi habitación.

Espero que Jean sí está en casa, nunca creí decir esto, pero lo necesito. Agh, él no tiene que saber eso o se le subirá a la cabeza. Ya es muy egocéntrico como para que lo sea aún más.

La casa de Jean es un poco más grande que la mía, y su familia también es más numerosa. Solo he venido una o dos veces, no lo recuerdo bien, pero lo que sí recuerdo a la perfección es la inmensa bulla y los tantos pares de ojos que me veían en la mesa de su comedor cuando me quedé a comer. De los momentos más incómodos en toda mi vida. Toco el timbre y espero unos segundos; la puerta no tarda en abrirse y frunzo el ceño al no ver a nadie del otro lado.

Escucho un carraspeo y bajo la mirada encontrando a la pequeña hermana de Jean mirándome con ojos retadores. Infla sus regordetas mejillas haciendo que se vean aún más grandes.

—¿Quién eres? ¿Vienes a vendernos drogas? —inquiere con recelo y, sin darme oportunidad de responder, cierra la puerta en mi cara, acto seguido escucho con claridad un—: ¡Mamá, un chico con apariencia extraña vino!

«Apariencia extraña». Sí, creo que me veo de ese modo después de llorar toda la tarde y noche. No me extrañaría que una niña me confunda con alguna clase de *Jeff the killer* versión disfraz barato. Hasta yo huiría de mí si pudiese.

Ahora siento lo que Edward sintió cuando le cerré la puerta en su cara: humillación y ganas de derribar la puerta yo mismo. Solo que son dos situaciones completamente diferentes, él fue «rechazado» en ese momento, supongo que debió sentirse mucho peor. No, esperen, no lo fue, él mismo admitió haberme mentido. Agh, no tiene caso tratar de ser empático con él cuando él no se sintió de ese modo y cuando él no lo fue conmigo. Es más, si se sintió mal me alegro muchísimo y espero que se sienta peor.

No, no es cierto. Podremos haber terminado, pero eso no significa que lo odie o que quiera lo peor para él. No puedo desearle eso, en verdad espero que esté mejor que yo. Apuesto a que lo está, después de todo yo no era nada en su vida.

La puerta vuelve a entreabrirse, pero esta vez me recibe la mamá de Jean, si mal no recuerdo su nombre es Karin, es una mujer robusta, alta, morena, de cabello rizado y rubio, es la viva imagen de Jean, o, mejor dicho, Jean es la viva imagen de su mamá. Ella asoma la cabeza con un bebé entre sus brazos, el reciente integrante de su familia. Cuando me reconoce, abre la puerta en su totalidad y sonríe.

—Hola Andy, no sabía que venías —comenta y me sorprende que aún recuerde mi nombre. Baja la vista hacia al bebé que comenzó a jugar con su cabello.

Atrás de ella visualizo a la niña que me abrió primero, tiene una

pequeña raqueta de tenis en una de sus manos, a modo de protección, y en la otra tiene un spray de sabrá Dios qué cosa. Sí, hermana de Jean tenía que ser.

—Lo siento, vine sin avisar —me disculpo, apenado—. Solo quería hablar con Jean, ¿está en casa?

Ella asiente peleando con el bebé porque este se está metiendo su cabello en la boca.

—Sí, está en su habitación, puedes pasar —se hace a un lado para que pueda entrar y regresa su atención a mí—. Sabes cuál es su habitación, ¿verdad? —murmuro un suave sí como respuesta—. Abre la puerta, ese niño debe tener los audífonos puestos y no te oirá. Ah, ¿puedes llevarle esto, por favor?

Alza la playera negra de su equipo de basquetbol y asiento, tomándola. Ella cierra la puerta y atravieso la sala de estar para llegar a su habitación. Siento la mirada de alguien sobre mi espalda y al voltear no me sorprendo al ver a la niña con la raqueta de tenis. Por alguna razón, me siento un poco intimidado con su mirada, como si la hermana de Jean conociera todos mis pecados. Uh, yo también estaría siempre alerta si mi hermano fuera Jean y si un intento barato de *Jeff the killer* entra a mi casa.

Ignoro que me está vigilando y acelero mis pasos. No vengo a menudo, pero recuerdo el camino a la perfección, no es tan complicado, solo debo pasar por la sala, el pasillo, y listo. Una vez que estoy frente a su puerta, hago un puño con mi mano para tocar, sin embargo, recuerdo que su mamá dijo que no va a escucharme, así que tomo la perilla y le doy vuelta para entrar.

Cuando lo hago, me arrepiento al instante de no haber tocado. Mi corazón se detiene y me paralizo en mi lugar. Jamás creí que estaría en esta situación, mucho menos que Jean, el amigo que creía conocer, estaría involucrado.

Pestañeo y llevo mis manos hacia mis ojos, tallándolos para comprobar si lo que estoy viendo es real. Al terminar y verificar que la escena que tengo delante de mí es real y no un producto de mi imaginación, retrocedo un par de pasos, golpeándome contra la pared, lo cual llama la atención del par y sus rostros no tardan en teñirse de rojo.

—¡¿Por qué no toc...?! ¡¿Andy?! —Jean exclama entre una mezcla de confusión y de miedo.

La sorpresa en mi rostro no puede compararse con la sorpresa de ambos. Es más que obvio que no esperaban que yo estuviese ahí, mucho menos que los encontrara... de ese modo. Iugh, ahora necesito un litro de cloro para poder quitarme la escena de mis retinas. Ay, voy a tener pesadillas con esto. ¡Vi hasta lenguas involucradas! ¡Lenguas!

Jean estaba dándome la espalda, pero pude ver a la perfección lo

que pasó. Se estaba besando con Oliver, con el chico que jamás creí que podría tener algo, menos una relación así. Sé que Oliver es de los que coquetean de broma, pero nunca pasó por mi mente que él y Jean... ¿De qué me he perdido? Dios, mis dos mejores amigos besándose con lengua y todo. Me gustaría tener una máquina del tiempo para ir al pasado y evitar ver esto, si hubiese tocado me habría salvado de esta escena.

Más que asqueado (porque es extraño ver a mis mejores amigos comiéndose como si de eso dependieran sus vidas) estoy confundido, muy confundido. Se supone que hablar con Jean iba a ayudarme a sentirme mejor, no a hacer que tuviera más preguntas en mi cabeza. Sí, creo que debí quedarme encerrado en mi habitación.

—No es lo que parece —Oliver se excusa con la típica frase que las personas decimos cuando en realidad sí es lo que parece. Se aparta de Jean y mueve las manos con exageración—, estábamos practicando la respiración boca a boca y entonces... —Ve que no estoy creyéndolo ni pío y se resigna—. Sí, sí es lo que parece.

Se deja caer en la cama de Jean y este último imita su acción. Los dos parecen niños que acaban de ser encontrados haciendo alguna travesura y yo la mamá que los encontró. Se ven avergonzados, y no sé si es por el hecho de que los vi o porque no planeaban decirme que hay algo entre ambos. Sea la razón que sea, estoy anonadado.

Si soy sincero, hasta creí la posibilidad de una relación entre Karla y Jean, pero jamás entre esos tontos; sé que son amigos desde hace mucho, pero es precisamente por eso que jamás los vi de otro modo, son como hermanos que apenas pueden tolerarse, son el opuesto del otro, ¿cómo llegaron a este punto?

Me quedo apoyado en la puerta, mirándolos desde ahí con extrema confusión. Abro la boca para preguntarles, pero la vuelvo a cerrar cuando no sé qué decir con exactitud. Relamo mis labios secos y me preparo para lanzarles todas las dudas que tengo.

—¿Son novios? ¿Desde cuándo? ¿Por qué no me dijeron? —digo cada pregunta tan rápido que apenas se puede entender lo que he dicho.

Lo que obtengo de los dos es un inmenso silencio. Ni siquiera me importa que tengan una relación o que no me hayan querido contar nada, he estado en el lugar de ellos, y los entiendo, lo que no entiendo es por qué se quedan callados. ¿Qué tanto les cuesta decir «llevamos un año juntos y estamos casados, de hecho, tú no eres el padrino porque no queríamos decirte nada ya que eres un chismoso de primera»? O algo así.

Yo tuve la confianza para contarle a Jean sobre mi relación con Edward, ¿no soy también un buen amigo para que él me tenga confianza? ¿Soy un mal amigo y por eso decidió no contarme nada?

Solo puedo pensar que debo ser un pésimo mejor amigo como para que mis amigos decidan ocultarme su relación. Uh, la cabeza va a dolerme si sigo sumándole más cosas.

Camino hacia ellos, pero me detengo al dar el primer paso.

—Primero mi papá, luego Edward y ahora ustedes, ¿qué quieres mundo? ¿que me mate? Bueno. —Lanzo la playera de Jean a su cama y doy la vuelta para irme.

Escucho cómo uno de ellos se levanta de su posición y siento que me toma de la muñeca. Giro lo cabeza, topándome con los ojos cafés de Jean.

—¿Cómo que Edward? ¿Y qué haces aquí? ¿Por qué tus ojos...? —Mantiene su mirada en mis ojos rojos y la forma en la que me ve me hace creer que ya debe tener una idea en su cabeza. Desvío la mirada y aparto su mano de la mía.

—Una de dos, lloró o está drogado. Espero sea la segunda opción —Oliver responde ante mi silencio y Jean le gruñe.

—Cállate imbécil —le dice a Oliver y luego siento su mano en mi barbilla, obligándome a verlo—. ¿Andy?

Tomo una bocanada de aire y lo veo a los ojos. A la mierda si salen o no, si no me quisieron contar porque no soy de confianza o si solo tenían motivos personales, no vine a pelear con ellos, solo quiero un abrazo.

—Me vale una mierda si salen, solo abrácenme, idiotas —les pido y ambos se voltean a ver, como si se comunicaran con la mirada, en plan, *uy, pasó algo malo*.

—Eh, no me va el poliam... —Oliver se niega, pero Jean le lanza una mirada asesina que hace que se calle y que se levante de una, como un resorte. Aclara su voz—. Ven para acá mi amor.

Los brazos del par de tontos no tardan en rodearme y sonrío a duras penas. No sabía cuánto necesitaba un abrazo hasta ahora. Estuve encerrado en mi cuarto, donde lo único que podía abrazar era la almohada, pero esa sensación no se compara con la sensación de sentirse protegido y querido. Ellos no tienen ni idea de lo que ha pasado en los últimos días ni tampoco del poder que tienen para hacerme sentir mejor con solo un abrazo.

Mi pecho duele y mis ojos arden, quiero llorar, pero nada sale. Me gustaba más cuando lloraba a mares, al menos ahí sí podía sacar todo lo que tenía encima.

—¿Qué fue lo que pasó? —Jean pregunta con cautela, como si supiera que cualquier cosa podría romperme.

—Dijo que no sentía lo mismo. —Y la segunda puñalada llega a mi pecho con esa confesión. Muerdo el interior de mi mejilla para poder seguir—. Al inicio me dijo que no había escrito lo del papel y... —Enmudezco al recordar las palabras que estaban escritas en la hoja

según Jean. Si Edward no lo escribió, ¿entonces...? ¿Esos dos...? Los voy a matar, juro que los voy a matar. Me separo de ellos y junto las cejas—. Jean, ¿qué sabes del papel que supuestamente le tocó a Oliver?

El susodicho se queda paralizado, y al ver que se pone más rojo quiero meter su cabeza por el inodoro. Todo esto pasó en primer lugar por culpa de su estúpida llamada, si no me hubiera dicho nada, Edward y yo seguiríamos con la relación falsa y nada de lo que pasó hubiera sucedido. Creo que después de todo sí necesito los contactos de papá para hacer parecer el cuerpo como un accidente y no como un asesinato.

—El idiota me mintió —responde a la defensiva—, dijo que creyó que yo lo escribí, y estaba claro que no fui yo, por eso supuse que fue Edward, pero no sabía que él mismo lo escribió. Te juro que te iba a llamar, pero me olvidé.

Aprieto la mandíbula.

—¿Y no pudiste suponer que era para ti? —pregunto, acercándome a él, pero Jean retrocede.

—Pasaron algunas cosas, claro que no iba a suponer que era para mí —contraataca—. Si hubiera creído que era para mí no te hubiera dicho nada.

—Ven para acá, cagada.

Me abalanzo sobre él, no obstante, Jean es —obviamente— muchísimo más rápido que yo, por lo que me esquiva a tiempo y mi rostro se estampa contra su cama. Menuda suerte, si mi suerte estuviera igual que siempre yo estaría besando la pared. Me incorporo, quedando frente a ambos.

—No entiendo. —Oliver, como siempre, está perdido de todo.

—¡Todo es tu culpa! —Apunto hacia Jean, ignorando las palabras del otro idiota.

—¡No sabía que era para mí! —Se cruza de brazos.

—¿No era obvio?

—¿No era obvio también que le gustas a Edward?

—Que no le gusto, ¿qué parte de «dijo que no siente lo mismo» no entendiste Miller? —remarco su apellido porque le disgusta, según él no combina con su nombre.

Rueda los ojos.

—¡Todo es culpa de ese pedazo de mierda! —señala a Oliver, quien nos sigue viendo sin entender.

—Para ponernos en contexto, ¿Edward es el pedazo de mierda, o de quién hablamos? —inquiere Oli, y tanto Jean como yo decimos un fuerte «de ti» que hace que alce sus manos, inocente—. ¿Qué se supone que hice mal?

—Nacer —contesta el rubio.

Oliver le sonríe y responde algo que no logro escuchar. Bufo cuando Jean empieza a reclamarle de nuevo por la hoja, eso ya no importa, lo hecho, hecho está, no voy a solucionar nada echándoles la culpa; además, el único responsable de todo este desastre soy yo por haber escuchado a mi corazón.

Me interpongo entre ambos para que dejen de pelear.

—Ya —muevo la mano restándole importancia—, el punto es que le dije lo de la hoja, negó escribirla porque, ya sabes, él no fue quien la escribió —entrecierro mis ojos en dirección a Oliver, él desvía la mirada hacia una de las fotos que Jean tiene en su habitación—, luego me preguntó si había algún problema con eso, confesó que le gusto y le cerré la puerta en la cara.

—¿Eres idiota? —Jean brama.

—Sí, pero no es el punto. Me fui a disculpar a su casa, y me dijo que... —La voz se me rompe al recordar lo que pasó. Un nudo que me impide continuar se me forma en la garganta. «Eres fuerte, tranquilo», me digo. Trago el nudo—. Me dijo que habló por hablar, que no estaba seguro de sentir lo que dijo y que lo mejor sería que termináramos.

Y boom, la tercera puñalada. Decir en voz alta lo que pasó hace que sea incluso más doloroso. Mentí al decir que no siento nada, porque sí que lo hago, el dolor en mi pecho confirma que todavía estoy sensible.

—Ese imbécil —dice entre dientes. En la voz de Jean noto el enfado. Sé que no debería alegrarme por eso, pero me hace feliz que se preocupe por mí.

—También es tu amigo —le recuerdo.

—No le quita lo imbécil —replica.

—Eh... ¿no eran novios? —Oliver interviene.

Parpadeo, ¿Jean no le contó nada a pesar de que son... uhm, lo que sea que sean? Ya, al menos no le cuenta mis cosas a su... lo que sea que sea.

—Éramos —corrijo, y antes de que Jean le explique la situación, prefiero hacerlo yo.

Comienzo a decirle lo que pasó después del reto que me pusieron y de lo idiota que fui al haberme confundido de casillero. Luego le digo sobre la propuesta de Edward y finalmente sobre lo imbécil que fui por haberme creído que lo falso que teníamos podía ser real. Él escucha con atención y, a diferencia de otras veces, no hace alguna broma ni nada por el estilo. Cuando termino de contarle, me felicito a mí mismo por haber sido capaz de decir todo esto sin que la voz me temblara.

Sé que no necesito fingir ser fuerte, pero esta vez no estoy fingiendo nada, lo estoy siendo, y ha pasado tanto tiempo desde que

no lo he sido que en verdad me alegro. No solo soy cobarde, también puedo ser valiente.

—Ay. —Es lo único que Oliver dice. Jean le da un codazo y este se queja. Me río por eso, parecen una pareja de casados, sean o no sean novios, me alegro por lo que sea que tengan—. No sé qué decirte, nunca he sido bueno con las palabras, pero sabes que estoy aquí para ti, no sirvo, pero, pero, pero... ¡Pero sé buenos chistes!

—No te atrevas a contarlos, lo vas a deprimir —Jean, el idiota uno, rezonga.

—¿Se puede deprimir aún más? ¿Que no le ves la cara de mapache muerto? —El idiota dos se defiende y mi risa solo se hace más audible —. ¿Ves? te dije que son buenos chistes.

Ni siquiera me ha dado risa lo que dijo, solo me da gracia la situación. En verdad necesitaba hablar con el par de idiotas.

—Me siento mejor ahora, gracias. —Elevo las comisuras de mis labios en una sonrisa, verlos juntos hace que en verdad quiera saber lo que se supone que tienen—. ¿Qué hay entre ustedes dos?

Se dan una mirada cómplice, solo que Oliver le sonríe y Jean tiene cara de que lo quiere matar.

—La idiotez se contagia, ¿sabes? —Oliver responde, ganándose un pisotón por parte de Jean. No comprendo nada, ¿qué habrá pasado entre ellos?

—¿No tenías que irte ya? —Jean le pregunta, irritado, y el idiota dos asiente entre risas mientras toma sus cosas y toma el mentón de Jean para plantarle un beso, el rubio lo aparta y hace un ruido de asco. En verdad parecen una pareja de casados. Agh, qué horror.

Pese a que ahora mismo soy un anti-romance, sonrío. Sí que estoy confundido, pero me siento feliz por ambos, aunque al mismo tiempo siento que estoy sobrando en la habitación. Soy la Kim de un Edward y un Andy. Uh, solo que ellos sí que sienten algo.

Oliver nota que los veo y dirige su atención hacia mí, elevando su barbilla.

—¿Tú también quieres uno?

Pongo los ojos en blanco.

—Lárgate ya, imbécil —Jean toma a Oliver de la playera y lo saca de su habitación.

Cierra la puerta y se apoya en esta soltando un suspiro. Yo, por mi parte, lo veo de la misma forma en la que él me miraba cuando tenía las sospechas de que Edward me gustaba. Al fin puedo estar en su lugar, y la verdad es que se siente muy bien. Por otro lado, Jean no luce tan nervioso como yo, ni tampoco cansado, supongo que es porque él ya aceptó lo que hay entre ambos.

—¿Entonces? —Alzo una ceja, refiriéndome a ellos.

—Es complicado. —Chasquea la lengua. Oh vamos, nada puede ser

más complicado que lo que me sucedió con Edward—. ¿Sabes por qué no me reí cuando me dijiste que te confundiste de casillero?

—¿Porque eres un buen amigo?

—No —niega con la cabeza. Se aclara la garganta—, porque me pasó algo similar. Dios, qué vergüenza decirlo en voz alta. De ti es algo esperado, ¿pero de mí?

¿Me está contando lo que pasó o me está insultando?

—¿Por qué no me dijiste?

—¡Porque era muy vergonzoso! —Mueve sus manos—. Solo Karla lo sabe.

—¿Por qué lo sabe ella y no yo? —pregunto, ofendido. No puedo creer que hasta Karla lo sepa y no yo. ¡Ella es más chismosa que yo!

Qué gran insulto es saber que la chismosa sabía y no yo. No tengo nada en contra de ella, ¡pero no es justo! ¡Soy más amigo de él que ella!

—Porque estaba ahí cuando pasó —aclara, pero no le creo. Él lo nota—. ¿Recuerdas la fiesta de Sam?

—¿La chica de tercero?

—Ujum, tú no fuiste, como siempre, y Oliver estaba castigado, así que solo fuimos Karla, Mary y yo, y yo estaba muy borracho, muuuy, estaba hasta el culo de borracho, y bueno, iba a hablarle a Olivia, pero...

—Y le marcaste a Oliver —interrumpo, riéndome. Olivia es la hermana de Oliver, son mellizos, ella se graduó un par de meses antes de iniciar el nuevo ciclo, se supone que Oliver también lo haría, pero reprobó el año. Sabía que le llamaba la atención a Jean, pero hasta ahí. Él se sonroja, confirmando mis palabras—. Qué imbécil eres, te declaraste a la persona equivocada.

Estoy a punto de soltar una carcajada, pero él me mira con advertencia. Retengo las ganas que tengo de burlarme.

—Cállate que tú también te confundiste, y no estabas borracho, eres aún más imbécil que yo —se pone a la defensiva y frunzo los labios. Bueno, tiene razón, yo estaba en mis cinco sentidos, y no hablemos de la vez que le hablé a mi tía Edna por error, también estaba sobrio.

Uh, sí, sigo manteniendo el título del mayor imbécil en toda la historia.

—Ya sé que soy un imbécil, pero eso es algo que todos sabemos, en cambio tú, bueno, no —me defiendo y, antes de que se atreva a seguir llevándome la contraria, continúo—. Perdón por aparecer de la nada, y gracias por habérmelo contado.

Sonrío. Tengo un pequeño *déjà vu* con todo esto, solo que yo era la persona que recibía el «gracias por habérmelo contado». Aunque no me lo ha contado porque ha querido hacerlo, sino porque no tenía

otra opción.

—Te lo iba a decir antes, lo juro, pero tenías tus propias cosas, creí que aún no era el momento —se excusa y le creo.

—Ya, no hay problema con eso, déjalo.

Quiero seguir preguntándole, pero no quiero ser insistente. Ya tengo suficiente con eso. Me siento sobre la cama de Jean y él también lo hace. Ambos nos quedamos en silencio.

—Respecto a lo que dijiste —comienza, mirando hacia el techo de su habitación—, no creo que Edward haya fingido. Él en verdad te aprecia. —Voltea a verme—. Desde antes.

¿Cómo?

—¿Qué?

—No sé si pueda decirlo. —Muerde su labio y estoy a nada de lanzarme contra él para obligarlo a hablar. ¿Qué sabe él y por qué no me lo ha dicho?

—Jean Miller, dímelo —exijo, manteniendo la compostura.

Lo veo dudar unos segundos.

—Hablé con él cuando me contaste que estaban saliendo —confiesa. Elevo ambas cejas, incrédulo—. Me preocupé por ti, ya que tú fuiste lo suficientemente tonto para aceptar salir con un desconocido —grazna y juego con mis dedos, no era un desconocido del todo, sabía que era bueno enseñando en la biblioteca—. ¿Nunca te pareció muy cursi o intenso? —inquiere—. Alguien que acabas de conocer no te trataría de esa forma, al menos que guste de ti.

—¿Estás diciendo que le gusto desde antes?

—Tenía un *crush* en ti, es lo que sé; no sé desde cuándo, ni cómo, eso fue lo único que me dijo. Me dijo que no salía contigo con malas intenciones, que en verdad quería ser tu amigo y, si las cosas se daban, tal vez algo más. Que quede claro que también lo amenacé.

Hago el intento por sonreír por lo último que dijo, pero no puedo. Una parte de mí todavía quiere creer que lo que dice Jean es real y que debe haber algún motivo por el que Edward haya dicho lo contrario, pero la otra parte no se termina de tragar eso y solo quiere eliminar a Edward de su vida. No sé qué hacer.

—¿Por qué nunca me lo dijiste? —le pregunto. Él se encoge de hombros.

—Lo intenté. De hecho, fui a tu casa, pero Edward iba a llegar y me echaste, ¿recuerdas? —cuestiona y asiento, aún digiriendo la notica. Sí lo recuerdo—. Además, creí que las cosas se darían de forma natural. Y no me equivoqué. —Sonríe.

—Pude evitar tener el corazón roto —mascullo.

—Le gustas —me asegura—, ¿no hiciste y dijiste cosas tontas cuando en realidad querías hacer todo lo contrario? —interroga y, aunque no quiera, termino asintiendo. Sí, lo he hecho siempre, puedo

hacer una lista de todas las cosas tontas que me salieron mal—. Los dos son un par de imbéciles. Habla con él de nuevo, pero sé honesto. Si después de eso él sigue con ese pensamiento, mejor, te libraste de un tonto.

—Un tonto que es tu amigo —recuerdo por segunda vez.

No quiero que haya una división entre ambos, es mi problema, no el de ellos. Edward podrá ser la persona que sea, pero el estado nuestra no relación no significa que él deje de ser amigo de ellos.

—Pero tú estás primero —refuta, sacándome una sonrisa. Jean es el mejor, y ya debe saberlo, no tengo que decirle nada

—¿Cuánto debo pagarte por haber dicho eso? —bromeo.

—Me alegra que sepas que debes pagarme, ya me daba pena cobrarte.

—¿Pena? ¿Tú? Sí, claro, cuéntame otro chiste.

—Tú —responde de inmediato—. Tú eres el mayor chiste.

Me rio, lo sé, hasta yo hago esa broma.

—Hoy es la fiesta —cambia de tema y mi sonrisa se desvanece—, puedo cancelar y quedarme, Oliver también lo haría.

Niego.

—¿Edward va a ir? —inquiero con duda, lo último que supe es que él también iba a ir, no me importa si va, aun si no fuera, yo tampoco iría, no me apetece salir de casa. Jean asiente—. Vayan, no quiero que esté solo, ya sabes, todavía hay personas que lo juzgan muy mal, ¿podrían cuidarlo? —le pido y él vuelve a asentir. Como he dicho, que no estemos juntos no significa que no me preocupe o que no quiera lo mejor para él. Jean no parece contento con mi respuesta—. Y, aunque quería hablar contigo, también quiero estar solo, necesito pensar —explico.

—No estés mucho tiempo solo, también puede hacerte daño.

Sonrío a duras penas y nos quedamos otro rato sobre su cama platicando de idioteces, entre las cuales destacan cómo su pequeña hermana quería meterme un raquetazo, la relación que tiene con Oliver, la situación que hay entre mi papá y yo, y lo que papá dijo cuando se enteró de lo que pasó con Edward. Siempre he sido de los que prefieren estar en su propio espacio y de los que no cuentan sus cosas ni tampoco les preguntan a sus amigos de las suyas, pero pasando el tiempo junto a Jean descubrí que nunca es tarde para tratar de abrirme a los demás y para dejar que los demás se abran conmigo.

Siento que me he perdido de un montón de cosas por estar inmerso en la idea de que es mejor no dejar que nadie entre en mi zona de confort. No me había percatado de que cuanto más me encerraba, más me alejaba de los demás, y no es que ellos pusieran un muro, yo ponía el muro. Creo que Alek no es el único que debe cambiar.

He estado bien yo solo, pero, como dice Jean, si paso tanto tiempo a solas eso puede hacerme daño.

Al marcarle a Alek y regresar a su casa, estuve a punto de encerrarme en mi cuarto, otra vez, pero él y Kim me ofrecieron ver una película en Netflix, estuve a nada de negarme, pero accedí, y no me arrepiento. Vimos *La Familia Mitchell vs. Las Máquinas* y me reí un montón, justo lo que necesitaba para recuperar el ánimo. Incluso Luna se sentó con nosotros.

Cuando la noche llegó y todos nos fuimos a nuestras respectivas habitaciones, por fin tomo mi celular, y no voy a negar que lo primero que hago es revisar si Edward me ha mandado algún mensaje, pero no lo hizo. Luego, como el masoquista que soy, voy directo a Spotify y pongo la *playlist* que él me hizo. Me acuesto sobre mi cama y me entretengo viendo las historias de Instagram de mis amigos, me detengo específicamente en las historias de Jean. Está en la fiesta, junto con los demás, Edward está ahí también.

Mi corazón late al verlo sonriendo a la cámara con un vaso en su mano, su sonrisa me contagia una. Su cabello está peinado como suele hacerlo, lleva un jersey negro y pantalones del mismo color, se ve lindo. Está bien, y eso es lo único que importa.

Me hubiera gustado estar ahí con él y con mis amigos. Tal vez hubiera sido bueno para mí, e incluso hubiéramos podido hablar sobre lo que pasó, pero en verdad que no tenía ganas de ir y de encararlo. Mañana lo veré en la escuela, tal vez hable con él al finalizar las clases, lo haría al iniciar, pero si me confirma que no siente nada no me sentiré bien para continuar las clases, ni mucho menos para verlo en ellas.

Paso las historias de Jean de forma apresurada, él ha subido un montón que, para ser sinceros, no quiero ver porque me sentiré peor por no haber ido; pero regreso a una historia cuando veo algo extraño. Jean está bebiendo algo y luego enfoca a Karla, pero al fondo está Edward, lo reconozco de inmediato por su cabello, está acompañado de un pelirrojo que se me hace familiar. ¿De dónde? Y, más importante aún, ¿quién es y por qué está con Edward?

El estómago se me revuelve de los celos. Sé que no debería sentirme de ese modo porque no somos nada y lo que haga con otras personas no es mi asunto, pero no puedo evitar sentirme así. Soy patético.

Trato de hacer memoria para recordar a esa persona, pero, al no poder hacerlo, sigo pasando las historias. Estoy a punto de rendirme y de cerrar Instagram, sin embargo, la punzada en mi pecho no me deja hacerlo. Necesito saber quién es la persona que está con Edward, y creo saber dónde puedo encontrar la respuesta.

Voy al buscador y pongo el usuario de la cuenta que esparció los

rumores de Edward, xanonima65, pero la cuenta está con un candado, es privada. Resoplo, irritado, sin embargo, sonrío de nuevo cuando recuerdo que le pedí a Karla que me prestara su cuenta aquella vez que quería seguir de chismoso. Esta sigue abierta en mi celular, por lo que ya tengo las cosas más fáciles. Voy otra vez al usuario y me alegro al ver que tengo acceso a sus publicaciones e historias destacadas.

Una de las historias destacadas tiene el nombre de Edward, supongo que se quedó de ese modo porque subió las historias donde lo defendía. Al entrar encuentro que mi suposición es cierta, las historias que subió aquella vez siguen ahí. No dudo en pasar las historias hasta llegar a las fotos que la cuenta subió, y no sé si hago bien o mal en andar de curioso, pero lo encuentro. Encuentro una foto de algunos chicos que están junto a Diego y Edward, y uno de esos chicos es el tipo pelirrojo, tal vez sea otro, pero el cabello lo delata. Trago duro. ¿Tal vez es un amigo que solía tener?

Me digo a mí mismo que ya he indagado mucho y que ya es suficiente, que no necesito seguir *stalkeando* a nadie, pero, incluso así, quiero llegar hasta el fondo de esto. No puedo estar tranquilo, y sé que no podré dormir por estar pensando en que hay algo oculto. Salgo de la historia destacada e indago por las demás, veo el nombre de cada una de las historias destacadas, todas con información diferente, hasta que en la última doy con una que lleva el nombre de la persona que Diego mencionó en la pelea que tuvo con Edward.

La historia destacada tiene como título: Ben.

Ben.

El chico al que supuestamente Edward golpeó.

Los latidos de mi corazón van en aumento y muerdo mi labio con fuerza. No necesito entrar, no necesito ver lo que dice. No tengo por qué seguir haciéndome daño con algo que ya no es mi asunto.

Incluso repitiéndome todo esto, toco la historia destacada y me arrepiento al segundo de hacerlo, porque la primera imagen que sale es la del chico pelirrojo, solo que ahora puedo verlo mejor, es muy guapo, tiene los ojos cafés y el rostro lleno de pecas. Aprieto los labios, es el mismo que sale en la foto que hay de Diego y Edward, y el que parece ser el mismo que está en la fiesta con Edward.

¿Por qué está con él? ¿No se supone que fue culpa de ese chico por lo que él terminó con esos horribles rumores? ¿Qué mierda?

Y la cuarta puñalada llega a mi pecho. La cuarta y última. No voy a seguir permitiendo que esto me siga lastimando. Hoy, por primera vez, me elijo a mí sobre cualquier otra cosa. Salgo de Instagram y cierro los ojos con fuerza durante un instante.

Las palabras de Jean están grabadas en mi cabeza y se repiten como si fuera un disco rayado: «Él en verdad te aprecia, desde antes».

Sí, claro.

—Mentiroso —susurro antes de apagar la música y bloquear mi celular.

26: Valientes

Mi celular no ha dejado de vibrar desde hace un buen rato, pero estoy tan agotado que no quiero moverme, todos estos días me he estado desvelando tanto que apenas cerré los ojos caí rendido como piedra sobre la cama. Mis ojos se sienten pesados, al igual que mi cuerpo, y por dentro me repito que siga durmiendo porque mi celular dejará de sonar, no obstante, este sigue vibrando por varios segundos.

Rezongo y, somnoliento, abro los ojos con lentitud. La habitación está en completa oscuridad y el silencio reina, algo extraño, ya que mamá siempre se levanta temprano.

«¿Qué hora es? ¿Y por qué mi celular no deja de sonar?».

Tallo mis ojos y me quedo quieto unos segundos mientras trato de mantener los ojos abiertos. Doy la vuelta y, al notar que la cama es más grande de lo normal, los recuerdos de estos días llegan a mi cabeza como flashazos y el peso de todas las emociones vuelve a colocarse sobre mí, recordándome el desgaste emocional que solo el sueño pudo quitarme. Lo olvidaba, estaba en casa de Alek, me quedé el fin de semana con él. Ojalá pudiera olvidar todo lo que ha pasado no solo en sueños.

Suelto un gran bostezo y muevo la mano por toda la cama en busca de mi celular, cuando doy con él, lo tomo. Ya ha dejado de vibrar y el brillo de la pantalla casi me deja ciego. Me sorprendo al ver que es muy temprano.

Dos de la mañana.

¿Quién está jodiendo a esta hora? ¿Que no saben que el sueño es sagrado? Si es alguna notificación de los juegos que tengo instalados me mato, en serio me mato.

Bajo la mirada hacia el montón de notificaciones que aparecen: mensajes de WhatsApp del grupo que tengo con mis amigos, una solicitud de amistad de Facebook y llamadas perdidas de Edward... ¡¿Llamadas perdidas de Edward?!

Tengo que pestañear muchas veces para verificar si he visto bien o si el cansancio ha hecho que pierda la cordura, sin embargo, al leerlo seis veces lo confirmo, no es un sueño, sí ha estado marcándome.

El sueño que sentía se va cuando compruebo que me ha marcado y me siento en la cama a duras penas para poder procesar esto.

¿Por qué me está marcando? ¿Y a esta hora?

No sé si él sepa que la definición de «terminar» significa no molestar al otro, pero no lo está llevando a cabo. Lo que menos quiero

en este momento es hablar con él, sobre todo porque me había propuesto continuar después de ver que estaba en esa fiesta con ese tal Ben. Sé que no tengo por qué enfadarme, ya que no somos nada, pero eso solo lo hace peor: para Edward soy nada y por eso está allá afuera comportándose como si nada hubiera pasado, siguiendo con su vida, haciéndome a un lado.

Además, no puede solo marcarme a las dos de la mañana después de lo que pasó, ¿no se acuerda de que dijo que iba a mentirme para que así yo siguiera a su lado? ¿Y qué hay del «me confundí»? De solo recordarlo la sangre me hierve, sé que él cree que tampoco me gusta, pero... Agh, no soy alguien al que pueda usar cuando se le dé la maldita gana.

Sin olvidar que hoy es lunes, lo que significa que tenemos clases, y no voy a seguir desvelándome por él ni por nadie más. Primero estoy yo.

El celular vuelve a vibrar en mis manos y su nombre se pone en grande en la pantalla. Hago un mohín con los labios. Dudo en responder por los motivos que ya he mencionado, sin embargo, la punzada en mi pecho me dice que debería hacerlo porque podría ser algo importante, sobre todo porque estaba fuera de casa en medio de un lugar lleno de personas que podrían haberle hecho algo. Después de todo, sigue importándome más de lo que debería.

No quiero caer ante la preocupación que empieza a crecer en mi interior, pero ¿y si le pasó algo malo?, ¿y si se encuentra en peligro y no tiene a nadie con quien hablar?, ¿y si sufrió un accidente de regreso a casa?, ¿y si...?

No, no, está bien. Él está muy bien y no tengo nada de qué preocuparme, Jean y Oliver estaban con él, cuidándolo.

Ignoro la llamada y bloqueo mi celular.

Me acuesto de nueva cuenta y cierro los ojos con fuerza, obligándome a seguir durmiendo, pero la maldita preocupación de mierda me carcome por dentro y la culpa también comienza a apoderarse de mí. Gruño por lo patético que estoy siendo y coloco la almohada sobre mi rostro para resistirme a las ganas que tengo de dejar mi orgullo de lado.

Como es normal en mí, fracaso en el intento y ya estoy tomando mi celular sin ponerme a pelear conmigo sobre si estoy haciendo bien o mal en hacerlo. Esta vez no logro responder a tiempo, así que de forma impaciente marco el número de Edward y espero a que responda.

Muerdo mi labio ignorando a la vocecita de mi cabeza que me dice que estoy siendo un imbécil por haber caído otra vez, pero era de suponerse, con Edward siempre caigo de una u otra manera.

Él no tarda en aceptar la llamada y la respiración se me corta al oír

su voz. La voz que creí que no iba a volver a escuchar.

—Hola, *mon soleil*.

Me paralizo después de que él me saluda con el apodo que me puso. En otro momento me hubiese puesto nervioso, pero ahora escucharlo llamarme de esa forma me sienta como un golpe directo al estómago. Lo nuestro ha terminado, no tiene que seguir diciéndome así, y mucho menos después de lo que pasó el sábado.

«No me llames de esa forma, sé que no te gusto, así que ya no hay necesidad de que sigas diciéndolo. Ya no».

Entreabro los labios y hago un esfuerzo sobrehumano para que el mentón no me tiemble y para que las palabras salgan sin temor.

—Es tarde ya, ¿pasó algo malo? —pregunto, cortante—. ¿Hay algo en lo que pueda ayudarte?

No quiero sonar rudo, quiero preguntarle si está bien y quiero lanzarle un sinfín de preguntas en las que muestro que estoy preocupado por él, pero no puedo. Estoy a la defensiva, y cómo no estarlo si no hemos hablado desde lo que pasó en su casa, no voy a comportarme como si no hubiese pasado nada, ni mucho menos voy a fingir que lo que sucedió no me dolió. Estoy harto de ocultar mis emociones. Estoy dolido y no voy a esconderlo.

Y no olvidemos que son las jodidas dos de la mañana, ¿qué le pasa por la cabeza?

—No pasó nada malo —contesta luego de unos segundos y contengo el suspiro de alivio que quiero sacar. *Está bien, él está bien*.

—Vale, entonces descansa.

Voy a colgar, pero en eso, él dice:

—Bueno, sí pasó algo.

Junto las cejas con confusión y trago saliva. Acaba de decir que todo estaba bien, ¿qué está pasando? ¿En verdad sucedió algo malo? Si es así espero que no sea nada grave, por favor, que no sea nada grave. El nerviosismo me ataca por la espalda y se clava como una estaca al solo imaginar la pequeña posibilidad de que algo malo le ha ocurrido, mi mano comienza a temblar de tal manera que tengo que tomar mi muñeca con la otra mano para mantener la calma.

—¿Qué pasó? —Esta vez no soy capaz de ocultar la preocupación en mi voz.

—Te extraño —responde, y todos mis sentidos se bloquean. Mi corazón se encoge contra mi pecho y aprieto el celular con fuerza—. Necesitamos hablar.

La ola de emociones hace presencia de nuevo, pero me arrastra con más ímpetu y comienzo a ahogarme en ella. Las preguntas oscilan por mi cabeza y la confusión quiere matar a mi pobre cabeza. ¿Dijo lo que creo que dijo? ¿Me extraña? No le creo, es mentira, él es un jodido mentiroso.

—No tenemos nada de qué hablar, además son las dos de la mañana, Edward —me limito a decir.

—Estoy fuera de tu casa —replica de inmediato.

—No estoy en casa. Ve a dormir.

—Fuera de casa de tu papá —corrige, y luego hipa—. Cinco minutos, dame cinco minutos... pero si no quieres hablar, lo entiendo y respeto tu decisión.

Rechino los dientes.

«Métete el respeto por el culo. ¿Cómo te atreves siquiera a hablarme, mentiroso?».

—Intenté hablar contigo y no me dejaste —le recuerdo, sintiendo que estoy a punto de romperme otra vez.

—Fui un idiota, yo... Lo que dije no lo decía en serio. —Mi mano deja de temblar al oírlo y la sorpresa y miedo me invaden—. Solo no era un buen momento para hablar.

¿No era un buen momento? ¿Qué quiere decir con eso?

—¿Por qué ahora? —demando.

—Porque no quería que el tiempo siguiera pasando, necesitaba hablar contigo y aclarar las cosas cuanto antes, Jean me acaba de cont...

—¿Por qué no fuiste detrás de mí? —interrumpo y él enmudece. Mis ojos se llenan de lágrimas y las aparto con mi mano, con furia—. ¿Por qué no fuiste detrás de mí? —repito, pero más que pregunta suena como reclamo. La voz se me rompe y me dejo expuesto ante él.

—No podía —insiste, hablando bajito—. No era un buen momento, quería que te fueras de casa... y creí que en verdad no sentías nada, supuse que lo mejor era tomar distancia —lo escucho pasar saliva—. Jean tomó de más y me gritó todo a la cara —ríe sin gracia, pero luego aclara su voz—. Dijo que te gusto... ¿es cierto?

Me quedo callado porque, aunque sé la respuesta, no sé si quiera admitirlo, la última vez que lo hice terminé llorando en mi habitación como un bebé. Encima, es de madrugada y no es un buen momento para hablar, a esta hora deberíamos estar durmiendo. Sin embargo, recuerdo a mamá diciéndome que, si esperamos a decir las cosas, algo más podría pasar, tal como pasó con ella y papá, y no quiero que eso ocurra con nosotros, no quiero que algo que apenas estaba comenzando termine tan pronto. Todavía tengo muchas preguntas en mi cabeza, y si hoy es el momento para hablar, así será.

—Voy a abrir la puerta.

Cuelgo la llamada con rapidez y escondo mi rostro entre mis manos. ¿Por qué todo se complicó tanto? Nadie dijo que sería sencillo, sin embargo, tampoco mencionaron que algo tan pequeño podría acabar con todo. Quiero reírme de lo tonto que soy. En verdad que no quiero seguir con esto, estoy cansado de seguir llorando y de seguir

sufriendo, gustar de alguien no debería ser así.

Me levanto de mi cama y enciendo la linterna de mi celular para poder caminar sin caer en el intento. Abro la puerta de mi habitación con cuidado para no levantar a nadie y pongo mi mano sobre la linterna para hacer que la intensidad de esta baje un poco. Lo menos que quiero es que Kim o papá noten la luz del pasillo y se levanten a ver de dónde viene. Si papá ya quiere matar a Edward, no quiero imaginar lo que haría si lo ve fuera de la casa a esta hora.

Voy directo a la puerta principal y bufo al recordar que esta no es mi casa y que no sé cómo abrir. Volteo a ver a todos lados y festejo en mi interior al observar las llaves de Alek colgadas en la repisa. Las tomo y, antes de colocarla en la cerradura, dudo en abrir. ¿En verdad quiero hablar con él ahora?

Ya estoy aquí, si quiero avanzar y pasar de página lo mejor será hablar con Edward, dejar que me explique todo y… no sé qué haré después, supongo que dejaré que las cosas fluyan y que el Andy del futuro tome la decisión, no lo sé, lo único que sé con certeza es que nada de esto se solucionará si ambos no somos honestos con lo que sentimos.

Con esa idea en mi cabeza no me toma más de veinte segundos abrir la puerta. Llevo aire a mis pulmones al darle vuelta a la perilla y, cuando veo a Edward del otro lado, el corazón me da un vuelco. Tiene la misma ropa que llevó a la fiesta, la que vi en las historias de Jean, solo que teniéndolo frente a mí puedo verlo mejor. No sé si el filtro de la historia le ayudó, pero su rostro está igual que el mío: ojos rojos, ojeras debajo de ellos y el rostro tan pálido que parece que va a desplomarse en cualquier momento. No sé si esto es una competencia para ver quién se ve peor, pero creo que ambos estamos bastante parejos.

Nos miramos por unos segundos, sin embargo, ninguno es capaz de decir algo al respecto. Aprieto la perilla de la puerta en tanto una pequeña sonrisa nerviosa aparece en su rostro. Odio que, incluso en estos momentos, él siga alterando mis emociones.

—¿Puedo pasar? —pregunta y ve mi mano en la puerta, acto seguido retrocede un poco, como si estuviera tomando precaución por si se me ocurre cerrarle de nuevo. Las ganas no me faltan, la verdad.

Muevo la cabeza como afirmación y, una vez que él entra, cierro la puerta. Tomo otra bocanada de aire para armarme de valentía y poder mantenerme firme con él. Cualquier paso en falso y puedo salir herido, y no sé si esta vez podré soportarlo.

Giro sobre mis talones y le hago una seña a Edward con la cabeza para que me siga a mi habitación. Si nos ponemos a hablar en la sala de estar corro el riesgo de que mis papás o Luna nos escuchen, además, si llego a llorar (lo cual espero que no suceda) nadie aparte

de Edward lo oirá. Doy zancadas por el pasillo y siento su pesada mirada en mi espalda. Mi cuerpo se tensa por eso. Sé que no es momento para sentirme nervioso, pero él tampoco me ayuda.

Al estar en mi habitación, me aseguro de ponerle el pestillo a la puerta a fin de evitar que alguien nos descubra. Le señalo la cama para que tome asiento y yo tomo lugar en la silla que está en el escritorio. Me conozco lo suficiente para saber que tenerlo cerca de mí me hace sentir débil.

Dejo mi celular sobre el escritorio, todavía alumbrando el cuarto con la linterna. Espero a que él comience a hablar, pero al ver que no tiene la iniciativa para hacerlo, lo hago yo.

—¿Entonces qué quieres decirme? ¿Y qué hay de tus papás? ¿No van a regañarte?

«Tonto, eso a ti no te importa», me reprendo, aunque es obvio que sí me importa. Me acomodo en mi lugar y veo hacia el suelo para ocultar el interés que tengo en él.

—No se darán cuenta de que no estoy porque no están —replica. Asiento sin estar muy convencido. Muerdo mi lengua para no seguir cuestionándolo, es su vida y yo no tengo nada que ver en ella.

Respiro y hago una mueca al oler algo extraño.

—¿Estás borracho? —inquiero porque siento el pequeño olor a alcohol en la habitación. ¿Por eso me ha hablado? ¿Y a esta hora?

—No —niega repetidas veces con su cabeza con mucha exageración, luego lo piensa unos minutos—. Tal vez... O no. Creo que no.

—¿Cómo que «crees»? —Levanto una ceja.

—Solo bebí dos vasos. —Alza tres de sus dedos. Pone la mirada en ellos y, al notar el error, baja un dedo—. No soy fanático del alcohol y no soy bueno tomando —comenta, avergonzado.

Sí, ya lo noté.

Arrugo la nariz y pese a que quiero reírme no lo hago. Se supone que debo estar a la defensiva y que debo estar atento para no dejarme llevar, no debo hacer como si nada hubiese pasado cuando es todo lo contrario, los dos sabemos bien que pasó de todo en estos días. Carraspeo para disimular que me ha hecho gracia lo que hizo.

—Espero que estés lo suficientemente sobrio para hablar, porque los cinco minutos comienzan a correr a partir de ahora —condiciono, echando un vistazo al reloj de mi celular para que note que lo digo en serio. Edward asiente con efusión.

—¿Por dónde empiezo? —inquiere viendo hacia el techo mientras juega con sus dedos—. Yo... lamento venir a esta hora, sé que no es buen momento, pero no podía esperar otro día para disculparme, creía que debía hacerlo ya o todo seguiría yéndose a la mierda. También lamento todo lo que pasó —se sincera, poniendo sus ojos sobre mí—.

Hay cosas en mi vida de las que me he sentido inseguro, pero tú no eres una de ellas. No dudo en absoluto de lo que siento por ti.

El corazón se me acelera y la ilusión aprieta mi cuello, asfixiándome. Deseé escuchar esas palabras el día que fui a su casa, y sería un mentiroso si digo que incluso ahora no lo deseo, porque sí, joder, deseo que repita esas palabras, sin embargo, si hay algo mucho más grande que el «desear», es el «necesitar», y necesito estar seguro de que no me está mintiendo.

Golpeo mi mano contra mi muslo para no caer. Lo que dijo lo ha dicho con tanta seguridad que si no fuera porque los recuerdos de él junto a Ben se asoman por mi cabeza me lo hubiera creído. Me lo hubiera creído sin dudarlo.

—No sé si creerte. —Mi boca se mueve por mí.

Todavía soy incapaz de creerle. Si bien ambos hemos hecho y dicho cosas que pudieron lastimar al otro, yo no llevo ocultándole desde el inicio de la relación algo tan grande como lo es el asunto de Ben. No puedo creer en sus palabras si ni siquiera estoy seguro de conocerlo a él.

Edward parecía esperar mi respuesta porque no lo veo desilusionado por ello, al contrario, junta sus cejas y se acomoda en su lugar, como si ya estuviera preparado para enfrentar la situación.

—Mis papás estaban peleando, quería que te fueras —aclara, y no voy a negar que eso me deja desconcertado. ¿Es cierto o me está mintiendo? Aunque, haciendo memoria, podría decir que por eso tardó en responder al timbre. Sin embargo, me mantengo firme—. Y en cierta parte también lo dije porque cuando cerraste la puerta en mi cara creí que me estabas rechazando, luego llegaste y supuse que lo ibas a hacer oficialmente, solo no quería perderte, quería que siguiéramos siendo amigos, y si decirte que termináramos te iba hacer sentir menos incómodo conmigo, entonces así sería. No sabía que al decirte eso iba a hacer lo opuesto a lo que quería.

Veo la urgencia en su mirada y el brillo en particular que notaba cuando me veía. Por alguna razón, lo siento sincero, y a pesar de que quiero ser menos crédulo, las ganas que tengo de decirle que es un idiota y que comprendo por qué estaba tan asustado me rebasan. Clavo mis uñas en la palma de mi mano y todas mis defensas se caen en automático.

Vale, sí tiene un buen punto. Yo también cometí el tonto error de cerrarle la puerta justo cuando quería decirle que también me siento de la misma manera que él. Ambos somos unos tontos que no saben cómo expresar lo que sienten. Edward negó sus sentimientos por mí porque no quería perderme y yo quería gritarle lo que sentía porque tenía el mismo miedo que él, tampoco quería perderlo.

Dios, qué patéticos somos. Todo se vino abajo por una simple

confusión y por no ser honestos en primer lugar.

—Entonces —mascullo, evitando los mensajes de advertencia que mi cerebro está mandando porque sabe que después de lo que voy a preguntarle todo podría salir o muy bien o muy mal—. ¿Lo que dijiste en mi casa era real?

—Sí —no duda en responder, y el hecho de que no haya vacilaciones en su forma de hablar me brinda un poco de seguridad, solo un poco—, y sé que tal vez no me creas, pero puedo demostrártelo, si me das una oportunidad —escucho la necesidad en su voz y mi pecho arde cuando dice—: Me gustas mucho y no quiero que esto termine, no quiero.

Yo tampoco quiero.

Tampoco quiero que la historia que apenas hemos empezado tenga un punto final; quiero que tenga comas, puntos suspensivos, dos puntos, punto y coma; joder, quiero que lo tenga todo menos uno que diga que esto ha acabado.

—Perdóname —me disculpo, y eso sí que lo sorprende y en cierta parte también me sorprende a mí. Estoy dejando de lado el orgullo y comienzo a abrirle mi corazón—. Perdón por haberte cerrado la puerta, te juro que no es mi forma de coquetear, solo... habían pasado cosas en mi vida y luego tú llegas y dices que te gusto y yo estaba procesando todo y me puse en modo automático, no me esperaba que dijeras eso tan... tan... ¡tan de repente! —Muevo las manos, explicando todo lo que sentí—. ¿Sabes? cuando veía que los adultos tenían problemas por falta de comunicación solo decía «qué tontos, no es la gran cosa», pero creo que es más complejo de lo que pensaba.

Me río porque el yo de hace un par de meses me estaría reprochando en la cara que nos convertimos justo en lo que solíamos juzgar en los programas de televisión y en lo que solíamos notar en nuestros propios familiares. Hablar suena tan sencillo, pero cuesta un montón.

Edward asiente de acuerdo con lo que digo y aprovecho que he liberado la tensión de mi cuerpo para juntar el valor necesario para ser honesto conmigo y con mis sentimientos.

—Perdón —repito—. Hice y dije cosas que no quería, y también fui un idiota porque no quería cerrarte, quería decirte que me siento de la misma forma.

Me callo y paso saliva por mi garganta. Bajo la mirada a mis dedos y, con el poco valor que he podido reunir, le suelto lo que siento:

—También me gustas y tampoco quiero que esto termine.

Termino la oración y mi rostro no tarda en arder. Las mariposas que hace días habían quedado encerradas en lo más profundo de mi ser comienzan a aparecer, revoloteando por todos lados. Los tan famosos nervios también hacen acto de presencia y el Andy en mi

cabeza acaba de morir y revivir un par de veces porque no puede creerse que, al fin, después de tanto tiempo, le ha dicho a Edward lo que siente por él.

No me atrevo a alzar la vista, porque eso significaría que vería su rostro, y no estoy seguro de querer hacerlo. Ya estoy muy avergonzado como para avergonzarme más, sin embargo, pienso que si ya he sido lo suficientemente valiente para decirle lo que siento, también puedo serlo enfrentándome a la situación. Lo veo de reojo y al ver su reacción llevo el dorso de mi mano a mi boca para poder reír a gusto sin despertar a nadie.

Edward tiene la boca abierta y los ojos de igual forma, su rostro me recuerda a esos personajes animados con expresiones exageradas, donde la mandíbula está hasta el suelo y los ojos fuera de su sitio. Así está él en este preciso momento. E incluso así se ve lindo.

—¿Te gusto? —pregunta, incrédulo. Murmuro un sí, pero él sigue manteniendo la expresión de sorpresa en su cara—. ¿En serio? ¿O en verdad estoy tan borracho que ya comencé a inventar las cosas? —cuestiona para sí mismo. Continúo riendo hasta que él enseria su rostro—. Dime un número del uno al diez.

Pide y enarco las cejas, no comprendo qué tiene que ver eso con la confesión que tanto me costó decir.

—¿Tres?

Él alza tres de sus dedos.

—¿Lo hice bien? —cuestiona, y capto a la perfección lo que está haciendo. Edward está tratando de cerciorarse de que no está ebrio. Dios, ¿cómo es que puede ser tan tonto y lindo al mismo tiempo? Y peor aún, ¿cómo es que me gusta este tonto?

Podría molestarlo y decirle que ha alzado cuatro dedos, no obstante, prefiero no bromear con eso. Al menos no hoy, porque es más que obvio que voy a hacerlo en los próximos días.

—Edward —me río al pronunciar su nombre—, ¿te he dicho que me gustas y lo primero que piensas es que estás borracho? ¿No me crees?

—Necesitaba estar seguro. Yo...

—Me gustas —digo para que no tenga dudas de lo que siento—. Y me gustas mucho.

Las comisuras de sus labios se elevan formando una linda sonrisa y, pese a la poca iluminación, aún puedo ver el rojo en sus mejillas. Mi corazón late con tanta prisa que estoy pensando seriamente en comprarme otro. Late como ningún otro día, ni siquiera como cuando nos besamos por primera vez, y no necesito explicar por qué, la razón es obvia y se resume en dos letras: él.

Él hace que mi corazón corra a mil por hora y que la calidez en el pecho que tanto quise desaparecer al fin se sienta bien. La sensación

de que mis sentimientos sean correspondidos me grita a la cara que no estaba tan equivocado al haber decidido salir de mis muros y mi corazón me abofetea mientras me echa en cara que siempre tuvo la razón, a mi cabeza no le queda de otra más que sumarse a ellos.

Edward intenta levantarse de su lugar, pero lo detengo. Sé lo que va a hacer, y no lo quiero cerca de mí, no aún. Primero tengo que saber lo que pasa con Ben, si dejo que se acerque a mí mandaré a la mierda todo, y necesito tener la mente fría, no caliente. Bueno, no ese tipo de caliente.

—Alto ahí vaquero. Quédate ahí. —Alzo mis manos y él se queda estático, no entiende por qué lo quiero alejado—. Sí, me gustas, pero...

Su sonrisa se desvanece.

—¿Pero?

—Aún quiero aclarar las cosas —me apresuro a decir para que no saque conclusiones apresuradas—. Quiero que iniciemos bien.

Iniciar bien, sin mentiras, sin secretos, sin nada que pueda hacer que nos dañemos mutuamente. Como ha dicho Jean, saldré lastimado, pero al menos quiero que tengamos lo necesario para enfrentar las heridas juntos. Si iniciamos con el pie izquierdo lo más seguro es que tengamos una horrible caída. Ambos nos merecemos tener un buen inicio.

—Yo también quiero hacer las cosas bien —concuerda conmigo y vuelve a hipar—. Te contaré todo. Lo que sea, todo. —Veo la decisión en su mirada y eso calienta aún más a mi corazón.

Su disposición me hace sentir seguro, sobre todo porque han sido días llenos de dudas que han intentado matarme. Lo único que quería era la seguridad de saber que yo iba a estar bien y lo nuestro también. Decido acercarme a él y me digo a mí mismo que está bien que lo haga porque me mantendré firme y no dejaré que las emociones del momento intervengan con lo que quiero saber. Me siento a su lado, con nuestras rodillas rozando. Solo ese movimiento bastó para hacer que una corriente eléctrica me recorra el cuerpo. Extrañaba tenerlo así. Extrañaba lo que sea que teníamos.

Pellizco mi mano en tanto comienzo a pensar qué es lo que quiero saber de él. Quiero conocer la verdad de los rumores, su relación con Diego y Ben, también la que tiene con sus padres y por qué se pone tan tenso cuando habla de ellos. Dios, son tantas cosas que no sé ni por dónde empezar. Si bien él ya me había hablado sobre lo que sintió esos días de acoso, nunca hablamos de lo que pasó. Creo que eso es lo más importante, no quiero seguir inventando escenarios en mi cabeza mientras dudo de todo lo que haga o diga porque no sé la verdad.

—¿Qué es lo que pasó entre tú, Ben y Diego?

Suelto por fin. Él frunce los labios y rasca su barbilla, no como si le molestara hablar de ello, sino como si no supiera cómo hacerlo. Me

gustaría decir que lo entiendo, pero la verdad es que no, y es por eso que quiero saber la verdad, quiero poder entenderlo.

—Tal vez no me veas de la misma forma en la que me veías —susurra y eso me duele. Quizás tenga razón o quizás no, pero no podré avanzar si no me cuenta lo que sucedió.

—Lo que hiciste en el pasado no cambiará mi forma de verte en el presente —lo animo—. Y si sí, bueno, no creo que sea peor que la imagen que ya tengo de ti —me burlo para que se ría y el intento de sonrisa me dice que casi lo logro.

Si soy sincero, ni yo sé si lo que me cuente va a cambiar la perspectiva que tengo de él; no obstante, Edward me ha demostrado desde el día uno que si bien no es el chico perfecto que solía creer, es una persona que enmienda sus errores.

No parece convencido por mis palabras, pero incluso así aclara su voz. Lame sus labios y comienza.

—Sí golpeé a Ben —confiesa, tenso, sorprendiéndome sobremanera —. Pero no por la razón por la que crees ni tampoco por la que los demás dicen, no lo mande al hospital ni nada eso.

Suelta una risa nasal sin gracia.

De acuerdo, sí creí que él no había sido capaz de golpear a Ben, no negaré eso, creía que alguien lo había inventado, pero al parecer me equivoqué. No es reconfortante saber que no «lo golpeó como los demás dicen», el solo hecho de que lo haya golpeado me pone los pelos de punta. Convenzo a las advertencias de mi cabeza para que se callen y me dejen escuchar su explicación, después de todo, todo lo que le pasó a Edward fue precisamente por eso: porque nadie quiso escucharlo.

—¿Eso quiere decir que no le pagaste la rinoplastia? Uh, me hacía ilusión que me rompieras la nariz para tener una rino gratis —juego para alivianar la tensión de la habitación y Edward pone los ojos en blanco, no obstante, esta vez sí sonríe.

—Lamento romper tu burbuja, pero no le pagué la rinoplastia. Y no necesitas una, tu nariz es linda.

—Exclamó el de la nariz envidiable —recrimino—, la mía tiene un arco, no me gusta. ¿Crees que si me golpeas ahora tal vez podrí...? —guardo silencio al notar que estoy cambiando de tema. *Uh, Andy, concéntrate, idiota*—. Ese no es el punto, perdona, continúa.

Se ríe y me alegra saber que la tensión que tenía ya se ha ido, o al menos un poco. Se remueve de su lugar y cruza las manos sobre su estómago. Él es quien va a contarme lo que desencadenó todo un año de acoso y sin embargo soy yo el que se siente nervioso.

—Los tres éramos amigos, aunque Ben es un año mayor que nosotros. Diego y yo presentamos el examen de admisión en el mismo salón, le presté un bolígrafo y desde ahí nos hicimos amigos, él y Ben

eran mejores amigos, así que eventualmente se hizo mi amigo también —menciona, lo que, aunque no sabía, ya esperaba—, pero luego de un año ellos comenzaron a salir, como novios. —Abro los ojos de par en par.

¿Eran pareja? ¿En serio? Jamás pasó por mi cabeza que ellos podrían tener algo, llegué a pensar que Ben y Edward pudieron ser algo, pero nunca que Diego y Ben. En verdad que debo tener el cerebro demasiado pequeño para no haber supuesto algo como eso. Asiento y él toma eso como una señal para continuar.

—Jamás me importó que salieran, pero me sentía un poco excluido, ya sabes, el típico grupo de tres en el que uno sobra... así que me aparté un poco de ellos, creo que pensaban que me incomodaba su relación porque ellos suponían que yo era el heterosexual que no soportaba ver a dos chicos salir, aunque era todo lo contrario, pero tampoco me armaba de valor para decirlo. Apartarme de ellos me daba tiempo para estar metido en mi cabeza. Yo estaba en esa etapa donde quería saber qué es lo que me gustaba, siempre me había sentido atraído a los chicos, pero creía que tal vez solo estaba confundido —suspira—. Salía con chicos de vez en cuando, y en una de esas salidas, Ben me vio.

»Recuerdo muy bien lo que pasó ese día. Me sentí... expuesto, no lo sé, me avergonzaba de mí y no tenía idea de lo que me pasaba, además las cosas en casa solo hacían que todo fuera peor. Y él fue... algo a lo que me aferré. —Traga saliva y el corazón se me encoge—. Estábamos en su habitación cuando me dijo que me entendía porque también pasó por algo similar y que no debía tener miedo, mucho menos vergüenza, porque los tenía a los dos. Le dije que no estaba seguro de saber si me gustaban los chicos, y entonces me besó, y me gustó.

»No sentía nada romántico, pero me gustaba la atención que me daba y me gustaba que hubiera alguien con el que pudiera hacer ese tipo de cosas. Luego pasamos a más y, bueno, salíamos a espaldas de Diego. —Hace una mueca mientras yo trato de aparentar que lo que dice no me enfada—. Había momentos en los que Ben cancelaba citas con él para estar conmigo o en que Diego quería salir conmigo pero yo me negaba para estar con Ben, inventábamos excusas para vernos, ambos le mentíamos a Diego. Pero llegó un momento en el que me dije que eso estaba mal, muy mal. Diego no se merecía lo que le hacíamos, y aunque ya era muy tarde para darme cuenta, traté de frenar todo. No quería lastimar a Diego, era mi amigo. Un amigo no te hace daño, y yo se lo estaba haciendo. Los dos se lo estábamos haciendo.

»Así que terminé con lo que sea que estábamos teniendo, pero a Ben no le pareció. Estábamos en el pasillo, él estaba sacando las cosas

de su casillero y tiró todo al suelo. Dijo que, si lo hacía, le diría a Diego que fui yo el que trató de coquetear. Intentó besarme y le grité que me daba asco y lo golpeé, aunque, más que golpearlo, solo lo empujé, pero chocó contra el casillero y cayó al suelo. Justo en ese momento olvidé en donde estábamos. Las personas lo presenciaron y, ya sabes, gritar «qué asco» y empujar a un chico que sale con otro chico parece como un acto homofóbico. Llamaron a los maestros y no tardamos en ir a dirección. Todo eso no tardó en llegar a Diego, pero con la versión equivocada.

Se queda callado unos segundos y lo veo apretar los ojos con fuerza mientras muerde su labio entre una mezcla de rabia y vergüenza. A este punto no sé qué pensar, mi mente está en blanco y mi pulso está a todo lo que da. Ya no quiero seguir escuchándolo, ya no. Él vuelve a abrir los ojos y, a pesar de que su expresión me diga que él tampoco quiere seguir, continúa.

—Para mi suerte, en el casillero de al lado había una chica que escuchó y vio todo y que le dijo la verdad al director, creía que me había librado de eso. Pero después llamaron a nuestros padres, y mi papá llegó... se enteró de todo, de lo que pasó con Ben y de lo que los alumnos decían que pasó. Jamás he esperado nada de él, sin embargo, creía que estaría de mi lado. Hice mal en pensar eso.

»Le pagó al director para que la versión de los alumnos se mantuviera, también le pagó a la chica para que no dijera nada, y a Ben, por supuesto. No pude hacer nada, jamás le he llevado la contraria, así que no me quedó de otra más que ver cómo todo el mundo creía que yo había sido el mayor hijo de puta de la vida. Creía que prefería mil veces que los demás se enteraran de que su hijo era homofóbico a que creyeran que su hijo era gay, pero después entendí que a él no le importaba eso, solo quería hundirme por haber metido la pata, porque era su manera de hacerme «pagar las consecuencias» de mis propios actos y porque también era la forma en la que se desquitaba conmigo.

»Cuando Diego se enteró de que le pegué a Ben y de que yo era un «homofóbico», dijo que entendía por qué me había alejado de ambos y que entendía por qué no me gustaba pasar tiempo con él como antes, creía que en verdad lo odiaba, y no lo negué porque no quería decirle que Ben y yo salíamos. Él estaba furioso, demasiado furioso. Me golpeó y no lo detuve porque sentí que era la única manera de disculparme con él. Una vez que Ben terminó con él porque se cambió de escuela, me echó toda la culpa y se empeñó en hacerme la vida imposible... Y bueno, lo que pasó en ese año ya lo sabes. Esa es la verdad.

Termina de contarme lo que sucedió, y si antes no sabía qué pensar, ahora menos. Aunque trato de ponerme en su lugar, no puedo.

No sería capaz de hacerle eso a Jean o a Oliver por más solo que me sienta, pero él sí lo hizo. Edward sí lo hizo. ¿Y si me hace lo mismo también? ¿Y si estuvo con Ben ayer para volver a lo que sea que había entre ambos? No quiero sentirme inseguro, no quiero, pero me cuesta confiar en él, me cuesta poder creerle. Toda la información que me ha soltado cae de golpe sobre mí y no tengo ni idea de cómo reaccionar ante eso.

—¿Por qué no le dijiste la verdad a Diego? —Es lo único que puedo decir de todo. Muevo mi pierna, nervioso.

—En ese momento prefería que pensara eso a que se enterara de que estaba saliendo con Ben. Pero después me dije que ocultarlo no iba a enmendar nada, así que sí traté de decirle, pero no quiso oírme. Y lo entiendo, todo este tiempo he tratado de entenderlo, de alguna u otra manera sentía que soportando sus humillaciones estaba reparando el daño, creía que me lo merecía, y lo sigo creyendo. —Baja la cabeza, como si le diera vergüenza decirme todo eso.

El silencio se abre paso entre nosotros y las inseguridades en mi cabeza comienzan a crecer de tal forma que estoy comenzando a dudar de él. Ambos pasamos por diferentes cosas y afrontamos los problemas de manera distinta, mientras yo retenía todo, él se aferraba a alguien. Y aunque es obvio que lo que hizo no está bien, quiero creer que las cosas han cambiado, tal como pasó conmigo. En serio que quiero creer eso.

Edward alza la cabeza y, aunque la habitación está en penumbra, siento que su mirada es tan intensa que puede iluminar el cuarto por completo si se lo propusiese.

—Sé que hice algo mal y sé que nada lo justifica —farfulla—; sí, estaba confundido y me aferré a alguien de la forma equivocada, pero Diego era mi amigo y debí pensar en él. —Aprieta los labios—. No soy la misma persona que hace dos años, ni la de hace un año. Trato de no cagarla y sobrepienso las cosas antes de actuar porque no quiero volver a sentir que le he fallado a alguien. A veces solo quiero decir lo que me gustaría decir, hacer lo que me gustaría hacer, quisiera gritarle a las personas que creen que por su estatus pueden hacer lo que quieran, quisiera gritarle a los que se reían de mí, a mi padre y a todo el mundo por hacerme pensar que debo pedir perdón por cada cosa que haga, hasta me gustaría gritarme a mí por ser un imbécil y no saber asimilar que cagarla es parte de nosotros, pero al final, siempre me termino quedando callado. No soy perfecto y tampoco quiero serlo, solo quiero cometer errores como cualquier otra persona y quiero aprender de ellos.

Alza la voz y siento la desesperación en su tono, como la que yo sentí al ser honesto conmigo y sacar todo lo que había estado guardando; y, por primera vez en la madrugada, soy capaz de

entenderlo.

—Sin miedo a salir herido —me atrevo a agregar—. Te entiendo.

No lo justifico ni tampoco lo juzgo, él ya lo ha hecho, sin embargo, comprendo que solo quiera vivir sin ataduras, sin aparentar que todo está bien y sin fingir ser alguien que no es. Sin creer que debe verificar cada paso que da porque está tan asustado de que lo juzguen de nuevo. Y es que cometer errores está mal si lastimas a alguien, y aún más si te lastimas a ti mismo, pero está bien ser consciente de esos errores y corregirlos.

Echo la cabeza hacia atrás y suelto un suspiro. Siento que tengo muchas cosas que decir, pero nada sale de mí; e incluso si tuviera las palabras correctas, sigo creyendo que debo aclarar todo para después ya decir algo.

—Así que... ¿Tomaste distancia con ambos o todavía te juntas con Ben?

Sé la respuesta porque lo he visto con Ben en las historias de Jean, pero quiero que él me lo diga, quiero que sea honesto y me dé una explicación.

—No, me alejé de él y él de mí —asegura, y algo se remueve en mi interior al recordar que estuvo junto a él—. Pero ayer, en la fiesta, me lo topé —menciona, honesto—. Se disculpó por lo que pasó y le dije que no era conmigo con quien debía disculparse y que solo aceptaría sus disculpas si le dice la verdad a Diego. No sé si va a hacerlo, pero ya no importa, solo quiero pasar de página.

—¿Entonces no hay nada? —Mi lado celoso sale a la luz, controlando a mi boca. Edward parece notarlo, porque sonríe—. Es decir, no es que me importe, pero...

—No, no hay nada —interrumpe y, esta vez, intento creerle.

—No sé qué decirte, todo esto... —me callo y paso las manos por mi rostro, exasperado—. ¡Dios!, es demasiada información... No voy a juzgarte, creo que tú sabes más que nadie que no estuvo bien, pero no fuiste el único que metió la pata, no fue solo tu culpa. Ben también la tuvo, y no es justo que tú fueras el único que tuviera que cargar con todo cuando él también tenía que hacerlo. Si fuera tú, hablaría con Diego. Es injusto que solo seas tú el malo de la historia. Y bueno... en verdad no sé qué más decir.

Andy, el que habla por los codos y hasta por el culo si fuera posible, se ha quedado sin palabras. No es la primera vez que me sucede estando con él, pero la situación es diferente. Ahora debería decirle algo más... no lo sé, más ¿motivador?, no obstante, todavía estoy asimilando todo y estoy luchando con las ganas que tengo de abrazarlo. Aún no puedo.

—Gracias por escucharme —se sincera y, acto seguido, juega con sus dedos—. Entenderé si quieres que tomemos distancia.

El corazón se me detiene.

—No quiero eso —respondo como si fuera flash. La urgencia en mi voz es más que notable, así que carraspeo—. Lo que hiciste en el pasado sí cambia mi forma de verte, antes creía que eras perfecto, pero viéndote a ti y viéndome a mí creo que eso no existe. Solo veo a un chico asustado que necesitaba poder serlo.

Mis palabras lo hacen sonreír, después de todo, él no quiere ser visto como «alguien perfecto», y ahora comprendo por qué no le gustaba que le dijera eso. Hago memoria de lo que ha dicho y, aunque mi corazón dice que ya es suficiente por hoy, lo ignoro. Aún no, tengo más preguntas y no estaré tranquilo hasta saberlo todo.

—Tu papá —menciono, haciendo que él se ponga tenso—, ¿por qué es así contigo? —Hago referencia al hecho de que fue su padre el que le dio la espalda cuando lo necesitaba y el que hizo que su año fuera una mierda. El señor debe estar mal de la cabeza para pensar que su hijo merecía todo eso. Entonces, el recuerdo de aquella noche en la que Edward llegó a mi casa me sacude y todo parece hacer clic en mi cabeza—. El día que llegaste golpeado a mi casa... ¿fue él?

Desvía la mirada hacia otro lado, y eso me basta para saber que sí fue su padre. Aprieto los puños de la impotencia.

—Me odia, siempre ha sido así —musita, dolido—. Mi papá y yo no tenemos una buena relación, porque en realidad no soy su hijo —confiesa, lo cual me hace dar un grito ahogado de la sorpresa. Es por eso que no se parecen en nada—. Mi mamá le fue infiel y el karma es horrible porque tengo la maldita cara de mi padre biológico según él. —Aprieta la mandíbula—. Ese día fingí haber estado en la escuela porque, según yo, ellos no sabían que había sido suspendido, sin embargo, después de que llegara a casa y él me preguntara donde había estado, le mentí y eso lo enfadó aún más. Ya sabía la verdad.

»Recuerdo ese día a la perfección porque estuve manejando hasta que llegué al mismo lago donde tuvimos la cita, por cierto, ahí se perdió mi celular. —Se ríe—. También lo recuerdo porque fue el día en el que me atreví a levantarle la voz y el primero en el que él me alzó la mano. No salió muy bien, pero tampoco me arrepiento, porque fue la primera vez que fui yo. Toda la vida he tratado de no causarle problemas, desde siempre, creía que si era lo que él quería que fuera tal vez podría llegar a aceptarme, pero nunca ha funcionado. No importa nada de lo que haga, jamás seré su hijo.

Me gustaría poder decirle que no necesita serlo, que no necesita la aprobación de un imbécil como su padre, pero al igual que él, sé que, en el fondo, queremos eso. Queremos sentirnos aceptados y queremos sentirnos queridos. Lamentablemente, por la persona equivocada.

—¿Y tú mamá? —pregunto con cautela. Gira a verme.

—No se mete en eso —menciona, cansado—, discuten todo el rato

por lo que pasó y es peor cuando él toma de más, todo lo que no le dice sobrio se lo dice ebrio, y más a mí, como si tuviese la puta culpa —bufa—. Siempre pensé que lo mejor para ellos debería ser el divorcio, pero no sé por qué se aferran tanto a algo que nunca ha funcionado, supongo que el dinero les importa más que su propia felicidad —murmura más para él que para mí—. Mi mamá no es mala, sé que me quiere, pero creo que no lo suficiente como para terminar con él, jamás la he entendido —espeta y se calla unos segundos—. Fui al psicólogo por eso y por el acoso, pero dejé de ir porque me cansé de que al llegar a casa todo estuviera de la misma manera. No era el único que debía ir.

A pesar de todo lo que ha dicho, se mantiene estable, si yo fuera él ya estaría llorando. No sé si está siendo fuerte o si está tan herido que ya ni siquiera le duele decir eso. Lo único que sé es que ambos necesitamos ayuda.

—Deberías ir al psicólogo de nuevo —sugiero, y agrego—; yo también iré, nos ayudará mucho —declaro, aunque había sido algo que no quería, creo que sí lo necesito. Que ambos lo necesitamos. Edward me lanza una mirada llena de preocupación. Sonrío—. Larga historia que ya está siendo solucionada, te contaré más tarde, creo que ambos ya tenemos más que suficiente por hoy. —No lo digo en un intento por evitar el tema, claro que voy a decirle, no ahora, además, estoy bien, ya voy a trabajar en ello—. Con respecto a tu papá...

Hago una mueca. Su padre es un idiota abusador. Necesita salir de ahí lo más pronto posible.

—No creo poder solucionar lo que sea que tenga con él, hay cosas que no se solucionan. Solo esperaré a la graduación y me iré lejos de aquí. Supongo que a él también debe parecerle bien la idea. Es su sueño —ironiza tras rodar los ojos—. Pero ya no quiero hablar de eso, al menos ahora.

Asiento, porque sí que ha sido demasiado.

—Gracias por contármelo. —Tomo sus manos con las mías, entrelazando nuestros dedos. Él sonríe.

—Gracias por confiar en mí. —Aprieta el agarre y luego relaja su expresión, como si se hubiera acordado de algo—. Aún hay algo que debes saber. —Alzo una ceja, curioso—. Fue un año difícil, pero entre toda la mierda había un chico que me saludó porque estaba tan perdido en su cabeza que no se había enterado de nada.

Frunzo el ceño. ¿Por qué me habla de un chico ahora?

—¿Quién? —demando.

—Tú, tonto.

Se ríe y yo pestañeo. ¿Yo? ¿Cuándo?

—¿En serio?

Asiente.

—Me saludaste y en serio fue como ver la luz en oscuridad, todos me trataban horrible, otros solo me ignoraban, pero tú me saludaste, como siempre, siendo el último en enterarte. —Pellizco su mano por haber dicho eso. Se queja, pero también ríe—. Cuando me saludaste, pensé «parece un buen chico», y luego de conocerte puedo decir que no me equivoqué. El punto es que tenía mucho tiempo libre, así que no sé, veía a todo el mundo, era divertido, era como un juego, tipo «tal persona hará el mismo chiste que viene diciendo desde que inició el ciclo», o «tal persona va específicamente en esta clase al baño», un juego ridículo, pero me entretenía tratando de adivinar lo que harían con cosas que ya había notado.

»Lo mismo era contigo, pensaba «va a venir tarde», o «va a hacer mucho escándalo cuando comportamos clases con la chica de ojos azules». No puedes culparme, en serio eras muy escandaloso, hasta los del otro grado podrían oírte gritar y chillar. Hacía eso con todos, puedes sorprenderte de lo que puedes suponer con solo ver.

Inflo las mejillas, molesto y avergonzado. Sé que yo era obvio, pero no tiene por qué decírmelo. Edward suelta una carcajada que no tarda en ser callada cuando aviento la almohada en su rostro. Al tonto se le olvidó que es de madrugada y que mi papá está en el otro cuarto. Él en serio no le teme a la muerte. Vuelve a reírse, pero baja la voz.

—No negaré que sentía envidia de todos —admite—. Tenían amigos, una vida, uh, contigo aún más. —Rasca su cuello. Eso me deja desconcertado. ¿Sentía envidia de mí?—. Siempre te veías despreocupado y tus amigos eran geniales, pero luego pensé, «quiero ser su amigo». —Su rostro comienza a ponerse rojo—. En serio que jamás esperé que te declararas, por un momento creí que pudo haber sido real, pero después supe que no, y cuando te pedí el favor sí lo hice por lo que te dije, pero en cierta parte también quería pasar tiempo contigo. Y me alegra que hayas aceptado.

Esboza una sonrisa que me hace sonreír también.

—Creo que me has motivado a hacer cosas que nunca creí que pude haber hecho, ya sabes, tomar la mano de un chico frente a todos, abrirme con las personas, hacer amigos, formar parte del periódico escolar, escribir más de lo que solía hacer, salir de mi zona de confort... —se detiene y, sin soltar mis manos, continúa—: Tú me haces ser valiente.

—No, no fui yo —niego—, fuiste tú mismo. Ya eras valiente desde antes, solo que estabas tan asustado que no podías verlo. Y yo también.

La mirada que intercambiamos es indescriptible, de esas en las que las palabras sobran, de esas que habías estado esperando por mucho tiempo.

—Entonces, chico valiente... ¿iniciamos de nuevo? —inquiere con

un tono juguetón que hace que mi sonrisa se ensanche. Asiento, a lo que él carraspea—. Soy Edward Rumsfeld y me gustas mucho. ¿Y tú?

—Soy Andy O'Connell y tú eres un idiota.

—Un idiota que te gusta mucho.

—Un idiota muy engreído.

Añado y él no lo niega porque sabe que tengo la razón.

—Una vez te dije que si rompíamos iba a ser convincente para que regresáramos, pero ya no caerás con los boletos de The Neighbourhood —bromea y quiero matarlo por hacerme recordar eso —. ¿Cómo puedo hacerlo?

—Demuéstralo —digo—. Los dos debemos hacerlo, y creo que antes de ser algo quiero conocerte más, no como novios falsos, como dos chicos que se gustan. Y también creo que deberíamos sanar antes, deberíamos empezar con eso.

Me gusta Edward, pero eso no significa que iré de forma apresurada y sin pensar las cosas, quiero disfrutar del camino y quiero que podamos construir algo sano, algo fuerte que pueda con cualquier obstáculo. Además, ambos tenemos nuestras propias heridas, y si no hacemos nada con ellas podemos lastimarnos a nosotros mismos e incluso al otro.

—Sí, ir lento.

Edward mueve su cabeza, de acuerdo conmigo, acto seguido, suelta una de mis manos para llevar la suya a mi rostro. Acaricia mi mejilla con delicadeza, lo que ocasiona que me ponga nervioso en automático, y mi sonrisa se borra por su acción. Como si eso no bastara, baja su mano hacia mis labios. La respiración se me corta y la incipiente sensación de necesidad comienza a aparecer. Sí, soy valiente, pero también soy débil, no lo niego.

Él pasa su pulgar por mi labio inferior e, inconscientemente, bajo la mirada hacia los suyos. Edward se percata de ello porque sonríe.

—¿Puedo besarte? —pregunta.

—¿Qué parte de «tenemos que conocernos antes» no entiendes?

—¿Puedo conocer tu boca?

Blanqueo los ojos y sonrío.

—Tonto.

Me atrevo a tomar su mentón y mis labios rozan los suyos por unos segundos hasta que él decide romper el espacio en un beso dulce, en uno que dice «este es el inicio».

Y es ahí, en medio de la oscuridad, en donde me doy cuenta de que tal vez estar roto no es tan malo, porque, aunque las piezas están tan destrozadas que ya no pueden ensamblarse, eso significa que puedes buscar nuevas piezas para empezar.

27: Merecerse, parte I

Siento un cosquilleo por todo el cuerpo en tanto Edward mueve sus labios de forma demandante contra los míos, de una u otra manera él siempre termina teniendo el control de la situación.

Y no me quejo, creo que me gusta.

Vale, no puedo decir «creo» cuando estoy a nada de dejar la tierra e ir al plano astral con solo probar sus labios. Y tal vez no hay mejor forma de describir lo que los besos de Edward me hacen sentir que eso; se siente como si tu alma se separara de tu cuerpo, como si todo desapareciera de tu vista, como si un solo movimiento bastara para dejarlo y tenerlo todo al mismo tiempo: dejas tu vida, pero lo tienes a él, y ahí lo tienes todo.

El suave regusto a alcohol se mezcla con el ligero olor a su colonia entre mis sentidos, bloqueándolos aún más. Ambos estamos sobre la cama, yo sentado a horcajadas sobre él con mis manos en sus hombros, sujetándolo con fuerza, mientras que Edward está casi acostado, recargándose en sus antebrazos. No sé por qué siento que esta posición es nuestra. Mi corazón bombea a todo lo que da y solo puedo pensar en lo mucho que necesitaba tenerlo de esta manera. No sé cuánto tiempo hemos estado en esta posición, pero tampoco es como que si me importase.

Los dos (sobre todo el tonto de Edward) nos tomamos demasiado en serio el «conocer nuestras bocas», aunque, al besarlo de esta manera, siento que no se están conociendo, mejor dicho, ya se conocían y solo están reforzando lo que ya sabían.

Me gusta esta sensación.

Él baja su espalda con lentitud hasta que da con el colchón, acostándose por completo. No entiendo por qué el cambio repentino de posición; sin embargo, creo entenderlo cuando sus manos se colocan sobre mis muslos y hunde sus dedos, presionándolos. No podía tocarme antes porque se estaba apoyando en sus antebrazos. Una corriente eléctrica me recorre de pies a cabeza y un estallido de emociones va directo a mi estómago, quemándome.

Arde, su agarre arde y lo que siento también lo hace.

Como si ya no pudiera más, se separa de mí y de mala gana también lo hago. Quería seguir besándolo. Abro los ojos, frunciendo el ceño y toda indignación se va cuando lo observo delante de mí, ojos llorosos, mejillas teñidas de carmesí y labios rojos. Paso saliva por mi garganta, qué lindo es. Aparto la mirada hacia el costado sintiendo

que mi rostro arde todavía más. Podrán pasar meses e incluso años y jamás podré acostumbrarme a tenerlo de esta manera ni a ponerme de esta forma.

El sonido de nuestras respiraciones es lo único audible en la habitación, y eso me trae fuertes recuerdos. Ahora estamos de la misma manera en la que estábamos cuando nos besamos el día que vino a cenar con mi familia: mismas expresiones, misma habitación, mismo ambiente. La única diferencia es que ahora los dos somos honestos con lo que sentimos y con la evidente atracción que hay.

Edward toma mi barbilla con su mano, girando mi cabeza para que pueda verme a la cara de nuevo. Me ve directo a los ojos y sonríe mostrando sus dientes, lo cual termina de cavar mi tumba. Cada vez que esboza una sonrisa mi corazón se acelera, cada vez que me mira de esa forma mis emociones se alteran, cada vez que me toca mi cuerpo arde, cada vez que estoy a su lado mi mente solo dice: «Edward, Edward, Edward, Edward...».

Y es hasta este momento cuando soy capaz de ver lo jodido que estoy por él.

Solo nos miramos fijamente, como si no necesitáramos palabras para expresar lo que ambos estamos sintiendo en este preciso momento. Una de sus manos se mantiene en mi muslo, pero la que está en mi barbilla pasa a mi mejilla y la acaricia de tal forma que me estremezco. Trago saliva con lentitud, tratando de no morir solo con esa simple acción.

Edward, como siempre, se percata de ello, solo que esta vez no se burla de mí ni me da una de sus típicas sonrisas egocéntricas, él parece igual de afectado que yo, porque susurra con la voz ronca:

—*Je suis fou de toi.*

El corazón me da un vuelco.

La voz de Edward siempre me ha puesto a temblar en todos los sentidos y ahora mismo me ha puesto peor. Él es el combustible que hacía falta para que mi cuerpo terminara por consumirse en las llamas y, a decir verdad, prefiero mil veces la sensación de *arder* que la de *ahogarme*. No tengo ni la menor idea de lo que sus palabras significan, pero si hubiésemos estado parados mis piernas habrían flaqueado. Su acento. Dios, su puto acento.

—¿Qué dijiste? —inquiero, a duras penas.

Su sonrisa crece aún más.

—Estoy loco por ti.

Sonrío al instante y a este punto me pregunto cómo es que todavía sigo vivo. No sabía que me gustaba la intensidad, sin embargo, creo que me gusta que me correspondan de la misma forma que yo lo hago, también soy un intenso, no lo demuestro tanto, pero apuesto a que si Edward pudiera leer mis pensamientos sabría que también me vuelve

loco en un buen sentido, hace que sienta cosas que nunca creí que iba a sentir y que haga y diga cosas que para mí eran muy empalagosas.

—Me gusta cuando hablas francés —me sincero, sin quitar mi estúpida sonrisa. Mi declaración parece gustarle porque su respuesta es:

—*Embrasse-moi*.

Si mi cuerpo fuera hielo, para este momento ya estaría completamente derretido, en serio que me gusta cuando me dice ese tipo de frases. Como a mí me encanta arruinar los momentos románticos que tenemos, digo:

—Suena a que te embarace.

Él se ríe.

—*Embrasse-moi* —repite, mirando mis labios.

—¿*Baise-moi*? —trato de pronunciar lo que él ha dicho.

A Edward se le borra la sonrisa y lleva la mano que estaba en mi mejilla a su boca para contener la carcajada que seguramente quería soltar.

—¡No, no dije eso! —Niega con su cabeza—. Dios.

Su rostro se torna más rojo de lo que estaba y eso me pone en alerta. ¿Qué dije?

—¿Qué has dicho? —le pregunto.

—Bésame.

—¿Y qué dije yo?

Se queda en silencio, y eso es suficiente para que me sienta impaciente. No pudo haber sido algo muy malo. Sé que mi pronunciación no es la mejor del mundo, pero tampoco es para tanto.

—¿Qué dije, Edward? —vuelvo a cuestionar, demandante.

Él habla entre dientes y muy bajo, como no soy capaz de entenderlo, le pido que sea más directo, y la verdad es que me arrepiento al segundo de oír su respuesta.

—Fóllame.

Ah.

AH.

AAAH.

Ahora el que se pone rojo soy yo. Le he dicho que tenemos que ir lento y mi mala pronunciación ha hecho que vaya de «pasito a pasito» a «corriendo y en un maratón, casi volando». No quería decirle eso, es decir, sí, tal vez, en algún momento o... ¡Agh, no! ¡¿En qué estoy pensando?! No, no quiero... eso. O no aún. Es demasiado pronto. *Muuuy* pronto.

Nunca me había sentido tan avergonzado como ahora.

—No quise decir eso, tampoco es como que si supiera qué significaba, e incluso si lo supiera no lo hubiera dicho —me justifico. Él solo me ve sin decir nada y, por alguna razón, meto la pata—,

bueno, no es que no quiera, sí quiero, o sea, no ahora, pero tal vez después... Bueno, si tú quieres y, o sea, sería en un futuro muy lejano, muuuuy lejano, y... y... y... —me pongo más nervioso al observar la sonrisa divertida que tiene en su rostro. Blanqueo los ojos—. Agh, ¡es tu culpa! No hables en francés que no te entiendo, tonto.

Y, entonces, vuelve a besarme.

Una, dos, tres, cuatro... y pierdo la cuenta. Mi mente se nubla y solo me concentro en la desesperación con la que me besa, en su aroma y en su sabor, en lo bien que se siente que me tome por los muslos y en la urgente necesidad que tengo de sentirlo aún más, sí, incluso más de lo que ya lo siento. Quiero más.

—Me gustas, me gustas, me gustas.

Murmura contra mis labios, y me agarro más fuerte de sus hombros. En serio que me trae muy mal.

Sus manos ascienden hasta llegar a mi cintura y afianza su agarre. Suelto un pequeño gemido que se acalla por los labios de Edward y tanto él como yo nos quedamos pasmados. Yo porque no sabía que eso podía salir de mi boca y él porque, bueno, no tengo ni la más mínima idea, lo único que sé es que me siento demasiado avergonzado como para averiguarlo. Edward me besa con más ansias y entre la vergüenza trato seguirle el ritmo del beso.

De repente, me da la vuelta, pero al imbécil se le olvida que estamos justo en la orilla de la cama, por lo que al dar la vuelta no nos topamos con el colchón, sino contra el frío piso. Yo caigo de culo y él sobre mí, se me sale el aire y el ruido que escapa de mi boca es casi similar al de un globo que se ha desinflado.

Dios, hasta en los momentos románticos alguien termina cagándola. Gracias Miren Amiano, muchas gracias, ¿qué haría sin ti y la mala suerte que me has traído además de ser muy feliz?

Edward se aparta de mí, preguntándome si estoy bien mientras se ríe, el muy maldito. Mis dientes rechinan entre la indignación. ¡¿Le parece que estoy bien?! ¡Acaba de desinflarme! No, esa palabra suena rara, ¿poncharme? Uh, suena peor, ¿desflorarme? Uuy, peor aún, ¿aplastarme?, sí, aplastarme suena mejor. Corrijo, ¡acaba de aplastarme!

—¡Me rompiste el culo! —regaño, sobándome la zona que he mencionado. Él alza sus cejas, atrevido, y lo señalo con mi dedo—. Catalino —advierto porque sé lo que debe estar pensando con mi mala elección de palabras.

—Alfalfa —responde con diversión, alzando las manos, inocente.

—No me llames así.

Me quejo en tanto él me ayuda a levantarme.

—¿Por qué no?

—Porque si lo haces voy a romperte la cara.

—¿Tú? —inquiere con sorna—. Qué miedo das.

Entrecierro mis ojos. Sé que ahora mismo no debo verme intimidante, sobre todo porque estoy hecho un desastre, no obstante, todavía puedo noquearlo si me lo propongo. Aunque es más sencillo que él lo haga antes de que yo haga un movimiento, pero sabemos que se dejaría ganar por mí. Su mirada retadora me grita un «no podrías», y también sabemos que yo no sería capaz de hacerlo.

Yo no, pero alguien más sí.

—Voy a gritar y despertar a mi papá —advierto, y su rostro palidece.

—No, no, no, bromeaba, eres muy intimidante, como un león.

—Roar.

Aprieta los labios, pero esta vez le ha sido imposible no reír. No tardo en unirme a él, lo que he dicho también me ha dado demasiada risa. Él me jala de la cintura y me tira a la cama, con él encima de mí, obviamente no ha puesto todo su peso. Llevo mis manos detrás de su cabeza y entrelazo mis piernas alrededor de su cintura. Aprovecha la situación para darme suaves y cortos besos. Ambos sonreímos como tontos.

—¿Puedo dormir aquí? —inquiere, tomando un poco de distancia. Estoy a nada de decirle que sí, pero si ha sido un poco peligroso hacer que entrara a casa no quiero ni imaginar cómo será sacarlo de aquí.

—¿Y cómo voy a sacarte mañana, tonto? —contesto—. Si Alek te ve, te mata —advierto, él no parece tomárselo en serio, así que enserio mi rostro—. Y lo digo en serio, tiene una escopeta.

Ahora sí que su sonrisa se borra.

—Igual no tenía ganas de dormir aquí, prefiero mi cama. Y mi vida.

Me echo a reír. Es un tonto. Uno que me gusta mucho.

No le respondo, solo lo atraigo hacia mí y lo beso.

(…)

—Puedes faltar hoy a la escuela si quieres.

Papá sugiere de la nada. Levanto la cabeza de mi plato para verlo y me quedo desconcertado. ¿Me habla a mí?

Volteo a ver a mi costado, para verificar si no se ha dirigido a Luna o a Kim, pero ellas dos también están viéndome atentas. *Ay, sí me habló a mí*. Carraspeo y dejo el tenedor sobre el plato.

Después de todo, él sigue creyendo que he roto con Edward. Supongo que aún debe creer que me siento fatal después de la «ruptura», y también supongo que tanto mi silencio en la mesa como mi mala cara es por ello. No lo es, la razón por la que estoy así es porque me he desvelado y siento que mis ojos están más cerrados que abiertos. No culpo a Edward, él quería irse, sin embargo, no lo dejé. Estuvimos platicando otra hora más sobre cosas sin sentido y sobre el

libro que me regaló. Casi le rompo la pierna cuando estuvo a punto de contarme el final.

—Gracias, pero estoy bien —me limito a decir. Alek asiente sin estar del todo convencido.

—Andy —esta vez es Kim quien me llama. Pongo mi atención en ella—. Sé que no soy tu mamá, pero te quiero como un hijo, si necesitas hablar, aquí estoy.

Sonrío. Sé que ha querido decirme eso desde el sábado, pero no se atrevía a decirlo porque quería respetar mi espacio. Lo sé porque escuché sus pasos detrás de la puerta y porque en la cena me miraba de una forma extraña, como Bob esponja cuando está enfermo y Patricio le pone tapones al punto de que este casi explota.

—Lo sé, Kim, gracias. Y es extraño que no me hayas dicho Alfalfa —le hago saber y ella pestañea.

—Oh sí, sé tu nombre, pero es tan divertido llamarte así —se ríe y contengo las ganas que tengo de poner los ojos en blanco. En definitiva, ella y mamá aman molestarme. No quiero que sea Navidad, porque si cenamos juntos ambas me harán mierda. Y lo digo en serio.

No digo nada, solo hago el intento por darle una sonrisa no demasiado forzada.

—Los chicos van y vienen —aconseja Luna, y todos nos sorprendemos sobremanera por lo que ha dicho. El silencio se apodera en la mesa, ella lo nota y agrega—, idiota.

—Gracias —respondo, y también añado para quitarle valor a sus palabras—, estúpida.

El perfecto balance entre «te apoyo» y «te detesto». Era una mezcla extraña que en realidad significaba «te apoyo solo porque la única persona que puede joderte soy yo».

Sus palabras, por alguna razón, me recuerdan a su situación con su novio y Heather, o bueno, la situación que desconozco, pero de la que sé un poco. A Heather le gusta mi hermanastra, qué desgracia. ¿Pero a Luna le gusta Heather? Según Heather, no, mi hermanastra no siente lo mismo, aun así, me gustaría poder ayudarlas, aunque sea un poco.

—Lo mismo para ti —me atrevo a decirle al cabo de unos segundos. Mi hermanastra me ve confundida y es aquí donde me arrepiento de haber abierto mi boca—; si... si hay alguien más que te guste, no tienes que estar con tu novio. Se harán daño. Debes ser honesta con lo que sientes.

Veo cómo Kim le lanza una mirada de intriga a papá y este se encoge de hombros, sin entender por qué estoy diciéndole esto. Yo también desconozco por qué se lo estoy diciendo, no es mi asunto y ni siquiera conozco su relación, sin embargo, creo que me gustaría ayudar a Heather. Sé lo que se siente sentir que la persona que te gusta no te corresponde.

La diferencia es que Edward sí que me correspondió.

—¿De qué hablas, tonto? —Me apunta de forma amenazante con su tenedor. Trago saliva—. Soy feliz con mi novio. —Sonríe ocasionando que crea que el apocalipsis está a punto de llegar. Vale, sí debe estar enamorada de su novio como para sonreír. Se pone seria—. Que tú no lo seas no significa que yo tampoco.

Kim bebe de su café con fuerza como si quisiera que yo no escuche lo que ha dicho Luna, no le funcionó, obviamente. Mi boca se curva en una sonrisa agria por dos razones: por su respuesta y porque me siento mal por Heather.

—Ojalá te hubieran abortado —le digo.

—Ojalá hubieran usado condón el día que te crearon.

—Usaron —aclaro alzando mi dedo—, que se les haya roto es otro asunto.

—Te llevaré a la escuela —interrumpe papá, irritado por el rumbo que estaba teniendo la conversación. Me aguanto la risa. No es mi culpa que ellos hayan sido tontos y trajeran una desgracia al mundo.

La desgracia: yo.

—Oh no, Edward va a llevarme —me niego a su apoyo porque Edward me dijo esta madrugada que podríamos irnos juntos.

—¿Qué? —espeta, y mi madrastra y hermanastra me dan la misma mirada confusa. Mierda. Me hundo en mi silla.

—Ya hablé con él y aclaramos la situación, vamos a ir lento —respondo tratando de que la voz no me tiemble, lo menos que quiero es delatarme y que ellos sepan que Edward estuvo en la casa en la madrugada.

—¿Cuándo hablaron? —Alek alza su ceja y después, como si se acordase de algo, frunce el ceño, molesto—. ¿El ruido que escuchamos fueron ustedes? ¿Edward estuvo en mi casa? ¿En la madrugada?

Me levanto de la mesa con prisa y agradezco que tengo la mochila colgada en el respaldo de mi silla. Lo tomo y camino hacia la salida.

—Se hace tarde, me voy.

Me despido sin esperar respuesta apenas escucho que una de las sillas se mueve, como si alguien se hubiera levantado. Abro la puerta y la cierro con fuerza, con el pulso acelerado. Salgo corriendo de casa en dirección a la casa de Edward más rápido que Flash.

Cuando estoy lo suficientemente cerca de su casa, noto que él está saliendo. Tiene puesto el uniforme y la mochila la tiene colgada en su hombro, la única diferencia es el cabello, no lo tiene separado, todo le cae por la frente, está despeinado, pero de esa forma se ve más lindo. Su auto ya está aparcado al frente y una vez que gira, sus ojos se conectan con los míos. Sonríe.

—Buenos días —saluda, alegre. Al notar mi expresión, junta las cejas—. ¿Por qué esa cara?

—Entra al auto y no mires atrás si quieres seguir vivo.

(…)

Reviso mi celular en tanto bajo del auto. Hay varios mensajes en mi bandeja, pero los más recientes son los de papá y mamá. No sé cuál de los dos me da más miedo abrir, sobre todo porque creo saber lo que ambos me han mandado. Miro de reojo a Edward para ver si ya ha bajado, y como aún sigue buscando una de sus libretas en la guantera, entro a ver los mensajes.

Papá

Que tengas un lindo día.

Pestañeo y tallo mis ojos para comprobar si he leído bien. Okey, me esperaba de todo menos eso. Un «cuando vengas de nuevo a casa hablaremos» o un «Edward es un hombre muerto», pero en definitiva no esperaba un «que tengas un buen día». Quiero creer que lo ha escrito porque en verdad quiere cambiar y quiere que nuestra relación mejore. Sonrío. Es un gesto muy simple, sin embargo, para mí es muy significativo, tomando en cuenta que antes ni siquiera me escribía. En verdad espero que las cosas cambien para bien.

Le respondo y enseguida voy al chat de mamá, hay muchos mensajes que no he leído desde el sábado, solo espero que no esté molesta conmigo por no haberle contestado.

Mamiii

Ignoremos que no me has respondido en días y que todos sepan de lo que ha pasado con Edward menos yo. Me dijo Kim que ya te reconciliaste con Edward ;) ;) ;) ;) ;) invítalo a comer hoy después de clases, no acepto un no, besitos, besitooos, muack, muack : :**

Mi sonrisa solo se amplía. Puedo imaginarla tragándose el orgullo al mandarme el mensaje, no había tenido tiempo de contarle lo que pasó con Edward, pero supongo que debe tener una idea gracias a Kim. Lo peor que me pudo pasar es que ellas se compartieran chismes de mí.

Edward por fin baja del auto y, luego de responderle a mamá, guardo el celular en el bolsillo de mi pantalón. Me vuelvo hacia él.

—Mi mamá te invita a comer hoy después de clases.

Arquea una de sus cejas, acercándose a mí.

—¿Eso cuenta como ir lento?

—¿Lo preguntas cuando ayer casi me metes la lengua? —ironizo, a lo que él me da una de sus sonrisas coquetas. Lo golpeo con mi mochila—. En la boca, malpensado.

—No pensé nada malo —se excusa.

—Ujum —emito.

Se ríe.

—Vale, entonces sí voy —acepta la invitación y luego baja la mirada hacia mi mano—. ¿Tomar tu mano es demasiado?

—¿Un poco? —mi respuesta es más una pregunta porque yo tampoco tengo ni la menor idea. Le he dicho que vayamos lento, pero la verdad es que yo tampoco sé qué significa eso. Edward asiente, no obstante, me corrijo—. ¿Pero sabes? Ya conoces mi boca, mi mano no es ningún problema.

Esboza una linda sonrisa y no duda en tomar mi mano con la suya, entrelazando nuestros dedos. Alza ambas manos y se las queda viendo con ternura, imito su acción y también sonrío. No puedo evitar pensar en la primera vez que nos tomamos de las manos, ese día estaba demasiado asustado, ahora ya no me siento de esa forma, sí que tengo miedo y que tengo dudas, sin embargo, también tengo la valentía para afrontarlo.

Sobre todo porque sé que tengo a personas a mi lado que no me dejarán caer.

Caminamos con las manos entrelazadas y, a pesar de que no es la primera vez que lo hacemos, se siente como si fuera de ese modo. Esta vez sí se siente real, y eso lo hace más especial. Mantengo mi sonrisa por todo el camino y aunque todavía recibimos una que otra mirada no me siento intimidado, solo me dan ganas de mostrarle nuestras manos a todo el mundo y de gritar «¡nos gustamos! El chico más lindo del mundo gusta de mí y yo de él». No lo hago solo porque los demás creen que nos gustábamos desde el inicio.

Sé que dije que debemos ir lento, pero mi corazón es el primero en ir demasiado rápido, supongo que debo aprender a no apresurar las cosas. Quiero llevar todo paso a pasito, y haré el intento por hacerlo.

Al llegar a los casilleros, cada uno va al suyo. Saco lo necesario y no tardo mucho en eso. Cierro la taquilla y cuando giro encuentro a Heather sacando sus cosas al lado de Edward. Ella termina primero y, al girar y verme, me sonríe y se acerca a mí.

—Hola —la saludo y le devuelvo la sonrisa—, ¿pusiste en orden tus emociones? —me refiero a lo que hablamos la última vez. Ella hace una mueca.

—Sí, después de hablarlo contigo —rasca su barbilla—, creo que no todos somos correspondidos. Y está bien. Pensé en decirle cómo me siento, pero ya sé la respuesta. —Chasquea la lengua y el pecho se me aprieta—. Ahora estoy mejor, solo tomaré distancia. —Asiento a su propuesta. Ella hace el intento por sonreír—. Además una de mis amigas se disculpó y estamos bien.

—Llegará alguien que te quiera de la misma manera en la que tú la quieras —le digo y veo detrás de ella a Edward, quien nos mira ceñudo.

Ella sigue mi mirada y voltea hacia atrás. Edward mira hacia otro lado, avergonzado.

—Espero, de mientras estoy bien estando sola, me tengo a mí —se vuelve hacia mí y palmea mi hombro—. Ojalá encuentre a alguien que me vea como ustedes se miran. —Sonríe con la boca cerrada—. Nos vemos.

Me despido con la mano y reprimo una sonrisa que quiere dibujarse en mis labios al oírla decir que «quiere que la vean como nosotros nos miramos». ¿Nos miramos de una forma en específico? Mejor dicho, ¿somos muy obvios? No es la primera vez que me lo dicen, papá también lo mencionó. Al parecer somos más obvios de lo que creía.

Edward camina hacia mí con prisa y por la forma en la que junta las cejas puedo decir que debe estar pensando en mí y en Heather.

—No quería preguntarte esto, pero también necesito saber algo —menciona apenas me tiene enfrente.

El diablito imaginario que está al lado de mi hombro derecho me dice que me haga el que no comprende lo que quiere decir mientras que el ángel imaginario que está en mi otro hombro dice que deje de ser infantil. Ignoro a ambos.

—¿Qué quieres saber? —inquiero mientras comienzo a caminar rumbo al salón. Él me sigue.

—¿Qué pasó con Heather? —cuestiona de forma atropellada. Aclara su voz para disimular la urgencia en su voz. No me río porque estuve en su misma posición—. ¿No te gustaba?

Podría molestarlo, pero no quiero hacerlo. A mí no me hubiese gustado que Edward lo hubiese hecho cuando le pedí respuestas.

—Creía que sí, pero la «cita» que tuve con ella me sirvió para entender que no era así. Es una chica linda y amable, pero no me gusta —confieso sin tantas vueltas. Él no me pregunta el porqué, sin embargo, tengo la necesidad de aclararle por qué sé que no me gusta —. Sé que no me gusta porque no me hace sentir lo que tú sí.

Me detengo en seco a mitad del pasillo para poder verlo y su rostro desconcertado y sonrojado es todo lo que necesito.

—Dijiste que quería seguir practicando porque habían avanzado —murmura, y no comprendo lo que está diciendo. ¿Le dije eso? ¿Cuándo?

Hago un repaso mental de las cosas que pasaron en los últimos días y atrapo mi labio inferior con mis labios al recordar que le dije que quería seguir «practicando» porque no quería que perdiéramos lo que teníamos. No fue algo muy inteligente de mi parte, la verdad.

—Lo dije porque quería que siguieras enseñándome, ya sabes, para pasar tiempo contigo —admito, sonrojándome—. Además, no siento nada por ella más que gratitud, y lo mismo sucede con ella, soy un

amigo para Heather. Y pude haber sido su cuñado.

Me callo cuando me doy cuenta de que lo último lo he dicho en voz alta. Ya entiendo porque Jean no me había dicho nada de lo que tenía con Oliver, soy un bocazas. Edward se queda más desconcertado y abre los ojos en grande cuando le encuentra sentido a mis palabras. Camino de nuevo con rapidez para que ya no hablemos de eso, sin embargo, él no coopera.

—¿Todo este tiempo he estado celoso de una chica que ni siquiera le gustan los chicos? —más que pregunta suena como un reclamo para sí mismo.

—¿Estabas celoso? —interrogo con una ceja levantada, solo juego con él. Es la primera vez que lo escucho decir algo así.

—Un poco. Casi nada —le resta importancia haciendo un ademán con su mano y sonríe, inocente. Ruedo los ojos.

—Ya, y yo también estaba un poco celoso, casi nada —ironizo, porque, aunque lo oculté bastante bien (según yo), ambos sabemos que no era así.

Se ríe de mí y no decimos nada en lo que resta del camino. Entramos al aula y ahí visualizo al trío de tontos: Karla, Jean y Oliver, los tres con la cara contra la mesa. Me sorprende que hayan llegado antes que nosotros, considerando que míster responsable ama venir temprano. Veo el reloj de la pared y al ver que solo faltan ocho minutos para que la campana suene, lo comprendo, nosotros somos los que hemos llegado un poco más tarde de lo usual. No me toma por sorpresa ver cómo están, también se desvelaron y, peor aún, bebieron. ¿A quién se le ocurre ir de fiesta un domingo cuando al día siguiente tienen clases? Son unos tontos. Yo también me desvelé, pero es diferente.

Es diferente porque... Agh, no tengo una buena razón. Al fin y al cabo también formo parte del grupo de idiotas. Y Edward también.

Voy a mi lugar, no sin antes darle una última mirada a Edward. Cuando tomo asiento, los saludo, pero ni siquiera recibo un saludo de vuelta de su parte, me pregunto si en serio están vivos. Karla alza la cabeza de su pupitre y ella sí me sonríe a duras penas, más que sonrisa parece una mueca. Luego, gira a saludar a Edward y, al ver que está solo, dice:

—¿No quieres cambiar de lugar?

Se refiere a que ella pase a su lugar y él al de ella. Sonrío por eso, lo único que nos separa en las clases son los asientos, ya saben, al cerebrito le gusta estar al frente y yo hasta en las últimas sillas. Edward niega con la cabeza y mi sonrisa se desvanece y me indigno. ¿Qué has dicho, Catalino?

—No, no me concentraría —declara y vuelvo a sonreír.

Jean bufa, alzando su cabeza de la mesa.

—Dios, ¿por qué son tan empalagosos? —se queja en voz alta. Estoy a punto de molestarlo hasta que recuerdo que fue gracias a él que Edward se enteró de que me gusta. Decido no responderle.

—Deberíamos ser como ellos, aprende, bonito —Oliver también alza la cabeza y Jean le gruñe.

—¿Me ves diciéndote «oh, no me concentraría viendo tu cara de idiota»? —trata de imitar la tonada de Edward, pero con sus propias palabras.

—¿Ya lo saben? —Karla interviene, me echa una mirada y cuando asiento ella suspira, aliviada—. Te juro que quería gritarle a todo el mundo que ambos salían, pero soy buena guardando secretos.

—Esperen, ¿ustedes dos salen? —Edward apunta al par de tontos y acto seguido me ve confundido. Le digo un «te cuento luego» que no lo convence del todo, pero que termina aceptando.

—La única heterosexual de aquí soy yo —Karla se señala a sí misma y, luego de pensarlo unos segundos, asiento de acuerdo. Supongo que tiene razón. Ni siquiera sé que soy, pero heterosexual no soy. ¿Bisexual, tal vez? Vale, aún debo investigar más.

—Y la única soltera, peor aún —Jean agrega y me río.

—Te voy a meter el lápiz por el culo —ella amenaza, poniendo los ojos en blanco.

—Uh, es poco, métele dos —Oliver menciona y todos nos quedamos callados, hasta Jean. Él carraspea—. Ah, ¿es broma?

—Demasiada información. —Karla arruga la nariz, asqueada.

—Si no lo escucho, no es real. —Cubro mis oídos con mis manos.

—Te voy a matar, imbécil —Jean advierte, levantándose de su sitio para golpear a Oliver con una de sus libretas.

Me echo a reír por ellos y Karla se une a mí también, Edward solo nos ve desde el otro lado del aula con una sonrisa y las pocas personas que están ahí nos ignoran, cualquiera que viera al par no creería que están saliendo, no parecen la típica pareja, mejor dicho, parecen una pareja recién divorciada.

La silla frente a nosotros se arrastra por el suelo y pongo mi atención en ella. Es la silla de Mary. Levanto la mirada y la veo de espaldas, se ha sentado y trae los audífonos puestos, como siempre. Aprieto los labios. He dicho que iba a hablar con ella porque en parte me sentía responsable de que se alejara de nosotros, pero me había olvidado por completo de eso con todo lo que ha estado pasando en los últimos días. Aunque Jean y Karla dijeran que no estaba molesta conmigo o Edward, tampoco quisieron decirme por qué ha tomado distancia, y no encuentro razón para que ella esté de ese modo.

—Ya vengo —me dice Karla, también está mirando a Mary.

Se levanta de su silla y camina hacia ella. Las veo unos segundos y resoplo. Dije que iba a cambiar y que iba a involucrarme más en mi

entorno, me he perdido de cosas y momentos y no me ha importado perder amistades en el proceso, no puedo seguir avanzando si no resuelvo lo que sea que hay con Mary. No tengo la responsabilidad de averiguarlo, pero quiero hacerlo. Somos amigos. O lo más cercano a amigos. No sé cómo definir nuestra relación.

Me remuevo en mi asiento mientras pienso en cómo hacer para hablar con ella.

—¿Qué harán mañana? —le pregunto al par de divorciados que ya ha dejado de pelear. Jean y Oliver me miran y me pongo nervioso por lo que diré. Muerdo mi mejilla interna—. ¿Salimos? Podemos ir todos, ustedes, Edward, Karla y Mary, solo digan el lugar. —Lucho contra la vergüenza que se quiere apoderar de mi ser. Nunca salgo, ni mucho menos hago planes.

Jean me ve incrédulo y sonríe.

—¿Tú nos estás invitando a salir? —inquiere exagerando la sorpresa—. Perdón, no escuché bien, creo que escuché que el chico que odia salir nos ha invitado a eso, a salir.

Blanqueo los ojos.

—Púdrete.

Levanto mi dedo medio en su dirección y él suelta una carcajada. La campana suena justo en ese momento y, luego de decirme que sí acepta mi invitación, veo hacia al frente, a la maestra. Sonrío sin que ellos lo noten y festejo en mi interior, estoy comenzando a abrirme un poco más y eso me entusiasma, además, he encontrado la excusa perfecta para hablar con Mary. Qué lindo es usar la cabeza de vez en cuando.

Mi celular vibra y solo lo tomo porque creo que es Edward, sin embargo, encuentro varios mensajes de mamá.

Mamiii
Antes de venir pasen a comprarle comida a Juan
Llegaré un poquitititito tarde, tienen la casa sola ;) ;) ;) ;) ;) ;)
;) ;) ;) ;) ;)
Besitos, abrazos, besitos XOXOXO
;) ;)

Mi rostro se pone rojo de inmediato. Solo espero que no me avergüence frente a Edward.

28: Merecerse, parte II

Cómo saber si voy muy rápido con un chico que no es mi novio, pero puede serlo si vamos más lento

Leo con atención cada una de las páginas que me aparecen en internet mientras espero a Edward en el auto. Íbamos para casa luego de haberle comprado la comida Juan, sin embargo, Irán le marcó porque necesitaba hablar con él en el aula. No sé si es algo relacionado con el periódico o algo que tenga que ver conmigo, pero sé que no es de los que relaciona su vida privada con la profesional, así que debe ser algo del periódico.

Llevo esperando algunos minutos, y bueno, decidí tontear en Google para aguantar la espera.

Siempre he dicho que buscar las respuestas a los problemas de mi vida en Google jamás ha sido una buena opción, y ahora, leyendo todo lo que me ha sugerido, lo confirmo aún más.

Arrugo la nariz al leer la información que dice una de las páginas a las que entré. No sé por qué siempre colocan cosas sexuales y cosas que no pregunté. Solo quiero saber si voy muy rápido con Edward, no quiero saber cómo durar más en la cama. Google, ¿acaso no sabes la diferencia entre rapidez en una relación romántica y una sexual? Al parecer no.

No me importa lo sexual, me importa saber cómo ir más lento en una relación que apenas está comenzando, jamás he estado en algo «muy serio» con alguien y eso me preocupa. Además, tampoco sé si hay alguna diferencia entre salir con una chica y con un chico, supongo que no... ¿o sí? Agh, creo que solo voy a dejar que las cosas fluyan, pero que no fluyan demasiado porque conozco mi poco autocontrol y lo tonto que puedo ser cuando estoy con Edward, sobre todo cuando sus labios están sobre los míos.

Uh, qué vergüenza admitirlo.

La puerta del piloto se abre y bloqueo mi celular enseguida para no ser descubierto en medio de mi crisis bisexual y hormonal.

Giro la cabeza con una sonrisa nerviosa para encararlo, pero al hacerlo noto la expresión de preocupación en su rostro. Me asusto y mi sonrisa decae. Bajo el volumen de la música para que pueda contarme. Él cierra la puerta y solo se mantiene en su lugar, sin decir nada. Juego con mis dedos porque no sé qué decir. ¿Le habrá dicho algo malo? ¿Ya no va a ser parte del periódico? ¿Qué le habrá dicho? Uh. Irán, juro que tendremos grandes problemas si le bajas las ilusiones al pobre.

Espero a que él hable, pero él no parece que vaya a hacerlo, así que lo hago yo.

—¿Qué te dijeron? —inquiero con cautela. Edward voltea a verme.

—Quieren que escriba un artículo.

Pestañeo repetidas veces, ¿qué hay de malo con eso? ¡Es algo muy bueno! Irán no es la clase de persona que confía en el trabajo de cualquiera. No entiendo por qué eso lo tiene de ese modo si se supone que es una buena noticia, o al menos para mí lo es. A él le encanta escribir, es una buenísima oportunidad para que los demás vean el talento que tiene. No sé si deba felicitarlo o no, no obstante, prefiero preguntarle antes.

—Eso es bueno, ¿no?

Asiente y acto seguido chasquea la lengua.

—Muy bueno —coincide conmigo y traga saliva—, no se supone que le den algo tan importante a alguien que acaba de entrar, creí que sería corrector o solo el que «les pasa el café», pero no redactor, eso es demasiado —junta sus cejas—. Dijo que tenía potencial, no sé, estoy un poco asustado, ¿y si no cumplo sus expectativas? ¿Y si se arrepiente de haberme dado esta oportunidad?

Escucho la inquietud en su voz y al oírlo siento como si estuviera escuchándome a mí, con las mismas inseguridades y miedos.

Por lo poco que conozco a Irán sé que un halago viniendo de su parte es porque en verdad lo has dejado boquiabierto. Debe confiar en el trabajo de Edward como para haberle pedido una tarea tan importante. No me sorprende, desde antes él había reconocido su trabajo.

—Créeme, Irán no es de los que se arrepiente, y si llega a hacerlo… Entonces sería un tonto —respondo de inmediato, causando que su expresión se relaje—, leí lo que escribiste una vez y era lindo —aseguro con una sonrisa—. Como alguien que duda de sí mismo a menudo, puedo decirte que lo peor que puedes hacer es no confiar en ti. Lo harás bien. Solo confía en ti y en tu trabajo.

Sonríe por un momento, pero vuelve a ponerse tenso.

—Tengo que hacer un artículo y no sé de qué hablar. Necesito entregarlo el viernes de la próxima semana, y no sé, aún tengo más de una semana para hacerlo, pero ya me siento estresado —suspira y aunque me gustaría entenderlo no puedo, siempre termino dejando todo a última hora, no me estreso hasta que veo que solo tengo minutos u horas para hacerlo.

—Siempre puedes hablar de mí —juego con él y la risa nasal que me da me dice que hice bien en bromear.

—Y a mí me dices egocéntrico. —Esboza una sonrisa ladina.

—Mentira no es —replico ganándome un leve codazo de su parte. Me río por eso—. Eres muy inteligente, algo se te ocurrirá. Me

gustaría ayudarte o darte ideas, pero apenas y pienso.

—Escuché que los besos ayudan a pensar —farfulla sin quitar su tonta sonrisa. Contengo las ganas que tengo de imitarlo y sonreír.

—No me digas, ¿lo escuchaste del mismo lado en el que escuchaste que los besos dan buena suerte? —ironizo siendo incapaz de retener la sonrisa que se dibuja en mis labios. Él asiente, muy serio. Ruedo los ojos—. Volviendo al tema, Irán dice que tienes potencial, así que créetelo, escribas lo que escribas seguro que será lindo. Confía más en ti, lo harás increíble. Y si no, bueno, siempre puedes intentarlo otra vez.

Él asiente con más ánimo que antes, enciende el auto y arranca. Tomo esa acción más que suficiente para saber que he tenido una buena elección de palabras. Jamás sé cómo expresarme ni cómo ayudar a los demás, pero solo pensé en lo que me gustaría escuchar si estuviera en sus zapatos. Gracias al cielo no estoy en sus zapatos, no sé ni escribir un párrafo, no sé cómo haría para escribir un artículo entero. Mi cerebro quedaría hecho polvo.

Subo el volumen de la música y no sé qué clase de coincidencia sea esta, pero la canción que está sonando en este momento no es más que una de las primeras canciones que escuchamos juntos en su auto. Miro de reojo a Edward a fin de saber si él ha reconocido la música y si está pensando lo mismo que yo. La pequeña curvatura de sus labios me dice que sí, también se acuerda.

—*Pretty Boy* —articula, robándome las palabras de la boca. Me ve por el rabillo del ojo—. ¿No te trae recuerdos?

—Sí, esa vez coqueteaste conmigo de forma indirecta —señalo, divertido—, pero fingí no notarlo.

—No sé de qué hablas, no coqueteé contigo. —Niega con la cabeza, sin embargo, su sonrisa coqueta se amplía.

—Y yo solo salgo románticamente contigo porque tienes auto y siempre he querido un chofer —digo sarcástico.

—Lo sabía, interesado —bromea y enmudece de repente. Volteo a mirarlo y el color carmesí de sus mejillas me sorprende. ¿Dije algo malo? No lo recuerdo—. ¿Salimos románticamente?

Sí, ¿no?

—No sabía cómo llamarle a lo que tenemos —me excuso, encogiéndome de hombros—. ¿Amigos que se besan? ¿Amigos en proceso de ser algo más? ¿Amigos en la etapa de cortejo? ¿*Bros*?

Edward se echa a reír.

—¿Por qué tendríamos que ponerle una etiqueta a lo que tenemos?

—Porque soy tonto y si no sé qué somos, entonces es como si no lo fuéramos —explico. No sé si mi idea se comprende, pero yo sí necesito saber que somos. Necesito que ambos estemos en la misma sintonía.

Él se queda pensativo unos segundos.

—Dos chicos que se gustan, eso somos —suelta y, como si le gustara decir eso en voz alta, vuelve a repetirlo—: Dos chicos que se gustan, ¿no te gusta cómo suena? Suena lindo.

—Me gusta —concuerdo y sonrío—. Dos chicos que se gustan y que van lento —agrego a lo último.

—Dos chicos que se gustan y que, aunque dicen que van lento, ya se conocieron las bocas —corrige.

—Dos chicos que se gustan y que van lento —repito haciendo énfasis en la palabra «lento»—, muy lento, tan lento que un perezoso puede correr un maratón y ganar.

Asiento con mis propias palabras, tratando de convencerme de que lo que he dicho es real cuando la realidad es todo lo contrario. No vamos muy rápido, pero tampoco vamos lento. Estamos en el punto intermedio. Eso es lo que creo.

—Si tú lo dices —ironiza.

—Que no se te olvide que tengo una escopeta en casa de papá —amenazo y él rueda los ojos—. Y no me ruedes los ojos —resoplo e inflo mis mejillas.

—De acuerdo, ardillita.

Se mofa de mí y me da una mirada por el espejo retrovisor. Como el hombre maduro que soy, le saco la lengua, indignado. Aprieta los labios para no reírse porque sabe que si lo hace soy capaz de tirarlo por la ventana, y lo digo en serio.

—Ni siquiera me parezco a una ardilla —me defiendo y cruzo mis brazos por encima de mi pecho.

—Claro que sí, son gemelos —refuta y aprovecha que el semáforo está en rojo para girarse hacía mí y verme cara a cara. Alza uno de sus dedos y me hundo en el asiento porque ya sé lo que viene—. Los dos se ven tiernos e inofensivos, pero tócale las bellotas y te muerde —blanqueo los ojos—. Y no hablemos de cuando inflas las mejillas, eres igual. Además, tu cabello es café, tus ojos, tus cejas y tus pecas también, en conclusión, eres una ardillita.

Declara y asiente como si fuera la mejor comparación sobre la tierra. Rechino los dientes y estoy a nada de inflar las mejillas, pero cuando noto que me ve con detenimiento, me detengo. No voy a probar su punto. No soy una puta ardilla. Me gustaba más ser un león.

—Sígueme tocando las bellotas y te muestro los dientes —amenazo, a lo que él ríe.

—¿Advertencia o premio?

—Púdrete, Golden Retriever —hago el intento por insultarlo de la misma forma en la que él lo ha hecho conmigo, pero el único animal con el que puedo compararlo es con un perro.

—¿Me has dicho perro? —inquiere, arqueando las cejas.

—Sí. Y con pulgas —continúo.

Espero que Edward se indigne como yo, que se defienda, que niegue ser un perro y que incluso me moleste con la comparación que le he dado, sin embargo, él sonríe.

—Woof.

Ladra. Blanqueo los ojos de nueva cuenta y también esbozo una sonrisa. Recuerdo que una vez escuché en la televisión que, de forma inconsciente, nos gustan las personas que son similares a nosotros, creía que era absurdo porque nunca me imaginé sentir algo por alguien como yo, no obstante, aunque Edward y yo somos muy distintos, también somos demasiado parecidos. Me gusta un tonto y eso me hace ser aún más tonto.

En el camino a casa solo nos la pasamos diciendo tonterías y cantando las canciones que suenan por la bocina, es un poco divertido porque las canciones están en aleatorio, y de un momento a otro tenemos a Louis Tomlinson y luego al *opening* de *Sk8 infinity*. A pesar de que Edward no conoce las canciones de anime que se reproducen, hace el intento por cantarlas, suena a que está invocando a alguien, pero no digo nada, se me hace tierno y lindo. Solo disfruto lo que tenemos.

Al llegar a casa le digo que pase a la cocina mientras yo dejo mis cosas en la sala de estar, a mamá no le gusta que deje mi mochila ahí porque en serio que tiene un orden que ni Levi Ackerman tiene, sin embargo, sé que no me dirá nada porque Edward está con nosotros. Al menos esperará a que se vaya para decirme que soy un desordenado, y tiene razón. Me da pereza subir las escaleras, no lo oculto.

Mamá vendrá en un rato, así que decidimos que nosotros avanzaríamos en cocinar, ¿que qué vamos a cocinar? Ni idea, pero ya lo veremos, será un problema para el Andy y el Edward de los próximos minutos.

Cuando entro a la cocina y veo a Edward apoyado contra la encimera mirando su celular, sonrío. Sé que vamos lento, pero no voy a mentir al decir que lo imagino de este modo por mucho tiempo: él esperándome en la cocina porque vamos a cocinar, juntos. Tal vez después de la universidad o, si decido irme aún más lejos, después del trabajo si es que conseguimos uno. Me siento un tonto por soñar en grande y a futuro.

Tal vez no debería ilusionarme demasiado y tan rápido, no quiero salir herido después. Por eso debemos ir despacio, el problema es que mi cabeza lo entiende, pero mi corazón no, y no sé cómo hacerle entender que necesitamos ir lento para no lastimarnos. Google no es una opción para descubrir cómo hacerlo.

Edward levanta la vista de su celular y al mirarme también sonríe. Deja su celular a un lado y no tardo en aproximarme hacia él.

—¿Sabes cocinar? —inquiero y luego recuerdo que el día de la cita

me dijo que sí, pero solo cosas de repostería, por lo que agrego—: Además de repostería y eso.

Niega.

—¿Hacer huevos estrellados cuenta?

—¿Qué tipo de huevos estrellados? —cuestiono

—¿Cuántos tipos de huevos estrellados hay? —pregunta, divertido —. Solo conozco uno, al menos que tú conozcas otro.

Me quedo en silencio porque acabo de notar el doble sentido de mis palabras. No lo hice adrede, lo juro, en verdad era una pregunta inocente. No es mi culpa que a Edward le domine el lado Catalino que lleva dentro.

—No puedo hablar contigo sin malpensar las palabras —rezongo —. ¿Todo tiene un doble sentido para ti?

—Ni siquiera dije nada, tú lo estás haciendo —pone su dedo en mi pecho y lo aparto de un movimiento brusco. Él ríe.

—¿Sabes hacer otra cosa que no sean huevos estrellados? —regreso al tema del que estábamos hablando.

—Depende —dice en un tono juguetón e inflo las mejillas—. Es broma, tranquilo, ardillita —repite el nuevo apodo que me ha puesto y suelto un bufido—. Podemos hornear, es sencillo, así cuando venga tu mamá ya tendremos algo.

Su sugerencia no suena tan mal, no es una comida formal, pero habremos avanzado en algo cuando ella llegue, a mamá no le importa que use su cocina, a menos que termine quemando todo, ahí sí tendría un gran problema. Sin embargo, estoy con Edward, por lo que no habrá inconvenientes, de los dos él es el adulto responsable, así que dudo que tengamos problemas con eso. Si estuviera yo solo sí me preocuparía, en especial porque ya he quemado varias cosas en bastantes ocasiones.

Edward me dice qué es lo que vamos a necesitar y voy por los ingredientes: harina, huevos, naranja, polvo para hornear, mantequilla y azúcar. Gracias al cielo mamá tiene eso y más en la despensa, de lo contrario no sabría qué hacer. Luego de que Edward se lava las manos y se quita los anillos que tenía, se arremanga la playera de la escuela y comienza a preparar el pan de naranja que dijo que iba a hacer.

Me humedezco los labios de forma inconsciente al verlo cocinar de esa manera y mantengo mis ojos en sus brazos. Las venas que resaltan de estos se me hace algo muy atractivo, en especial cuando pienso que deben resaltar cuando me toma con fuerza de la cintura. Niego con la cabeza y me avergüenzo por completo de lo que pienso.

Él no me ve, pero siente mi mirada, porque sonríe de lado. Mi rostro solo se calienta más.

Me siento como esos niños que han sido atrapados cuando intentan comerse algo antes de tiempo. Desvío la mirada hacia la pared y me

entretengo contando los azulejos. A esto me refiero con «poco control».

Pasados unos minutos, Edward termina de hacer la mezcla y le paso uno de los moldes que mamá usa para hacer pan, él vierte todo sobre el molde. Enciendo el horno de la estufa y coloco dentro de él lo que Edward me pasa. Cierro el horno y le doy vuelta a la perilla para regular el fuego, sin embargo, me pongo nervioso cuando siento que Edward me abraza por detrás y no sé cuánta intensidad le he puesto al horno. Trago duro en tanto siento sus manos rodearme la cintura.

—¿Por qué estás tan tenso? —se burla de mí, como si no supiera que él es la razón por la que estoy así. Estoy tenso porque Edward no deja de ser tan lindo y de alterarme.

—No lo sé, tú dime, ¿por qué estoy tan tenso? —ironizo y doy vuelta para mirarlo.

—¿Porque te gusta el pan de naranja? —Se hace el tonto.

La forma penetrante en la que me mira me pone los pelos de punta. Los ojos verdes de Edward siempre serán mi debilidad, al igual que su voz. Bajo la mirada porque no puedo seguir sosteniéndosela. Aparto sus manos de mi cintura y tomo uno de los trapos que hay para limpiar le encimera que tenía harina. No lo hago porque quiero que la cocina esté limpia, lo hago porque quiero estar concentrado en algo más. Escucho cómo él abre la llave del fregadero y el ruido del chorro de agua no tarda en aparecer. Está lavando lo que usó.

Tengo una linda imagen mental de él lavando los platos en mi cabeza y me obligo a mí mismo a dejar de pensar en eso.

«Tenemos que ir lento», me recuerdo en mis adentros.

—Entonces, ¿por qué estás tan tenso? —repite al no escuchar una respuesta de mi parte.

—Porque no dejas de ser tan lindo —le respondo al cabo de unos segundos. Agradezco estar de espaldas, de lo contrario él vería mi rostro sonrojado.

—Me puedo cubrir el rostro con una bolsa si quieres —sugiere el vanidoso que sabe que es lindo.

—Cúbrete todo el cuerpo también, en especial tus manos —suelto sin pensarlo demasiado. Me quedo quieto cuando me doy cuenta de lo que he dicho y tallo el trapo contra la mesa con más fuerza, esperando que él deje pasar lo que he dicho.

Obviamente, no lo va a dejar pasar.

—¿Mis manos?, ¿qué tienen mis manos?

La diversión en su voz es más que evidente.

Podría no responder o inventar una de las tantas tonterías que digo cuando me pongo nervioso, pero una repentina ola de valentía me atraviesa, una que me dice que está harta de verme hacer el ridículo. Pienso en mi respuesta durante un instante y al final termino cediendo

ante las ganas que tengo de devolverle el juego a Edward.

—Son grandes —respondo, y como si eso no fuera suficiente para humillarme, también añado—: me gustan las cosas grandes.

Edward enmudece y me arrepiento por completo de haber soltado eso. Por dentro estoy muriendo de vergüenza y al mismo tiempo me estoy riendo por lo patético que he sonado, inventar algo tonto hubiera sido algo más yo y menos ridículo. Espero a que él se eche a reír de mi tontería, pero su risa nunca llega a mis oídos, tampoco una respuesta.

Como no obtengo nada de su parte, giro a verlo. Él también está de espaldas, por lo que no puedo ver su rostro, sin embargo, puedo mirar que ha dejado de lavar uno de los cubiertos que sostiene en una de sus manos y al alzar la vista noto que sus orejas están rojas. Mis labios se curvan en una amplia sonrisa de victoria.

—¿Por qué estás tan tenso? —le digo, imitando el mismo tono de voz que él empleó cuando me hizo esa pregunta.

Edward vuelve a quedarse callado y veo que intenta seguir lavando el cubierto, como si mi respuesta no lo hubiera afectado. No obstante, el cubierto se le cae y cuando vuelve a recogerlo se la cae otra vez, eso sucede un par de veces más. Incapaz de poder seguir manteniéndome al margen, me echo a reír.

Él cierra la llave del agua y gira a verme, su rostro está rojo y sus ojos se ven más oscuros de lo normal debido a que sus pupilas están dilatadas. Aprieto el trapo, no es hora para atontarme por él. Abre la boca para responder, pero la cierra otra vez.

—¿Qué pasó? ¿La ardilla te mordió la lengua? —juego usando la misma broma que él usó en su auto e ignorando los latidos de mi corazón que comenzaron a acelerarse al ver su rostro. No voy a mentir, sentir que tengo la situación en mis manos me hace mucha gracia. ¿Esto es lo que siente siempre que me deja callado? Guau, con razón le gusta hacerme quedar como un tonto.

Su celular suena y para él es la excusa perfecta para no responder a lo que he dicho. Edward también piensa lo mismo porque no tarda en tomarlo. Si yo hubiera estado en la misma posición que él también hubiera hecho eso, sobre todo porque sé que si no puedo afrontar la situación lo mejor es huir. Me ha servido un montón de veces en mi vida.

Cuando ve su pantalla, junta las cejas y siento que se pone tenso. Dejo el trapo a un costado.

—¿Pasó algo malo? —pregunto.

Me mira y camina hacia mi dirección, quedando frente a mí, me siento un poco acorralado, considerando que estoy apoyado en la encimera. Él tiene una expresión seria que me deja desconcertado.

—Tengo un mensaje de Ben en Instagram —suelta y comprendo

por qué se ha puesto tenso.

—Oh —me limito a decir.

El momento que estábamos teniendo se apaga por completo y también consigo ponerme tenso. Ni siquiera conozco a Ben, pero siento que no me agrada, en especial porque llega en los momentos menos oportunos. No debería sentir esto por él, no quiero ser la clase de persona que tiene sentimientos negativos o que puede llegar a odiar a alguien solo porque salió con su pareja. No me gusta sentir esto. No soy yo. Yo no odio a las personas, mucho menos a las que no conozco.

Respiro hondo mientras me repito que Ben está arrepentido de lo que hizo y que tal vez ya no es la misma persona que la de hace unos años. Está bien sentirse celoso, somos personas después de todo, lo que está mal es lo que haces con ello. Los celos tóxicos no están bien, y no quiero tener eso.

Espero a que Edward siga hablando, si es que seguirá contándome. No me atrevo a preguntarle solo porque no quiero ser un entrometido.

—Me dijo que ha hablado con Diego para pedirle que se reúnan y que espera que yo esté ahí también —se sincera y pasa saliva por su garganta—, para decirle la verdad. Diego no sabe que iré, pero Ben cree que es un buen momento para ser honestos con él.

Asiento. Tiene un punto, si Diego se entera de que Edward irá, no los escuchará, se marchará antes de que uno pueda siquiera abrir la boca. Además, lo que hicieron lo hicieron ambos, los dos deben ser sinceros con Diego. Eso me pone un poco nervioso, quiero que Edward haga lo que quiera hacer, si quiere ir, está perfecto, pero he visto cómo se comporta Diego, no quiero que nada le pase después de que le hayan contado la verdad.

¿Y si se pelean? ¿Y si le pasa algo grave?

El estómago se me encoge de solo imaginarlo.

Quiero ir, no porque sea un chismoso de mierda, quiero ir porque quiero estar seguro de que Edward estará bien.

—¿Y qué vas a hacer? —inquiero.

—Iré —declara—, no puedo estar tranquilo hasta que aclare las cosas, tampoco me sentiré honesto conmigo mismo si no lo hago —se calla y yo también, no sé qué se supone que deba decirle—. ¿Quieres venir?

Parpadeo.

—¿Quieres que vaya?

—Sé que es algo que yo debo resolver y no quiero embarrarte en mis cosas —suspira—, pero sí, me gustaría.

—Entonces ahí estaré —sentencio, dándole una sonrisa para que se tranquilice.

Él trata de sonreírme, pero su sonrisa no llega a sus ojos y lo

entiendo, esta situación no debe gustarle para nada, además, va a contarle la verdad a Diego por fin, es normal que esté así de tenso. Teclea algo en su celular, contestándole a Ben, parece que ha terminado porque bloquea su celular, pero su celular suena al instante haciendo que vuelva a desbloquearlo.

Lee algo en su pantalla y luego levanta la mirada hacia mí. Él debería estar más ansioso que yo, pero creo que mis nervios superan a los de Edward. Muerdo mis uñas.

—Me dijo que le diga la fecha y el lugar.

El lugar tiene que ser público sí o sí. Solo por si acaso.

—Mañana —respondo, y Edward alza se ceja—, vamos a salir de todos modos. Entre más rápido, mejor, ¿no? —pregunto, a lo que él susurra un sí—. Podemos ir a la cafetería a la que fuimos esa vez —aconsejo, porque recuerdo haber visto al señor de seguridad al lado de ese establecimiento.

Edward asiente y luego de teclear su respuesta deja su celular en la encimera, poniendo su atención en mí.

—No sé si las cosas vayan a salir bien —rasca su barbilla, preocupado—. Tengo miedo. Sé que Diego no va a perdonarme, pero no sé cómo va a reaccionar.

Eso es exactamente lo que me preocupa.

—Es el momento de aclarar las cosas. Y no es que él vaya a tomarse bien la noticia, pero saldrá bien. —Tomo sus manos con las mías—. Además, no vamos a estar solos, le diré al cuarteto de tontos de la situación y les diré que esperen en otra mesa, si la cosa se pone fea, les llamo. ¿Te parece bien?

Sonríe, nervioso.

—Sí, gracias, *mon soleil* —aprieta mis manos y le devuelvo el gesto —. Cambiando de tema, en la madrugada hablamos de mí, pero no de ti, ¿qué fue lo que pasó?

Lo veo ceñudo porque no comprendo de lo que me habla. Pienso en lo que estuvimos hablando y recuerdo que le conté que habían pasado algunas cosas que me pusieron mal. Hago una mueca. No me molesta hablar de mí, pero sí me cuesta un poco ser más abierto.

—Bueno, no es nada —admito y me muerdo la lengua por minimizar lo que sentí. Ya no volveré a eso, me lo prometí, no volveré a ser el chico que esconde lo que siente. Aclaro mi garganta—. Me he sentido mal por cosas del pasado, mi papá y yo tenemos una relación muy complicada, y todos estos años he sentido que no soy suficiente y que debía retener mis sentimientos para no salir herido —resumo lo que estuve sintiendo en esas palabras. Tomo una bocanada de aire, no me gusta recordar eso—. Ahora estoy mejor, papá dijo que iba a cambiar y yo también. Y le diré a mamá que iré al psicólogo, así que creo que estaré bien. No, no creo, sí voy a estarlo —aseguro más para

mí que para él.

Por un momento me arrepiento de decirlo, porque puedo incomodarlo, después de todo su situación con su papá está bastante rota, pero Edward no parece incómodo, al contrario, me sonríe de oreja a oreja, como si estuviera feliz de escuchar que todo está mejor.

—Me alegro mucho por ustedes —confiesa y le creo—. Todo va a mejorar, que ambos pongan de su parte significa mucho, y que vayas al psicólogo también lo hará, me alegro por ti, Andy.

Frunzo el ceño.

—*Mon soleil* —corrijo—, no me digas Andy.

Rueda los ojos, sonriendo. Suelta mis manos y se acerca más a mí, colocando sus manos en mis caderas. Doy un respingo por esa acción y la respiración se me corta. Sus ojos verdes están encima de mí, y aunque quiero apartar la mirada, no lo hago. No esta vez.

—Quiero un apodo también —se queja y no puedo tomarlo en serio cuando estoy concentrado en la forma en la que sus dedos se hunden en mi cadera por encima de mi playera. Apoyo mis manos en la encimera para no caer por si mis piernas llegan a flaquear.

—No me pidas pensar a esta hora, y menos así —refuto.

—¿Así cómo? —Humedece sus labios—. Porque antes de que mi celular nos interrumpiera tú parecías pensar bastante bien.

Mis mejillas se calientan y muerdo mi mejilla interna. Claro que tenía que recordarlo y claro que tenía que molestarme con eso. Trago saliva. Él reafirma su agarre en mis caderas y suelto un grito ahogado cuando me sube sobre la encimera sin problema, como si estuviera cargando algo liviano. Edward me da una sonrisa coqueta y pongo mis manos en su pecho para tomar distancia.

—Estuve leyendo en internet para saber cómo ir lento —intervengo antes de que volvamos a mandar todo a la mierda y nos olvidemos de que nos estamos tomando las cosas despacio.

—¿De qué? —expresa con confusión.

—¿De la relación? ¿De qué más estaría hablando, tonto? —le pregunto y su sonrisa tímida me dice qué es lo que estaba pensando. Alguien encierre a Catalino, por favor—. Caras vemos, pensamientos cochinos no sabemos.

—Ya, déjame —golpea mi hombro con suavidad—. Creo que los dos deberíamos delimitar eso. ¿Qué es ir lento para ti?

Me quedo callado. ¿Qué es «ir lento» para mí?

—¿No apresurarse?

—Lento significa no apresurarse —repite con burla—, quién diría que significaría eso.

Bufo.

—No lo sé, Einstein, dime tú, ¿qué es ir lento?

—Conocernos, disfrutar poco a poco —responde sin darle muchas

vueltas.

Asiento porque concuerdo con él. El problema es que parece que no lo estamos haciendo muy bien.

—Sin besos —añado. Él abre los ojos de par en par.

—¿Por qué no? —protesta.

—¿Porque no sabemos parar?

—¿Y si te beso lento?

Me echo a reír por su respuesta. No sé de dónde se le ocurre tanto, solo sé que es precisamente esa parte de él la que me vuelve un completo idiota.

—Tendríamos que probarlo.

Sus labios no tardan en acariciar los míos con ternura, con lentitud. Nos mantenemos quietos, solo rozándolos. Mi descontrolado corazón late con fuerza, y aunque debería sentirse menos urgente, el simple hecho de tenernos ahí pero no hacer nada para empezar el beso hace que el sentimiento de necesidad sea más letal. Ninguno de los dos hace otro movimiento, como si estuviésemos retándonos a llevarlo con calma. Y jamás he sido alguien paciente.

Cruzo mis brazos alrededor de su cuello y comienzo a besarlo, él sonríe por mi desesperación y me devuelve el beso, atacando mis labios. Ladea la cabeza y lleva su mano a mi mentón para profundizar el beso, mi pulso se acelera y solo me aferro a él con fuerza hasta que el beso comienza a tornarse demandante. Su lengua delinea mi labio inferior y lo siguiente que siento es que esta roza con mi lengua. Aprieto los ojos con fuerza por la extraña sensación y al cabo de unos segundos termino cediendo, termino acostumbrándome, termina gustándome.

—Me gusta besarte —confiesa, pero estoy tan abrumado que apenas y puedo comprender lo que dice.

El beso vuelve a ser tierno, dulce. Edward me da cortos besos en los labios para terminar, y luego se separa de mí, viéndome a los ojos. Lo que veo en ellos me gusta, me gusta que me vea de esa manera.

—Me gustan tus pecas —admite, besando mi mejilla derecha—. Me gusta tu nariz. —Besa mi nariz—. Me gustas tú.

Esta vez vuelve a atacar mis labios, pero después besa mi mentón y hace un recorrido de besos hasta llegar a mi cuello. Aprieto los labios y de forma inconsciente trato de cerrar las piernas, sin embargo, él coloca su pierna en medio de las mías, evitando que lo haga. Suelto algunos jadeos y muerdo mi labio inferior para evitar que algo más salga de mi boca. Mi pecho sube y baja a toda velocidad y siento que estoy a punto de explotar.

Inspiro hondo para mantener la cordura y un extraño olor se cuela en mis fosas nasales. Inspiro de nueva cuenta y esta vez soy capaz de reconocerlo. Abro los ojos, asustado.

—Edward, mi horno se está quemando.

Creo que no fue la mejor elección de palabras en una situación como esta, porque siento que sonríe en mi cuello. Blanqueo los ojos y golpeo su cabeza con mi mano.

—Tonto, en serio se está quemando —lo separo de mí y él alza la cabeza, confundido. Señalo el horno y cuando él toma una bocanada de aire también se da cuenta de lo que estoy tratando de decir.

Nos damos una mirada asustada y él corre hacia la estufa. Bajo de la encimera para seguirlo. Edward me pide el trapo que había estado utilizando y se lo paso. Abre el horno y saca el molde del pan, el cual, aunque encima parece estar crudo, abajo debe verse bastante quemado.

—¿Cuánto le has puesto? —me pregunta, y no hace falta que responda porque él lo ve. Sus ojos se abren en grande—. ¡Tenía todo el fuego!

—¡No lo sé! ¡Tú llegaste por detrás y ya no supe qué pasó! —me excuso.

—¿Se la pasaron bien? —la voz de mamá se escucha en la entrada de la cocina y me paralizo. Ni siquiera escuché cuando la puerta principal se abrió. Dios, ¿por qué tuvo que llegar justo en este puto momento?—. Andy, ¿qué demonios hicieron?

Edward y yo nos quedamos viendo asustados.

Sí, cuando ese programa de televisión dijo que nos suelen gustar personas que se parecen a nosotros tenía toda la razón, sobre todo si ves a Edward y luego me ves a mí. Ambos nos merecemos porque ambos somos el mismo par de idiotas.

29: Finales e inicios

—¿Por qué ya no más besos?

Hay momentos en los que creo que Edward y yo intercambiamos papeles, y hoy es uno de ellos. Yo soy el tonto irresponsable que apenas y sabe cómo vive y él es el responsable que usa el cerebro, sin embargo, en este momento somos todo lo contrario.

—Edward —imito la tonada que mamá usa cuando va a regañarme —, quemamos el pan y mi mamá casi me deshereda —recuerdo con irritación mientras termino de secar mi cabello con la toalla—. Vamos a ir lento. Y esta vez lo cumpliremos sin importar cuán calientes estem... esté el horno de la estufa.

Aprieto los dientes y dejo la toalla sobre el lavabo. «Por favor, que no se haya dado cuenta de que iba a decir que estábamos calientes, por favor Dios».

Él se ríe a través del celular.

—¿Qué tiene que ver el horno de la estufa con ir lento? —interroga, confundido.

Muerdo mi mejilla interna en tanto pienso en alguna mentira creíble.

—Es una analogía, tonto —le digo como si fuera bastante obvio—. Las relaciones son como pan en el horno. Tienen que ir a fuego lento, cocinándose poco a poco hasta que, de forma pareja, el pan esté listo. Si se apresura el tiempo o si el horno tiene toda la llama, se puede quemar. Así somos nosotros. Si vamos muy rápido o somos muy intensos, no funcionará.

Relamo mis labios luego de soltar lo primero que salió de mi cabeza. Veo hacia el espejo que tengo delante de mí y entrecierro los ojos, amenazando a mi reflejo para que se mantenga serio y así los nervios no nos delaten. Edward chasquea la lengua.

—La inteligencia que tienes para inventar una analogía y no para admitir que estábamos calientes me sorprende muchísimo.

Mi rostro se calienta en completa vergüenza y es aún peor que cualquier otra ocasión porque esta vez puedo verme en el espejo. Lo patético que me veo sonrojado, uh. Obvio que *míster no dejo pasar nada de largo*, lo escuchó. Después de todo sí tiene sentidos de un perro.

—¡Agh!, ¿podrías solo seguirme el rollo y hacer que esto sea menos vergonzoso? —me quejo.

Tomo el celular y le quito el altavoz, luego llevo este a mi oreja y

con la otra mano apago la luz del baño a fin de salir de ahí y terminar de vestirme, solo me faltan los zapatos para estar listo, aunque no creo estarlo de forma emocional. No sé cómo estará Edward, supongo que debe estar más nervioso que yo, en su voz no se nota, pero decirle la cruda verdad a quien apreciaste en su momento no debe ser nada fácil. Y menos cuando esa verdad también te hizo daño a ti.

—Calientes —repite con una clara diversión—, eso estábamos.

Me siento sobre mi cama una vez que salgo del baño y curvo mis labios en una sonrisa, me ha contagiado su buen humor y los nervios se han disipado un poco, sin embargo, eso no quita que esté preocupado y que ahora mismo esté más rojo que Clifford por sus últimas palabras. No tiene que decirlo de esa forma, podría ser menos directo y hacer que no me sienta tan avergonzado, además no estábamos calientes, estábamos pensando con todo menos con la cabeza, pero calientes no. Bueno, sí, un poco, pero solo un poco.

—Te detesto muchísimo —le hago saber y respiro hondo. No voy a caer en sus juegos o encantos—. ¿No ves la gravedad del asunto? Casi quemamos mi casa. Bueno, exagero, pero quemé el molde que no sabía que era el favorito de mamá.

Hago una mueca con los labios. Mamá en ese instante se lo tomó bastante bien, nos hizo ordenar el desastre y limpiar, luego de eso y gracias a que pasó a comprar comida rápida porque no tenía ganas de cocinar, tuvimos una buena tarde, no me avergonzó como creí que haría, al contrario, se veía feliz por nosotros. De hecho, ya hasta comenzó a planear una segunda comida, pero con Irán incluido. No sé si quiere matarme de un infarto al corazón o si solo disfruta de verme sufrir, pero apuesto que si algún día esa comida se llega a dar, será la más incómoda de todas. Si bien Irán y Edward comparten el mismo amor por los libros, no necesito una clase en casa. Puedo oírlos hablar de literatura toda la tarde, y no gracias.

Mamá estaba de tan buen humor que creía que se le olvidaría del hecho de que quemamos el molde y que lo tuvimos que raspar con una cuchara para poder sacar las partes quemadas, no obstante, una vez que Edward dejó la casa, recibí un gran regaño.

—Yo la vi muy tranquila.

«Claro, porque no la viste en su versión mamá saiyajin nivel supremo, su furia era igual a la de Nicole Watterson, la mamá de Gumball».

—Porque esperó a que te fueras luego de comer, tonto. —Blanqueo los ojos.

—Lo siento, ya no te dejaré a cargo del horno de la estufa nunca más.

—¿Qué clase de disculpa es esa? Agh, eso no importa, es culpa de ambos —en realidad es su culpa por no dejar de ponerme nervioso,

pero no voy a discutir eso ahora. Aclaro mi garganta—. El punto es que vamos a ir lento, y lento de verdad.

—¿Qué tipo de lento? ¿Tengo que presentarme de nuevo? —inquiere y ni siquiera me da tiempo de responder porque ya está carraspeando—. Hola, soy Edward, acuario, diecisiete años, O positivo, me gusta leer y escribir, amo las canciones de Harry Styles, mi color favorito es el amarillo y los perros eran mis animales favoritos, ahora me gustan mucho las ardillas, en especial una que está llena de pecas.

Ruedo los ojos.

—¿Terminaste? —ironizo.

—Aún no —responde con burla—. Mi estación favorita es otoño, prefiero mil veces el frío que el calor, creo que el cereal va antes que la leche y amo el pan de naranja, sobre todo cuando está quemándose mientras beso a la persona que me gusta...

—Te voy a colgar.

—... me gustan los libros de romance, en especial los de relación falsa...

—Ya.

—... me gustan las películas de amor entre chicos...

—Córtalo.

—... y me gustas tú.

Frunzo los labios para evitar sonreír. No puedo creer que este chico me guste tanto, es un tonto.

—Número equivocado, esta es la línea para ir lento —imito la voz de la contestadora.

—Vale, me... gus... tas —dice con demasiada lentitud. Esta vez soy incapaz de retener la sonrisa que tanto quise ocultar—. Lo dije bastante lento en mi opinión.

—Eres increíble —menciono con sarcasmo.

—Lo sé.

Suelta una pequeña risa que me hace querer pasar a través del celular para golpearlo con mi almohada o con lo primero que encuentre. Dios, lo engreído que es. Está mostrando su verdadera cara, y no negaré que me gusta también. Engreído, tierno, tímido, divertido, descarado, todo, me gusta todo de él. Menos cuando no me hace caso, quién se cree para hacer lo que quiera a mi costa, ¿Eren Jaeger? Solo a él se lo permito. Edward aún no tiene ese privilegio, todavía está en la versión gratuita, le falta la versión *premium*.

—Ya, hablando en serio, iremos lento —repito, rechinando los dientes—. Catalino, lento, no besos, no nada y no cambiaremos eso.

—¿Por qué lo mencionas ahora y no en la escuela cuando te estaba besando?

No puedo verlo, pero apuesto a que está sonriendo. Bufo. Si no se

lo dije antes es porque tenía que recargar antes de decirle que ya no habría nada. No pueden culparme, soy débil.

—Porque no ibas a hacerme caso estando cerca —refuto. En realidad, ese iba a ser yo, pero él no tiene por qué saberlo.

—No tengo problema con eso —se defiende—, pero tú... —se calla un momento—. ¿Podrás con eso?

—¿Qué estas tratando de decir? —Alzo una ceja, ofendido—. Claro que puedo, tengo mucho autocontrol —declaro y escucho cómo vuelve a reír. Inflo las mejillas—. Y una escopeta si me contradices.

—Bueno, ardillita lenta —menciona como si supiera que estoy inflando las mejillas. Dejo de hacerlo y me irrito aún más, ¿cómo es que sabe lo que estoy haciendo? Uh, lo odio—, iremos a ese ritmo. Lento.

—En serio tienes que ir muy lento o va a doler después —amenazo, si no vamos lento podremos salir lastimados. Él se ríe de nueva cuenta y no le pregunto porque también me di cuenta de lo mal que sonó eso —. Y no, no lo dije con doble sentido, ve a la iglesia ser endemoniado.

Alguien toca la puerta de mi habitación y retiro el celular de mi oreja para tapar la bocina y gritar un «pasen». La puerta no tarda en abrirse y mi mamá entra con una expresión seria. Frunzo el ceño, por favor ya no más regaños, ya no cocinaré nunca en la vida, ya suéltame *parfavar*.

Al verme con el celular, su rostro serio se relaja y sonríe.

—¿Es Edward?

Asiento y ella se acerca a mí, pidiéndome el celular con su mano. No comprendo para qué quiere hablar con Edward si habló con él ayer, no obstante, le tiendo el teléfono.

—Hijo, gracias por los nuevos moldes, eres un amor, no era necesario.

La mandíbula casi se me cae de la impresión, ¿que hizo qué? Él está consintiéndola demasiado, cuando mi mamá no me vea voy a meter todos los regalos y voy a regresárselos a Edward. No quiero que crea que necesita darnos algo para ser aceptado, mi mamá lo aprecia sin todo eso. Parece todo lo contrario, pero es solo porque ama los obsequios.

Los escucho hablar unos segundos y por un instante me pierdo en la conversación porque hablan de *eso*. Literalmente mamá dice «¿hoy vas hacer eso?», y no sé en qué momento de la vida ellos se pusieron de acuerdo para saber algo que yo no, ¿cuándo hablaron y por qué yo no sé nada? ¿Habrán hablado cuando fui al baño? Dios, sabía que era una pésima idea dejarlos solos. Lo sabía. ¿Por qué siento que aprovecharon ese momento para aliarse en mi contra y *eso* es un plan para matarme mientras duermo?

Mamá se despide de Edward y me pasa el celular seguido de un

«antes de irte tenemos que hablar» que me hace mearme en mis pantalones. Esto ya no se siente como un regaño por no cuidar uno de sus moldes favoritos, se siente más personal. ¿Edward tiene que ver en esto? Si es así, lo mataré por no habérmelo contado. Asiento de nuevo y la confusión debe ser obvia en mi rostro, porque mamá me sonríe para tranquilizarme. Okey, aquí están pasando muchas cosas de las cuales no entiendo nada.

Ella sale de la habitación, dejándome más que desconcertado. Escucho que Edward llama mi nombre con duda y me apresuro a llevar el celular a mi oreja para seguir hablándole.

—¿Intentas ganarte a mi mamá con regalos? ¿Y de qué demonios estaban hablando? Me van a matar, ¿verdad? —soy capaz de preguntar a pesar de mi confusión.

—No tengo ni la menor idea de lo que estás diciendo —niega el muy mentiroso.

—Solo te digo que mi mamá no es buena guardando algunos secretos o cosas por el estilo, así que sí o sí le sacaré la sopa. Y luego te ahorco por no decirme nada —amenazo con mucha seriedad para que ceda y me diga lo que trama, no obstante, él solo se ríe.

—¿Ahorcarme? ¿Qué sigue? ¿Esposas? ¿No que íbamos lento?

Resoplo.

—Vamos lento —corrijo—, y deja de malpensar todo lo que digo. —Bajo la mirada hacia mis pies descalzos. Necesito apresurarme, aún necesito buscar mis zapatos y si sigo hablando con Edward se me hará tardísimo. Tengo que dejar la llamada hasta aquí—. Te dejo, todavía necesito terminar de arreglarme —aviso sin muchas ganas de cortar la llamada y dudo un segundo antes de preguntar—: ¿Estás listo para hoy?

—Ya estoy vestido.

—No me refiero a eso —mascullo—, uhm... Sé que no debe ser fácil, ya sabes...

—Estoy bien, *mon soleil* —asegura cuando comprende lo que estoy tratando de decir. Suspiro porque no suena muy convencido—. Estoy bien, no te preocupes, sí estoy un poco nervioso, pero también estoy tranquilo porque sé que ustedes estarán ahí.

—Todo saldrá bien —lo animo—. Jean dijo que llevará la raqueta de tenis de su papá —lo escucho reír y me indigno—. ¿De qué te ríes? ¡Es un arma letal! Te juro que esa raqueta es muy peligrosa, una niña de como seis años me intimidó muchísimo con una. Yo que tú no me río, puedo pedírsela prestada para usarla en tu contra.

—Una ardilla con una raqueta, sí, tienes razón, da mucho miedo —se burla de mí. Respiro hondo.

—Ya, adiós.

—¿Seguro que no quieres que vaya por ti? —interrumpe antes de

que cuelgue.

—Nope, voy con Jean y Oli, tienen que pasar por aquí para llegar, tú no —recuerdo, y él vuelve a chasquear la lengua. Sonrío—. ¿Tienes miedo de que te quiten el puesto de chofer y que termine contigo? No me importa tener dos choferes.

—Ya sé que solo estás conmigo por el auto, no tienes que repetirlo —me sigue la broma.

—El interés viene de familia —río y veo de nuevo hacia mis pies, como si estos estuvieran gritándome que deje de tontear con él y me apresure a arreglarme—. Vale, ahora sí adiós. No llegues tarde.

—Allá nos vemos.

Cuelgo la llamada con una sonrisa en mi cara. Siempre juzgué a las personas que parecían tontas luego de hablar con la persona que les gusta, pero nunca creí que yo llegaría a ser como ellas. Para la próxima juzgaré a las personas millonarias, ojalá que así me toque ser una.

Dejo mi celular en la bolsa de mi pantalón deportivo negro porque esta vez decidí usar algo cómodo que me ayude a correr si es necesario, es por eso que cuando voy al armario saco mis tenis blancos. Sé que tal vez estoy siendo un poco exagerado, pero necesito estar preparado para todo. Lo poco que conozco de Diego no me dice nada de él ni cómo va a reaccionar ante la verdad y es eso lo que me tiene preocupado y alerta. No quiero que le pase nada a Edward y tampoco a mí o a los demás.

Termino de colocarme los zapatos y meto algo de dinero en mi bolsa. Me echo perfume, pongo la gorra negra sobre mi cabello haciendo que pequeños mechones salgan de ella. Luego de ponerme el suéter blanco me doy una última mirada al espejo. Esta vez siento que voy bastante decente.

Nota aclaratoria: bastante decente se traduce como una persona que parece que va a asaltar a alguien.

Sonrío. Quitando mis bromas, me siento muy bien conmigo mismo. Algo demasiado extraño considerando que nunca me termino de gustar, supongo que el humor con el que estés también afecta tu forma de verte. Ojalá poder verme así todos los días.

Salgo de mi habitación y bajo hacia al primer piso, donde mamá debe estar esperándome para hablar de sabrá Dios qué. Solo espero que no sea nada malo, tampoco espero una buena noticia porque la vida y yo no somos muy buenos amigos, pero al menos deseo que no sea algo que vaya a terminar conmigo. Estoy muy bien como para volver al mal humor y al pesimismo de antes.

Ella está sentada en el sillón, viendo su celular. Alza la vista hacia mí cuando escucha mis pasos y palmea su costado para que me siente a su lado. Inseguro, acato a sus órdenes y me siento mientras pienso

en todo lo que he hecho en los últimos días para analizar si he hecho algo malo. Hice un montón de cosas, no sé si catalogarlas como malas, lo único malo fue quemar su molde. Por favor, díganme que no va a darme un segundo sermón, o peor aún, ¿y si me vio en la encimera con Edward y estaba esperando el momento para tener la conversación?

No, no quiero tener esa clase de conversación, ya aprendí la lección. No cocinaré nunca más sin supervisión de alguien que sí sea responsable y no se llame Edward, y menos si en lugar de calentar la estufa nos calentamos nosotros.

—¿Qué pasó? —pregunto, tragándome el miedo. Ella abre la boca, pero la cierra al escudriñar mi rostro, seguro que vio que me estoy cagando de los nervios.

—¿Por qué estás tan nervioso? ¿Hiciste algo malo por lo que crees que he dicho que debemos hablar? —Da justo en el blanco. Niego con la cabeza, y cuando noto que su mirada va hacia mis orejas sé que debo empezar a rezar—. Andy.

—¡No hice nada malo! —Alzo mis brazos, defendiéndome. No es una mentira, besuquearme con Edward y quemar el pan no es precisamente algo «malo», o no del todo—. Solo es extraño que quieras hablar conmigo de algo antes de irme.

—¿No puedo hablar con mi hijo? —pregunta, arqueando las cejas. Asiento no muy seguro—. Solo quería decirte que, no sé si lo recuerdes, pero dijiste que ibas a pensarte lo del psicólogo —suelta y pestañeo, ¿eso era todo? Creía que iba a regañarme por algo. Uh, tengo tantas cosas en la cabeza que se me pasó decirle mi respuesta—. Creo que es importante que vayas, va a ayudarte un montón y...

—Lo sé mamá —la corto con brusquedad porque no necesita tratar de convencerme, sí quiero ir. Ella se tensa por mi reacción y trato de explicarme para que sepa que estoy de acuerdo con sus palabras—. Lo he pensado bastante, y sí quiero ir al psicólogo. —Sonrío—. Sé que necesito ayuda en muchas cosas y quiero iniciar bien.

Me devuelve la sonrisa y también consigue relajarse.

—¿En qué momento creciste tanto? —Pone su mano sobre mi hombro—. Tenía un discurso preparado, estuve repasándolo varias veces, me cortaste la inspiración —reprocha y me río—. Aunque había una parte de mí que sabía que dirías eso y me adelanté un poquito... —guarda silencio mientras ve mi reacción. Llevo mi mano a la que ella tiene en mi hombro y la presiono a fin de que note que puede seguir—. Una amiga me ha recomendado una psicóloga buenísima, agendé cita con ella para este jueves, ¿estás de acuerdo? O podemos buscar a alguien más o cambiar el día, tú dime.

Niego con la cabeza. La verdad es que prefiero mil veces que ella se tome la molestia de hacer eso porque yo no tengo cabeza para

hacerlo. No negaré que me da un poco de miedo ir al psicólogo, sobre todo porque es mi primera vez, pero también sé que es necesario si quiero avanzar. Quiero hacerlo, quiero cambiar, quiero poder hacer las cosas sin detenerme a pensar en que no soy suficiente, quiero atreverme a salir de mi zona de confort, quiero poder vivir todo lo que no he podido por miedo a fracasar. Y sé que el Andy pequeño de hace un par de años, el que lloraba y reprimía sus emociones, también quiere.

—Está bien, mamá —asiento ante a lo que ha dicho—. Y muchas gracias, por todo. Por ayudarme, por cuidarme, por protegerme.

—Siempre. Tú y yo...

—Contra el mundo —completo por ella.

Ella apoya su cabeza en mi hombro y estar así con mi mamá es más que suficiente para saber que todo va a mejorar. Agradezco que mi madre siempre trate de ver lo mejor para mí porque si no fuera por su apoyo creo que yo no sería capaz de salir adelante. Me gustaría que Edward recibiera el mismo apoyo de sus padres. Estuve pensándolo y me gustaría poder ayudarlo, siento que debería hacer algo, el problema es que no sé cómo hacerlo. Es su vida y no quiero que sienta que estoy de metiche, pero al mismo tiempo no puedo solo hacer como si no supiese que hay algo malo pasando en su casa.

—¿Puedo confesarte algo? —me atrevo a preguntarle a mamá y muerdo mi lengua por haberle soltado eso, Edward me ha confesado algo muy privado, no debería decírselo a Mariel, sin embargo, creo que es la única que puede aconsejarme.

—No me digas, mi teoría de que Jean siente algo por ti es real y ahora estás en un triángulo amoroso. —Alza su cabeza para verme y hago una mueca de horror. Dios, ¿sigue creyendo que hay algo entre Jean y yo?

—Por Dios, no, ¿de dónde sacas todo eso? Deja de ver novelas por favor, te están lavando el cerebro —le suplico y ella ríe.

—Estoy bromeando... ¿o no? —Vuelve a reír y ruedo los ojos—. Dime.

Ignoro su primer comentario y pienso un instante sobre lo que debería decirle. No quiero darle muchos detalles sobre la vida de Edward porque no me corresponde hablar de eso, solo le diré lo necesario para que pueda ayudarme.

—Edward tiene una relación difícil con su papá y no lo menciona tanto, pero por lo poco que me ha dicho sé que es algo bastante complicado y no sé cómo ayudarlo. —Arrugo la nariz—. Además de que ciertas cosas que pasaron en la escuela deben tenerlo mal emocionalmente. No quiero que crea que quiero meterme en su vida, solo me gustaría poder hacer algo.

—Puedes ayudarlo escuchándolo, apoyándolo, haciéndole saber

que no está solo —farfulla—. Una vez te dije que tú no eras mi psicólogo, y es lo mismo con tu pareja, no lo eres. Si necesita sanar también debería buscar ayuda profesional, sanarlo no te corresponde a ti más que a él mismo.

Hago un mohín con los labios. Sé que tiene razón, pero me gustaría poder hacer más. No quiero solo quedarme de brazos cruzados.

Mamá suelta un suspiro y baja la mano de mi hombro.

—Tal vez no es la respuesta que querías, pero te pongo un ejemplo, a Edward no le correspondía solucionar tus problemas con tu padre, solo a ti —me recuerda la situación que pasamos y tiene un punto, solo que mi papá no es alguien que pueda dañarme físicamente—. Es lo mismo contigo. Háblalo con él, intenten buscar soluciones juntos. Y anímalo a pedir ayuda si lo necesita.

Asiento. Si es lo único que puedo hacer por ahora entonces lo haré. Me siento un poco frustrado por eso, sin embargo, por algo se empieza. Agradezco a Mariel y me remuevo cuando mi celular vibra. Lo tomo y blanqueo los ojos cuando veo el mensaje que Jean me ha mandado. «Estamos afuera, mueve el culo o te dejamos».

Debí haberle dicho a Edward que me llevara. Si antes le debía más de un favor a Jean, ahora le debo mi vida, creo que necesito hipotecar la casa para poder pagarle todo lo que ha hecho por mí. Para mi fortuna él solo dice eso de broma, pero sé que cuando quiera un favor no podré negarme. Uh, me metí en una graaan deuda que no quiero pagar.

—Es Jean, ya está afuera.

Notifico a mamá, quien asiente con una sonrisa. Me levanto del lugar y guardo el celular en mi pantalón, reviso si llevo todo lo necesario y giro sobre mis talones para despedirme de mamá.

—No vendré tarde.

—No importa —me guiña el ojo con exageración. La veo ceñudo—. Diviértete —me guiña el ojo otra vez. Entrecierro mis ojos en su dirección. ¿Qué le pasa en el ojo?

—¿Eso por qué fue? —interrogo, acto seguido recuerdo la extraña conversación que tuvo con Edward y la veo con recelo—. ¿Qué ocultas con Edward?

—¿Yo? —Se señala a sí misma con el dedo, como si no comprendiera de lo que estoy hablando. Asiento—. Nada, no tenemos nada que ocultar.

Y, por tercera vez, cierra uno de sus ojos, guiñándome. Creo que ya sé de quién saqué lo mal mentiroso.

—Eres una pésima mentirosa y eres pésima guardando secretos, lo sabes, ¿no? —pregunto, a lo que ella solo ríe—. Si algo me pasa, Edward y tú serán los responsables, aviso.

Mamá solo me guiña de nuevo y hago un esfuerzo sobrehumano

para no exasperarme y responderle. Doy media vuelta y camino a la puerta, la abro y salgo enseguida. Fuera de casa escucho a Mariel decir «tómense su tiempo» y hago como si no hubiera escuchado nada. No puedo con ella ni con Edward y lo que sea que se traigan entre las manos.

Camino hacia la camioneta del papá de Jean, me sorprende mucho que se lo haya prestado, entiendo al señor y su preocupación por su auto, si yo tuviera un hijo como él también pensaría mil veces en prestarle mi auto. Si bien él es responsable, también es un poco «mírame y no me toques», por ejemplo, la vez que estuvo diciéndose de cosas con los autos de atrás cuando le tocaron el claxon al no apurarse en un semáforo.

Del lado del copiloto se encuentra Oliver, lo reconozco porque a pesar de que está apoyado en la ventana veo su cabello castaño. Al final no supe si son novios o no, es decir, ellos no lo dicen, se limitan a decir que están en algo y supongo que eso es más que suficiente para el par. En mi cabeza ya están hasta divorciados.

Los saludo en tanto abro la puerta de atrás. Ellos no parecen notar que he entrado porque están peleando por algo que no entiendo. Ugh, salieron peor que mis padres.

—Holaa —alargo la «a» para que noten que estoy ahí. Como no lo hacen, pateo el asiento de Jean. Él se asoma por este con el ceño fruncido y al verme cambia su expresión por una confusa.

—¿En qué momento entraste? —inquiere.

—Cuando estaban discutiendo —respondo y saco mi celular de mi bolsillo para escribirle a Edward y decirle que ya vamos en camino—. Literalmente un ladrón pudo haber entrado y robarles hasta el alma y ustedes no se hubieran dado cuenta.

No soy capaz de ver sus expresiones, pero el silencio es más que suficiente para saber que deben estar un poco avergonzados. Solo un poco, porque ese par de divorciados no conoce ni lo que es la vergüenza.

—Como sea, pueden seguir peleando si quieren, yo no juzgo, es más, disfruto oír chismes ajenos —les hago saber. Jean suelta un bufido y Oliver ríe.

—Cállate que soy capaz de bajarte del auto y hacer que camines hasta la plaza —advierte y no digo nada más porque yo también sé que es capaz.

Enciende el auto, y si están hablando la verdad es que no les presto atención porque estoy mensajeándome con Edward. Nuestros mensajes se resumen en un «deja de escribirme, no puedes mandar mensajes cuando manejas» de mi parte y en un «dejaría de hacerlo si dejaras de mandarme mensajes» de su parte. Por un momento él deja de responder y mi cabeza comienza a alarmarse y a echarse la culpa,

no obstante, al ver que vuelve a estar en línea me tranquilizo. Solo le mando un sticker de un gatito y salgo de WhatsApp para no responderle más.

—Andy, ¿estás escuchándome? —Jean pregunta y junto las cejas. ¿Me estaba hablando? Me da una mirada por el retrovisor y mi expresión me delata—. Antes eras bobo, ahora con Edward lo eres aún más —abro mi boca, ofendido, pero no digo nada más porque sé que tiene razón. Él exhala—. Decía que sé cuáles son tus planes. Solo nos invitaste a salir porque quieres guardaespaldas, luego de eso seguro que nos dejan abandonados para irse a besuquear.

—O a hacer algo más, ya sabes cómo son los jóvenes de hoy en día —agrega Oliver con un tono similar a la de las personas adultas cuando intentan echar en cara lo que hacen los menores. Esa clase de adultos que dicen cosas ridículas como «¿reggaetón? No, yo solo escucho a Beethoven, la música murió hace años. Nací en la época equivocada».

—Les juro que no, solo creí que era una buena oportunidad. Si ustedes están, nada malo pasará —explico—. No sé cómo va a reaccionar Diego, pero si estuvo molestando un año entero a Edward porque creía que él golpeó al chico que quería, no sé cómo va a reaccionar si se entera de que salían a sus espaldas. Estoy preocupado.

Como he dicho, tal vez estoy exagerando, pero sigo teniendo un mal presentimiento que no me deja tranquilo. Solo quiero que este día acabe para poder saber que todo salió de maravilla. Al menos puedo desahogarme con el par. Le conté la verdad a Jean y Oliver después de que Edward me dijera que estaba de acuerdo y ellos se sorprendieron al igual que yo, al menos eso me dijeron los stickers con caras sorprendidas que mandaron al grupo que tenemos.

—No va a pasar nada malo, solo van a hablar, no a apuntarse con armas o cosas por el estilo. No pienses en eso —aconseja Jean, como si fuera fácil no pensar en ese tema. Si fuera tan fácil ya hubiera dejado de pensar.

—Estaremos en un lugar público, y mira —Oliver me llama y elevo mi barbilla para poder ver lo que va a mostrarme. Él alza la raqueta de Jean y eso me hace soltar una risa—, trajimos la raqueta de tenis, obviamente no va a pasar nada, no creo que Diego quiera enfrentarse a la raqueta.

—Ni a Jean —añado—, qué miedo.

—Mucho menos a Jean con una raqueta —agrega Oli—, Dios, el doble de miedo. Me cago y tres veces.

Los dos nos echamos a reír y Jean solo nos lanza una mirada asesina, de esas que te hacen callar al instante porque te provocan miedo.

—En serio que voy a manejar a toda velocidad y nos lanzaré por

un precipicio si continúan, no me importa morir si ustedes dos también lo hacen —brama, molesto. Oliver y yo compartimos una mirada cargada de miedo, y eso es todo lo que Jean necesita para estar satisfecho—. Los que bromean diciendo a cada rato que quieren morir no parecen querer morir ahora.

—¿Quién va a querer morir en un precipicio, tonto? —contraataco.

—Como sea —chista—. El punto es que dejes los nervios para otro momento. Todo saldrá de maravilla, sin importar la reacción de Diego. Y creo que reaccionará como cualquier otra persona, no esperes a que su reacción sea buena o que los felicite por haberle visto la cara de idiota, si se molesta tiene todo el derecho de hacerlo.

Juego con los dedos de mis manos. Tiene toda la razón, pedirle a Diego que reaccione bien es bastante tonto considerando que su exnovio y su ex mejor amigo salían cuando ellos aún eran novios. No quiero ni imaginar lo que yo sentiría si me dijeran que las personas en las que más confío me han traicionado de esa manera. No obstante, eso no significa que tiene derecho a hacerles algún daño físico o algo así. Tal vez solo es porque estoy del lado de Edward, pero no quiero que nada le suceda.

—Debe ser complicado decirle la verdad —Oliver menciona y asiento de acuerdo con él.

—Aún más tener que escuchar eso. Yo jamás perdonaría que mi amigo y pareja me hayan visto la cara de idiota, aviso —Jean nos lanza otra mirada, en especial a Oliver. Me remuevo en mi asiento, eso nunca pasará, no me gustan los chicos. Bueno, ya sé que me gusta uno, pero... agh, no voy a tocar esto de nuevo.

—Yo sí los perdonaría —contradice Oliver—, pero no los trataría nunca más.

Si yo fuera Diego tal vez tomaría la postura de Oliver. Los perdonaría porque no querría vivir con eso toda mi vida y no les volvería a hablar nunca, les pediría que me olviden, así como yo intentaría hacerlo. Si Diego decide ser un Jean está, muy bien, no tiene la obligación de perdonar a quienes lo lastimaron, y lo mismo sucede con Edward, también puede no perdonar las agresiones que Diego tuvo contra él.

—¿Estás bien sabiendo que Edward...?

Jean ni siquiera es capaz de formular su pregunta, y lo entiendo, para él yo soy alguien con quien debe tener tacto en esa clase de cosas. ¿Estoy bien sabiendo que el chico que me gusta engañó a su mejor amigo con su novio? No del todo, principalmente porque soy alguien inseguro, pero cuando Edward bromea conmigo, cuando repite a cada momento que le gusto, cuando noto las ganas que tiene de iniciar esto de la mejor manera, siento que puedo confiar en él.

—Claro que tenía dudas y miedos —susurro—, aún los tengo, pero

él se arrepiente de lo que hizo. Y quiero creer que todos merecemos una segunda oportunidad.

Nadie me responde en el auto, y la verdad es que prefiero que sea de ese modo. No quiero escuchar que digan que estoy siendo un tonto por pensar de ese modo o que alimenten mis inseguridades. Confío en Edward y confío en que el futuro no suena tan mal como solía creer.

—Es una buena persona, así que si tú confías nosotros también. —El rubio me sonríe e imito su acción.

—Además tenemos una raqueta, la podemos usar si te hace daño —Oliver interviene y río negando con la cabeza.

Pobre Edward, es la persona con más amenazas de este mundo. Mi papá lo tiene amenazado, mis amigos y yo también. Solo falta que mamá lo haga y será su fin.

Al llegar a la plaza veo el auto de Edward aparcado. Reviso mi celular ya que no lo había tomado desde que lo guardé y noto los mensajes de Edward diciendo que ya llegó, que está afuera de la cafetería, los mensajes son de hace ya varios minutos, debe estar esperándonos. Bajamos del auto, yo estoy cagado de los nervios porque sé lo que se viene, y el otro par como si nada. Las personas ven a mis amigos con rareza por la raqueta de tenis y luego me ven a mí, hay una señora que agarró a su hijo con fuerza y se alejó de nosotros. Sabía que este *outfit* me hacía parecer como si fuera a robar una tienda.

Subimos a la segunda planta, donde está la cafetería, y en el transcurso trato de apaciguar los latidos de mi corazón. Aprieto los labios y me pellizco para obligarme a mí mismo a mantener la cordura. Estoy con mis amigos, nada malo sucederá.

Una vez que estamos frente a la cafetería visualizo a Edward, de espaldas, y no tardo en acercarme a él. Cuando él escucha que lo llamo por su nombre, gira a verme y me regala una sonrisa nerviosa. Está igual que yo.

El par de divorciados saluda a Edward y luego se hace a un lado para dejarnos solos y porque están tratando de hablar con Karla y Mary, ya que aún no llegaron.

Espero que Edward diga algo, pero él no dice palabra, ni siquiera tengo que preguntar por qué, la expresión de miedo en su rostro me confirma que esto no está siendo nada fácil para él. Rasco mi mentón y tomo sus manos con las mías.

—Tú puedes hacerlo —animo—. Trajimos la raqueta, por si acaso —señalo a Oliver, quien está sosteniendo nuestra arma letal, y Edward se ríe al verlo.

—Gracias —sonríe.

Estoy a punto de regresarle el gesto, pero detrás de él reconozco a la persona que está acercándose a nosotros. El cabello pelirrojo y el

rostro lleno de pecas son la puñalada que hacen que mis inseguridades salgan a flote. Un nudo se me forma en el estómago e intento que mi expresión no decaiga, porque lo que menos debería preocuparme ahora es Ben.

—Hola —saluda el pelirrojo con timidez.

Trago con fuerza y mi mirada se mantiene en él, sin poder siquiera disimular. Ben es un poco más alto que yo, pero eso no me intimida, lo que me intimida es saber que él y Edward tuvieron algo en el pasado y que él me supera por mucho. Él es lindo, muy lindo, de la clase de persona que ves en el supermercado y que quieres tomarle una foto para seguir admirándola, yo parezco nada a su lado, no sé cómo Edward terminó con alguien como yo.

Aprieto los puños cuando me doy cuenta de mis pensamientos. No ahora.

Edward se tensa al oírlo y gira la cabeza sin soltar mis manos.

—¿Diego ya está dentro? —inquiere, ni siquiera lo saluda. Ben asiente.

—Ya —suelta un suspiro—. Gracias por venir —se dirige a Edward, pero luego voltea a verme y el corazón se me detiene un instante. Me sonríe—, a los dos.

Trato de sonreírle, pero apenas y puedo respirar. No soy de los que suelen ser groseros con los demás, sin embargo, en esta ocasión parece que lo estoy siendo. No es mi culpa, solo... me siento demasiado abrumado como para siquiera ser capaz de existir. Al final termino asintiendo.

Volteo a los costados para buscar a Jean con la mirada, él ya nos está viendo y supongo que tengo una cara lo bastante asustada como para que se acerque a nosotros, jalando a Oliver del brazo.

—Bueno, pasaré primero —Ben nos anuncia, nervioso, y entra a la cafetería.

—Karla y Mary todavía vienen en camino —Jean nos hace saber y maldigo en mi interior porque sé lo que va a decir a continuación—, pasen primero, ahora los alcanzamos.

Lo miro con urgencia para que sepa que necesito que esté ahí con nosotros y que no quiero estar solo, pero Jean solo me sonríe. No ayuda mucho, sin embargo, Edward aprieta su mano sobre la mía como si quisiera tranquilizarme. Tomo una bocanada de aire y le devuelvo el gesto. Su mano se siente cálida y como el abrazo que estaba necesitando en este momento.

—Vamos —le digo a Edward. Él asiente y, con los nervios a flor de piel, entramos a la cafetería.

Todos mis sentidos se ponen en alerta de inmediato, aunque tenga al mismísimo Ben siendo todo lo contrario a lo que imaginé en el mismo lugar que yo, eso no me pone nervioso en este momento, lo

que me pone nervioso es saber que Diego está aquí y que va a escuchar la verdad después de tanto tiempo.

Dios, si estás ahí escuchándome, que todo salga bien, por favor. Miren Amiano no intervengas hoy, muchas gracias.

Diego y Ben están sentados en una de las mesas del fondo. Diego nos da la espalda, así que no podrá vernos hasta que estemos muy cerca, eso me relaja un poco, porque al menos no habrá una entrada muy dramática ya que lo tomaremos por sorpresa. Parece que ambos están hablando, y cuando Ben alza la mirada hacia nosotros sé que los peores minutos de mi vida están por comenzar.

—Invité a alguien más.

Ben menciona, y Diego sigue la mirada de este, gira su cabeza y nos ve por encima de su hombro. Al ver a Edward aprieta la mandíbula con bastante fuerza y sus ojos se abren en grande, entre una mezcla de confusión y molestia. Hace el intento por levantarse de su asiento, pero Ben toma sus manos.

—¡¿Qué haces aquí?!

Gruñe con fastidio y yo solo quiero salir corriendo de aquí. Edward se pone frente a mí, dándole la cara, y me siento como un pollito siendo protegido por su mamá gallina.

—Yo lo invité —Ben susurra y Diego deja de apretar la mandíbula, su expresión ahora es de pura sorpresa. Alza sus cejas y entreabre los labios, incrédulo—. Por favor, escúchanos, hubo una gran confusión esa vez y necesitas saber lo que pasó en realidad —pide el pelirrojo con desesperación, y a este no le queda de otra más que aceptar.

La duda en sus ojos es evidente y supongo que, si no se ha marchado todavía, es porque Ben se lo ha pedido. Después de todo, era la persona que le gustaba.

—Lo hago por ti, no por ese idiota —Diego confirma lo que creía.

Le lanza una mala mirada a Edward. No soy capaz de ver la reacción en su rostro porque está frente a mí, de espaldas, pero si yo fuera él sí me hubiera afectado un poco.

Edward reafirma su agarre en mis manos y dejo que él camine y que nos guíe hacia nuestros asientos. Él se sienta a un lado de Diego y yo del otro lado, quedando en medio de Edward y de Ben. La forma en la que nos hemos sentado me pone más tenso, es la posición perfecta para que ellos puedan atacarse si lo desean. Uh, debí ser yo el que se sentara al lado de Diego. Muerdo mi labio.

Diego no le quita la mirada de encima a Edward, creo que debe tener muchísimas preguntas en su cabeza, y si se está ahorrando las ganas de lanzarse sobre él debe ser solo porque Ben está aquí. Yo quiero hacerme pequeño en mi lugar para que nadie note que estoy ahí, aunque la verdad es que sobro bastante y nadie debe notar mi existencia, ni siquiera Diego. ¿Debí haberme ido a otra mesa? Sí, pero

ya es muy tarde para levantarme.

Un silencio incómodo se forma en la mesa y me arrepiento de no haber descargado algún juego en mi celular para distraerme un poco.

—Lo siento. —Es lo primero que suelta Ben, de la nada.

Me sorprendo demasiado, al menos yo no creía que iba a soltarlo tan rápido.

—¿Por qué? —pregunta Diego, juntando las cejas.

Aprieto el menú que está sobre la mesa contra mis manos. Aquí vamos. Agradezco que la mesera no haya llegado todavía, porque sería más incómodo.

—Te mentimos. Edward jamás me golpeó por homofóbico —sincera, volteando a ver al susodicho. Diego deja de juntar las cejas y pestañea, confundido—. Yo traté de besarlo a la fuerza. —Lo veo pasar saliva y ahora sí que me gustaría tener un control y ponerles mute para no seguir escuchando lo que están diciendo—. Salíamos.

Ese «salíamos» es el detonante de la gran explosión que estoy seguro está a punto de pasar. Diego voltea a ver a Edward con rapidez, incrédulo. Edward cambia su semblante serio por uno arrepentido. Aprieto su pierna por debajo de la mesa para que sepa que estoy aquí y que puede hacerlo.

—Lo siento muchísimo.

Se disculpa y eso es suficiente para que Diego pueda confirmar las palabras de Ben. Clavo las uñas de la mano que tengo sobre la mesa en la palma de esta y atrapo mi labio inferior con mis dientes, nervioso. Mantengo mi vista en Diego para estar atento a cualquiera de sus próximos movimientos.

—¿Es una broma? —inquiere. Ninguno de los dos dice nada. Frunce el ceño y enseria su rostro—. ¿Por eso cancelaban planes? —Silencio, de nuevo. Voltea a ver a Ben—. ¿Cancelabas nuestras citas para estar con Edward? —Como no obtiene respuesta, gira a ver al otro—. ¿Tú decías que estabas ocupado para verte con él? —la decepción en su voz es clara. Edward asiente y él traga saliva—. Éramos amigos, los tres.

»Tú eras mi novio —le habla a Ben. Pasa las manos por su rostro y las sobre sus sienes—. ¿No sentías nada por mí? ¿Fingías quererme? —la voz se le rompe y me siento mal por él. Trago el nudo que se forma en mi garganta y sigo apretando la pierna de Edward con mi mano. Ben susurra otro «lo siento» y trata de tomar las manos de Diego, pero él se aparta—. ¿No sentían nada cuando me miraban la cara de imbécil? ¿Desde cuándo lo hacían? ¿Pensaban seguir haciéndolo?

Con cada pregunta que formula la voz se le rompe un poco más. Y las ganas que tengo de cambiarme de mesa aumentan porque estoy sobrando aquí.

—No —Edward responde de inmediato—, me di cuenta de que estaba mal, Dios, en serio me di cuenta, eras importante para mí y no te merecías lo que hicimos —al fin se atreve a mirarlo y noto que está conteniendo las lágrimas porque sus ojos están rojos—. No te lo merecías —murmura de nuevo, avergonzado—. Rompí con lo que estábamos haciendo.

—Gracias, saber que ya no iban a seguir viéndome la cara de imbécil ayuda más —responde Diego con sarcasmo. Echa la cabeza hacia atrás y aprieta los puños sobre la mesa con fuerza.

—Yo no quería que acabara lo que teníamos —Ben admite, y eso provoca que Diego regrese su atención a él—. Le dije que te diría que estuvo coqueteándome si se atrevía a dejarme y terminé forzándolo para que me besara —toma aire—. Él me apartó y los demás creyeron que era homofóbico y yo... yo no pude decir la verdad. Pero ahora sé que estuve mal en todo, en salir con él, en forzarlo a no dejarme, en ocultar la verdad y en hacerlo quedar como el villano cuando no fue así. Yo también fui el responsable. Lo siento mucho.

—Perdón —Edward vuelve a disculparse—, sé que hicimos mal y que nada de lo que te digamos va a hacer que nos perdones. Tienes todo el derecho de no hacerlo, solo creí que necesitabas saber la verdad, traté de hacerlo antes, pero no me dejaste —enmudece unos segundos—. Puedes odiarme todo lo que quieras, he aguantado que lo hagas durante todo un año, pero la última vez no te metiste conmigo, te metiste con mi novio, y él no tiene nada que ver en esto. No me perdones y trátame como quieras, pero si lo tocas a él no voy a quedarme de brazos cruzados.

Abro los ojos de par en par porque se supone que vino aquí a disculparse, no a amenazarlo. Pateo su pierna para que deje de decir estupideces que puedan desencadenar algo grave y funciona, porque el tonto ya no dice más. Espero a que Diego le responda con molestia, sin embargo, solo suelta otra risa sin humor.

—Te traté mal durante un año creyendo que hacía bien, Dios. —Vuelve a llevar sus manos a su rostro con furia y me doy cuenta de que una lágrima cae por su mentón. El estómago se me encoge.

La mesera llega por fin con dos malteadas que supongo ellos debieron pedir antes de que nosotros nos sentáramos y nos dirige una mirada nerviosa y cargada de tensión, seguro que escuchó todo lo que estaban diciendo. Sí señorita, yo también estoy como usted, tenso y nervioso. Lléveme, por favor.

Diego se mantiene de esa forma un par de segundos y cuando talla sus ojos, limpiando el rastro de lágrimas, pone su atención en el par.

—Los dos me dan asco, muchísimo, como no tienen ni puta idea —declara con molestia y se levanta de su lugar. Ni Edward ni Ben dicen algo, y bueno, qué más pueden decir. Diego pone su mirada sobre mí

y trago saliva—. Cuidado, tal vez y te vean la cara de imbécil también.

Me quedo mudo. Ni siquiera me ha insultado, pero siento casi como si lo hubiera hecho. Niego con la cabeza, confío en Edward. Si él no hubiera cambiado no estaría aquí, admitiendo su error y contándole la verdad. Sé que Diego debe sentirse dolido y traicionado, sin embargo, él también hizo algo malo, no es solo la víctima. El año de acoso escolar que tuvo Edward no se justifica, sin importar qué.

Diego toma su suéter y antes de retirarse pone su mirada sobre las malteadas que están en la mesa. Tardo unos segundos en conectar mis neuronas y adivinar su próximo movimiento. Me levanto de la mesa, pero no soy lo suficientemente rápido, ya que él toma uno de los vasos y se lo lanza con fuerza a Edward.

Mi respiración se entrecorta y doy un grito ahogado porque creía que le había lanzado el vaso de cristal, pero me relajo al ver que solo lo ha manchado. Edward se levanta de su lugar, empapado con el líquido rojizo.

—¡¿Qué te pasa, idiota?! —encaro a Diego, molesto y tomo el otro vaso que ha dejado sobre la mesa, pero Edward agarra mis manos, impidiéndome hacer lo mismo que el tonto de Diego.

Trato de zafarme del agarre de Edward, pero él no me lo permite. Lo veo molesto.

—Está bien, no pasó nada —murmura, y aunque diga eso no soy capaz de tranquilizarme.

—¡Sí pasó, suéltame!

Hemos llamado la atención de los demás comensales y supongo que será cuestión de segundos para que los trabajadores vengan y nos echen del lugar. Yo no quiero irme sin antes devolverle la misma jugada a Diego, sé que está molesto, pero vamos, Edward no es el único responsable. Suelto un bufido cuando veo que Diego da la vuelta y se marcha de ahí. Ya no continúo intentando zafarme del agarre y Edward me suelta por fin. Pienso unos segundos antes de ir detrás de Diego, pero me arrepiento porque no sé cómo vayan a terminar las cosas.

De todas las posibles cosas que pudieran suceder esta fue la más «tranquila». No quiero decir que estuvo bien lo que hizo ni que me alegra que le haya tirado la bebida a Edward, pero mi pecho se siente más tranquilo ahora que sé que lo peor ya pasó. Regreso mi atención a Edward y tomo las servilletas que hay en la mesa para limpiarle el rostro.

—Tú también tienes un poco de la malteada en tu rostro —me dice, pero no hago caso.

—No tanto como tú, Dios, es un idiota —paso la servilleta por su mejilla y hago una mueca al verlo de ese modo.

—¿Está todo bien? —pregunta una voz desconocida a nuestro

costado. Quiero soltarle algo como «¿te parece que está todo bien?», pero al voltear a ver a la persona, me petrifico.

Es un chico como de nuestra edad, castaño, alto, con el uniforme del lugar. La placa de «James Alexander» seguido de un «cocinero» está sobre su playera blanca, y eso es lo que me pone nervioso. Es un trabajador de la cafetería, sabía que no tardarían en echarnos. Como es normal en mí, comienzo a pensar en posibles situaciones en las que todo sale mal, ahora mismo pienso que va a llamar al señor de seguridad y que vamos a ir a la cárcel.

—Le traeré toallas para que pueda limpiarse, puede pasar a nuestro baño —le dice a Edward al no obtener respuesta de su primera pregunta, y niega.

Suspiro, al menos no nos han corrido del lugar.

—Perdone —Ben se disculpa con el empleado y pestañeo, había olvidado que estaba aquí—. Yo pagaré los daños —se ofrece.

No sé qué es lo que pasa después de eso porque ya estoy tomando más servilletas para limpiar a Edward. Él me sonríe. No sé por qué sonríe si esto es un auténtico desastre.

—Lamento que te pasara eso —Ben masculla, dirigiéndose a Edward—. Y… gracias de nuevo por venir.

—Lo hice porque también soy responsable de lo que pasó —contesta a la defensiva.

—Lo sé, pero aun así quería darte las gracias —suspira—. Pagaré y me voy, en verdad lamento todo. ¿Podríamos seguir en con...?

—No, no quiero, Ben —Edward lo corta antes de que termine su pregunta. Ha sonado un poco molesto y él se percata de eso porque carraspea y trata de sonreírle—. Te deseo todo lo mejor, pero no quiero volver a cruzarme contigo, espero que lo entiendas.

Ben aprieta los labios y asiente.

—Les deseo lo mejor en su relación —sonríe y camina lejos de la mesa.

Lo veo solo unos segundos hasta que desaparece de mi vista. Suelto un poco de aire que parecía que estaba reteniendo y consigo estar más tranquilo ahora que Ben se ha ido. No sé si él en verdad lamenta lo que sucedió, pero eso ya no me importa, también espero que las cosas vayan mejor para él. Lo que estuvo atormentando a Edward al fin ha salido a la luz, y eso es lo único que me interesa.

—¿Cómo te sientes? —le pregunto. No lo digo por la malteada que tiene encima, sino por lo que pasó. Después de un año le ha dicho la verdad a Diego.

—Creí que iba a sentirme mejor después de decirle la verdad —confiesa, relamiendo sus labios—, pero es todo lo contrario. Me siento peor. ¿No hubiera sido mejor que él no supiera esto? Es decir, creo que tal vez él también hubiera preferido seguir creyendo que solo yo

fui el idiota.

Arruga la nariz y creo que entiendo su punto. Diego quería a Ben, y a sus ojos el único culpable era Edward, jamás imaginó que la persona que quería también le vio la cara.

—Él necesitaba saber la verdad.

—Lo sé, solo... Ugh, no sé ni qué pensar.

Termino de limpiar su cara y tomo su rostro con mis manos para que me vea.

—Hiciste lo correcto.

Sonrío y él también esboza una pequeña sonrisa.

—Solo tardamos unos minutos y esto pasó. —Escucho la voz de Oliver y blanqueo los ojos. Vinieron demasiado tarde—. Vaya, creo que no se lo tomó bastante bien.

—¿En serio? No me digas —ironizo y giro a verlos, el cuarteto de tontos está caminando hacia nosotros. Jean y Oliver no se ven sorprendidos por cómo está Edward, pero Karla y Mary sí que lo están, las pobres no saben nada de lo que pasó.

—Esperaba ver sangre por todo el sitio, yo creo que sí salió muy bien —Jean, siendo un amor como siempre, menciona. Edward se ríe por eso y por primera vez estoy de acuerdo con sus palabras, yo también esperaba lo peor. Me alegra saber que solo era un presentimiento.

—En tu defensa, el rojo te sienta bastante bien, ¿no has pensado en teñirte de rojo? —Oliver le pregunta a Edward y él niega riendo.

—¿Por qué estás así? ¿Pasó algo malo? —Karla inquiere, llegando a nuestro lado.

—Porque le gusta estar manchado —responde con sarcasmo Jean —, obviamente pasó algo malo, tonta.

—Ni siquiera te estoy hablando a ti, ugh, qué insoportable eres, ya cásate.

—No nos desees el mal, por favor —Oliver se mete en su conversación y una pequeña pelea comienza entre los tres. Ruedo los ojos y quito mi atención del trío de idiotas y veo a Edward, quien hace una mueca al ver lo manchado que está.

—¿Quieres que pasemos a tu casa para que te cambies? —sugiero porque debe ser incómodo estar así, Edward asiente. Jean escucha lo que digo y se voltea hacia nosotros.

—Ahí está, lo sabía, se van a ir para besuquearse y nos van a dejar.

Le lanzo una de las servilletas a la cara.

—No vamos a besuquearnos. Iremos a su casa y luego regresamos.

—¿No vamos a besuquearnos? —Edward interroga con decepción y le doy una mala mirada—. Uh, obvio no.

Jean suspira.

—Hagan lo que quieran, yo ya cumplí mi papel de guardaespaldas.

—Un pésimo guardaespaldas —aclaro y él me lanza la misma servilleta a mi rostro.

—No es mi culpa que ciertas personas llegaran tarde —hace énfasis en la palabra «ciertas personas» y voltea a ver a Mary y Karla.

Sigo su mirada. Karla discute con Oliver y Mary solo está parada ahí, viéndolos, se ve bastante incómoda. Casi olvidaba que tenía que hablar con ella. Estaba tan tenso con el tema de Diego y Ben que se me había pasado que yo también tengo algo pendiente con Mary. Carraspeo y salgo de la mesa.

—Espérame.

Le aviso a Edward y él asiente, confundido. Me dirijo hacia Mary y ella al ver que voy hacia su dirección, frunce las cejas. Debe desconcertarla que yo le hable, en especial porque no hemos hablado desde hace mucho. Es mi culpa por tener la cabeza en todo menos en esto.

—Hola —la saludo y eso la deja más confundida—, sé que no hemos hablado desde que comencé a salir con Edward y es precisamente por eso que quería hablar contigo, no sé por qué te alejaste de nosotros, o bueno, de mí, sé que él no te cae bien y que probablemente yo tampoco, pero es una buena persona...

—Andy, déjalo —me interrumpe—. Sé qué es lo que quieres decir, y creo que tienes cosas más importantes que solucionar ahora. —Señala a Edward y entreabro los labios para decir que tenemos tiempo, pero ella se niega a hablar—. Hablamos después —sonríe—. Y Edward no me cae mal, y tú tampoco, solo... hablamos después.

—Me gustaría hablar ahora —insisto y ella niega otra vez.

—Yo no, en verdad no quiero hablar hoy, ve con tu novio.

Le sonrío y no insisto más. Si no quiere hablar ahora, respeto eso. Al menos sé que no le cae mal Edward y que yo tampoco. Tengo una leve sospechosa de por qué se ha alejado y creo que ella sabe que yo también lo sé. Sin embargo, si no lo va a mencionar ahora, voy a esperarla. Volteo a ver a Edward y cuando nuestras miradas se encuentran le señalo la puerta de la cafetería para que se levante y vayamos a su casa para que se cambie. Él comprende lo que quiero decir y lo hace.

—Regresaremos —aviso a los demás, pero por la forma en la que me ven siento que no me han creído.

—Claro, luego de besuquearse —Jean pone los ojos en blanco.

Ni siquiera la respondo porque no importa cuánto le diga que no iremos a hacer eso, él no va a creerme. A este punto ni siquiera yo creo en lo que digo.

—¿En serio no vamos a besuquearnos? —Edward interroga una vez que llega a mi costado. Bufo.

—No, no vamos a besuquearnos.

—¿Ni siquiera un poco?

—Te voy a tirar el otro vaso de malteada si sigues preguntando.

Él guarda silencio.

(…)

—¿Sabes? Este no es el camino para ir a la plaza, ¿a dónde me llevas? ¿Debo llamar a la policía? —le pregunto, confundido.

Edward curva sus labios en una sonrisa.

—Tranquilo, te va a encantar —trata de calmarme, pero sus palabras logran el efecto contrario—. No estamos muy lejos, confía en mí.

—Estamos cruzando toda la ciudad, llegaré tarde a casa de regreso y ni siquiera podremos ir con los demás —reprocho.

—Ellos ya sospechaban que no íbamos a regresar. —Chasquea la lengua—. Y tu mamá sabe que llegarás un poquito tarde.

La conversación que tuvo con mi mamá esta tarde aparece en mi cabeza como un recuerdo. Sabía que ese par se traía algo, mamá es demasiado obvia. Jamás le digo qué regalos voy a darle a ciertos familiares en Navidad o cosas por el estilo porque sé que ella se lo estará contando al segundo.

—Te aliaste con ella para matarme, ¿cierto?

—No puede ser, nos descubriste —me sigue el rollo y me ve de reojo.

—¿Al menos puedo saber a dónde vamos?

—Nop.

Inflo las mejillas. Todo esto me pone ansioso. No me gusta el aura misteriosa que se trae.

—Sigues apestando a frutos rojos —lo molesto para matar el rato.

—Oí que a las ardillas les gustan los frutos rojos.

—No es cierto, los odiamos con todo nuestro ser.

—«Los odiamos» —repite lo que he dicho, y si no fuera porque se está burlando de mí ni siquiera me habría dado cuenta de que me incluí. Aprieto los labios.

—Ni una palabra más o me bajo.

Vuelve a reírse de mí y mantengo la vista al frente. El cielo ya está bastante oscuro, no sé ni siquiera qué hora es porque mi celular se descargó, pero cuando salimos de su casa después de que se cambiara ya eran las ocho, así que supongo que ya es tarde. Tardamos un poco porque Edward se bañó, en ese transcurso yo conocí al ser que él ama más en este mundo, su perro. A Lazy le he caído bastante bien, así que puedo decir que cuento con su aprobación y su bendición.

Las estrellas brillan sobre nosotros, y cada vez que nos alejamos del centro de la ciudad puedo darme una idea de a donde vamos. El corazón me late con prisa y volteo hacia la ventana para que Edward no note que estoy sonrojado.

Cuando él da la vuelta en una esquina veo el nombre del lugar al que ya suponía que veníamos. Sonrío como un tonto.

—El mirador —suelto sin poder ocultar la emoción en mi voz. Hace tiempo que no vengo a este lugar, Dios, era un niño cuando vine —. Las estrellas se ven lindas aquí.

—No es lo único que se ve lindo.

Edward voltea a verme y esboza una sonrisa. El color carmesí en mis mejillas aumenta.

—No es justo que se te ocurran ideas y palabras taaan cursis, pido que la próxima salida sea en mi casa comiendo cereal —rezongo, sin saber qué otra cosa responderle.

—Mientras no se te queme.

—Fue tu culpa. —Inflo las mejillas.

—Claro, ardillita.

—Tienes un problema serio por llamarme de esa manera —le indico. Él estaciona el auto y, una vez que lo apaga, gira su cuerpo para poner toda su atención en mí—. Me gusta más *mon soleil*.

—*Mon soleil* es el apodo tierno, ardillita el apodo para molestarte —explica—. Lo que es realmente irritante es que yo no tenga un apodo.

—Ni lo tendrás, engreído.

—Quiero un apodo.

—No.

—Uno cursi.

—No.

—Me conformo con que tenga un bonito significado.

—No pides nada, eh.

—Dejaré de molestarte si me pones uno.

—Lo pensaré —cedo ante su propuesta y sonríe.

—¿Bajamos?

Asiento y ambos salimos del coche. El frío viento azota contra nosotros, a comparación de otras noches, hoy hace muchísimo más frío, no es de extrañar, en una semana iniciaremos diciembre y con ello invierno, la temporada más gélida, aunque teniendo a Edward conmigo podría decir que será la más cálida de todas las estaciones. Es aquí donde agradezco haberme vestido de ladrón, con gorra, suéter y todo. Sin querer me he vestido para la ocasión. Con razón mamá no hizo ningún comentario sobre mi vestimenta. Ella ya sabía de esto.

Edward camina hacia adelante y lo sigo. Se apoya sobre la parte delantera del coche y palmea el capó para que le haga compañía. Hago caso y no tardo en apoyarme en el auto. Los dos mantenemos la mirada puesta en el cielo y esto me da una extraña sensación de que todo se está acomodando en su sitio, no lo sé, me relaja y me hace creer que en verdad puedo atreverme a soñar a futuro.

—Hay una leyenda muy conocida sobre una estrella, la estrella Anēr —menciona, llamando mi atención. Giro la cabeza para verlo—. Los ancianos cuentan que era la estrella más brillante de todas, pero un día simplemente se apagó, sin embargo, a su costado, había una estrella pequeña que, con el paso de los días, se iluminaba más y más. Dicen que la muerte de Anēr provocó que una estrella naciera con más brillo que la que ella solía tener, la llamaron la estrella del inicio, la que trae consigo nuevos comienzos. Anēr es la estrella del final que dio paso a la estrella del inicio.

Lo veo embobado.

—Guau.

—En realidad estoy bromeando, inventé eso. —Se ríe al ver mi expresión y enserio mi rostro—. Intenté buscar leyendas de estrellas en internet, pero no encontré nada —se excusa.

—Mentiroso.

—Al igual que tú —contraataca—. Tú inventaste una analogía para no admitir que estábamos calientes, yo inventé una historia para impresionarte. Ahí la diferencia.

Me avergüenzo al recordar la conversación que tuvimos en el teléfono.

—No te soporto —bramo y, una vez más, se ríe. Sonrío después de eso—. ¿Por qué quisiste traerme aquí?

—Porque sabía que, luego de hablar con Diego, tú y yo ya podemos iniciar bien, sin mentiras, sin nada que ocultar. —Un cosquilleo recorre mi pecho. Es tan lindo. Edward ve hacia el reloj de su mano y sonríe—. Son las diez, aún faltan dos horas para que sea miércoles. Se supone que todo termina ese día.

No entiendo lo que dice, pero luego de hacer memoria recuerdo el acuerdo que teníamos al iniciar la relación falsa. No puedo creer que solo falten dos horas para que sea el día que habíamos acordado. El tiempo pasó demasiado rápido.

—Terminaba —corrijo.

—Termina —repite de nueva cuenta y su respuesta me asusta. Edward lo nota por lo que pasa su mano por mi espalda, atrayéndome hacia él—. Termina la relación falsa —explica—, y no quiero nada falso contigo, quiero todo lo real.

—Creía que ya era real.

—Lo es. Solo quiero hacerlo oficial, déjame ser romántico —se queja y me río. Levanto mis manos, inocente, para que pueda continuar—. Hoy termina, pero inicia algo más.

—Sin besos —recuerdo. Él blanquea los ojos.

—Uno pequeño.

—No.

—Te pago.

—¿Quién crees que soy? —pregunto, ofendido y luego finjo que me lo pienso—. ¿Cuánto?

—Depende de cuánto pueda besarte.

Mira mis labios y sonrío.

—¿Me estás sobornando?

—Sí, ¿está funcionando?

—No. Aléjate, vamos lento.

Edward sigue tratando de convencerme pero, solo porque me gusta verlo de ese modo, no accedo. Aunque la historia que me ha contado ha sido inventada por él, creo que tiene razón. Cuando algo termina, algo más empieza, y tengo la sensación de que algo grande está por comenzar.

30: Una perfecta confusión

Cierro el libro que Edward me regaló después de colocar el último *post-it* y limpio el rastro de lágrimas que hay en mi rostro. Sorbo mis mocos y la señora que está frente a mí en el transporte público me ve con desdén. Le regalo una sonrisa tensa y tomo mi mochila para guardar el libro en la caja que he traído, acto seguido saco mi celular a fin de reclamarle a Edward por haberme recomendado leer esa historia. Ahora mismo soy más llanto que persona, y todo es culpa del tonto Golden Retriever que tengo de mi *casi-algo-en-ascenso*.

No sé cómo llamarlo. No es mi novio, ni mi ex, ni mi amigo, así que es un poco complicado ponerle algún nombre. Edward dice que solo somos dos chicos que se gustan y yo agregué que somos dos chicos que se gustan y van lento, pero llamarlo de ese modo es muy largo. *Edward-el-chico-que-gusta-de-mí-y-yo-de-él-sin-olvidar-que-vamos-lento* no entra en el nombre de contacto, es larguísimo.

Casi-algo-en-ascenso es más corto y entendible, no es lindo, pero es lo único que tengo por el momento. Si tuviera algún apodo para referirme a él sería muchísimo más sencillo, sin embargo, no importa cuánto piense en uno, todos los apodos que se me ocurren son horribles y simples. Pasé de querer llorar por la simpleza del «peliblanco» a llorar de vergüenza del «bebé», ¿yo diciéndole bebé a alguien? ¡Hasta pensarlo suena ridículo! Pensé en buscar apodos en internet, no obstante, creí que no sería algo muy significativo ni mucho menos cursi.

Él me dio un lindo apodo con significado y todo, y no voy a dejar que me gane en eso. No tendré experiencia en las relaciones, pero tampoco soy de los que se rinden a la primera. Bueno, sí lo soy, sin embargo, mis ganas de demostrarle que soy igual de romántico que él superan cualquier otra cosa.

Desbloqueo mi celular con la huella de mi dedo y busco su nombre en WhatsApp para teclear:

El mejor jaegerista
Te odio, terminamos

He sonado demasiado exagerado y me arrepiento al instante de haberlo enviado, pero ni siquiera tengo tiempo de eliminar los mensajes ya que estos son marcados por las dos palomitas azules, él debe tener el celular en la mano debido a que ya está en la escuela.

Muerdo mis uñas cuando veo que Edward ha dejado de estar en línea y que me ha clavado el visto. Vale, él no comprende por qué le he puesto eso, así que comienzo a escribir que he terminado de leer el libro para que no malinterprete mis palabras.

No termino de formular mi explicación debido a que en la pantalla de mi celular aparece una llamada entrante de su parte. Uh. Volteo a mirar a mi costado para ver si nadie está prestándome atención, sé cómo terminan mis llamadas con Edward y no quiero ser el típico chico empalagoso del transporte público al que todos escuchan decir «cuelga tú». En estos días me he dado cuenta de que sí sueno como ellos.

—¿Terminamos? —es lo primero que me dice cuando descuelgo.

—Primero que nada, buenos días —saludo, y antes de que haga otra pregunta añado—: Buenos para ti porque para mí no, el día inició horriblemente, he terminado de leer el libro y estoy llorando en el transporte público, una señora me vio feo y todo.

Lo último lo digo en un murmuro para que la señora no lo escuche, no quiero ser un maleducado. Aunque no pueda mirar a Edward, apuesto a que debe pasar de tener las cejas fruncidas por la confusión del primer mensaje a una expresión más relajada y con una sonrisa divertida en el rostro.

—Habrías llorado en mi auto si no hubieses preferido tomar el transporte público —bromea y hago un mohín con los labios. Solo quiero ser un poco más independiente—. En serio que no me molesta saber que estás conmigo por él.

Ruedo los ojos y curvo mis labios en una sonrisa ladina.

—Es solo parte de mi plan, primero te haré creer que no necesito de tu auto y para ello debo demostrártelo, por eso estoy tomando el transporte público —continúo con la broma con demasiada seriedad —, después haré que te enamores tanto de mí que querrás regalármelo y cuando lo haya conseguido te dejaré y buscaré a otra persona con un carro más lindo.

La señora de enfrente, la misma que me vio con rareza cuando estaba llorando, tiene los ojos puestos en mí, y me ve el doble de mal después de oír lo que he dicho. Quiero reírme, pero me contengo. No juzgo a la señora, también soy un chismoso, aunque al menos yo sí disimulo.

—Lo peor es que sí te creo capaz de hacer eso —suelta una pequeña risa y acto seguido chasquea la lengua—. Cambiando de tema, ¿qué tal el final del libro?

Qui til il finil dil libri.

Junto mis cejas.

—¡¿Y todavía tienes el descaro de preguntarme?! —interrogo con exasperación—. Sabías que terminaba de esa forma y aun así me lo

recomendaste, te odio —él se ríe de nuevo y bufo por eso, parece estar divirtiéndose bastante—. Agh, si me hubieses dicho que terminaba de ese modo no lo habría leído. No puede acabar así, me niego a que ese sea el final. Tiene que haber una segunda parte.

—Las segundas partes no son buenas.

—No me importa que sea mala, solo quiero una continuación, tiene que haber una, ¿la hay? —insisto en saber y espero a que me diga que sí, que tiene el libro y que va a prestármelo.

—No —rompe mi corazón—, o aún no. La autora se tomó un tiempo.

—Exijo que me escribas una segunda parte —demando y aprieto el celular contra mi oreja—. Eres escritor, escribe un *fanfic*.

—Puedo terminar preso, ¿sabes? —inquiere, divertido.

—Terminarás muerto si no me escribes la continuación —advierto bajando la voz una vez que la señora de enfrente abre los ojos sobremanera. Me remuevo en mi asiento—. No es que sea un asesino, lo juro —alzo la voz para que la señora me escuche, lo menos que quiero es acabar en la cárcel ahora—, pero eres el culpable de mis lágrimas, hazte responsable. Y no irás preso, será solo para mí.

—Si escribo una continuación probablemente los protagonistas terminarán muertos.

—Te mato si haces eso.

—¿Puedes darme otra amenaza que no termine contigo matándome?

—Lo haría, pero abres la boca y es lo único que quiero hacerte —me sincero.

—Qué lástima, yo quiero hacerte otras cosas —responde en un tono sugerente. Mi rostro se pone rojo y el corazón se me desboca.

—¿Qué clase de cosas quieres hacerme?

La señora chismosa que no ha dejado de oír mi conversación casi se pone a rezar con mi pregunta.

—Ya sabes, como poner mi mano sobre la tuya o tu cabello, para acariciarte.

—No lo dijiste con esa intención, por favor, ve ya a confesarte —reprocho y su risa confirma mis palabras.

—¿En qué pensabas, ardillita? Creo que eres tú el que debe ir a la iglesia.

—Lo haces a propósito y no caeré en tus trucos esta vez —me quejo y doy un respingo cuando el autobús se detiene de golpe. Volteo a ver a la ventana y noto que ya hemos llegado a la parada que está frente a la escuela—. Espera, tengo que bajar.

Dejo el celular en la bolsa de mi pantalón y cuelgo mi mochila sobre mi hombro, espero a que las demás personas pasen primero para evitar que me empujen, cuando la mayoría ya ha bajado, me levanto

de mi lugar y también bajo. Lo único que no me gusta del transporte público es que todos se amontonan al salir y al entrar y en ocasiones quedas aplastado entre la multitud. Una situación muy peligrosa cuando llevas proyectos escolares en las manos, algo que me ha tocado vivir en carne propia.

Cuando ya estoy abajo, comienzo a caminar para entrar a la escuela y saco mi celular de nuevo.

—Había una señora que casi se pone a rezar por nuestra conversación, era muy chismosa —menciono una vez que ya tengo el celular en mi oreja—, si sigues haciendo ese tipo de comentarios las personas no creerán que vamos lento.

—Porque no lo vamos, pero te gusta engañarte —contraataca.

—Cállate —siseo y paso una mano por mi cabello. En el pasillo nadie se gira a verme como otras veces, después de todo, Edward es el que llama la atención. Sonrío, no recibiré miradas hoy, eso me alegra —. Voy para mi casillero, ¿ya estás en el salón? —responde con un sí y tomo aire para preguntarle—: Es hoy, ¿no?

—Sí, es hoy.

Ya sabía que era hoy. Él, de forma indirecta, me lo ha estado recordando, sin contar que tengo marcado en mi calendario con un círculo rojo y grande el viernes dos de diciembre. No iba a olvidar este día por nada del mundo, no soy tan olvidadizo, solo quiero saber si él está bien. Edward ha estado muy nervioso durante estos días, y ni hablemos del fin de semana, estuvo muchísimo peor.

Entiendo las razones por las que ha estado con los nervios al tope, al principio lo estaba porque no sabía qué escribir en el artículo, después de eso tenía miedo de decepcionar al señor Irán cuando le entregó el escrito, y ahora, luego de que el maestro diera el visto bueno, está nervioso porque los demás lo leerán. El artículo estará en el periódico escolar, a la vista de todo el mundo, expuesto a las críticas de los demás. Casi nadie le presta atención a esas cosas, y por ello no estaba tan preocupado, sin embargo, una vez que los mismos chicos del periódico escolar dijeran que Edward formó parte de lo escrito, los chismosos de la escuela no tardaron en difundirlo.

Ellos creen que es como un *breaking my silence* versión Edward, no sabría decir si es así o si están equivocados porque no he leído ni tengo la menor idea de lo que Edward escribió, él no quería que yo lo leyera ni que supiera de qué trata, pero sé con certeza que es bueno y que aprovechó esta oportunidad de la mejor manera, lo escribió él, y si algo sé es que Edward tiene mucho talento.

—Muero por leerlo —mi sonrisa se amplía, ni siquiera es un intento por animarlo, en verdad muero por hacerlo—, aunque te odio por no haberme dado la exclusiva.

Protesto en tanto subo las escaleras para ir a mi casillero. Creía que

por ser su casi-algo-en-ascenso iba a poder leer antes que todos, hasta estuve alardeando de eso con Jean y Oliver el miércoles de la semana pasada, menuda sorpresa me llevé el viernes cuando Edward me dijo que no podía. Nunca había inflado tanto las mejillas como ese día. He aguantado desde el fin de semana para poder leer, es la primera vez que espero un lunes con tantas ansias. El efecto Edward Rumsfeld.

—Me daba vergüenza hacerlo —se excusa.

—Te da vergüenza que lea lo que escribiste, pero no te da vergüenza meterme la lengua a la boca.

Juego como siempre para distraerlo. Él suelta una gran carcajada que me hace reír también. No es una simple broma, es la verdad, le avergüenza que yo lea sus escritos, pero no le apena hacer «otras cosas», y peor aún, recordármelas. Edward y yo tenemos una definición de vergüenza muy diferente. Mientras para él leer lo que sale de su corazón es motivo de pena ajena, para mí lo es besarlo y luego recordarlo. Al menos no ha pasado nada desde lo que sucedió en mi casa.

—Es diferente.

Se defiende, pero los dos sabemos que tengo razón. Acomodo el celular en mi oreja para que mi móvil se apoye entre esta y mi hombro alzado, ya que he llegado a mi casillero y necesito mis dos manos para sacar mis libretas y dejar mi mochila.

—¿En qué es diferente?

—Empezando con que lo que escribí no tiene lengua.

—Buen punto —le doy la razón, y forcejeo con una libreta que no quiere salir de mi mochila—, pero si tuviera ya lo hubieras hecho también.

—Si lo que escribiera tuviera lengua tú y yo no estaríamos juntos, así como tú me dejarías por un auto.

Él me dejaría por sus escritos y yo por un carro, suena a algo que ambos sí haríamos.

—Soltaste la sopa, sé honesto, estás conmigo por mi lengua, ¿verdad? —bromeo, jadeando un poco porque la libreta no quiere salir de mi mochila debido a que la caja en la que guardo el libro de Edward no le permite salir. Resoplo, cansado.

—Por tus labios en general —me sigue el rollo, aunque a estas alturas no creo que esté bromeando del todo—. Y por tus pecas también, pero sí, tu lengua es la que hizo que me gustaras.

—Te voy a exhibir en el periódico —advierto—. «Edward Rumsfeld, ¿un adolescente o un fetichista de lenguas?» —digo como si estuviera leyendo el encabezado de una nota periodística—. Volviendo al punto, en serio que muero por leer lo que escribiste. Todo el mundo en realidad.

—Solo tú y tus amigos.

—Nuestros —corrijo—, también son tus amigos, formas parte de nosotros ahora, ellos venían conmigo en el paquete *premium* que aceptaste cuando admitiste sentir algo por mí.

—Me amenazaron con una raqueta, temí por mi vida, ¿eso cuenta como que ya soy parte de ellos o como que quieren verme muerto?

Río al recordarlo. Si supiera que esa es la muestra más leve de cómo ellos demuestran su cariño.

—Significa que te aprecian —explico, y festejo en mi interior cuando consigo sacar la libreta. La sostengo en mi mano mientras que con la otra guardo la caja en el casillero—. Y sí, todo el mundo quiere leer lo que escribiste. No solo nosotros. Todos quieren saber qué es lo que pasa por la cabecita del chico misterioso.

No escucho una respuesta del otro lado del teléfono y por un segundo creo que he colgado por accidente, sin embargo, al tomar mi celular y observar que la llamada continúa, borro ese pensamiento. Frunzo el ceño. ¿No me escuchó?

—¿Edward? —lo llamo, pero obtengo silencio de su parte de nuevo.

Me sobresalto y doy un grito ahogado al sentir una mano sobre mi hombro, el grito se escucha también en la llamada, por lo que no tardo en atar los cabos. Suelto un suspiro y cuelgo, dando la vuelta para encararlo. Cuando lo veo frente a mí, mi sonrisa crece y la de él también.

—¿Qué tienes con asustarme por detrás?

—¿Qué tan sucia debe estar tu conciencia como para asustarte cuando alguien está cerca?

—Ya —ignoro su comentario—, ¿escuchaste lo que dije? —inquiero, y como niega con la cabeza, repito—: Dije que todo el mundo quiere saber lo que hay en tu cabeza.

—Es fácil saberlo —responde con simpleza y junto las cejas al observar que me mira con tanta intensidad. Trago saliva, su mirada siempre consigue robarme el corazón. Él eleva mi mentón con su pulgar y acerca su rostro peligrosamente al mío—. Tú eres lo que hay en mi cabeza.

Una corriente eléctrica me recorre todo el cuerpo y las mariposas no tardan en revolotear en mi interior como todas las veces en las que Edward me dice este tipo de cosas, la única diferencia es que en esta ocasión no están revoloteando con fuerza, lo están haciendo con bastante calma. Y creo que así es como debe sentirse; lento, seguro, cómodo. Pasé de sentir que voy en una montaña rusa de emociones en las que no sé dónde estaré en la siguiente vuelta a sentir que voy en un viaje en carretera con un lindo atardecer.

Así es como debe sentirse.

—No importa cuántas frases románticas digas, no vas a conseguir

besarme —logro esquivar su comentario con una broma e intento que no note que su lado romántico me gusta más de lo que debería.

Pese a que mi boca suelta esas palabras, mi corazón dice todo lo contrario. Mi corazón late a toda prisa y se presiona contra mi pecho, como si quisiese salir de ahí y ser él mismo el que bese a Edward, ya que yo he colocado una línea imaginaria como separación.

Edward sonríe de lado, marcando su hoyuelo.

—Oh vamos, esa frase merece un pequeño beso. —Hace un puchero con los labios que habría logrado convencerme si no fuera porque estoy bastante decidido a llevar las cosas con calma.

Tomo su muñeca con mi mano y aparto su agarre de mi barbilla con delicadeza. Cierro el casillero y giro sobre mis talones para caminar hacia el aula. Edward me sigue.

—No, Edward, hemos funcionado muy bien durante estos diez días, nada de lo que digas me hará cambiar de opinión, ni siquiera el dinero —remarco lo último porque soy consciente de que caigo con eso—. Necesitamos estar seguros de que de los besos no pasaremos, y tú y yo sabemos que aún no lo estamos.

Él asiente, rendido.

—Estoy creyendo seriamente que no vamos a besarnos de nuevo hasta que tengamos cincuenta años. ¿Y si ya no estoy vivo para cuando llegue ese momento? —dramatiza causando que me ría.

—Ese es el plan original en realidad, no olvides que tienes que dejarme el auto antes de que te vayas al más allá. Aviso, si no lo haces, te hablaré por la ouija y haré que firmes el testamento.

—A cambio de tu alma —propone.

—Me parece justo.

—Y de un beso.

—Ni muerto.

Edward rezonga y me río otra vez, ¿dónde quedó el «yo puedo con eso» de hace unos días? Porque, por lo que a mí respecta, yo soy el que lo ha llevado mejor. Él me abraza por detrás, rodeando mi cintura con sus brazos. A pesar de que me excuso diciendo que no quiero besarlo porque quiero ir lento, al tenerlo así de cerca, abrazándome, mi corazón no va lento, va deprisa, a todo galope, sin miedo a estrellarse, sin miedo a quedarse sin gasolina, sin miedo a sufrir un accidente. Y no es que vaya a ciegas, al contrario, solo que, a su lado, me siento seguro y también invencible.

(...)

Hago una mueca con la boca al ver la fila inmensa de personas que quieren comprar el periódico. He salido corriendo del aula apenas tocó la campana y aun así fue difícil llegar a tiempo, sobre todo cuando tenía que cruzar media escuela para llegar. No es extraño que haya tantos alumnos, todos son una bola de chismosos que quieren

saber qué es lo que ha escrito Edward, lo peor de todo es que las primeras personas en comprarlo ya saben de qué habla el artículo y yo no, solo me conformo con lo poco que he oído en los pasillos.

Me paro de puntitas, ya que la persona delante de mí es demasiado alta, y veo si ya casi es mi turno, bufo al notar que todavía falta un montón. Traté de ver si alguien subió algo a historias de Instagram, pero nadie lo ha hecho, ni siquiera la cuenta de chismes de la escuela. ¿De qué sirve tener redes sociales si no las van a usar para subir el artículo, inútiles?

Golpeo mi pie contra el suelo, impaciente. Debería estar con Edward ahora mismo, pero apenas llegó el receso salí disparado, él debe estar con los demás, o eso espero. No estaría en esta situación si él me hubiera dejado leer el borrador, entiendo que no se sienta seguro, solo... Agh, no me gusta esperar, pero por él podría esperar todo el día, aunque es más fácil que yo me gradúe hasta de la universidad antes de que sea mi turno en la fila.

No se me da bien esperar, sin embargo, en los últimos días creo que la paciencia se ha vuelto una gran arma, sobre todo ahora que estoy tratando de llevar las cosas con lentitud, no solo en mi vida amorosa, también en la personal. He tenido dos citas con mi psicóloga, Marioly, de hecho, ayer tuvimos la segunda cita, y aunque creía que iba a mejorar por completo apenas pusiera un pie en su consultorio, me equivoqué. El proceso para sanar es bastante lento, pero no me quejo, me he propuesto a disfrutar cada paso, a festejar cada avance y a llorar si es necesario.

Además, hay personas a mi lado que se encargan de sostenerme cuando el suelo parece moverse.

Muerdo mis uñas y alguien grita mi nombre, giro a mi costado para ver y encuentro a Jean, acercándose a mí con un jugo en su mano y con el periódico en la otra. Mis ojos se iluminan como si fuera un niño pequeño que acaba de ver sus regalos de Navidad bajo el árbol.

Me salgo de la fila, aguantando las ganas que tengo de burlarme de todos los que están esperando su turno.

—El señor Irán se hará rico con las ventas del periódico de esta semana, ahora envidio que sea tu padrastro.

Blanqueo los ojos e ignoro su comentario. No creo que lo querría de padrastro si supiese que le gusta chismosear de tu vida con tu madre como si estuviesen hablando de alguna novela. Es incómodo tener que oír a mamá decir cosas como «¿hicieron pareja hoy en Literatura?», mientras que Irán le responde: «los junté adrede, pero no les digas», seguido de un gritito emocionado de ella.

—Lo conseguiste —menciono, impresionado.

—Sí, lo conseguí, alguien me lo regaló, es todo tuyo, de nada.

Le arrebato el periódico apenas estoy frente a él y busco con la mirada el artículo que Edward escribió; paso las primeras páginas que hablan de cosas que no me interesan y mis ojos se detienen en una de las hojas que tiene su nombre en la parte de «redactado por». Aquí está, es el artículo. Sonrío con solo leer el título.

RUMORES: ¿LA LLAVE PARA QUE LAS PERSONAS ENTREN A TU VIDA?

Los rumores son aseveraciones diseñadas para que las personas no duden en absoluto de ellas, aun si no hay pruebas que los respalden, asimismo, condicionan el pensamiento y la forma de actuar de los demás y cada uno tiene diferentes fines; no obstante, hay algo en lo que coinciden sin importar qué: todos afectan la vida de la víctima, para bien o para mal. Esa definición es lo que encontrarán en sitios web, en libros y en cualquier otra fuente de información que deseen consultar, sin embargo, para mí va más allá de eso.

Los rumores, para una persona que ha sido juzgada y castigada a partir de uno, no son más que cientos de cuchillos que se clavan en tu espalda y que dejan marcas en tu piel sin importar cuánto tiempo transcurra; cadenas que te atan contra el suelo y que te dejan inmovilizado sin oportunidad de salir a defenderte; mordazas que te impiden contar la verdad de los hechos y que, luego de un lapso, te lastiman; son un mazo que resuena una y otra vez en la áspera madera después de soltar tu sentencia. Los rumores te destruyen poco a poco, te arrastran hasta lo más profundo de un acantilado y te torturan con lentitud hasta matarte.

La muerte puede parecer una consecuencia bastante exagerada a ojos de cualquier persona, sin embargo, para la víctima parece ser la única solución, sobre todo cuando a los rumores le sumas el acoso masivo y constante que se recibe. Pese a que la víctima pretende ignorar o desmentir lo que se dice de él o ella, no puede. Es como tratar de limpiar un espejo sucio con un paño manchado, sin importar cuánto lo intente, solo se manchará más. Es como un vaso lleno de agua que se continúa llenando o un globo rodeado de agujas que con cualquier mínimo movimiento puede explotar.

¿Se han preguntado qué es lo que siente una persona víctima de los rumores? No creo que alguien lo haya hecho, porque de lo contrario nadie atacaría a los demás con palabras que fueron reproducidas de boca en boca y que carecen de veracidad. Ser el blanco de las palabras negativas de todos es sentirse pisoteado, expuesto, humillado, ***muerto****. Y es que si todo ello no te mata, entonces hace que desees querer hacerlo.*

Las palabras matan, sobre todo aquellas que van dirigidas a ti sin conocerte.

Las palabras que te juzgan.

Las que te tachan.

Las que te insultan.

Todas ellas se van acumulando en tu interior hasta que, sin poder evitarlo, ya no hay espacio para lo que tú crees de ti. Las personas creen que tienen el derecho de hablar sobre tu vida y excusan toda esa ola de odio diciendo que son libres de expresar lo que piensan, sin embargo, «expresar lo que piensas» no es lo mismo que «agredir verbalmente». Te atacan del «dicen los demás» sin tomarse el tiempo de corroborar que lo que han dicho sea cierto. Esas declaraciones tienen mayor peso y son más válidas que lo que tú digas o hagas, porque claro, te hacen creer que ***lo que otros digan de ti vale más que lo que tú mismo digas****.*

Comienzas a cuestionarte si en realidad eres lo que todos dicen, comienzas a creer en todas esas palabras, empiezas a olvidar quién eres y la incipiente sensación de culpa nace dentro de ti porque en lo más profundo de tu ser sabes que no es verdad, que no eres lo que dicen, sino lo que tú mismo dices; no obstante, las palabras que los demás sueltan resuenan más en tu cabeza que tus propias palabras y que tus propias acciones.

«Un rumor tiene más autoridad que las acciones para definir el juicio que una persona hace sobre otra». —Guerri. M.

Incluso si la victima pudiera defenderse o pudiera demostrar en su forma de actuar que la única verdad es la suya, nadie va a creerle, y no porque no tenga suficientes pruebas, sino porque las personas prefieren ir detrás de lo que la mayoría diga a tener un juicio propio. No digo esto para que los afectados guarden silencio y tengan miedo de hablar, lo digo para que todos dejen de copiar las acciones que hacen los demás y dejen de actuar como loros que solo saben imitar; tengan propios pensamientos, propios ideales, propias formas de actuar, no porque la mayoría diga que tal cosa es azul deben creerlo, duden, abran su mente, consideren todas las partes del rompecabezas con base en el respeto y dejen de suponer.

¿Los rumores son entonces la llave para que los demás puedan entrar a tu vida y tomarse la libertad de juzgarte y condenarte? No, más bien son una piedra que rompe la puerta para así irrumpir en tu vida, invadiendo tu privacidad y tomándo atribuciones que nadie le permitió para después encerrarte en una habitación. Es decir, ¿por qué dejaría que un montón de extraños entren a mi hogar para hablar pestes de mí? La respuesta es obvia, no los dejé, ellos entraron sin invitación y me hicieron creer que mi hogar no era mío, sino suyo, y que, por consiguiente, podían decir y hacer lo que quisieran.

Los rumores no son una llave, son un candado.

Los rumores no son una invitación para que todos tengan el derecho de juzgar tu vida, son una carta de despedida que se va escribiendo en tanto los demás empiezan a acosarte.

Los rumores son eso, rumores.

No son verdades, ni tampoco razones para creer que puedes terminar con la vida de las víctimas.

El fin de este artículo no es condenar a quienes se han dejado llevar por lo que se dice de los demás, es para que piensen antes de dejarse llevar por los «dicen que», para que no crean que tienen el derecho de asustar, molestar, acosar y denigrar a las personas, para que sean conscientes de que no todo lo que se dice es cierto y para que puedan informarse antes de abrir la boca y condenar, porque el próximo puedes ser tú. Demos oportunidad a los que no pudieron hacerlo, a los que ahora la necesitan y a las próximas personas que lo necesitarán.

Mi sonrisa se amplía cuando termino de leer. Sabía que Edward iba a usar esta oportunidad para hablar de algo como ello. Estoy muy orgulloso de él, en especial porque no solo ha tenido el valor de hablar desde su experiencia, sino porque ha dado paso a que incidentes como los que él vivió no vuelvan a suceder o se piensen antes. La admiración que siento por él no se compara con nada en este momento. Lo he dicho antes y lo vuelvo a repetir, tiene un gran talento, no dudo de que vaya a llegar lejos.

Siento que mis mejillas se mojan y al llevar mis manos a ellas no me sorprende darme cuenta de que he soltado un par de lágrimas, las palabras de Edward llegaron a lo profundo de mi corazón, y espero que las personas que lo lean también lo sientan de ese modo. Solía sentirme culpable por haberlo juzgado a partir de lo que se decía de él, y aunque la culpa siga latente, me alegra poder conocer lo que él es realmente. Edward no es para nada lo que los rumores decían, no es homofóbico, mucho menos violento, sí cometió errores, pero también supo reconocerlos.

—Escribe genial, sería un fantástico escritor —Jean comenta y levanto la mirada del artículo hacia él para poder verlo.

—Sí, es un fantástico escritor y en un futuro será el mejor de todos —respondo con orgullo. De solo imaginar a Edward con un montón de libros que lleven su nombre en la portada me pongo a chillar. Espero poder formar parte de ese futuro y poder verlo crecer.

—Y bueno, ¿qué haces aquí todavía? —inquiere, despectivo—. El chico al que deberías decirle eso está esperándote en el campo, dile también que solo porque me cae bien soy su mensajero gratuito por esta única ocasión. Ve a buscar a tu Romeo, *Julieto*, besuquéense, métanse la lengua o lo que quieran meterse —bromea con lo mismo y pongo los ojos en blanco.

—No vamos a besuquearnos ni nada de eso —repito como por quinta vez en la semana. Jean arquea una de sus cejas—. Agh, tenemos mucho autocontrol —sigue sin creerme y arrugo la nariz, no llegaré a nada con esto—. Como sea, gracias por esto, Jean. —Alzo el periódico y esbozo una sonrisa. Él solo me devuelve el gesto.

—Vete antes de que quiera cobrarte.

Niego con una pequeña risa y doy la vuelta para dar zancadas y

poder llegar al campo lo antes posible. Necesito estar con Edward y decirle todo lo que siento en este momento, decirle cuán orgulloso me siento de lo que ha escrito y del valor que tuvo para hablar así de uno de los temas que más lo lastimaron. Además, quiero recordarle que no hay nada de lo que deba avergonzarse, escribió desde su corazón, y eso no tiene que ser sinónimo de vergüenza. ¿Debería darle lo que he traído para él ahora? Es un buen momento para hacerlo, y si no lo hago en este instante no tendré la valentía para hacerlo después, me conozco a la perfección.

Aprieto el periódico contra mi pecho y cambio mi destino, me dirijo a las escaleras y subo los escalones con rapidez. Edward siempre hace cosas lindas por mí, no solo lo digo por los obsequios, sino por sus acciones también. Yo, por otra parte, no lo he hecho, solo lo llevé a una cita y ni siquiera era una cita real, era una cita para practicar y que, por si fuera poco, terminó fatal, mi cita se enfermó. Creía que hoy era un día adecuado para darle algo, en especial porque sabía que sería un día lleno de emociones para él. El obsequio que tengo que darle no es la gran cosa, ni tampoco es muy cursi como lo que él ha hecho, pero es significativo y sé que le gustan las cosas que tienen un «por qué» detrás.

Al llegar a mi casillero, agarro mi mochila y saco todo lo que tiene dentro. Necesito que la mochila cubra lo que llevaré para que así sea un poco más secreto. Mis manos tiemblan, supongo que es porque estoy ansioso por que Edward lo vea. Esto es muy simple, me arrepiento un instante del obsequio porque no se compara con todo lo que él ha hecho, sin embargo, respiro hondo. Espero que a Edward le guste.

—Andy —la voz de Mary me llama y me tenso.

No me pongo de ese modo porque es ella la que me esté hablando, sino porque no quiero que me vea siendo alguien cursi. Nunca lo he sido, y no quiero que los demás lo noten. Aún me avergüenzo con todo el tema del romance.

Estos días ella ha estado involucrándose más con nosotros, incluso bromea conmigo y no está tan tensa con Edward, no ha querido hablar de lo que tenemos pendiente y yo no insistí en hacerlo porque no quiero presionarla, sea algo pequeño o grande, es su decisión y la respeto, además, me siento más aliviado después de charlar en la cafetería ese día y saber que no está molesta conmigo o con Edward.

—Holap.

Giro la cabeza hacia ella y le sonrío, nervioso. Sin ver, mi mano recorre lo que hay en mi casillero hasta que doy con lo que supongo debe ser el obsequio que tengo para Edward, lo tomo y coloco dentro de mi mochila con prisa para que Mary no lo note. Cierro mi casillero y cuelgo mi mochila sobre mi hombro. Mary me ve entre una mezcla

de recelo y confusión, no obstante, me sonríe también.

—No quería hablarte antes porque estaba un poco nerviosa, pero luego de leer el artículo de Edward necesitaba hacerlo —rasca su cuello y acomoda un mechón de su flequillo castaño detrás de su oreja —. No quiero que después se hagan rumores de esto.

Aprieto los labios. Sus palabras suenan a que mis sospechas son ciertas.

—Ya sé lo que vas a decirme —me apresuro a decir.

—¿Lo sabes? —alza las cejas, incrédula.

—Tu manejas la cuenta de Instagram que esparció los rumores de Edward.

Ella me ve sin entender.

—¿Qué?

La forma en la que me mira hace que me sienta un poco avergonzado porque tal parece que lo que creía no era cierto y que tuve una imagen de ella completamente errónea. Uh, nunca aprendo a no juzgar. Okey, no era eso, pero aún tengo otra suposición.

—¿Eres la chica que escuchó la pelea entre Edward y Ben?

Su expresión confusa no cambia ni un poco y mi vergüenza aumenta el doble. Debí mantener la boca cerrada y dejar que ella solo explicara.

—No sé de qué hablas —emite, desconcertada.

—Dios, por primera vez usé el cerebro y no funcionó —me regaño a mí mismo y ella se ríe.

—No es nada de eso, puede que sea una tontería, pero para mí no lo es —empieza, mirando a todos lados menos a mí—. Edward me gusta. Gustaba —corrige enseguida y entreabro los labios. Vale, ¿qué? —. Y no quiero que creas que quiero entrometerme entre ambos —al fin me ve—. Me gustaba desde antes de que salieran, incluso antes de los rumores que surgieron de él, era como mi *crush*, hablábamos muy poco, pero dudo que él lo recuerde. —Sus mejillas se tiñen de rojo—. Lo conté con un grupo de chicas hace tiempo y temía que lo soltaran y que creyeses que quiero entrometerme, por eso lo solté en el juego de las confesiones, esperaba que el papel te llegara para que nos preguntaras. No me atrevía a ser yo la que tomara la iniciativa.

La veo arrepentida, y aunque quisiera entender sus nervios respecto a eso, no puedo. No me molesta que le haya gustado Edward, es decir, ¿a quién no le gustaría? Supongo que confesarle a tu amigo que te gustaba su pareja es un poco... Okey, ya lo comprendo. Nadie querría hacer esa clase de confesiones. Y nadie querría oírlas tampoco.

—Vale, lo capto, lo que no entiendo es por qué te distanciaste de nosotros.

—No podía estar con ustedes —masculla—, ¿alguna vez te ha gustado alguien? Olvídalo, fue una pregunta estúpida, obviamente te

gusta alguien —se ríe de sí misma—, ¿qué sentirías si ves a Edward con alguien más? —No hace falta que le responda, porque comprendo lo que quiere decir—. Fue por mi bien y porque no quería ser una mala amiga, te dije que eras un tonto por haber aceptado ser su novio cuando eran los celos los que hablaban por mí. Una amiga no siente celos o envidia de sus amigos, y yo lo estaba sintiendo y en verdad no quería sentirme de ese modo, así que tomé distancia para apartar mis sentimientos. Y la verdad es que fue lo mejor que pude haber hecho. ¿Crees que podrías perdonarme?

No tardo en abrazarla, ella también debió pasarla fatal, seamos o no amigos cercanos, me alegra que haya sido honesta conmigo y que ella ya se sienta mejor.

—No tengo nada que perdonar —sonrío, y para aligerar lo nerviosa que está, pienso en algo con lo que bromear—. ¿Quién iba a decir que detrás de esa coraza había alguien con corazón?

Ella rueda los ojos, volviendo a ser la Mary caradura que conozco.

—En realidad sí me caes mal, solo quería darte una excusa para no admitirlo, pero sí, no te soporto —hace una mueca, irritada—. Espero que te dé diarrea y no haya papel en el baño.

Me río.

—¿Eso quiere decir que estamos bien? —inquiero.

—Más que bien. —Sonríe y baja la mirada hacia mi mochila—. ¿Quién iba a decir que un chico iba a sacar tu lado más cursi?

Abro los ojos en grande.

—¿Viste el regalo?

—Nope, pero acabas de confirmarme que hay un regalo. Te veías bastante nervioso cuando llegué. —Se ríe, victoriosa, y quiero abofetearme por ser como mi madre y no saber disimular en absoluto —. Me alegro por ambos, quiero disculparme con Edward por haber seguido los rumores cuando yo sentía que no eran reales, ¿crees que podrá perdonarme?

—Edward tiene un enorme corazón, pero tendrás que descubrirlo tú misma.

Me limito a decir, porque no soy quién para decir lo que Edward hará o no hará. Si perdonó al trío de tontos y me perdonó a mí también, no dudo de que también podrá perdonar a Mary. Ella asiente, no muy convencida.

—Lo intentaré —notifica y mi sonrisa se amplía—. Edward escribe muy bien.

—Es grandioso, ¿no? —digo más para mí que para ella. No veo si Mary responde porque miro el reloj de la pared que está en frente. Uh, ya casi termina el receso—. ¿No te molesta que...? bueno... necesito... um.

Trato de despedirme, pero no consigo decir nada que no suene

grosero. Mary comprende lo que estoy intentando decir.

—Te dejo, ve a hacer tus cursilerías con tu novio, besuquéense o lo que sea —pone su mano en mi hombro y contengo las ganas que tengo de poner los ojos en blanco, ¿por qué todo el mundo cree que él y yo nos reunimos solo para besuquearnos?

Le doy una última sonrisa y camino rápido para que el tiempo no termine ganándome. La mayoría de las personas que están en los pasillos tienen el periódico en sus manos. El pecho se me infla de orgullo cuando escucho a un par de personas hablar del artículo. En verdad espero que, a partir de hoy, las personas dejen de poner un muro entre ellos y Edward y que dejen de creer todo lo que escuchan por los pasillos. No todo lo que se dice siempre es real, y Edward es una prueba de ello.

Cuando estoy saliendo de la escuela por la puerta trasera para llegar al campo, encuentro a un chico apoyado en la puerta, uno que me resulta muy familiar. Me detengo unos segundos solo para verificar si no he visto mal y, una vez que pongo mi atención en él, lo compruebo, no me equivoqué. Diego tiene la espalda respaldada contra la puerta y sostiene el periódico en sus manos, no sé si esté leyendo lo que Edward escribió o no, pero supongo que será inevitable que lo haga. Siente mi mirada, ya que voltea en mi dirección y esconde el periódico detrás de su espalda enseguida. No le sonrío ni hago algún gesto, solo aparto la mirada.

Podría reclamarle por lo que le hizo a Edward en la cafetería, pero si él está bien, entonces yo también, no quiero generar más problemas. Además, Diego ya no tiene absolutamente nada que ver con Edward, y conmigo tampoco. Espero que las cosas mejoren para él también y que se dé cuenta de que lo que le hacía a Edward también estaba mal.

Continúo caminando y en tanto pongo un pie en el campo, la brisa me recibe. El sol está a todo lo que da, y el sonido de las hojas de los árboles moviéndose por el viento es todo lo que escucho. Respiro hondo y sonrío. Me recuerda tanto al primer día de novios falsos, yo estaba tan nervioso y Edward me citó en este lugar porque estaba preocupado por mí. Quién iba a decir que terminaríamos de este modo: con yo siendo un completo cursi con el chico cuyo casillero confundí.

Jamás pensé que acabaría cayendo por él, sin embargo, la vida me demuestra una vez más que a veces las cosas que menos esperamos son las que más terminamos apreciando.

Mis piernas se mueven por sí solas debido a que, aunque el campo es enorme, tengo el leve presentimiento de dónde puede estar él. Al divisar el enorme árbol y verlo acostado bajo este, confirmo que mi presentimiento era certero. Lo veo ahí, justo como aquella primera vez. En esta ocasión no está apoyado contra el árbol, está acostado en

el césped con los audífonos puestos y los ojos cerrados. Lo aprecio un instante. En verdad que no puedo creer que alguien tan lindo sea siquiera real. Me gustaría poder detener este momento, congelar la imagen que tengo frente a mí en una linda foto y ponerla de fondo de pantalla.

No lo hago, solo lo veo un par de segundos más antes de acercarme a él. Cuando estoy lo suficientemente cerca, pateo con suavidad su pierna para llamar su atención. Abre los ojos, y el rayo de sol que está apuntando hacia su rostro hace que se vean más verdes. Mi corazón comienza a latir con prisa. Cuando pienso en el amor o cosas relacionadas a ello el primer color que viene a mi mente no es el rojo, es el verde de sus ojos.

Dios, en verdad que soy muy ridículo y, para mi desgracia, también cursi. Que Edward no escuche mis pensamientos, por favor, él debe seguir creyendo que el romántico es él y no yo.

Levanta la cabeza y se quita uno de los audífonos para después sonreírme. El calor en mi pecho se intensifica con esa acción y me apresuro a acostarme a su lado. Dejo la mochila debajo de mi cabeza, como si fuera una almohada, y me acuesto, girando la cabeza para verlo.

—El próximo *bestseller* debería estar viendo la reacción de las personas, no aquí, solo.

—¿*Bestseller*? Solo vendería una copia, y serías tú quien la compraría —dice entre risas. Gira a verme haciendo que nuestros rostros estén uno frente al otro—. No quería escuchar lo que los demás dicen, solo me importa lo que diga una persona.

—Espero que esa seas tú, porque solo tus palabras tienen peso sobre lo que pienses o hagas, ¿tengo que leerte lo que escribiste?

Él blanquea los ojos.

—¿Por qué nunca me dejas ser romántico? —se queja y contengo una risa que quería escapar de mis labios—. Bueno, las palabras de otra persona son importantes para mí además de las mías.

—¿Las de Jean? —juego provocando que resople. Esta vez no contengo la risa—. Ya, lo siento —llevo mis manos hacia mi estómago para dejar de reír—. Esa otra persona te diría que lo que escribiste fue lindo, más que lindo, no tiene palabras para expresar lo que siente en este momento. Te diría que estás simplemente en otro nivel, y que amó cada parte y que el orgullo no le cabe en el pecho.

—¿Eso fue lo que dijo Jean? Grandioso, sus palabras son las que me importan —regresa a la broma de antes y golpeo su frente con mi dedo porque solo yo puedo bromear con eso. Inflo las mejillas y esta vez es el turno de Edward para reír—. Me alegra que te guste. Estaba demasiado nervioso, lo sigo estando, pero no me arrepiento de absolutamente nada de lo que escribí. Fue mi manera de decir

«váyanse a la mierda».

—Elegante, me gusta.

—Creo que merezco un beso de regalo.

—Tonto —niego con la cabeza y el puchero en sus labios sí me convence en esta ocasión—. Puedo darte un beso pequeño.

—Es más que suficiente.

Tomo sus mejillas con mis manos y me acerco a él con lentitud. Los ojos de Edward no se apartan de los míos y juro que estoy a nada de caer por lo que me hace sentir. Siento su respiración sobre mí, su suave colonia embriagando mis sentidos y el calor de sus mejillas quemando mi piel, tengo que tragar saliva porque me siento totalmente hipnotizado por cada parte de él. Al final, termino depositando un beso en la comisura de sus labios y me aparto enseguida.

Intento apaciguar los latidos de mi corazón colocando mi mano en mi pecho.

Edward me sonríe.

—¿Recuerdas cuando dije que me traes loco? —asiento y su sonrisa crece—. Bueno, tengo la leve sospecha de que yo también te vuelvo loco.

—No seas un engreído, no es así —ataco, pero mis mejillas al igual que mis orejas se calientan. Cubro mis ojeras con prisa—. Y no se te ocurra contradecirme.

Alza sus manos, inocente, acto seguido, lleva su mano hacia su celular, supongo que debió detener la música o cambiar de canción.

—¿Qué escuchabas?

—*Girl Crush* —responde en un murmuro. Siento que algo estalla en mi pecho al oírlo—. ¿Quieres escuchar?

No le respondo con palabras, sino que tomo el auricular que no está usando y lo coloco en mi oído. La canción ya está terminando, pero el solo escucharla hace que la ola de emociones de mi interior explote. Me trae un montón de recuerdos, desde la primera llamada que tuvimos en donde nos pusimos de acuerdo para inventar la razón por la que nos conocimos y hacer que nuestra relación falsa fuera más creíble hasta la vez en que hizo una *playlist* para mí.

Girl Crush es una canción muy significativa para mí, fue la canción que inició esto, y espero que sea la canción que nos acompañe hasta el final.

La canción finaliza dando paso a otra de las canciones de la *playlist* de Edward.

Pero, aunque termine, yo sigo escuchando *Girl Crush* en mi corazón.

—Por favor, dime que ya entiendes la indirecta —menciona una vez que finaliza. Junto las cejas.

—¿Eso era una indirecta?

—Andy, ¿es en serio? —Se ríe y no tengo ni la menor idea de lo que está diciendo—. Te lancé un montón de indirectas, la canción era una de ellas.

—Deberías saber que no soy bueno con las indirectas —me defiendo.

—Me di cuenta —vuelve a reír y estoy a punto de regañarlo, sin embargo, sus ojos se detienen en mi mochila y su risa cesa—. ¿Por qué trajiste tu mochila?

Frunzo los labios y mi rostro se pone aún más caliente. Ugh, ¿en serio tiene que fijarse de todo? Sé que dije que hoy era un buen momento para dárselo, pero estoy muy avergonzado para hacerlo. Es el primer regalo que le doy, ¿qué se supone que deba decir o hacer?

—Tengo... —empiezo, nervioso—... tengo un regalo que darte.

Edward pestañea, sorprendido, y su rostro no tarda en ponerse rojo también.

—Por favor dime que no quemaste nada.

—Ya no te daré nada —amenazo.

—Bromeaba. —Se levanta de su lugar, quedando sentado contra el césped—. Quiero ver.

Trago saliva. Imito su acción y me levanto, sentándome con las piernas cruzadas. Con las manos temblorosas tomo mi mochila y me detengo cuando pienso sacar la caja. Atrapo mi labio inferior con mis dientes, ay, quiero que lo vea, pero no quiero que lo vea frente a mí. Debí habérselo dado al final del día. Agh, yo puedo, no puedo arrepentirme a último momento. Tomo una bocanada de aire y le tiendo la mochila sin verlo a la cara.

—No es un regalo como tal, pero... Uh, ábrelo tú mismo.

Edward toma la mochila y espero a que la abra. Lo veo de reojo porque quiero ver su reacción. Él se ve emocionado, pero cuando lo saca cambia su expresión a una confusa.

—¿Me regalas el libro de matemáticas? —pregunta, sacando el libro por completo de la mochila. Me pongo más rojo y quiero que la tierra me trague. No puede ser posible, me confundí. Todo fue porque hice las cosas con prisa. ¡Qué tonto soy!

—Eso... No... Bueno... Ay.

No soy capaz de decir algo decente. La vergüenza me está consumiendo poco a poco.

—Vale, lo capto, quieres que haga tus tareas, qué bonito regalo —bromea.

—Jodida mierda, me confundí —maldigo entre dientes—. Se supone que debía darte el libro que me regalaste. Respondí tus notas y también subrayé un par de cosas que me recordaron a ti.

Admito más que avergonzado no solo por el hecho de que estoy

explicando lo cursi que fui, sino porque fui un tonto que confundió el obsequio que iba a darle con un libro de matemáticas, este tipo de cosas solo me suceden a mí. En verdad que las confusiones y yo vamos de la mano.

—¿Hiciste eso por mí? —pregunta sin creerlo. Asiento, levantando la mirada para poder verlo—. Estaba empezando a creer que eras una mala pareja y que en verdad estabas conmigo por el auto... —juega para que deje de estar tan avergonzado. Lo consigue.

—Lo último no es mentira.

—... sin olvidar que me amenazas a cada rato.

—Lo mereces.

—... no podemos besarnos.

—No sabemos controlarnos, vamos lento.

—... y no tengo un apodo.

—Agradece que no he terminado contigo.

Edward me regala una sonrisa de oreja a oreja.

—Gracias, *mon soleil*. Muero por leer lo que pusiste.

—Yo también quiero que lo leas, aunque no creo que tu historia y la mía tenga esa clase de final —admito, haciendo que él alce una ceja.

—¿Qué clase de final ves en nosotros?

Lo pienso unos segundos.

—Uno en el que hayamos podido sanar por nuestra cuenta, pero apoyándonos mutuamente; uno en el que hayamos cumplido nuestros sueños, pero siendo el hombro del otro cuando hayamos fallado; y uno en el que hayamos afrontado cualquier reto. No tiene que ser un final de cuento de hadas, solo uno que se sienta real, que se sienta nuestro.

La última palabra pesa sobre mi boca. Espero que aún falte mucho para tener un final, pero que, cuando ese día llegue, sea solo nuestro y no de nadie más.

—Me gusta, un final que sea nuestro —repite y pone su mano sobre la mía. Sonríe y luego ve hacia el libro que dejó en el césped—. Tienes un serio problema con las confusiones.

Muerdo mi mejilla interna.

—Cállate —siseo—, si no me hubiera confundido de casillero no estaríamos aquí.

Y luego, como si un foco se prendiera sobre mi cabeza, se me ocurre la mejor idea de todas. Dios, es que todo este tiempo estuvo frente a mis narices y no me había dado cuenta.

—Lo tengo —digo de pronto. Él me ve ceñudo, sin entender—, tengo el apodo que quieres.

—¿Con bonito significado y todo?

—Con bonito significado, cursi y todo.

Sus ojos se iluminan, se acerca aún más y pone toda su atención

sobre mí. Me quedo callado un instante porque el apodo que se me acaba de ocurrir es demasiado cursi hasta para alguien como él, aun así, tomo una bocanada de aire.

—Mi confusión —suelto, sonrojado. Paso saliva por mi garganta y, como no siento que el apodo esté completo, agrego—: Mi perfecta confusión.

—No me gusta —bromea—, piénsalo otra vez.

Inflo las mejillas.

—Maldito.

Él se ríe y besa mi mano sin dejar de verme.

—Me encanta, *mon soleil*, me encanta muchísimo.

Le devuelvo la sonrisa y Edward aprovecha la posición en la que estamos para tomarme de la cintura y atraerme hacia él, eso provoca que ambos caigamos, Edward sobre el césped y yo sobre él. Los dos reímos por esa acción.

Puede parecer un apodo simple, sin sentido o incluso empalagoso, pero creo que no hay mejor apodo que ese, después de todo, nuestra historia empezó por una confusión. Por una perfecta confusión.

Me gusta creer…

Me gusta creer que el presente es la oportunidad que tenemos para sanar, para mejorar y para querernos sin miedo a caer, sin miedo a ser vulnerables, sin miedo a exponernos.

Me gusta creer que el pasado es la llaga que abrió los miedos más profundos de nuestro ser, pero que también fue la herida que, luego del daño, nos hizo querer sanar.

Me gusta creer que el futuro no es tan malo como solía pensar, después de todo tú estarás en el mío, y nada podría verse mal si estás a mi lado.

Me gusta soñar…

Me gusta soñar con los ojos abiertos, sobre todo porque de ese modo no se siente como un sueño, sino como algo real que va a suceder.

Me gusta soñar aun si los sueños fueran casi imposibles de cumplir.

Me gusta soñar porque hacerlo es atreverse a imaginar que todavía hay cosas que quieres que sucedan; me gusta soñar porque eso significa que aún puedes esforzarte un poco más incluso si ya estás agotado; me gusta soñar porque hacerlo es el impulso que necesitas para continuar.

Me gusta soñar y me gusta creer porque hacerlo es sinónimo de esperanza…

Me gusta creer, me gusta soñar y me gusta esperar, y aunque las personas intentaron que dejara de hacerlo, aunque trataron de hundirme en la penumbra, no lo consiguieron ni tampoco lo conseguirán, porque al final de todo sé que, sin importar cuánta oscuridad haya, siempre habrá un rayo de luz al final que alumbrará todo.

Así que sí, me gusta atreverme a tener esperanza, sobre todo porque tengo mil motivos para soñar, creer y esperar, y no tengo miedo de hundirme en la oscuridad al hacerlo, porque sé que tú estarás ahí para iluminarme.

Fragmento de «Para ti, algún día».

Epílogo

Newcastle, Inglaterra. 18 de diciembre de 2023

Para el Andy de hace algunos años:

Si estás leyendo esto es porque probablemente ya esté muerto.

O en la cárcel por haber hecho alguna tontería.

Cualquiera de las dos opciones son cosas que sí veo en mi futuro.

Okey, esas fueron pésimas bromas, lo siento. Solo no tenía ni la menor idea de cómo iniciar esto, nunca había hecho algo así, por lo que ahora mi cabeza está en blanco.

Seré lo más sincero posible: apesto escribiendo.

Soy bueno en varias cosas, pero escribir no es una de ellas, mucho menos cuando tengo que pensar en las palabras correctas en los momentos más serios. Aunque en los últimos meses me he dado cuenta de que las palabras que salen de mi boca sin siquiera pensarlas no suenan tan mal como las que sí preparo con antelación, se podría decir que mi cabeza es buena en modo automático, es como si yo funcionara mejor sin cerebro, ¿se entiende lo que quiero decir?

Uh, no creo que el Andy de ocho años entienda mis estupideces, ni siquiera yo, el de dieciocho, puede entenderlas. Probablemente vaya a corregir esto cuando pase el borrador a limpio, porque creo que no estoy diciendo nada concreto y solo estoy escribiendo puras estupideces porque quiero llenar la hoja. ¿Ves lo que digo? Usando el cerebro soy peor, por eso me gusta más improvisar y que salga lo que tenga que salir; sí, esas improvisaciones me han metido en varios problemas, pero también me han dado los mejores momentos de mi vida.

Y es justamente eso lo que vengo a contarte… o a contarme… o a contarle al Andy de ocho años… Agh, vengo a contar, lo dejemos en vengo a contar.

Vale, dejaré de darle tantas vueltas e iré al grano. Mi psicóloga dijo que esto sería un gran ejercicio para abrazar a mi yo de hace un par de años, para reconciliarme con esa parte, también mencionó que es parecido a ir a tomar café con el pequeño Andy, para chismosear, ya sabes.

Aunque al inicio creía que no tenía sentido, ahora entiendo lo que ella trataba de decirme. He pensado en todo lo que me gustaría decirte y al hacerlo me di cuenta de todo lo que he vivido y de todo el cambio que he tenido, mejor dicho, que ***hemos*** *tenido.*

Así que… pequeño Andy, espero que estés preparado para escuchar lo que tengo por decirte y que no me mates cuando escuches todo lo que nos ha pasado.

Han pasado muchísimas cosas en mi vida en tan solo un año desde que comencé a ir a terapia, y no hablemos del millón de situaciones que tuvimos que pasar desde los ocho años. Podría empezar diciéndote lo que he aprendido o las personas y lugares que he conocido, pero antes de todo, necesitaba urgentemente decirte lo siguiente:

Eres suficiente. Más que suficiente.

Sé que hubo varias noches en las que te preguntabas por qué no lo eras, noches llenas de lágrimas en las que solo deseabas que papá te visitara, noches en las que pensabas que eras insuficiente y que por ello él prefería cuidar a alguien más que a su propio hijo. Pero no fue tu culpa, nunca lo fue. Solo eras un niño pequeño con demasiadas preguntas, con mucho miedo y con el corazón roto. Solo eras un niño… Uno que quería que lo amaran con la misma intensidad con la que él amaba.

Créeme, ahora estamos rodeados de personas que nos aman con esa misma intensidad, así que despreocúpate, amor es lo que nos sobra. Y, más importante aún, la persona que somos ahora también se ama.

¿Qué ha pasado en estos últimos meses? Bueno, papá se ha disculpado con nosotros y realmente nuestra relación ha cambiado, me ha apoyado en todo y somos más cercanos que antes, sé que eso no va a borrar las lágrimas derramadas, pero te apuesto de todo corazón que está esforzándose por ser el papá que siempre quisimos tener.

Kim sigue siendo la misma mujer que nos recibe con los brazos abiertos cada vez que nos ve, ella es la misma persona que conociste, y Luna… ella es más insoportable, sin embargo, creo que tenemos una mejor relación. (Mejor relación se puede traducir como que ya nos soportamos más y podemos convivir en una misma mesa sin pelearnos).

También quiero decirte que nunca fue tu responsabilidad cargar con toda esa ola de emociones y que nunca fue malo tener que sentir, lo que sí era malo era tener que fingir que no sentíamos nada, sé que era la forma en la que nos protegíamos, no obstante, al intentar protegernos estábamos lastimándonos más de lo que creíamos.

No fue tu culpa, hiciste lo mejor que pudiste hacer y estoy tan orgulloso de ti, si pudiera abrazarte lo haría, por Dios, claro que lo haría. Te abrazaría y nunca más te soltaría.

Hiciste un buen trabajo tratando de protegernos, pero ya no es necesario hacerlo, hay personas a nuestro alrededor que también se encargan de ello. No estamos tan apartados de los demás como solíamos hacerlo, tenemos amigos grandiosos que nos quieren muchísimo, y si bien cada uno ha tomado un camino distinto porque hemos ido a universidades diferentes, seguimos teniendo la misma conexión. Salimos de vez en cuando o ellos vienen de visita a la casa que rentamos (como ahora), por

lo que no estamos alejados.

Aunque extraño muchísimo a mamá.

Extraño oír su voz cada mañana, extraño sus bromas pesadas, extraño las tardes de «maratón de novelas turcas» a las que me arrastraba, extraño sus gritos cada vez que quemaba algo en la cocina, extraño sus abrazos… Dios, la extraño mucho.

Supongo que es normal cuando estás en tu primer año de universidad y tienes que mudarte lejos, ya sabes, toda tu vida cambia drásticamente. Aún no me acostumbro a estar lejos de casa, mucho menos lejos de ella, lo único que me reconforta es que falta una semana para Navidad, así que podremos verla muy pronto. ¿Lo malo? Comenzó a salir con nuestro exmaestro de Literatura, y aunque es una buena persona, sigue recriminándonos por todavía no saber acentuar las palabras, ¡ya ni siquiera es nuestro maestro para que lo haga! Aun así, valora a mamá, y yo valoro eso.

¿Puedes creer que llegamos a la universidad? ¡Porque yo no! ¡No sé cómo llegamos tan lejos!

Vale, sí sé, nos esforzamos mucho, por primera vez lo hicimos. Además, teníamos un exceleeeeeeeente tutor que nos ayudó a estudiar (te contaré de él después).

Estamos estudiando enfermería, y podría escribir miles de hojas respecto a lo mucho que odio la carrera, creo que nos equivocamos al haber elegido esa profesión, no lo sé, me gusta, pero al mismo tiempo siento que no es lo nuestro. Mamá dijo que podía cambiarme si no me gustaba, y aún lo estoy pensando. Tal vez no lo haga, es decir, odio muchísimo la teoría, pero papá me dio oportunidad para practicar en el hospital donde trabaja y no lo odié, al contrario, me gustó. Ya veremos qué es lo que sucede. (Te mantendré actualizado… tal vez).

Han sido meses llenos de emociones y, a pesar de que estamos lejos de casa, de mamá y de nuestros amigos, no nos sentimos solos. Y tampoco lo estamos.

Si mi novio leyera esto y viera que no lo he incluido se sentiría ofendido.

Sin embargo, quería dejar lo mejor para el final.

Tú no lo sabes, pero Edward fue de las mejores cosas que pudieron pasar en nuestra vida. Él es el chico más amable, lindo, dulce, divertido, descarado y sinvergüenza de todo el mundo (y excelenteeeeee tutor, cinco de cinco estrellas).

Llegó cuando menos lo esperábamos, y es que, si te contara el inicio de nuestra historia, te matarías de risa y de pena ajena, yo ya lo hice, así que no te culpo si lo haces. Ha pasado un año desde que lo conocí, y aunque no fue el primer encuentro más romántico o el más normal, sí fue el más significativo. De esos encuentros inusuales que estaban destinados a pasar en tu vida sin importar qué, como dos almas gemelas que al fin pudieron

encontrarse luego de tanto buscarse.

En resumen, una confusión conectó nuestros caminos y no podría estar más agradecido con mi estupidez, después de todo, gracias a ese error el rubio de ojos verdes más lindo de todos es nuestro novio, sí, ***novio****. Ya tenemos nombre para lo que hay entre nosotros, no lo teníamos porque íbamos bastante lento, (según él no íbamos lento, pero no le hagas caso, sí lo íbamos).*

Él fue y es de las personas que más me han apoyado, y sabes, no es el chico perfecto, tiene mal gusto en la cocina, dice que mi comida no es buena, pero obviamente lo es. También está sanando sus heridas, y aunque la relación con sus padres está tan rota que es imposible reconstruirla, él prefirió iniciar de cero y yo apoyo su decisión. Estudia letras y no vamos a la misma universidad, pero sí que estamos en la misma ciudad. No te asustes, pero vivimos juntos, él dice que es un paso enorme en la relación, yo digo que es un paso enorme para mi pobre billetera, necesitaba un roomie para compartir los gastos.

Hemos tenido días buenos y otros no tanto, las parejas tienen sus roces, y nosotros no somos la excepción, pero lo que sí es cierto es que hasta el momento hemos sabido afrontarlo, y tengo el pequeño presentimiento de que lo seguiremos haciendo.

En general… los días grises también nos han ayudado, el gris puede parecer malo, pero es un color después de todo.

Tengo la extraña sensación de que te sentirás mejor después de saber todo lo que te he contado, porque yo sí que me siento mejor. Cierro los ojos y te veo… me veo ahí, con una enorme sonrisa en el rostro. Andy pequeño, puedes estar tranquilo porque ahora somos felices, pese a cualquier día malo y pese a cualquier momento de debilidad, somos felices, muy felices. Aún nos falta mucho por vivir, y espero que el Andy de diez años también sea feliz (y que no tenga muchas deudas ni calvicie, y solo si puede una rinoplastia, no podré morir en paz si no tengo una rinoplastia).

Antes de dejar esto, quería disculparme contigo. Perdóname por haber hecho que aguantaras todo lo que sentías, perdóname por no abrazarte en su momento, perdóname por no haberte cuidado, por no habernos cuidado.

Pero no soy el mismo de antes, ahora sí sé lo siguiente:

Somos fuertes, pero también vulnerables, y eso está bien.

Somos un vaso de cristal que se puede romper, pero que también se puede volver a construir.

Somos valientes, pero también cobardes, y no hay mejor balance que la mezcla de ello.

Y, más importante aún, somos suficientes.

No sé qué nos espera en los próximos años, pero lo que sí sé es que no tengo miedo.

Esperando que no sea un adiós, sino un hasta pronto, me despido,

Andy O´Connell

Aprieto los labios y dejo el lápiz sobre el escritorio cuando firmo la hoja con mi nombre. Me recargo sobre la silla y echo la cabeza hacia atrás, agotado. Estuve posponiendo esto desde hace varios días, pero tenía un fuerte motivo, no quería recordar todo lo que ha pasado en mi vida porque soy un sensible de mierda y me iba a echar a llorar. Para mi fortuna, no lo hice, y no porque no quisiera, sino porque en realidad me siento bastante tranquilo.

Esto ha sido muy terapéutico, aunque también fue como recibir un puñetazo en el rostro, sobre todo cuando he tenido que usar el cerebro, sin embargo, creo que no usé mi cerebro del todo al hacer este escrito, más bien usé mi corazón.

Hago una mueca al escuchar que el volumen de la sala principal ha aumentado, uh, sabía que no debía dejarlos solos, a estas alturas es realmente sorprendente que no hayan roto nada. Sé que Edward está ahí con ellos, pero es una masita que no se atrevería a regañarlos.

Navidad está a la vuelta de la esquina, y como mis amigos la celebrarán con sus familias, decidimos vernos hoy para celebrarla juntos por anticipado. Me he retirado de la sala un par de minutos porque debía hacer el escrito, se suponía que tenía que hacerlo antes, pero ya saben por qué no lo he hecho, además, aunque he cambiado bastante en este último año, sigo siendo el mismo procrastinador de siempre.

Veo el cuadro que está en el escritorio que Edward y yo compartimos, es una foto de ambos el día de la graduación con mamá en medio, sonrío. Mariel no sabe que llegaremos tres días antes de lo planeado, muero por ver su expresión de sorpresa cuando nos vea en la puerta. Este año cenaremos con ella e Irán porque papá irá a visitar a los padres de Kim, pero en año nuevo estaremos todos juntos, todavía estoy preparándome, porque tener a mi mamá y a mi madrastra en una misma mesa es una vergüenza segura.

La puerta se abre y mi sonrisa se amplía. No necesito voltear para saber quién es.

—Aquí estabas —su voz hace eco por la habitación—. Oliver se va a terminar todo, ¿cómo hago para decirle que no lo haga?

Suelto una risita nasal y giro a verlo, él sostiene un vaso de cristal con una de sus manos, tiene puesto el suéter de Navidad que le regalé y está descalzo, solo tiene el par de calcetines con figuras de reno que encontramos en la tienda. Edward también ha cambiado en este año, su cabello antes blanco ahora está rubio, su color natural, y no sé si yo me he encogido, pero lo veo un poco más alto. No lo sé, ¿a qué edad se supone que dejamos de crecer?

Físicamente lo hacemos en algún momento, pero emocionalmente no creo que lo hagamos.

Edward también comenzó a ir con su antigua psicóloga, lo que le

ha ayudado a mejorar, los problemas con sus padres siguen latentes, pero ahora que ya no vive con ellos dice que se siente mucho mejor, sus papás no se interpusieron cuando dijo que estudiaría Letras, creí que habría un gran *drama* familiar, pero no, lo único que sí sucedió es que no lo han apoyado económicamente con la universidad, no obstante, eso no ha sido un impedimento para él, Alek y Mariel lo han apoyado, además, consiguió trabajo en una librería cercana. Le sugerí buscar a su padre biológico, sin embargo, Edward no quiere hacerlo, ya que según él no quiere seguir atascado en el pasado. Yo respeto sus decisiones.

—Estaba terminando algo —levanto la libreta y él entiende al segundo de lo que estoy hablando porque asiente.

Se acerca a mí y toma asiento en la silla de al lado.

—Me alegra que lo hayas hecho, *mon soleil*. —Sonríe y pone su mirada en el calendario de enfrente—. Mañana iremos a comprar los regalos para tu mamá —me recuerda—. Subió a sus estados de WhatsApp que le hacía falta un nuevo bolso. Creo que fue una indirecta.

—Definitivamente fue una indirecta —me río. Mariel seguirá siendo la misma persona así pasen diez mil años—. También debemos comprar comida para Lazy, se le acabó hoy.

Él asiente. Me olvidaba mencionar que en nuestro pequeño departamento tenemos un polizón. Edward no pensaba dejar sola a su mascota y la trajo con nosotros. Yo podré olvidarme de comer, pero no me olvido de alimentar a Lazy. Si Juan, que se ha quedado con mamá, supiera esto, ya me habría picado los dos ojos.

Edward baja su mirada hacia mi ropa y esboza una sonrisa coqueta.

—Tienes mi playera —señala y me hundo en la silla, avergonzado.

—Es más cómoda.

Mentira, mi ropa es mil veces más cómoda, pero me gusta oler a él.

—Te ves lindo —lleva su mano hacia la manga de la playera y juega con esta—, pero me gusta más cómo te ves sin ella.

Ruedo los ojos por su coquetería barata y lo tomo del suéter para atraerlo hacia mí. Él se ríe y presiona sus labios contra los míos, inclinándose sobre mí para poder besarme con intensidad. No importa cuántas veces nos besemos, siempre lo sentiré como si fuera la primera vez y mi cuerpo también reaccionará de esa manera. Mi pulso se acelera cuando sus manos descienden por mi pecho hasta llegar al dobladillo de la playera, acaricia mi cintura por encima de esta, pero después, alza la prenda y hunde sus dedos en mi piel.

Gimo contra su boca y mi cuerpo se prende en llamas al sentir que la mano de Edward ha bajado hacia el botón de mi pantalón. Muerdo su labio y tomo su mano con la mía para que se detenga, no estamos

solos en casa, *Dios*, él sonríe en medio del beso porque sabe cuál es su delito.

En eso, alguien toca la puerta. Maldigo en mis adentros por la interrupción, aunque al menos agradezco que hayan tocado, no sé cómo me hubiera sentido si nos atrapaban en esta situación. Edward se separa de mí y los dos tratamos de recomponernos antes de decirle a quien haya tocado que pase.

—Hemos venido a visitarlos y ustedes se encierran para besuquearse. Dios, esperen a que nos vayamos par de calenturientos. —Es lo primero que Jean suelta al abrir la puerta. Blanqueo los ojos—. Salgan, vamos a jugar.

Asiento de mala gana y Jean no cierra la puerta cuando se marcha. Supongo que esta debe ser su venganza por haberlo interrumpido hace un año cuando estaba besándose con Oliver. Sigo sin saber qué es lo que son, pero siguen juntos, así que ponerle una etiqueta a lo que tienen es lo de menos.

Aparto a Edward y me levanto de la silla, acomodando mi playera.

—Tengo algo que darte por Navidad —dice de pronto, y eso me hace hundir la ceja. Él traga saliva y su rostro se pone rojo. Claro, no le da pena hacer las cosas que hacemos, pero sí darme algo. Sonrío—. No tendremos tiempo en los próximos días, así que pensaba que hoy era un buen momento.

—Ya dime, es un auto, ¿verdad? —bromeo y él rueda los ojos riendo.

—Quisieras —bufa y toma una gran bocanada de aire—. Una vez dije que escribiría un libro sobre ti —menciona, nervioso, y el corazón se me detiene—, y lo hice, me inspiré en ti para hacerlo. Aún no tiene forma como tal, pero… Uhm, es algo.

¿Que él hizo qué? Dios, el corazón se me va a salir del pecho, no puedo creer que él haya hecho algo como eso. Siento que algo estalla en mi interior, algo como una mezcla de sorpresa, felicidad y emoción. Me acerco a él y tomo sus manos con las mías.

—No puedo creerlo, Edward, ¿estás bromeando? —Niega con la cabeza y un cosquilleo me recorre por todo el cuerpo—. Es el mejor regalo de Navidad que me han dado en la vida —me sincero, haciendo que él deje de estar tan nervioso—. ¿Cómo se llama?

Curva sus labios en una sonrisa.

—*Para ti, algún día*.

Mi sonrisa se ensancha.

—Dime que no es un romance trágico.

—Sí, lo es.

Hago un mohín con los labios.

—Estoy muy feliz como para decirte algo, pero créeme que te estaré fastidiando hasta que me des mi final feliz —advierto, y por la

descarada sonrisa que mantiene sé que no será nada sencillo convencerlo por un final feliz y no triste—. ¿Cuándo puedo leerlo?

—Nunca, me da vergüenza —admite y golpeo su frente.

—Me has escrito un libro, pero no puedo leerlo, ¿qué clase de regalo es ese? —reprocho.

—Uno que está preparándose todavía, solo espera a que lo termine bien —pide y vuelvo a sonreír—. Si alguna vez llego a publicar, ten por seguro que estarás en la dedicatoria.

—Sé que publicarás y también sé que estaré en la dedicatoria porque de lo contrario tú y yo tendremos varios problemas —juego.

Él solo suelta una pequeña risa y aprovecha que sigue sentado para jalarme hacia su cuerpo y hacer que me siente encima. No hace nada, solo me abraza por la cintura y yo entrelazo mis brazos por su cuello. Aspira el perfume de mi playera y esbozo una sonrisa ladina. Este tipo de momentos son mis favoritos, no necesitamos hacer más para saber lo que el otro quiere decir.

—Gracias por llegar a mi vida —masculla contra mi playera.

Estoy a punto de contestar cuando la voz de Jean vuelve a interrumpirnos.

—Última llamada, calenturientos.

Giro hacia la puerta y no me sorprendo al encontrarlo allí con una expresión irritada. Le alzo el dedo medio y él sonríe, cerrando la puerta.

—Vamos antes de que rompan la televisión o emborrachen a Lazy —Edward menciona divertido y me echo a reír. Sí es algo que ellos harían.

Mi novio hace el intento por levantarse, pero lo detengo. Levanta la mirada hacia mí, confundido.

—No eres el único que está agradecido… Yo también lo estoy, eres la confusión que volvería a cometer una y otra vez. Gracias por llegar a mi vida —siento el calor en mis mejillas luego de admitir eso en voz alta. No soy de los que dicen esta clase de cosas usualmente, soy más del tipo seco antirromántico, pero quería decírselo.

Él me regala la sonrisa más linda de todas y no me responde con palabras; toma mi rostro con sus manos y me da suaves y cortos besos en los labios que me hacen sonreír también.

—*Je t'aime*.

El corazón me da un vuelco cuando lo escucho soltar eso.

—¿Qué dijiste? —inquiero con la voz temblorosa. Edward se encoge de hombros y me aparta para poder levantarse. No tardo en imitar su movimiento.

—Investígaloo —canturrea.

—¡Edward! —reprendo y él se ríe.

Ugh, no sé qué es lo que quiso decirme, pero apenas mis amigos se

vayan lo investigaré, espero que no sea ninguna de sus frases de doble sentido porque lo asesino. El otro día creí que me había dicho algo cursi, sin embargo, al investigar me di cuenta de que no. Le lancé mi sandalia.

Voy detrás de él cuando salimos de la habitación y por cada paso que doy el ruido de la sala se hace más audible, se está reproduciendo *Tongue tied* de Grouplove en la bocina ahora mismo, espero que la vecina de al lado no diga nada. Al llegar allí encuentro a mi grupo de amigos sentados en el suelo en circulo con una botella en medio. Todos están ahí: Karla, Oliver, Jean, Mary y Heather y su novia también. Sonrío al verlos.

—¿A qué juegan? —pregunto, sentándome al lado de Oliver. Edward se sienta frente a mí, al lado de Karla.

—Verdad o reto —responde Mary y asiento. Debí suponerlo, no sé por qué les gusta tanto este juego—. ¿Juegan? Digan que sí, en honor a los viejos tiempos.

Miro de reojo a Edward para ver su reacción, y como él acepta, yo también lo hago. Ya no tengo nada que ocultar, después de todo.

Karla me pasa la botella para que yo le dé vuelta, la tomo y la giro. Curiosamente, la botella apunta hacia mí.

—¿Verdad o reto? —inquiere mi novio con una sonrisa.

Esta vez no dudo en responder:

—Reto.

Sonrío.

Contigo siempre elegiré reto.

Fin

Te pedí que esperaras pacientemente al día que pudieras leerlo, así que gracias, esto es para ti, ahora, porque siempre creíste en mí.

Dedicatoria de «Para ti, algún día».

Agradecimientos

Hay una pequeña pizarra en la pared de mi habitación que veo cada mañana y en la cual tengo anotado lo siguiente: «Llegará tu momento».

Lo escribí a inicios de 2021, cuando todo me sobrepasaba, cuando me preguntaba qué era lo que estaba haciendo con mi vida, cuando pensé en abandonar la escritura porque nada de lo que escribía me gustaba. Sentía que no importaba cuánto me esforzase, nada era suficiente. Me sentía perdida. Y, en un intento vano de animarme, escribí esa frase con un marcador naranja sin pensar que marcaría un antes y un después en mi vida. Desde entonces se convirtió en mi motivación de cada día, en el «tú puedes hacerlo» de cada mañana.

Pensé en dejar de hacer varias cosas que amaba porque no tenía energía para continuar, pero esa frase estaba marcada ahí, recordándome que todo se acomodaría en cualquier momento. Y así sucedió. Llegó mi momento. *Nuestro* momento.

He fantaseado desde los trece años con esto: la hora en la que debía escribir los agradecimientos de mi libro, porque sí, siempre creí que, tarde o temprano, podría cumplir uno de mis más grandes sueños. Sin embargo, ahora que estoy haciéndolo, estoy en blanco. Hay un montón de personas a las que quiero agradecer y un montón de cosas que muero por decir, no obstante, hay alguien primordial a quien debo agradecer.

Gracias a la América de trece años que se atrevió a soñar en grande incluso cuando había personas allá afuera que intentaron hacerla retroceder, gracias a ella por creer en sí misma porque, pese a todos los obstáculos, todas las dudas e inseguridades, jamás se dio por vencida. Siempre ha sido cabezota y agradezco que lo fuese porque de lo contrario no estaría escribiendo esto. Así que gracias, América de trece, de catorce, de quince, de todas las edades, gracias por no rendirte.

De igual manera, gracias a Dios y al universo, porque, aunque hay muchas cosas de las que no estoy segura, no dudo ni un instante de que siempre están conspirando a mi favor ni del amor que me tienen. Dios es el ser que mejor me conoce y que sabe todo lo que he atravesado, me ha visto llorar y me ha visto celebrar, me ha ayudado en los peores momentos y apuesto a que también festeja mis éxitos. Gracias, Dios.

Si hay alguien más a quien le agradezco tanto es a mi hermana, Marleny, gracias *sis* por acompañarme en esta loca aventura, por

escucharme hablar de mis novelas pese a que no tengas ni la más mínima idea de lo que te estoy hablando, por animarme a seguir mis sueños, por creer en mí incluso cuando ni yo lo hacía.

A mis padres, Ani y Willian, por apoyarme, amarme y por volcarse conmigo desde el día uno. Mamá, gracias por demostrarme que, con esfuerzo y dedicación, cualquier sueño puede cumplirse. Papá, gracias por enseñarme a desplegar las alas y por darme el impulso necesario para salir de mi zona de confort.

A mis mejores amigas Isabela Llanos y Karin Verduga por ser mis pilares. Chicas, siempre han dicho que las amistades hechas en Internet no duran, pero ustedes son el claro ejemplo de que la distancia no es ningún impedimento. Izzy, gracias por tus consejos, por tus mensajes motivadores, por leerme desde el primer día. Karin, gracias por ser la que me animó a escribir *Una perfecta confusión* y por regañarme cuando decía que quería matar a algún personaje. Gracias a las dos por siempre respaldarme, por oír mis ideas, por confiar en mí, por las videollamadas, por los mensajes, por todo. Iniciamos esto juntas y lo terminaremos juntas.

A mis amigas Karla Guadalupe, Mariana, Martha y Brenda por estar a mi lado, gracias por nunca dejarme sola en este proceso. A Alma por ser la «partera» de mis hijos, Edward y Andy, por creer en mí desde ese veintitantos de mayo de 2021 en el que le escribí para que hiciera la portada de *Una perfecta confusión* en Wattpad y por no soltarme nunca y ser la que realizará la portada de nuevo, pero en físico. A mi amiga autora Lana, gracias por ser la primera amiga que hice en Wattpad y por hacerme amar aún más la plataforma, te amo muchísimo, eres una inspiración para mí.

A mi familia que se ha emocionado con todo esto, mi tía Yolanda, mi primo Daniel y todos mis tíos y primos que se la pasan preguntándome constantemente del libro. A aquellos que, pese a que me han dejado en el camino, sé que deben estar muy orgullosos de mí en el cielo, mi prima Marioly, mi abuelito Rodolfo y mi abuelita Gloria.

A Cosmo Editorial por creer en mí y en mi trabajo, siempre estaré eternamente agradecida con ustedes. A la música de Louis Tomlinson y Harry Styles que me motivaron cada noche a seguir y a ellos mismos porque son artistas que aprecio y amo un montón, a Eren Jaeger (sí, tenía que ponerlo en el libro) por ser uno de los personajes que más amo en este mundo.

Pero, sobre todo, gracias a mis lectores, porque sin ellos esto jamás sería posible. Me han motivado a seguir en días oscuros, me han apoyado desde el inicio de esto y me brindan todo su amor y cariño para seguir esforzándome. Gracias a los que me leían en Wattpad, los que se desvelaban cada lunes en espera de una nueva actualización, a

los que hacen reseñas, los que hacen vídeos en TikTok, memes, *edits*, *fanarts*, etc., de la historia, los tengo guardados en mi corazón.

Gracias a quienes decidieron darle una oportunidad a mi libro, por creer en estas páginas y por creer en mí.

Y, por supuesto, gracias Andy y gracias Edward. Su historia fue el abrazo que necesité y que espero que sea un abrazo para muchos más.